OBRAS COMPLETAS DE ALFONSO REYES

III

EL PLANO OBLICUO

EL CAZADOR

EL SUICIDA

AQUELLOS DíAS

RETRATOS REALES E IMAGINARIOS

letras mexicanas

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

REIMPRESIÓN • 1995

OBRAS COMPLETAS DE

ALFONSO REYES

III

letras mexicanas

OBRAS COMPLETAS DE ALFONSO REYES

III

ALFONSO REYES

El plano oblicuo

El cazador

El suicida

Aquellos días

Retratos reales e imaginarios

letras mexicanas

FONDO DE CULTURA ECONOMICA

Primera edición, 1956
Segunda reimpresión, 1995

Carretera Picacho-Ajusco 227; 14200 México, D. F.

ISBN 968-16-0346-X (obra completa)
ISBN 968-16-0490-3 (tomo III)

Impreso en México

CONTENIDO DE ESTE TOMO

En este tomo III de mis *Obras Completas* recojo tres libros cuyo orden de publicación es el siguiente: 1) *El suicida,* 1917; 2) *El plano oblicuo,* 1920; y 3) *El cazador,* 1921. Pero, por su elaboración, el orden debe ser el que aquí se adopta, según se explica en la "Noticia" particular de cada obra. Se incluyen aquí, además, los libros *Aquellos días* y *Retratos reales e imaginarios* que, aunque publicados respectivamente en 1938 y 1920, fueron escritos de 1916 a 1920. El material de este tomo, en conjunto —pues algunas de sus páginas proceden de México, antes de mi primer salida a Europa en 1913, otras proceden de París (1913 a 1914), y otras de España— abarca desde 1909 hasta 1921.

I

EL PLANO OBLICUO

Noticia

A) EDICIONES ANTERIORES

1.—Alfonso Reyes // El Plano // Oblicuo // (Cuentos y diálogos) // Madrid // Octubre de 1920.—8º, 128 págs. (Tipográfica "Europa". Pizarro, 16. Madrid.)

2.—Alfonso Reyes // Verdad // y Mentira // Prólogo de // J. M. González de Mendoza // Colección // Crisol // *(Adorno)* // Núm. 291.—16º, 437 págs.— Aguilar, S. A. de Ediciones. Madrid, 1950. *El plano oblicuo,* de la pág. 33 a la pág. 187.

B) TRADUCCIONES

1.—Al portugués: "A primeira confissão". ("La primera confesión", trad. de Cira Nery, *A Cigarra,* Río de Janeiro, ¿1951?)

2.—Al italiano: "La prima confessione" ("La primera confesión"), trad. fragmentaria de Massimo Mida (Massimo Puccini), en *Il Novo Corriere,* Florencia, 29 de junio de 1948.

3.—Al francés: "Lutte de Patrons" ("Lucha de patronos"), trad. de Georges Pillement, *Revue de l'Amérique Latine,* París, 1º de diciembre de 1922; "Le Repas" ("La Cena"), trad. de Jean Cassou, *Revue de l'Amérique Latine,* París, 1º de abril de 1924 (págs. 331-336); "La première confession" ("La primera confesión"), trad. J. Cassou, *La Revue Bleue,* París, 17 de julio de 1926; "L' Entrevue" ("La Entrevista"), trad. J. Cassou, *Le Mail,* París-Orleáns, junio de 1928 (págs. 349-358); "Comment Chamisso dialogua..." ("De cómo Chamisso dialogó..."), trad. J. Cassou, *La Nouvelle Revue,* París, octubre de 1928 (págs. 80-83).

4.—Al inglés: "The Supper" ("La Cena"), trad. E. Smiley, *Adam,* Londres, julio-agosto de 1917.

5.—Al alemán: "Die verschwundene Königin" ("La Reina perdida"), trad. Inés E. Manz, *Neue Zürcher Zeitung,* Zurich, 13 de abril de 1930.

C) OBSERVACIONES

Con excepción de "La Reina perdida", que data de París, 1914, este libro fue escrito en México, de 1910 a 1913, aunque, naturalmente, fue retocado y corregido en Madrid, antes de su publicación. Sobre la sonrisa de que se habla en "Las dos caras" ("La entrevista"), ver "El coleccionista" *(Calendario: Obras completas,* II pp. 352-4.)

LA CENA

La cena, que recrea y enamora.

SAN JUAN DE LA CRUZ.

TUVE que correr a través de calles desconocidas. El término de mi marcha parecía correr delante de mis pasos, y la hora de la cita palpitaba ya en los relojes públicos. Las calles estaban solas. Serpientes de focos eléctricos bailaban delante de mis ojos. A cada instante surgían glorietas circulares, sembrados arriates, cuya verdura, a la luz artificial de la noche, cobraba una elegancia irreal. Creo haber visto multitud de torres —no sé si en las casas, si en las glorietas— que ostentaban a los cuatro vientos, por una iluminación interior, cuatro redondas esferas de reloj.

Yo corría, azuzado por un sentimiento supersticioso de la hora. Si las nueve campanadas, me dije, me sorprenden sin tener la mano sobre la aldaba de la puerta, algo funesto acontecerá. Y corría frenéticamente, mientras recordaba haber corrido a igual hora por aquel sitio y con un anhelo semejante. ¿Cuándo?

Al fin los deleites de aquella falsa recordación me absorbieron de manera que volví a mi paso normal sin darme cuenta. De cuando en cuando, desde las intermitencias de mi meditación, veía que me hallaba en otro sitio, y que se desarrollaban ante mí nuevas perspectivas de focos, de placetas sembradas, de relojes iluminados... No sé cuánto tiempo transcurrió, en tanto que yo dormía en el mareo de mi respiración agitada.

De pronto, nueve campanadas sonoras resbalaron con metálico frío sobre mi epidermis. Mis ojos, en la última esperanza, cayeron sobre la puerta más cercana: aquél era el término.

Entonces, para disponer mi ánimo, retrocedí hacia los motivos de mi presencia en aquel lugar. Por la mañana, el correo me había llevado una esquela breve y sugestiva. En

el ángulo del papel se leían, manuscritas, las señas de una casa. La fecha era del día anterior. La carta decía solamente:

"Doña Magdalena y su hija Amalia esperan a usted a cenar mañana, a las nueve de la noche. ¡Ah, si no faltara!..."

Ni una letra más.

Yo siempre consiento en las experiencias de lo imprevisto. El caso, además, ofrecía singular atractivo: el tono, familiar y respetuoso a la vez, con que el anónimo designaba a aquellas señoras desconocidas; la ponderación: "¡Ah, si no faltara!...", tan vaga y tan sentimental, que parecía suspendida sobre un abismo de confesiones, todo contribuyó a decidirme. Y acudí, con el ansia de una emoción informulable. Cuando, a veces, en mis pesadillas, evoco aquella noche fantástica (cuya fantasía está hecha de cosas cotidianas y cuyo equívoco misterio crece sobre la humilde raíz de lo posible), paréceme jadear a través de avenidas de relojes y torreones, solemnes como esfinges en la calzada de algún templo egipcio.

La puerta se abrió. Yo estaba vuelto a la calle y vi, de súbito, caer sobre el suelo un cuadro de luz que arrojaba, junto a mi sombra, la sombra de una mujer desconocida.

Volvíme: con la luz por la espalda y sobre mis ojos deslumbrados, aquella mujer no era para mí más que una silueta, donde mi imaginación pudo pintar varios ensayos de fisonomía, sin que ninguno correspondiera al contorno, en tanto que balbuceaba yo algunos saludos y explicaciones.

—Pase usted, Alfonso.

Y pasé, asombrado de oírme llamar como en mi casa. Fue una decepción el vestíbulo. Sobre las palabras románticas de la esquela (a mí, al menos, me parecían románticas), había yo fundado la esperanza de encontrarme con una antigua casa, llena de tapices, de viejos retratos y de grandes sillones; una antigua casa sin estilo, pero llena de respetabilidad. A cambio de esto, me encontré con un vestíbulo diminuto y con una escalerilla frágil, sin elegancia; lo cual más bien prometía dimensiones modernas y estrechas en el resto de la casa. El piso era de madera encerada; los raros muebles tenían aquel lujo frío de las cosas de Nueva York, y en el muro, tapizado de verde claro, gesticulaban, como

imperdonable signo de trivialidad, dos o tres máscaras japonesas. Hasta llegué a dudar... Pero alcé la vista y quedé tranquilo: ante mí, vestida de negro, esbelta, digna, la mujer que acudió a introducirme me señalaba la puerta del salón. Su silueta se había colorado ya de facciones; su cara me habría resultado insignificante, a no ser por una expresión marcada de piedad; sus cabellos castaños, algo flojos en el peinado, acabaron de precipitar una extraña convicción en mi mente: todo aquel ser me pareció plegarse y formarse a las sugestiones de un nombre.

—¿Amalia? —pregunté.

—Sí—. Y me pareció que yo mismo me contestaba.

El salón, como lo había imaginado, era pequeño. Mas el decorado, respondiendo a mis anhelos, chocaba notoriamente con el del vestíbulo. Allí estaban los tapices y las grandes sillas respetables, la piel de oso al suelo, el espejo, la chimenea, los jarrones; el piano de candeleros lleno de fotografías y estatuillas —el piano en que nadie toca—, y, junto al estrado principal, el caballete con un retrato amplificado y manifiestamente alterado: el de un señor de barba partida y boca grosera.

Doña Magdalena, que ya me esperaba instalada en un sillón rojo, vestía también de negro y llevaba al pecho una de aquellas joyas gruesísimas de nuestros padres: una bola de vidrio con un retrato interior, ceñida por un anillo de oro. El misterio del parecido familiar se apoderó de mí. Mis ojos iban, inconscientemente, de doña Magdalena a Amalia, y del retrato a Amalia. Doña Magdalena, que lo notó, ayudó mis investigaciones con alguna exégesis oportuna.

Lo más adecuado hubiera sido sentirme incómodo, manifestarme sorprendido, provocar una explicación. Pero doña Magdalena y su hija Amalia me hipnotizaron, desde los primeros instantes, con sus miradas paralelas. Doña Magdalena era una mujer de sesenta años; así es que consintió en dejar a su hija los cuidados de la iniciación. Amalia charlaba; doña Magdalena me miraba; yo estaba entregado a mi ventura.

A la madre tocó —es de rigor— recordarnos que era ya tiempo de cenar. En el comedor la charla se hizo más general y corriente. Yo acabé por convencerme de que aquellas

señoras no habían querido más que convidarme a cenar, y a la segunda copa de Chablis me sentí sumido en un perfecto egoísmo del cuerpo lleno de generosidades espirituales. Charlé, reí y desarrollé todo mi ingenio, tratando interiormente de disimularme la irregularidad de mi situación. Hasta aquel instante las señoras habían procurado parecerme simpáticas; desde entonces sentí que había comenzado yo mismo a serles agradable.

El aire piadoso de la cara de Amalia se propagaba, por momentos, a la cara de la madre. La satisfacción, enteramente fisiológica, del rostro de doña Magdalena descendía, a veces, al de su hija. Parecía que estos dos motivos flotasen en el ambiente, volando de una cara a la otra.

Nunca sospeché los agrados de aquella conversación. Aunque ella sugería, vagamente, no sé qué evocaciones de Sudermann, con frecuentes rondas al difícil campo de las responsabilidades domésticas y —como era natural en mujeres de espíritu fuerte— súbitos relámpagos ibsenianos, yo me sentía tan a mi gusto como en casa de alguna tía viuda y junto a alguna prima, amiga de la infancia, que ha comenzado a ser solterona.

Al principio, la conversación giró toda sobre cuestiones comerciales, económicas, en que las dos mujeres parecían complacerse. No hay asunto mejor que éste cuando se nos invita a la mesa en alguna casa donde no somos de confianza.

Después, las cosas siguieron de otro modo. Todas las frases comenzaron a volar como en redor de alguna lejana petición. Todas tendían a un término que yo mismo no sospechaba. En el rostro de Amalia apareció, al fin, una sonrisa aguda, inquietante. Comenzó visiblemente a combatir contra alguna interna tentación. Su boca palpitaba, a veces, con el ansia de las palabras, y acababa siempre por suspirar. Sus ojos se dilataban de pronto, fijándose con tal expresión de espanto o abandono en la pared que quedaba a mis espaldas, que más de una vez, asombrado, volví el rostro yo mismo. Pero Amalia no parecía consciente del daño que me ocasionaba. Continuaba con sus sonrisas, sus asombros y sus suspiros, en tanto que yo me estremecía cada vez que sus ojos miraban por sobre mi cabeza.

Al fin, se entabló, entre Amalia y doña Magdalena, un verdadero coloquio de suspiros. Yo estaba ya desazonado. Hacia el centro de la mesa, y, por cierto, tan baja que era una constante incomodidad, colgaba la lámpara de dos luces. Y sobre los muros se proyectaban las sombras desteñidas de las dos mujeres, en tal forma que no era posible fijar la correspondencia de las sombras con las personas. Me invadió una intensa depresión, y un principio de aburrimiento se fue apoderando de mí. De lo que vino a sacarme esta invitación insospechada:

—Vamos al jardín.

Esta nueva perspectiva me hizo recobrar mis espíritus. Condujéronme a través de un cuarto cuyo aseo y sobriedad hacía pensar en los hospitales. En la oscuridad de la noche pude adivinar un jardincillo breve y artificial, como el de un camposanto.

Nos sentamos bajo el emparrado. Las señoras comenzaron a decirme los nombres de las flores que yo no veía, dándose el cruel deleite de interrogarme después sobre sus recientes enseñanzas. Mi imaginación, destemplada por una experiencia tan larga de excentricidades, no hallaba reposo. Apenas me dejaba escuchar y casi no me permitía contestar. Las señoras sonreían ya (yo lo adivinaba) con pleno conocimiento de mi estado. Comencé a confundir sus palabras con mi fantasía. Sus explicaciones botánicas, hoy que las recuerdo, me parecen monstruosas como un delirio: creo haberles oído hablar de flores que muerden y de flores que besan; de tallos que se arrancan a su raíz y os trepan, como serpientes, hasta el cuello.

La oscuridad, el cansancio, la cena, el Chablis, la conversación misteriosa sobre flores que yo no veía (y aun creo que no las había en aquel raquítico jardín), todo me fue convidando al sueño; y me quedé dormido sobre el banco, bajo el emparrado.

—¡Pobre capitán! —oí decir cuando abrí los ojos—. Lleno de ilusiones marchó a Europa. Para él se apagó la luz.

En mi alrededor reinaba la misma oscuridad. Un vientecillo tibio hacía vibrar el emparrado. Doña Magdalena y Amalia conversaban junto a mí, resignadas a tolerar mi mu-

tismo. Me pareció que habían trocado los asientos durante mi breve sueño; eso me pareció . . .

—Era capitán de Artillería —me dijo Amalia—; joven y apuesto si los hay.

Su voz temblaba.

Y en aquel punto sucedió algo que en otras circunstancias me habría parecido natural, pero que entonces me sobresaltó y trajo a mis labios mi corazón. Las señoras, hasta entonces, sólo me habían sido perceptibles por el rumor de su charla y de su presencia. En aquel instante alguien abrió una ventana en la casa, y la luz vino a caer, inesperada, sobre los rostros de las mujeres. Y —¡oh cielos!— los vi iluminarse de pronto, autonómicos, suspensos en el aire —perdidas las ropas negras en la oscuridad del jardín— y con la expresión de piedad grabada hasta la dureza en los rasgos. Eran como las caras iluminadas en los cuadros de Echave el Viejo, astros enormes y fantásticos.

Salté sobre mis pies sin poder dominarme ya.

—Espere usted —gritó entonces doña Magdalena—; aún falta lo más terrible.

Y luego, dirigiéndose a Amalia:

—Hija mía, continúa; este caballero no puede dejarnos ahora y marcharse sin oírlo todo.

—Y bien —dijo Amalia—: el capitán se fue a Europa. Pasó de noche por París, por la mucha urgencia de llegar a Berlín. Pero todo su anhelo era conocer París. En Alemania tenía que hacer no sé qué estudios en cierta fábrica de cañones . . . Al día siguiente de llegado, perdió la vista en la explosión de una caldera.

Yo estaba loco. Quise preguntar; ¿qué preguntaría? Quise hablar; ¿qué diría? ¿Qué había sucedido junto a mí? ¿Para qué me habían convidado?

La ventana volvió a cerrarse, y los rostros de las mujeres volvieron a desaparecer. La voz de la hija resonó:

—¡Ay! Entonces, y sólo entonces, fue llevado a París. ¡A París, que había sido todo su anhelo! Figúrese usted que pasó bajo el Arco de la Estrella: pasó ciego bajo el Arco de la Estrella, adivinándolo todo a su alrededor . . . Pero usted le hablará de París, ¿verdad? Le hablará del París que él no pudo ver. ¡Le hará tanto bien!

("¡Ah, si no faltara!"... "¡Le hará tanto bien!")

Y entonces me arrastraron a la sala, llevándome por los brazos como a un inválido. A mis pies se habían enredado las guías vegetales del jardín; había hojas sobre mi cabeza.

—Helo aquí —me dijeron mostrándome un retrato. Era un militar. Llevaba un casco guerrero, una capa blanca, y los galones plateados en las mangas y en las presillas como tres toques de clarín. Sus hermosos ojos, bajo las alas perfectas de las cejas, tenían un imperio singular. Miré a las señoras: las dos sonreían como en el desahogo de la misión cumplida. Contemplé de nuevo el retrato; me vi yo mismo en el espejo; verifiqué la semejanza: yo era como una caricatura de aquel retrato. El retrato tenía una dedicatoria y una firma. La letra era la misma de la esquela anónima recibida por la mañana.

El retrato había caído de mis manos, y las dos señoras me miraban con una cómica piedad. Algo sonó en mis oídos como una araña de cristal que se estrellara contra el suelo.

Y corrí, a través de calles desconocidas. Bailaban los focos delante de mis ojos. Los relojes de los torreones me espiaban, congestionados de luz... ¡Oh, cielos! Cuando alcancé, jadeante, la tabla familiar de mi puerta, nueve sonoras campanadas estremecían la noche.

Sobre mi cabeza había hojas; en mi ojal, una florecilla modesta que yo no corté.

1912.

DE CÓMO CHAMISSO DIALOGÓ CON UN APARADOR HOLANDÉS

CARTERO, malas entrañas,
flor de la bellaquería:
no me trajiste la carta,
que era lo que yo quería.

Así canturreaba yo, olvidado por un momento de mis comensales, mientras bailaban en la dulcera las llamas del ron.

Fui, en la infancia, amigo de dos o tres cómicos de opereta; y como a partir de la adolescencia me he encerrado para siempre en esta casa heredada, las únicas canciones que conozco son las que de ellos aprendí. Por eso viene con frecuencia a mis labios una mala música retozona, ciertas bajas coplas . . .

Vivo solo. Mi casa, esta enorme casa en que estoy recluído desde hace treinta y cinco años, me protege contra los desperdicios callejeros, me protege de las perspectivas ilimitadas por las que se escapa nuestra alma y nos deja solos. ¡Ay! Nadie como yo detesta las plazas y los campos abiertos. La gelatinosa vida del ser hay que resguardarla con paredes de hierro. Mi puerta no se abre sino para dar acceso a los pocos amigos que me toleran. Gozo del placer infantil de perderme en los innumerables salones, en las galerías inesperadas, en las torres cuyas ventanas miran yo no sé adónde. Vivo, pues, recogido, en el centro matemático de mí mismo, con una estática voluptuosidad. Estática: ni centrífuga ni centrípeta; el Universo y yo como un círculo dentro de otro, pero sin radiaciones internas, sin clandestinos amores.

Noreñita, con su alma aburrida de covachuelo y su hábito de tratar con jefes caprichosos, se disponía a gustar los postres sin hacer caso de mis canturías. Pero el señor Clavijero (¡oh!, demasiado joven aún, demasiado joven y, en consecuencia, demasiado serio y difícil) se consideraba obligado a seguir la letra de mis coplas con gestecitos de apro-

bación, mientras sus redundantes ojos me acechaban con ese mirar que equivale a discutir cosas ociosas. Por momentos aquella mirada sin color parecía esconder la potencialidad de una carcajada, o lo simulaba. Inútil fingimiento, por cierto: yo sabía de sobra (mi experiencia de los hombres es admirable), yo sabía de sobra que aquella carcajada no había de reventar sino unos treinta años más tarde, cuando el señor Clavijero tuviera cerca de sesenta y se hallara, por eso mismo, adaptado a la vida lo bastante para permitirse los desahogos más francos de su temperamento. Los jóvenes son incapaces de instalarse cómodamente en ninguna situación de la vida.

Zarabullí,
bullí, cuz, cuz,
de la Vera Cruz...

Mis canciones (yo lo sentía) atravesaban la gasa de llamas que flotaba sobre la dulcera: el margen azul, casi invisible, la sombra cálida del fuego. Y, evaporadas después en una nube de chisporroteos, inundaban el espacio del vasto y penumbroso comedor. Penumbroso, porque así era mi capricho. Pero el señor Clavijero (oh, demasiado joven: inservible aún), el señor Clavijero, que creía que no es tolerable tener caprichos, no podía disimular su asombro. Su estúpida expectación iba de la lámpara apagada que colgaba sobre la mesa —y que, según él, debería arder— a la vergonzante y semioculta que no ardía, sino soñaba, en el ángulo del salón, y que, según él, debería estar apagada. Aquella noche, para colmo, como sucede siempre en París, la luz eléctrica padecía una titilación exquisita y subterránea.

Era la hora sutil de las confesiones. El señorito Clavijero aseguraba con amarga sonrisa:

—¡Yo padezco encefalitis! ¡Yo padezco encefalitis!

Harto lo sabemos: todos los jóvenes la padecen.

Pero Noreñita (¡oh musa, dame aliento: quiero cantar los amores de un escritorio de cortina y una máquina de escribir!), Noreñita aseguraba que todos sus males provenían de sus dos aficiones:

Primero: escribir a máquina.

Segundo: tocar el piano.

—¡Figúrese usted! —exclamaba desde su imposible cara

de chimpancé—. Un pianista, acostumbrado a su doble hilera de notas, ¿qué espantables emociones musicales no experimentará cuando, cerrando los ojos, recorre con los dedos la TRIPLE hilera de la Oliver, las CUATRO hileras de la Underwood, las SEIS O SIETE de la Yost?

Bajo esta observación sugestiva, yo adiviné un mundo monstruoso; y, para librarme a la atracción del misterio, solté a voz en cuello:

Churrimpamplí se casa
con la torera,
y por eso le dicen
Churrimpamplera.
Y ejito ej tan verdá
como ver un borrico volá
por loj elementoj.
¡Ay, Churrimpamplí de mi alma!
¿Dónde te hallaré?
—Y en la ejquina tomando café.
Y en la ejquina tomando café.

Mis canciones me envolvían. En las doradas alas concéntricas de mi canto, naufragaban todos los objetos. Sólo sobrevivían los puntos más iluminados: los cuatro ojos de mis comensales; los vidrios del aparador y la mitad de su luna; un tenedor, una media cuchara, los últimos destellos del ron. Y por un segundo, la curva de un chorro de agua que alguien vertió en una copa.

Perdí los remos. Sumergido en las inspiraciones oscuras de aquella cena, y arrebatado a otro espacio por el ritmo de mis coplillas, apenas recuerdo que bailaban ante mí cuatro ojos llenos de estupor. Y me complací en prolongar aquella postura difícil, seguro de poder destruirla en cualquier instante.

En ese precisamente, mis pies y mis manos gozaron de una sensación tan muelle como si se hundieran en almohadones de pluma. Paréceme que mis coplas, al mismo tiempo, dejaron de hacerse comprensibles; que mi canción se disolvió en gorgoritos y golpes de glotis, en hipos y en zumbidos; que tirolicé locamente y, desviándome de lo musical sancionado, me abandoné a una salva de rumores bucales aun más seductores que una canción, y pude crear un raro

ritmo acabado en articulaciones, en erres, en emes y en *jui-juá.*

¡Increíble! ¡Increíble! Yo: el ser concentrado, enemigo de todo lo amorfo o de lo que solicita la fuga; enemigo de los caminos, de las puertas abiertas, de los terrenos en declive; yo, el ser perpendicular sobre la base horizontal de mi vida, me sentí como atraído fuera de mí. Al mismo tiempo (¡horror!) *me entró miedo por la derecha.* Nunca estoy dispuesto a los incómodos movimientos de torsión: no quise volver la cabeza. Cambié de asiento, y me encontré frente a frente de mi aparador holandés. Las dos tapas del anaquel superior, abriéndose, me parecieron dos enormes cuencas vacías. Sin embargo, observando detenidamente, descubrí en el fondo, con cierto indescriptible consuelo —diminutas ciudades de porcelana—, mis juegos de té.

Un rechinido provocativo, y el cajón central de mi aparador se abrió como un labio que se adelanta. De su interior, en un tintineo de cuchillos y tenedores, brotó una voz:

—¿Chamisso? —me dijo—. ¿Se te puede hablar delante de estos señores?

Lo animé con un gesto.

—¡Ay! —suspiró.

La historia era larga y cansada. Entraba en el pormenor de los parentescos vegetales; se diluía en el consabido romanticismo de la selva y los pájaros; discutía, con conocimiento de causa, la hipótesis goethiana de la planta considerada como alotropía de la hoja; cantaba la estrofa de la savia ascendente y la antistrofa de la descendente, en un imperdonable estilo *pompier;* analizaba el mito de Perséfone a propósito de las estaciones del año; celebraba las adivinaciones de Ovidio y el sentimiento animista de sus *Metamorfosis;* se burlaba de mi maestro de Botánica, y acababa —en *do* de pecho— con la elegía del hacha del leñador.

1913.

LA ENTREVISTA

. . . una hipertrofia del corazón —la enfermedad que padecen los pobres gansos de Estrasburgo.

I. El fracaso

Aunque yo mismo me había ofrecido provocarla, hubiera deseado elegir más detenidamente las circunstancias y aun el sitio de la entrevista. Es debilidad que padezco el temer a las cosas repentinas. Y como había madurado tanto el proyecto de juntarlos, y concebido un escenario ideal —y acaso señalé día del año— para el encuentro, no dejó de afectarme aquella sorpresa como una burla del azar. Muchas veces me ha sucedido trepar distraídamente por una escalera y, al término de ella, disponerme, todavía, a alcanzar otro peldaño: mi pie cae entonces en una sensación de vacío, corriéndome por el cuerpo un temblor de desequilibrio. Este mismo sentimiento sufrí: la cercanía del objeto superó mi propósito —un sentimiento que, no por traer la conciencia de la llegada, perdía el resabio de fracaso.

Robledo empujó la puertecilla de resorte, y yo entré siguiéndole. Nos envolvió una nube de murmullos más densa aún que el humo del tabaco. La música se ahoga en las charlas; los pies se deslizan sordamente. Nuestra imagen, desde el espejo, viene a nuestro encuentro. Como la calle estaba oscura, ahora nos ciega tanta luz.

Los hombres sentimos la atracción de los rostros que nos espían; así fue que, instantáneamente, sin titubear un punto, me volví hacia un ángulo de la sala, desde el cual adiviné que nos llegaba la línea recta de una contemplación atentísima. Era él. Tan minuciosamente nos estaba examinando, que advertí todavía en su cara aquella opacidad —momentánea inercia—, aquella manera ciega de mirar del que observa sin sentirse observado, del que observa con igual semblante al amigo y al desconocido . . . Porque los signos de la amistad casi no salen a la cara sino cuando chocan las dos mira-

das. Como él sintiera mis ojos sobre los suyos, se iluminó con una expresión de reconocimiento que, sin ser todavía sonrisa, hubiera podido sustituir —y los sustituyó en el caso— al saludo y al llamado. Pero yo, al instante, viendo venir la burla del azar, quise frustrarla y busqué, anhelando hacia la puerta, el brazo de Robledo. No era tiempo ya: Robledo se me había adelantado —¡cosa extraña!— dando algunos pasos en la dirección de aquel hombre desconocido para él. ¿Es posible que le atrajera como simple objeto? ¿O bien adivinó, a través de nuestra mirada, la amistad que me unía con aquel hombre? La debilidad de Robledo por los raros ejemplares humanos es confesada por todos, y el desconocido brillaba, de lejos, en su romántica apariencia —pálido y ligeramente moreno, los ojos garzos, los cabellos rubios y opacos, fina la nariz—, sobre el fondo rojo de los cojines y con inequívocas señales de estar admirando su propia soledad. Poco después, él también se adelantó hacia Robledo, pero con los ojos puestos en mí, implorando, acaso, mi ayuda o invocándome como un derecho para acercarse a mi otro amigo. Su mirada se estampó en mi conciencia cual una disculpa matemática, tan cortés como enérgica:

—¡Ea! —me sugirió—; dos amigos de un tercero son también amigos entre sí. (¡Error, error!)

Tan notoria fue la afinidad, que cruzó por mi espíritu —ráfaga de despecho— una duda relativamente amarga: ¿si mis dos amigos se habrían conocido ya antes y tratado ya a espaldas mías? Sin embargo, pronto hube de consolarme: en aquella marcha de acercamiento, así como los primeros pasos fueron atrevidos por ambas partes, los segundos fueron mesurados, y los últimos, verdaderamente vacilantes. Y mis dos amigos se encontraron en mitad del salón, no sabiendo qué hacer de su atrevimiento y mirándose, desconcertados y tímidos, bajo la regadera de rayos de la araña. En mi mente cosquilleó una tentación diabólica:

—¿Qué sucedería si yo pasara de largo junto a ellos, como quien ha llegado solo y solo se marcha, abandonándolos a sus propias fuerzas?

Pero me contuve: la nobleza con que habían parecido entregarse el uno al otro me obligaba más que una palabra empeñada. Así, murmuré algunas frases de presentación y

me abandoné, resueltamente, en los brazos de mi destino, instalándome en mi malestar.

Después he meditado: si me hubiera yo escabullido sin presentarlos, mis dos amigos se habrían, inevitablemente, conflagrado en mi contra; su entrevista hubiera quedado enturbiada con una emoción desagradable; me hubiera conquistado a un tiempo dos enemigos preciosos y, a mi turno, me habría burlado del azar que se me interpuso, castigándolo con infernal sabiduría. Mas, dado aquel paso, imposible retroceder.

Elegimos asientos. Yo estaba lleno de despecho, y pensaba:

—Por más que la moral de Robledo no parezca, en estos días de relajamiento, exigir un escenario mejor para sus experiencias, y por más que la sola presencia de Carbonel demuestre que, por su parte, tampoco le ahoga este ambiente, es duro verse obligado a trabar aquí relaciones con personas que, al andar del tiempo, pueden llegar a ser centros espirituales de nuestra existencia. (En redor de mis reflexiones de gentleman, zumbaba una música alegre.) Yo —continué pensando— tenía dispuesto para su entrevista un terrado junto a una biblioteca, con vista al jardín, el sitio mejor de mi casa y el mejor de toda casa posible; y, de empeñarse ellos, aun habría consentido en pasearlos por todas mis habitaciones, dando así constante pretexto a su charla. Contra la afición de Carbonel, estaba yo resuelto —eso sí— a no ofrecerles cartas: tanto hubiera sido como correr entre ambos una invisible cortina y permitirles sustituir las especies de la conversación por los tecnicismos de los naipes. En cambio, me proponía abandonar, con premeditada distracción, dos o tres libros sobre las mesas, para convidarlos al comento. Como mis amigos tienen más bien un espíritu literario, y como los choques del gusto, en los temperamentos no apostólicos, suelen decidir para siempre de una amistad, los libros habían de ser libros de filosofía: con lo que ambos se verían estrechados a la prudencia, y comprometidos en la más artificial de las actitudes. (¡Oh, qué fruición!) Mas ahora ¿qué hacer? (La música, en redor de mis desabridas sutilezas, se había hecho brusca, afirmativa, nutritiva casi.)

El cambio de postura determinó un alto en mis reflexiones. Acababa de sentarme junto a mis amigos. Aún no habían cambiado éstos más que las primeras cortesías. En este punto, Robledo me dirigió una sonrisa.

II. Las dos caras

¡Oh, qué sonrisa aquélla!

Pocos gestos humanos ejercen sobre mí mayor influencia que las sonrisas: yo las recojo, las estudio, las conservo con acucia de coleccionador.

Si mi amigo hubiera reído, habría dado, sencillamente, en una vulgaridad tan grosera como, por ejemplo, una confesión inesperada. Lo cómico, fuente de la risa, reside casi siempre en un objeto palpable y discernible para todas las personas de un corrillo. Pero Robledo, sabiamente, se contuvo en el dorado margen de la sonrisa: la sonrisa es vaga por esencia, y con dificultad llegaríamos a saber, aun en las situaciones más concretas y llanas, cuáles son todos los motivos posibles de una sonrisa momentánea.

—¿Cuáles son —me dije— todos los motivos posibles de esta sonrisa?

Y confieso que por un segundo —aunque estoy lejos de creer, con los ligeros, que la sonrisa es siempre una risa que comienza— temí que aquella sonrisa se desatara en risa: una risa es siempre un misterio que se descubre. Y si Robledo, con su sonrisa, me arrojó al océano en la barquilla de las conjeturas, con la risa se me habría descubierto, como en vívido lampo. La risa es la comunicación, la sociabilidad misma; al paso que la sonrisa puede ser el solo fulgor de un pensamiento solitario. La sonrisa de Robledo, sin embargo, se dirigía notoriamente en busca de mi pensamiento: no era una sonrisa egoísta, sino un discreteo o sugestión que, no pudiéndome llegar en palabras, venía a mí como sobre alas. *Ella,* desde luego, parecía contener un principio de reproche y decirme:

—¡Nunca me hablaste de tu amigo!

—¡Oh! —pensé yo—. Eso hubiera secado el sabor de la sorpresa.

Mas la sonrisa de Robledo, fija y duradera —los ojos

dilatados maliciosamente, y erguida la cabeza con un centelleo de triunfo—, parecía ofrecerse a ser sondeada hasta el fondo; parecía estar llena de motivos y contener, en un solo plano, el desarrollo de un diálogo. Hubiérase dicho que me replicaba:

—Mas ¿por qué haber esperado tanto tiempo y por qué haber confiado al azar lo que debiste procurar por tus manos?

—¡Oh, si supieras! —estuve yo a punto de articular—. No ha sido culpa mía: el azar se ha burlado de mis intenciones.

La sonrisa ofrecía aún la posibilidad de una respuesta:

—¿Pero no temiste —sonreía—, no temiste, ¡oh morosísimo!, que tu amigo y yo nos hubiéramos encontrado sin tu intervención?

Y en un desarrollo que ya no sé si estaba también en la sonrisa o si fue eco de mi espíritu, parecía reflexionar:

—¡Tal vez entonces habríamos tardado en entendernos! Nos habría faltado el santo y seña.

Yo padecía un suave delirio. Era desconcertante aquella sonrisa, y me resultaba invencible como una dialéctica cerrada. Lo que más me inquietaba era aquel ambiente de triunfo que la envolvía, aquel reto . . .

—Ya ves: nos hemos encontrado a tu pesar, contra ti.

Hubiera querido formular disculpas, y las palabras temblaban en mi boca, con sensible vitalidad. Entonces noté que la sonrisa —como en un cambio de los colores del crepúsculo— se desbordaba hacia la satisfacción más completa; de modo que, tras el reproche, anunciaba ahora el perdón. Con esto descansé. Bebí la sonrisa de mi amigo, y, tratando de corresponderla, sólo pude, según creo (tan interesado estaba ya ante las posibilidades de aquella entrevista), reflejarla con otra sonrisa tan sorda, absorta y llena de obesidad como la de lord Lovat retratado por Hogarth.

En la cara de Carbonel otro fue el reflejo: sobre ella aleteó el relámpago de un *tic* —un *tic* que vibraba hacia el ojo izquierdo, plegando la comisura de la boca. De tiempo atrás sus facciones cobraban distinción y relieve; mas yo nunca le había sorprendido, como ahora, operando efectos

especiales de simpatía. Yo era el amigo viejo, lo acostumbrado; conmigo no tenía que luchar. Delante de mí había sufrido la profunda transformación de la edad, que influye tanto en la vida de la mirada, en el desembarazo del cuerpo y en la general elocuencia del semblante humano. En la adolescencia, antes de la metamorfosis, era Carbonel como las demás sombras humanas. Después, adquirida la seguridad de su estilo, creó sus propias modas de vestir, sus modas de hablar (su voz opaca parecía cargada de ensueño), cambió el rumbo mismo de su vida —y sacó la antorcha. Fue un deslumbramiento. Visitóme desde entonces con asiduidad, lo cual era prueba de que apreciaba ya su propio valer.

Entre mis amigos la transformación de Carbonel produjo un hervor exegético, un desenfreno de conjeturas: los más vulgares acudieron a las explicaciones del amor; los más candorosos, al estudio; los lógicos, al desarrollo de la edad; los filósofos, al albor de la conciencia ética. Los filósofos tenían razón: para mí fue siempre indudable que alguna corriente moral encendía el dolor de aquellos ojos y vibraba en aquella voz. "Esto es algo más que simple fisiología", me dije. Pero ¿qué sería? Muchos ejercicios de humildad tuve que hacer antes de conformarme con el fruto de mis investigaciones. Me sometí, al fin, y quedé, con el dedo puesto en el misterio, esperando nuevos análisis y nuevas luces. Hasta donde pude llegar, Carbonel se hallaba influído nada menos que por algo tan romántico y anticuado como la Idea de la Decepción —ésta era mi exégesis actual.

Entonces fue cuando concebí el propósito de encerrarlo, como en un estuche, en mi secreto, y sacarlo un día —joya irisada— delante del propio Robledo, ávido de almas. Confiaba, para interesarlo, en el solo aspecto de Carbonel.

Éste, arrellanado de nuevo sobre los almohadones, ostensiblemente se exhibía:

—Heme aquí.

Helo ahí —pensé— adornado con todas sus prendas anticuadas. Como una combinación nueva de elementos viejos. Como una protesta o reencarnación del gusto de nuestros padres, pero atractivo aún para nosotros, más que todas nuestras novedades efímeras. Su anillo, pesado y riquísimo (esa

piedra negra ¿qué es?), es una vieja moda. Su vestido casi es una colección de supervivencias. En esa actitud se han retratado todos los poetas románticos. Ese *tic* del rostro es una elegancia ya muy vieja, como una virtud de otros días, lo mismo que el rapé en caja de oro; y la decepción que lo ilumina, también. Está construído sobre meros gustos sancionados y ya recogidos por la Historia, y acaso por eso solamente es perfecto.

Al llegar aquí percibí, por entre la niebla de mis reflexiones, que a las primeras frases había sucedido un torturante silencio. Uno y otro eran demasiado voluptuosos para romperlo. Así, por temor a una escena absurda, y con la conciencia vacilante, me decidí a comenzar.

III. Diálogo invisible

—Robledo —dije a Carbonel, como prosiguiendo la presentación, y resuelto a provocar una tormenta de rectificaciones—. Robledo: hombre seco, sin sociedad; poco amigo del movimiento, aunque, como puede usted ver, su cuerpo ondula; más amigo, sin embargo, del campo que de la ciudad. Lee a Emerson y toca el violín.

Y, volviéndome después a Robledo:

—Carbonel, ya lo ves: educado en la grande escuela de los *strugglers for life*, lleno de disciplinas prácticas y capaz de acuñar el oro del crepúsculo. Concede grave trascendencia moral al hecho de que se le escape de la mano el bastón, y opina que saber desplegar y leer un periódico en el viento entra en la educación del joven caballero . . .

Pero me detuve, ajusticiado por dos sonrisas compasivas: mis amigos estaban mucho más allá de la reacción; con un tácito acuerdo, me protegían, o me dejaban despeñarme, desde su silencio. Callaré, pase lo que pase. No abriré la boca. Mis ojos cayeron, simplemente, sobre un espejo: quise esconderme en sus aguas. El silencio se prolongó aún, y ya comenzaba a angustiarme, cuando, en las regiones de la imagen, identifiqué la silueta de Carbonel y parte del rostro de Robledo. Ambos parecían mirar al centro de la sala. De pronto, Carbonel soltó como un fallo condenatorio:

—¡Tiene usted razón!

¡Buen principio de diálogo! Temblé puerilmente: ¿se habrían confabulado contra mí, a señas? ¿Tan pronto habrían alcanzado los instantes magnéticos de la comunicación humana? Sin duda yo ardía aquella noche en excitaciones febriles: ciertos malestares domésticos y las muchas horas de compañía de aquel duende: Robledo . . .

—Tiene usted razón —insistió Carbonel, y yo fui todo oídos en pos del secreto—; hasta es extraño que eso se entienda como cosa de arte; ignoro si ambos tendremos iguales motivos para reprocharlo, pero veo que en la conclusión estamos de acuerdo.

Aunque seguí a oscuras, me prometí sacar alguna luz del desarrollo del diálogo. Pero mis amigos querían atormentarme. Silencio. Robledo nada contesta, y se vuelve hacia el salón como para seguir presenciando algún espectáculo. Aunque hice lo mismo, no vi nada que me llamara la atención. Robledo, entonces, vino a la charla por primera vez. Aunque de costumbre habla con mesura, ahora mi ansia lo representa lentísimo. Al fin:

—¡Oh, en cuanto a eso! —vacila—. Es posible.

Mis amigos hablan en circunloquios, en palabras sobreentendidas. Sin duda he perdido definitivamente el origen de su diálogo; pero ya el diálogo mismo comienza a interesarme, y me resuelvo a seguirlo, suspendido del aire. Robledo ha tomado una actitud singular, y mira oblicuamente al suelo, con una mirada vacía, con la expresión del hombre que prevé la perspectiva interior de sus ideas; va a seguir hablando, me digo. Pero tarda . . . Esta vez no sólo yo me angustio.

—¿No soy indiscreto? . . . —comienza Carbonel.

Robledo ya le ha entendido, y corta con un rayo:

—¡No!

Yo sigo a oscuras. Adelante. Ahora va a proseguir Robledo: ha reacomodado el busto, como hombre que se dispone a saltar, haciendo con el codo izquierdo un movimiento de ala.

—No; lo diré brevemente, por más que estoy seguro de que nuestras razones son muy diversas. ¿Opuestas quizás? No me agradan estas confusiones de estilos; toda mezcla de emociones contrarias me es repugnante. Este cruel maridaje

de la risa más grosera con la pasión más delicada es una grotesca pantomima.

Considero sus palabras, las peso y las mido sin atinar con el hecho que las inspira. Algo ha sucedido en aquella sala de que yo no me percaté.

—Pues yo —repuso Carbonel— encuentro que estos caprichos corroen toda naturalidad.

Positivamente —observo para mí—, asisto a una controversia de escuelas: Robledo representa las disciplinas estéticas, y Carbonel, como era de esperarse, algo más viejo.

—¿El retorno a la naturaleza? —sonrió entonces Robledo, como formulando mi pensamiento.

—Tal vez —confiesa Carbonel—. Sé que es filosofía añeja de relojero; pero no he podido borrar este prejuicio por la naturaleza.

—¿La naturaleza? La fe en la naturaleza lleva a la decepción.

Había sonado la palabra única: decepción. ¿Qué iba a contestar Carbonel? Aquél era el reactivo que yo buscaba. El instinto de Robledo había acertado en pocos momentos con lo que a mí me costara tantas meditaciones. No pude contenerme: ostensiblemente, juguete de mis apetitos, abrí los sentidos para espiar el experimento.

Carbonel se acercó a la mesa y dejó caer ambos puños, como alistándose para una conversación más activa y personal. ¡Oh, maravilloso Robledo! Carbonel se va, por fin, a entregar:

—Es verdad: a la decepción. De todas las colinas he mirado a todos los valles. En ninguno encontré el dibujo de mi pensamiento.

—¿Parábolas? —silabiza el incisivo Robledo.

Pero Carbonel respira ya como previniéndose al desahogo. El río oratorio va a desatarse. Oíd:

—Yo era entonces un niño enfermo, y mi casa estaba en la montaña...

1912.

LA PRIMERA CONFESIÓN

I

SE ABRÍA junto a mi casa la puerta menor de un convento de monjas Reparadoras. Desde mi ventana sorprendía yo, a veces, las silenciosas parejas que iban y venían; los lienzos colgados a secar; el jardincillo cultivado con esa admirable minuciosidad de la vida devota. El temblor de una campanita me llegaba de cuando en cuando, o en mitad del día, o sobresaltando el sueño de mis noches; y más de una vez suspendía mis juegos para meditar: "Señor, ¿qué sucede en esa casa?"

Cuando mi imaginación infantil había poblado ya de fantasmas aquella morada de misterio, me dijo mi abuela, entre una y otra tos:

—Niño, ése es un convento de Reparadoras. Ya te llevaré a rezar a su capilla.

Fuimos. Ardían los cirios, y la luz corría por los oropeles de los santos; la luz muda, la luz oscura, si vale decirlo; la que no irradia ni se difunde, la que hace de cada llama una chispa fija y aislada, en medio de la más completa oscuridad. De la sombra parecían salir, aquí y allá, una media cara lívida, un brazo ensangrentado del Cristo, una mano de palo que bendecía. Cuando entraba una mujer vestida de negro, era como si volara por el aire una cabeza. "Señor, ¿qué sucede en este convento?" Había en el ambiente algo maléfico.

Al salir de la capilla aquel día, oí a tres viejas contar el secreto que en aquel convento se escondía. La abuela enredaba con el sacristán no sé qué historia sobre las lechuzas y el aceite de la iglesia, y yo pude deslizarme hasta el grupo donde las tres comadres, como tres Parcas afanadas, tejían sus maledicencias vulgares. Y dijo una vieja:

—Estas monjas, señoras mías, son las que han arreglado esas famosas recetas del arte cisoria y culinaria que nos han legado nuestras madres y aún están en boga.

Y otra vieja dijo:

—Lo sé. Soy antigua amiga del convento, y, por cierto, aquí me casé. ¡Qué día aquél!

Y dijo la otra:

—En esta capilla hace muchos años que nadie se casa. Sólo el sacramento de la Misa está permitido. Sobre esto hay mucho que contar. La santa madre Transverberación, de esta misma comunidad, fue siempre la mejor bordadora de la casa, la más diestra en aderezar una canastilla o unas donas; por eso hasta la llamaban "la monjita de los matrimonios"; porque a ella acudían las recién casadas y las por casar. Bien es cierto que la santa madre no había visto nunca un matrimonio, y su ciencia de las cosas del mundo comenzaba y acababa en la canastilla. Era también la primera en cerner y amasar la harina para el pan del cuerpo, y asimismo era la primera en la oración, que es el pan del alma.

Las viejas daban saltitos y charlaban. La abuela rifaba con el sacristán. Abiertos los ojos y las orejas, yo —chiquillo de quien no se hacía caso— discurría por entre los grupos, oyéndolo todo. Continuó la vieja:

—Al fin, un día, la santa madre asistió a un matrimonio en esta capilla. ¡Pobre madre Transverberación! Salió de allí como poseída, con descompuestos pasos. Corrió por el jardín la cuitada, y a poco se desplomó con un raro éxtasis,

> dejando su cuidado
> entre las azucenas olvidado.

"Desde ese día, la monja mudó de semblante y de aficiones; no rezaba, no bordaba, no amasaba ya. Si rezaba, caía en desmayos; si bordaba, se pinchaba los dedos, manchando su sangre las telas blancas; y los panes que ella amasaba, como al soplo de Satanás, se volvían cenizas."

Las tres viejas se santiguaron. Y la narradora continuó:

—¡Oh, fatal poder de la imaginación, tentada del malo! A los nueve meses cabales, la madre Transverberación dio un soldado más a la República. Desde entonces se ha prohibido la celebración de matrimonios en la capilla de las Reparadoras, y a ellas no se les permite aderezar más canastillas ni donas. Lo tengo oído de Juan, mi sobrino, a quien Pedro el manco le dijo que se lo había contado su suegra.

Y las tres alegres comadres ríen escondiendo el rostro, se santiguan contra los malos pensamientos, dan saltitos de duende.

Tú, lector, si llegas a saber —que sí lo sabrás, porque eres muy sabio— dónde está la tumba de Heinrich Bebel, el "Bebelius", del renacimiento alemán, grítale esta historia por las hendeduras de las losas, para que la ponga en metros latinos y la haga correr en los infiernos. ¡Así nos libremos tú y yo de sus llamas nunca saciadas!

II

—Sepa, pues, mi abuela que ya he averiguado lo que sucede: que por ese convento de Reparadoras ha pasado el mismo demonio endiablando monjas.

Yo lo suelto con toda la boca, orgulloso de mi nuevo conocimiento. Con toda la boca abierta me escucha la pobre mujer —que buen siglo haya—, y, creyéndome en pecado mortal, me manda a confesar al instante ese simple error de opinión.

Yo.—Padre mío, vengo a confesarme.

El cura.—Niño eres; ya sé cuáles son tus pecados. ¡Oh, ejemplar de la especie más uniforme! ¡Oh, niño representativo! Tú te comiste, sin duda, las almendras para el pastel; tú te entraste anoche a robar nueces por los nocedales de tu vecino. ¿Que no? Pues ahora caigo: eras tú, eras tú, pillastre, quien meses pasados destruía los tubos del órgano de la iglesia para hacerse pitos. ¿Que no has sido tú? ¿Cómo que no, si eres chicuelo? La semilla humana ¿ha de estar tan diferenciada en tan tierna edad para que os podáis distinguir los unos de los otros? Tus pecados tienen que ser los pecados de los otros niños; tú apedreas a las viejas en la calle y rompes los vidrios de las casas; tú te comes las golosinas; tú echas tierra a la boca de los que bostezan, ¡raza bellaca!; tú atas cohetes a la cola del gato; tú has embravecido a la vaca en fuerza de torearla, ¡así fueras tú quien la ordeñase! Tú, en fin, todo lo haces a izquierdas y desatinadamente, como el "Félix" del poeta alemán, que bebe siempre en la botella y nunca en el vaso, y como aquel muchacho que pone Luis Vives en sus *Diálogos latinos,* el cual ni se

levanta con la aurora, ni sabe peinarse y vestirse por sus propias manos, ni echar agua en la palangana precisamente por el pico del jarro.

Yo.—Padre, yo no me acuso de tantas atrocidades. Acúsome, padre, de haber creído que el diablo se metió en un convento de monjas.

El confesor.—¡Negra sospecha! No eres tú el primero que la abriga: lo mismo creía Martín Lutero.

Yo.—Padre, ¿y quién fue ése?

El confesor.—Un feo y lascivo demonio que tenía unas barbas de maíz, y en la frente unos cuernecillos retorcidos; por nariz, un hueso de mango; dos grandes orejas de onagro; unos puños toscos de labriego. Nació de labriegos, se hizo monje, se alzó contra el Papa, robó a una monja endiablada, tuvieron unos como hijos endiablados . . . Ya sabrás más de él cuando más crezcas. Ve en tanto a decir a tu abuela que yo te absuelvo, y te doy por capital penitencia el tomar esta misma tarde una jícara de chocolate con bollos. Esta misma tarde, ¿lo entiendes?

Alejéme pensando en el demonio Lutero y en si tendría cola, rasgo que olvidaron explicarme. Desde entonces me creí obligado a la travesura por ser niño. De donde deriva la serie de mis males. El padre confesor, con sus reprimendas abstractas, y sin parar en mi inocencia, había conseguido apicararme el entendimiento, pervirtiéndome la voluntad.

Fuime a la abuela con el mensaje; no pensé desconcertarla tanto. En cuanto supo mi penitencia, toda fue aspavientos y exclamaciones. Yo, inocente, me daba ya por el mayor pecador, según la enormidad del rescate.

Lo creeréis o no: me es de todo punto imposible saber si me dieron al fin el chocolate con bollos. Sólo recuerdo, como entre la niebla de lágrimas que el espanto me hizo llorar, que una voz cascada me decía:

—No llores, pequeñín; si casi no has pecado en nada. Si tu abuela se angustia, no es por eso. Es que bien quisiera daros gusto a ti y al señor cura; pero no tengo, no tengo, ¿entiendes? ¡Y todavía dijo que esta misma tarde había de ser! . . .

1910.

DIÁLOGO DE AQUILES Y ELENA

ESCENARIO no muy vasto, no tan vasto como se asegura: la cabeza de Walter Savage Landor. Ambiente romano convencional.

En el fondo, templos en ruinas, grises, olvidados, duermen con una solemnidad fotográfica. Abundan las inscripciones jurídicas, las piedras históricas. La yerba, descolorida. Las cigarras han huído de todos los árboles —árboles en forma de parasol. Parece que nunca hubo cigarras, o se las confunde con unas viejecitas romanas que hierven su caldo, a mediodía, entre las grietas del Capitolio.

A lo lejos —clara campiña— se columbran, como liras abiertas, los cuernos de los toros latinos. Anochece.

Aquiles y Elena, en primer término. Ella, de pie; él, tendido, reclinado sobre la yerba. Aunque hechos a todas las cabezas, se encuentran incómodos: hubieran preferido un escenario más adecuado. ¿Qué han de hacer aquí, entre los despojos de la gente romana? ¡Oh, Landor! Muy a tu pesar, los dos se acuerdan, en excelente griego arcaico, del Escamandro, de los muros de Ilión, de las naves huecas en la playa.

Este diálogo acontece inmediatamente después del que escribió Landor. Es como charla de bastidores adentro entre gente sutil que se ha violentado para representar un mal drama: Aquiles, amoscado de haber hecho el necio; Elena, más que sofocada (¡nuestras pobres mujeres!) de haber hecho la niña boba.

En Landor, Aquiles se preocupa de las faltas ajenas, y ostenta puerilmente la atrasada botánica —botánica de maestro curandero, de saludador— que heredó de su preceptor Quirón. En Landor, Elena, al reconocer a Aquiles, sólo piensa en suplicarle que no haga de ella su esclava, su hembra. Y Elena —todos la conocéis— ha dicho siempre: "Si en algo me complazco yo es en que todos los hombres me hagan su esclava."

Pero las hipóstasis están sujetas a los caprichos de la mente que las concibe. Y Aquiles y Elena, muy a su pesar, salieron al escenario del diálogo como quiso Landor, charlaron un poco (¡rara charla, por cierto!; ¡peregrina concepción de Grecia! Una charla tejida de interrogaciones y exclamaciones) y, al fin, abandonaron la escena. Y helos que no saben a qué dioses darse, metidos en aquella cabeza más bien romana: un escenario no muy vasto.

Aquiles trae el resquemor de las últimas palabras que le hicieron decir: cierta alusión muy lamartiniana al corazón, al único sitio vulnerable. Elena trae la incomodidad de haber tenido que portarse con miedo y dar unas disculpas ociosas (¡ella nunca se disculpó!); de haber dicho tanta trivialidad.

Las liebres, entre las ruinas, se burlan gloriosamente de su meditación, correteando como faunos y ninfas que se persiguen. Y Elena:

—¡Oh, cuán puros éramos ayer!

Aquiles finge no escucharla; pero lo denuncia un cantarcillo que le viene a los labios, que musita entre dientes, y que dice, más o menos: "Sí, sí; cualquiera tiempo pasado fue mejor."

Como Elena es mujer mimosa (de niña, sus hermanos la subían a sus caballos), conversación que se propone no la perdona. Insiste:

—¿Aquiles? ¡Oh, cuán puros éramos ayer!

Aquiles, como todo ser dotado de naturaleza doble y confusa, es meditabundo, dado al silencio. A veces, descuidaba la guerra, divertido con la vista del mar. Quién afirma que lo ha oído requebrar a las olas, diciéndoles: "Sólo tú me comprendes." Quién asegura que lo ha sorprendido confiando sus secretos a los caballos de su carro y cuchicheando a sus orejas: "Pero no se lo digas a nadie; ni a Patroclo." Su doble naturaleza lo hace concentrado y altivo. Algo tiene de los animales domésticos, que no siempre entienden bien lo que les queremos; algo de los poetas, que casi nunca escuchan lo que les decimos. Aquiles es tan inconsciente y profundo como Elena es avizora, locuaz, dueña de sus alfileres y sus encantos: ¡buena mujer, al fin!

Aquiles no experimenta la necesidad de hablar. Tampo-

co ama precisamente a Elena, a despecho de la suspicacia de Landor. Si la amara, comenzaría por declararlo. Los griegos no disimulaban su placer, ni su ira, ni su miedo. (Antes del combate, no era extraño verles llorar.) Pero Aquiles piensa que no es necesario conversar con Elena: basta contemplarla. Tiene razón.

Y, sin quererlo, por el hábito de la duda metódica, tan desarrollado en los seres de doble esencia, se pregunta si, después de todo, Elena será tan hermosa como dice la fama... Medita, compara y resuelve:

—Es, en verdad, muy linda. Pero... ese cuello blanco, tan largo... Bien se ve que es hija del Cisne.

Elena, aunque acostumbrada a estos chismorreos vulgares que corren entre las comadres a propósito de su paternidad y su nacimiento, protesta con una patadita ligera. (¡La infiel tiene unos pies de diosa!) Y, ya irritada, insiste con un tonillo impertinente:

—¡Aquiles! ¡Aquiles! ¡Centauros te habían de educar, que no en la corte del rey de Francia! Por los pies de plata de tu madre, ¿no me harás caso? Escucha: ¡Oh, cuán puros éramos ayer! ¿Qué me respondes?

Aquiles, cuyo sentimiento del espectáculo es, a sus horas, más hondo que el de las cigüeñas de Egipto ante el crepúsculo (rojo y oro sobre el Nilo, palmeras de cobre, inmensidad), ha sorprendido el piececito inquieto de Elena; ha oído la invocación —algo imprudente— a los pies de plata de su madre: asocia lo que ve con lo que oye. Medita, compara, resuelve:

—¡Si ésta hubiera tenido los pies de plata! ¡Ay, pero ni una huella en el suelo, ni cómo rastrearla y seguirla! ¡Triste Menelao! Más ligeros son los pies de Elena que los míos. Ella, como Iris, no toca el suelo: pisa en la voluntad de los hombres con unas pisadas invisibles, como tentaciones. Sus plantas huelen al jugo de todas las flores. ¡Oh, qué hurtos, qué correrías por los jardines! Elena a todos los hombres podría decirles: "¡Acuérdate, acuérdate de Aquel Día!"

Elena, anonadada, se sonroja trémulamente. Si aquello fuera galanteo de jovencete o reclamo de enamorado, ahí de las habilidades y composturas que ella sabía. Pero oírse elogiar así, en tercera persona, frente a frente y —como si

fuera cristiana— ¡por sus pecados!, es cosa que la desvanece, trémulamente.

La luna, entre las ruinas inoportunas, asoma, vieja Celestina, fría a la vez que rozagante, pagada de sí. Algún pajarraco burlón, en el horizonte, desde su rama, proyectado sobre el astro como una sombra chinesca, lo picotea, lo picotea, con un regocijado chiar.

Cuando Elena advierte que ha anochecido, echa atrás el manto, descubre los brazos hacia la luna, y canta:

—El ansia de la tierra está suspendida de mis manos . . .

Es una antigua canción de rueca. Los ojos de Elena relampaguean, furtivamente, hacia Aquiles, el soldadón. Aquiles se acuerda de la infortunada Briseida, su dulce esclava.

—El ansia de la tierra está suspendida de mis manos. Venid a buscarme por las tapias de mi jardín, a la hora en que duerme mi señor y enmudece la pajarera. Las fuentes se han vuelto de luz. ¡Ay, Romeo! ¡Ay, Calisto!

"En la sangre de mi palomar se han teñido vuestros halcones. Al hora de la alondra os iréis de mí. Venid a buscarme por las tapias de mi jardín.

"Me cortejaréis con adivinanzas, como Salomón a la reina Balquis. Yo os propondré los enigmas que me enseñaba mi nodriza la Esfinge, con que supe conducir al Infierno, como a tigre por el cordón de seda, a aquel caballero alemán que me evocó, espantado, desde el trípode de las Madres.

"El ansia de la tierra está suspendida de mis manos.

"¡Ay padre, hermanos, esposo mío! No os lo ocultaré: lo han querido todos los dioses. Me ostentaré desde la torre de Troya, para ver a los que luchan por mí, y todos lo adivinarán en esta cabellera desordenada, en esta cabellera que me denuncia, revuelta con las hojas del suelo.

"Gira, gira, gira, rueca mía, devanando el hilo de plata. Las Parcas ya no saben tejer. Las princesas llamarán a los pájaros para desenredar la madeja. Lo que haga de día la hilandera casta, yo lo desharé por la noche. ¡Redes de la mar, redes de la mar! ¡Os he tejido con mis cabellos de cáñamo! ¡Túnica, túnica de mi amado muerto! Yo la tejí para él; la teñí en mi sangre venenosa.

"Y el ansia de la tierra está suspendida de mis hábiles manos.

"Día llegará: mis taloncitos sonrosados os redoblarán sobre el corazón. Día llegará: os llevaré en rastra al cielo, estrangulados en mis trenzas de cáñamo. Porque yo soy vuestro dueño. Hombres, todos los hombres: "¡Acuérdate de Aquel Día!", gritadme todos, y yo desfalleceré, trémulamente."

—Bien —comenta Aquiles a media voz, mientras ella se recoge en el manto, jadeante, y lo abre y lo cierra como las alas de una mariposa lunar—. Bien: el gusto, algo asiático, poco ponderado: confusión de estilos y de épocas; el sabor, de clavo; el olor, de mirra. Pero ello va con las aficiones del tiempo. Y menos mal que no ha hecho el menor caso de estas ruinas romanas.

(Arde bajo la luna, al fondo, una ruina en forma de herradura, desportillada como una dentadura vieja.)

Y:

—¡El ansia de la tierra está chorreando de mis brazos! —exagera Elena, arrebatada, mientras, en una ola de luz, la túnica se le arrolla a los pies, formando un nido, de donde salta ella, dorada, desnuda, hija del Cisne—.

"Forma sustancial de la luz, Cisne, flor de hielo: ahógame en tu cíngulo de seda, y yo flotaré, cabellera inútil, sobre el río en que se bañaba mi madre —¡oh, hermanos míos!: mientras vuestra honestidad se da topes en los picos de las estrellas."

Y después, cruzando los brazos, arrullando su propio seno:

—Dos gemelos traigo yo en brazos, dos hermanos de leche. Cástor se llama el de la izquierda, y el otro es Pólux. Tiemblan como corderillos los dos. Los Caballeros del Día y de la Noche, mis dos hermanos, me buscan cuando me les pierdo en las nubes crepusculares. Dos estrellas traigo en las manos: una la ambicionan para su corazón los mancebos; la otra la imploran las vírgenes para su frente.

"Día llegará, día llegará... Yo soy vuestro dueño, y me transfiguro siguiendo la ley de vuestros anhelos. —Pero hay que desfallecer: algo inefable nos reclama."

Y Elena tirita, entre la noche.

Entretanto, Aquiles, como marido que despierta de mal humor:

—¿Elena?

—¿Aquiles?

—Mis grebas están sin lustre; mi escudo padece abolladuras; el filo de mi espada está sordo. Haz que todo me sea alistado para la hora de partir.

Elena, descuidada, exhala su alma en una canción indiscreta:

—Volveré contigo en cuanto el Otro . . .

Pero se detiene, sobresaltada, al canto del gallo.

Aquiles, ya entre sueños y desvaneciéndose, reintegrándose en el color y los perfiles del suelo, tiene pesadillas de mitólogo:

—Esto del talón vulnerable . . . —masculla—. Gota hereditaria . . . Juventud disipada de mi padre Peleo . . . Sólo tú me comprendes . . . No se lo digas a nadie, ni a Patroclo . . .

Elena, entretanto, el vello cuajado de rocío, corre de puntillas a refugiarse en el tronco de cualquier árbol.

Y el gallo, a voz en cuello, clarinea:

—¡Acuérdate de Aquel Día!

1913.

EN LAS REPÚBLICAS DEL SOCONUSCO

(MEMORIAS DE UN SÚBDITO ALEMÁN)

I. EN LA GRANJA

CUANDO don Jacintito y yo viajábamos por Tonalá vendiendo telas finas y palillos de dientes, yo aprendí de él —que era viejo— a tomar todas las mañanas un vaso de agua fría y un terrón de azúcar. Tonalá, un alegre y caluroso puerto del Pacífico; el tráfico de palillos de dientes, la sola causa de la riqueza de las naciones, según creo haber demostrado en otra parte; el agua y el terrón de azúcar, el único remedio que existe contra el mal humor y los sueños íncubos. ¿Y don Jacintito? Tan ladino y maestro de psicología práctica cual lo fueron siempre todos los varones de su casa.

Como toda la juventud alemana salida de las aulas antes de 1870, yo era panteísta —casi diré republicano—; por más que persistía en creer, con Bismarck, que las asociaciones de jóvenes demócratas son una confusa mezcla de utopía y falta de urbanidad, donde impera el desconocimiento más absoluto de las relaciones consagradas por la Historia. Sobre este punto, más de una acalorada disputa he sostenido con el médico de Ulm, Allewelt, quien se empeña en visitarme todos los días, a pesar de nuestras divergencias. Por cierto que, a no ser por la oportunísima intervención del agua y del terrón de azúcar, que todo lo endulzan y disuelven, la disputa habría pasado, a veces, más allá del límite exacto de las conveniencias. Verdad es que Allewelt tiene un vergonzoso miedo a los ratones (no es extraño: en su juventud fue militar), con lo que, a veces también, la airosa carrera de un ratoncillo a través del largo corredor de la granja ha sido término obligado de la disputa.

Porque yo vivo en una granja, y, como reza el dicho alemán: "No hay muchacha sin amores, – ni feria sin ladrones, – ni judío ni doblones, – ni vieja sin devociones, – ni república sin cabrones, – ni granja vieja sin ratones."

Allewelt, pues, viene a conversar conmigo todos los días, y juntos solemos acordarnos de los buenos tiempos de Guetinga.

Cuando abandonamos Guetinga, yo montaba un potro de raza pura, piel sedosa y casi crujiente, pecho angosto, piernas frágiles y nerviosas, que temblaba sin cesar como amedrentado o como friolento. Allewelt usaba los cabellos largos, y ya era republicano. Los alemanes, en cuanto adoptamos una opinión, nunca más queremos cambiarla, que para eso tenemos un par de razones: la pura y la práctica; lo que ya no cabe en aquélla, ¡pues lo arrinconamos en ésta como en la bodega! Allewelt tenía en los ojos la expresión de inocente asombro que se advierte en los retratos del sensible Hardenberg, a quien los libros llaman Novalis. Entonces llevaba el rostro afeitado. Hoy, con los años y la mucha ciencia, la cara le ha brotado barba por todas partes, hasta por detrás de las orejas y hasta debajo de los ojos; las cejas le han crecido ridículamente, y de sus fosas nasales, burlando el consejo que da Ovidio al enamorado, salen dos cepillos de pelos. Sus ojos, antes asombrados e inocentes, hoy han cobrado una expresión de espanto constante: parece que estuvieran siempre viendo ratones. Y sus gruesísimos espejuelos, alterando la perspectiva, hacen que sus ojos se adelanten uno o dos centímetros sobre el plano de la cara. Así, adonde quiera que va, parece que le preceden los ojos. Y yo, al verlo, pienso en las definiciones de la fisiología: "Los sentidos del cuerpo son los esfuerzos que hace la materia para abrirse paso por entre el tumulto de la realidad exterior."

¡Pobre Allewelt! Ya ni es médico, según creo; ya sólo es, como el doctor Teufelsdröckh, *Professor of things in general (Professor der Allerlei-Wissenschaft)*. Pero yo se lo perdono todo en memoria de los tiempos en que se parecía a Novalis.

Porque de Novalis aprendí a cantar. De su poesía extraje algo como una repugnancia confusa por los juegos de luz y sombra, y el amor al éter cálido y luminoso; y nunca se aparta de mi fantasía el chorro de agua de su cuento, que estalla y se congela en el aire como una lanza de cristal. Cuando intenté mi poema sobre la vida de Novalis, Allewelt me ayudaba a contar las sílabas con los dedos. Mi poema

comenzaba antes del nacimiento del poeta, con el relato de la viudez del viejo Hardenberg, su padre, las nuevas nupcias, la vida austera y religiosa de la casa, los once hijos, la muerte de los diez. Hasta puede ser que os agrade. Oíd:

A Hardenberg, que tuvo la juventud de fuego,
el Cielo le hizo señas desde su eternidad;
con la viudez se puso meditabundo, y luego
se le amargó la viña del alma con la edad.

¡Qué muda la casona! ¡Qué ciegas las ventanas!
Una mañana de oro las abre otra mujer;
y al irrumpir, curioso, el sol de las mañanas,
alumbra —en vez del júbilo nupcial— sólo un deber:

Un deber apurado calladamente, en tanto
que las horas giraban en torno de los dos.
El esposo tenía la palidez del santo;
la esposa, la blancura que da el temor de Dios.

Y se pobló la casa de hijos; once hijos,
como once sombras místicas, flotan en derredor
del padre y de la madre, que, con los crucifijos
pintados en el ceño, devanan su dolor.

La casa era un callado convento . . . Los mayores
esta herencia dejaron a la posteridad:
torres, parques, salvajes árboles, corredores,
y el misticismo era parte de la heredad.

¡Ay! Mas diez de los hijos fueron como ligeros
tallos que se desmayan al viento de la mar;
y los padres, como unos pobres sepultureros,
llevaron los diez cuerpos helados a enterrar.

¡Ay, Hardenberg! ¡Ay, Hardenberg! Tu mocedad de fuego
sólo amargas cenizas te deja de piedad:
deshijado te halla la senectud, y luego
se te mustia la viña del alma con la edad.

Aquí, donde debiera empezar precisamente la vida de Novalis, el único hijo que se salvó, suspendí mi poema, por verdadera incapacidad de continuarlo: la emoción me ahogaba. Ahora se me ocurre que mi poema está bien así, que nada le falta, que todo lo que había de seguir ya se adivina.

Hoy que estoy viejo, por las noches, cuando me canso de tocar el flautín, y cuando mis hijos, cansados también de

bailar al son de mis tonadas, me rodean, me abrazan las piernas y me piden la bendición antes de acostarse, mi ánimo se dulcifica de pronto, chorrea miel como los higos maduros; lágrimas vienen a mis ojos que llenan de flechas irisadas las lenguas amarillas de las candelas, y juntando en una evocación mis dos recuerdos más amados,

—Hijos míos —les digo desde arriba de mi corpulencia—, a dos hombres debo los mejores dones de mi vida: a Novalis, el santo amor de la poesía; a don Jacintito, mi viejo patrón de Tonalá, el hábito de tomar, en ayunas, una barrica de agua fría y un volcán de azúcar olorosa.

Alzo entonces los ojos al muro, y mirando mi sombra rodeada por la de mis hijos pequeños, a la temblorosa luz de los pabilos, paréceme que debemos de formar un solemne cuadro.

II. En la alcoba aquella

¡Ah! En los días de Tonalá no había hijos, ni mujer real, ni casa espaciosa, ni salón con candeleros de plata:

A un rincón, el catre de tijera; un viejo cofre al otro, lleno de clavos y chapas herrumbrosas; en el tercer ángulo, una mesa con tres patas y cuatro quintas partes de otra pata, a la que servía de zanco y de muleta el voluminoso *Directorio del Comercio y la Agricultura en Chiapas y Tabasco*. Y si nada había en el cuarto rincón es porque mi alcoba no lo tenía, que era triangular como una delta. O como una cuartilla de queso. O como la cabeza del Hermes en los antiguos bronces. O como una tajada de *calabaza en tacha* de esas que se toman con la leche del desayuno. O como un Ojo de la Providencia en algún antiguo grabado bíblico. O como una cuchara para servir pescado (de las que precisamente son triangulares). O como el símbolo de Afrodita en ciertos arcaicos *xoana* griegos . . . Pero basta ya, que la memoria de los viejos flaquea: la de unos, por olvidarse de todo; la mía, por acordarme de todo fuera de sazón y de tino.

De tres paredes disponía, pues, en mi alcoba de Tonalá: de una colgaba yo mi flautín, de otra el rifle, y en la tercera, una ventana se abría —irónicamente— sobre el gallinero.

Y ¿quién es el borracho de cien generaciones, hijo de mala mujer, que inventó que el gallo sólo canta a la madru-

gada? Los gallos cantan día y noche, incesantemente. Y el gallo de mi gallinero hacía marco de mi ventana, y desde allí entonaba su clarín. Su canto nocturno, acompañado de unos aletazos temerosísimos, turbaba al principio mis sueños; pero a poco me acostumbré, y me hice el ánimo de no despertar. Entonces el canto del gallo se armonizaba con mis sueños, enriqueciéndolos con un subrayado de clarín.

Hacia las cinco y media de la mañana el gallo me ha gritado, como al zapatero de Luciano:

—¡Ea, bellaco! Es hora de dejar vanidades y dar a la vigilia lo suyo.

Salto entonces del lecho; doy las gracias a mi guardián por mi dormir y mi despertar. Sumerjo los brazos y meto la cara en agua fresca —¡oh salud!—. Acudo a la tienda, enciendo luces: en la oscuridad de la calle, dos flavos torrentes salen por las puertas, tiemblan en el aire y caen al suelo.

—Toque-taque, toque-taque, toque-taque.

Son los lecheros, que pasan en sus caballitos trotones. Suenan las cacharras:

—Cuá-cuá-cuá-cuá.

Un caballo galopa:

—Teglat, teglat, teglat, talatá.

Sopla el vientecillo del mar: estornudo. La voz de don Jacintito me saluda, ronca, *desmañanada*.

—¡Ave María, con los alemanes madrugadores!

III. En el escritorio

Don Jacintito y su católica esposa doña Beatriz —una señora que perdía cada cinco minutos las llaves de sus baúles— ocupaban en la casa otra estancia casi tan humilde como la mía, y el resto —grandes salas a la calle y a la plaza— lo llenaban el almacén y la tienda. Aquí pasábamos todos el día, no tanto por las exigencias de nuestro comercio cuanto por ser lo más holgado de la vivienda.

Al principio, el negocio iba mal. Don Jacintito, usando unos términos técnicos que me deslumbraban, solía decirme, guiñando el ojo:

—Esto no anda sobre ruedas, hijo mío; no anda sobre ruedas.

Aún no me hacía yo a los metafísicos manejos de la oferta y de la demanda. Don Jacintito me enseñaba la Economía Política. En poco tiempo llegué a ser todo un ergotista bizantino del trueque y del crédito. Yo pagaba sus desvelos enseñándole, a mi vez, alemán, método en mano:

"—¿Distingue usted los abismos?

"—Los calvos abades los distinguirán.

"—¿Serán buenos nuestros virtuosos abades?

"—Serán buenos y calvos."

Más pronto aprendía don Jacintito estos disparates que yo los enredos, los misterios de la correspondencia mercantil, en que vanamente quise adiestrarme. Conservo el original de una carta enviada a nuestros corresponsales de México, que salió con una tachadura. Juzguen los lectores de mi asombro a la vista de semejante modelo:

"Muy señores nuestros y amigos:

"Esperábamos, para contestar su atenta carta, a que, pasado el otoño, acabara en todas las regiones del sur la *cosecha, pisca* y *pepena* del palillo de dientes, con el fin de dar a ustedes el pormenor de los saldos consecutivos que se vienen acumulando desde la última entrega a don Melitón. Don Melitón se niega a introducir en Chiapas el palillo de dientes, porque opina que este cereal se pica al poco tiempo de embotellado. Por otra parte, aún no ha sido posible que *nuestro señor* Westendarp (este señor era yo) se ponga en camino para recorrer los laboreos y averiguar si, como resultado de las lluvias de este verano, los cultivos del palillo han desmerecido en algo, según lo asegura el socio de la Estanzuela. Parece, en todo caso, que el último eclipse ha influído favorablemente sobre el precio de nuestra almendra (así llamaban al palillo de dientes). Todo lo cual redundará, con seguridad, sobre la venta del *Martini-Cocktail* con cerezas, la fabricación de jaulas de grillos en España, y la supresión del tenedor para extraer las aceitunas del frasco en todo el mundo . . ."

¿Y los telegramas en clave X-4 que nuestros corresponsales nos dirigían casi a diario? Yo creí que, una vez descifrados, los entendería; pero descifrado el más claro de todos ellos, resultó así:

"Pujen si bonanza peso cachuco avaricia precio Ceilán a palillos desplegados."

Don Jacintito me dijo que este telegrama era una oportuna advertencia; después se caló las gafas, echó cuentas, y, al fin, anunció:

—Si esto no anda aún sobre ruedas, pronto andará. Manipulando todos los saldos consecutivos, tendremos al final de estación un bonito pico.

Yo nunca acerté a entender palabra de todo aquello. En cambio, inventé un procedimiento para anunciar *nuestra almendra,* inaugurando así en Tonalá la era del anuncio erudito. Unas veces hacía yo publicar en los periódicos del lugar trozos clásicos alusivos al palillo de dientes: ya aquel fragmento de *La verdad sospechosa:*

> ... En un hombre de diamantes,
> delicadas de oro flechas,
> que mostrasen a mi dueño
> su crueldad y mi firmeza,
> al sauce, al junco y al mimbre
> quitaron su preeminencia:
> que han de ser oro las pajas
> cuando los dientes son perlas... ;

o ya aquella *sloca* del *Panchatantra* que dice sentenciosamente: "Necesidad tienen los reyes de un palito de hierba que les limpie los dientes." (I, 75.) Adornaba yo todas estas citas con abundantes noticias sacadas de Polidoro Virgilio y Diego de Urrea. Otras veces escribía yo pequeñas disertaciones sobre puntos dudosos relacionados con la historia de nuestro cereal: si el Buda renunció al palillo de dientes cuando renunció a los placeres del estómago; si Ftatateeta, nodriza de Cleopatra, usaba mondadientes de uña de gato sagrado o de pluma de ibis; si en el *Banquete,* de Platón, los comensales usaron del mondadientes, y si a esto alude Erixímaco al hacer a Aristófanes ciertas recomendaciones higiénicas sobre el hipo y el estornudo; finalmente, si puede científicamente asegurarse que la falta de mondadientes tuvo alguna influencia sobre la moral de don Felipe II. Un día, cediendo a cierto atavismo filosófico, llegué a escribir toda una disertación metafísica sobre el limpiadientes: *Der Zahnstocher als Wille und Vorstellung.* Don Jacintito acabó por

creer que mis indigestiones eruditas eran una forma del genio mercantil.

IV. En el palomar

A la siesta, la hora del reposo, doña Beatriz iba a echar migas a sus pichones. Solíamos acompañarla los dos.

De entonces data mi célebre monografía: *Noticia sobre la vida de las palomas pardas en Tonalá, de las palomas blancas y de las palomas moradas,* que tan bondadosamente fue acogida por las sociedades científicas de mi patria.

En esta *Noticia* trataba yo de demostrar que son de todo punto inaceptables las ideas corrientes sobre el amor y la vida de las palomas; que la paloma no es un animal esencialmente amoroso, sino un animal esencialmente poseído del concepto de la propiedad territorial, y colérico por añadidura. La defensa del nido y sus cercanías es el verdadero centro de su existencia. Pero tampoco se crea que la defensa del nido significa amor al hogar, a la familia, no: el macho nunca defiende a su hembra, ni se le da de ella ni de sus hijos la menor cosa. Con igual furia de aletazos y currucutucúes defiende el nido lleno que el nido vacío, o el perímetro de tierra que lo rodea. Trátase, para él, de la propiedad, de la propiedad territorial en su concepto más elaborado y jurídico. Los poetas —seres que quisieran ser palomas— han calumniado a estos vigorosos animales, atribuyéndoles sentimientos tan artificiales como la dulzura y la castidad, la piedad y la limosna. Y no hay tal: las palomas, a pesar de sus suavidades y redondeces, no son el pasto de todas las tendencias morbosas. Sus voliciones, sus intelecciones, su entendimiento general de la vida, son marcadamente utilitarios, angulosos, geométricos, como lo pudieran ser los de un romano de la mejor época, colonizador, conquistador, legislador, fundador de ciudades cuadradas. Yo he visto a un macho legislar en un palomar, atribuir a cada ciudadano sus palmos de tierra y sus derechos, y después sucumbir a su propia ley por haber invadido el terreno extraño. Sólo un aparente sacrificio al prójimo se les conoce, y es el pasarse largo tiempo en el nido calentando la cría; pero esto no es más que amor a su propia comodidad, porque ¡debe de ser tan muelle eso de pasarse uno la vida echado sobre sus hijos!

Y en cuanto los hijos crecen, el macho los arroja a buscarse solos el sustento, como un moderno educador: "¡Muera el débil!", parece gritar la valiente raza de los palomos.

Los sabios de mi tiempo se dignaron declarar que mis *contribuciones* eran valiosas y elegantes.

V. Una edición crítica

No podía faltar. En mis ratos perdidos, sentado junto a mi mesa coja, preparaba yo una edición, con prólogo, notas e índices, de cuatro comedias y seis y medio romances de Lope de Vega. Compadecióse mi amo de mí, y, merced sobre todo a las industrias de la angelical doña Beatriz, que gustaba de la comedia de enredo tanto como yo, me hizo publicar todo aquello en la imprenta de una ciudad no lejana —término de la tierra habitable—, que responde al almibarado nombre de Tapachula.

¡Oh, dolor! Los vecinos se burlaron de mí. Decían que era poco mérito publicar lo ajeno (¡y yo que había visto conceder cruces por otro tanto!). Don Marcelino —a quien le envié, al instante, mi edición— no me contestó sino catorce años más tarde, cuando yo vivía ya en Berlín. Su carta recorrió mucho mar y mucha tierra en busca mía. Estando ya a punto de alcanzarme, yo salí a Francfort a recoger una herencia. Siguióme la carta pacientemente. Corrió tras de mí durante todo mi viaje por Italia: dos o tres veces nos cruzamos en el camino, ¡ay!, sin reconocernos. Y cuando, de vuelta a mi patria, Gretchen, anhelante, venía a mi encuentro con el pliego en la delgada mano, gritando: "¡Carta de don Marcelino! ¡Carta de don Marcelino!", uno de mis hijos arrebató el papel, huyó con él, hizo una barquita en medio segundo, y arrojóla al Rhin . . .

Pero, a raíz de la publicación de mi Lope, sólo recibí una epístola de Johann Fastenrath, paisano mío, acompañándome un premio de algunos marcos y una condecoración privada.

—He fracasado —me dije—, y me entregué decididamente al negocio de don Jacintito.

VI. MÚSICA PARA BAILES

Sucedió, pues, que empecé a amistarme con la gente ilustre del pueblo. Y conocí al mozo Pedro Guitarra y al viejo don Violón, constantes huéspedes del barbero y sangrador Meléndez.

A Pedro Guitarra le decían así por lo bien que sabía tañerla, y a don Violón, porque lo hacía gruñir muy diestramente. Swedenborg se olvidó de un infierno, y es el infierno de los motes en que ciertos hombres pasan la vida.

Don Violón era poeta, y de los repentistas, y sordo; y tenía enemigos literarios. Ambos eran gente a quien sólo se encontraba de noche: al fin, como a murguistas. Y vosotros, mis espejuelados doctores de Guetinga, mis jóvenes y sonrosados muchachos de cabellos de yema de huevo y de cicatrices en la cara; vosotros, que no habéis visto de estas maravillas, ni probado el trato de tales hombres, ¡oh, si los vierais! ¡Oh, si los vierais, al mozo y al viejo, guitarra y violón descansando sobre las piernas, soltar el chiste mal aderezado, reírlo después copiosamente, toser, maldecir, o gritar el mozo a las orejas del viejo, a la vacilante luz de las bujías, en la barbería destartalada del pillo Meléndez —toda empapelada de rojo, rotos los espejos, broncas las navajas—, mientras éste y los oficiales silbaban un canto vulgar, penitencia de los parroquianos, con que acompañar las tijeretadas!

Y la villa afuera dormida: pueblo como todos. Porque muchos lo han descrito ya, no lo describo . . . Canta, más allá de la playa, el mar; las estrellas brillan radiosamente. ("¡Espléndido es tu cielo, patria mía!")

¡Conque de tan doctos labios recogí yo mis primeras enseñanzas sobre aquel nuevo mundo! ¡Conque de tan sabridas bocas aprendí yo mi última sabiduría de la vida, sazonada entre cantos, dichos, cuentos de mujercillas y casos chistosos, narrados y festejados en largas noches entretenidas, al son de las tijeretas de los barberos!

VII. EN FAMILIA

¡Dom Escarragut de Nanterre! Nombre épico de ruidos epónimos, que suena a maldición de Cirano, a grito de la

espada Durenda azotada sobre la roca por la fuerte mano de Rolando, y a nombre de guisado en alguna elegante fonda francesa. ¡Dom Escarragut de Nanterre!

Il s'appelait Dom Escarragut de Nanterre, et de sa voix de tonnerre, il parlait un français rabelaisien, baroque, fantasque, antique et moderne, plein de tintements et de cliquetis de clochette.

Clopin-clopant il s'en allait tous les matins, en longeant la rue du Malecon, vers son magasin de bière. Mon Dieu, lecteur! Car, à Tonalá, il lui fallait vendre de la bière pour vivre à son aise. Et son magasin s'appelait: *Le Tonneau de Tonalá!* Et il lui plaisait aussi de répéter souvent: Voilà, les amis, c'est moi qui suis le tonneau de Tonalà.

Car il était gros et grand, le beau garçon, d'une beauté nourricière et pantagruélique.

Cuando Escarragut alineaba sus gruesos toneles de cerveza, era un espectáculo casi divino verle pasar revista a todo su ejército panzudo: ordeñaba todos los grifos, cataba de todos sus vinos, y, al fin, se embriagaba con una borrachera llena de humanismo y de grandeza, como la de aquellos monjes limosneros de mi tierra en los siglos medios. Entonces volvía bamboleándose a su casa. Se hacía abrir a golpes:

—¿Quién llama?

—La gloire de France, le tonneau de Tonalá! Ouvrez-donc, nom d'un dix neuf cents quatre-vingts dix neuf! Ne vous emberelucocassez point, je vous dis! C'est moi: Son Excellence Dom Escarragut de Nanterre, qui revient de la revue!

Solía visitarnos por la noche. Lo recibíamos en el almacén, sentados sobre cajas de madera y paquetes de seda. En el aire flotaba el olor vegetal de las telas nuevas. Doña Beatriz leía mi edición de Lope asiduamente y sin tomar parte en nuestra charla. Su perfil se proyectaba sobre el muro: su perfil era tan limpio y tan noble, que yo, alemán romántico lleno de claro de luna, me enamoraba de aquella sombra, soñando en lo que habría sido la buena mujer cuando joven, cien o doscientos años antes. Don Jacintito, con el gorro calado y la blusa suelta, cobraba, a los amarillos parpadeos de la vela, no sé qué prestigio de retrato flamenco:

sus pequeños ojos brillaban; su cara, sus cabellos, su escaso bigote, tomaban un marcado tinte rojizo. A su lado, la enorme cabeza de mosquetero gigante: Dom Escarragut de Nanterre.

Escarragut, como su nombre lo dice, era de Nanterre; como Genoveva, "ola blanca, agua riente", de la que se dijo que es la más pura de todas las vírgenes que han dado su nombre a la espuma del mar o a las burbujas del arroyo. En cuanto al estrambótico *Dom,* Escarragut quería explicárnoslo como herencia de su padre —un benedictino de Amiens—. Solía contarnos su historia por las noches. Otras veces, oía las explicaciones de don Jacintito sobre las nuevas mercancías de la casa.

Y los dos rostros, inclinados sobre el mostrador ante alguna preciosa muselina recién llegada, aumentaban el encanto pictórico —a lo Rembrandt— de aquellas pacíficas sesiones nocturnas del almacén.

Yo soñaba, yo sufría. Evocaba versos de Novalis; me acordaba de Guetinga y del bello potro que me regalaron mis padres; del día negro en que me arrojaron de la casa paterna con una injuria en bajo latín medioeval; de mis aventuras tristísimas, de mi viaje a América, de la bondadosa acogida que me dispensó don Jacintito. Heme aquí, me decía yo, rodando mundo; heme aquí, en esta Tonalá, con mi fortuna sobre el cuerpo y con mi largo nombre alemán (José Federico Guillermo Othón Juan Manuel de Westendarp Steinhel.) Heme aquí con mi corazón de 1830 . . .

Por disimular mis sentimientos y ahogar mis lágrimas, poníame a tocar el flautín. Entonces Dom Escarragut, de súbito, movido por un atavismo danzante, empezaba a dar saltos y a gritar su única canción, su canción de niño gigante: "Mirliton, Mirliton, Mirontaine." Al tiempo que doña Beatriz, en lo más fioriturado del *Castigo sin venganza,* decía con destempladas voces:

Sin mí, sin vos y sin Dios:
sin Dios, por lo que os deseo;
sin mí, porque estoy sin vos;
sin vos, porque no os poseo.

Y el paciente don Jacintito, sentado sobre el mostrador, poníase, sonriendo, a inventar rompecabezas de palillos de dientes, que hacía publicar en los periódicos como anuncios de la casa.

VIII. Los recuerdos

El tiempo ha corrido. ¡Oh, cuánto ha corrido, santo Dios! Don Jacintito ha muerto. La inmortal doña Beatriz, me aseguran que vende ahora reliquias a las puertas de las iglesias de México . . . ¿Será todavía tan hermosa la sombra de doña Beatriz?

¿Y Dom Escarragut de Nanterre? ¡Cosa espeluznante! Dom Escarragut, una noche en que probó de todos sus vinos, después de intentar vanamente enseñar a don Jacintito el manejo de la espada, se tragó descuidadamente un sacacorchos, y murió al instante. ¡Pobre Escarragut! Lo metimos en una caja de cerveza de Monterrey, que había vendido al menudeo durante aquella semana; clavamos la tapa . . . El Océano Pacífico meció sus despojos. Así murió Dom Escarragut de Nanterre.

Las malas lenguas propagaron que don Jacintito y yo lo habíamos asesinado en la trastienda, por diferencias en la cuenta corriente. Eso es una mentira, y yo no sé por qué Allewelt gusta de recordármelo ahora, guiñando el ojo.

Días después, salíamos de Tonalá hacia Comitán, a rastra con nuestras telas y con nuestra almendra: el palillo. Doña Beatriz iba en lo más alto del carro, sobre unos bultos de seda, bamboleándose a cada tumbo. Don Jacintito, al lado del cochero. Y yo, a par del carro, iba cabalgando en mi mula.

Mas pongo aquí término a mis recuerdos. El viejo alemán, rico ya y gozoso, se calienta después de cenar al fuego claro y, en tanto se tuestan las castañas exóticas, escribe en las brasas con el badil y narra a sus hijos y a su esposa bellos cuentos del tiempo ido. Corren sin cesar por las galerías los ratones de la vieja granja. Las llamas bailotean mezclando mis recuerdos: doña Beatriz de la noble sombra; don Jacintito, el ducho y amable mercader; Dom Escarragut, fino y épico como un tañido de campana; mi flautín,

mi vida, mis hijos . . . Hijos míos: ¡todo el Soconusco! —Yo juro seguir siendo fiel a mis cuatro torres familiares, y me entrego al sueño saludable y reparador, holgándome de haberos dejado estas memorias para solaz y divertimiento de vuestros días lluviosos.

México, marzo de 1912.

EL FRAILE CONVERSO

(DIÁLOGO MUDO)

ACABA de caer el telón sobre un mundo maravilloso. El público discute a Shakespeare, a la luz de las unidades dramáticas. Claudio está dispuesto a reparar el honor de la que había ultrajado. Mariana se apresta a ser feliz. Ángelo, a amarla, arrepentido. Escalo espera que el Duque sepa recompensar sus servicios. El Preboste confía en que se le dé un puesto más digno de su discreción. Isabel y el Duque se enamoran, pasados ya los sobresaltos de aquélla, y hecha ya por éste la famosa justicia. Lucio pasa por casarse, a condición de no ser ahorcado. El verdugo, verdugo queda; el bufón, bufón y necio; y la señora Overdone, casamentera.

Fray Pedro tira penosamente del borracho Bernardino, que no se decide a seguirlo. (Bernardino, bohemio de nacimiento, crecido y educado en Venecia, nueve años de cárcel, es asesino. No quiere salir cuando le llaman para confesarlo y ahorcarlo, porque "le da vergüenza" que lo vean borracho.)

El Duque ha dicho a fray Pedro:

—Religioso, lo dejo en vuestras manos; aconsejadlo.

Varios señores y ciudadanos, testigos de todo, lo comentan. Luego se van a sus hogares a contarlo a sus esposas. El pueblo ensalza al soberano.

Lejos del teatro, por las calles alumbradas de luna, el religioso tira del borracho. Le ha atado al cuello el cordón del hábito, y lo lleva a rastras como a un perro.

Fray Pedro, como todo hombre limitado, tiene alma guerrera: mientras conduce a Bernardino por la soledad de los barrios, jura y perjura; maldice de los autores que dejan sus dramas a medio hacer; reniega de los puntos suspensivos; abomina de la lentitud o negligencia del comediógrafo que llega a un quinto acto dejándole al pobre fraile aquella prenda en las manos; piensa que el libre albedrío es lo peor, y que menos mal mientras el autor se encargaba de moverlos

con invisibles hilos sobre el escenario del teatro. Pero ahora, abandonados a sí mismos, ¿qué hacer, qué hacer por esas calles de Dios?

Bernardino, como todo espíritu analítico, es cobarde, y está de acuerdo con el padre Pedro en maldecir del libre albedrío; pero no se atreve... Como es suspicaz y padece algunos delirios, teme que aún lo lleven a ahorcar. Como lleva la soga al cuello, más de una vez se figura que lo están ya ahorcando y no se da cuenta. Por las dudas, se resiste, patalea. Y fray Pedro le propina puntapiés incansablemente.

Van por esos barrios como sombras chinescas. En su exasperación, fray Pedro se ha metido por el descampado de las afueras, y no sabe adónde se encamina. Bernardino (nueve años de cárcel) está borracho, más que de vino, de aire libre, de calles, de noche, de luna.

Ya se han perdido tras de aquella casuca. Ya doblan una esquina, ya reaparecen. Fray Pedro le ha liado los brazos al borracho, para que no se resista a andar. El borracho, en un pie, se apoya con el otro contra un farol público. Fray Pedro tira, tira; y al fin, acaba por estrangular a Bernardino, que cae, exánime, al suelo.

¿Habrá muerto? La sombra chinesca que viste hábitos se acerca a la sombra chinesca que yace en tierra; se arrodilla, le ausculta el corazón; le extrae quién sabe de dónde una botella de aguardiente; le humedece las sienes; le empapa la frente; le echa aguardiente por la entreabierta boca...

Y el muerto resucita al instante. Se incorpora, se sienta como movido por un extraño resorte... Y ante la mente de fray Pedro desfila una perspectiva de calles interminables, interminables; de casas negras con tejados en pico, recortadas sobre el cielo claro... Y le parece verse otra vez tirando incesantemente del borracho por esas calles interminables... Y algo súbito salta en su corazón: un impulso de guerrero, de hombre que quiere reducir al hombre cuanto antes, por los pendientes y rápidos caminos de la violencia.

Un instante después, la sombra chinesca que viste hábitos se apoya con entrambas manos, cargando todo el peso del

cuerpo, sobre el pescuezo del borrachón, el cual —liado fuertemente de los brazos— patalea un poco, y se queda rígido.

Y el fraile se sienta en el suelo sin saber qué hacer de su albedrío, dándose cuenta de que es el borracho asesino el que ha hecho de él su catecúmeno y su converso.

Caído acaso de la luna, Shakespeare, a gatas, baja, por un tejado en declive; contempla la escena; saca un compás, una brújula, una plomada, un astrolabio y otros instrumentos más insólitos. Hace cálculos sobre la pizarra del techo, y concluye que aquélla es la prolongación única de las líneas que él dejó trazadas en la última escena de su comedia.

1913.

LUCHA DE PATRONOS

(EN LOS CAMPOS ELÍSEOS)

ENEAS.—*(Dirigiéndose a la sombra de Odiseo, que, recostada sobre la pradera de asfódelos, divierte con su charla a las otras sombras.)* Tú, el del ademán elocuente; tú, sombra maravillosamente pálida: no me son desconocidos tus rasgos. ¿Cómo te llamaste en la vida?

ODISEO.—Soy Odiseo, a quien los poetas llaman paciente y sutil, padre de civilizaciones e industrias . . .

ENEAS.—Inventor de la primera astucia y de la primera mentira . . .

ODISEO.—Sí. Atenea misma se deleita con mis embustes. Zeus elogia mi sabiduría. Mi patria fue Ítaca; mi padre, Laertes; mi hijo, Telémaco. Mi Penélope ha dado su nombre a la virtud. Ahora soy una vana sombra, y algo como una ráfaga de sonido. Mi vida fue, toda, un regreso.

(Rumor de interrogación entre las sombras. Odiseo divaga.)

Un regreso . . . sí.—Con rumbo a Ítaca, la nave de los feacios entró en el mar. La doble hilera de remos se movía, armoniosamente, a compás de un canto marino. Yo, en tanto, paciente y sutil, rumiaba recuerdos y esperanzas: el fragor y el brillo de los ilustres combates; las aventuras del mar; las aventuras de la tierra; los espantos y las fatigas; las naves y los amigos perdidos; el odre de los vientos; los bueyes de Helios; Calipso y su gruta y su triste amor; Circe, diosa terrible y elocuente, con sus encantos funestos y sus ojos mágicos; Nausícaa de los brazos cándidos, semejante a la palmera del templo (¡oh, tres veces fortunados sus padres, tres veces sus hermanos!); y el magnánimo Alcínoo, semejante a un dios, con su noble cetro y su noble rostro . . .

(Divaga aún, entre la atención respetuosa de las sombras que le hacen tertulia.)

Y luego, en la fantasía, la casa próspera con el signo de

paz; y el padre Laertes, renombrado por su limpia vejez; y el hijo Telémaco, promesas de la paterna senectud; y, sobre un peñón de la costa, Penélope, la esposa firme, con los ojos fijos sobre la mar divina...

Y un suave sueño pesó en mis pupilas: invencible, plácido, semejante a la muerte...

(Por el espacio oscuro, las palabras de Odiseo se difunden sin voz, y las demás sombras las escuchan como comunicaciones íntimas, brotadas de su propia conciencia.
(Eneas, de pie, escucha, apoyado sobre su pica. Orla y encuadra su rostro bárbaro un fleco rizado y regular; los cabellos, desordenados; los ojos, leales; su cuerpo leñoso, amarillo, duro y santo, recuerda el Adán del Tiziano. Hecho como de barro, parece un penate gigantesco. Tiene aire de sumisión y dulzura. Está algo encorvado, como de cargar un gran peso. Hasta cuando habla parece que escucha.
(Odiseo, en cambio, parece que habla hasta cuando escucha. Es ancho de espaldas, blanco, impávido; sentado, resulta más grande que de pie. Persuade con el parpadeo, con el juego de los labios, con la estrategia de las manos. Por su nuca rueda la cabellera, semejante a flores de jacinto. Sus palabras inspiran más confianza que sus miradas. Sus ojos, a pesar suyo, atisban. Sabe siempre más de lo que dice. Y le dan aspecto sobrehumano esas cejas horizontales partidas por la línea exacta de la nariz. Mientras habla, su diestra va y viene, urdiendo la red de la persuasión —una red que se hace de día y se deshace de noche: artes aprendidas de su mujer—. Continúa, dirigiéndose a Eneas.)

También yo creo reconocerte: no me engaña la curvatura de tu dorso. Tú eres Eneas. Los frescos pompeyanos te representan en forma de mono, que lleva a cuestas un mono decrépito, y a rastras, de la mano, a un mono pequeño. Desde que huiste del incendio de Troya, el fardo paterno a las espaldas, te has quedado así, corcovado: así premiaron tu abnegación los dioses, señalándote con las huellas de tu misión sagrada, como premian al trabajador llagándole las manos. Tú eres Eneas: no me engaña tu aire sumiso, de hombre acostumbrado a oír la voz de los dioses...

ENEAS.—Y a obrar siempre según los mandatos inexplicables de la Divinidad. Tal es mi orgullo: haber dominado a la jactanciosa bestezuela del libre albedrío; haber forzado

la puerta misteriosa de mi conciencia, para que irrumpieran por ella las secretas comunicaciones del Cielo.

ODISEO.—Siempre fuiste más sufrido que hermoso; siempre más santo que sabio.

ENEAS.—Tú, en cambio, Ulises, has sido siempre muy ingenioso. Tú no esperas las ocasiones: las provocas. Tú no esperas a que la realidad se produzca: tú la inventas. ¡Embaucador, en suma!

ODISEO.—No, sino creador. Tú, gran camarero metafísico, que espera siempre la orden del amo. Tú, pobre naturaleza de eco, que no te has dado cuenta de que los dioses son los notarios del hombre, y están para dar fe de los actos humanos, y nada más para poner el sello a las decisiones del hombre. Tú, pío Eneas . . .

(Las sombras, "cabezas sin vigor", se agitan con una alegría de público sorprendido.)

. . . Pero ¿qué digo? ¿Tú piadoso? ¿Tú, robador de fama ajena, falso padre de Roma, fingido guardián de los dioses, embaucador de princesas?

ENEAS.—¿Te atreves aún a disputarme la paternidad de Roma?

(Las sombras, hechas a las disputas académicas, muestran el mayor interés en la discusión. Unas se sientan sobre la yerba. Otras se tumban, apoyando la barba en ambas manos.)

No en vano te pasaste la vida en frívolos torneos retóricos. Tú, de la sangre y los gemidos de Filoctetes, triunfabas con palabras. A Ifigenia, víctima de Diana, la llevabas al sacrificio atada en lazos de palabras. Con palabras quieres persuadir a estas sombras de que eres el padre de mis hijos . . . Pero sobre lo pasado ni los dioses tienen poder. Los hechos cumplidos no se anulan con razonamientos. Yo ignoro las artes de la persuasión, pero soy un testigo fiel de mis actos. La Divinidad me cargó de fuerza misteriosa, de modo que pude exclamar con el poeta: "¿Adónde me llevas, oh Dios, lleno de ti mismo?" Yo he sembrado la semilla de la gente romana. De mi Iulo salió la raza que había de vengar sobre Grecia las injurias de mi Troya incendiada. Yo soy el abuelo de Rómulo, el abuelo de la gente togada, dueña de

ejércitos y campos, a quien más convino atender a gobernar los pueblos y a establecer las costumbres de la paz y la guerra, que no a labrar los mármoles, ni a pintar las tablas, ni a ensartar collares de discursos. Tú habrías engendrado sofistas. Yo di a la tierra conquistadores y labriegos, fundadores de la ciudad cuadrada. Siete veces retumba el trueno sobre sus colinas; siete cicatrices traje de buscar a Italia y de combatir por poseerla: una del carro, otra del incendio, otra del escollo; la cuarta y la quinta, de la epidemia y del cansancio; la sexta, de la flecha traidora; la última, de los dioses, cuando me llamaron a su trono. Mi nombre se evoca en las plegarias. Convence en buena hora a las sombras. En la tierra valgo más que tú.

ODISEO.—¿Pues qué si llega a ser orador y sofista y todo eso de que me moteja? Pero sosiégate, Eneas, y detén el río de tus discursos. Ya no se usa la frase larga: no está de moda. Tampoco el tono muy patético.

Aquí, entre las sombras —convéncete—, no estamos en la tierra de Dido: aquí no hay lágrimas para las desgracias. Vamos a cuentas, si te place, y apuremos razones. Y sabremos quién vence a quién, y los que nos escuchan ahora nos tendrán por sensatos.

ENEAS.—Dí lo que quieras; pero no olvides que palabras no destruyen hechos.

ODISEO.—¡Palabras, hechos! ¡Hechos, palabras! En el principio era el Verbo. El chico de escuela, cuando recita las declinaciones, funda y aniquila estrellas y orbes por la fuerza de la palabra evocada. No se puede hablar en balde: hablar es ser . . . Pero entro en materia.

(Las sombras hacen algo que equivale a toser y acomodarse en la butaca para oír mejor.)

Ante todo, eres un personaje equívoco sobre el cual corren por el mundo mil leyendas contradictorias. Dondequiera que aparece un templo en honor de tu madre, Afrodita —cuyos pies beso—, se cuenta que arribaste tú con tus dioses, con tus juguetillos divinos, y hallaste noble fin a tus días. Por toda la costa, en Citeres, en Zacinto, en Léucade, en Accio, tu nombre se une al de tu madre, y en todas partes pretenden guardar tus cenizas, impostor. Cuanta leyenda ha-

bía por toda la zona de tus viajes, la has saqueado, como buen poeta que eres, y le has impuesto tu nombre. Y siendo así que la historia del pueblo romano —mi pueblo— comienza con las fortunas de Rómulo y la Loba nodriza, tú ¿qué haces para irrumpir, advenedizo, en la casa de la orgullosa Roma? Pues, simplemente, inviertes la clepsidra, atrasas el tiempo y te declaras ascendiente de los Gemelos. ¿Es esto lícito, es honrado?

ENEAS.—¡Oh, vosotros, los que escucháis! No hagáis caso de sus palabras: ya sé adónde va. Acordaos de mis fatigas. Mirad las cicatrices de mi cuerpo y la curvatura de mi dorso cansado. Si yo no me sé explicar, ¿qué tiene de extraño? ¿Acaso los dioses me daban explicaciones a mí? ¡Yo qué sé lo que de mí han hecho los dioses! No creáis a Ulises: ved las huellas de la verdad en mis ojos llenos de lágrimas. Yo soy un juguete —un arma, mejor— del misterio. No tratéis de penetrar el misterio: ¡yo salvé a los dioses de mi patria! Es todo lo que sé de mí mismo. Yo no puedo responder de los errores de los mitólogos, ni del falso nombre que me pongan. Yo sólo sé que nada sé . . . yo . . .

ODISEO.—¡Calma, calma! No es mal recurso implorar la compasión y descargarse sobre los errores de los mitólogos. Un dulce cantor —aunque sentimental, como tú— coordinó las fábulas múltiples que corrían en el mundo a propósito de tu vida y hazañas, y te convirtió en salvador de dioses: es una misión tan pesada que no la entiendes tú mismo. Si el cargar con tu anciano padre te ha doblado la espalda, el cargar con toda la fuerza de los dioses te ha doblado el espíritu. Eres la víctima de un poeta, y nada más. Confórmate con la aventura de Dido, ladrón de amores, que es mucha aventura ya para ti solo.

ENEAS.—¡Oh, cruel! Y tú ¿no abandonabas a Calipso por Ítaca? Viajeros somos a quien una estrella conducía; y por sobre los dolores particulares se tiende, como una línea, la justicia general, la justicia sintética, de nuestra misión. Mucho hay de inexplicable en cada uno de nuestros actos. Lo único que importa es que nuestra vida, en conjunto, se justifique. Yo soy inexplicable . . .

ODISEO.—Basta: pragmatismo, antiintelectualismo . . . Ya te conozco. Pero, pues hablas de justificar tu vida en con-

junto, trata de explicarla primero. Lo que no se explica no se justifica tampoco. Tú eres un viajero nebuloso, ubicuo, equívoco y enigmático. Yo soy un explorador geográfico, un hombre de ciencia, cuyas aventuras se pueden seguir paso a paso. Todas ellas corresponden a lugares bien conocidos: todas acontecen en las distintas puertas del mar, en los estrechos del Mediterráneo. Yo mismo he dicho que mi objeto era *explorar los pasos del mar*. Y, para ello, me atuve a la sabiduría de los navegantes fenicios, y seguí sus indicaciones, partiendo siempre de lo conocido para alcanzar lo desconocido. Consulté los antiguos *periplos*, oí hablar a los viejos. Salí de Troya, es decir, del estrecho de los Dardanelos; comencé por recorrer, en varios sentidos, los mares helénicos; pero la tempestad me alejó, sorprendiéndome en el estrecho del cabo Malea y la isla de Citeres. Fui a dar al país de los Lotófagos, es decir, al país de los comedores de fruta, de dátiles, en el estrecho formado por la isla de Gelbes o Yerbá y aquella parte de la costa de Túnez, cuyo nombre significa, precisamente, *el país de los dátiles*. De suerte que yo conocí esa tierra (y admira mi exactitud cronológica) unos dos mil quinientos años antes que el Emperador Carlos. De allí pasé al país de los *Ojos redondos, o Cíclopes*, que menos parecen hombres que montañas boscosas. Estos hombres-montañas rugen, vomitan, se enfurecen y arrojan piedras: ya se entiende que son los volcanes del golfo de Nápoles. La gruta de Polifemo se encuentra en el estrecho que hay entre Nísida y el Pausílipo. Las Sirenas velan sobre el estrecho de Sorrento y Capria; Caribdis y Escila defienden el estrecho de Mesina. Las piedras rojas, azotadas por el fuego devastador, aparecen en el estrecho de Vulcanello y Lípari. Y los Lestrigones, que pescan a los hombres como si fueran atunes, ocupan, junto al cabo Urso o del Oso y la roca de la Paloma, las almadrabas del estrecho de Bonifacio. Finalmente, Calipso (¡ay, Calipso!) vivía en el estrecho de Gibraltar, en la isla del Perejil; los feacios, en Corfú; y mi propia tierra dominaba el estrecho de Ítaca y Cefalonia. Ya ves que todo se explica claramente, y puede pintarse sobre el mapa. En cambio, tú . . . Pero vamos al punto esencial de nuestra disputa:

Para el tiempo en que tú pretendes haber llegado al

Lavinio, yo, salido de la funesta isla de Circe, andaba muy cerca del Lacio. Y recuerda que me acompañaba Romano, hijo mío, habido en Circe, verdadero padre de Roma, de quien Roma ha tomado el nombre.

ENEAS.—Sí, elocuente Ulises. Sé bien que anduviste por los mismos sitios que yo . . . , pero después de mí. Además, Ascanio, mi hijo, es el padre de los Gemelos: sobre este punto no cabe el menor desacuerdo.

ODISEO.—¡Pero yo engendré en Lavinia!

ENEAS.—*(Con dignidad.)* Quiero ignorarlo, Ulises; llegaste después de mí, y eso me basta. He aquí que soy una débil sombra: la cólera y la pasión no moran ya en mi ánimo, incubando allí sus águilas vengativas. Quiero ignorarlo. De Lavinia no nace Roma. Préciate, si te place, de un vano placer entre estas sombras. Préciate de seductor, mientras yo me enorgullezco de ser padre de Roma.

ODISEO.—¿Conque de Lavinia no nace Roma? Y dime, pues a precisiones vamos: ¿estás seguro de que tu nombrado Ascanio es el mismo hijo de Creusa que trajiste de Troya, o es un hijo que hubiste después en Lavinia? Yo, como Tito Livio, tengo mis razones para sospecharlo.

ENEAS.—Dejémonos de cosas mortales. Lo importante es que yo llegué al Lavinio llevando conmigo las imágenes de mis dioses troyanos. ¡Y de ellos sí que nace Roma!

ODISEO.—¿De qué dioses hablas ahí, piadoso Eneas? Homero dice que huiste de Roma llevando el Paladión. ¿Cómo, pues, al llegar al Lacio, lo que llevabas contigo no era ya el Paladión, sino los Penates? ¿Qué metamorfosis es ésta, de que se ha olvidado Ovidio el Narices? ¿Cómo pueden los dioses, sin que se trastorne el Universo, mudar a tal punto de naturaleza? ¿Acaso tú, de camino, trocaste con unos mercaderes el Paladión por los Penates, más fáciles de llevar en las alforjas, como los niños cuando cambian juguetes? Además, ¿no nos cuenta Homero que la ciudad que tú fundaste estaba en las cercanías de Ilión, de Troya? Además, los sabios gramáticos, tratando de coordinar a los poetas, ¿no suponen que dejaste en el Lavinio a tu hijo, y tornaste luego a tu morada del monte Ida, para fundar allí otra ciudad, oh ubicuo, oh poliurgo? ¿A cuántos engañabas a un tiempo, místico embaucador, apóstol de lo inexplicable, charlatán

religioso? Pero, sobre todo, si quieres hacernos reír, cuéntanos cómo trocaste unas divinidades por otras; deja el modo patético, descárate francamente y habla en pícaro.

Eneas.—*(Con verdadero dolor.)* ¡Dioses, amparadme, amparadme en lo que yo ignoro! Pues usasteis de mí como de una de vuestras manos, amparadme. Yo no juzgo vuestros misterios: amparadme. Yo sólo sé que viajaba impelido ocultamente por el ansia de construir ciudades. Yo sé que me oísteis gritar, junto a Cartago, la bien poblada: "¡Bienaventurados aquellos cuyas murallas se están ya levantando!" Fuerte es la razón, profundo Ulises: la vida es más profunda y más fuerte. Donde los altos dioses lo pueden, ¿qué importan las incongruencias de los hechos?

Odiseo.—No te devanes más el seso, hijo predilecto de los azares. Yo voy a aclararte tu historia, que no tiene nada de sobrenatural, a pesar de lo que tú pretendes. Escucha, y escúchenme estas sombras. Cuando tú escapabas de Roma, llevabas a tu padre a cuestas, y de la mano a tu hijo. Aunque los poetas no lo digan, se entiende que tu esposa Creusa, que corría tras de ti, era la encargada del Paladión: tú ya no tenías cómo llevarlo. Pero Creusa no corría tan de prisa como vosotros. Y tú y tu hijo os deteníais de tiempo en tiempo para que os diera alcance. En tanto, el incendio cundía. Todos sabemos el desdichado fin de la historia: Creusa se quedaba atrás, se quedaba atrás . . . , os perdió el rastro. Y cuando volviste a buscarla, ya había desaparecido para siempre, y en vano tu voz llorosa resonaba por las calles en ruinas repitiendo el nombre querido: sólo te respondía un fantasma. Y si las llamas consumieron a Creusa, quiere decir que también el Paladión acabó en cenizas. Y si Troya pereció hasta en sus dioses, ¿qué parentesco entre Troya y Roma? Tú, por tu parte, como hombre experimentado, sabías que, para presentarte entre gente extraña y ser bien recibido, te convenía proveerte de algún amuleto, de algún signo sagrado. Tenías que andar entre bárbaros, y, para no ser sacrificado, era menester que te invistieras con alguna misión divina. Y te declaraste embajador del Olimpo. Próximo ya al país de los tirios, y temeroso de morir a sus manos, compraste, al primer mercader asiático que te salió al paso, unas efigies vistosas y abigarradas; les colgaste cin-

tas y tablillas; ceñiste a tus sienes las ínfulas sacerdotales, e infundiste en el corazón de la reina Dido el amor mezclado con el miedo. "Elisa —le dijiste—, éstos son los dioses de mi patria; se llaman Penates. Trátalos bien, reina, y ordena que se nos aloje convenientemente y nos preparen sabrosas sopas de ajos y buena cama."

(Risas entre las sombras.)

ENEAS.—Ya veo que aquí sólo hay burlas para las desgracias, sólo hay burlas para los misterios. ¡Oh, tiembla, Ulises! Las cosas son inexplicables. ¿No distingues desde aquí la sombra de Emación? Pues Emación también podría terciar en la disputa, porque dice que Diomedes lo envió de Troya, acompañado de su hijo Romo, y que de Romo nació Roma. Nada es tan grato para los héroes muertos como recordar sus hazañas. Por eso, oh Ulises, yo te invito . . .

(Se oye, chirriante, la voz de Quevedo.)

QUEVEDO.—Aquí llegaste de uno en otro escollo,
bribón troyano, muerto de hambre y frío,
y tan pagado de llamarte *pío*
que, al principio, creyera que eras pollo.

(Risa general. Odiseo se incorpora y aplaude, pero también le llega su hora, porque se oye, de pronto, la voz hueca de Fenelón.)

FENELÓN.—"Calypso ne pouvait se consoler du départ d'Ulysse. Dans sa douleur, elle se trouvait malheureuse d'être inmortelle. Sa grotte . . ."

ODISEO.—*(Tapándose las orejas con las manos.)* Oh, là-là! ¡Oh, là-là!

(La risa se hace general. Es imposible continuar la disputa.)

México, mayo 1910.

LOS RESTOS DEL INCENDIO

(FRAGMENTOS DE UN MANUSCRITO SALVADO DE LA CATÁSTROFE)

I

TODA *la ciudad se iluminó de súbito con los resplandores del incendio, como en las noches que Alejandría dedicaba al dios Serapis. Y quien tal vio pudo exclamar, con el Clitofón de Aquiles Tacio: "¡Ojos míos, estamos vencidos!"*

Y en tanto que las casas, los palacios y los graneros se derrumbaban en cenizas y se exhalaban en humo, tan rudo viento sopló sobre la catástrofe que los despojos incendiados volaron hasta el mar. Los mantos de las mujeres se arrancaban de sobre los hombros, y los peinados se deshacían al viento. Los ancianos dejaban caer, atónitos, el bastón que los sostenía. Abandonados de sus guías, vacilaban los ciegos. Todo era confusión por las calles.

El viento atizaba la hornaza, y doblaba hacia el lado del mar el cuello de los árboles, cargados de ruido. Y toda cosa leve la robaba sobre sus alas para dejarla caer más tarde en el mar. De las trojes escapaban los granos, convertidos en avispas rojas, y se ahogaban, chirriando, en el mar. Y como la gente acudía a la playa, bien a socorrer los navíos o bien huyendo del incendio, parecía que —naufragada la tierra— toda la ciudad se volcase sobre las aguas, a apagar sus llamas en el mar.

Días más tarde, un extranjero, con grandes señales de fatiga, se detenía ante una puerta de la ciudad vecina, tomaba aliento unos instantes, preguntaba por el señor, y entregaba un rollo que traía oculto cuidadosamente bajo la capa.

II

"El Calvo, a Malio Teodoro, salud:

"Todo es viento, humo y cenizas, amigo y hermano mío:

todo es viento. Te escribo esto a la hora del incendio, en tanto que las casas, los palacios y los graneros se derrumban en cenizas y se exhalan en humo. El viento carga sobre sus alas toda cosa leve y la descarga en el mar. Los mantos de las mujeres son súbitamente arrebatados de sobre los hombros, y sus peinados se deshacen al viento. Pretendes hablar, y nadie te oye, porque el ruido de tus palabras lo desgarra y confunde el viento. Los granos escapan, zumbando, de los graneros desplomados, y caen en lluvia de rubíes sobre el mar. Todo el pueblo corre hacia la playa. Y como todas las cosas, llevadas del viento, tienden hacia el mar, parece que la ciudad entera huye de la tierra y se precipita en el agua, agitando sus banderas de llamas.

"¡Y ésta es la antigua ciudad, orgullo de sus hijos! ¡Y éste es el puerto bien guarecido! ¡Ah, todo es viento, amigo y hermano mío: todo es viento!

"La librería donde se custodiaban y vendían los libros que yo he escrito es ahora alta pirámide de despojos. Y ¡quién sabe si su dueño mismo habrá volado, en el torbellino y en la ráfaga, colgado al techo de su casa, en la hamaca donde acostumbraba dormir!

"¡Qué bien miro ahora que las cosas de los humanos son frágiles y de poco momento, y cuánto rememoro las lamentaciones sobre la mortalidad de las glorias terrestres, con que cien literaturas se han aburrido! Va a cumplirse la palabra de la Escritura: 'Y durmieron su sueño los varones de las riquezas, pero nada les amaneció entre las manos.' Aquí fue Troya; aquí fue Itálica.

"Y ante la certeza de que mi nombre acaba de desaparecer con mis libros, y ya que, por ventura, el rumbo del viento parece asegurarme que el incendio no ha de llegar hasta mi casa, me propongo escribirte una larga carta donde perdure mi memoria, aunque sea contrariando el voto de los antiguos, según los cuales el rollo de una epístola no debe llenar nunca el hueco de la mano izquierda:

"—A ti, que moras en el bullicio de las Academias y que fabricas en tus panales la mejor miel —la acre miel de la erudición— para que mañana, registrando entre tus papeles, la juventud estudiosa encuentre noticia de mi vida.

"Mi vida parece un engendro de mi fantasía: es como un acertijo, a veces; otras, como una pesadilla, y siempre, como la invención de un mal novelista que procediera a calambres y a brincos en el discurso de sus obras.

"Y, ante todo, citemos a Andersen: a Andersen sólo le citan los hombres bien nacidos:

" 'De mi padre heredé yo la mejor legítima: el buen humor. ¿Quién era mi padre? Esto no tiene que ver con el buen humor. Sólo diré que mi padre era redondo y reluciente.' Así, a pesar de que, según el Obispo de Mondoñedo, 'los hombres chiquitos más aína se enojan', hasta ahora sólo me ha sucedido ser causa de enojo en los demás. Yo soy siempre el único que conserva el juicio donde todos lo pierden.

"Soy pequeño, en efecto. Mis orejas son vasto asilo a los rumores del aire. Mi cabeza tiene forma de cono. Y soy completamente calvo. Los poetas alejandrinos componían versos, por ejercicio retórico, a la cabellera de la Reina Estratónica, que era calva. Yo también he hecho algunos versos a mis cabellos:

Deleites de los sentidos,
vanas ilusiones son,
y no valen lo que vale
—libre— la imaginación.

Quien alcanza lo que busca,
con su gusto se lo habrá;
mas lo alcanzado no vale
un eterno: *ya vendrá.*

¡Deleites de la esperanza
o de la imaginación!
¡Nada alcanza lo que alcanza
lo que *todavía no!*

Y lo que alcanzan no alcanza
ni el más dorado toisón,
cabellos de la esperanza
o de la imaginación.

"No los quisiera mejores Synesius para su elogio de la calvicie, ni el monje flamenco Ubaldo Elnonense, que escribió sobre esta materia ciento treinta y seis versos en que todas las palabras comienzan por *c.*

"Has de saber, pues, que yo vivo en la parte vieja de la ciudad: la más tierra adentro, el barrio plebeyo. Por mis ventanas sube hasta mí la algazara de los soldados boquirrotos, las vendedoras deshonestas, los buhoneros rifadores, los alharaquientos hijos de nadie.

"Este roce con la carne cruda me aprovecha: he aprendido todos los motes de la suburra y las injurias chistosas de los portadores de *agua viva*. Yo no he estudiado, sino practicado, mis humanidades y mis clásicos. Y he venido a ser para mis amigos literatos algo como una peste inevitable y divina. Sin embargo, todos convienen en que mis comedias podrían ser leídas en las escuelas, *propter elegantiam sermonis*.

"Mi infancia ... ¿Mi infancia? ¿He sido yo niño alguna vez? Creo ver una biblioteca penumbrosa, donde reluce quizá un anteojo astronómico. Junto a la biblioteca hay una sala no más iluminada: es la sala de las visitas, el sitio sagrado de la casa. Mi padre, el astrónomo, y mi madre, la buena mujer, reciben a unos señores y a unas señoras. Un criado acerca una bandeja: tiembla. Se cae una copita, que derrama sobre los tapices un licor rojizo. Yo, que estoy sentado en un rincón de la sala —donde me aburro de lo lindo—, desvío los ojos para no saber lo que pasa en la cara de mi madre ...

"Y así un día, y otro, y otro. Y yo, en la silla del rincón, oyendo sin oír, mirando sin ver, agitando los pies en el aire; porque, sentado, los pies no me llegan al suelo.

"Cuando, un día, descubro que ya alcanzo el suelo con los pies, me bajo para siempre de la silla aquella, huyo de aquella sala de los tormentos, echo a correr por toda la casa, y doy con un corral de gallinas. En adelante no hay quien logre hacerme salir del gallinero, donde martirizo a mi sabor a los pobres animalillos, y adquiero el hábito delicado de torcer pescuezos.

"Mi juventud ... : ¿fue juventud la mía? Tal vez has leído el *Wilhelm Meister*. Recuerda, y verás mi juventud. Alguna casona abandonada en algún bosque. Una enorme librería. Dos facistoles con sendos libros. Junto a éste, yo.

Junto a aquél, una mujer loca: una Filina; una Manón en cabellos; una fresca cosa de la vida, con la boca llena de besos y de risas. Leo yo una página de mi libro, y ella continúa después una página del suyo; y así barajamos libros y juegos; como también risas y sangre. Yo llevo una mano en cabestrillo. Sobre un sillón hay una espada. Manón ríe . . .

"Un día la cogí de las orejas, para darle un beso en la frente, como se coge un ánfora.

"—¿Soy yo un niño, para que me beses de ese modo?

"Y aquí, riña y llantos; el ruido de una silla que cae; el de una puerta que se cierra de golpe . . . Y Filina no ha vuelto más.—Era muy ingrata esta Adelaida. Yo lo dije siempre:

"—Para ingratas, Elisa.

"Aquí, encerrado en mi barrio viejo, soy como el sacerdote del pueblo. Tenemos mucha enemistad contra el barrio nuevo. Yo demostré un día, revolviendo archivos, que, en los primitivos tiempos, habían intentado transportar a la parte nueva un apolillado santo de palo que hay por aquí, en una iglesia retirada, y que la imagen, por su propio pie, se había bajado de las andas para volver a su antiguo sitio. Vendí mis documentos y comentarios a la Biblioteca pública. Un erudito escribió una memoria muy larga y razonada, y tuvo el valor de elogiarme, siquiera con reticencias, llamándome 'claro espejo opacado por el vaho de los arrabales'. El sabio erudito no se convencía del milagro, pero la suburra estuvo conmigo: un día mis ventanas amanecieron revestidas de palmas. Estuve a punto de llorar.

"Un misionero predicó un sermón para sostener la veracidad del milagro y para tratar de reducirme a las buenas costumbres: 'El resucitador de un culto vernáculo —dijo— no debe vivir como los lobos.'

"Desde entonces soy el héroe del barrio, y algo como el sacerdote del Santo Porfiado.

"Aquella noche (porque yo necesito justificarme ante alguien) se dijeron palabras muy descompuestas. Ya sabes que yo nunca he tolerado a los blasfemos, y desde la muerte de mi tercera mujer me he vuelto algo travieso: se me van

las manos. Que si un día las narices del capitán de la guardia; que si otro día las muelas del ventero del *Parador del Caballo Blanco . . . ;* ¡qué sé yo!

"Estábamos, pues, en la posada, junto a la plaza, donde, de ordinario, hay taberna y mesa para los feligreses que acuden a ganar curso. Presidía la sesión un sacamuelas llamado Castromocho, hombre docto, de los que mejor entendían un jarro de vino en aquel tiempo. Lo rodeaban amigos. Después de haber comido y echado sus colañas, dijo uno:

"—Dime, Castromocho, y los demás que me escuchan, ¿cuál es la yerba más limpia del mundo?

"Unos decían que la azucena; otros, que el clavel; otros, que la espadaña; y lo razonaban a su manera.

"Castromocho, extendiendo el brazo, pidió silencio:

"—Ninguno acierta —dijo—: daos por vencidos. Sabed que la yerba más limpia que hay en el mundo es la ortiga; porque de las demás podéis usar como os plazca, y traerlas en la mano y donde os pareciere. Y con la ortiga no hay tal, porque se defiende.

"Todos aprobaron. Pidió más vino el sacamuelas, y todos echaron otro refresco, tan desnudo de agua que se les notaba en el mirar dulce de los ojos.

"Y luego, otro propuso:

"—A ver: que diga Castromocho adónde va a parar el alma cuando sale del cuerpo.

"Castromocho pidió opinar él después de todos. Unos, que al cielo; otros, que al infierno: otros, que al purgatorio, conforme las obras de cada uno. Y Castromocho:

"—No; que el alma, en saliendo del cuerpo, se va derecha a Santiago de Galicia, salvo cuando el muerto era despensero.

"—¿Por qué?

". . ." *(Se interrumpe el manuscrito, y es lástima.)*

1910.

ESTRELLA DE ORIENTE

I

En las postrimerías del romanticismo americano hubo palabras que adquirieron un prestigio de talismán. Se decía que un lirio era *turbador*. El ambiente de una noche florida era *turbador*.

Yo conocí un hombre *turbador*, en este sentido de la palabra. Turbador cuando hablaba, si callaba, si contemplaba; turbador a cualquiera hora del día; quieto o en movimiento; en burlas o en veras, turbador.

Había en él una rara mezcla de la fortaleza que vence y la melancolía que adormece. Su alma estaba llena de lejanías como llanuras, con el eco de un lamento hacia el brumoso horizonte de la conciencia. Sólo faltaban en él profundidades y honduras de esas donde, en sombras violáceas, aletean los fuegos de la pasión. Era él como un lago fácil. En sus ojos claros no había protesta. Su vida parecía una queja a lo lejos. Se conmovía sin estremecimientos ni lágrimas.

Cuando lo conocí, gustaba de evocar memorias de su infancia. Improvisaba narraciones como un griego o como un irlandés. No dejaba nunca asomar los ángulos de su talento dialéctico. Los envolvía siempre, por urbanidad, en las ráfagas de una imaginación exquisita.

Entre amigos —sin que él lo supiera— le llamábamos Estrella de Oriente: así quedaba bien definida su alma rara y luminosa.

II

¡Ay! En el fondo de aquella existencia, a modo de plano magnético, había una perspectiva de montañas salvajes y de quebradas cumbres, había un rezumbar de vida solitaria y pobre, entre el sol y el polvo de los desiertos de Norteamérica. De sus recuerdos dispersos conservo apenas algunos cuadros:

Un día de la infancia, en un lago, sobre una balsa, sintiéndose aventurero, con provisiones para desayuno, comida y merienda; mientras, de la orilla, su padre —un militar— lo vigilaba, valiéndose de unos anteojos de campaña.

Otra vez, en los funerales de un niño —¿su amigo, su hermano?—, una madre implorante, de luto, enrojecidos los ojos de llorar. Alguien, con un movimiento brusco, derriba un candelero sobre la frente del niño muerto. Y la madre, alargando los brazos, grita: "¡Que matan a mi hijo!"

Y Estrella de Oriente lo contaba; después, acercaba el rostro a la vidriera y viendo cómo barría el viento las hojas secas, decía:

—¡Señor! ¡Y pensar que ya no se escriben libros divertidos!

III

Cuando comenzó nuestra amistad solíamos encontrarlo, todas las noches, colgado a la reja de la novia. Éramos para él algo como un ideal y, más que una amistad efectiva, la promesa de una amistad. Se nos acercaba a beber un poco de esperanza, y parecía alejarse muy inquieto. Los fermentos de nuestro trato todavía lo envenenaban un poco, cual los primeros efectos de una vacuna espiritual. Sentíamos que dividía su alma entre su novia y nosotros, y todas las noches nos saludaba desde la reja romántica y nos veía pasar con ojos ambiciosos.

Un día desapareció. Lo buscamos junto a la reja, pero la reja estaba cerrada. Tejiendo datos, llegamos a comprender que Estrella de Oriente se encontraba —casado ya— en los Estados Unidos. Que era canciller de un Consulado en algún pueblo pobre. Que él mismo hacía de criado, barría la oficina, regaba la calle por las mañanas y salía a comprarle tabaco al viejo cónsul.

Era la suya una existencia de recogimiento y serios propósitos intelectuales; porque, como el esclavo estoico, movía la rueda con las manos, pero dejaba al alma toda su preciosa libertad. Y así corría el tiempo: parte del día gastada en meditar sobre los amigos posibles de su patria; otra, en los modestos quehaceres del Consulado; unas caricias al primogénito; dos o tres partidas de naipes con un cuñado que ha-

blaba el *slang* a la perfección, y con un suegro que era toda una institución, con ser tan vago.

El suegro tenía un nombre breve. Era inglés, rubio, esbelto, con una flor en el ojal. Pertenecía a un club en que se fomentaba platónicamente el predominio marítimo de la Gran Bretaña. Este juvenil personaje frisaba en los sesenta. Casi no se le sentía vivir. De tiempo en tiempo, algún *magazine* abandonado sobre un diván denunciaba su paso por la tierra.

Estrella de Oriente andaba por su casa en sueños. Como tenía unas manos grandes y hábiles de obrero —que hacían pensar en el pillete de Veracruz que había sido, y también (a mí, al menos) en el estudiante de Matemáticas y Física que más tarde fue—, se daba maña para ocultar su espíritu, disimularlo, hacérselo perdonar de los huéspedes yanquis, entregándose horas y horas a trabajos manuales en beneficio de la comunidad: él arreglaba la instalación eléctrica, ponía y quitaba cerraduras, colgaba los cuadros, montaba y desmontaba las camas. Y se acostumbró a andar todo el día en camisa, en tirantes, con algún objeto en la mano: cubo de agua o escoba, martillo, destornillador.

IV

Pero consentir en la miseria es pecado: Estrella de Oriente se fue desvaneciendo en la bruma de su propia humildad. Quiso prosperar . . . ; era inútil: el mundo se había acostumbrado a verlo en mangas de camisa. Acaso Estrella de Oriente había nacido para ser mimado; pero, como tenía tanta habilidad manual, fue él quien tuvo que mimar a todos.

Hizo un viaje a su tierra: un rápido viaje, un viaje de hombre sediento. Le hicimos sitio a nuestro lado . . . ; y otra vez desapareció. Una fatalidad periódica lo arrastraba, como a aquel caballero andante a quien se le moría el corcel cada tantos días, y esperaba el plazo tremendo con helado corazón y voluntad muerta.

Esta vez fue a dar muy al norte, a una ciudad fría, metida en aburrimiento y soledad. Es necesario que se sepa: se llama Orono. A Estrella de Oriente, por recomendaciones

de amigos de sus amigos, y ante una demanda excesiva de instructores de español, lo hicieron catedrático en Orono.

La casa en que vivía era como el club de aquella modesta sociedad pedagógica. Cuando los profesores tenían frío, la huéspeda los invitaba a pasar a la cocina, donde disfrutaban de la música de un fonógrafo. Cuando querían beber, les servían agua con azúcar. Algunos, mientras charlaban, habían adquirido el hábito de sacar punta a un trocito de palo con el cortaplumas de bolsillo. Esto no pasaba en ningún manicomio ruso, sino en un pueblo muy frío, del norte, donde unos señores muy buenos y serviciales concedían grados universitarios a unos mocetones sanos e ingenuos.

Y Estrella de Oriente cintilaba en el rinconcito de la cocina. ¡Pobre estrella olvidada de Dios, entre las cacerolas y las sartenes! Y Estrella de Oriente se desvanecía, se desvanecía. Y . . .

V

—¿Has visto? ¿Has visto? Salgamos de aquí. Ése de los cabellos teñidos de rubio, ése . . . , ¿no lo reconoces? Ése que va a cantar las coplas de moda, ése . . . No, si no es francés. ¡Qué ha de ser! ¿No lo recuerdas? Huyamos, huyamos de aquí. ¡Qué historia más triste! Ya te contaré. Mira: ahora se ha puesto en mangas de camisa para cantar. Huyamos . . .

1913.

LA REINA PERDIDA

I

DESDE el día en que me expulsaron del Club padezco insomnios. La poca costumbre de leer durante las altas horas de la noche hace que la compañía de los libros me sea importuna. La mujer resulta un consuelo mediocre para los ambiciosos, y más si son, como yo, poco aficionados a los rodeos y circunloquios del placer. El vino hace más desierta mi soledad, y la calle o los espectáculos me producen una jaqueca de varios días. Me quedo solo en casa.

Desde mis ventanas —que dan al descampado— suelo entretenerme en contar los farolillos de gas, en adivinar sus secretos, alegrías y dolores. Hay unos que palpitan como una mariposa que abre y cierra las alas. Otros se quejan con un grito largo, inalterable. Otros se extinguen de súbito, sin decir por qué, y tienden entre las acacias una hamaca de sombra.

Desde el mirador logro ver un palacio blanco que parece desierto. Cerrado y mudo, sus vidrieras devuelven equívocamente los reflejos de las estrellas.

Las palmas del trasnochador que llama al sereno me sobresaltan, no sin darme cierta emoción de compañía que me alivia un poco. El ruido de los cerrojos, el rechinar de las puertas, ocupan completamente mi alma. Es hora en que se oye hasta el paso de los insectos, el desperezarse de un élitro en la sombra, el crujido de una de esas diminutas alas de cebolla, el diálogo entre la burbuja y la brizna.

Y mes a mes, la frente pegada a los cristales, casi pendiente de un hilo, como una araña —porque a un hilo siento reducida mi vida—, miro saltar, sobre el tapete del horizonte, el as de oros de la luna.

II

No sabéis jugar, como yo, a las constelaciones. El juego de las constelaciones no requiere compañero ninguno, ni mo-

zos de frac y calzón corto, ni candelero de luz, que multiplican los espejos, ni tapices verdes, ni nada: una pupila abierta en la tierra, y algunos millones en el cielo.

Y apostáis:

—Apuesto diez duros a que ahora sale Aldebarán.

Y no sale Aldebarán, porque lo que sale es la constelación del Boyero.

Y apostáis:

—¡Quinientas pesetas a las Siete Cabrillas! ¡Mil por los ojos de Santa Lucía! ¡A Casiopea pongo cuatro mil!

Yo he llegado a deberle al cielo un buen pico: me pareció que la luna barría y borraba todas las oncitas de oro del cielo en medio segundo. Pero otro día gané la Osa Mayor, Escorpión, Orión y muchas estrellas de primera magnitud. Entre ellas, el lucero del alba. Había luna nueva, y la mano opaca corría, subrepticia, por el firmamento, como una mano de ladrón. El gallo nos avisó a tiempo, y todos nos pusimos en salvo.

III

Pero ¡y la reina, aquella reina perdida! ¿Quién me la quitó de las manos? No he de ser yo quien proponga excusas, eso no. Pero —lo saben tal vez los espejos— *yo no fui quien la escabulló.*

La llevo pintada sobre el corazón, como una afrenta.

Había dos juegos de cartas completos: uno francés, otro español: estoy enteramente seguro, puedo apostar mi vida. Yo, agotados los recursos, puse sobre la mesa el reloj de oro y los valiosos gemelos. Y, con mi superstición habitual, me dediqué a escoger los palos, por razones que yo me entiendo: los oros, me dije, son los capitalistas; los bastos, los villanos; las copas, los industriales; las espadas, los militares. Y ahora, a los reyes: David, Salomón, Alejandro, Carlomagno . . . Y ahora, a las reinas: Nino, Cleopatra . . .

Y me detuve, extático: frente a mí, a espaldas de Urquijo —que acababa de pedir otra botella más de champaña—, cubierto de arreos resplandecientes y ferradas mallas resonantes, con un espadón en forma de cruz y calzado de guantelete guerrero; noble y encanecido, las barbas vellidas, el ademán entre altivo e irónico, el Rey de Espadas —os lo aseguro—

apareció. Y alargó la mano decidida, y nos arrebató una reina francesa...

¡Una reina que era mi novia! ¡La reina que yo más quería!

Y todas las estrellas del cielo me acecharán en vano, y en vano me perseguirán los trasgos de la noche. Porque yo no he de confesar nunca el nombre de mi novia, ¡el nombre de la Reina Perdida!

1914.

II

EL CAZADOR

Ensayos y divagaciones

Noticia

A) EDICIONES ANTERIORES

1.—Alfonso Reyes // El Cazador // Ensayos y divagaciones // (1911 [error, por "1910"] - 1920) // *(Adorno)* // Biblioteca Nueva // Lista, 66.— Madrid.— [1921], 8°, 184 págs.

2.—Alfonso Reyes // El Cazador // Ensayos y divagaciones // (1910-1921) // Tezontle [México] // 1954 — 8°, 212 págs.— Colofón: Imprenta Nuevo Mundo, 21 de julio de 1954.

B) OBSERVACIONES

Este libro contiene páginas escritas en México desde 1910, en París desde 1914 y en Madrid, de 1915 a la fecha de su publicación más o menos.

I. DIVAGACIONES

I. LAS GRULLAS, EL TIEMPO Y LA POLÍTICA *

El domingo veintitrés de enero de mil novecientos trece, el día amaneció gris. Un sol tímido se asomaba y se escondía por intervalos. El viento remecía los árboles, barría las calles. Las hojas rodaban por el suelo. (En los cuentos de Peter Pan, se dice que nada tiene un sentimiento tan vivo del juego como las hojas. Así es.) Abríamos cautelosamente nuestra puerta, esperábamos a que pasara la ráfaga y nos echábamos a la ciudad. El tiempo convidaba a marchar militarmente, hendiendo el aire y soportando el chispear del agua: caen unas agujitas frías, dispersas. En cada bocacalle hay que desplegar un plan estratégico para escapar a los torbellinos de polvo. En suma: el tiempo amaneció despeinado y ojeroso.

La gente no hablaba más que del tiempo. El tiempo, a pesar de todas las protestas, quiere que se hable de él. Las conversaciones de los hombres están tramadas sobre esta sustancia fundamental: el tiempo. Hablar del tiempo ha sido y será siempre un rasgo irreducible del hombre. ¿Qué es el hombre? El hombre es un ser que habla del tiempo con sus semejantes. Para los labriegos y los marinos, saber hablar del tiempo entra, desde luego, en el oficio; conocer el tiempo es un modo de profecía, y hasta puede ser cuestión de vida o muerte. Para Ulises, el más sutil de los navegantes, la ola y el viento son una constante preocupación. Hesíodo, un campesino, ha dado muy útiles consejos sobre el tiempo y la sazón de sembrar: "Al oír todos los años —dice— el grito de la grulla desde las nubes, se aflige el corazón de los que no tienen bueyes con que arar, porque es ese grito el anuncio del invierno lluvioso y la señal de la labor." Dante —¿no es él?— nos habla también de unas grullas que re-

* Se aprovecha y retoca el artículo "De las grullas, del tiempo y de la política", *Revista de Revistas*, México, febrero de 1913. Ver *Obras Completas*, tomo I, apéndice bibliográfico, nº 18.

volotean gritando por el aire, mojado el plumaje. Virgilio, el maestro de Dante, en un libro que escribió para los labriegos, no se cansa de hablar del tiempo: "No en vano —exclama— observamos el nacimiento y las mudanzas del año, dividido por igual en cuatro estaciones. En la fuerza del verano se coge el rubicundo trigo, y entonces también se trillan en la era las tostadas mieses. Entonces se cazan las grullas con lazo y los ciervos con redes, y se corren las orejudas liebres." Ya se ve que, de cierta manera literaria, podemos decir que hablar del tiempo es "hablar de las grullas". También Albanio, un pastor de Garcilaso, cuenta cómo solía, en mejores tiempos, cazar la grulla ("nocturna centinela"),

> cuando el húmedo otoño ya refrena
> del seco estío el gran calor ardiente
> y va faltando sombra a Filomena.

La inspiración popular, de que las nodrizas son como unas vestales, ha creado multitud de historias sobre el tiempo, sobre el sol y la lluvia, sobre las ráfagas y los torbellinos. No hay que olvidar que el viento nos ha contado la historia de Valdemar Daae y sus tres hijas ("¡Hu-hu-hud! Escapo, vuelo!").

Mas en las experiencias comunes el tiempo es, simplemente, una moneda de la conversación. El trueque es a la moneda lo que el verdadero cambio de ideas a las conversaciones sobre el tiempo. Los que hablan entre sí del tiempo no son amigos todavía; no han hecho más que el gasto mínimo del trato humano, en el valor acuñado de la conversación. Las conversaciones del tranvía sobre la política se parecen, en este sentido, a las conversaciones sobre el tiempo: son una manera de salir del paso. ¡Cuántas quejas del tiempo y cuántos políticos injuriados gratuitamente por sólo la necesidad de conversar de algo con el vecino casual del tranvía! Muchas veces el tiempo nada tiene de extraordinario; como de algo hemos de hablar, hablamos del tiempo. Muchas veces no sucede nada en la república; muchas veces la "política" es un mero invento de la conversación, un embuste admitido. Y así se vive. La conversación llega, al fin, a sustituir el verdadero e impasible mundo de la política por

otro fantástico, que es el mundo de la superstición laica. Los supersticiosos laicos se encuentran entre los ávidos de emociones, para quienes la vida no tiene bastante color, fantasía ni encanto. Ellos, corrigiéndola con sus inventos, echan a volar esas fábulas que mañana serán historia: os aseguran que antes de dos días va a estallar una conspiración;* que dentro de una semana caerá el gabinete; afirman que no era Juárez quien gobernaba, sino su ministro Lerdo; que no era el general Díaz, sino Carmelita. Es viejo este vicio, por más que haya escapado a las sátiras de Juvenal, sin duda porque él lo compartía. Tácito, que debajo de su sobriedad era un delirante apasionado por las emociones, recogió, en sus *Anales,* muchas vulgares habladurías de esas que dicen las viejas tras el fuego: Augusto, en sus últimos días, gustaba singularmente de los higos, y se complacía en ir a su huerto y arrancarlos por su mano del árbol. Augusto murió. Auras corrieron de que su esposa Livia (madre fatal para la República, madrastra más fatal aún para los Césares) había envenenado los higos en la misma higuera. Tácito se refiere al crimen sin descender a sus circunstancias particulares; las he sacado de Dión. Pero mi discreto comentarista añade: ¿Y no es, en el fondo, la cosa más natural que muera un hombre, como Augusto, a los setenta y seis años de edad, sin necesidad de patrañas ni de higos envenenados? Creer en este crimen de Livia es una de tantas hablillas, una de tantas supersticiones laicas.

Para terminar esta divagación, quiero hablar de los perseguidos de la charla política; quiero quejarme en nombre de ellos. Hay hombres que están como señalados por un hado travieso para sufrir este género de contratiempos, las charlas políticas. Quien los topa por la calle parece que se considera obligado a importunarlos, y aunque nada tenga que decirles, les habla. Si van de prisa y como urgidos por algún quehacer, no importa: se les detiene al paso, aunque sea para darse el gusto de proferir ante ellos tres o cuatro interjecciones sobre "la situación actual", el tema periodístico. Y eso, cuando no quiere su mala estrella que las gentes los supongan enterados de las más profundas arcanidades

* ¡Ay! Estalló en efecto al mes siguiente.—1954.

políticas, y se empeñen, en mitad de la plaza, en averiguar de ellos los secretos de palacio. Por huir de tales calamidades, Horacio se escondía en su casa de campo. Como lo sabían amigo del poderoso Mecenas, querían penetrar por su conducto todos los misterios de la república, los últimos acuerdos del César, si las tierras prometidas a las tropas romanas serían sicilianas o itálicas, y qué cosa se decía de los dacios. Hace ocho años —cuenta el orgulloso poeta en la sátira VI del libro II— que Mecenas me ha recibido entre los suyos; apenas nos ven juntos en el teatro o en el campo de Marte, y todos exclaman: ¡Oh, afortunado! Me creen poseedor de los secretos públicos, y atribuyen a discreción mi ignorancia. Se imaginan que Mecenas me tiene al tanto de todos los grandes asuntos.

Y, a todo esto, ¿sabéis de qué hablaba Mecenas con Horacio, durante los ocho años que dice? ¡Del tiempo y solamente del tiempo! Es decir: de nada. Se inclinaba a su oído, y le dejaba caer cosas tan sustanciales como ésta:

—¿Qué hora es? . . . ¡Vaya una mañanita fría que nos ha amanecido!

2. DOMINGO SIETE

No hay cosa que requiera más tiento que la verdad: que es un sangrarse del corazón.

GRACIÁN.

CADA noche arranco una hoja de mi calendario, temiendo que el tiempo me deje atrás. Hora metafísica la de matar el día, el gallo de los zapateros la delata; y apresuramos la marcha, temerosos de perder el ritmo solidario.

Hoy —sábado 6 de diciembre de 1913— me sorprende al matar el día, cual un punto fijo en mitad del tiempo, una combinación pitagórica: Domingo 7.

De niño ¡cuántas cosas me enseñaban que yo no entendía! A un resto de los antiguos métodos, no menos que a la docilidad de la mente infantil, debo la fortuna de haber aprendido de memoria lo que no entendía. Así, me sorprendo frecuentemente recitando frases que desde la infancia me están resonando en la cabeza, pero que entonces no tenían sentido para mí. Poco a poco, la vida me va descubriendo su misterio.

Porque si la vieja pedagogía necesita defensores, sea yo el primero: hay cosas que se deben aprender aunque no se entiendan, cosas que deben estar en la memoria primero, y después en la voluntad, aun antes de estar en el entendimiento. La misma visión del universo la recibimos dogmáticamente; la conciencia, hilo del ser, no es más que memoria de momentos. Cuando todo se entiende ya, es ya demasiado tarde para aprenderlo. Yo no entiendo, no, la generación de la vida: vivo de memoria.

Pues bien: entre los muchos cuentos que cuentan las viejas tras el fuego, hay uno que, por ser irónico, no tenía asidero para mi inteligencia infantil: la ironía es la última conquista.

Juanito —dice el cuento— salió al campo cierto día en

que celebraban las brujas su concierto. Viéndolas venir a lo lejos, trepó a un árbol para ocultarse. Pero Juanito no se percató de que había escogido para escondite el árbol sagrado de las brujas.

Las brujas, pues, se ponen a bailar en corro en redor de su árbol, y Juanito, ahogando el resuello, las oye girar al compás de un canto monótono:

Lunes, Martes, Miércoles, tres;
Jueves, Viernes, Sábado, seis.

El inocente acaba por cansarse; y particularmente le choca que, decapitando ostensiblemente la semana, las brujas se olviden del Domingo. Y grita con estentórea voz:

—¡Domingo, siete!

El fin de la historia se adivina: las brujas, que hasta entonces no habían visto a Juanito, lo bajan del árbol y se lo comen. Y aquí el cuento se complicaba con no sé qué consideraciones sobre el horror de la bruja por el Domingo, día del Señor.

Para los escoceses de Charles Lamb —directos antecesores de *Celui qui ne comprend pas*— y para mi pobre cabeza infantil, la observación de Juanito resultaba sumamente acertada y, para decirlo todo, de una lógica irrefutable, matemática. Sólo faltaba saber si era oportuna.

Pero la verdad ¿puede alguna vez no ser oportuna?

—¡No hay que escatimar la verdad! —grita el Gregorio ibseniano desde las páginas del *Pato silvestre*. Con todo, en la última escena, como resultado de sus experiencias, exclama:

—He decidido suicidarme.

—¡Vaya usted a paseo! —le responde gentilmente el Doctor.

Por mucho que lo nieguen los tratadistas, en el libro de las intuiciones, a tantas hojas, se halla escrito que la verdad admite matices de mentira. Uno de ellos es la verdad a medias: la de los políticos, la de los médicos, la de todo el que formula diagnósticos o dice la buena ventura por sociología, química, astronomía o quiromancia; la de los augures de

toda especie, que ya en los dichosos tiempos de Catón soltaban la risa al encontrarse. Otro matiz de la verdad es la verdad innecesaria. Difícilmente me convencerán los lógicos rutinarios de que la verdad innecesaria es una verdad absoluta; difícilmente concederé que, en el caso de mi cuento, el Domingo fuera precisamente "siete". ¡Pobre cabeza simétrica que necesitaba completar la semana a toda costa, aun a costa de su seguridad y —lo que es peor— a costa del ritmo del verso!

Ese "Domingo Siete", ese desequilibrio mecánico incrustado en la vida es, para Bergson, el símbolo de lo cómico. Y otro tanto se ha dicho ya de los versos de Don Quijote:

Hirióle Amor con su azote,
no con su blanda correa;
y, en llegándole al cogote,
aquí lloró Don Quijote
ausencias de Dulcinea
del Toboso.

O "del Domingo Siete", que todo es uno.

Este anhelo cómico de verdad no pasa de ser una hipertrofia, una enfermedad técnica como cualquiera otra: el arte por el arte, el estilo por el estilo, la verdad por la verdad, son todos una misma clase de errores. Los técnicos de la verdad quisieran establecerla a toda hora, dejarla siempre sentadita en su trono; quisieran decir la verdad aun en los preciosos instantes de mentir o cantar.

Y no: la verdad es, en su origen, una necesidad vital; como el arte, la crea la vida. Ya nos hablaba el filósofo de los errores que, a fuerza de vivir, se vuelven aciertos. Ansiar la verdad innecesaria es una inercia lógica, una solidificación del espíritu, y una falta de educación. La verdad es, en esencia, un modo de oportunidad. Es, vista desde fuera, una adecuación.

—Y, vista por dentro, un estado de ánimo, como la alegría o la pena —oigo decir al otro escéptico.

3. LOS ÁNGELES DE PARÍS

Ce monsieur ne sait ce qu'il fait, il est un ange.

RIMBAUD.

EN ANATOLE FRANCE. El libro que todos hemos leído, donde los ángeles trasnochan por los bulevares y enamoran a las cantantes de Campos-Elíseos, encierra una profunda verdad; una verdad de observación, difusa como niebla. El autor quiere hacernos creer que todo es un sueño, pero de manera que transparentemos la verdad según suele suceder en algunos sueños. Así la ninfa del poeta latino huye;

pero al huir procura que la vean.

En suma, ese libro es la realidad de todos los días, contemplada apenas con los ojos entrecerrados, tras la redecilla de las pestañas.

Imágenes de la ciudad recombinadas con un arte sin perspectiva, vidrio de colores. Papel en que se yuxtaponen los ocios de un dibujante. Su enseñanza: la fantasía implícita en la realidad; el pulso de lo no conocido que circula por las arterias de la vida. Se han abierto a un tiempo la puerta de cuerno y la de marfil. Por un instante, hemos olvidado si estamos viviendo o recordando, viendo o fingiendo. Y entonces el mundo ha parecido brotar de nuestra ficción voluntaria.

Tras la lectura, queda como un desequilibrio. Mezclados en el vaso, el aceite del sueño y el vino de la realidad vacilan aún antes de apartarse. Y súbitamente, se apodera de nosotros la sospecha de que el mundo es el cielo, y de que los hombres mismos son ángeles.

La tenue compañía. Una cabeza de miel rubia que chorrea, simétricamente, sobre ambas orejas. Desde el ómnibus que nos conduce a la vida, en la ventana de aquel nuevo edificio, donde, ha poco, admirábamos todavía un paisaje elemental

de árbol y de luna, la hemos visto destacarse en un sube-y-baja incesante, al tiempo que las manos —autónomas— se lanzaban sobre el teclado. Ése es, a no dudarlo, el ángel que vendió su alma a la bailarina. Sus alas se roen, olvidadas en la intimidad de una alacena: ¡Triste es el destino de los cómplices estorbosos!

Si Schlemihl no producía sombra, el ángel no produce música: sus manos se agotan sobre el piano en un admirable silencio.

¿Ella? La vida de él se refleja en ella imperceptiblemente. ¿Quién tiene conciencia de la brisa que agitó sus cabellos? Cuando él desaparezca, cobrará ante ella la mordiente significación del recuerdo.

—Amigas —dirá entonces—, rodeadme todas. Me enfría la ausencia de algo que probablemente nunca ha existido. Me esfuerzo, y difícilmente columbra mi memoria las plumas de unas alas llenas de polvo, y oye los acordes de una música llena de luna. Mis rodillas se han endurecido a la danza; mis mejillas se despintan al llanto; mis pestañas, húmedas, se juntan en diminutos haces como los picos de las estrellas. Me parece recordar otra vida, y creo que nadie me va a entender.

Lloran siempre los que han vivido con un ángel.

Lujo, breve sueño. En los comedores de la casa familiar —que daban, naturalmente, a un jardín—, había cromos tan vivos como aquella sensibilidad infantil en que se grabaron: fingían una Inglaterra de novela, absurda y elegante: desde las praderas de Fielding y el parque de Jane Austen hasta las hazañas, largamente desmenuzadas como en las estampas del Vía Crucis, de los héroes de Dickens. Trompas enredadas al brazo de los cazadores, perros flexibles y ligeros . . . También se los suele encontrar en las bujetas del rapé del abuelo, en las tapas de la tabaquera. (¡Aura, ola cálida de una infancia opulenta! ¡Siempre, cuando vuelves, canta el aire, como si a la altura de nuestros oídos volaran dos pájaros!)

Y por eso, aquel mediodía de sol (el sol taladra los ramajes y proyecta sobre las caras el tejido volador del oro y del azul), si se oye, en el fondo del bosque, sonar la trompa,

vaga palpitación nos invade y esperamos ver saltar el prodigio: ¡Oh fuga de ancas tordillas, casacas y gorras encarnadas!

Óyese una trompa: seis caballos, un alto coche, dos brazos enguantados ("dos cisnes"), una pluma recta hacia el cielo... Relumbrando, las ruedas del coche engendran un halo giratorio.

El sueño de lujo es como un remanecer de la infancia: cuando el apetito era absoluto, y el mundo, en esplendor y valor, pendía de un Rey vestido de Oro.

Ha pasado el raro demonio (ángel o demonio) con ruidos de metal, y aromas, y brillos de seda. El hombre total, el hombre total en el tiempo, hecho un solo anhelo desde el primer día de la codicia infantil, ha dicho, como Dante en la *Vita nuova:*

Ecce Deus fortior me, qui veniens dominabitur mihi.

Anhelar sin riesgo, o los pescadores sin Loreley. Mañana clara. Brillan, a lo lejos, las torrecillas de azúcar del Sacre Coeur. En los puentes del Sena hay viejos que arman el anzuelo y echan el sedal al agua turbia. Después, se adormecen. Son pescadores abstractos, pescadores sin tentación ni peligro, pescadores sedentes, pescadores como cosa en sí: nunca se les vio lograr una pieza. Son viejos conserjes jubilados que comprueban al filósofo, engañándose con la idea de trabajar para vivir. Nunca se han propuesto la cuestión teológica de si la vida, como la salvación, es gratuita.

Y mientras por los embarcaderos del Sena cabecean o charlan a solas ("como los arroyos y como los ciegos"), los peces bailan la zarabanda a mucha distancia, y la pensión del Estado les entra en casa, misericordiosa y natural, como el aire, como la luz.

¡Oh ángeles, ángeles! Han perdido la eficacia humana y —tales las sombras del Averno a quienes Odiseo concedió beber un poco de sangre— vagamente remedan los motivos de la acción, los ademanes de los oficios: sin gasto ni provecho a la vez; fuera del plano de la energía; en un espejismo concebido por la misma dulzura de la mañana, bajo la campana cristalina del cielo.

Ángeles rebeldes. Los rusos de Montparnasse —ángeles disfrazados de rusos—, si no predican la muerte de Dios, auguran extraños advenimientos. ¿Arte, moral, religión? Todo ello a la vez: todo lo que muere y renace.

Son de una belleza descolorida, verdaderamente angelical. Sin sabor para el paladar veleidoso de los hombres, su belleza es el "ley-motivo" de todas las bellezas posibles. Lo cual —dice mi maestro de escolástica— tiene que ser una sustancia mínima. Dudo si esto satisface a Platón.

Viven en jaulas de madera y de cal, mal atornilladas en la cima de las casas ruinosas. El viento salvaje de las cabañuelas arroja sobre sus troneras lo que se ha robado. Por los rincones de sus talleres veis retratos y estatuas. Los retratos fragmentan la fisonomía en cantidades de espacio, como un espejo estrellado. No se entregan de una sola vez: hay que ojearlos como a los libros; que leer individualmente cada plano que entra, que sale. Las estatuas (serpentinas de papel de colores, arabescos de lámina erizados de vidrios, aspas de cartón, aletas de trapo, brazos en liana y piernas en caduceo) convencen de que "el cincel del escultor" y "el estilo del escritor" son ya igualmente metafóricos.

Pintan y graban, fabrican la tela de sus vestidos, hablan con suavidad, e impiden que ninguno de ellos perezca de hambre. Se mezclan con ángeles japoneses y con ángeles turcos. Se los halla en las fondas de Montparnasse (nunca en el gris bulevar St. Germain ni en el blanco bulevar Raspail), donde alternan con los marineros de Bretaña y con las pintorescas gitanas. Por toda parte dejan su rastro; los muros de las fondas se pueblan con sus autocaricaturas y con sus anuncios de exposiciones. Unos son modelos de otros, e imitan lejanamente los amores humanos.

Ninguno de ellos cree sufrir; pero cada vez perciben con mayor relieve la existencia: hasta su retina abstracta llegan imágenes de odio y de vergüenza que van aprendiendo a discernir. Entonces agitan los brazos, y ascienden a la esfera de que cayeron, en la actitud del Cristo —y del Aeroplano.

4. LA DANZA DE LAS ESFINGES

(Pesadilla)

La mujer: la Esfinge sin secreto.

O. W.

I. La visión

Las mujeres aparecen, mudas, con unas largas colas de silencio arrastrando. El escenario podrá ser un salón de baile, terso como espejo, puro como hielo.

Y ¿quién es aquel que no tiene a un tiempo dos esposas, una en cada mano, una en cada ojo? En los bajos relieves arcaicos, el tañedor hincha los carrillos, bajo las correas protectoras, para dar aliento a las dos flautas.

El Coro de Señoras que nos admiran y el Coro de Señoras que nos aman se dividen por mitad el salón, para comenzar una danza gladiatoria.

El lector quiera imaginar los giros, las marchas y retrocesos, las trenzas de brazos, las patrullas de pies menudos, los ojos vagos, las bocas de risa y de jadeo, los peinados cada vez más flojos, más sueltos: hasta que ruedan las horquillas, caen los edificios de cabellos, y la danza se vuelve —por eso sólo— tan lunar, que ha desaparecido el escenario primero, para transformarse en un horizonte de plata, donde las mujeres se van borrando como cifras, como sombras delgadas.

II. Meditación, al margen de George Bernard Shaw

Las que nos admiran ¿nos admiran? Se admiran más bien; se admiran de sentirse capaces de sospechar nuestra grandeza. Se adulan por reflexión, y hacemos el necio frente a ellas, con nuestra voz hueca y nuestros ademanes pausados.

Las que nos aman ¿se aman acaso? Pongámonos antes de acuerdo: una vez, al menos, tuvo razón Vauvenargues con-

tra el propio La Rochefoucauld: pues ¿en qué ha de padecer la eficacia de la bondad, sólo porque de rechazo produzca placer en quien la ejerce? Es posible que estas señoras se amen a sí mismas en nosotros, pero —de paso— nos dan amor.

En el drama de Bernard Shaw, Cándida y la Mecanógrafa se disputan al Pastor protestante. Como suele suceder en la vida, el caso no es simple: así, la Mecanógrafa viene a ser la esposa que admira; ¡ay!, mas también ama. He ahí su tragedia irremediable. Shaw la abandona a su llanto, sin saber cómo redimirla, y parece que la dejara olvidada entre bambalinas, al volverse a su casa. Cándida es la esposa que ama; ¡ay!, pero es vanidosa. Por eso nos deja fríos, con su suficiencia aprendida en los sermones del Pastor, aunque nos deleite su prudencia y aplaudamos (¿la aplaudimos?) la elección que hace entre los dos esposos.

Porque, a los ojos de Cándida, se ha desarrollado también otra danza gladiadora: la del Niño Fuerte y el Hombre Débil. Cándida, conforme a su ley femenina, elige a éste; elige, pues, lo inexcusable: elige el delito, para perdonarlo; elige al enfermo, para velarlo.

Así es: son enfermeras, hermanas de la caridad. Llama a sus puertas el Hombre Perfecto:

—No, no es aquí —dicen de adentro.

Llama el Trasnochado:

—¡Te esperaba! —grita una voz; y los goznes de la puerta, en mitad de la silenciosa noche, han rechinado.

Pero la mujer ¿no ama al guerrero? ¿No espera ser raptada a la grupa, en los recodos de los caminos? Sí, también; pero ésta es otra danza distinta: la Danza de las Amazonas. Hoy sólo tratamos de la Danza de las Señoras que nos admiran y de las Señoras que nos aman.

III. Himno a Miss Proserpine Garnett

La humilde asociada de nuestros negocios, la Mecanógrafa, es, en la *Cándida* de Bernard Shaw, la figura trágica dominante.

Ni el drama se llama con su nombre, ni su nombre figura entre los del hogar a quien sirve.

Proserpina es tipo de uno de esos seres pacientes que dan a las tragedias de Eurípides misterioso encanto.

A aquella criatura frágil, nerviosa, lo maquinal de la labor diaria le ha irritado todos los resortes del cuerpo, dándole también ancho margen para la rumia de los más callados pensamientos.

(La habéis visto acaso, con sus ojos verdes, su pobre piel al cuello, en algunas cintas cinematográficas de la mejor época de Nordisk.)

Conoce el registro de su propia sensibilidad con más fino tacto, si se quiere, que el teclado de su máquina de escribir.

Testigo de la minúscula lucha contidiana del hombre, lo ha sabido amar con más misterio que la misma Cándida, en quien la ponderación del juicio y aun la destreza de la conducta producen instantáneos efectos de pedantería.

Testigo de su brega pequeña, ha adivinado su gran desastre.

Lo ha sabido amar con más misterio, con cierta divina torpeza.

Mientras ella copia una página o enmienda una errata, sorprende palabras sin alma en los contraídos labios del hombre que trabaja: él, habituado a su silenciosa presencia, se juzga a ratos solo y deja escapar sílabas locas.

Ella, musa de una nueva tragedia, desborda la esfera a que la reduce su padre espiritual, y se adelanta —¡inolvidable la escena en que se ha dejado robar por un niño el secreto de su paciencia!— como una posibilidad de dolores no conocidos, y acaso como una especie nueva de amor.

5. LAMENTO, A LA MUERTE DE OTFRIED MÜLLER

HOY QUIERO cantar del mitólogo, a cuya frente ceñiremos el laurel del furor, bajo el vuelo de las nueve musas propicias.

¿Quién es aquel que, en pleno vigor de la edad, se adelanta sobre las marismas del Copais, y toda una noche, hostigado por el ansia de conocer, respira los miasmas insalubres?

Atrás se ha quedado la corta comitiva, y el iniciado se adelanta solo por entre los barrancos donde leerá más cosas de las que ha soñado la filosofía. Las bestias buscan su reposo y se van echando con cautela, para no estropear los fardos oscilantes, en tanto que los arrieros bostezan hacia el cielo, vislumbrando, por las mal cerradas pestañas, remontado el carro de los astros.

Ésta es la época del año en que conviene gobernar nuestros cuerpos con pasatiempos moderados. Desde el fondo de las horas caniculares, esponja sus plumas la nodriza del simbólico alción. Al filo de la media noche la calma es tanta, que las crines de los caballos penden como una lámina metálica; y los hombres de los lagos, con un vago terror de marinos, observan la inmovilidad de la cerda que uno de ellos tiene suspendida a plomo en el aire. La llama sale del hogar tan dura como una cresta de oro.

Toda la noche ha buscado ese hombre entre los escombros del misterio escondido, al fulgor de una luz delgada, dando aquí y allá con el pico sobre las piedras. No muestra más afanes nocturnos el que roba los tesoros del gnomo. Y la mano tiembla para recoger del suelo una arcilla con una mayúscula rota. Toda la noche ha buscado ese hombre sin cesar. Al amanecer, pasa, al trote, su caravana, resaltando sobre la difusa leche del cielo.

En Delfos, en Delfos, donde entre las cimas calcáreas se levantan rocas brillantes que parecen fosforecer al sol; enor-

mes peñascos hendidos amenazan siempre al viajero, y apenas refrescan el aire las aguas de Castalia, Casotis y Delfusa. Por entre las grietas se retuercen los cardos; vibra la cigarra; y se deseca al aire el laurel que un día tejiera tu cabaña, ¡oh, Padre! Allí, como Melampo en la pista, busca el sabio los sagrados rastros de tu posada, y lanza gritos que sus compañeros corean cuando cree descubrir los restos del trípode arrumbados.

¿Por qué, mientras otros cuelan su vino negro mezclado con dos partes de agua y buscan, bajo la sombra, el abanico del viento, por qué aquél, bajo el ojo ardiente, continúa, expuesta al infierno la cabeza y trazando con el lápiz unos signos apresurados? Al fuego del meridiano centellea el papel como un espejo, y cada vez que el sabio aparta los ojos deslumbrados, mira bailar en el aire sombras rojas y azules. Enjambres de puntos brillantes ciegan poco a poco su vista, y un zumbido como el del mar le colma las orejas. Ya la mano insegura ha dejado caer el rollo cabalístico, ya la otra se crispa, asiendo el aire. ¡Huye, huye la cólera del dios que deshijaba a Niobe sin duelo! Quiébrase al fin tu cuerpo agostado, y nada valen cuarenta años de paciente edificación que un instante basta a deshacer. Súbita transfiguración exalta tus rasgos: ya estás por el suelo, torre de hombre.

¿Así, oh Padre, castigabas a tu sacerdote en el templo mismo? ¿No había piedad en tu pecho, cuando fulminabas al hombre como al buey? Al duelo ilumine Grecia sus antorchas; el coro de epígonos celebre, entre lágrimas, los funerales de su Gramático. Ayer apenas lo recibían con recitaciones antiguas. ¡Ah, que no lo habían de domar las jabalinas del mauritano, ni el arco y el carcaj repleto de viras venenosas, cuando atravesaba las ardientes Sirtes o el Cáucaso inhospitalario o las regiones que baña el fabuloso Hidaspes, sino una fuerza más alta, que rayos vibra por los ojos!

¿Quién se acuerda ya del dorio-germano virtuoso que, con el candor de la verdadera sabiduría, luchó ayer como caballero del honor de Safo, la virgen calumniada y desnuda? Consagrado a intérprete de las religiones antiguas, pretende purgar de influencias orientales el puro misticismo helénico. Pero lo que había de asiático en el cielo de Delfos lo consumió un día, fulminado.

No tiene medida la venganza de un Dios. Aquél desmaya bajo el cielo de julio, como la verbena ligera; y acá, ante el extático Palinuro, que suelta el timón en la borrasca, se abren y se juntan las aguas. ¿Adónde nos llevas, oh Dios, llenos de ti mismo?

6. PARÍS CUBISTA

(Film de "Avant-Guerre")

Era París ciudad de libertades campestres, donde la gente se solía sentar en la acera, y los niños se juntaban a jugar en cualquier parte, entre el amor de los ciudadanos pacíficos. Fluía la vida, bajo la mansa autoridad de los respetables conserjes, herederos del Rey de Francia. De toda prosperidad material es símbolo el pan: por aquellas calles, iban los niños con unas enormes barras de pan al hombro, soldados del mejor ejército y dulces estrategas del bienestar. Desde la ventana del Hotel (Rue de Trévise, a dos pasos del "Folies Bergère"), yo veía en la fonda de enfrente las gloriosas sopas que engullían los cocheros todas las noches, volcando frecuentemente el vino en el caldo.

Y lecciones de claridad mental en cada palabra del pueblo. Más tarde me deslumbraría el talento de los españoles: la elegancia, la elocuencia, el ritmo; y el golpe japonés, la puñalada cómica de Madrid: todo ello subconsciente. Los españoles marcan en el aire un perfil gracioso. Pero en París lo que me asombraba era la inteligencia, difusa, atmosférica, que salía con palabras perfectas de un pueblo desgarbado y sin ritmo. En París eran los hombres bastos (físicamente), pero de justísima cerebración. En Madrid, los hombres físicamente justos, de graciosos movimientos reflejos, como si toda sorpresa les fuera connatural.

Poco tiempo. ¿Qué vale un año de París? Nada es para organizar en un todo los mil fragmentos de aquel infinito panorama. Las calles y monumentos me aparecen aislados, y apenas con un plano a la vista puedo percibir las situaciones respectivas de unos y otras. A veces todavía me figuro que el plano me obliga a volverme de cabeza, y me hace torcer a la derecha donde yo hubiera jurado que había que torcer a la izquierda. Mía fue la consabida sorpresa del viaje-

ro: ir en línea recta (o figurárselo) y parar a poco en el mismo punto de partida.

Mi imagen de París, con la moda de aquellos días, es cubista. Cierro los ojos, y miro un París fragmentario, disperso en diminutos planos que no encajan unos en otros: como dividido y entrevisto por las cuatro patas de la torre Eiffel...

Y arriba, una danza de chimeneas; y abajo, avenidas, bulevares, calles, callejas, callejones, callejuelas, escaleras, subidas, bajadas, puentes, túneles.

Las piedras ahumadas de los edificios brillan como metales. Huele como a viejo, como a gas. Y claramente se deja ver que el sentido de la comodidad no es el mismo de América. Alguien ha dicho que a los parisienses les gusta frotarse con el prójimo. Y, en efecto, en aquellos ómnibus o *autobús*, iba uno dando tumbos sobre los pasajeros con una frecuencia que en mi tierra de valientes hubiera provocado algunas desgracias por minuto. La "vía ancha" se empezaba a instalar, y lo mismo la luz eléctrica en las calles. París era oscuro por la noche. Y tampoco había ese horror al polvo que, junto con el amor a la calle rectilínea, es el ideal, más o menos realizado y realizable, de las ciudades de América. Por los rincones del tranvía, altas pirámides de polvo olvidadas; y un polvillo negro y sutil —sin duda de combustión humana— que se unta en todas partes y se pega a las manos. No era aquélla la Spotlesstown, la ciudad sin mancha con que en los Estados Unidos anuncian las excelencias del jabón "Sapolio". Las cosas viejas tardaban en desaparecer, y en todas las farmacias encontré esas enormes bolas verdes, rojas, doradas, donde se extasiaban nuestros ojos de niños.

Inútil repetir que la prostitución es una fábula de mal gusto. Que allí todo el mundo va a su negocio, y así como no faltan viajeros deseosos de hacer fuera de su tierra lo que en ella no se atreven a hacer, tampoco faltan unas dulces sirenas que cultivan el honrado comercio de su cuerpo. A la mañana siguiente, todo pára en la alcancía familiar. ¿Que no cabe aquí la honradez? Odio las discusiones ociosas. Leed, en los *Cuentos crueles* de Villiers de l'Isle-Adam, aquel de las *Demoiselles de Bienfilâtre.* Después de lo cual, claro

está, seguiréis pensando como antes. Ardua es la persuasión, y todos estamos de prisa. Yo os digo solamente: pueblo serio, pueblo preocupado el de París, y hasta amargo por instantes, aunque deje gozar a los extranjeros los placeres que a cada cual su dignidad le consienta.

Ganando su jornal por la noche, las de Bienfilâtre mantenían una paz honrada y un pasar modesto. Eran infatigables las pobres.

—*Il y a des grâces d'état* —decía Olimpia, decía Enriqueta, los ojos bajos, cuando la familia se inquietaba por su salud, aquí sí preciosa.

Pero ¿a qué divago? Porque esto sucede en todas partes. Y soy el primero en lamentar que sólo los novelistas franceses hayan sabido contarlo con encanto y delicadeza.

Siempre se está cerca de París, aunque se esté lejos. De recién llegado, parece que se está muy lejos de París. La distancia es el cernedor; de cerca, hay el oro y hay la escoria. Así, de tiempo en tiempo, la vida desorganiza, con saludables sobresaltos, los arreglos provisionales de nuestra lógica. ¡Desdichado aquel que no haya vacilado nunca! Se abre una ventana insospechada, y el aire arrebata nuestras embriagadoras humaredas mentales. ¿Qué mejor? Cierto es que, mientras el aire se renueva, padecemos todos los tormentos del vértigo y no sabemos de dónde asirnos. Ni el *Discurso del método* puede devolvernos la paz. Nos entregamos, entonces, al malestar del instante, con ánimo de cobrarnos a la menor ocasión.

Yo no superé entonces la etapa en que hay que consultar la guía de las calles a cada paso, y resolver un cálculo de geometría cada vez que nos aventuramos en el *Metro*. Más bien fue la hora de la memoria que la hora del entendimiento: mi cabeza, atestada de nombres de calles y números de casas, de puntos de referencia, de "vuelta a la derecha, dos calles más y vuelta a la izquierda" y otros consejos semejantes, positivamente me daba vueltas. Y para colmo, una máquina de escribir estilo diplomático ensordecía mis tardes. (¿Qué ha dicho, en su discurso académico sobre el estilo diplomático, el señor Marqués de Villaurrutia?)

Gran estremecimiento de duda fue París. (Todos son profetas en su tierra.) Dura escuela de laboriosidad y, en fin, ciudad triste como hermosa, contra la frivolidad alegre que dicen los necios. Tan hermosa, que se la ama con las lágrimas en los ojos. Triste, bella entre la niebla, donde se está solo con el alma, acaso más que en todo el silencio campestre de tu naturaleza, ¡oh Emerson! Donde se llora la pérdida irremediable de algunas excelencias nativas. Un oscuro vaho de la raza se levanta desde el corazón. Un vacío inmenso hubo en mí, donde cupo toda la amargura de mis lagos.

¡Cuántos pasos dimos, solitarios! ¡Cuántos sueños y anhelos! Y el propósito de vivir cada vez mejor y más plenamente.

7. ODA A LAS MODELOS DE LA MAISON DE FRANCE

¿QUIÉNES son? ¿Quiénes son esas mujeres nuevas que hay por las calles de Madrid? Bajo el relámpago azul de la sombrilla, flores de corolas vaporosas y pintados pétalos, insectos de vivos ojos y antenas temerosas. Yo no sé qué fuertes demonios con senos y cabelleras, como los que inquietan a los ermitaños niños en los poemas de la India. Y como sólo se pintan la boca y las orejas (dos alas de sueño y un vivo corazoncito rojo), os enseñan unas máscaras azoradas, unos rasgos simples, que se os clavan implacablemente en la memoria. ¿Quiénes son?

¡Oh mujeres, si fuerais duras! Pero éstas tienen unos cuellos blandos, sumisos a la degollación. Lo fuerte contra lo fuerte se aplaca; choca, no puede ir más allá, vuelve —rechazado— a su centro. La madre del pueblo es dura y nutriz, como la piedra primera. El contentamiento nos viene de la carne del bronce. Pero si os habéis debatido en sueños, dando manotadas al aire y soñando que combatíais, entonces conocéis la fatalidad de no encontrar resistencia. Y estamos perdidos; figuraos: ¡éstas tienen unos cuellos blandos, sumisos a la degollación!

Y, en la sala donde las exhiben, desfilan todas, al son de una música de que nadie hace caso. Y, en efecto, ¿por qué no haber puesto un órgano de agua, puntuado a ritmos con dos o tres timbres eléctricos? Al son de la música, desfilan con el paso que les enseñó la maestra. ¿No es verdad, Madame Fernandèz, que cada una sabe lo que se pisa, y hay que dejarles plena libertad, dentro de la ley, de suerte que cada una imprima su temperamento en su andar? Aquélla, como yanqui, está siempre a punto de bailar; se enreda, en sus pies, una nostalgia de los pasos del Boston. En cuanto a las francesas, yo no sé realmente si se acuerdan todavía del can-can, pero me parece que las unifica un resabio de tango argentino algo lamentable. La maestra se atreve a dic-

tarles la complacencia: "Vamos, pasar otra vez." Y, por complacencia, giran, vuelven, se están fijas unos instantes cerrando los ojos; acaban por anularnos el tiempo y el espacio. No han aparecido aún y ya las sentimos, como se siente el disparo antes de la descarga. (Lector: ¿nunca te han perseguido a tiros?) Ya se han ido, y duran todavía, como el recuerdo del viento en nuestra piel. De modo que se mezclan unas con otras, engendrando unos hermosos fantasmas de recuerdos. Y al cabo, vuelan y estallan como pintadas mariposas: ráfagas moradas, doradas, verdes.

Gainsborough la de cabellos de sol, con algo de ferocidad, sin embargo, en su cabecita de musaraña. Y la sustantiva ciudadana de América, con una fogata de cabellos que a veces cristaliza en casco de cobre, evoca las vulgaridades de Gibbson: perfiles de flirt, de flirt frío, ya imperdonable. Y la otra . . .

—Usted, señora mía, con usted hablo. Usted es la única que merece los vestidos que lleva. ¡Gran señora en verdad! (Si no fuera por un vivo rojo en el párpado, huella trasnochada del otro mundo.) Usted me recuerda a una dulce niña de mi tierra que vivía en el campo, en uno como castillo de historia, con un padre como un ogro de cuentos, gordo de comerse a los niños. Estaba aprendiendo a tocar el piano, y un día la obligamos a tocar: ella, entre lágrimas y risas, ¡cómo se sonrojaba! Un tropel burlesco de notas se le escapaba por las puntas de las dos manos. Hoy, de dama de estrado, habrá llegado a ser como usted, con ese lunar artificial.

—*Paquin, Five o'clock! . . . Deshabillé, toilette perfide!*

¿Y a mí qué me importa todo eso? Verdaderamente, los hombres tenemos los gustos suaves. Son ellas las que se enamoran de la rudeza y de la fealdad. ¿Cómo pueden darse a todos esos papás panzudos, nariz reventona, ojos de gallo? Son ellas las que tienen los gustos ásperos; nosotros nos enamoramos de estas palomas.

—*Madrilègne, Chasseresse, Cerise, Fraise, Framboise!*

Frutas en el sol, frutas mordidas por los pájaros, reflejos del sol metidos en agua, bajo la sombra caliente de los árboles.

Al menos, consentid que oigamos sonar los escuditos de

los collares. ¡Ay, malos consejos de las arracadas! Pues ¿no están diciendo que nada es nuestro? ¿Que andamos desnudos sobre la tierra? ¿Más desnudos cuanto más ajenas las ropas que vestimos? ¡Desnudas, despiadadamente desnudas, bajo los amargos del raso y el almíbar de los terciopelos! (Entre paréntesis: ¿es verdad que ya las modelos no llevan corsé?)

¡Hora roja de la ostentación! Sólo entonces bajáis, oh Normas, engendradas todas por el apetito de los ojos! Hijas de la luz, las manos no os debieran captar. Sed inasibles y castas: la mano mortal sólo toca las cenizas de la Creación.

II. COMENTARIOS

1. LAS HAZAÑAS DE MISTRAL

SEGÚN la costumbre romana, a la muerte del patriarca doméstico la estatua de cera se debe trocar por la estatua de oro.

La vida de Mistral ha acabado; su fábula comienza. ¿Luego las cigarras también mueren, a pesar de lo que nos cuenta Platón?

Una cigarra fue Mistral, bebedor de sol. Cantó en el estío: murió en el invierno. La Fontaine, mal padre de familia, se puso pedante con las cigarras. Contra él, Fabre de Aviñón, doctor en insectos y alimañas, cuya florida vejez me es grato recordar junto a la de Mistral *(arcades ambo)*, entonó —pese a la hormiga— el elogio de la cigarra.

Una sola nota canta la cigarra; es una vieja canción materna. La madre del poeta sabía un elogio de las mujeres bonitas, restos de una antigua historia olvidada:

—¡Oh Mireya, mis amores!

Signo de las gracias naturales, el refrán materno impresiona el alma del hijo, la modela, la invade toda. La cigarra no querrá cantar más que esa canción.

—¡Oh Mireya, mis amores!

Tenía Mistral un amigo en Provenza llamado Roumanille. Un día leyó éste a su madre sus primeros versos franceses. La madre, que no lo entendió, se echó a llorar. Roumanille juró no escribir sino en lengua que entendiera su madre.

En Maillane oyó Mistral otra canción a una vieja del pueblo. En ella se habla de "los siete felibres de la Ley". No se sabe de fijo qué quiere decir "felibre"; Monsieur Jeanroy se debate en vano. Mistral, en quien la invención se funda en recuerdos infantiles, llama la orden de los siete felibres al grupo lírico que formaron él y sus seis amigos, juramentados en el castillo de Fontségugne. Los caballeros de esta nueva Tabla Redonda hicieron prosélitos en el Lan-

guedoc, el Delfinado, Aquitania y Limoges, Auvernia y Cataluña. Cantaron en una *lingua rustica romana,* lo que da a su vida el prestigio de una leyenda medieval. Gaston Paris, abuelo de los romanistas, encontraba al trovador Mistral por las playas, enriqueciendo su vocabulario en el trato de pescadores.

Un día, por las gradas del trono romántico de Lamartine subió un soñador del Sur, con la ofrenda de transparentes racimos:

Te counsacre Mirèio . . .

Era feliz. Escribió en los muros de su casa consejos de paz. "Deleitemos al biógrafo" —parece haber sido su divisa. Como en los *Milagros de Nuestra Señora* (que Anatole France, cansado de leerlos, pero no saciado, gusta de contar otra vez) de su boca brotarán seis rosas, y son las seis letras del nombre de Mireya.

Cantemos las hazañas de Mistral de Provenza:

No se sabe bien si era un hombre o una cigarra. (Acabó su vida, comienza su fábula.) No se sabe bien si era una cigarra o un geniecillo del lugar. Pero los filólogos advierten que, según su nombre, pudo ser tan sólo una representación mitológica del viento que canta en los emparrados. Mistral, Minstral o Maestral: el viento Noroeste en el Mediodía.

2. UN INTÉRPRETE DE RENAN EN 1914

PIERRE LASSERRE ha comenzado una serie de conferencias sobre Renan. El momento, para hablar de Renan, es oportuno; de una oportunidad tan aguda que es casi incisiva. En plena generación de hombres vigorosos —mejor dicho: enamorados del vigor, enamorados aun del dogmatismo, por lo que el dogmatismo aparenta de afirmación vital— hablar del viejo maestro escéptico es, o un anacronismo, o una malicia.

Malicia, en efecto. (Malicia, claro está, en el sentido más claro y puro.) El excelente preámbulo de Lasserre deja ver que usará de Renan como de un patrón para apreciar valores actuales. Crítico de vocación, él padece, como todo crítico, la invencible simpatía de Renan. Renan era crítico, luego era escéptico y veía con desinterés la vida. Los enemigos del hombre práctico, de la hormiga arriera, no son los poetas, sino los críticos, los que plantean las crisis de la vida. Dice bien aquel prejuicio vulgar: la crítica es disolvente. El no conformismo fundamental de la crítica es el ácido corrosivo para el optimismo que la vida supone. Dondequiera que se deja sola a la tierra, empiezan a nacer unos matojos absurdos; y eso dicen que es muy vital.

Todo esto se revuelve, vago, en la conciencia de Lasserre, cuando dice, hablando con los jóvenes:

"Lo menos que se puede afirmar es que, si ciertos elementos de la obra de Renan desalientan y cansan, porque extravían, otros iluminan el espíritu magníficamente, y toca a la crítica separarlos. He aquí el modesto pero esencialísimo discrimen que hay que oponer contra esa especie de ostracismo a que, prescindiendo del punto religioso, está hoy condenado Renan por la juventud espartana. A la cual se calumniaría, estoy seguro, si se la considerara sospechosa de confabularse contra la inteligencia bajo la capa de la virtud."

Renan, explica Lasserre, no es un caso simple, sino un

enigma muy complejo. No tiene razón Brunetière exigiendo que se esté con Renan o contra Renan. Lasserre, y tú y yo, y todos, estamos con él en algunos puntos, y en otros estamos contra él. Muchos pueden aplaudir en Renan el odio al milagro, y abominar su condenación a las instituciones políticas nacidas de la Revolución y el Imperio; otros, al contrario; y otros, finalmente, pueden aplaudir o censurar a la vez las dos cosas juntas. Y lo mismo pasa con todos los hombres, y es absurdo hablar de caracteres contradictorios, donde ya ha establecido Montaigne aquella sentencia definitiva:

> *Certes c'est un sujet merveilleusement vain, divers et ondoyant, que l'homne; il est malaisé d'y fonder jugement constant et uniforme.*

Las conferencias de Lasserre —no importa lo que diga en las posteriores— tienen, pues, un valor de confrontación. Nada más saludable que apreciar el mundo desde dos opuestas perspectivas.

—Vete a los antípodas, hijo mío—. Así debe hablar un buen padre, educador del varón perfecto.

Un hombre se propuso un día no tener ideas preconcebidas, no tener prejuicios; y ese mismo día perdió la vista. Al siguiente se colgó de una sola idea, como desesperado, y fundó en ella todo un sistema de mundo: y siguió a ciegas. Al tercer día meditó en sus dos experiencias. Y como al hacerlo tuviera que confrontar la desconfianza en todas las ideas —de la antevíspera— con la fe en una sola idea —de la víspera— recobró súbitamente la vista.

—¡Eureka! —salió gritando por la calle—. Y de hoy más mi ojo derecho se llamará dogmatismo, y mi ojo izquierdo escepticismo.

Dedico esta fábula a Lasserre, intérprete de Renan en 1914.

3. CÁSTOR Y PÓLUX

BIEN se anuncia el fin de estación: hay dos libros nuevos, uno de Anatole France, otro de Rémy de Gourmont. Quisiéramos que ambos publicaran libros a lo largo de todos los meses del año: nos ayudarían a pasar la vida. Sus dos libros nuevos, que aquí sólo miro de soslayo *(La révolte des anges,* y la quinta serie de las *Promenades littéraires)* no añaden nada sustancial a la obra. La influencia inglesa, a lo Wells, no es de ahora en Anatole France, no data de su viaje a Londres, de su brindis ante Mr. Asquith. Y la curiosidad de Gourmont por las literaturas extranjeras es proverbial. Ambos libros, sin embargo, añaden un nuevo sabor a la vida, y yo siento que estoy más a gusto en mi butaca.

No se puede comparar una novela fantástica con un volumen de notas sobre la literatura. Pero, en otro tiempo, Anatole France usó también de la pluma cotidiana. Y me ocurre comparar un poco su *Vida literaria* con los *Paseos* de Gourmont.

En los cuatro volúmenes de su *Vida literaria* (hablo de memoria, pero creo que no me equivoco), Anatole France, quizá por aristocracia negativa, por un escrúpulo de gusto, apenas habrá aludido dos veces a Béranger, y siempre como de pasada. Gourmont en cambio, que tiene una aristocracia diferente y gusta de bajar a los fondos literarios entre alardes de equilibrio, dedica hoy un capítulo a la grandeza y decadencia de Béranger.

E imagino que Anatole France escribiera sobre Béranger: hablaría de los poetas cantores, de los bardos populares, de la muchedumbre que los rodeaba en las ferias, de las monedas que sonaban sobre el platillo del juglar, de las tradiciones folklóricas y cuentos de viejas refundidos en la estrofa rudimental del poeta, de las leyendas épicas despedazadas en sus coplillas como un ala que se deshace en plumas. Y al fin, abordando a Béranger, nos diría ¡ay! que aquellos tiempos han pasado ya para siempre, y que este poeta can-

tor, aunque más consciente, es mucho menos sabio que sus alegres abuelos. No de otro modo, al hablar de Guy de Maupassant, acude, entre otras muchas cosas, a los decidores de *fabliaux,* de layes y moralidades, a los ministriles del siglo de la Reina Blanca, a María de Francia, algunos de cuyos relatos evoca; cuenta la historia de *Amis et Amiles,* cita las *Ciento novelas de Luis Onceno,* el indispensable *Heptamerón* de la reina de Navarra; a Rabelais, a Montaigne, a Scarron, en sorites lógico; a Charles Sorel y sus historias de lacayos; a Diderot y a Voltaire; a Stendhal, Balzac y Mérimée, de quienes ha huído la alegría porque la Revolución guillotinó a las ligeras Gracias; y ¡al fin! habla de Maupassant. Al cual dedica unas pocas líneas de mucho sentido, para decir que es de los cuentistas más ilustres de Francia; que escribe, como buen propietario normando, con gusto y con economía; y que su opinión sobre los hombres parece resumirse en aquella canción de niños que, a través de mi cocinera bretona, yo conozco en otra versión:

Les petites marionnettes
font, font, font
trois petits tours
et puis s'en vont.

Gourmont, por su parte, lleva su probidad al punto de no incurrir en la cita reglamentaria de Matthew Arnold cuando, algunas páginas más allá, estudia a Maurice de Guérin. Y si escribe sobre Béranger, a pesar de lo angustioso del tema, ignora todo lo que no sea Béranger; enfoca su objeto, y lo explica sólo con los mismos datos que él contiene. Como el ideal nos es inseparable y nuestra mano se resiente siempre de la mano que la ha guiado, señala a Voltaire como un ideal muy lejano de Béranger, y a Désaugiers y a Parny como sus maestros directos. Y, contra el saldo superficial, concluye:

—No estaba hecho para la orgía ni para la pasión. Béranger es un moderado.

Y así debió de ser el que pudo, un día, pasar por consejero de Chateaubriand, de Lamennais y de Lamartine. (Sainte-Beuve los imaginaba rodeando a Béranger, bajo el

emparrado, en un "carnaval de Venecia" de la literatura francesa. Los imaginaba y reía.)

Gourmont: Anatole France. Vino seco y vino dulce. Héroes de la misma constelación: Cástor y Pólux, para que juren por ellos los hombres y las mujeres.

4. MADAME CAILLAUX Y LA FICCIÓN FINALISTA

CUANDO los coros de Eurípides declaran que el hombre es inexplicable, establecen la única verdad absoluta que puede fundarse sobre la naturaleza humana. Ciertos actos, ciertas situaciones aisladas son explicables; también lo es la trayectoria que deja nuestra vida en la tierra: su grande rasgo general. Pero lo que sigue siendo arcano es la continuidad con que se enlazan los instantes de una existencia. Sé por qué me he desayunado hoy; ignoro por qué, después, me eché a la calle en vez de encerrarme en la biblioteca, aunque sé también por qué, una vez afuera, preferí el lado de la sombra al lado del sol. Así, vamos urdiendo una trama de momentos lúcidos y momentos ciegos. Aparte de la gran inconsciencia de la fatalidad, en que estamos como sumergidos, hay ciertos parpadeos de la inconsciencia cotidiana —de donde resulta "inasible" la generación de los actos. Aun para repetir una charla o para describir una escena callejera necesitamos suprimir y añadir: suprimir algunos elementos oscuros, absurdos, verdaderos ripios que nada ponen al suceso, o caminos laterales que lo desvían a uno y otro lado, y entre cuyas fluctuaciones buscamos una media proporcional; y añadimos procesos o hilos de sutura que, de hecho, no existieron, pero que, en estricta lógica, deberían haber existido.

Desconfiemos, pues: el mundo y nuestra conducta son incongruentes, y basta someterlos a la prueba de la narración para convencerse.

Y sucede que, en este mundo, quizá por fusión de incongruencias, un tiro sale de un revólver empuñado por una mano que se ata al brazo de Madame Caillaux, y el tiro da en un periodista, y el periodista muere. Ábrese, entonces, un juicio. Un juicio es una reconstrucción inversa de la vida. Mas la vida ¿es reversible?

Y empieza la ficción finalista: puesto que el crimen es

el acto culminante, toda la existencia anterior va a tender al crimen. Alguien hasta os demostrará que el crimen estaba anunciado por la configuración craniana del criminal, o por el trazo de su escritura, o por las líneas de su mano, o por el vuelo de los pájaros, o por el canto de la corneja; que todos los agüeros valen lo mismo. El juez buscará un sentido funesto a los hechos y a los dichos del acusado. ¡Como si la vida fuera resultado de un cálculo perpetuo! ¡Como si la adaptación de los medios a los fines fuera más que un arquetipo o un sueño de la conducta! Desde ese instante, todas las preguntas se tornan pérfidas, por sólo exigir una respuesta. ¿Por qué se profirieron tales palabras antes del crimen? ... Y como, en el fondo, todos padecemos la ilusión finalista y nos repugna confesarnos hijos del misterio, el acusado trata de buscar una explicación a sus palabras, que quizá no admiten ninguna, torturándose por dar un sentido, un propósito, a lo que fue mero despropósito y falta de sentido. El acusado, en efecto, como todos los hombres, usa más de la palabra como cosa en sí que no para objetos determinados. Naturalmente que sus disculpas serán frágiles, y la acusación podrá destruirlas. Pero el procedimiento flaquea por la base, porque el interrogatorio es doloso.

—¿Por qué se han proferido tales palabras? ¿Luego hubo premeditación?

—Juez: tu "por qué" delata prejuicio. Lo que dije, lo dije al acaso; porque el hombre es urna de palabras, y ellas se desbordan solas, de cuando en cuando, en los relajamientos de la atención.

—Y ¿por qué, entonces, después del crimen, tanta calma, tanta conformidad? Luego había el criminal meditado en las consecuencias, y se había hecho el ánimo de arrostrarlas.

Si el juez supiera que San Agustín, a la muerte de su madre, no pudo llorar, lo hubiera tenido por matricida. En las *Confesiones* (lib. IX, cap. XII) muere Santa Mónica, y escribe San Agustín: "... los demás que me acompañaban no solamente ignoraban mi pena y sentimiento, sino que juzgaban que estaba sin pesadumbre ni dolor. Llegóse el tiempo de llevar el cadáver, y no lloré en todo el camino, ni a la ida ni a la vuelta". Y no es eso todo, sino que, a poco, se puso a pensar en la etimología griega del nombre latino

balnea. En suma, pasaron dos días antes de que San Agustín pudiera llorar a Santa Mónica.

Pero la grosera acusación se complace en hacer repetir a la gentuza (gendarmes, mozos de redacción, literatos fracasados, médicos fallidos y demás testigos) que Madame Caillaux estaba, después del drama, absolutamente tranquila.

Y la víctima del juicio podría contestar:

—La psicología oficial, a pesar de ser, como todos los servicios públicos, estrecha, explica fácilmente el fenómeno: la depresión nerviosa, la descarga, la reacción, y otra serie de metáforas físicas por ese estilo... Pero yo prefiero la psicología despeinada, la psicología genial: si me he quedado tranquila es porque así lo quiere la incongruencia fundamental de la naturaleza humana.

—Entonces ¿a qué decir, en el preciso momento de la aprehensión, y como haciendo alarde del crimen: "Era el único medio de acabar con tantas infamias"?

Ciego juez, juez ciego el que ignora que el mayor pavor de nuestras almas es sentirse juguetes del azar. El azar, como la misma pistola Browning en la frase de Madame Caillaux, se dispara sólo apenas se le toca ligeramente. Y si el azar ha querido que tenga el azar ojo certero, el azar matará al azar, y esta honda confluencia de desórdenes remedará un orden perfecto. Naturalmente, el alma que ha servido de pretexto a los destinos intenta justificarse, sobre todo metafísicamente, antes que jurídicamente; intenta, sobre todo, desempeñar la farsa del libre albedrío, puntillo del honor metafísico. Porque las burlas del acaso suelen ser tan sangrientas (más no lo podían en el suceso que nos ocupa) que afectan nuestra dignidad esencial. Ante todo ¿cómo convenir en que es el acaso, y no yo, quien obra? Y aquí la máquina de palabras (esa máquina loca a que los jueces de Madame Caillaux conceden tanta importancia, a pesar de que se trata de una mujer) suelta, al acaso también, las primeras palabras justificativas que brotan a los labios.

Mucho más peso que todas las ficciones de la lógica finalista tiene un solo y diminuto rasgo, arrancado a las costumbres de una dama, y que la acusada deslizó con esa sabiduría desdeñosa, femenina.

—La prueba —dice— de que aún pensaba yo más en un té de amigas que en ir al *Figaro* es que me puse un vestido de tarde para estar así más elegante. Ciertamente que para ir al periódico no me hubiera yo cambiado el vestido.

Ciertamente que para ir al periódico no me hubiera yo cambiado el vestido. La batalla está ganada con sólo este toque discreto. Pocas veces, en la mediocridad contemporánea, lo patético resiste a lo sutil. Desde que la Tragedia dejó el coturno, se ve más crecida la Comedia. Y la confianza de la acusación, fundada en el éxito patético, ¿cómo ha de resistir a este alfilerazo en la médula? Perdón, equívoca sombra: para verte a ti, ella no se hubiera cambiado el vestido.

Pero hay más, la acusada tiene dos enemigos: uno el acusador; otro, el defensor. Ambos, en efecto, padecen la ficción finalista; aquél, positiva; éste, negativa. Aquél quiere que la vida de la acusada tienda al crimen; y éste, que tienda a la negación del crimen. Aquél rastrea premeditación; y éste, no-premeditación.

Y los testigos mismos ¿saben de cierto lo que vieron u oyeron? ¿A qué hora comenzó la premeditación? ¿A qué hora se les anunció que debían registrar a plena conciencia sus percepciones, en vista de un crimen futuro? Si en lo que se obra no se es finalista, mucho menos en lo que se observa. ¿Sabe el juez, exactamente y al grado de poder dibujarla sin verla, cómo es la esfera de su reloj, a pesar de consultarla tantas veces al día? (Haga el lector la prueba.)

Desgraciadamente, la mujer acepta, por sistema, toda explicación que se le proponga sobre su conducta, sistema que se relaciona con la voluptuosidad de la confesión, y del que tienen noticia todos los amantes celosos.

—¿Es cierto —se les dice— que obraste por tal motivo?

—Confieso que sí —os contestan.

—Piénsalo bien. ¿No es cierto que obraste por el motivo contrario?

—¡Confieso que sí!

Y he aquí cómo Maese Labori ha echado a perder la terrible espontaneidad de Madame Caillaux, su cliente.

—¿Verdad, hija mía, que no hubo premeditación?

—Confieso que no.

No y mil veces no. Ni premeditación, ni no-premeditación, ni ambas cosas a la vez, ni ninguna de ellas. Sino otra cosa. ¡La eterna otra cosa (oh hijos del azar y del misterio) que no nos es dable definir! *

* *El Gráfico*, La Habana, julio de 1914.

5. SIR EDWARD GREY Y LA TRAGEDIA DEL SÍMBOLO

El discurso pronunciado por el muy honorable sir Edward Grey, Comendador de la Orden de la Jarretera, Ministro de Estado de la Gran Bretaña, en el salón Bechstein (Londres), con motivo de la conferencia de su amigo Buchau sobre la estrategia de la guerra, pudiera servir como ejemplo del acto social puro; acto desprovisto de todo otro valor que no sea el que resulta de las relaciones y representaciones creadas por el hecho mismo de la asociación humana. Júntanse los hombres y, por sólo juntarse, provocan la formación de corrientes invisibles y de oscuras gravitaciones. Como en los líquidos mezclados, unos corpúsculos suben y otros bajan, tendiendo ante todo a establecer ese antagonismo fundamental que, a despecho de los anhelos igualitarios, existirá en tanto que existan varias dimensiones en el espacio: la capa superior, la capa inferior; el grupo de la derecha, el grupo de la izquierda; el orbe externo y el círculo íntimo. Y entre ellos, como mensajeros de sus mutuos odios y sus mutuos amores —verdaderos espías dobles, a la vez que conciliadores y jueces—, flotan esos individuos medios, tan inteligentes y capaces, tan decentes por lo general, tan finos y cultos, que a la hora de las grandes crisis han de ser arrollados por la bestialidad eficaz de los más fanáticos. Cuando las gravitaciones sociales se han equilibrado, caen —como los niños en el juego del corro o los sátiros de la danza de Dióniso—, caen bajo el esquema geométrico del círculo: de un círculo magnetizado, regido por su centro. En este pitagorismo social, todo valor propio o intrínseco va a quedar neutralizado, y va a sustituirlo el valor de la posición relativa en el espacio. Lo esencial es que haya un hombre en el centro y que los demás lo rodeen, apoyando en él sus miradas. No importa ya lo que se diga o se haga: hay acto social. Las mismas mónadas de Leibniz, al organizarse socialmente, parece que pierden su sentido propio, irreducible, y se ensartan en un hilo común como otras tantas cuentas inertes. Imagíne-

se un collar de avispas, pero que han perdido el aguijón: tal el corro de hombres rodeando al hombre. El hombre va a hablar; habla ya. ¿Qué dice? ¿Qué importa, si hay acto social? Más aún: importa que no diga nada, nada nuevo al menos, para que una nueva energía no venga a desordenar el equilibrio alcanzado: el acto social puro es incompatible con el acto revolucionario. Si fuera posible usar de la acción para no obrar, ésta sería la obra ideal del hombre del círculo. Y si es posible hablar para no decir nada —o para repetir lo sabido—, éste será su mejor discurso: acto social puro. Como es el hombre del centro, el valor de sus palabras está en ser suyas, está en el poder sobrehumano del centro; que no presuma, pues, de sutil, de fantástico o de innovador. Merezca, en silencio, el honor de encarnar el centro; respete a la invisible fuerza geométrica confiada a sus manos; domínese, castíguese, mátese.

Con este aire de inmovilidad trágica habla sir Edward Grey. Nada nuevo dice, y casi puede asegurarse que no dice nada: nada que no sea, como el aire, invisible de puro ambiente. Cada una de sus palabras es neutra, y hasta la sintaxis que las liga está toda predeterminada. El oído se desliza, oyéndolo, sin tropiezos ni sobresaltos. Aseguro que hablaría con tono monótono y sin mover las manos: los ojos, cargados de vida, revelarían —a pesar de la serenidad de la boca— toda la tragedia de ser símbolo; de no poder tronar y estallar, de ser encarnación de lo fijo; de no poder crear ni matar, de ser encarnación de lo eterno.

¿Qué dice? ¿Qué importa, si hay acto social? En cualquier artículo de periódico hallaréis más novedad y fuego que en sus palabras; mayor desarrollo, y acaso superiores puntos de vista. Pero cuando todas las gacetillas de la guerra hayan ardido en las chimeneas de nuestros hijos, o cuando el rey de la fábula pida a los sabios el secreto de la historia reducida al menor número de palabras y a las más diáfanas y sencillas, entonces se oirá resonar, porque venía resonando desde un centro eterno, con timbre y poder inusitados, el discurso del centro.

El acto social puro. ¿No advertía Varona que el uso de la tarjeta de visita delata el fondo simbólico de las relaciones humanas? Todo conocimiento que nace ¿no comienza

por ser simbólico, hueco e indirecto? La línea recta es el último descubrimiento de la acción animal: otea el gavilán su presa largamente; describe trayectorias completas a su alrededor, y al fin —¡sólo al fin!— cae de rayo, a plomo, sobre ella. Por el pensamiento simbólico ha comenzado el pensamiento, según testimonio pintoresco de mitologías y supersticiones. Entre los salvajes, el mensajero recibe una orden y, con el cuchillo, abre en su bastón tantas muescas como partes tiene la acción que se le ha mandado ejecutar: le basta la memoria simbólica, como al que hace un nudo en el pañuelo para recordar cierto compromiso del día siguiente. Nunca nos emancipamos por completo del símbolo: sustituimos la mitología y la superstición por la filosofía y la ciencia; dejamos el nudo del pañuelo por el memorándum o la papeleta, para la que ha podido producirse toda una industria de muebles. Pero en el fondo de las relaciones sociales (¿y qué hay que no sea social en algún modo?) subsiste, como el tipo mismo de pureza, el acto simbólico. Ya no importa lo que seamos, lo que valgamos: para ser sociales, para conversar con los demás, hemos de ser como ellos, parecernos a todos. Hacerse sentir es ser grosero. ¡Ay del que quiera hablar como lo que es! Ni al más fino y depurado escrito toleraría la sociedad un modo distinto de charlar. Un hombre puede escribir, si quiere (¡oh, solitario milagro de escribir!), que gusta de la aventura; pero las Furias Sociales no le pueden consentir que sea aventurero. Al llegar al círculo, tiene que neutralizarse, escondiendo a punto su aguijón. Si le toca el centro del círculo, llorémosle ya como lloraríamos al amigo convertido en estatua. Tal vez si acercamos el oído al sitio donde hubo un corazón, oiremos un latir subterráneo: un imposible, absurdo latido que, si se empeña en no parar, acabará por reventar algún día —por sólo su ritmo vivaz— la corteza de piedra que lo ensordece, provocando un cataclismo social.

Honda es la tragedia de los símbolos. Por la sala van y vienen hombres iguales, diciendo siempre iguales cosas, y el que más se parece a todos resulta el primero. En ése: la tranquilidad de todos reposa en ése. ¡Cuidado! Que no sepa nunca —no le digamos— que afuera es la noche y bajo las estrellas hay canciones de loco.

6. EL PADRE REYES

La revista de la Universidad de Tegucigalpa viene publicando, desde su fundación (1909), una serie de documentos relativos al Pbro. José Trinidad Reyes: cartas, oficios, memorias de contemporáneos.

Nacido de padres humildes, al acabar el siglo XVIII, muerto en la ciudad de Tegucigalpa hacia los cincuenta y ocho años de edad, aprendió, como pudo, música, latín y pintura; estudió en la Universidad de León (Nicaragua), profesó en el convento de Recoletos. La revolución de Nicaragua lo arrojó a Guatemala. Obtuvo permiso del padre guardián de su monasterio, y volvió, incógnito, a Tegucigalpa, donde se reunió con su familia. Se asiló en el solitario convento de la Merced, y comenzó a ser el padre de su pueblo. En 1829, una nueva revolución abolió las instituciones monásticas y lo dejó secularizado. Desde entonces se dedicó a las obras públicas, a reconstruir templos y capillas. Hasta entonces, había estado "oculto bajo el celemín". Quisieron nombrarlo párroco, pero él nunca admitió mayor puesto que el de Sinodal del clero hondureño. Fundó la Academia Literaria (el primer centro de educación superior) que regenteó él mismo; y al fin obtuvo que el Gobierno hiciera de ella el núcleo de la primera Universidad, cuyos estatutos dictó. La biblioteca de la Academia fue la primera biblioteca. El P. Reyes ocupó varias cátedras, de donde surgió, entre otras cosas, cierto compendio de física, en que estudiaron los contemporáneos del Dr. Ramón Rosa. Los informes anuales del P. Reyes sobre la nueva institución son conmovedores: háblase allí de clases gratuitas o mezquinamente remuneradas, de cursos de gramática española que se suspenden por falta de texto, de lecciones de cirugía que nunca pudieron empezar por falta de una pieza adecuada para colocar el esqueleto; además, el P. Reyes culpa al vecindario, culpa a los padres de no interesarse suficientemente en la educación de sus hijos. Hizo más: introdujo la primera imprenta, y ya

se sabe que por falta de imprenta la literatura colonial no había florecido en Honduras. Fue diputado al Congreso de 1852 que decretó el Estatuto Provisional de la República en Centro América. Llevó el primer piano. Puso música a sus villancicos y a su misa, "El Tancredo". Fue poeta poco feliz. Como apenas publicó, sus obras se conservan más o menos adulteradas, según el recuerdo de la gente. Para restaurar alguna de ellas, ha habido que juntar y cotejar copias por más de veinticinco años. Como más populares y pegadizos, se han conservado mejor los "cuándos", sátiras así llamadas por la palabra del estribillo.

Sobre si fue o no electo por el Papa Gregorio XVI para el obispado de Honduras, discuten los eruditos de su país. Parece probado que, si se nombró a Campoy en lugar de Reyes, fue porque el general Ferrara, entonces presidente de la República, frustró la elección de éste, encarcelándolo y haciendo llegar hasta Roma la falsa noticia de que había muerto. Por buenas razones, el P. Reyes prefirió resignarse.

Reparan algunos críticos en lo voltario de su carácter, y quisieran exigirle una rigidez poco conforme con su oficio de poeta satírico, y con lo agitado de los tiempos. Cada nueva revolución, dicen, le pide que celebre sus glorias, y él a todo accede. Cuándo encomia y cuándo vitupera a los caudillos: al general Morazán, al general Cabañas, a Barrios. Él, por anticipado, se defiende, y explica, por boca de su "Albano", que él como vate popular tiene que contentar a todos y hacer lo que las campanas de la iglesia, que no acaban de repicar a júbilo cuando ya les piden doblar a muerto.

En varios aspectos se manifiesta la labor educativa del P. Reyes. Solía, por ejemplo, escribir artículos de periódico. En las "Ideas de Sofía Seyers" se nos muestra como feminista. Sofía no reclama, como las socialistas inglesas, la participación de la mujer en el gobierno del mundo, aunque piensa que las sociedades humanas, puras en el seno del creador —según dijera Juan Jacobo—, degeneran en las manos del hombre. Pero la mujer, continúa, es tan perfectible como el hombre. Pues, entonces, "¿por qué en Honduras no se toman otros cuidados para formar a la mujer que los que se ponen en la educación de un pájaro?"

Fue poeta poco feliz. ¿A qué compararlo con Dante, como hiciera un crítico hondureño? No divaguemos. Pero no falta en su labor literaria una nota de curiosidad: las "pastorelas".

Podremos tener una exacta imagen del P. Reyes figurándolo como un Andrés Bello en miniatura, como una reencarnación del mito del Alfabeto (Cadmo para los antiguos y Quetzalcóatl en las confusas teogonías de los valles de Anáhuac), que se ha venido manifestando por toda la América española: Bello, Hostos, Barreda...

Quienes lo conocieron lo recuerdan como hombre de mediana estatura, cabeza inclinada, frente llena de protuberancias, cejas pobladísimas que, por el siempre arrugado ceño, parecían formar una línea recta; ojos saltones y no hermosos, nariz irregular de mestizo, labios salientes. El Dr. Rosa, extremando la fantasía, cree ver en sus rasgos algo de Voltaire y algo de San Juan Evangelista. Evócalo el poeta entre melodías de flautas angélicas y profundos truenos de órgano. A todos los labios acude la misma palabra para ponderar su caridad:

—El otro "Monseñor Bienvenido".

II

Desde que el P. Reyes se dedicó a la enseñanza, acudieron a él, de todas partes, los faunillos de las Hibueras buscando redención. El P. Reyes los iba reduciendo a la vida estudiosa con ayuda de la música, como el Centauro de la fábula, y mediante el uso de las yerbas de sabiduría. En tiempo de vacaciones volvían los chicos a su medio nativo, nuevo contacto con la incultura; la cual llegó, a veces, a imponerse de tal modo sobre los esfuerzos de la escuela que los chicos no regresaban más, reabsorbidos en la general incuria de los pueblos, o volvían con malos hábitos y poca memoria de las enseñanzas anteriores.

Disputándolos el santo varón a la arisca naturaleza, inventó un medio sencillo y delicado para retener en casa a sus pupilos durante las vacaciones de Pascua; que fue organizar fiestas campestres y escribir unas "pastorelas" para los faunillos amansados. Ellos las representaban a orillas de la la-

guna del Pedregal, en improvisados teatros. Por eso el pastor Samuel dice al pastor Apolo, en una de aquellas pastorelas:

Que has hecho de estos desiertos
una morada de ninfas
que cantan como un jilguero;
que estás amansando fieras,
y convirtiendo en corderos
leones y tigres de Hircania . . .

Son sus pastorelas pequeñas representaciones de asunto bíblico, donde no faltan las casuales sátiras políticas. De nueve tenemos noticia: *Noemí, Nicol, Neftalía, Zelfa, Rubenia, Elisa, Albano, Olimpia, Flora* o *Pastorela del Diablo.* A éstas pueden añadirse las *Posadas de José y María* y la *Adoración de los Reyes Magos,* aunque algunos consideran las *Posadas* como un acto de la *Rubenia.* Del *Albano* dicen que no llegó a representarse, porque los pastores de la representación fueron amenazados de pública pedrea si llevaban a la escena sus picantes chistes de actualidad.

Los eruditos discuten sobre el nombre de "pastorelas"; nombre que, desde tiempo inmemorial, se aplica entre nuestra gente de campo a las de "Bato", "Bartolo" y "La Gila". A mí me tocó todavía verlas en alguna feria de mi tierra. Origen de ellas fueron sin duda las que nuestros indios acostumbraron a mediados del siglo XVI, y entre las que fue famosa aquella que representaron los tlaxcaltecas el día de Corpus de 1588. A ella se refiere Motolinía en su *Historia de los indios de Nueva España.* Y consta por la *Historia eclesiástica indiana* de Mendieta que en casi todas se representaban pasajes de la Escritura, sin mayor arte que una tosca escenificación del texto sagrado. Sobre lo cual puede consultarse el prólogo de García Icazbalceta a los *Coloquios espirituales y sacramentales* de González de Eslava, manifestación, excéntrica en algún modo, del teatro religioso español, y reliquia del florecimiento literario de la Nueva España en el primer siglo colonial.

El género es rancio y de abolengo. Desde el siglo XII se lo conoce en Castilla con el nombre de "Autos de Navidad" y hay ejemplos de él en nuestra lengua anteriores a Juan del Encina. El género perdura oscurecido por el apogeo de los

"Autos Sacramentales", a través del período clásico, y brilla centralmente en *Los pastores de Belén* de Lope de Vega (M. Menéndez y Pelayo, *Historia de la poesía hispano-americana*, Madrid, 1911, págs. 206 y siguientes.)

Confiéranse las anteriores noticias con las que ha publicado don Francisco A. de Icaza en el *Boletín de la Real Academia de la Lengua:* "Orígenes del teatro en México". Y adviértase la bien intencionada malicia con que el autor de representaciones bíblicas se apartaba del texto de la Escritura para hacerlo servir mejor a sus fines educativos o de catequismo religioso.

Curiosísimo vestigio del más inocente de los teatros; verdadera reliquia familiar para la gente de América; huella de un esfuerzo tan laudable por la cultura, las pastorelas hondureñas del P. Reyes ¿quién intentaría ya borrarlas de nuestros anales literarios bajo pretexto de buen gusto o de estética refinada? Buenas o malas, ¿no se nos antojan ya poéticas, cuando imaginamos al sencillo pedagogo musicándolas y enseñándolas a recitar a los niños? Sonríe el escenario campestre. Con los gozos de la Pascua, la naturaleza y los hombres parecen comunicativos y francos . . . Pero en el alma del pedagogo hay como un temblor, un temblor constante: está disputándole sus presas a Calibán, está robándole los tributos al monstruo. Héroe de la fábula antigua, inventa el alfabeto y hiere de muerte al dragón. Y va recogiendo esa cosecha de almas que ha fructificado dondequiera que la palabra bíblica y la pagana —el pastor Samuel y el pastor Apolo— logran conciliarse y fundirse, como en la *Homilía a los jóvenes* de San Basilio.*

* Ver, en mis *Capítulos de literatura española,* 2ª serie: "Los autos sacramentales en España y América", págs. 115 y siguientes.

7. LOS HUESOS DE QUEVEDO

Los periódicos de estos días dan cuenta de su desaparición y su nuevo hallazgo. Entre los apéndices a la biografía de Quevedo que figuran en el primer tomo de sus obras (Bibliófilos Andaluces, Sevilla, 1897), consta un documento del que resulta su pérdida definitiva: hace muchos años, los huesos de Quevedo se le deshicieron entre las manos a un sepulturero que tendría más flema que los del *Hamlet*. No entiendo, pues, cómo se hacen de nuevas los que han "descubierto" la pérdida; tampoco entiendo cómo habrán podido reaparecer, si no es porque se consideró conveniente, desde el punto de vista oficial, que reapareciesen. Oficialmente, en efecto, los huesos del héroe nunca deben desaparecer: como en la de Edipo, en su sepultura yace el crédito nacional.

No lo entiendo. Acaso por no haber leído las noticias de los periódicos, de que sólo me ha llegado el rumor. Me parece que el señor Ortega Munilla ha opinado con conocimiento de causa sobre la imposibilidad de encontrar los huesos del héroe. Me parece que "Azorín" ha hablado de cierta sustitución de no sé qué restos de un canónigo, aprovechando la coyuntura para recordar su visita al pueblo donde murió Quevedo (Villanueva de los Infantes), visita que ha dejado en su ánimo una larga y melancólica huella. (Si he de decirlo todo, aun me parece que este motivo puramente sentimental ha contribuido a moderar la opinión literaria que "Azorín" tenía de Quevedo.) En todo caso, las autoridades de Villanueva de los Infantes han cumplido con el deber de encontrar, una vez más, los restos de Quevedo. ¿Si se figurarán estas gentes —en su cándida mitología— que los huesos duran hasta el día del Juicio Final? El asunto tiene toda la traza de una humorada quevedesca. Quevedo, después de morir, bien pudo quedarse pegado a sus huesos en categoría de duende, para hacer de las suyas. Bien mirado, todo Quevedo está en los huesos: huesos es todo él, y hasta sin médula: tubos, verdaderas flautas de hueso, por donde el viento ha sonado largamente.

II

En el *Sueño de las calaveras* y en otros *Sueños* de Quevedo, los muertos andan a vueltas con sus restos, juntando partes de su esqueleto. El esqueleto humano, el espantajo de huesos, es una imagen siempre fija en la retina espiritual de Quevedo. De su estilo decía Menéndez y Pelayo que parece una perenne danza de los muertos. La mejor ilustración de su obra podría ser el *Triunfo de la muerte* de Brueghel el Viejo, que se admira en el Museo del Prado. En sus poesías serias —poesías de razón más que de inspiración, desenvueltas con una elegancia fría y parnasiana— sólo la idea de la muerte pone un estremecimiento y hasta un toque de ternura. Dice de la muerte en un soneto: "Más tiene de caricia que de pena." Su canción a una mujer flaca: "No os espantéis, señora Notomía", es una verdadera canción al esqueleto. Y en la epístola en tercetos al Conde Duque de Olivares —donde, por lo demás, la afectación hueca es evidente, a despecho de las reminiscencias del canto XV del *Paraíso*— el sueño de la Edad de Oro se convierte en una tétrica pesadilla. ¿A quién pueden entusiasmar conceptos como éstos?

> Hilaba la mujer para su esposo
> la mortaja primero que el vestido...
> Acompañaba el lado del marido
> más veces en la hueste que en la cama...
> El rostro macilento, el cuerpo flaco
> eran recuerdos del trabajo honroso...

¡Qué idea de que la virtud se ha de parecer a la enfermedad! También el triste Suárez de Figueroa, en cierto capítulo del *Pasajero* (1617), ha dicho: "Ser honrado es tener cuidados." Bagazos de la mala escolástica; de la masticación filosófica de los tiempos... Sólo el chasquido de los huesos regocija al señor de la Torre de Juan Abad, como el repiqueteo de las castañuelas al cetrino Agapito. Quevedo pasó por la vida del brazo de la muerte. Todo él es un corolario del humano esqueleto, o más bien, él mismo es algo como un esqueleto con gafas que pasea, la guadaña al hombro, cojeando ligeramente, "por la desolación de ambas Cas-

tillas" ... Mírase, a lo lejos, un golfo, "encanecido de huesos, no de espumas".

III

Y todo pasa como en una de sus pesadillas donde lo tétrico del escenario contrasta con la aberración del chiste verbal. El esqueleto de don Francisco desaparece, los huesos se han ido de francachela. Pero, a la oración, vuelve cada hueso a su centro:

Allí la espina dorsal se acerca, reptando y sonando como una serpiente de cascabel. Rueda la calavera como en el juego de bolos de Juan sin Miedo. Las manos adelantan como tarántulas en la zarabanda; y brincan, como inverosímiles ranas, los simétricos pies. Allá el peroné, siempre adversativo. Acullá la rótula —rota, ya se entiende, aunque solamente un poco rota: rótula. (En verdad, "rodaja".) Y la tibia que nunca pudo calentarse. Y las escamosas costillas de los aros envedijados. Y al fin, como dos orejas enormes, los huesos ilíacos, y tras ellos el sacro y el cóccix; el cual, claro está, como su dueño era coxo ... pues se adelanta lentamente y coxeando.

(¿No está esto en el gusto de Quevedo? En sus ratos de mal gusto, al menos.)

Finalmente, al violín de la media noche, la ligera máquina está montada; y abriendo su tapa de resorte como esos muñecos de sorpresa, el esqueleto salta, bajo el frío de la luna, a danzar entre las viciosas flores del cementerio.

8. RODÓ

(Una página a mis amigos cubanos)

EN VUESTRA isla, cruzada por las inquietudes de los cuatro puntos cardinales, nunca habéis perdido el sentimiento del contacto con vuestros hermanos de raza. No sé si os asombrará lo que os digo; pero hubo un día en que mi México pareció —para las conciencias de los jóvenes— un don inmediato que los cielos le habían hecho a la tierra, un país brotado de súbito entre dos mares y dos ríos: sin deudas con el ayer ni compromisos con el mañana. Se nos disimulaba el sentido de las experiencias del pasado, y no se nos dejaba aprender el provechoso temor del porvenir. Toda noticia de nuestra verdadera posición ante el mundo se consideraba indiscreta. Por miedo al contagio, se nos alejaba de ciertas "pequeñas repúblicas revolucionarias". ¡Y teníamos un concepto estático de la patria, y desconocíamos los horrores que nos amenazaban, sólo para que gimiéramos más el día del llanto! Y creíamos —o se nos quería hacer creer— que hay hombres inmortales, en cuyas generosas rodillas podían dormirse los destinos del pueblo.

Y entonces la primer lectura de Rodó nos hizo comprender a algunos que hay una misión solidaria en los pueblos, y que nosotros dependíamos de todos los que dependían de nosotros. A él, en un despertar de la conciencia, debemos algunos la noción exacta de la fraternidad americana. ¡Y hasta por estar a mil leguas de las mecánicas preocupaciones políticas era más exacta esa noción! Hasta por desentenderse de toda esa andamiada jurídica del panamericanismo, y fundarse sólo en un impulso de colaboración superior que dicta el sentimiento y que la razón corrobora. Porque son una gran mentira todos esos centros de propaganda, todos esos congresos parlantes, todas esas tramas diplomáticas. Porque la fraternidad americana no debe ser más que una realidad espiritual, entendida e impulsada de pocos, y co-

municada de ahí a las gentes como una descarga de viento: como una *alma.*

Para la época en que los primeros libros de Rodó cayeron en nuestras manos, ya los maestros escépticos de Europa nos habían hecho oír su voz. Con esa precocidad de despecho que caracteriza los comienzos del siglo, sabíamos de la negación de los valores, de la duda de la razón, y —en fin— de ese vago misticismo sin Dios que vanamente quería sustituir la robusta fe de otros tiempos. Sólo nos quedaba aquel frío regocijo técnico del arte por el arte; y vivir para escribir, sin amar la vida . . . Ya sabéis, lo del Hombre-Pluma de Flaubert: "Vivir no es mi oficio, no me importa: a mí sólo me toca contar la vida." Quisiera que, en un magno esfuerzo de sinceridad, volvieran a sí mismos los ojos los adolescentes de hace quince años, y dijeran cuántos de ellos hicieron a solas el pacto de aceptar la vida, solamente para ver cumplidas las promesas de su arte. Y en esa hora tan frágil —tan temerosa que pudo romperla el menor flaqueo, cualquier fracaso, o aquella acidez incurable de la primera pasión—, en esa hora que es la más solemne de toda una mitad de la vida, porque en ella volvemos a nacer voluntariamente; cuando todavía los dulces cuidados de los años no nos han revelado el verdadero sabor del mundo, Rodó trajo una palabra de bravura, un consejo de valentía aplicado a la concepción de la conducta. Ya suena a vuestros oídos la palabra mágica: "el altanero *no importa* que surge del fondo de la vida". Un nuevo entusiasmo semejante al chorro de la fuente que se recobra al tiempo que cae. Un optimismo sin complacencias pueriles. Porque todos esos rodeos del razonamiento con que se nos quiere hacer aceptar el mal de la vida no son más que un gran pecado. *No importa:* un optimismo vital; parte mínima, pero preciosa del optimismo; la única en que la dignidad de la mente podía consentir, mientras la razón se restablecía de sus heridas.

Y ahora que, si bien se lucha por una idea, el nivel espiritual de los hombres puede descender; cuando las verdades provisionales de la acción se escriben cada día para borrarse al siguiente, ¡qué consoladoras las palabras del que nunca perdió su fe en el hombre, en la naturaleza y en la educación incesante! "No desmayéis —repetía Rodó—, no

desmayéis en predicar el Evangelio de la delicadeza a los escitas, el Evangelio de la inteligencia a los beocios, el Evangelio del desinterés a los fenicios." Firme en las virtudes fundamentales, nunca se dejó vencer a los asaltos de este gran derrumbamiento social. Él que tantas sabía, una sola cosa ignoró: mientras afuera las ideas iban cada vez más confusas y los hechos más acelerados, él persistía en su ritmo lento y amplio, en divino sonambulismo, oponiendo al atropellamiento de la historia aquella su serenidad provinciana... *¡O, felix culpa!* A éste no le despedazó la guerra, y pudo salvar su conciencia intacta, para que un día reconstruyamos por ella una imagen de las armonías perdidas.

En el *Diálogo de bronce y mármol,* una de sus últimas páginas escrita en Florencia, oíd cómo llora, por boca del Perseo de Benvenuto Cellini, sobre las mutilaciones del odio y de la incuria:

> El hombre ya no existe. La criatura armoniosa que dio con su cuerpo el arquetipo de nuestra hermosura, y con su alma el dechado de nuestra serenidad, pasó como los semidioses de mi raza y como los profetas de tu gigantesco Israel [le dice al David de Miguel Ángel]. Los que hoy se llamaban hombres, noble título que quisieron llevar tu Dios y los míos, no lo son sino en mínima parte. Todos están mutilados, todos están truncos. Los que tienen ojos no tienen oídos; los que ostentan dilatado el arco de la frente muestran hundida la bóveda del pecho; los que tienen fuerza de pensar no tienen fuerza de querer. Son despojos del hombre, son vísceras emancipadas. Falta entre ellos aquella alma común de donde nació siempre cuanto se hizo de duradero y de grande. Su idea del mundo es la de un sepulcro triste y frío. Su arte es una contorsión histriónica o un remedo impotente. Su norma social es la igualdad, sofisma de la pálida envidia. Han eliminado de la sabiduría, la belleza; de la pasión, la alegría; de la guerra, el heroísmo. Y su genio es la invención utilitaria, y conceden las glorificaciones supremas al que, después de una vida dedicada a hurgar en la superficie de las cosas, regala al mundo uno de esos ingeniosos inventos con que el Leonardo de nuestro siglo jugaba, como con las migajas de su mesa, entre un cuadro divino y una teoría genial.

Fabulista moral, ¿qué árabe le enseñó el secreto de la gracia insinuante? ¿Qué místico de oro le enseñó —filósofo

práctico— a sorprender las pisadas inefables del Dios entre los trabajos y los días humildes? Su confianza en la razón procede de los mentores de Francia. Maestro de claridad latina, su párrafo es una estrofa de perfecta unidad. No necesitó renunciar a ninguna de las fragancias de la lengua castiza, ni le estorbó la herencia elocuente, ni se le enredaba la pluma en la frase larga. Resolvió por la calidad excelente lo que otros quieren resolver mediante fórmulas artificiosas y externas. Aquí, como en todo, sabía que el problema está en el espíritu, y que el espíritu tiene que engendrar de por sí sus formas adecuadas.

Ignoró la guerra literaria, el escándalo editorial y la propaganda de librería. Resolvió por la calidad excelente lo que otros quieren resolver mediante combinaciones de infinita malicia. Era el que escribía mejor y era el más bueno. Su obra se desenvuelve sobre aquella zona feliz en que se confunden el bien y la belleza. Y hoy nos volvemos hacia él como en busca de una arquitectura sagrada que resista al fuego de la barbarie, mientras le enviamos, arrobados, el vuelo de nuestras más altas promesas, y a Palermo, que recogió sus despojos, nuestras bendiciones.*

* Publicado primeramente en la revista *Unión Hispanoamericana*, Madrid, 11 de junio de 1917. (No confudirlo con una notita anónima en que meramente resumí palabras de Pedro Henríquez Ureña y di a la revista *España*, Madrid, 14 de octubre de 1915.)—1950.

III. ENSAYOS

1. DE LA LENGUA VULGAR

EL SEÑOR Fulgencio Planciades, mi buen maestro y padre de mis estudios, alzó la cabeza y me dijo desde el fondo de su biblioteca:

—Entra, hijo mío.

Tenía en la mesa un gran libro abierto, sobre cuyas páginas iba deslizando, conforme leía, un librillo diminuto de notas. Estaba tocado con el gorro, metido el cuerpo en una bata, los pies en el folgo. Como gustaba de hablar por aforismos, señalándome sus libros y sus notas —*De hoc multi multa* —añadió— *omnis aliquid, nemo satis:* sobre esto muchos dijeron mucho, todos algo, nadie lo bastante.

—Está usted estudiando —le dije— elogios de la lengua vulgar. Afirma usted que el lenguaje es cosa viva y mudable por consecuencia; que los letrados, en su anhelo de fijar las formas, matan el lenguaje; y que donde propiamente se engendra el lenguaje es entre la gente anónima del populacho. Que ésta posee la semilla viva del idioma, y que de ella, originariamente, nos viene a los hombres el don renovado de hablar.

—Sí —dijo él—. En la pronunciación vulgar descubro los movimientos del lenguaje vivo, y en cada dislate de los palurdos persigo lo que podrá ser nuestra lengua culta del porvenir.

—Pues qué —aventuré— ¿no son los letrados los que cortan la flor de los idiomas y la hacen vivir en sus escritos?

—No —me dijo—. Eso que leemos en los libros no es el idioma, sino el retrato o reflejo de un solo momento del idioma. Es la fría ceniza que cae de la combustión de la vida. Es como la huella de los idiomas. Mas éstos siguen adelante, y van caminando según las flexiones que les comunica el habla familiar. Y, como la gente culta tiene la superstición de las formas establecidas; como se ha enfriado en ella el don de hablar; como recibe ya hechos los idiomas, de padres a hijos, de hijos a nietos (de Amina a Mahoma, de

Mahoma a Fátima), se va enseñando a repetir iguales palabras e iguales giros, y prolonga así un filón de lengua fósil en el torbellino hirviente del idioma. Sólo el populacho tiene el valor de innovar, de pronunciar mal, de ir haciendo mudarse los giros y las expresiones. Así les da vida.

—Pero el neologismo ¿no es de origen culto?

—El neologismo —me dijo— comienza por ser un cultismo, cosa artificial. Pero como nace para necesidades de la vida, está sujeto a ser mañana adaptado, más o menos, al lenguaje vulgar y sometido al cauce idiomático. Los sabios cultivan el estudio del cuerpo humano, abren los cadáveres sobre sus mesas, extraen los esqueletos. A esto llaman *anatomía.* El pueblo, que confunde siempre las cosas y las resume en aquel aspecto sobresaliente que más le ha impresionado, toma para sí la palabra, la usa para designar el esqueleto humano (y, sobre todo, desde el punto de vista del espanto vulgar) y, tras cierto baño idiomático, la vuelve cambiada en *notomía.* El don primitivo de plasmar la lengua sólo el pueblo lo posee. En él la lengua crece y fruta cual en su terreno las plantas, al paso que en los libros está como desecada. No nos turbe, pues, el neologismo que, si bien es obra de los cultos, es todavía idioma sin cocer, verdadera materia prima.

Hizo aquí una pausa y continuó:

—La doble corriente de lo culto y de lo vulgar ha mucho tiempo que mantiene pugna en los idiomas, y aun puede decirse que amanece tanto como ellos, desde que en los grupos humanos se distingue una aristocracia o clase privilegiada cualquiera. Tenemos palabras de doble formación, una culta, otra vulgar: aquéllas, ceñidas a reglas arbitrarias (curiosas si te empeñas); éstas, ceñidas a las leyes naturales de la modelación, que son las leyes del canto rodado. La primera de estas leyes es el azar, fuerza de la vida. El vulgo, hijo del azar y mejor testigo que nadie del instinto humano, sabe hablar y formar sus voces según el capricho de la vida y bajo la sugestión de su instinto étnico. Compara las palabras *áncora* y *ancla, aurícula* y *oreja,* y tantas otras de que hallarás copia en las gramáticas: sentirás, siquiera vagamente (porque los instintos más certeros son los más indiscernibles y sordos), lo que es el ruido castizo de nuestra

habla; percibirás la eficacia sonora, la fuerza concreta del idioma, y hasta la riqueza de traslación del sonido latino al castellano —cualidades todas de las formas vulgares—, en parangón con el amaneramiento de las formas cultas, sesquipedales. Éstas, junto a aquéllas, parecen como metales yuxtapuestos a los que faltó calor para combinarse. Y por cierto que no son los cultos, en el imitar las formas originales del habla, tan buenos imitadores como aquel pintor Lucas Jordán que sabía pintar con el estilo de todos, de modo que confundía a los mismos imitados. Que cuando los cultos imitan el habla natural del vulgo, les sucede como a Teofrasto, el cual por parecer ateniense afectaba tanto el estilo ático, que cualquiera vejezuela lo descubría en la afectación. Imagina un hombre que quisiera con el cincel tallar un canto rodado, o hacer cielo artificial en tubos de vidrio por arte de física o de química. Tal es el error de los que fabrican palabras por su cuenta sin irlas a buscar en los bajos sedimentos humanos, donde aún se conserva algo del calor de la tierra. Porque ¡oh soberbio Miguel Andreópulos! ¿quién te daba a ti poder para cambiar, como quisiste, *Sendebar* en *Sintypas?*

—Maestro caro y muy amado —le dije—, yo sólo sé que el lenguaje de formas cultas es el más racional y simple.

—Eso no importa —contestó—. Más uniforme, más simple es la línea recta que no la curva, y en la naturaleza no encuentras verdaderas rectas. La sencillez no es el criterio de la naturaleza. Las mejores máquinas de la vida son las más complicadas, y es un laboratorio afanoso cada yerbecita de las que se esconden por el suelo. El idioma y la lógica son cosas diversas y aun opuestas. Dicen los técnicos que las transformaciones del sentido de las palabras se operan según figuras llamadas catacresis, sinécdoque, metáfora y otras, las cuales precisamente consisten en poner de relieve una cualidad especial del objeto a expensas de las demás; es decir: con desdén para la lógica. Y añaden que las transformaciones de los idiomas reposan sobre el *razonamiento oblicuo;* por manera que el lenguaje, este gran fenómeno humano, tiene por principio un paralogismo. ¡Oh, no me deis a mí tales lenguajes como el de la filosofía moderna, que consta de meras voces artificiales y casi idénticas en todos los idiomas

del mundo! Este *esperanto* de la filosofía podrá ser muy lógico, mas no es un lenguaje. ¡Abomino yo de esta nueva algarabía! Si la vida, hijo, tuviera siempre que aguardar el permiso de la lógica, las especies animales se habrían detenido en su proceso, hasta que no descubriera la ciencia cuáles han de aparecer antes y cuáles después, si los pájaros o los hombres, pendiente todo de que se estimara en más volar que pensar (como es mi opinión) o viceversa. La vida, por eso, es afirmativa e imperiosa. La lógica no debe ser más que el esfuerzo de sumisión por parte de la mente humana, inclinado a justificar y acatar el mundo tal como es. Lo demás es mero devaneo, y es luchar los hombres contra los dioses.

"Por otra parte, hay que desconfiar de nuestro orgullo. Lo que hoy es un barbarismo pudiera ser la forma lícita de mañana. El vulgo, con sus barbarismos, previene y cultiva la futura etapa del idioma. Si a los cultos estuviera confiado dar el aliento a los idiomas, todavía estaríamos hablando en latín.

"Pero, junto al latín clásico y escrito, el vulgo romano, derramado a las conquistas, llevó por la tierra las formas del latín hablado y vulgar. Y los bárbaros, a quienes lo enseñó, dieron aún en equivocarlo. Y, a fuerza de barbarismos y de solecismos, engendraron las lenguas romances. De ellas dicen los sabios que no son hijas del latín literario —pues ninguna lengua literaria engendra otra— sino como hermanas menores de éste, y todas como hijas del latín vulgar, viejo campesino del Lacio. Y bien: yo cuido que hicieron más los bárbaros con su ignorancia fecunda, que Quintiliano y Varrón con su equívoca sabiduría. Lo que los letrados censuran hoy en el pueblo, lo que dicen hoy cuando escuchan por la calle las voces corrompidas y los giros nuevos del vulgo, ayer los orgullosos romanos lo censuraban y decían de los hijos bárbaros de Roma. Y dentro ya de la literatura española, a fines del siglo XVI, ¿qué decían a Fray Pedro Malón de Chaide los contemporáneos, porque escribía sus obras, en vez de en latín, en *vulgar?* Pues le decían que aquello era escribir leyendas para hilanderuelas y mujercitas. ¡Y esto se pensaba de la lengua en que, según el Licenciado Francisco Bermúdez de Pedraza (un mal aconsejado de la Musa traviesa) hablaron los Apóstoles el día de Pentecostés! Ya ves, pues, que el vulgo tiene pleno derecho para

sus dislates. Elogiarlos y admitirlos es admitir y elogiar los métodos de la naturaleza."

Por breves instantes me quedé pensativo: él tenía en la cara la sonrisa del ateniense que ha desconcertado al escita. Al fin le dije:

—Maestro, es usted un gran sabio.

Y él me contestó con el estilo de Sócrates y con las palabras de Wolf, humildemente:

—Yo no soy más que un filólogo, es decir, un amante de la lengua.

—¿Así se define la filología? —interrogué yo.

—Así, y de muchas otras maneras —me contestó—. Para Platón la filología era el gusto por las conversaciones, y oponía la filología de los atenienses a la braquiología de los esparciatas. Otra cosa entienden otros por filología. A mí me gusta definirla por el procedimiento de que se vale y, así, digo siempre que la filología es la ciencia de la seguridad despaciosa.

—¿Y la filología enseña todo eso que usted me ha dicho?

—Sí, y enseña, además, a tener respeto por las abejas.

Como evocadas, escurriéndose por los resquicios de las mal cerradas vidrieras, tres abejas habían subido a la biblioteca, desde el jardín.

—Hijo —continuó mi buen maestro—, cada vez que se nombra a Platón llegan las abejas.

La conversación se iba haciendo fantástica. Y yo, con el miedo que tenemos al misterio los pobres hombres, me apresuré a concretarla, volviendo al asunto primero:

—Maestro, ¿quiere usted explicarme el mecanismo con que el vulgo altera las formas de una lengua?

—Escucha: la explicación será más breve que una epístola de lacedemonio. No temas: no repetiré lo mucho que se ha dicho sobre el principio de uniformidad y el principio del menor esfuerzo, los dos principios maestros de la corrupción de las lenguas, pero sobre los cuales toda gente letrada sabe ya lo bastante desde que los oye nombrar. Tampoco me perderé en explicaciones parciales pretendiendo que estas o las otras palabras vienen de la elipsis, como aquel Sánchez o Sanctius, del siglo XVI, autor del *Minerva seu de causis linguae latinae*, para quien todo fenómeno lingüístico había

de explicarse por la elipsis; razón por la cual Reising le llama *el caballero de la elipsis.* Ni seré yo tampoco quien todo lo reduzca a fantásticas etimologías para explicar cosas tan simples. La etimología, ha dicho Voltaire, es una ciencia en que las vocales valen poca cosa y las consonantes poco menos, y San Agustín pensaba que la explicación de las palabras es tan quimérica como la de los sueños. Ya Leibniz —que a más de filósofo era notable filólogo— castigaba a los etimologistas fantásticos diciéndoles que *goropizaban;* es decir: que hacían como el flamenco Juan Becano Goropio o Van Gorp.

Calló un momento. Yo adiviné que se hallaba completamente dominado por la idea de estar componiendo un discurso con todas sus partes retóricas. Quería percibir el efecto de su acabadísimo exordio, y ahora buscaba la manera de abordar el tema principal. ¡Pobre maestro mío! Por fin lo abordó indirectamente, y comenzó en forma subjuntiva:

—Si hubiera yo de tomar el asunto desde el origen de la lengua, te cansaría las orejas con la anticuada controversia sobre el texto de Moisés y sobre el *Cratilo* de Platón, o con la fastidiosísima reyerta entre los partidarios de la onomatopeya o *teoría del Bau-Wau* (por el nombre que debiera llevar el perro), y los partidarios de la interjección o *teoría Pah-pah* (grito de sorpresa o espanto). Busca tales cosas en los libros. Yo sólo te diré lo que ahora mismo se me ocurre a propósito de la corrupción vulgar de las lenguas.

Había llegado ¡al fin! el instante retórico de abordar el tema. Y dijo:

—El vulgo, ante todo, es alambicado: gusta como de adornar las cosas y de alargarlas. Una mala pronunciación no es tan sólo signo de inferioridad biológica o atrofia de los aparatos articulatorios: una mala pronunciación es también un adorno. Asómate a esta ventana: aquellos desarrapados se calientan al sol y obran con la sola moral y el solo consejo de los proverbios. Mira cómo son vivaces sus ademanes: mira cómo andan cual si danzaran. Están demasiado vivas en ellos las fuerzas humanas. Les sobra algo de la energía creadora del tipo. Su andar tiende a la danza y su hablar tiende al caló. Éstos son los padres del idioma. Éstos los que crearon el habla vulgar, reduciendo a formas analí-

ticas y alambicadas las formas sintéticas del latín. Por eso no se ajustan a las normas que se les dan: porque les sobra iniciativa idiomática. Nosotros les decimos: *viciar*, y ellos, seguros de que dicen lo mismo, nos contestan, como haciendo bailar el verbo: sí, *avezar*. Nosotros les decimos: *tratar*, y ellos nos contestan: sí, *trechar*. Nosotros les decimos: *púrpura*, y ellos nos contestan: sí, *porpla*. Añade a esto que cada pueblo oye el mismo ruido de distinta manera, con un coro de matices étnicos distintos, y que sólo el vulgo tiene el descaro de exagerar esas diferencias en su pronunciación. Oímos, los de habla española, que los gallos cantan —como elemento fundamental al menos, y aparte de ciertas variaciones dialectales— algo semejante a:

—Qui-qui-ri-quí . . .

Los franceses oyen:

—Co-co-ri-có . . .

Aunque un gallo de Rostand fuera partidario del:

—Cock-a-doodle-doó . . .

Lo cual es más propio de la India inglesa, o de Inglaterra, según consta por la canción de Ariel en *La tempestad*.

Los gallos turcos cantan:

—Cú-cú-rú-cú . . .

Otros hacen fuga de vocales:

—K! k! k! k! . . .

Y otros fuga de consonantes:

—I! i! i! i! . . . o bien: O! o! i! o! . . .

La abubilla de Aristófanes cantaba en griego, si mal no recuerdo:

—Epopo, popo, popo, popo, popoí, ¡ío! ¡ío!; tío, tío, tío, tío, tío, tío, tío; trioto, trioto, toto, brix; torotoro, torotorotix; kiccabau, kiccabau. Torotorotorotorolililix.

Y en alemán canta, según el testimonio de Voss:

—Tiotio, Tiotio tio tinx.

Totototo, totototo, toto-tinx.

El perro indignado dice, según unos:

—Grrrr . . .

Y, según Lucilio, dice simplemente: rrrrrr . . .

Esto por una parte, y por otra, cada uno tiene sus inclinaciones prolativas, porque cada pueblo oye con diverso matiz el mismo ruido fundamental. Así, a veces, el bárbaro

hizo de la *p* latina una *u;* de la *au* una *o;* de la *c* una *i,* antes de explosivas; de la *t* una *ch,* según el caso.

—¿Y las transformaciones semánticas, toda esa mitología de las lenguas, cómo se producen?

—Porque el vulgo sabe más cuentos que Calila y Dimna, los dos lobos cervales, y a cada instante le ocurre usar en la charla cualquiera figura de sus cuentos; y así nos llena el habla de Perogrullo y Rey Perico y Penseque. Este último hasta en las comedias de Fray Gabriel Téllez se ha metido. De aquí que se vayan desvistiendo las voces de su primitiva connotación; y de su origen, anecdótico a veces, pasen a ser términos corrientes. Estudia la *Visita de los chistes* de Quevedo y te convencerás.

"A más de que la palabra, hijo, posee a veces una significación peculiarísima para determinada persona, la cual, si tiene el descaro del vulgo, no vacilará en aplicarla según lo que a él se le antoja que significa. Así innovará su sentido. Por mi parte, como no soy vulgo, apenas me atrevo a decir lo que para mí representa la palabra *inmarcesible.* Escucha: sin duda has visto en alguna parte esos cuadros de la vida principesca con que nuestras familias acostumbraban adornar los salones. Pues yo en alguna parte he visto (o lo ha combinado mi imaginación) un cuadro en que Shakespeare lee un drama a presencia de la reina Isabel, ¡pintoresca ignorancia! Y bien: cada vez que escucho o pronuncio la palabra *inmarcesible,* tal escena me aparece de súbito. Y ¿qué dirías de que, refiriéndome a alguna lectura pública ante la reina, exclamara yo, resumiendo mis impresiones: ¡Vamos! que el espectáculo estuvo *inmarcesible?*"

—Diría yo que hacía usted como el vulgo.

—Exactamente —dijo mi maestro, lleno de alegría con el éxito de sus explicaciones.

—Pero la gramática —le dije—, maestro, ¿no es, como dicen los chinos, un arte muy útil que nos enseña a distinguir las palabras *llenas* de las *vacías;* o, como decimos nosotros, el arte de hablar correctamente una lengua, esto es, conforme al buen uso, que *es el de la gente educada?*

—No —me dijo con seguridad—, la gramática ni es arte útil ni enseña a hablar, sino que es una investigación sobre la naturaleza y condiciones de la lengua, que tanto se refie-

re al uso educado como al de la gente vulgar. Ni aquél es mejor que éste, ni éste preferible a aquél. Tienen utilidades distintas. El uso culto, como más estable, sirve para introducirnos en el estudio de la lengua: tiene las ventajas de la disección sobre el cuerpo muerto. El vulgar, como más vivo, es el único que explica la génesis y el desarrollo de la lengua: tiene las condiciones de la observación sobre el cuerpo vivo. La gramática, hijo —y vamos a una explicación definitiva—, nos enseña, por ejemplo, cuándo hay abundancia de ideas en una palabra, que se dobla bajo su peso, o cuándo hay abundancia de palabras para significar una sola idea. Pero es en el habla viva y corriente donde vamos a buscar aquella polarización que, dando a las palabras sobrantes los significados sobrantes, equilibra el lenguaje. Y el vulgo es casi siempre más apto que los cultos para esta operación mágica del habla, y, cuando no fuere más apto, es numéricamente el único que la puede realizar: porque en esto —como en nuestra política— suele haber mayoría de votos.

—Pero —repuse yo prontamente— el vulgo no percibe los sutiles matices de las ideas; él sólo sabe de lo concreto, y nada alcanza de lo abstracto, de lo general.

—Tienes razón —me dijo el señor Planciades—. Tienes razón, que a cada quien toca su reparto en la obra de los idiomas.

Y luego, abandonando decididamente el tema por la divagación, prosiguió:

—Mas considera que lo real es lo concreto y lo irreal es lo abstracto. El vulgo es dueño de la realidad. Los cultos lo son de la irrealidad. Las palabras del vulgo tienen significación individualísima, aunque en un sentido más filosófico sea cierto que lo individual no tiene nombre en el lenguaje: ésta es, justamente, su imperfección. Pues ¿qué más querría el estilista que poder usar de palabras individuales? Cercanas a este arquetipo, las hay abudantes en el habla vulgar; y son excelentes por lo mismo que suponen una percepción más minuciosa de los objetos. Y si es verdad que el lenguaje trata de verter la experiencia total del alma . . . Escucha: lo único que vale es el análisis. La síntesis y el error siguen el mismo procedimiento: ignorar datos. Por mi parte, yo soy más amigo de Platón . . .

Calló. En el aire de la biblioteca zumbaban incesantemente las abejas. Yo estaba incómodo: yo he sido educado en el respeto a la filosofía, y mi maestro divagaba notoriamente.

—Pero he divagado —dijo al fin como respondiéndome—. Estoy viejo y fatigado ya. Cada vez que subo al escabel para buscar un libro, temo perder la cabeza . . . Hijo mío —y su voz se hizo quejumbrosa—, hay invierno en el año y hay invierno en mi corazón. Mi espíritu flaquea con la edad, y pienso, a veces, que todos estos libros, a los que he incubado largamente, me esconden sus secretos. Me parece que ellos también sufren el invierno. Sus hojas, cual las de los árboles, se hacen amarillas y quebradizas. ¿No piensas que un día van a volar hechos polvo, y me van a dejar aquí solo?

Y luego, mudando el tono súbitamente:

—Ya hablé por los codos. Vete ahora, hijo mío. Volverás otra vez.

Meses más tarde, cuando ya la estación había cambiado y las trepadoras subían hasta sus ventanas, cargadas de cápsulas de polen y llenas de gusanillos verdes, volví a visitarle:

—Gozamos ahora —le dije— de un clima tan suave como el del Ática en el tiempo de los Misterios. Estará contento mi maestro.

—Hijo —me contestó con voz sumamente envejecida—, estoy viejo y los libros no se me dan. Vivir entre ellos sería para un joven la vida de las delicias: sería, como dicen los griegos, *leche de pájaros.* Mas ya a mí los libros no me quieren; ni me abren su alma, ni me agradecen los cuidados que me he tomado por la salud de sus cuerpos. Me parece que se ponen traviesos con la primavera, y temo que un día se vayan volando por la ventana, agitando sus hojillas como alas.

Y luego, como hombre que sabe de coro sus clásicos, añadió:

—"Adiós gracias: adiós donaires: adiós regocijados amigos, que yo me voy muriendo y deseando veros presto contentos en la otra vida." *

* Los pasajes sobre el "lenguaje animal" han sido aprovechados después en "Las jitanjáforas" *(La experiencia literaria)*, y también en "Adán y la fauna", *Marginalia,* 2ª serie.—1953.

2. LA LECTURA ESTÉTICA

HACÍA bien Flaubert en recitar con voz estentórea los párrafos que iba escribiendo. Esto puede parecer imprudente, pero Montaigne que era tan discreto lo hubiera encontrado razonable.

Montaigne ha escrito: *Le bransle mesme de ma voix tire plus de mon esprit que je n'y treuve lors que je le sonde et employe à part moy.**

Recitar los propios escritos es hacer subir el estilo a flor de labios, es ayudarlo. Ayúdate y yo te ayudaré —promete el estilo. Carducci dice que él llamaba a las rimas con castañetas, como se llama a los pájaros.

Los escritores que cantan sus frases acaban por ser lectores monótonos. La forma rudimental del canto es el sonsonete, la tonadilla. La lectura monótona es el ritmo neutro y adecuado para la fácil comunicación de las ideas. Los trozos recitados con énfasis salen afuera sucios con ese tamo,

* Según esto, dominarían en Montaigne las representaciones motrices del lenguaje. Años después de escrito este artículo, leo en la *Revista de la Facultad de Letras y Ciencias* de La Habana, septiembre, 1915, una sugestiva nota del Dr. Varona: *Montaigne auditivo.* Para él, son las representaciones auditivas las que dominaron en Montaigne, a juzgar por este trozo sacado del más extenso de sus ensayos, el verdadero tratado que dedica a la defensa del filósofo español Raimundo Sebunde:

"Hablando Montaigne de los sordomudos, y sin que nos importe la poca solidez de su argumento para el punto que deseaba establecer, dice lo siguiente, como si se tratara de un hecho general: *Le sens de l'ouie... se rapporte a celuy du parler, et se tiennent ensemble d'une cousture naturelle; en façon que nous parlons, il faut que nous le parlions premierement a nous, et que nous le fassions sonner au dedans a nos aureilles, avant que de l'envoyer aux estrangiers.*

"El caso es suficientemente común; pero no universal. Lo que llamamos la palabra interior, y eso lo saben hoy todos los psicólogos, presenta tres formas predominantes... en las primeras, la imagen verbal puede ser auditiva, cuando nos *oímos* pensar, como si estuviéramos hablando, pero sin sentir la articulación; puede ser muscular, cuando nos *sentimos* pensar, como si estuviéramos articulando [añádase otro caso: cuando nos sentimos pensar como si estuviéramos escribiendo]; puede ser visual; cuando nos parece leer escrito lo que estamos pensando."

Concluye Varona que Montaigne era un tipo de auditivo puro. Como hemos visto, es más bien un caso complejo de auditivo articulatorio.

ese flogel o pelusilla de la pasión. La lectura, para ser fiesta del espíritu puro, ha de ser monótona. Reducirla al ritmo monótono es traerla a la temperatura propicia para que la obra revele todos sus matices.

Ya se entiende que la lectura monótona nö es el ideal oratorio, sino solamente el tipo de la lectura estética. La oratoria necesita persuadir, demostrar, que es una de las formas posibles del engaño; la lectura monótona no demuestra, sino que mantiene al lector separado de su auditorio y, cuando mucho, contagia a éste su ritmo, que es una manera de persuasión. La oratoria enfática es inmoral; busca la victoria. La lectura monótona es respetuosa de la libertad del auditorio; quiere la inteligencia. Mientras aturden o enferman los enfáticos, los monótonos parece que predican el *remedio general contra las pasiones* de que nos hablaba Descartes. La monotonía de la voz es la lealtad del lector: a través de ella, parece que la obra leída resuena por su sola virtud. La lectura enfática pertenece aún a la era de la onomatopeya; no así la monótona, que es la propia de la cultura. Si aquélla es asiática, ésta es ateniense. Goethe gustaba de la lectura enfática. Sus amigos no pueden menos de confesar que, para las modestas dimensiones de aquella salita de Weimar, gritaba demasiado.

Oscar Wilde era un conferenciante monótono. El 9 de enero de 1882 se presentó por primera vez ante un auditorio neoyorkino. Vestía el traje estético ... Traje que convidaba a reír. Mas los neoyorkinos le perdonaron el traje por la suavidad de la voz. El *Washington Post* del 24 de enero dice: "Su manera es suave y deliberativa; anuncia los hechos más espantables y aventura las más pasmosas teorías con un inocente descuido, que resulta lo más delicioso." A no ser por ese inocente descuido, las teorías y hechos espantables hubieran resultado ingratos.

Y sigue el periódico: "Habló de las revoluciones y de la alfarería con la misma holgura, e hizo cabriolas sobre las armonías del alma y los mimbres del Japón con la mayor agilidad." ¡Claro está! Todo puede hacerse con una voz monótona. La monotonía de Wilde era tal que el mismo cronista del *Washington Post* asegura que tenía Wilde una

sonrisa de imbécil. Con esta sonrisa y con esta voz deslizaba solapadamente sus paradojas. La paradoja ha de ser humilde. Hizo mal Rémy de Gourmont, con toda su malicia, en llamar *Paradojas* —como ostentándolas— a un capítulo de su obra.

Otros diarios yanquis dijeron que la monotonía hacía creer que Wilde recitaba de memoria.

Años más tarde, cierto periodista de Inglaterra —que tenía el temperamento corintio de los oradores— puso el dedo en el enigma: la manera de Wilde —dijo— puede ser muy artística, pero no es la más eficaz.

3. LOS LIBROS DE NOTAS *

DECÍA Samuel Butler que el verdadero escritor anda en todas partes tomando notas, como el verdadero pintor en todas partes se pone a sacar diseños. Y es fama que Butler, durante los últimos once años de su vida, gastaba una hora diaria en copiar en limpio sus notas. Un hombre así acaba por ser un peligro público, igual que un turista armado de la Kodak: ¡No vaya uno a parecer pintoresco! ¡No vaya uno a parar en la galería de curiosidades! La Lozana Andaluza no quería invitar al "Autor" a sus jolgorios, porque no "sacase dechados" (es decir: retratos).

Entre los escritores que han usado del libro de notas como de un compañero —el más complaciente de todos— hay que recordar siempre a Flaubert, que gastó su fecundidad en apuntes y refundiciones de sus obras; hay que recordar al joven Stevenson que —dice él— nunca salía de casa sin dos libros: uno para leer, otro para escribir. Oliver Wendell Holmes, en las páginas que preceden al *Autocrat of the breakfast table*, nos aconseja apuntar todas las cosas felices que se nos ocurran en la conversación.

En la literatura contemporánea, el principio ha progresado de un modo alarmante. Rémy de Gourmont solía publicar sus libros de notas bajo el nombre griego de *Epílogos*. Chesterton llama su "cuaderno de notas" a la página que publica en un semanario ilustrado de Londres. Ya no hay quien no escriba para el público artículos de dos o tres líneas. En estética, micro-realismo, y en estilo, monosilabismo. Así va el mundo. Y a juzgar por el aceleramiento de la vida, así como se ha dicho que la revista matará al libro, puede asegurarse que la nota matará al artículo. No se ve, antes de aventurarse en una lectura, si el asunto nos interesa, si la firma nos merece confianza: se ve si ocupa más de tres páginas. Los libros de notas —pulso febril del

* Ver *Obras Completas*, tomo I, apéndice bibliográfico, nº 16.

tiempo— serán la literatura de mañana, y ya casi son la de hoy. También los tratados de filosofía sistemática se van transformando en "ensayos", palabra del escepticismo. Dice bien el viejo maestro griego: el mundo es como un juego de niños en la arena.

Esta tarea de ir apuntando cada uno de nuestros fugaces pensamientos ofrece el riesgo de todos los "narcisismos", conduce a la desesperación y a la muerte. Quien a toda hora escribe lo que dice o lo que piensa decir, acaba por considerar la "nota" como el objetivo supremo de su vida, y por enamorarse de todas sus ideícas. Ya no piensa, no habla, no escribe, sino en vista de su libro de notas. Y menos mal si se trata de una mente desordenada, que se regocija en su desorden. Pero si —ayudada de un temperamento metódico, que los hay para todo— la actividad de anotar "evoluciona integrándose por diferenciaciones sucesivas", como diría Spencer; si la actividad de anotar suscita la de clasificar las notas, y si, en materia de simetrías mentales, el anotador resulta un nuevo Bentham (no sé si alguien ha reparado en esta condición de Bentham), entonces ya es seguro que nuestro hombre se convertirá en la más pesada carga para sus amigos y su familia, en el peor de los necios y el más angustiado de los mortales; en un verdadero Prometeo de la mente, acosado, a una, por los buitres de la derecha y por los buitres de la izquierda. El mundo se le desmenuzará en papelitos llenos de escritura abreviada. Olvidará el comer y el dormir. ¡Ay del que clasifica palabras! (Y figuraos que, en cierto modo, la humanidad nunca ha hecho otra cosa.)

Por eso los hombres de gobierno, los administradores —también en la literatura los hay—, ésos, como los viejos capitanes que se hacían seguir del esclavo historiador, no se toman el trabajo de anotar sus hazañas o sus salidas oportunas, sino que escogen para el caso a Boswell o a Eckermann.

Expliquémonos: hay naturalezas de pelícano, románticas y de sacrificio; alimentan con dolor los hijos de su espíritu. Y hay naturalezas de águila, aves de presa del espíritu, poetas de alegría superior para quienes la felicidad es la belleza. A éstos, como al personaje de Ibsen, los ro-

dean los hombres ofreciéndoles el corazón arrancado a trozos. El Johnson de Londres, el Goethe de Weimar, tenían utilitario el sentimiento. Y Eckermann y Boswell habían nacido para secretarios. Lo que hubiera sido Deleyre para Rousseau, si éste hubiera podido consentir que alguien se le acercase. El semidiós siente, adivina a su adorador, se apodera de él, no le permite ya abandonarlo, lo envuelve como en una red mágica, y se pone a dictarle sus notas.

Si el adorador, como en el caso de Eckermann, es casado, la esposa tendrá que ser una víctima.

4. FRESTÓN

DESPUÉS de la primera salida, el Ama y la Sobrina, el Cura y el Barbero han decidido quemar aquellos descomulgados libros.

Capítulo sexto: inquisición de los libros de don Alonso, página inolvidable en la historia de la crítica. A ella vuelven con encanto los ojos del humanista entendido; es uno de los lugares más elegantes de la obra.

Ama y Sobrina, que representan el impulso apasionado, quisieran quemar íntegra la biblioteca. Pero el Barbero y el Cura están por el reposo crítico: comentan, escogen, y de todo ello sale un índice de las lecturas del tiempo, una apreciación de valores literarios que hace Cervantes. Con errores y aciertos, se la debería imprimir aparte, para una biblioteca crítica ideal.

(Aquella revista de libros —Cervantes citaba de memoria— y aquel breve juicio para cada uno atraen —en mis simpatías personales— una página que es también de evocaciones lejanas, donde Bernal Díaz enumera, con su historia, sus colores, sus pelos y señales, los dieciséis caballos y yeguas que pasaron a la conquista de Nueva España. ¡Hermosas jactancias del soldado y del literato! A las gentes, oírles hablar de su oficio.)

Mandaron, pues, murar y tapiar la biblioteca, después de quemar los libros que lo merecieron. De allí a dos días se levantó don Quijote, y lo primero que hizo fue ir a ver sus libros; y como no hallara el aposento donde lo había dejado, andaba de una en otra parte buscándolo. Llegaba adonde solía tener la puerta, y tentábala con las manos, y volvía y revolvía los ojos por todo, sin decir palabra. Dijéronle que un encantador se había llevado la estancia con los libros, entre remolinos de humo.

—Frestón sería —supone don Quijote—, que es un sabio encantador mi enemigo.

He aquí cómo, en la mitología de los libros, Frestón

(corrupción de Fristón, el fingido sabio y autor del *Belianís de Grecia*) asciende a la categoría de genio malo: es patrono de los ladrones de bibliotecas y tiene en todo el mundo devotos.

¿Una página más sobre el robo de libros? No: en cualquiera de los muchos "libros sobre el libro" el lector hallará noticia de este mal, así como de muchos otros que padecen las librerías, debidos también a influencias de Frestón: insectos, roedores, humedad, manos desaseadas, plaga de los que comen leyendo, plaga de los que doblan las hojas...

También son obra de Frestón los célebres índices de otro tiempo.*

Hacia el año de 1559, salió un índice proscribiendo gran número de tratados contemplativos y franciscanos, de aquellos que produjeron una efusión mística en la primera mitad del siglo XVI. Un día despojaron a Santa Teresa de sus libros, entre los cuales había muchos de los prohibidos. Los eruditos se preguntan si en ellos se hallará el secreto de su lenguaje místico, y quisieran poder estudiarlos en relación con las obras de la santa. Mas los libros fueron quemados y...

—Frestón sería, que es un sabio encantador mi enemigo.**

Y, ahora, en desagravio de Frestón. — Su grande obra parece haber sido la destrucción de la biblioteca de Alejandría. Unos lo atribuyen al incendio provocado por los soldados romanos, ya de propósito o ya porque el viento del mar arrastró las llamas hacia esa parte, que esto es un capítulo de esa retórica diplomática que acompaña siempre a las guerras. Otros atribuyen el incendio al califa Omar. Parece, en fin, que los monjes salvajes de la Tebaida, en incursiones de apostolado, destruyeron más aún que el incendio.

Y dice Otfried Müller con su inimitable y sabio candor: "Acaso no se ha perdido gran cosa, porque si tan abrumadora copia de libros hubiese llegado hasta nosotros, el

* Ver A. R., "Huéspedes indeseables". *A lápiz,* México, 1947, pp. 137-142.

** También Sor Juana...—1954.

nacimiento de la literatura moderna habría sido muy difícil, ya que no imposible." ¿Qué hubiera añadido Marinetti? Caprichosa coincidencia es ésta, y para sublevar a un tiempo los manes del docto alemán y los espíritus irritables del predicador italiano.

Muchos, finalmente, nos hemos salvado por haber tenido que separarnos de nuestros libros.

Frestón es un símbolo salvador. Esas misteriosas desapariciones de que no sabemos a quién culpar nos recuerdan lo que la calavera al monje: el sentido místico, la idea de que todo lo material perece. Los libros, materialmente, son, después de la propiedad territorial, el bien que más gravita sobre nuestras almas. ¿Cómo queréis que esté apto para la cruzada (todos tenemos una y, tarde o temprano, llega siempre), cómo pretendéis que esté ágil para salir, con el hatillo de las peregrinaciones a cuestas, aquel letrado que esconde en su casa y padece sobre su vida el peso de diez mil volúmenes?

Diez mil volúmenes ordenados en sólidos estantes. Estantes atornillados en el suelo y clavados en las paredes. ¡Imagen horrenda de la inmovilidad!

No, los héroes no tienen libros.*

* Ver A. Reyes, "De un autor censurado en el *Quijote* (Antonio de Torquemada)", México, 1948.

5. TEMPERAMENTOS DE ESCRITOR

HAY CATEGORÍAS de escritores. A todas prefiero la que establece Rémy de Gourmont:

1º Escritores que escriben,

2º escritores que no escriben.

Schopenhauer ha propuesto dos clasificaciones. La primera es una clasificación polémica bastante vulgar:

1º Escritores que escriben para decir algo,

2º escritores que escriben para ganar dinero.

Los dos grupos nos parecen igualmente honorables.

—El escribir —decía Johnson— o ha de ser para ganarse el sustento, o es necedad.

Aunque oigo comentar a Voltaire, definitivo:

Je n'en vois pas la nécessité.

La segunda clasificación de Schopenhauer se acerca ya al misterio lírico, aunque no lo penetra:

1º Escritores que escriben sin pensar, o con pensamientos ajenos,

2º escritores que piensan al escribir,

3º escritores que piensan antes de escribir.

Notemos la ausencia de una cuarta categoría:

4º escritores que piensan después de escribir.

A esta especie cómica parece pertenecer cierto amigo de Heine que, tras de construir una apología del cristianismo, se convencía de su error y la arrojaba al fuego; comenzaba, entonces, una apología del paganismo; pero al acabarla, se arrepentía otra vez, y la arrojaba también al fuego.

Opina Schopenhauer que la tercera categoría es la más noble. ¿Por qué no la segunda? Necesariamente se ha de pensar antes de escribir (3ª categoría) y, sobre todo, mucho, mucho, después de haber escrito (4ª categoría). Esto es evidente y no vale la pena de insistir. Pero lo que da sustancia a la obra es muchas veces lo que se va pensando al hacerla, y de lo que no se tenía idea antes de comenzarla. El mismo Schopenhauer define la ley del "escribir en sí":

—Lo que se escribe *para algo* desmerece por eso mismo. No se debiera *escribir-para.*

Sé de hombres que sólo recogen la conciencia de su ser con la pluma, y que sólo parecen pensar al estímulo externo de la escritura: éstos son los hombres del arte. Para pensar necesitan útiles y herramienta, como para un oficio material. Y no hay arte sin herramienta. Sólo así es sabroso pensar. La palabra evoca la idea; el lirismo engendra la razón: la consonante es, en la poesía moderna, fuente de inspiraciones. Es la ninfa Eco —dice el poeta— que engendra su diálogo a solas. Schiller sentía una emoción lírica abstracta cuando iba a brotar de él la poesía, y Horacio nos cuenta que, en mitad de la noche, le asaltaba el ansia de hacer versos. Es verdad: por la inquietud abstracta de escribir se conoce al que es escritor. Hasta para leer necesita de la pluma. A veces se le sorprende, en plena charla, distraído, trazando con el índice letras en el aire. El pintor de vocación pretende ver con los dedos tanto, al menos, como con los ojos. También el escritor de vocación parece pensar con la pluma.

El escritor piensa al escribir. Hay unos que escriben por acumulación externa —soldando notas— y otros hay que escriben por crecimiento interno. Éstos dan el tipo del escritor. En aquéllos la fuerza es pobre; en éstos, manante. Como crece la línea de tinta, así va desenvolviéndose su pensamiento. Su pluma misma tiende a fundir todas las palabras en un rasgo continuo, y nunca da alcance al pensamiento. Pero, a veces, aquí y allá detonan mal combinados elementos (el espíritu es caprichoso), y la pluma se quiebra, sembrando una flor de chispas radiantes. Entonces la continuidad se interrumpe, y hay que disponer de dos o tres cuartillas a la vez, y escribir a un tiempo en todas ellas, a grandes trazos. Tales paréntesis resultan normales en algunos. Quizá los que dictan a cinco secretarios a un tiempo son más bien unos perezosos . . .

Suelen los grafománticos tener razón: mucho dice un autógrafo sobre el temperamento del escritor: pensamos en los de Balzac, descritos por Gautier. La descripción es interminable: Gautier, como Balzac, hubiera ganado recordando que el estilo es economía. Precisamente el procedimien-

to de corrección usado por Balzac consiste en ampliar: por medio de interlíneas, frases al margen, notas y llamadas (cruces, bicruces, estrellas, soles, cifras, letras), líneas que estallan —fuego de artificio dibujado por un niño— hacia arriba, hacia abajo, a la derecha, a la izquierda, y luego al nordeste y al nornordeste, y así infinitamente. Balzac salía de la tarea desvelado, la cabeza humeante, el cuerpo exhalando vapores como los caballos en invierno: le había echado cien calderos de agua al estilo... ¡Ahora lo entendemos todo!

Pero ¿qué hay en la letra de imprenta que incita a corregir? Los más no pueden corregirse en sus manuscritos; necesitan, para desdoblarse en críticos de sí propios, verse desde afuera: en molde.

Otros, como Flaubert, se leen en voz alta y a solas.

Otros, afectos a recitar sus versos como el Ligurino de Marcial, aprovechan la visita de los amigos. Goethe se ha quejado de ellos en una *lied* irónica:

El poeta va a dar un convite y quiere que asistan a él las vírgenes más puras, las esposas más fieles, los ricos no presuntuosos, los poetas que gustan de oír versos ajenos, *pero no de recitar los propios.* Es inútil: nadie llega.

—¡Ea! —dice el poeta a su criado—. Vé a buscarme otros huéspedes, vé a decir a la gente que venga tal como es y con todos sus vicios; que así vale más.

Entonces el criado tiene que abrir las puertas de par en par.

6. DE LAS CITAS

UNA TEORÍA entre mil:

—No se debe citar para ennoblecerse con la cita, sino para ennoblecerla. La cita que nos ennoblece, o cita oratoria, quiebra el eje de la atención, opacando nuestras propias palabras. El texto citado debe ser tan humilde que parezca agradecido de nuestra elección; y cuando ello sea posible sin incurrir en el equívoco, debe cobrar un nuevo matiz o nuevo alcance.

Recordemos nuevamente a Cervantes: la afición a Cervantes se confunde con la afición a las letras mismas. El prólogo del *Quijote* está consagrado a burlarse de los pedantes. Alude disimuladamente a la pedantería de Lope, que da a la estampa libros de amena literatura con índice alfabético de autores citados.

—Soy naturalmente poltrón —declara Cervantes—, y perezoso de andarme buscando autores que digan lo que yo me sé decir sin ellos.

Es sincero; los autores más bien le estorban. Sus equivocaciones en esta materia son proverbiales: se ha podido escribir sobre ellas un tratado. Ponía versos de Ovidio en boca de Catón, y trocaba nombres como Sancho. Pero era mejor humanista —se ha dicho con razón— que si supiera de coro las dos antigüedades.

Como la sabiduría puede ser de orientación más bien que de contenido, así también la cultura. Lo importante es hablar tan sólo de lo que se entiende; pasar el nombre si se olvida y saltar la fecha si se ignora sólo son pecados en obras científicas.

En rigor no debe citarse sino de memoria, como quieren las Musas; suprímanse, si es preciso, las comillas, con lo que se salva el compromiso de la cita exacta. De mí diré que sólo siendo indispensables las uso, porque han comenzado a avergonzarme: son el signo de lo no incorporado, de lo yuxtapuesto, de lo que no sabemos; ellas sirven admirablemente para exhibir el cuerpo extraño incrustado en nues-

tro organismo. No puedo pasarlas: me punzan en la garganta como los mosquitos en el vino de que se quejaba Quevedo.

Citar de memoria sería prenda, al menos, de que sólo usamos de lo propio, de lo ya asimilado.* ¡Cuán sabios serían los escritores —declara el filósofo— si supieran todo lo que saben los libros que han escrito! A los más acontece lo que al torero de cierta novela que, metido a literato, se hace comprar libros por metros y, cuando oye hablar de un autor, aunque él lo ignore, se consuela diciéndose: "Lo ha de haber en mi biblioteca."

Escritores hay a quienes la ciencia les pasa por los dedos, del libro de apuntes al libro definitivo; y así se trasmite un lastre de conocimientos que todos ignoran. El único medio de sacarlos de manos muertas, de movilizarlos, es aprenderlos de memoria (no la memoria literal, ya se entiende, mas tanto mejor si ello es posible), y lo que la memoria rechaza, dejarlo que se pierda, que ya fructificará en otra cabeza. Con esto viviríamos nosotros y no nuestros cuadernos de notas; pensaríamos nosotros por nuestra cuenta, y no, por nosotros, nuestro *book of reference.*

Pero citar de memoria es más frecuente de lo que parece. De memoria citó Schopenhauer el verso de Voltaire:

Le secret d'ennuyer est celui de tout dire.

Que él transformaba así:

Le secret d'être ennuyeux c'est de tout dire.

En tiempos del buen vino y de la buena memoria, Erasmo, aprovechando cierto viaje que lo condena al ocio, y para hurtarse a las conversaciones de compañeros enojosos, escribió, al correr del coche, un libro atestado de citas: el *Elogio de la locura.* Naturalmente que en alguna cita había de equivocarse. He podido advertir, en efecto, que Erasmo pone en boca de Sócrates la teoría de los dos amores que puso Platón en boca de Pausanias *(El banquete),* y que, además, la confunde con otras sobre la bifurcación

* Carlyle lo aplica hasta a la historia. 1954.

de los seres que, en el mismo diálogo, desarrolla Aristófanes.

Oscar Wilde —el caso es curioso por tratarse de equivocación en obra propia—, Oscar Wilde, encarcelado, recuerda uno de sus poemas en prosa: el del artista que, con el bronce de la estatua del Dolor que dura por siempre, construyó la estatua del Placer que dura un instante; pero recuerda al revés los términos de su cuento. Véase el *De Profundis*.

Todos estos casos, como veremos, son otros tantos casos de "amiotismo".

7. MRS. AMYOT

ESTAMOS en un planeta parecido a la tierra. Allí, como en Shakespeare, Bohemia tiene costas. No es éste el reino de la fantasía, sino el reino de la inexactitud: una estrella parecida a la tierra.

Os conduzco a un cuento de Edith Wharton: Mrs. Amyot, una mujer sin humorismo, queda viuda y con un hijo de seis meses. El único medio de pagar las deudas del marido y de vestir al niño, cuando se han tenido una madre y dos o tres tías intelectuales, era ¡claro está! dar conferencias públicas. Y he aquí una primera y fundamental inexactitud de Mrs. Amyot.

Mrs. Amyot tenía dos dones fatales: una memoria genialmente obtusa y una extraordinaria fluidez verbal. Como la intención del cuento nos es por ahora indiferente, no lo seguiremos paso a paso.

Mrs. Amyot lo recordaba todo; pero todo lo recordaba mal; y de todo hablaba como esos niños que repiten en casa las canciones del teatro cambiando la letra . . . y la música. Entre sus pensamientos y el objeto de ellos no había de común más que la intención.

Como se ve, Mrs. Amyot es el paradigma de una especie.

El amiotismo es nuestra ley: errar es de humanos. Y ¿quién ha de negar los frutos del descuido, de la inexactitud o de la ignorancia?

Mrs. Amyot no es precisamente ignorante: de todo tiene noticia, pero la equivoca. Su inexactitud proviene de una larga cultura y de una acendrada herencia familiar. La inexactitud no es siempre fruto espontáneo. Soberbia flor de invernadero, es hija del leer y del escribir, y pudiera representársela como un hombre que hojea un libro de prisa. La cultura produce primero, y después se pudre: de aquí la inexactitud.

La naturaleza no la ama. Finalista o no, la naturaleza tiende a las adaptaciones, a los engranajes; y la inexactitud, por el contrario, tuerce sus líneas de equilibrio. La inexactitud renueva los pretextos de la vida, deshaciendo por la noche lo que la naturaleza va labrando de día. Mrs. Amyot es un alto símbolo cosmogónico.

8. EL HOMBRE DESNUDO

Hay quienes dicen que los poetas son ineptos para la acción; hay quienes creen que los niños no sufren; hay también quienes aseguran que el hombre es sencillo. Caben todas estas especies en el mismo género de error.

Y ¿quién dijo que el hombre es sencillo? Acaso las literaturas de la fingida Arcadia; acaso los mismos que han querido hacer de los pastores poetas y de los poetas pastores: en suma, los alejandrinos de todas las épocas, en quienes el ansia de refinamiento se resuelve en una afectada ingenuidad.

Ellos son culpables; los mismos que del Eros anacreóntico, del dios poderoso y salvaje, que abatía al amante como el leñador abate un árbol, han hecho el vanidoso y liviano rapaz que todos conocéis, para uso de Meleagro y los madrigales de abanico. Ellos son culpables: empobrecen la vida. De la infancia, este trágico descubrimiento del mundo, esta turbadora marea del conocimiento, quisieran hacer una edad de regocijos triviales; y pretenden convertir en manso y aseado cordero a esa hermosa bestia de la tierra: el hombre desnudo.

La existencia humana, si la desvestís de sus adornos, resulta un desnudo problema. Y mientras más se desciende en los grados sociales, mientras más de cerca se considera al hombre de carne, más crudamente se descubre esta viejísima verdad: la existencia humana es una fatiga, una lucha; y el gusto de la vida es el gusto de la complicación. No: la vida sencilla no es la vida genuinamente humana; la vida sencilla es el patrimonio de los dioses, no de nosotros. Por eso Sileno le decía al Rey Midas:

—O no haber nacido, o morir cuanto antes.

En las superiores formas sociales, puede creerse que el hombre vive menos para la vida misma —para la fatiga y la lucha— que para los adornos de la vida. Es verdad: aquel poeta da por bien sufridos sus dolores si acierta a

cantarlos armoniosamente, y aquel sabio olvida sus materialidades sobre las esferas y las cartas. En cambio, el hombre de abajo es un combatiente, y tiene que ser un perpetuo resolvedor de acertijos, como el Pícaro de la Novela Española.

Frente a frente de las urgencias vitales, sus manos se han hecho garras; sus piernas, resortes del ataque; retan o interrogan siempre sus ojos, y su inteligencia, en perpetuo asombro —no distraída aún por las transitorias explicaciones científicas—, busca en cada signo un augurio, y adivina, en cada objeto, un oculto gesto antropomórfico.

La ciencia, rastreando el impulso de la vida y siempre en busca de sus secretos, según los va sorprendiendo va matando la vida. Porque lo que tiene secreto vive de su secreto, y para los que descubren el velo de Isis, pierde Isis la divinidad. El salvaje, que no tiene ciencia, se halla por eso en medio de la naturaleza viva, de la naturaleza fantástica: el mundo ha conservado para él su original misterio y exhala todavía el aroma milagroso de la creación.

Pero es la magia una infancia del pensamiento que sólo perdura en las etapas más bajas de la vida, las más inmediatas a la tierra, donde hay todavía hombres desnudos. Así, en las chozas se ha refugiado la magia. Los saludadores, los curanderos del pueblo pobre, os curan dibujando en el suelo círculos con la vara de virtud y extrayendo de la parte dolorida un pájaro, una serpiente...

Pues ¿qué si recordamos las amenas recopilaciones del folklore? Las manchas de la luna no son tales manchas: hay en la luna un leñador a quien se ha llevado el viento por leñar en domingo; de la luna cae todas las noches un gato que maúlla sobre el tejado, y a la luna vuelve al amanecer. ¿Y las estrellas? Las estrellas son las vacas del cielo, a las que el peso invertido del aire impide caer.

Y si, por último, a la misma conversación del rústico acudimos, ¡cuántos esfuerzos, cuántas interpretaciones para orientarnos a través del torcido laberinto de sus frases! No puede haber jerga más complicada, no hay más torturada manera de decir las cosas. El rústico habla todavía en adivinanzas.

No es extraño: el don de expresar sincera y directamen-

te los pensamientos es la corona del estilo, y la claridad es el premio de los desvelos. Si los animales hablaran de súbito, no dirían los nombres de las cosas, sino que hablarían por símbolos, como el vulgo: a la noche la llamarían "la negra"; a la mañana la llamarían "la rubia".

El hombre desnudo representa la existencia humana en su crudo aspecto de problema, de asombro, de guerra y de símbolo confuso. El hombre desnudo es el hierofante del misterio.

9. MONTAIGNE Y LA MUJER

Es UN placer algo doloroso y hasta romántico estudiar las evoluciones del pensamiento negativamente; no en los que construyen el nuevo ideal, sino en aquellos últimos representantes de una pléyade literaria que, por la edad, escuchan ya los gritos de los venideros, mas por la educación simpatizan aún con los de ayer. Ellos registran también los nuevos valores, pero por reacciones inactuales. Si otros espían el día naciente con los ojos fijos en la aurora, ellos lo presienten, vueltos aún hacia el crepúsculo del día anterior. Del carro de la vendimia caen racimos que se aprestan a recoger los que van a pie. Algo va quedando en el camino que para una o dos generaciones humanas no ha de volver; no es, por cierto, lo menos sazonado y nutrido. Nuestros abuelos, con metáfora que recuerda las amarillas estampas de sus libros, os dirían que es la suerte, no la justicia, quien rige las riendas de la fama. Intentan crear un nuevo ideal las almas jóvenes: de optimismo, de fuerza viva, de mucha acción, quizá de muy poca meditación. Hay, sin embargo, quien consagra sus horas a los sacerdotes del puro deleite intelectual: un día a Renan y otro a Montaigne. Ayer, una conferencia de Lasserre, hoy un libro de Joachim Merlant, profesor en Montpellier: *De Montaigne a Vauvenargues, ensayo sobre la vida interior y la cultura del yo.* La obra es, en su mayor parte, aprovechamiento no disimulado de obras anteriores. Inútil, pues, alardear de malicia descubriendo sus fuentes: Gustave Reynier, Strowski, Villey y otros, entre los cuales, aun cuando no se dijera, naturalmente que se encuentra Sainte-Beuve.

> Déjese de considerar la dicha como una presa —nos dice el autor—; téngasela por el fruto delicado de una práctica diligente. Esto conduce al renunciamiento. Vida interior: cultura del yo. Aquélla despierta la idea del ascetismo: ésta, la del arte. Y ambas responden a una concepción aristocrática de la vida.

El libro resulta un poco triste y, en rigor, no es fuerza leerlo. La evolución espiritual de Montaigne está dibujada en fáciles páginas: nos hace pensar.

I

Montaigne, retirado de los negocios públicos a los treinta y ocho años, se da por completo al cultivo de su soledad, al ocio con letras, a la busca del yo. Comienza —todas las iniciaciones son pedantescas, académicas— por un estoicismo cuya rigidez repugna a su naturaleza flexible y ligera. Atraviesa, después, una aguda crisis de pirronismo que algunos, sin razón, consideran como el término de su desarrollo. Acaba, finalmente, en algo que por personal no tiene nombre hecho: esfuerzo perfecto de intelección; claro anhelo de dominar, con el regocijo de entenderlo, el mal incurable de existir, de sentir. Realizando uno de los tipos del poeta crítico, ha descubierto que su inteligencia es, en sí misma, una especie superior de alegría. El sabio, dirá Schopenhauer, no conoce el aburrimiento. ¡Ay!, en el fondo plácido de aquella existencia duerme la posibilidad, la certeza potencial de una tragedia sin catarsis. Montaigne cerró la llave al misterio. Huyó de la melancolía, la negó, la rechazó siempre: sabía que una gota de dolor deja sabor eterno. Encastillado en su biblioteca, la ensordeció con tapices y cortinas: el canto de la Sirena no pudo llegar hasta él. Seguramente que no era músico: la música, según Spinoza, es pretexto de melancolías y, en todo caso, el sentido de la musicalidad es arrebatador y disolvente. Es perverso, cuando no se reduce a aquellas rudimentales modulaciones con que el hábil Quirón enseñó a marchar al niño Aquiles. Es tentador: quien una vez lo ha experimentado, se le entrega sin resistirle más. Nietzsche, huyendo de Wagner, huye del ensueño y de la tristeza, de la niebla espiritual; deja la brumosa Europa Atlántica, busca el sol del Mediterráneo. Montaigne, por su parte, clarifica diariamente en su alma aquella clásica alegría bordelesa que tanto se parece al sol. Alegría del buen vino, de los buenos libros; concepto naturalista del hombre, sin tortuosas exigencias; sana inclinación, fáciles discursos y memoria lle-

na de sorpresas. "Gracias a esta facultad de olvido —ha escrito—, los lugares y los libros que reveo me sonríen siempre con fresca novedad."

Montaigne cerró la llave al misterio: por las hendeduras de la puerta, por el ojo de la llave fluyó entonces hacia Montaigne el hondo misterio de su ser, como entra el agua del mar por la ensambladura de la barca. Él mismo nos cuenta que su paz y su lucidez estuvieron constantemente en peligro, y que sólo consiguió salvarse por una labor calculada y también *constante.* Es como decir que vivió en un voluntario engaño, frágil "bovarismo" de cristal: un choque más rudo con las realidades morales lo hubiera hecho trizas sin merced. Algo de pobreza, algo de música —un violín colgado a una pared desnuda—, lo hubieran derrotado quizá. Por eso el exuberante y enfermizo Rousseau lo ha llamado el *falso sincero.*

Triunfo apolíneo, éxito de la apariencia, estas existencias trabajadas como sonetos parnasianos, como candeleros de Benvenuto, tienen, a veces, el encanto trágico de las flores; sutil equilibrio de lo efímero, ¡cuánto engaña el ostentoso aparato de su solidez! ¡Cuánto no las supera, entonces, aquel fatigoso vivir en que todas las tempestades morales han pintado su latigazo y que se redime, por eso, a la vibración de sus dolores! San Agustín lo decía con fuerte palabra: las perfecciones imposibles ni a la misma divinidad seducen: el Dios nos quiere pecadores y arrepentidos, probados en la guerra ética del mundo. Goethe mismo, en la ascendente carrera de antorchas de su vida, ¿qué mucho si, para defensa propia, aceptó la máscara inflexible o la coraza que no se pliega al mandoble? Paralelamente a su existencia, a través de aquella obra más o menos externa con que quiso apaciguar el eco de sus explosiones juveniles, dejó resonar la obra inacabable, comentario de sus días y ley verdadera de su espíritu: los sueños febriles y aterradores del *Fausto,* tan sublime como Satán.

¿Qué faltó, pues, a Montaigne? Cuando abandona las ambiciones del mundo, la vida se le reduce al espacio de su biblioteca. No necesita más espectáculo que el de su alma y el de sus libros. Uno que otro amigo con quien charlar tiene sólo aquel valor transitorio que tienen los co-

mentarios de lápiz al margen de las páginas. Exceptuemos, sin embargo, a Étienne de la Boétie, de cuya muerte nunca se podrá consolar, y perdonémosle muchas de sus incredulidades, siquiera por haber conservado, en aquel ambiente de complacencia, un recuerdo doloroso para el amigo. Montaigne se instala en la vida como un bibliotecario feliz en el gabinete de las Musas. Por momentos, parece que se le oye exclamar, en frases de Gracián: "¡Qué jardín del Abril, qué Aranjuez del Mayo como una librería selecta!" A creerle, en aquella casa la heroicidad no tiene más valor que el de mera reminiscencia histórica. El bien hallado señor de provincia opina que morir por una idea es conceder excesivo valor lógico a las conjeturas. ¡Dioses! Esto se decía en el siglo que Monsieur Danou (un testigo del Terror, a quien cita Sainte-Beuve) ha llamado *el más trágico de toda la historia.* Y, sin embargo, digamos aún con Sainte-Beuve que hay momentos en que todos los ciudadanos de un pueblo debieran leer, noche a noche, una página de Montaigne. En la actitud de Montaigne frente a su siglo no descubriremos debilidad, ni hay derecho a ello: ser sereno ante las locuras populares es la más grande heroicidad. Los jefes de la política son generalmente hombres necios y literatos fracasados. Noble alteza no darse a ellos, aun cuando los Gibelinos nos tengan por Güelfos y los Güelfos por Gibelinos. Sobre esto podemos citar al frío y despechado Vigny: "Ni amor ni odio se debe tener para los hombres que gobiernan. No les debe uno más sentimientos que el que tiene por su cochero: conducen bien o conducen mal, eso es todo." No: si algo faltó a Montaigne (y éste es el capítulo que echo de menos en el libro de Merlant) fue ello una cualidad, o mejor tal vez una experiencia, meramente interna: un golpe divino de inconciencia, una revelación oportuna de misterio y de dolor. Digámoslo todo: en la juventud de Montaigne faltó una mujer. No en vano aquel Diego de San Pedro, su contemporáneo, puso en la *Cárcel de amor,* como la primera razón en defensa de las mujeres, que "no solamente a los torpes hacen discretos, mas a los mismos discretos más sutiles".

II

Lejos de la novela amatoria que pululaba como en el aire, Montaigne describe una órbita solitaria. Era, la controversia sobre la mujer, tópico puesto a la moda por los héroes de amor, que invariablemente la emprendían, antes de suicidarse en la última hoja de los libros. Entretejían el bordado de las historias con las ideas platónicas, las cuales requieren una Diótima que las insufle: una mujer de quien partiese para más altas adoraciones —como en el *Cortesano* de Castiglione— el pensamiento de belleza. Otras veces, la mujer es una maléfica encantadora. En uno u otro caso, era el personaje dominante del cuento; y el amador, tan sólo la sustancia plástica que se fundía al calor de la amada. El resto de las figuras (casi sombras a veces) lo componen un traidor —elemento corrosivo indispensable para que el conflicto se produzca—, la cara venerable de un padre, de preferencia un rey, siempre más o menos engañado —elemento de fuerza que por un instante cede al mal, causando el desequilibrio de que ha de brotar la novela—, y el coro de llanto finalmente, el cortejo de damas y caballeros cuya misión es exclamar.

Según aquella concepción, a la vez teológica y sentimental, es la mujer dispensadora de vicios y de virtudes, ánfora del bien y del mal. Último fruto de aquella invención medieval que comenzó con las ráfagas de la epopeya, y luego se enriqueció de fábula, degenerando, al "dialectizarse", en los libros de caballería, la heroína de la novela amatoria, esta abeja amarga, no tiene cabida en los panales del humanista. Montaigne buscará en los libros la mujer heroica y algo retórica de los oradores antiguos, la que dejó palabras de oro sobre la tumba del guerrero, o pintará el animalillo gracioso y feroz, contradictorio y bello, sujeto a la esclavitud de la carne y la animalidad de la sangre, adorable en la mancebía y enojosa para el hogar, que él creyó encontrar o encontró por estos decamerones de la vida.

A una parte, las mujeres de Weinsberg que, en el sitio de la ciudad por Conrado III, habiendo obtenido licencia de salir a pie con lo que pudieran llevar consigo, se aprestan a cargar sobre sus hombros a sus hijos y a sus esposos; o

las mujeres indias que se disputan el favor de su señor para merecer el premio de ser enterradas vivas en su sepultura; las canonesas Pelagia y Sofronia defendiendo su honor con la muerte; Sextilia y Paxea suicidándose para alentar a sus esposos. A otra parte, lo que Montaigne piensa de la mujer, hecho punto omiso de la fábula.

Las declara, una vez más, veleidosas; censura su inconsistencia para la amistad. Amor, amistad: he aquí una disyuntiva no resuelta: si la una es decadencia del otro, si es su equilibrio. Montaigne, en todo caso, pertenece a la categoría de esos personajes de Shakespeare, que, según el crítico del *Times*, conversan y obran más fácilmente cuando sus mujeres se han ausentado. Pero, por lo menos en el amor, ¿les reconoce Montaigne superioridad a las mujeres? En amor, dice él, la primera parte es aprovechar el instante, la segunda lo mismo, y la tercera también; a veces, confiesa, pudo faltarme suerte, pero, casi siempre, ánimo de empresa. Y el pudor mismo le parece que suele ser asunto de precio, lo que ilustra con el ejemplo de aquellas orientales que hacen pregonar el haberse abandonado a quien les obsequia un elefante, como para que se entienda que saben apreciar el valor de la hermosa bestia. Le resultan, en ocasiones, animales terribles: las mujeres escitas, dice, arrancan los ojos a sus prisioneros y a sus esclavos para usar de ellos más libremente. Mas concede, en cambio, que alguna razón les asiste en protestar contra leyes que las interesan y que se dictan sin su consejo, como la que las obliga a la abstinencia; pues su castidad es sólo un arma del amor. Si nos contraría el rigor en la amante, la facilidad mucho más: por eso todas velan hasta abajo de los talones lo que todas desean mostrar y todos ver —prosigue Montaigne. Por lo demás, acusa, son inclinadas a contrariar al marido. Y en este punto trae a cuento graciosísimas anécdotas de esas que propaga la tradición popular. (El cargo es injusto: de las contradicciones de *ella*, el culpable ha sido siempre *él*.) Dice, además, que nos importunan con sus celos, que arruinan sus hogares, y que no se debe dejar en sus manos la suerte de los hijos, porque la resolverían de modo *inicuo* y *fantástico*. Ese apetito desordenado y gusto enfermizo —explica— que manifiestan en su preñez siempre lo tienen en

el alma. Detesta, como Juvenal, a la mujer pedante, y a la mujer en general la cree inepta para la ciencia. Con Platón y Santo Tomás, alega que la sabiduría se les queda en la lengua. Cree que para ser discretas les sobra con sus gracias naturales; pero que, si dan en estudiosas, lo mejor será que no lean más que poesía. En otra parte, citando a Margarita de Navarra —con quien se hubiera entendido desde la primera entrevista—, opina que a los treinta años debe la mujer cambiar el ser bella en ser buena. Abónesele, finalmente, un rasgo caballeresco; si es cierto, conversa en algunos de sus ensayos, que los placeres del contar no ceden a las delicias del obrar, en mi tiempo, por lo menos, sólo se permitió este desahogo al que tenía amiga fiel y única, en tanto que hoy las charlas de sobremesa descubren las aventuras y favores secretos de las damas. Los que tal descubren, exclama, no merecen las dulzuras que disfrutaron. Con todo, la más sabia mujer, nuestra incomparable *Celestina,* hubiera absuelto a los indiscretos; porque, como dijo a Pármeno: ..."de ninguna cosa es alegre posesión sin compañía. No te retraigas ni amargues, que la natura huye lo triste y apetece lo deleitable. El deleite es con los amigos en las cosas sensuales, y especial en recontar las cosas de amores y comunicarlas" ... Lo sabía Montaigne, que algo suyo quiso contar, siquiera al papel en que escribía:

—También es dulce para mí —asegura— el comercio de las mujeres bellas y honestas: *nam nos quoque oculos eruditos habemus.* —Y más adelante, algo de que hubiéramos deseado saber más:

—Yo sufrí en mi infancia todas las furias que, según los poetas, se apoderan de los enamorados...

Pero pronto nos desengañamos respecto al límite en que se detuvo su experiencia de la mujer cuando, al volver la página, nos arroja a la cara que, en materia de amor, entre sacrificar el espíritu o el cuerpo, prefiere renunciar a lo espiritual, que al fin y a la postre a mejores usos es llamado: porque, añade con injuriosa evidencia, algo se hace sin las gracias del espíritu: nada sin las corporales. Que la viuda del *Quijote* explicaba a su guisa, asegurando que para lo que ella quería a su fulano, aunque tonto y soez, éste sabía tanto o más que Aristóteles.

III

Esto apunto como quiere la pluma. Recojan la sugestión los especialistas, corríjanla y desarróllenla, y díganos si la idea que tuvo Montaigne de la mujer no fue, como mucho lo temo, la más vulgar. Quizá ya se ha escrito sobre la materia. Cien tórculos rechinan a un tiempo estampando comentarios sobre Montaigne, y tanto se ha glosado su obra, que pasma no se le dedique una revista como la que se ha consagrado a los estudios rabelesianos.

Y como la naturaleza humana es compleja, y es cada individuo resultante de contradicciones, los conocedores minuciosos hallarán siempre elementos para descubrir en Montaigne ya el amor, ya el desamor, ora el respeto o bien el irrespeto. Y particularmente en su caso de escritor cotidiano, para quien todo minúsculo aleteo del pensamiento tiene derecho a la manifestación literaria. Que no hay mejor medio para ignorar la fisonomía de un hombre que conocerlo por milímetros, o para ignorar su verdadero balance de la vida que conocer sus conversaciones. ¿Lo sabía el fiel Eckermann, lo sabía el fiel Boswell, oh manes de Johnson, de Goethe? Montaigne se exhibió tan analíticamente, bajo el vidrio combo de su introspección, que provoca al estudio microscópico. Su yo, como él lo quería, es centro atractivo de una sociedad de inteligencias. Y amenazaría perder su relieve sintético, si su mismo procedimiento egoísta, alejándolo de cuando en cuando del lector, no nos ayudara a apreciarlo en conjunto. Visto así, en conjunto, parece indudable que Montaigne es un ejemplo más de esta especie de desamor que acompaña siempre al egoísmo.

Nuestra vida, con sus acarreos de dolor, se desliza entre diminutos placeres que no siempre nos atrevemos a paladear. Ninguno conozco más agudo y más instantáneo que la sorpresa de encontrar juntos ciertos libros de índole contrapuesta. Porque, o los libros tienen malicia, o mi incorregible bibliotecaria ha abandonado hoy, sobre los *Ensayos* de Montaigne, los *Pensamientos* de Pascal.

—El yo es odioso —predica Pascal junto a la sonrisa de Montaigne. Mas su sinceridad se desborda, y no puede menos de conceder:

—Tú podrás disimularlo, oh Mitón, mas no lo podrás aniquilar...

Y pienso que el sentido femenino de la vida es como una solicitación a disgregar el yo concentrado. Y, huyendo entonces del entrecejo de Pascal, recaigo en las páginas de Montaigne, procurando leerme en ellas por transparencia. Que es seguramente la mejor, entre las siete maneras de abordar su lectura.*

* Muchos años después hallo confirmadas mis sospechas: Maurice Rat, *Du nouveau sur l'auteur des "Essais". Malgré Aristote et Platon, Montaigne fut plutôt malheureux en ménage,* artículo publicado en *Le Figaro Littéraire,* París, 13 de marzo de 1954.

10. LOS ORÍGENES DE LA GUERRA LITERARIA EN ESPAÑA

La aparición de la maledicencia literaria es una etapa de la cultura tan significativa como la fijación de la lengua en los albores de la poesía vernácula. Ella indica una temperatura social sin la cual sería imposible explicarse la producción de ciertos géneros y aun de ciertos módulos mentales.

¿En qué momento de la literatura española aparece la maledicencia? En cierto modo, convive con la profesión de escribir: el peor enemigo, el de tu oficio. Pero el sentido moderno de la maledicencia, el principio de la era en que todavía nos encontramos, puede decirse que data de los comienzos del siglo XVII. Veamos: antes del siglo XV no se puede hablar de "literatos". Los juglares del siglo XIII se parecían, más que a los literatos, a los ciegos que piden limosna cantando. Los *clérigos* de ese siglo y del siguiente —el Maestro Berceo, el Arcipreste de Hita— ignoraban la vida literaria, en el sentido moderno; no hacían tertulia, no tenían café ni redacciones de periódicos.

En cambio, durante el siglo XV —en redor de don Juan II por ejemplo— se va destacando claramente la profesión literaria. Durante la Edad Media ha habido, desde luego, gentes que vivían más o menos de hacer versos; pero cuando la influencia de los trovadores provenzales se combina con las primeras vislumbres del Renacimiento, aparece el *hombre de letras,* y aparece la *pléyade literaria.* Sin duda que entre los viejos juglares habría rivalidades, pero como hay riñas entre las comadres. Ahora, en las cortes literarias, la rivalidad entra, por decirlo así, en la literatura: la maledicencia profesional se mezcla con la intriga palaciega; se crea el sentimiento de la *personalidad literaria,* que empieza a mostrarse celosa de sus prerrogativas; el poeta hace, de su desdén o su odio para los demás, un tema poético, como ayer Arquíloco.

En los mismos géneros literarios heredados de los trovadores estaba contenida ya la disputa, el reto: no eran otra

cosa las "tensones y recuestas". El *Cancionero de Baena* es un verdadero campo de batalla. Villasandino —poeta de baja extracción, aunque enaltecido por el oficio— desgarra a dentelladas a sus rivales: lo menos que les desea es que ardan en los infiernos. A Gonzalo Sánchez de Jaén lo llama "persona corroída", y le aconseja dedicarse a porquerizo, ovejero, a vender mollejas por las calles, y de sus versos asegura:

Que quien bien catare, en cada renglón
fallará diptongos e gazafatón,
e los consonantes errados, perdidos.

Otras veces, se queja al rey de que los otros poetas le roben sus consonantes:

¿A quién me querellaré
señor, d'algunos que trovan;
que me furtan e me roban
lo que nunca yo robé?
Las letras del *a be ce*
non pueden ser tan bastantes
que se fallen consonantes
más de cuantos yo fallé,
desque en este huerto entré.

Y como fundaba su vanidad literaria en el conocimiento de la métrica gallega, no pudo tolerar, ya viejo, las novedades de la métrica italiana, representadas por el honorable caballero Ferrán Manuel de Lando: "Vuestra arte, tal o cual —le decía— yo sé de qué pie cojea."

Agrióse la disputa, cuando en ella terció Juan Alfonso de Baena, quien consiguió irritar a Lando hasta recibir de él los peores insultos. No contento con atacarlo en su arte, el honorable caballero se dedicó a herir a Baena en su fama de buen marido.

Vemos, pues, a Lando alternar con Baena, judío converso, como vemos más tarde al prócer Gómez Manrique alternar con un sastre remendón, Antón de Montoro *el ropero*, o con el bufonesco Juan Poeta, de quien dijo:

Él non sabe qué es acento,
non diptongo, nin mansobre . . .

La pugna literaria anula en cierta manera el sentimiento de clase. Y Baena, representante genuino de esta nueva fase de la vida social, anuncia ya todos los recursos de la guerra poética: todo parece indicar, en efecto, que Baena no ignoraba ese delicado procedimiento, corona de la destreza y la discreción, que hoy conocemos con el nombre de la *conspiración del silencio.* En las páginas de su cancionero omite —deliberadamente según toda apariencia— a algún poeta que merecía atención especial.

La guerra está declarada. Pero viene el siglo XVI, y con él la algarabía parece aquietarse, o más bien disminuir. El siglo XVI es como un paréntesis —paréntesis de un modo relativo, pero bastante para interrumpir la tradición. Todo lo absorben entonces las empresas imperiales de España: la unidad política y la expulsión de los moros, el descubrimiento de América, el ensayo decidido de Renacimiento que emprenden los escritores de tiempos del Emperador, todo contribuye a dar un aliento de ideal a aquel siglo. Pero todo se va ensordeciendo lentamente, a medida que, con Felipe II, va pesando sobre la conciencia pública el Escorial.

Los escritores representativos del siglo XVI son capitanes y embajadores, cortesanos de alcurnia, humanistas y gramáticos sapientísimos: Nebrija, Valdés, Garcilaso, Hurtado de Mendoza . . .

Sin embargo, queda un Cristóbal de Castillejo, enemigo del endecasílabo italiano, esa *peligrosa innovación,* en quien se perpetúa el espíritu de la guerra literaria. Y quedan las controversias de los comentadores de Garcilaso (Herrera, el Brocense). Pero hay poco *fulanismo* en todo ello, y los motivos que mueven la disputa parecen ser de orden impersonal.

Viene al fin el siglo XVII, y con él la inundación de la Comedia Española. Aquí, al reanudarse la tradición, se inicia la era actual de la maledicencia, y cristaliza, para tres siglos, un procedimiento *sui generis* de comer prójimo.

Ya no hace falta, en el siglo XVII, que los literatos sean sabios ni nobles; y en este sentido, se reproduce el espec-

táculo de la confusión de clases que hallamos en el siglo XV. Ahora lo que importa es que los literatos sean capaces de escribir, "en horas veinticuatro", cualquier necedad que satisfaga al pueblo. El rey mismo se aficiona al teatro. Y como la demanda supera a la oferta, se reúnen hasta siete y ocho *ingenios* para distribuirse las escenas de una comedia que improvisan de cualquier modo, y que luego se representa cientos de veces por esas ferias.

El lucro atrae a los legos; la profesión literaria pierde su solemnidad y su peso. La imprenta facilita la producción. Ya no hace falta saber nada: ni saber escribir siquiera. Los más excelsos poetas —Lope mismo— se jactan de no dar mucha importancia a sus obras teatrales. Y la canalla irrumpe, triunfalmente, en los Campos Elíseos de la literatura española. Y el mundo se puebla de murmuraciones y envidias, de que se quejan incansablemente, ora en la novela, ora en la poesía o en el teatro, los malaventurados ingenios del siglo XVII.

Góngora, Lope, Tirso de Molina, Ruiz de Alarcón, Quevedo y otros andan en constante pelea. Pueden intentarse, entre los principales nombres de la época, todas las permutaciones, combinaciones y cambiaciones —que dicen los matemáticos— con la seguridad de que todas se dieron alguna vez en aquella sorprendente maraña de disputas.

La guerra se agrupa entonces en redor de un magno pretexto de estética revolucionaria: la disputa del conceptismo y del cultismo, es decir: de la pedantería ideológica contra la pedantería verbal. En la disputa se destacaba Quevedo con su relieve crudo y cruel; Góngora se desvanece, *loco de armonía,* ahogado entre sus propios colores; Lope sobrenada en la tormenta, con una sonrisa de buen sentido, con una fe de obrero en su arte; el noble Ruiz de Alarcón —alma para mejores tiempos— se retrae poco a poco al silencio de la comodidad burguesa, huyendo los alharaquientos corrales de comedias. Y a Suárez de Figueroa —un ejemplo entre muchos— no le bastan todas las yerbas amargas de la tierra para purgar su malhumor insaciable.

Tal es la tradición de la *mala entraña* literaria. ¿Cómo se ha desarrollado después? ¿Quién la representa hoy en día? A su tiempo lo diremos todo, todo.

11. DE VOLATERÍA LITERARIA

En la poesía española contemporánea, el cisne ha venido a ser un símbolo. Los cisnes, cantados por Rubén Darío, quedan incorporados a su obra como un objeto predilecto de sus meditaciones, un fácil asunto de sus alegorías y hasta una muletilla de su estilo. El cisne era para él imagen de la interrogación, del ensueño y de las caricias imposibles. Parodiando las palabras de uno de sus prólogos, podemos decir que su poesía queda "escrita sobre las alas de los inmaculados cisnes, tan ilustres como Júpiter".

Naturalmente, entre los imitadores se abusaba ya de la alusión al cisne, cuando otro poeta —el mexicano Enrique González Martínez— publica en *Los senderos ocultos* un soneto que tiene algo de manifiesto literario, y que después ha reproducido a la entrada de su nuevo tomo *La muerte del cisne*. "Tuércele el cuello al cisne —dice el poeta—, el cisne pasea su gracia por el azul de la fuente, pero no siente el alma de las cosas. Huye tú de toda forma y lenguaje que no respondan al ritmo profundo de la vida. Contempla, en cambio, al sapiente buho":

> Él no tiene la gracia del cisne, mas su inquieta
> pupila que se clava en la sombra, interpreta
> el misterioso libro del silencio nocturno.

Si ahora de cisnes, hace unos cuantos años la poesía americana sufrió la invasión de las águilas y los cóndores. Impuso la moda un poeta que el público ha comenzado a olvidar, porque hace mucho tiempo que calla, pero que por un momento conmovió al Continente. Salvador Díaz Mirón —poeta veracruzano— era imitado en toda América y hasta en España, donde, si no falla la ley, Villaespesa ha de haber sido uno de sus imitadores más entusiastas. Poeta grandilocuente y vigoroso, Díaz Mirón manejaba las metáforas brillantes con un atropello juvenil: todo él era cumbre andina, águila y cóndor. (Ya se ve que de aquí proce-

den las primeras inspiraciones de José Santos Chocano.) Al cóndor, por licencia poética y según las necesidades del verso, unas veces se le llamaba "cóndor" y otras "condor". Y también había gerifaltes, leones y toda la fauna del orgullo.

Díaz Mirón ha evolucionado más tarde (y mejor fuera decir que ha "revolucionado") hacia una estética personal, llena de castigos y amaneramientos, rica de secretos, que alcanza alguna vez notas únicas, y no se mantiene en ellas un segundo. Es un gran poeta ejemplar, cuya crítica —si alguien la sabe hacer con talento— va a resultar más instructiva que una fábula con moraleja. Entretanto, las águilas de sus versos, animándose como en la *Leyenda de los siglos* de Victor Hugo, lo han llevado a rastras por la vida, entre cimas trágicas y vertiginosos abismos.

Las cigüeñas meditativas, simbólicas, también han tenido su hora: Amado Nervo, Guillermo Valencia . . .

Los poetas españoles del siglo XVII habían buscado un símbolo más exquisito y seductor: el ave Fénix: el ave Fénix que nadie había visto nunca, aunque se aseguraba que vivía en alguna parte del Oriente, solitaria e inaccesible como un ideal, perfecta como un arquetipo platónico, dotada de singulares prestigios; que para morir alzaba una hoguera de leños aromáticos, y allí —tras de haberse consumido en un tornasol de colores y de llamas— renacía de sus cenizas, hija perenne de sí misma.

Tal era el blasón de aquella poesía. La palabra "Fénix" acudía a la pluma con una frecuencia fatigosa. Las ideas poéticas implícitas en la fabulosa historia de aquella ave eran tan familiares como los más humildes temas de la conversación. Lo que hoy nos parece tan alambicado y hermoso era una idea común en la poesía del siglo XVII. La ponderación "es como un Fénix" había llegado a vulgaridad. De Lope se decía que era el Fénix de los Ingenios. 'Don Quijote', para encarecer su fidelidad, aseguraba: "no es posible que yo arrostre, ni por pienso, el casarme, aunque fuese con el ave Fénix".

Las alusiones son continuas, y sería imposible recogerlas. En cierto lugar de *El peregrino en su patria,* dice Lope:

Muchos cuentan que ha nacido
la Fénix en el Arabia...
De mil modos diferentes,
sus plumas los escritores
pintan de varios colores,
haciéndolas de oro alguno,
con más ojos que de Juno
suelen pintar el pavón.
Poetas dicen que son
sus pies y pico rubíes
cuyos visos carmesíes
parecen llamas fogosas,
y que, por niñas hermosas
de sus ojos cristalinos,
tiene dos diamantes finos
que, tocados sus quilates,
el Pactolo y el Eufrates
no lleven arenas de oro
para comprar su tesoro
bastantes...
Y que, si quiere volar,
debajo las alas bellas
descubre tantas estrellas
como la serena noche...
Y que, cuando viene en suma
a estar vieja, hace una hoguera
de la olorosa madera
de mirra, linaloel,
clavo, canela y laurel,
cinamomo y calambuco,
adonde el cuerpo caduco
recuesta, y batiendo ala,
enciende el aire que exhala
como en la piedra el acero.
Muere, en fin, aquel primero
Fénix, y el quemado aroma
cría una blanca paloma
que sale de su ceniza,
con que su ser eterniza,
y vuelve de su vejez
a salir moza otra vez,
dando al Oriente alegría,
como Medea quería
con las yerbas de Tesalia.
Esto cuentan en Vandalia,
y en Asia de otra manera,
y en Arabia y dondequiera

que escriban que el Fénix nace
y que sus exequias hace,
no habrá un hombre que, aun mintiendo,
diga que la vio subiendo
por los aires orientales.

Quevedo le dedica un romance:

Ave del yermo, que sola
haces la pájara vida...
y sólo saben tu nido
las coplas y las mentiras...
mayorazgo del Oriente,
primogénito del día...
Tú, que engalanas y hartas,
bebiendo aljófar, las tripas,
y a puras perlas que sorbes
tienes una sed muy rica;
avechucho de matices
hecho de todas las Indias,
pues las plumas de tus alas
son las venas de tus minas.
Tú que vuelas con zafiros,
tú que con rubíes picas...
estrella de pluma, vuelas,
pájaro de luz, caminas...

Tirso de Molina resume así, por boca del 'Majuelo' de su comedia *En Madrid y en una casa* (1, I), la opinión reinante sobre el ave Fénix:

Plinio afirma con certeza
(deja que ejemplos elija)
que siempre la lagartija
tiene dolor de cabeza;
y que las veces que mira
al hombre, cesa el dolor:
¿dónde estudió tal autor
tan prodigiosa mentira?
Díjoselo alguna de ellas...
De la Fénix ¿quién no escribe
que un siglo en Arabia vive,
y que de fragancias bellas
construye pira, y siendo una,
a un tiempo muere y renace,
y eternizándose, hace
del mismo sepulcro cuna?
Pero dime tú de alguno

que de que la vio se alabe:
que la hay, cualquiera lo sabe,
aunque en la experiencia, ayuno.
Pues lo mismo afirmo yo
de nuestras firmezas bellas:
todos dicen que hay doncellas,
pero ninguno las vio.

Los poetas cultistas, Góngora y sus discípulos, parecen haber tenido especial predilección por el Ave Fénix. Ésta, por su historia y sus atributos, se prestaba para ser cantada con aquellos extravíos de color, aquella transfusión de unas impresiones sensoriales en otras que son propios de los gongorinos. Puede creerse que Góngora piensa en la fábula del Fénix —dígalo o no— en muchos lugares de sus poesías. En el estudio de la estética gongorina, no podría prescindir la crítica inteligente de un capítulo sobre la historia del Fénix y las múltiples asociaciones psicológicas que ella puede haber provocado. Algunos imitadores dedicaron poemas al Fénix. Y don José Pellicer de Salas y Tovar, que todo lo tomaba con una seriedad muy necia y pesada, no paró hasta escribir todo un libro, *El Fénix y su historia natural* (Madrid, 1630), donde, en cerca de 300 páginas, nos cuenta todas las patrañas que pudo desenterrar su inútil y absurda erudición.

Finalmente, un soneto de Quevedo, "A una Fénix de diamantes que Aminta traía al cuello", nos revela que la moda había pasado ya de la literatura a las otras artes y a la vida. Así, en otra época, las porcelanas de nuestros abuelos representaban a Pablo y a Virginia corriendo, asidos de la mano, por los campos de Dios.

12. NOTAS EN DESORDEN SOBRE ALGUNOS "HOMBRES AIRADOS"

I

Y DICE el bandido Roque Guinart:

—Nueva manera de vida le debe de parecer al señor Don Quijote la nuestra, nuevas aventuras, nuevos sucesos, y todos peligrosos; que no hay modo de vivir más inquieto ni sobresaltado. A mí me han puesto en él no sé qué deseos de venganza, que tienen fuerza de turbar los más sosegados corazones. Y como un abismo llama a otro y un pecado a otro pecado, hanse eslabonado las venganzas de manera que no sólo las mías, pero las ajenas tomo a mi cargo. Pero Dios es servido que, aunque me veo en la mitad del laberinto de mis confusiones, no pierdo la esperanza de salir a puerto seguro.

Considéralo Don Quijote con asombro, dícele que el principio de la salud está en conocer la enfermedad.

—Y si vuesa merced quiere ahorrar camino y ponerse con facilidad en el de su salvación —concluye—, véngase conmigo; que yo le enseñaré a ser caballero andante, donde se pasan tantos trabajos y desventuras que, tomándolos por penitencia, en dos paletas le pondrán en el cielo.

Rióse Roque del consejo de Don Quijote —dice aquí Cervantes—. Y con la naturalidad de la novela, sigue desenvolviendo, impasible, el episodio inacabable. Y resiste, Cervantes, a la tentación de explicar el símbolo, con ejemplar heroicidad de arte. En torno al sencillo relato, resuenan cien filosofías. Pero Cervantes se tapa las orejas con ambas manos, porque las Musas son celosas.

Rióse Roque, porque no comprendió que hablaba con su par y gemelo. El mutuo reconocimiento, la "anagnórisis", hubiera transformado la creación, plena y vital, en alegoría retórica, afeándola además con el impudor de las confesiones recíprocas.

La energía trágica de la vida reside, casi toda ella, en

esta excitación que no acaba de resolverse, en este misterio que está a punto de entregarse todos los días. Sombras terribles, Don Quijote y Roque Guinart se encuentran, se traspasan, sin entrechocarse jamás. El bandido y el caballero andante, por caminos contrarios, uno en nombre del mal como otro en nombre del bien, llegan a la misma encrucijada, deshaciendo agravios ajenos; oponiendo ambos, ante la flaca institución social, un individualismo robusto, lleno de eficacia en el rescate, certero en el castigo, como rayo de Dios.

La coincidencia final entre dos virtudes opuestas es tan antigua como el apólogo. Ya el brahmán del *Mahabarata* sabe que hallará su igual, y acaso su superior, en el pobre cazador, cuyo oficio le parece impuro. Lo busca, lo encuentra un día en el mercado, manchado con sangre de sus reses. También en la novela metafísica de Tofáil, el solitario por la razón y el santo por la fe acaban en la misma isla de sabiduría. En toda acción hay virtud secreta; y la más alta, la virtud paradójica que brota de las más humildes apariencias: el porquerizo de la Odisea es, en el lenguaje homérico, "divino"; el rey y el esclavo colaboran, más allá del bien y del mal; a la diestra de Jesús, está el Buen Ladrón.

Pero lo que da realce en Cervantes al tema de la "confluencia moral" —aparte de la desviación cómica que implica, por sí mismo, el carácter de Don Quijote— es, precisamente, el no reconocerse los héroes. Pudo haber sido, y no fue: un despecho íntimo llena de amargura, sin que él lo sepa, la risa de Roque Guinart. Los dos, él y el caballero, vivían insaciados. No importan las obras: lo importante es obrar. Ambos, en su vida y desiguales sucesos, se gobiernan por el tipo ético de la sed.

II

Aparte de su verdad humana, el bandido por venganza, Roque Guinart, representa una realidad histórica, regional. Su conducta es de "catalanes airados", de catalanes que "andan en trabajo". Don Francisco Manuel de Melo ha escrito, en el siglo XVII:

Son los catalanes, por la mayor parte, hombres de durísimo natural; sus palabras, pocas, a que parece les inclina también su propio lenguaje, cuyas cláusulas y dicciones son brevísimas. En las injurias muestran gran sentimiento, y por eso son inclinados a venganza. Estiman mucho su honor y su palabra; no menos su exención, por lo que entre las más naciones de España son amantes de su libertad. La tierra, abundante de asperezas, ayuda y dispone su ánimo vengativo a terribles efectos con pequeña ocasión: el quejoso o agraviado deja los pueblos, y se entra a vivir en los bosques, donde en continuos asaltos fatigan los caminos. Otros, sin más ocasión que su propia insolencia, siguen a estotros. Éstos y aquéllos se mantienen por la industria de sus insultos. Llaman comúnmente "andar en trabajo" aquel espacio de tiempo que gastan en este modo de vivir, como en señal de que le conocen por desconcierto. *(Y así lo reconocía Roque Guinart.)* No es acción entre ellos reputada por afrentosa, antes al ofendido ayudan siempre sus deudos y amigos... Habitan los quejosos por los boscajes y espesuras, y entre sus cuadrillas hay uno que gobierna, a quien obedecen los demás. Ya de este pernicioso mando han salido para mejores empleos Roque Guinart, Pedraza, y algunos famosos capitanes de bandoleros...

Y Don Quijote le dice a Sancho, al verlo espantado porque, en medio de la oscuridad, ha tocado con la cabeza dos pies humanos:

—No tienes de qué tener miedo, porque estos pies y piernas que tientas y no ves, sin duda son de algunos forajidos y bandoleros que en estos árboles están ahorcados; que por aquí los suele ahorcar la justicia, cuando los coge, de veinte en veinte y de treinta en treinta: por donde me doy a entender que debo de estar cerca de Barcelona.

A poco, cuando aparece Roque Guinart, Cervantes lo describe así:

"Venía sobre un poderoso caballo, vestida la acerada cota, y con cuatro pistoletes, que en aquellas tierras se llaman pedreñales, a los lados."

Y véase la descripción que hace Melo del catalán que se echa al campo por agravios:

"Es el hábito común acomodado a su ejercicio: acompáñanse siempre de arcabuces cortos, llamados pedreñales, colgados de una ancha faja de cuero, que dicen charpa, atravesada desde el hombro al lado opuesto. Los más

desprecian las espadas como cosa embarazosa a sus caminos; tampoco se acomodan a sombreros..."

Ya en cierto antiguo *Entremés de los alimentos*, se llama a Cataluña "la tierra de los pistoletes".

III

La huella del catalán airado puede todavía rastrearse en la literatura del siglo XVII. Juan Pérez de Montalván, en su comedia *Un gusto trae mil disgustos*, pinta a un catalán, Pedro, hijo de Jaime, el cual se hace bandido ante las injurias que su padre recibe de un Gobernador. El "especialista" en Montalván —doctor G. W. Bacon—, comentando esta comedia, cita el dicho de Schaeffer, sobre la costumbre catalana de "abandidarse por despecho", y lo pone en duda, olvidando los testimonios que aquí alego.

Pedro, pues, se ha hecho bandido. Pero los agravios continúan, y el Gobernador aprisiona a Jaime, el padre de Pedro. Un ángel, disfrazado de pastor, hace que Pedro se arrepienta y abrigue, por un instante, esperanzas de salvación. Mas, a poco, un diablo disfrazado de ermitaño le hace saber las angustias que sufre su padre en la prisión, condenado a perecer al siguiente día. A lo cual Pedro, aunque entiende que va a perderse, vuelve a la ciudad y da muerte al Gobernador.

Mucha audacia fue ya este triunfo aparente del mal poder, cosa que, en la antigua España —observa Schaeffer—, sólo puede hallarse aquí y en la *Farsa* de Juan de París (1551). Y es más extraño —continúa— en Montalván, notario de la Inquisición; y tan extraño también que lo tolerara la censura.

Montalván, sin embargo, no era precisamente audaz, o acaso le estorbaban los moldes triviales de la comedia de su tiempo. El combate del ángel y el diablo sobre la posesión del alma del pecador tiene seguramente mayor interés —un medieval lo hubiera comprendido así— que las componendas de enamorados mecánicos en que se distrae el desenlace de la comedia. Al fin Montalván se olvida del problema de la salvación del bandido por venganza, con lo cual se pierde la más profunda intención del drama.

Habrá que buscar el motivo en Tirso de Molina —admirablemente comentado por Menéndez Pidal—, donde el bandido se salva por su fe, por su vocación superior, y el asceta se condena por desconfiado. Allí, con una dialéctica doble, afirmativa por una parte y negativa por la otra, el tema de la "confluencia moral" se refracta, se diferencia, cobra un sentido a la par teológico y heroico; asciende el bandido y cae el santo, y es, en ambos, la eficacia de la obra la única ley de salvación.

Sobre el catalán que se echa al campo por agravios, finalmente, algo hay en *El peregrino* de Lope.

Por lo demás, el caso de Roque Guinart —En Perot Roca Guinarda—, estudiado históricamente por Soler y Terol, es el producto de los odios entre las facciones o bandos de Cataluña. El odio de los viejos partidos políticos de "nyerros y cadells", renovado en la segunda mitad del siglo XV, toma una orientación nueva, se generaliza en toda Cataluña, y una de sus principales figuras es Roque Guinart.

IV

Lo que significa el Cid Campeador como fermento de la idea nacional es de todos bien conocido. Para sostén del Cristianismo y defensor de las fronteras de Europa, en buen hora nace y ciñe espada. Pero ¿no es cierto que en el resorte humano que desata su heroicidad hay mucho de hombre airado, que se echa al campo por agravios?

Porque le fallan su rey y su ley, el Cid vive airado. En el destierro, que es su situación ideal, la que más realza sus virtudes, dice palabras de mucho agravio. Como otros hacen voto de santidad o mendicidad, él hace voto de ira: no cortará sus barbas, porque lo ha echado de sus tierras su señor natural. Al Conde de Barcelona, le dice:

—Unas veces de ti y otras de otros he de tomar lo mío, porque soy hombre desterrado del rey.

De repente, hasta se jacta de alguna violación militar. Es el héroe entre la injusticia. Su suerte, o la sensibilidad popular que la interpretó para nosotros, lo quieren ver siempre en la desgracia. Así, cuando al fin se logra que

el rey le otorgue su perdón, es fuerza que le sobrevenga otro mal, y los yernos que el rey le da afrentan a las hijas.

El Cid, en el sentido literal, es un "forajido": un "echado fuera". Fuera de la ley, vivirá arrebatando su vida a otros. Fuera de su tierra, la ganará de los que la poseen. Y si no me atrevo a decir que Ruy Díaz "anda en trabajos", es porque el catalán cuando se echa al campo pierde toda confianza en las normas regulares de la vida, y hasta desconfía del mismo bien, que parece haberle traicionado; en tanto que Ruy Díaz es la fortaleza misma de la fe y la esperanza, y de lo más hondo de sus desgracias saca una alegría, ruda y divina, de ganarse el pan a mandobles.

Dos ambiciones parecen sustentarlo: crecer en provechos, ablandar al rey. Ama la ganancia como signo de energía acumulada; pero le tiene una afición de hombre de deportes, y nada le es más extraño que la codicia. Lo que gana, se complace luego en distribuirlo, se lo manda de regalo al rey, lo abandona a los suyos, en aquellos generosos arrebatos de caudillo bárbaro. Si Dios le da vida, un día a doña Jimena y a sus hijas han de besar la mano todos. Por su solar humilde, por la pobreza de sus comienzos, y hasta por la injuria que recibe de la aristocracia afeminada —las manos de los Infantes de Carrión—, el Cid representa la parte más ruda de la vida, alzada a dominar. Y al fin prospera, como Hércules, entre los trabajos:

Hoy los Reyes de España sus parientes son.

Hay que estudiarlo en el antiguo poema. Ya en el romancero, a pesar de algunos refinamientos de forma, la gran figura tradicional degenera. Hay que conocerlo a través de los versos de hierro del juglar. Lo que en el antiguo poema era la alegría de la fuerza desbordada, en el romancero es ya una congestión de cólera grosera. Los deleites del soldado, aparte de la victoria, brotan sin duda de cierta curiosa mescolanza del abuso con el perdón. (Recordad, en el poema, la prisión del Conde de Barcelona, que se empeña en dejarse morir de hambre, y las amenazas y palabras, llenas de una risa profunda, con que el Cid le obliga a comer, para que no digan que mata de hambre a sus prisioneros, y al fin le devuelve la libertad, con dos de los

suyos: "Conde, comed, comed, que si no coméis de modo que yo quede contento, aquí os quedáis para siempre a vivir conmigo . . .") Así en el poema. En el romancero, en cambio, la independencia del héroe sólo logra revelarse mediante el recurso de la insolencia contra su rey.

V

Cerca de Valencia, ante los moros que vienen a combatir, el Cid se jacta de airado:

—Gracias al Padre Espiritual —exclama—, que estamos en sus tierras, y les hacemos todo el mal que podemos: bebemos su vino y les comemos el pan, y si vienen a combatirnos, lo hacen con derecho.

Pero todo caos tiende a organizarse, y la vida airada, hecha institución del agravio, produce actos de legislación. Una vez que el Cid logra conquistar a Valencia, hace obispo a Jerónimo. El Cid, fuera de la ley en tanto que no gana a Valencia, comienza en Valencia un nuevo Estado, a su modo, como quien comienza una Utopía. Si otra vez lo atacan los moros, el Cid se alegra de que lo vean pelear su esposa y sus hijas:

—¡Gracias al Creador y Padre Espiritual! Ante mí tengo todo el bien que he ganado. Con afanes rendí a Valencia, mi heredad: sólo muerto la dejaré. De las tierras de allende el mar me ha venido delicia. Ahora veréis cómo se gana el pan.

Y como doña Jimena le pregunta qué es lo que pasa:

—Es la riqueza, honrada mujer, la riqueza maravillosa y grande, que nos va creciendo por días. Son presentes que te traen para festejar tu llegada a Valencia. Es el ajuar para tus hijas, que pronto serán casaderas. Créceme el corazón porque he de combatir estando tú delante.

Esta alegría activa y salubre, que el Cid opone como contraveneno a todas sus desgracias, lo preserva de convertirse en un "hombre airado".

VI

Permítaseme mezclar los tipos y publicar estas notas sin orden especial. He andado algún tiempo poniendo señales

en los libros, y hoy estoy dispuesto a deshacerme como fuere de la obligación que, ante mí mismo, he contraído.

Cae en mis manos una *Historia de los bandidos más célebres, en Francia, Inglaterra, etc., traducida del francés y adicionada con la de los más famosos bandoleros españoles,* por D. C. R. de A., Córdoba, 1841. Se trata, por la mayoría, de hombres airados. Alguna vez, en la iniciación de su penosa carrera de salteadores, les ha fallado la ley, y de aquí que se echen a la mala vida.

Les ha fallado la ley: entendámonos. La ley no está sólo en los códigos o en las costumbres; también viene a ser la ley, para nuestros hábitos mentales, todo lo que aparece a nuestros ojos bajo la forma de la confianza; lo que nos sorprende ingratamente, nos traiciona. Y no sólo los demás nos traicionan: a veces, nos traicionamos nosotros mismos. ¿Quién no ha vivido días, meses, tal vez años, como poseído de un demonio maligno que lo lleva por caminos desusados, extraños a sus verdaderas inclinaciones? Un titubeo de la propia conducta, si no nos tira más allá del límite a que queríamos llegar, no puede decirse, humanamente, que nos traicione, que nos engañe. Pero si de ese simple titubeo brotan consecuencias imprevistas, y se van encadenando unas a otras como se encadenaron, unos con otros, los agravios en el pecho de Roque Guinart; y si de ese solo titubeo resulta que tenemos que seguir alejándonos, cada vez más y siempre involuntariamente, de nuestro camino original, entonces es lícito, es humano, quejarnos de traición: nos ha traicionado nuestra propia conducta.

Juan el Desollador —dice mi anónimo—, nacido en Bukler, orilla derecha del Rin, en 1779, e hijo de un desertor prusiano, se vio arrastrado a su carrera de crímenes por haber perdido veinticuatro francos.

Rinaldo Rinaldini, famoso calabrés, discípulo de un ermitaño, cayó en lo mismo porque, llevado de su genio violento, un día que, siendo soldado, lo maltrató injustamente su coronel, no pudo evitar el ademán de sacar la espada.

Makandal, bandido africano del monte Atlas, sabio en los venenos vegetales, vivía esclavo en la Isla Española, donde era querido por todos. Pero se enamoró de una esclava que le había gustado a su común señor, y éste, un día, lo

mandó azotar injustamente. No hizo falta más para despertar a la fiera.

Damián Hessel, nacido en Paderborn el 3 de mayo de 1774, cometió, en el gimnasio, una falta insignificante, y huyó de la casa paterna por miedo al castigo: de aquí la serie de sus errores. Hessel se consideraba víctima de una especie de fatalidad, y, contestando a uno de sus jueces, le dijo:

—Dios nos hace nacer y nos envía al mundo para castigo de los avaros y malos ricos; somos como una plaga divina . . .

La historia se repite en todos los casos que estudia nuestro erudito anónimo. Y en las adiciones, sobre bandidos españoles, de don Carlos Ramírez de Arellano, lo propio acontece:

Francisco Esteban, el de Lucena, siendo soldado en Cartagena, riñó con un vecino y, habiendo disparado sobre él, tuvo la desgracia de matar a la mujer de éste, que se interpuso. La desazón moral que le produjo esta burla de la suerte lo arrastró a la profesión de bandido.

Sobre los orígenes del Rubio de Espera no encuentro datos en el "curioso", pero su honrado fin (pues murió tranquilamente en Nueva York, donde llegó a ser comerciante pacífico) demuestra que sus crímenes no lo comprometieron para siempre, ni la sociedad se le interpuso en el intento de volver a ser bueno, como el clásico malhechor de Hugo. A este Rubio de Espera no le falló la ley por completo.

José María, el Tempranillo, debe ser considerado aparte: no era un hombre airado, un despechado; sino un ladrón técnico, profesional, tal vez muy moral a su manera, dentro de las reglas hereditarias de su arte, recibidas en patrimonio de su célebre padre y maestro el Tío Pepe Coleta, también ladrón famoso en su tiempo.

IV. UNOS MANUSCRITOS OLVIDADOS

DEDICATORIA

Dedico estas páginas finales de *El cazador* a la memoria de Jesús Acevedo, que sonreía tan amablemente cuando lograba sorprender, como en una vislumbre, el alma confusa de sus amigos.

Ha sido un hallazgo. No sé ya a qué época pertenecen: ¡los jóvenes somos tan viejos! Sólo sé que son de aquella era en que todavía la Gramática de la Real Academia mandaba acentuar la preposición "á". Me han venido acompañando por todos mis viajes, muy escondidos, muy disimulados entre los demás papeles. Un día los descubro, los examino con asombro . . . creo recordar. ¡Oh, sí, yo era éste: me reconozco! Y al fin me decido a publicarlos, para que sirvan como materiales a la psicología de las edades del hombre, que está siempre por rehacer.

1921.

1. DIÁLOGO DE MI INGENIO Y MI CONCIENCIA

(Pesadilla)

ERA YO mismo; pero más esbelto y adelgazado: sutil. En el rostro estaban marcadas las rayas de la risa. Las miradas picaban como puntas agudas. La voz se atiplaba, llena de firmeza; y el andar parecía volar.

Al lado de esta extraña visión, y como arrastrado por ella, también me acercaba yo mismo; pero, esta vez, torpe y obeso, bajo, lento. La mirada perdía fijeza y se disipaba, fatigada. El rostro se hacía ancho y vulgar; gruesa y bronca el habla, honda y tenebrosísima.

Y el último y definitivo yo mismo, el que yo no veía ni casi sentía, pero que, en poridad, me explicaba las apariciones del sueño, me dijo así:

—Aquél es tu ingenio; ésta, tu conciencia. Entre ambos se reparten tu alma; y así, no es raro que en medio de las risas llores, y en mitad del llanto sonrías . . .

Iba a continuar cuando, súbitamente, y con una voz de clarín,

—Todo soy yo ímpetu —comenzó mi ingenio; y

—Toda soy yo derrota —salmodió mi conciencia, como desde abajo de la tierra.

—A mí las flores y los cascabeles —gritaba mi ingenio, danzando—; a mí las coronas y los frutos llenos de miel. A mí todos los perfumes de Arabia; a mí todo el oro de la tierra; a mí la risa varonil, la sana soledad y la vida libre de los viajeros. Por mí hay una bandera de gala en la cumbre de la Creación. Por mí pasa mi dueño horas amables; y, en la charla de los amigos y dentro de la sala abrigada, el día es igual a la noche, la noche es igual al día, y las horas arden en el hilo azul del tabaco, o se diluyen, como los terrones de azúcar, en las tazas del té.

—A mí los cardos, para mí las esquilas fúnebres —gemía, en sordina, mi conciencia—; para mí el sabor de la

ceniza, y la brasa ardiente sobre los labios de la sed. A mí el amor, y las bocas que se destiñen con los besos; y los ojos fulgurantes en la oscuridad, y los relámpagos de carne desnuda, y el grito y la fiebre y los puñales. A mí todo el hierro de la tierra, y la sombra de los árboles que envenenan. A mí todo el llanto del duelo y todo el sudor de la fatiga. Para mí el mal sueño de la posada extranjera, y el rápido ensillar de los caballos y la fuga trágica en el frío del amanecer. Por mí flota una mortaja en trizas sobre la cumbre de la Creación. Por mí pasa mi dueño horas crueles; y en el diálogo eterno de los que se entienden y de los que se adivinan, el amor se enfría y apaga, mientras crece la antorcha helada de la inteligencia, que consume sin calentar.

Y mi tercer yo me dijo entonces:

—Cuando crees en la seriedad de tu vida, tu conciencia se te adelanta como un obrero que se acerca al taller, la frente estoica y con los brazos desnudos. Tu ingenio entonces, que supera en talla a tu conciencia, si ésta lo supera en vigor, tu ingenio —que es un elegante desdeñoso— se asomará sobre el hombro del pobre obrero, y le hará un guiño, una muequecilla imperceptible: bastante para que la vida te parezca al punto un hormiguero miserable, digno de aplastarlo con los pies. Mas, si te dispones a reír, tu conciencia te lo impedirá. Y así vivirás en un estropearse de tus lágrimas con tus risas —cuando no te asiles en los libros. Porque los libros son, como la libertad, el refugio de los pecadores. Y vivirás para ir satisfaciendo a cada uno de estos lobos hambrientos: tu ingenio, tu conciencia. Y ellos se disputarán el señorío de tu alma.

A este punto llegaba yo en la exégesis de mí mismo, cuando sucedió algo que, aun en la vigilia, me conmueve y me turba. Y fue notar lo que hasta entonces no había notado: que mi ingenio era un hombre, y mi conciencia era una mujer: y mi ingenio la galanteaba, y ella se le rendía, llorando. Y me sublevé y empecé a gritar:

—¡Oh, frívolo, insensato! ¿Qué sabes tú de sus lágrimas? ¿Qué entiendes tú de sus dolores? Tú que sólo eres la sonrisa del conocimiento; tú que sólo eres la opinión del espíritu sobre la materia, ¿qué engendrarás en sus entrañas

fecundas? Y tú, necia, vulgar y supersticiosa, que crees en duendes y en endriagos, ¿qué sabes tú de sus sonrisas? ¿Qué entenderás tú de sus alegrías terribles? Tú que sólo eres la amargura de la voluntad; tú que sólo eres la desesperación de la materia ante el espíritu, y el rayo de duda en los ojos del barro, ¿qué aprovecharás de sus inefables semillas? Pues ¿qué imposible maridaje es éste? ¿Qué monstruo de dos cabezas ofrecéis a mi sublevado albedrío?...

Pero me detuve temblando. Aquellos dos fantasmas, el varón dotado de alas y la hembra armada de cuchillo, se reproducían en numerosa prole de gnomos, que todos se parecían a mí. Cuando abrí los ojos, sobresaltado, tratando de descifrar las sombras, me llegaron todavía palabras del sueño. Y oí claramente que mi ingenio decía a mi conciencia, significando el estusiasmo ético que ella, vagamente, le despertaba:

> —Tu cuello, como la torre de David, edificada para enseñamientos: mil escudos cuelgan de ella: todos de valientes. (*Cant. Cant.* IV, 4.)

Y que mi conciencia requebraba a mi ingenio, significando la borrachera vital que él, vagamente, le infundía:

> —Tus ojos, bermejos del vino; tus dientes, blanços de leche. (*Cant. Cant.* XLIX, 12.) *

* En la "Carta a dos amigos", recogida en alguna serie de mis *Simpatías y diferencias,* me atreví a observar que esta página juvenil anuncia, por caminos independientes, la parábola de Paul Claudel *Animus et anima,* primeramente publicada en la *Nouvelle Revue Française,* París, octubre de 1925. (Referencia a Lucrecio, a la *Psychomachia* de Prudencio, y a Jung.)

2. EL CANTO DEL RUISEÑOR

(Crónica de una noche del alma)

We talked a great deal of nonsense in those days.

WORDSWORTH

Nous avons dit souvent d'impérissables choses.

BAUDELAIRE

¡COSA ridícula y amable! Era domingo. Si sois, como yo, amigos de las mañanas de sol, me perdonaréis que fuera domingo. Nosotros éramos como unos salvajes; llenos de todas las ignorancias sonoras, nos hubiéramos comido un tambor en vez de un capón. Con las cosas crudas de la adolescencia en nuestras almas, no éramos, aún, bastante desinteresados ni sabios para gustar del mundo exterior. Imagino, pues —aunque entonces no me percaté—, que pasaron ante nuestros ojos todos los prodigios simbólicos del campo: el grito en el espacio, el cordero sobre la colina, el lirio del valle . . . ¿Y la alondra, he dicho? Es verdad, porque amanecía. (¿Me perdonaréis que fuera domingo?)

Era la estación en que los pájaros mudan el plumaje y en que las muchachas padecen crisis morales (¡esa amable tisis voluntaria de los quince años!) Uno de nosotros leía las obras de Tácito. Como era tan joven, tenía fe en las ideas: buscaba ideas en Tácito. De esto ha mucho tiempo. Hoy, como hemos madurado ya, saboreamos, sobre todo, los cuentecillos que desfilan por los *Anales,* chismorreo de Roma.

Otro, que leía novelas naturalistas, hablaba todo el día del Tesoro de los Humildes (esta trampa que nos han armado, a los proletarios, los poetas burgueses), y de la Heroicidad Cotidiana (esta exaltación del dulce farniente). Influencia todo ello, quizá, de la cobardía de las verdades

en boga: la conservación de la energía; nada se crea, nada se pierde, etcétera. Aseguraba que hay más heroicidad en nuestra vida diaria que en la de los reyes o los aventureros; predicaba la metafísica de la simple existencia; creía que estábamos santificando la tierra sólo por tomarnos el trabajo de hollarla, y que existir simplemente era una valerosa hazaña. De esto ha mucho tiempo. Hoy, como hemos madurado, sabemos que todo se debe crear y todo se debe gastar; que no hay el conservar la energía (¿y para qué, oh cielos?); que más heroico que andar es correr; y, más que correr, volar; que la simple existencia no es ninguna valerosa hazaña, porque nosotros no existimos: la naturaleza se encarga de existir en nosotros; que es una malicia o un crimen aconsejar la conformidad con la estupidez cotidiana, porque vale más ser rey o guerrero o profeta o sabio.

Otro andaba siempre disgustado en cuanto salíamos al campo; porque,

—No tengo —decía— ninguna predilección especial por los vegetales. (¡Qué Sócrates! ¿verdad?)

Y otro (aquél, aquél) nos iba diciendo al oído:

—Sé que os irritáis conmigo porque soy partidario de la Duda Alegre. Sé que os exaspera este escepticismo mío, alegre. Pero un día moriré, y entonces todos mis amigos confesarán: "¡Tenía razón!" La Creación es enemiga del escepticismo, lo sé. No me asombra: la Creación está hecha con errores afirmativos. Mas ser escéptico es emanciparse de Dios, de "Don Armonía Universal." —(¡Oh, loco, loco!) Y continuaba: —Yo no soy un canto rodado, así digo yo al alfarero del mundo. Y, como algún día he de morir, algún día se dirá en mi tumba: "¡Tenía razón!"

Y correteaba con una alegría de colibrí, a pesar de sus pensamientos funestos.

De tanto revolotear, las mariposas se pierden en el aire. Nosotros logramos perdernos por los caminos del bosque. Perdernos es, fundamentalmente, lo que anhelaríamos todos los hombres: perdernos, o ser descubridores. No deseábamos encontrar la salida; pero, como sucede siempre en los cuentos, Atenea, enemiga de curiosidades malsanas, se nos acercó, en forma de una viejecita arrugada, y nos dijo, apuntando con el bordón:

—Andad por ahí, hijos míos. El camino forma un recodo hacia esos matojos negros, cargados de gorriones. Al lado fulgura un regato, y ahí va el camino.

Salimos, pues, al camino, los que éramos menos poetas; los otros siguieron metiéndose en el bosque, tapándose las orejas y cerrando los ojos.

Junto a la cuneta, la casa aislada; y la muchacha rubia, en la consabida ventana. Sus ojos eran claros, serenos. Ésta es la princesa que perdió en la zanja la pelota, y que conversó con la rana del charco; ya se sabe.

Nos anocheció a cielo abierto. Íbamos como unos trovadores. Dormimos bajo los brazos de los árboles. Toda la noche estuvo cantando el ruiseñor. Nosotros confundíamos su canto con el resplandor de la luna. De esto ha mucho tiempo.

3. DEL DIARIO DE UN JOVEN DESCONOCIDO *

> *Discípulo.*—Si el desear ser perfecto fuera perfección, perfectísimo fuera yo en todo género de virtudes, porque toda la vida gasto en buenos propósitos y deseos...
> *Maestro.*—¡Dios te salve, Deseoso!
>
> FRAY JUAN DE LOS ÁNGELES, en *El Reino de Dios.*

I. LAS PRIMERAS PÁGINAS

"CULTIVO un deseo —ya ha pasado tiempo desde el día en que lo concebí— que es escribir y decir alguna cosa, con la cual influya mi ánimo tan profundamente, que hasta mi especial manera de ser lo resienta por reflejo y se modifique con ello. Éste es el deseo que cultivo yo, diligentemente.

"Padezco en estos días una de esas pesadumbres que van y vienen, que me hacen malquerer a los hombres y desdeñar las cosas: tal necesidad de aislamiento conviene a mi tarea. Hoy, sobre todo, siento que mis años me amenazan con quedarse en una perpetua infancia, según lo que me estoy dando a los amigos y desperdiciando en las charlas: tal remordimiento estimula a punto mi voluntad. Y, con ánimo de cambiarme o de encontrarme, y seguro de que es la juventud mero tránsito y un estado imperfecto, me dispongo a la edad viril con sabiduría.

"Pasé mi infancia entre el llanto a solas y las riñas en compañía. Todo me parecía rudo a mi alrededor, si no era mi pensamiento solitario. Pero, en fin, las razones externas iban modelándome a golpes, y mi natural delicadeza se fue habituando a las molestias ambientes. En breve tiempo, el tirano que vive en mi corazón empezó a manifestarse desconociendo leyes e imponiendo su exigencia a los hombres. Graves riesgos todos, si mi natural tendencia a interrogarme, y el influjo de Sócrates, no me convirtieran, oportunamente, a más altos rumbos.

* Ver *Obras Completas,* tomo IV, Apéndice bibliográfico, nº 8 *b.*

"Cambió el escenario de mi vida. Mudé una ciudad por otra. Tuve aquí la embriaguez de la sabiduría anhelada, y hasta de las conversaciones procuraba yo traer noticias a mi entendimiento. Dime luego a cultivar amistades, entre cuyas aficiones y palabras iba yo escogiendo las mías. Grandes poderes de análisis me parece a mí que me nacieron; gran preocupación de mí mismo. Unos se conformaban con llamarme altivo, y yo no lo era. Otros, complicado, por la atención excesiva que yo quería conceder a todas las cosas: no sabían que estaba descubriendo, a solas, el mundo.

"Y también los dioses me burlaron. Un día creí que había hundido los brazos en el mar hirviente de las pasiones, y creí tener ante los ojos visiones de sangre. Y mi serenidad vino a ser cristal que podía empañar el resuello de todos. Porque yo estaba enamorado. A la lumbre de mis deseos, quise modelar otra alma por la mía: donde quemé mis últimas lágrimas infantiles. Y empecé a sentirme prendido al suelo, cada vez más prendido al suelo.

"Al fin traje de mis delirios una enseñanza, una pequeña verdad escondida bajo mi manto: habiendo tropezado, al cabo, con las paredes de mí mismo, ya me conocía yo mejor, ya me admiraba yo menos a mí mismo. Yo me era un pobre amigo a quien se le tiene cierta ley. Pude decirle a mi corazón: *Mon vieux*. Hasta llegué a anhelar, fervorosamente, la primera hora de mi vejez . . . Las palabras del Céfalo de Platón, las palabras de Sófocles, me acudían involuntariamente: ¡Felices los que se han sacudido el yugo del amo furioso y brutal! ¡Oh, si no existieran emociones ni sensaciones! Hijos de los hombres: mientras este grito no os haya salido del pecho, no estaréis aún purificados.

"Una conquista estaba hecha; un triunfo, logrado: mi persona se iba definiendo, vaciada como en sustancia dura.

"Pero me ocurre pensar que, sin la voluntad de evolución, no se cumplen los desarrollos; y que ni los hombres ni los frutos sazonan sin un esfuerzo propio. Por eso considero a la mayoría como a niños transformados, revocando a duda el que hayan crecido. No se llega a la edad viril sin un constreñirse y disponerse. Santidad es el anhelo de perfección. Voluntad, santidad son necesarias para echar de adentro el hombre embrionario que palpita en nosotros,

y una armadura de bronce donde prospere, sin contactos ni desperdicios amorfos, la carne del varón perfecto y la virginidad interior.

"Pido a mis manos que sirvan a mi voluntad en cada instante, y más que en el sacrificio, creo en la expansión del temperamento. Proscribo de hoy más todo deseo de comunicar mi vida íntima con los otros, como desaseo y pecado contra virtud. Afirmo, y dejo afirmar a los otros para reconocer mis afirmaciones entre las suyas. Tolero: los demás no me importan, no son mi misión; pero, como me intereso en mí, me castigo. Profeso la afirmación como ley universal de vida. ¿Qué hay sino afirmaciones? Yo las opongo al silogismo y a la reticencia y a la excusa. Yo las esgrimo, yo las sacudo como mi haz de rayos.

"Tengo hastío en el paladar, y casi me amargan las golosinas de la juventud. Anhelo la sobria y rígida sazón, y estoy cansado del Proteo de mi alma. ¿Qué, si no los años, me dará la paz a que aspiro? Vivo aún tan enamorado del mundo, que el último que me habla siempre tiene razón. ¿Soy acaso un cauce que cambia de forma según el movimiento de las corrientes, que así me mudan y así me convencen a su antojo los mil acontecimientos diarios? Juventud se llama esta plasticidad, y muchos la cantan. Muchos celebran esta absoluta carencia de perfil. Pero ¿es esto el 'hombre en su punto', de Gracián? ¡Quién pudiera hacerme dogmático! Quiero ser un molde a que se conforme la vida, y que sea mi voluntad la vara mágica que encamine las cosas a mi servicio. Deseo que mi entendimiento se defina solo, dejando afuera cuanto es inútil. Que todos me entreguen su secreto, y que suene a mis oídos una campana cuando se me acerquen mis iguales. Que aprenda a tener preferencias en los hombres como en los libros. A la juventud le están vedados estos incomparables deleites, a cambio de rosas y de vino.

"Bien está la aceptación de la experiencia, pero con la disciplina por término, que es corona de la libertad.

"Me enseña Spinoza, me enseña San Agustín a mirar al niño con recelo. Concibo un varón absoluto, que los bufones se echen a temblar de sólo mirarlo, y cuya presencia les sea remordimiento; un varón que dé, como Zeus, la mayor

prenda de su voluntad con el movimiento solo, y levísimo, de su cabeza.

"Muevan otros disputa y ruido, dando a entender que tienen que defender sus dichos. Muerda el varón absoluto con sus palabras, persuadiendo al peso de sus decisiones.

"Dice Jenofonte en su *Banquete* que la belleza de Antólico atraía todas las miradas, como un fuego súbito en mitad de la noche. Los mortales poseídos de un dios —explica— gobiernan la atención de todos. La atención de todos debe gobernar mi varón, por el consorcio feliz de todas las energías del espíritu. Sus amigos deben contemplarlo en silencio. De todos se ha de distinguir por sólo su aura, como aquel olor de aceite distinguía, en Atenas, a los jóvenes libres, educados en la Pancracia."

II. Años más tarde

"¡Qué loco y qué vanidoso era yo entonces! Aunque, alguna vez, tuve razón. Examino las primeras páginas de este diario, y lo que más me asombra es ese empeño de transformarlo todo en conciencia: esa herejía que conduce a la perdición. Creía yo entonces que ni los hombres ni los frutos sazonan sin un esfuerzo voluntario. Hoy confío mucho más en la obra mecánica del tiempo:

> Que, a lo fácil del tiempo,
> no hay conquista difícil.

"Y si no confío en ello, al menos, me gustaría confiar. La conciencia es una fatiga; pone dolor en todas partes: comunica vida a cuanto toca. ¿Hay mayor daño? La conciencia es otro rey Midas, que todo lo vuelve de oro, y así se arruina.

"En cuanto a la ingenua concepción del 'varón perfecto y absoluto' (¡qué hueco suena!), me siento a cien leguas de tan clásica aberración. Mi conciencia de la personalidad humana ha evolucionado, desde la imagen del rompeolas, hasta la imagen de la isla flotante, que es una siempre, y por eso no le importa ceder un poco. Acepto el Euforión de mi alma, y me entrego a mi dios danzante. Aquella actitud ¿era útil? ¡Pues ésta será inteligente! Si aquélla da

los efímeros éxitos del dominio por la voluntad, ésta da los menos mortales, los goces del conocimiento. Aquélla prueba el valor material de las cosas, chocándolas furiosamente; y, como el 'curioso' de Cervantes, somete a rigor al oro, por contrastarlo, y acaba por trocarlo en cobre.

"Esta actitud nueva de la mente mide, en cambio, los valores de las cosas, las aprecia y palpa y sondea, plegándose a sus modos y a sus perfiles. Aquel dogmatismo cierra y sofoca el libre ejercicio del espíritu; casi sólo deja libres los puños, como a Laocoonte las serpientes. Esta elasticidad, en cambio, abarca el mundo. Si hay otra actitud posible que no es la nuestra; si hay otro pensamiento, si hay otro sentimiento posibles, dice la inteligencia, ¿cómo resignarse a no intentarlos? ¿Vamos a irnos sin sacar el fruto de esta larga meditación y prueba? ¿Que ahora soy sí? Pues sea yo no: que conozca yo todos los polos, y viaje de término a término. Que estallen las éticas estrechas a los aletazos de nuestra vida. ¡Ea! Sigamos todos los vientos; pensemos todos los pensamientos. Locura y miseria no usar de la fuerza que tenemos. Ofende al decoro de la vida el miedo a sus posibilidades fecundas. He aquí que las fuerzas del análisis al fin han logrado volverme átomos. No soy ya un espíritu: soy una legión, soy una ráfaga. No me pidáis constancia, amigos: tengo que seguir, a la vez, a todos los pájaros del aire. Voy saliéndome de mí mismo: voy camino del desinterés, del alivio. Soy yo y no soy yo, y hasta mis recuerdos van dejando de hacerme daño. ¿Leéis a Benjamin Constant? Constant parece decir a cada instante: 'Estoy iracundo, estoy furioso; y, sin embargo, por encima de mí, estoy absolutamente sereno'.

"Tal es el triunfo del espíritu sobre los estímulos bajos. No tembléis ante las consecuencias. Si vivís para pensar y entender, ahogad a tiempo al tirano, arrancaos a vosotros mismos. ¡Ay! Mas si no vivís para eso, he aquí vuestro yunque, vuestro mazo; golpead firme; no alcéis los ojos: os podría turbar el insecto que zumba sobre vuestra frente, y que sabe ya más que vosotros, por lo ágil, por lo libre, por lo voltario."

—¿ . . . ?

"He ojeado este diario, y no sé si debo atreverme . . . En fin, allá va.

"Si nuestra personalidad es producto de una elección perpetua; si cada uno de estos instantes por los que nuestra conciencia se va deslizando es como una encrucijada, ninguna más definitiva que aquella en que la juventud se resuelve en la edad viril. ¡Día de inexplicable temblor el día de colgar para siempre la toga pretexta! Irradia, en nuestros recuerdos, a través del tiempo, como aquella luminosa noche de Carlyle.

"Antes, era la mente abierta, la lira en el viento. Después, será la mente orientada, la flecha en el arco. ¿Suspiraremos por aquella plasticidad de ayer, cuando estábamos como contenidos en las formas del mundo, y todas nos iban modelando? Ciérrase, después, el carácter, como se cierran las junturas del cráneo. El hombre ya contiene algo a su vez, y ya late por sus venas el hijo. Algo se escapa de nosotros hacia el porvenir que, al mismo tiempo, nos hace más fieles al pasado. Empezamos entonces a perdonar a nuestros padres (¡ellos tenían razón!), y todas las simpatías humanas se robustecen. De cuando en cuando, volvemos los ojos atrás, con cierta despechada conciencia de que todo está bien así. Algunos, los peores, suelen dolerse abiertamente, y arrojan a los niños precoces esta odiosa injuria: 'Ya, ya veréis a lo que sabe salir de promesa y parar en fracaso definitivo'.

"La juventud es lo más abstracto que existe. No estoy cierto de que el joven —esta cosa provisional— goce plenamente de la vida. Una mujer, tan sabia que podemos llamarla Diótima, me dijo una vez: 'Amigo mío, no hay que apresurarse: lo espero a usted hacia los cuarenta'. No estoy cierto de que el joven goce de la vida: no tiene ojos, tacto ni paladar. No es sensible, sino pedante. (Es la fábula del que buscaba ideas filosóficas en un diccionario de cocina.) Sólo paulatinamente entrega la vida sus secretos. Un constante esfuerzo de orientación, por entre las cosas que se van individualizando cada vez más, es lo único que puede sal-

varnos. Poco a poco se nos abre el pecho. Pero conforme se va formando, en nosotros, el cauce de la vida, corremos el riesgo de empezar a amar la Vida con mayúscula. No abras, princesa del alma, no abras nunca la puerta aquella: que allí vive la sensualidad encadenada.

"Acaso la rapidez de las emociones juveniles es incompatible con la verdadera bondad. Los jóvenes son siempre algo fatuos, y sentencian como desde arriba. La más bella flor de su jardín tiene todavía una miel amarga y nueva, que enloquece. Más tarde, los azúcares se concentran. Algo de resignación y tolerancia, algo menos de combatividad, convienen mejor a la verdadera *soophrosyne*. Sólo los hombres de dudosa virtud —decía Platón— prefieren a los muy jóvenes.

"¿Será verdad que Plinio se entretenía, a la hora de la erupción del volcán, en comentar textos antiguos? A esto, en la adolescencia, le llamabais virtud... Voluntad gustosa de la vida, solicitud para todos los instantes, esto es la virtud. (Aunque allá, en el fondo, ya lo sabemos...) Matad al que diga: 'Yo no entiendo de pequeñeces', porque es enemigo del espíritu. *Les choses en elles mêmes ne sont ni grandes ni petites*, dijo con inspiración un maestro amable.

"Acaso el adolescente en quien yo pienso no sea el adolescente normal. Trátase de un hombre que empezó a gustar muy tarde de las golosinas, de la música, de los jardines. Sólo el amor madrugaba en él, pero por lo mismo que se parece a la filosofía y a otras cosas abstractas que a mi adolescente cautivaban. No nos engañemos más: el verdadero símbolo de los placeres terrestres está en otra parte; no sé yo bien si en los sentidos. El amor no es ni debe ser un placer. Es orden diverso y sagrado, de que no conviene hablar mucho, aunque presida necesariamente a toda emoción placentera: en los cuadros de los sentidos, de Brueghel, Venus y su hijo son siempre las figuras centrales, con excepción del cuadro del 'gusto'.

"Yo nací en una tierra extremosa y, de niño, sólo me daba cuenta de que hacía frío o calor porque lo decían los mayores. Más tarde, sentí frío y calor por mi cuenta; me asomé con asombrados ojos al caos de las cosas, que hasta entonces pude concebir bajo especie de eternidad. ¡Qué

fiesta, qué nuevo y glorioso nacimiento! Gustar de la lectura de un libro y, a la vez, del tipo de la impresión o de los cafés y dorados de la vieja pasta. Entusiasmarse con una idea heroica, y ser capaz, al mismo tiempo, de regatear para hacer una buena compra. Se enriquece al fin la conciencia, cultivada en todos sus surcos, y nuevo arco iris corona las formas de la tierra. ¡Oh abstracta juventud, espejo todavía sin reflejos: al fin te me vas poblando de amenas apariencias! Cumplan ahora su misión los ángeles del *Fausto,* dando eternidad a los instantes fugaces.

"¿Si tiene sus aspectos ridículos el proceso de madurez? ¡Y qué duda cabe! Lea el curioso cierto artículo de Gautier: *De la obesidad en literatura.* La evolución del romanticismo no puede apreciarse sin los datos que allí se encuentran. La evolución del tipo romántico, por lo menos. Algunas veces —y es el peligro— la madurez procede de la flacura espiritual a la obesidad materialista. Y así procedieron los románticos. Las ideas de Gautier sobre la flacura indispensable al genio, la edad vino a rectificarlas. Victor Hugo, el príncipe romántico, que hubiera tenido la obligación de conservarse flaco, se iba poniendo regordete como Napoleón en sus días de Emperador; y el descontentadizo Nizard creía descubrir en las facciones del poeta ciertos rasgos de creciente animalidad. De Balzac no hablemos: recordad la mole de piedra que Rodin ha tenido que plasmar en su honor. Y, en cuanto a Rossini, tenía la más monstruosa gordura: 'Seis años, seis años hace que no puede verse los pies' —gritaba Gautier con infantil regocijo. 'Tres toesas de circunferencia, amigos míos. ¡Un hipopótamo con calzones! Su alma siempre vuela rondando las cocinas, y los cobres de su orquesta acusan cierta preocupación por la cacerola, que no abandona nunca el sublime maestro ni aun en sus instantes de mayor inspiración.' Y los datos se suceden con aquella inagotabilidad bailátil que caracteriza el estilo de Gautier: *M. Sainte-Beuve est un grassouillet quiétiste et clérical qui promet beaucoup.* En cuanto a él, Gautier, *il renouvelera incessamment l'exploit de Milon de Crotone de manger un boeuf en un jour (les cornes et les sabots exceptés, bien entendu): ce que ce jeune poète élégiaque consomme de macaroni par jour donnerait*

des indigestions à dix lazzaroni; ce qu'il boit de bière enivrerait dix flamands de Flandre. ¿Recordáis a Rubén Darío?:

¡Y tan buen comedor guardo bajo mi manto!
¡Y tan buen bebedor tengo bajo mi capa!"

III

EL SUICIDA

Noticia

A) ediciones anteriores

1.—El Suicida // Libro de ensayos // Alfonso Reyes // Madrid MCMXVII. (Colección Cervantes, tomo V).—8º, 183 págs. Colofón: Tip. M. García y G. Sáenz, 7 de abril de 1917.

2.—Alfonso Reyes // El Suicida // Libro de ensayos // Tezontle // 1954.—8º, 139 págs. Colofón: Imp. Nuevo Mundo, México, 12 de enero de 1954.

B) observaciones

"Quien haya leído mi ensayo 'El revés de un párrafo' *(La experiencia literaria)* sabe ya que ese pasaje de *El Suicida* llamado 'La evocación de la lluvia', por ejemplo, data de México, julio de 1909... En la revista *Argos*, de México, publiqué el 3 de febrero de 1913 un articulito —'De vera creatione et essentia mundi'— escrito en 1910, que luego se aprovechó, transformado, en "Los dioses enemigos" [*El Suicida*]... También de México (*Revista de Revistas*, 15 de diciembre de 1912) datan "Los desaparecidos"; y "La conquista de la libertad", de París, 1913. Y así podría yo ir marcando al margen tal párrafo, tal fragmento, que proceden de mi primera época mexicana o de mi primera estancia en París, o en fin, de la etapa madrileña en que la obra fue finalmente confeccionada y publicada. Esto último acontece naturalmente con cuanto se refiere a la persona real cuyo suicidio (Ciudad Lineal, 2 de septiembre de 1916) provocó las primeras páginas." *(Historia documental de mis libros*, cap. VII, en *Universidad de México*, X, 5, enero de 1956, pág. 16 *a)*.

EL SUICIDA

Al comenzar el otoño, en un hotelito de los suburbios, donde hace tiempo vivía distrayendo su neurastenia entre las labores del novelista y el cultivo de su jardín, el pobre señor se suicidó. Su familia, que lo rodeaba con solicitud minuciosa, en vano había buscado, durante los últimos días, un leve sonrojo de contento en aquella cara ya melancólica para siempre.

¿Qué había hecho aquella mañana? Pasar y repasar frente al grupo de sus hijos que jugaban en el jardín; mirarlos más dulcemente que otras veces. Nada más. Era llegado el extremo en que sobran todas las explicaciones, y el golpe seco del revólver, momentos después, vino a aclararlo o a confundirlo todo.

Los ojos, fijos y atónitos durante una larga agonía —esos ojos de que los periódicos nos hablan— hacen concebir todo un mundo de interrogaciones y de enigmas; de protestas, de disculpas y de amenazas. Lo que no quiso decir la boca, lo difundían magnéticamente los ojos. Y en aquella figura de cuervo que se recortaba con una funesta elegancia, los ojos resaltaban cual una crudeza cínica y heroica.

La *Revue Hispanique* publicó hace años su retrato. Este extremeño, este paisano de Cortés, era un hombre frágil y fino. La levita, el gabán, el pantalón rayado y el sombrero de copa, la barba preciosamente cortada, acababan por darle un impecable aspecto de muñeco de sastrería. Compáresele con el hermoso y anticuado sujeto que dibujó Penagos para el semanario *España* y al que Eugenio d'Ors llama "El Preocupado". El Preocupado lleva también una alta chistera y se emboza en una vieja capa. Su modelo parece haber sido cierto retrato de don Ponciano Ponzano que posee "Azorín". En todo caso, recuerda los rasgos de Espronceda.

—Aféitate esa anticuada perilla, Preocupado; rápate

esas melenas románticas —le dice, más o menos, Eugenio d'Ors—; deja esos embozos demodados y esa chistera. Ya no más paseos a los alrededores de la ciudad barroca que, por lo demás, vive en ti mismo. Despreocúpate y siéntate a trabajar un poco. Después de todo, tú eres una grande esperanza española: tú representas la inteligencia paciente, ¡ay!, pero a dos dedos de la desesperación. "Que sabido es que el día siguiente al triunfo de la Inteligencia se llama Melancolía."

Si el lector tiene ambas siluetas a la vista, podrá imaginar conmigo que el Preocupado cambia sus modas anticuadas y sus procedimientos cosméticos por otros más modernos. De manos de Utrilla o Borrel pasa a las de los sastres Bernáldez o Cimarra, y de manos del barbero don Ciriaco Lagartos o del mozo Pedro Correa pasa a las del gran contemporáneo Jaime Pagés. Y ya no es la Inteligencia paciente; ya es sólo la Melancolía: la melancolía que fluye abundantemente por los ojos como por dos grifos abiertos. Y ya no es la figura armónica y justa, sino una figura esmirriada y espiritada; un grotesco Licenciado Vidriera, con todas las quebradizas veleidades del vidrio.

Este militar de las guerras coloniales había probado los martirios del santo. Quemado y acuchillado por los indígenas filipinos, fue dejado por muerto con la mitad de la cara deshecha, la mano izquierda mutilada, y todo el cuerpo sangrando por mil partes. Más espiritado, más exangüe que nunca, saldría del tormento, renaciendo a una nueva vida entre las cenizas de su carne. Este médico rural había pasado por todas las inquietudes del problema sociológico, que casaba originalmente con un sentimiento epicúreo y egoísta. Y, como a todos los que predican, aunque sea el egoísmo, no le faltaba generosidad. Su visión materialista y medicinal de la vida, en vez de ascender desde el amor de la carne hasta la belleza abstracta y superior —como en la mujer de Mantinea que inspira los diálogos platónicos— baja desde la ley divina hasta la plástica arcilla humana. Sus manos de cirujano operan largamente en ella, como las del guitarrista en los nervios de la guitarra, trayendo a la categoría de calambre, espasmo y punzada, todos los deleites sin mancha que pudieron aprenderse en el cielo. Siem-

pre hábil razonador, siempre desequilibrado en el fondo, cual el de Cervantes, nuestro Licenciado Vidriera parece un sacerdote que hubiera abusado de los secretos del confesionario. Y fue, ciertamente, un médico que abusó de las confidencias sorprendidas a la cabecera del paciente, quien suele, con la mejoría o con la crisis, ponerse comunicativo.

Escritor tardío, difícilmente descubriremos en él aquel ondular de la palabra, aquel placer de las expresiones, aquel instinto de la perfección verbal que no falta en los escritores nativos. Escritor tardío, su tardanza ¿no pudiera ser una promesa de pensamiento sólido? ¿Un síntoma en que conociéramos que va a decir algo positivo a los hombres, que ha venido con algún mensaje? Los escritores precoces suelen pasar por la vida desplegando sus tornasoles técnicos, sin que ellos ni nadie sepan, al fin, lo que tenían que contarnos. A veces, en cambio, esos escritores tardíos son como el viajero de la Grecia clásica, para quien la pluma sustituye al bordón de los peregrinos, y —utensilio propio de la vejez— sólo la usa para recordar, cuando ya no puede viajar más. Entonces, los tardíos tienen siempre algo que decirnos; alguna historia, propia o ajena, que narrarnos; algunos ejemplos que proponernos, ora de las ciudades que visitó Herodoto y que tienen en la geografía su nombre más o menos exacto, ora de las que descubría Thomas More, de que apenas ha quedado rastro en nuestras mentes como de una tierra previvida.

Si él había negado la crítica, la crítica también lo negó, relegándolo a la categoría de autor insano, al margen o fuera de la literatura. Y seguramente que en la literatura no estuvo, porque le faltaba lo esencial, que es la pericia de las letras; no sabía —deduzco de lo que le han dicho sus críticos—, no sabía poner unas letras junto a otras; ignoraba la ortografía, al grado de confundir (¿qué extraño espejismo español es éste; por qué esta confusión parece simbólica de todo un régimen, o desbarajuste social?), al grado de confundir una *vacante* con una *bacante*. No sabía escoger las palabras; ignoraba el vocabulario, al grado de hablar de las "cuestiones tranchadas". Nunca pudo usar en su recto sentido fórmulas como "sino que", "a menos que". No sabía poner unas palabras junto a otras; ignora-

ba la gramática hasta desconocer la existencia de los pronombres reflexivos. Y se equivocaba, todavía con más frecuencia que la generalidad de sus compatriotas, sobre el empleo de las formas verbales en "ara", "are", "ase". No tenía el sentimiento de la frase, ni tampoco supo ligar unas frases con otras, ni unas páginas con otras. Pero sí unos libros con otros. Y no sólo por repetir en todos ellos algunos pasajes y situaciones, sino por otra razón más esencial.

Y aquí tocamos a la paradoja del escritor. ¿Por qué ha de *salvarse* nuestro novelista —como dicen los manuales de literatura española—, por qué ha de salvarse sino por la unidad de su obra, por la insistencia? Es ciertamente un escritor metódico y hasta sistemático. Como lo habíamos supuesto, algo tenía que decirnos; y, recta o falsa su doctrina, alguna doctrina nos propuso. Una doctrina de apariencia congruente, aunque insuficiente e inferior, que él mismo se encargó de definir en libros de índole no novelesca, pero que ha inspirado también todas sus novelas. Porque no es el único escritor erótico, pero sí uno de esos para quienes el arte —o lo que fuere— es el arma de una pretendida reforma social. Su verdadero mal es la mala literatura; que, respecto al fondo de su obra, yo os aseguro que no es más insano que D'Annunzio. Otros se revuelcan también entre almohadas de pasión y lujuria; pero lo que en muchos resulta ímpetu lírico y hasta ornamental, en éste es un sistema metódico y un apostolado más bien práctico que poético. Y aunque hemos bajado hasta la región de los indiscernibles, se puede pensar que esta unidad, esta insistencia mejor dicho, pone su obra algo por encima de sus medios artísticos. Falta averiguar si la intención —lo que, teóricamente, parece salvarse— era sana en sí. Falta, por último, averiguar si la intención se inspiraba en buenas intenciones; si sus libros eran libros de buena fe. Lo mejor que de él ha podido decir la crítica puede compendiarse en estos versos de Díaz Mirón:

> Oigo decir de mi destino a un chusco:
> "Talento seductor, pero perdido
> en la sombra del mal y del olvido.
> Perla rica en las babas de un molusco

encerrado en su concha, y escondido
en el fondo de un mar lóbrego y brusco."

Es vieja en las literaturas, y en España es de cepa clásica, esa hipocresía estética que consiste en disimular el placer de las cosas insanas bajo la capa de la reforma social. Zola quería mejorar el mundo, y para ese fin, describía muy amorosamente, con paciencia de miniaturista, las llagas de la sociedad. Tal o cual pasaje de repugnante objetivismo, y que acusa, no ya la pérdida del paladar, sino aun del sentido de la náusea, ¿hace falta realmente para el fin de mejorar el mundo? Porque para la trama artística de la novela no hace gran falta, y a tanto hubiera equivalido sustituirlo con dos o tres líneas sintéticas y fuertes. Una cosa es decirnos que una mujer ha abortado entre las angustias de la suciedad, la soledad, el delito y la pobreza, y otra convertirnos en médico a palos o en comadrón por fuerza, obligándonos a asistir a las mil y una peripecias horrorosas del trance. Los autores de la Picaresca española otro tanto hacían, y en todos sus libros parecen alegar lo que Hernando de Soto alega del de Mateo Alemán:

Enseña, por su contrario,
la forma de bien vivir.

Pero eso no quita que el autor picaresco se complazca a más no poder en los crudos acertijos de su invención, y nos conduzca, con fría y calculada crueldad, de uno a otro extremo, en ese laberinto de hambre e ignominia por donde discurren los Caballeros del Milagro. Más de un pasaje del mismo Mateo Alemán —tal el cuento de la tortilla de huevos— parece convencernos de que, en efecto, cualquiera que sea el pretexto bajo el cual se disimule el autor, ha perdido algo como el don del olfato: del olfato físico y moral.

Y éste es el problema de nuestro novelista, aunque, desde luego, trasladado del terreno de lo picaresco al del erotismo: larga complacencia en los análisis de la seducción y la caída, desconsiderado placer en los altibajos psicológicos de sus inconscientes meretrices y de sus rufianes contentos. Porque se puede, sin ser morboso, amar el desnudo y sus encantos y consecuencias. Cuando otro escritor, va-

lenciano por de contado, compara a la mujer desnuda con la fruta mondada, apela a un instinto santo, a un apetito tan generoso y saludable que no se lo podría tachar. Pero cuando aquél compara una mujer desnuda a una rana despellejada, el dolor sensual paraliza nuestro corazón; los castos deleites del contacto se nos tuercen en desollamientos espantosos, y tanto sadismo y salacidad nos amargan como un trago de mar. He aquí al mártir de Asia que ha resuelto sus dolores, sus mutilaciones, en nuevos placeres recónditos; ése es el quemado y resucitado, ése es el acuchillado, para quien toda idea de contacto ha de despertar, en adelante, el recuerdo de una cicatriz o de una úlcera. Más espiritado, más exangüe que nunca, ha renacido a una nueva vida, entre las cenizas de su carne.

Pero la investigación de este problema, la buena o mala intención del novelista, no hubiera justificado las presentes disquisiciones. Como que acaso se explica fácilmente por una enfermedad de la sensación puesta al servicio de una racionalidad inquieta. Médico en el fondo, el Licenciado Vidriera sabe que su carne es de vidrio, que se quiebra y corta y punza; pero no puede menos de complacerse en su propio caso patológico, que hasta le sirve para sus descubrimientos y experiencias de gabinete. "Yo me vengaré de mis dolores —grita Flaubert— describiéndolos en mis libros." ¿Qué más quisiera el experimentador? ¡Tener el paciente en casa, al alcance de la mano, en la mano misma, en la propia mano mutilada y achicharrada! Porque esa mano siniestra es un símbolo: mano que ya no podrá tocar sin dolor los placeres, sin una sensación descarnada, como la de un desollado, como la de su diabólica y temblorosa rana. Paciente y médico a la vez, como paciente es morboso; como médico es apostólico, y prevé una campaña de higiene ética. Como Vidriera es frágil, y como Licenciado, arguye leyes del mundo, inferidas de su propia fragilidad.

El problema de las buenas o malas intenciones no nos parecía, pues, insoluble; ni siquiera muy interesante. Lo que nos importa es el suicidio.

Sí, el suicidio. Aquellos ojos abiertos, plenos de significaciones terribles, no nos permiten engañarnos. Este sui-

cidio tiene un sentido que es necesario averiguar. Varias hipótesis pueden proponerse sobre el caso.

La primera, la menos inteligente en el concepto literal de la palabra, supone que éste sea un mero suicidio patológico; un suicidio de neurasténico, al que no vale buscarle más sentido que a la mueca de un loco. Poco sabe de neurasténicos quien opine así, lo cual es imperdonable por los tiempos que corren. Nada tiene más sentido que los actos del neurasténico: es su lucidez, su exceso de intenciones y sensibilidades, lo que lo ha enfermado. En su moderna interpretación del *Licenciado Vidriera,* "Azorín" nos lo presenta como un hombre que emigra porque le molesta la grosería de su patria: el modo brusco de saludar, el tropezar con los muebles al pasar de un lado a otro de la sala, el cerrar las puertas con estrépito. Tan lejos estamos aquí del antiguo Licenciado Vidriera, como cerca estamos del problema moderno. Aquel loco, en Cervantes, conserva los sanos estímulos de la cordura: es un loco de la razón, pero un cuerdo de la sensibilidad. Las causas de su conducta son tan normales como ésta: ¿por qué se vuelve a su tierra? "Como le fatigasen los deseos de volver a sus estudios y a Salamanca (que enhechiza la voluntad de volver a ella a todos los que de la apacibilidad de su vivienda han gustado), pidió a sus amos licencia para volverse." ¿Por qué, en vez de volverse a Salamanca, toma para Italia? Porque, de camino, lo ha seducido la vida libre de un soldado, el gallardo capitán don Diego de Valdivia. Viajó por Italia como turista. De allí pasó a Flandes, siempre sirviendo con las armas. "Y habiendo cumplido con el deseo que le movió a ver lo que había visto (el de instruirse y andar mucho), determinó volverse a España y a Salamanca a acabar sus estudios." Y, atravesando Francia, volvió a España, "sin haber visto París por estar puesta en armas". En Salamanca era tan cuerdo que hasta se pasaba de cuerdo, desdeñando los amores de cierta dama de todo rumbo y manejo, la cual acabó por darle un filtro amoroso que lo enfermara. Y, declara rotundamente Cervantes, "aunque le hicieron los remedios posibles, sólo le sanaron la enfermedad del cuerpo, pero no la del entendimiento". Loco de la razón, cuerdo de la sensibilidad. Si huye entonces de los contactos brus-

cos, es por el miedo racional de quebrarse, puesto que cree ser de vidrio. ¿Hay cosa más cuerda, aceptada la previa equivocación? Conservaba tan en regla sus facultades, que no faltó quien le dijera, como a los locos raciocinantes sucede: "más tenéis de bellaco que de loco". Sus dichos y agudezas eran famosos. Y una vez curado, ¿a qué va a la corte? "Aquí he venido a este gran mar de la corte para abogar y ganar la vida." ¿Hay nada más cuerdo? Con el apaciguamiento de la locura, se ha apaciguado también la irritabilidad racional, al grado que se le acaban los dichos agudos; y la novela tiene que terminar. El mar de la razón se aquieta. Pero todavía falta un toque definitivo: nadie toma en serio al antiguo loco; la humanidad no renuncia voluntariamente a sus juguetes. "Perdía mucho y no ganaba cosa y, viéndose morir de hambre, determinó de dejar la corte y volverse a Flandes . . . donde la vida, que había comenzado a eternizar por las letras, la acabó de eternizar por las armas." De modo que en el mismo día y hora en que el personaje de Cervantes emigra a Flandes para ganarse el pan, valiéndose de su brazo, pues ya de su ingenio no se podía valer, el de "Azorín" emigra a Flandes para no oír los castellanos portazos, la fea y estrepitosa manera de sonarse, el descuido de consentirse un regüeldo y otras calamidades que constan en el *Galateo español* de Lucas Gracián Dantisco; que, aunque escandalosas, puede ser que no justifiquen un viaje a Flandes. Si el primero es loco de la razón y cuerdo de la sensibilidad, el segundo acaba por el extremo contrario. Y esto no sea dicho contra "Azorín", que él sabe bien lo que hizo y logró lo que se proponía, sino para definir al hombre de sensibilidad irritada, que es el aprendiz de neurasténico. Si a uno lo sanan del cuerpo, pero no del entendimiento, al otro, al moderno, "no le podrán quitar el dolorido sentir". Posible es que sean pueriles los motivos del neurasténico, pero su enfermedad se llama "embarazo de los motivos". Y mientras más recónditos y pueriles, mayor necesidad de buscarlos y de entenderlos.

La segunda hipótesis atribuye el suicidio a causas prácticas, diversas del orden intelectual: un fracaso en los negocios, una crisis pasional de amor. Y no niego que en

muchos casos el suicidio intelectual se disimule bajo pretextos prácticos. Lo eficiente es un mal interno; lo ocasional, un choque cualquiera de la vida. Si yo, fundándome en datos biográficos, asegurase ahora que Larra se suicidó por amor, toda la España nueva se alzaría contra mí para reivindicar a su mártir, al mártir de la protesta nacional. Algo menos simple es el caso del poeta mexicano Manuel Acuña; pero, como quiera, sería absurdo culpar de su muerte al viejo cantor Guillermo Prieto, con quien estuvo charlando sobre el valor de la existencia poco antes de suicidarse, y que, según cuenta, en vez de alentarlo, procuró desesperarlo todavía más. ¿Y el caso de José Asunción Silva? ¿Vamos a creer que se mató porque su médico acababa de asegurarle que no había remedio eficaz contra la caspa? Parece que, en la mayoría de los casos, el suicida no podría menos de suicidarse. Si sobreviene un choque práctico, se suicidará con motivo del contratiempo. (Iba yo a decir: se suicidará en honor del contratiempo.) Y si no aparece la ocasión, entonces, como en el chascarrillo vulgar, se suicidará "a propósito de pum".

Aún se me pudiera objetar que no hay para qué pedir secretos a las tumbas. "Bien están en su desamparo los suicidas —oigo decir—. Puesto que querían estar solos, quédense más solos que los muertos." Contra esto, todo mi instinto se subleva. Y no solamente por debilidad para el mal hermano, sino por lealtad a la vida y aun por inquietud de la vida. Chesterton escribe: "Al colgarse un hombre de un árbol, caigan las hojas despechadas y escápense furiosos los pájaros; que cada uno de ellos ha recibido una injuria personal." Cierto; pero es también Chesterton quien habla de la lealtad a la vida. Estamos a bordo de la vida; vivir es nuestra profesión. Y como es posible que el suicida haya descubierto el cadáver de la bodega, hay que interrogar al suicida para mayor bien del equipaje y aun de nosotros mismos; es una regla elemental de administración. El suicida es un crítico que renuncia a su oficio; puede que lo haga por cansancio, como ese hombre para quien vestirse todas las mañanas y desvestirse todas las noches llegó a ser tan intolerable, que puso fin a sus días, por odio a las rutinas sagradas de la existencia. No acataba ése la economía

de la vida, ni sospechaba, por ejemplo, que la hora matinal de afeitarse tiene su necesidad filosófica y puede servir, mejor que la inmediata posterior del desayuno —donde ya nos importuna la presencia de algún diario de la mañana— para plantearse los proyectos del día. Y ése sí que nos injuriaba a todos, a los hombres, a los pájaros y a los árboles; ése sí que nos alejaba de su cadáver. Pero podrá ser también que el suicida haya incubado una larga indignación, la cual acaba por hacer estallar la máquina. Y entonces su alma, como la del héroe de la *Eneida*, "huye indignada y con alarido a la región de las sombras". Y entonces, por si su indignación fuere justa, conviene, si es verdad que nos interesa la vida, que nos interese su muerte. Podrá ser que el suicida, como en nuestro caso, se aleje pidiéndonos perdón en su carta reglamentaria. Y entonces tenemos que recoger piadosamente las reliquias de su conducta, aunque sea para averiguar qué poder supremo de la vida lo aniquiló; qué orgullo conviene evitar y cuál conviene cultivar; por dónde se incurre en la cólera de la tierra y por dónde se concilia su apoyo sobrenatural para los empeños humanos.

Y aquí brota la tercera hipótesis, que es múltiple: ¿si el suicida se suicidaría castigándose de un error? ¿Si, como Don Quijote, habrá muerto, por necesidad metafísica, al restituirse a su primer nombre de Quijano? ¿Si su suicidio podrá ser la pendiente natural de su filosofía, como pudo serlo el de Sócrates? Y entonces, ¿qué fe prestaremos a una filosofía, si, invirtiendo nuestros propósitos y abusando de nuestro mandato, en vez del secreto de la vida nos abre el secreto de la muerte? Prometeo se quema en los rayos que roba, y Adán se envenena con los frutos que prueba. Pero el delito de ambos es el Conocimiento. ¿Hasta dónde, pues, nos está vedado, hasta dónde nos está consentido el conocimiento? Hay que meditar la Biblia, aun en los capítulos escabrosos. Ya no hablemos de merecimientos literarios: son merecimientos y estímulos humanos los que nos atraen hacia aquellos ojos extáticos, invitándonos a sondear su misterio. Dase el caso de que el suicida haya explicado previamente su doctrina del Mundo: tanto mejor. Pero lo mismo sería si se tratase de un iletrado. Sobre cada

tumba de suicida debiera abrirse una información a perpetuidad. Sobre cada uno, escribirse un grueso volumen de investigaciones cuidadosas: así conviene al valor de la vida y a la orientación de nuestras almas.

Y habrá todavía hombres graves que me repliquen:

—No veo la necesidad de tanta fatiga. La vida, como quiera, sigue su camino. ¿Qué nos cuidamos de vigilarla, de hacerla andar, si ella anda de por sí y aun nos arrastra consigo? No somos cocheros, sino señores al estribo del coche. No renunciemos a nuestro puesto de honor.

¡Ay! ¡Y si yo os dijera que todo el trabajo de la humanidad consiste en el empeño que tiene el señor del estribo para arrebatar su sitio al cochero! Como en esas cintas cinematográficas, el hombre, contraído y tenso, atisba la hora de caer sobre el chauffeur y apoderarse del volante del coche. Y yo no renuncio a mi función de hombre, a mi destino de hombre, a mi rebeldía de hombre: queremos saltar sobre el volante. ¡Tanto peor para los dioses tiranos! La madre de los hombres, en medio de la pesadilla del mundo, grita como la madre de Peer Gynt:

—¿Adónde me llevas, dónde me has traído, cochero de los diablos?

Y, en verdad, ella habla por todos sus hijos.

Ya lo espero: las últimas objeciones tocan al sentido humorístico. Son terribles, como la última flecha de los enemigos de Roma; pero hay que resistirlas. Oigamos:

—No veo por qué los huéspedes del Palace-Hotel hayan de averiguar las causas por las cuales los demás huéspedes abandonan la casa.

Pero este mundo y el Palace-Hotel, aunque se parezcan en ser posadas provisionales, se distinguen en que el Palace nos es ajeno, y nuestra vida debemos sentirla (y la sentimos siempre, aunque la razón ascética arguya en contra sus argumentos verbales) como cosa propia. Al Palace vamos con el propósito de marcharnos libremente un buen día. Y de este mundo —en principio— no nos vamos mientras no nos echen por fuerza. Eso de "morir de la propia muerte", como no quiera decir morir de consunción natural o de suicidio directo o indirecto, es una de tantas frases vacías que corren por los libros contemporáneos. Nadie sale de

esta posada, salvo los suicidas, sin que lo echen. Las dos doncellas, en la *Danza de la Muerte,* bien quisieran ponerse a salvo:

Mas non les valdrán flores e rosas,
nin las conposturas que poner solían:
de mí, si pudiesen, partir se querrían,
mas no puede ser, que son mis esposas.

Nada más legítimo, pues, que interrogar al que entra voluntariamente en la danza.

Sin pedanterías metódicas, sin la arrogancia de querer obtener respuestas de la muerte —no nos suceda lo que al leñador de la fábula—, valdría la pena de emprender una serie de libres ensayos éticos sobre la materia, con todas las facilidades y holguras de una divagación.

DILUCIDACIONES CASUÍSTICAS

HAY DOS modos fundamentales de saludar la vida: uno es la aceptación, y otro el reto. Los demás son meros compromisos entre ambos, o falsos equilibrios que resultan de su combinación. Hasta puede, teóricamente, tenerse una actitud definida, y en cambio adoptarse, para los usos diarios, algún compromiso práctico entre los dos partidos. La obra fundamental de Schopenhauer plantea un claro pesimismo, mientras que sus *Parerga y paralipómena* pasan a la categoría de compromiso práctico; de pequeñas reglas de felicidad relativa, para uso de los pesimistas que no se atrevan al suicidio. Inútil decir que la aceptación de la vida no puede llevar al suicidio. Pero hay dos maneras de aceptación: la del espíritu y la del cuerpo. Y cada una de estas especies se subdivide, a su vez, según los impulsos principales que las informen.

La aceptación materialista de la vida apenas admite definiciones literarias. Las peores obras del realismo están llenas de esos seres bajamente pasivos, a quienes la vida contenta por la sensación. No se los confunda con los viciosos, no; porque éstos pertenecen a la categoría de los protestantes, de los que transforman la materia —y después nos alargaremos sobre ellos. La aceptación materialista de la vida tampoco se habrá de confundir con la materia misma. La materia en sí es cosa grande, y —observa William James— hay operaciones de la materia que valen por muchas del espíritu: una sola chispa eléctrica es ya mejor que varios discursos de un imbécil. No hemos de estar contra las piedras, que son cosa noble y sencilla, sino contra los cerebros que se petrifican. Pero si una piedra quisiera pensar por su cuenta, ¿tendríamos la obligación natural de hacerla callar, de apedrearla? Lo dudo. Los hombres se han arrodillado siempre junto a las piedras que hablan, y aun podemos creer que tal es el origen de las ciudades, ahora vagamente recordado por las estatuas ecuestres de los héroes. Los niños, en quienes el sentido del

mundo es más puro que entre los adultos, no se equivocan en esto, como en muchas otras apreciaciones vitales, y siempre se han parado, extáticos y adorantes, ante las fuerzas que se superan, ante el pájaro que habla, el árbol que canta y el agua de siete colores que sube al cielo. Alguien me responderá que el asno está bien; pero el asno disfrazado con la piel de león está mal. Y, en efecto, está mal; pero está mal, no porque se haya disfrazado, sino porque se ha disfrazado mal; porque sobresalen del disfraz esos dos apéndices que Midas no pudo esconder. Las orejas parecen, ciertamente, el símbolo mismo de la indiscreción, salvo en los murciélagos, que, dice la fama, poseen el envidiable don de cerrarlas cuando mejor les place. Pero si el asno se hubiera disfrazado bien, ¡oh qué bien estaría bajo la piel del león! Mejor que el león, seguramente, porque su ferocidad no sería para él una dura ley superior, sino una sublime elección de su voluntad, una vengadora ironía, una trasmutación de la materia en espíritu, una especie de "arribismo cósmico", tan plausible, en suma, como todos los arribismos, a quienes corresponde la renovación de las sociedades naturales. La materia tiene derecho a superarse, pero no a rebajarse; lo mismo que el espíritu. Pero al mantenerse en su estado cumple ya bastante con Dios. La piedra puede existir según leyes armónicas, y cristalizar en combinaciones de belleza. Esto es lo que Ruskin llamaba *La ética del polvo*. Leal a sus leyes, el cristal nos da un ejemplo de lealtad a las nuestras, no a las suyas. En cambio, la aceptación materialista del mundo nos rebaja a un grado que habíamos superado ya en otra vida, y si es permitido definirla con procedimientos de evocación, diré que toda ella se encierra en una canción popular de Francia, que Paul Claudel ha recogido, irónicamente, en su *Proteo:*

Marguerite, elle est malade!
Il lui faut le médecin!

Marguerite, elle est malade!
Il lui faut aut aut, il lui faut aut aut,
Il lui faut le médecin!

Le médecin qui la visite } bis.
Lui a défendu le vin.

Médecin, va-t-en au diable,
Si tu me défends le vin. } bis.

J'en ai bu toute ma vie,
J'en boirai jusqu'à la fin. } bis.

Si je meurs, qu'on m'enterre,
Dans la cave où est le vin. } bis.

Les pieds contre la muraille
Et le bec sous le robin. } bis.

S'il en tombe quelques gouttes,
Ça sera pour me refraîchir. } bis.

Et si le tonneau défonce,
J'en boirai à mon plaisir. } bis.

El peligro de estas definiciones indirectas es que se prestan a más de una equivocación. Y, desde luego, parece que me contradigo escogiendo como tipo de la aceptación materialista un caso de embriaguez, cuando precisamente sostengo que los ebrios, con los viciosos en general, corresponden a otra categoría. Es que también hay distintas categorías de ebrios: los hay por vicio y los hay por naturaleza. La Margarita de la canción no lo es por vicio, no lo es por "segunda naturaleza" o por elección de su voluntad: *elle a été sevrée à l'absinthe.* El texto mismo nos dice que ha bebido toda su vida: *J'en ai bu toute ma vie.* Y hay que interpretarlo al pie de la letra: la han destetado con ajenjo. Este dato biográfico que hemos adquirido nos permite ya afirmar que Margarita no es viciosa, no: toca la casualidad de que su agua, su agua natural, sea el vino; así como, para nosotros, lo es el agua hervida y destilada, y para otros la "Solares" o la "Morataliz". No es viciosa; por el contrario, trata de persistir en los hábitos de su nacimiento: "*J'en ai bu toute ma vie, J'en boirai jusqu'à la fin.*" Aquí lo vicioso sería cortar con los hábitos connaturales: "¿Que he bebido toda mi vida? Pues en adelante, ni una gota más." Así hubiera dicho el vicioso. Y en este sentido, no cabe duda que gran parte de la educación consiste en aplicar los métodos del vicio; como cuando se trata de hacer bueno a un niño naturalmente malo. Y nada digo contra la educa-

ción o en abono de la maldad, sino que procuro distinguir el procedimiento natural del procedimiento del vicio. Si el lector encuentra para estos conceptos otras palabras que lo confundan menos, sea en hora buena, porque de antemano le oigo objetarme con los versos de Lope:

Algunos llaman firmeza
ser en el vicio constantes.

El médico de Margarita, aunque sus intenciones sean sanas, quiere curarla con los procedimientos del vicio, privándola de su vino, que es ya como su humor fisiológico. Pero ella, por pasividad, no acepta ni la curación. Y en esto, sigue siendo enemiga de los procedimientos modificadores del vicio. Tales procedimientos merecerían el nombre de "educativos", y no de "viciosos" como les hemos llamado, si nos constara que consistían en una disminución gradual y metódica de la dosis de vino, y en una mezcla de agua cada vez mayor, hasta llegar al término apetecido de agua pura. Pero sobre este punto el texto de la canción no nos ilustra; antes parece decirnos brutalmente: el médico le ha prohibido (de golpe) el vino.

Continuemos con Margarita. El vino de Margarita, como se ve, tampoco era necesariamente el vino de la embriaguez. Y si para tantas simbolizaciones ha servido el vino, que aquí nos sirva para representar la parte sensual de nuestro ser. Margarita ha nacido en ella, y es fiel a ella; fiel hasta después de la muerte. Que la entierren en la bodega, y bajo la llave de la pipa. Allí seguirá siendo pasiva; lo que buenamente escurra gota a gota servirá para refrescarla; y si la pipa, por su cuenta y riesgo, se desfonda, entonces y sólo entonces beberá hasta saciarse. Pero ella no hará nada por desfondarla. El mal activo, Calibán, procuraría desfondarla con sus manos. Pero Margarita se resigna a lo que dé la materia buenamente. Y, en efecto, Calibán —ese ser informe, apenas desbastado y en vías de "homificación"— nos aparece, en el drama filosófico de Renan, como un ebrio echado boca abajo en una bodega, y retorciéndose en el charco de vino que ha salido del tonel. Tonel, escribe el autor —cual si quisiera confirmar mis argumentaciones—, "que el mismo Calibán ha abierto, olvidándose des-

pués de cerrarlo". ¿Os imagináis a la paciente Margarita destripando por su cuenta el tonel? No. La aceptación materialista, como el perezoso del cuento, se echa a dormir bajo los árboles, y espera que los higos maduros le vayan cayendo en la boca. Los que caigan fuera, así sea al alcance de la mano, los da por bien perdidos: todo, hasta privarse de un buen bocado, antes que introducir una modificación activa en la materia. Ésa es su divisa.

Y gracias que hemos salido de la ciénaga vinosa de Margarita. Si Margarita es el nombre de la aceptación materialista, ¿cuál ha de ser el de la aceptación espiritual? ¿Cuál otro sino Pangloss? En el *Cándido* de Voltaire, Pangloss se esfuerza por justificar todas las cosas del mundo mediante un pequeño razonamiento que se reduce a esto: pudieran ser peores aún. Y por la fascinación de su lógica, la imagen positiva, "pudiéran ser peores aún", se le va, paulatinamente, transformando en esta otra imagen negativa: "no hubieran podido ser mejores". Es un fenómeno semejante al de los colores complementarios: la retina, herida persistentemente por uno de ellos, produce de sí misma el otro. Tras de ver la calle a través de las vidrieras rojas, la veremos verde a la simple vista. Y los lentes del doctor Pangloss —esos lentes ya proverbiales— son rojos. En ellos está escrito: "todo pudiera haber sido peor". Y cuando el doctor se quita los lentes, el mundo se le tiñe de verde, y parece flotar ante sus ojos un letrero que dice: "nada hubiera podido ser mejor". Conclusión: que todo está inmejorablemente dispuesto en el mejor de los mundos posibles.

Y ahora tenemos que distraernos en algunas consideraciones nominales. Cándido, en el cuento de Voltaire, se llamaba así porque lo era. Pero Pangloss no hubiera podido llamarse Cándido. Cándido, como discípulo, era blanco: sobre su blancura, el maestro podía escribir cuanto quisiera. Y, desde luego, sus dos famosos letreros filosóficos: "Todo hubiera..." y "Nada hubiera..." Cándido no sabía nada, y no es responsable de la filosofía que le enseñan. Su equivocación, si la hay, es una equivocación *a priori* o de primer grado, como lo era la equivocación de Margarita; porque ella tampoco había escogido el vino por su cuenta.

Sino que ignoraba el agua, y como el famoso catador, hubiera dado la marca de todos los vinos con sólo un trago de muestra; pero si entre las muestras le hubiesen deslizado una copa de agua, habría confesado llena de vergüenza: "he aquí un vino que no conozco". Y así Cándido: en su librito no había más que los dos letreros que quiso escribir su maestro. Pero en el librito de su maestro hubo un tiempo en que se leían muchas, muchas cosas más. Sólo que Pangloss sacó apuntes de la vida tomando el lápiz al revés, y en vez de escribir por el cabo de la plombagina, escribió por el del borrador. Hasta que en su libro no quedaron más que los dos consabidos letreros. Es decir, que Pangloss había sabido más cosas y que, mediante un esfuerzo de raciocinio *a posteriori*, acabó por encerrarse dentro de su optimismo dogmático: y así opera siempre la aceptación espiritualista de la vida. Al que la profesa no puede ocultarse que hay mal; pero quiere aniquilar el mal con razonamientos: "pudiera haber sido peor", dice calándose los lentes rojos. Y ya que su retina está magnetizada de rojo, se los quita, mira todo verde, y prorrumpe en exclamaciones: "¡No pudo haber sido mejor!" Su equivocación es, como se ve, maliciosa o de segundo grado. Dos operaciones supone: primera, ponerse los lentes; segunda, quitárselos. Nadie es menos cándido que Pangloss. Por eso Pangloss es el maestro ideal de Cándido.

Porque el hombre entregado a sí mismo comienza, como el filósofo de Emerson, por ser un no conformista. La primera opinión del hombre sobre la materia, eso es el espíritu. Y de la opinión a la crítica sólo hay una diferencia de celeridad, pero no de sentido. El espíritu es la crítica misma; para aceptar, hay que haber criticado mal. Y aquí está lo negro de la cuestión.

Sostengo, en efecto, que toda crítica sobre el mundo arroja un saldo negativo. Y para sugerir siquiera la vaga posibilidad de demostrar este aserto —ya que intentar otra cosa sería tan ridículo como ocioso— no veo más remedio que arrojarme en varios capítulos de divagaciones, a reserva de continuar el razonamiento cuando sea oportuno.

Planto aquí una cruz, y me alejo —el hilo de Ariadna entre los dedos.

LA SONRISA

1º Es DE común experiencia que toda risa contenida se deshace en sonrisa, y toda sonrisa acentuada se desata en risa. Estas relaciones fisiológicas no deben turbarnos. En concepto, como quiere Bergson, podemos considerar que la risa es una manifestación social. La sonrisa es solitaria. La risa acusa su pretexto o motivo externo, como señalándolo con el dedo. La sonrisa es más interior; tiene más espontaneidad que la risa; es menos solicitada desde afuera. Así, aun cuando se considere que son grados o momentos de un mismo proceso, el análisis de la sonrisa nos lleva a las fuentes espirituales; el de la risa, a los motivos externos. Los motivos podrían variar: como no nos pertenecen, no son absolutos. La fuente espiritual, que traemos con nuestro ser, no puede variar: es absoluta. La sonrisa es, filosóficamente, más permanente que la risa.

2º "*...rire est le propre de l'homme*", ha observado Rabelais sutilmente. Y mejor pudiera haber dicho: sonreír. Los naturalistas creen percibir, en cierta clase de simios, el rictus de una embrionaria sonrisa: estas relaciones zoológicas no deben turbarnos. La sonrisa es, en todo caso, el signo de la inteligencia que se libra de los inferiores estímulos; el hombre burdo ríe sobre todo; el hombre cultivado sonríe. Calibán ignora las alegrías profundas de Ariel. Calibán es un "animal triste". "La carne es triste."

3º La sonrisa no es inmediatamente útil para el mantenimiento corpóreo. Antes del pensamiento filosófico o de la verdadera creación artística, la sonrisa es la primera desviación de la estricta gravedad vital. Desviación levísima, declinación casi imperceptible y que acaso es la misma flor de la plenitud orgánica, del bienestar fisiológico; pero que, desarrollada, llegará a las mayores alturas del idealismo: a juzgar al mundo como fantasía o capricho del pensamiento. La sonrisa es la primera opinión del espíritu sobre la materia. Cuando el niño comienza a despertar del sueño

de su animalidad, sorda y laboriosa, sonríe: es porque le ha nacido el dios.

4º Decía Voltaire, en son de sarcasmo, que el hombre es un ser superior, porque es, entre los animales, el único que satisface sus necesidades cuando no las tiene. Nuestro hermano el ciervo, nuestro hermano el tigre y nuestra hermana la abeja tienen horas invariables dedicadas al sueño, tienen una estación de amor, y se someten, en todo, al ingenuo plan de la naturaleza. El hombre, por su parte, algo tiene de creador, y ello es el anhelo de crear. No sus obras, no lo que aporta a la tierra, que es como el efecto previsto del agua en las vertientes de la montaña: un ciego trabajo de erosión. Sino el ánimo, el propósito de violentar la vida. Lo primero que hace el hombre es desobedecer el mandato del Padre, probar de la ciencia, probar del bien, del mal.

5º Podemos creer que la inteligencia, joven, rebosante, gozosa de poseer su luz, se esparce y derrama, olvida su destino —que es el de alumbrar la acción—, se aleja del preconcebido plan de la naturaleza, se ejercita en el vacío de su propio ambiente, se gasta en impulsos ya irracionales, con el regocijo de toda virtud exuberante: crea su plano ideal donde se revuelca y retoza. Y nacen, así, la sonrisa que no nutre y el juego que no multiplica. Ciertos salvajes hay, finos y sensibles, que atienden primero al tatuaje, a la piel y a las plumas de los vestidos, que a la alimentación y al sueño.

Cuando el mendigo afortunado se halló en el bolsillo la primer moneda de oro, todo el día pasó en lanzarla al espacio, hacerla sonar sobre el pavimento, enseñarla a todos: y no se acordó hasta el día siguiente de cambiarla por vino y pan.

6º Que la sonrisa proceda como de fuera de la vida, mas luego se incorpore en ella, no debe turbarnos. El animal que sonríe se ha transformado: no podría dejar de sonreír. Toda actividad libre, toda nueva aportación a la vida, tiende a incorporarse, a sujetarse en las esclavitudes de la naturaleza. Es la *servidumbre voluntaria,* como diría Étienne de La Boëtie. Lo libre sólo lo es en su origen, en su semilla, en su inspiración. Conservar, lo ya incorporado, el impulso de libertad, es conservar el anhelo de un retorno a la

no existencia. El ansia de libertad se ha dicho, por eso, que es una manera de enfermedad. Así la sonrisa, que es una invención, se graba en las tablas de la vida. Se hace un hábito, diría Lamarck.

7º Hemos dicho, pues, que la sonrisa surge de una actividad irracional de la mente, de un esfuerzo sin propósito fuera de la mente misma, aun cuando después, al incorporarse en la vida, venga a ser un signo de utilidad. Que la sonrisa no sirve inmediatamente a los fines fisiológicos, ni tampoco para orientar la acción. (Orientar la acción: destino primero de la inteligencia.) Que la sonrisa es la primera opinión del pensamiento sobre el mundo, la primera desviación de aquél hacia el idealismo, hacia aquella hipertrofia de sus poderes que, de mero ayuda de la acción, lo ha de convertir en dueño de la acción.

8º Como mera ilustración, o quizá para que se vea que así como la sonrisa lleva al idealismo y es su primer etapa, el idealismo remata en el ápice de una sonrisa, basta considerar que Fichte —representante genuino de los privilegios del espíritu— asegura que la sensación misma es una creación de nuestro yo. Que es, dice, el resultado de una propia limitación. La realidad externa, pues, no existe, si no la sanciona nuestro ser; el cual, a su antojo, podría en un momento aniquilarla. Si así es, el mundo —comenta Hegel— nada tiene de *seriedad:* es un juguete, mera diversión del entendimiento. Es la Gran Sonaja. Y si nada tiene de seriedad, nosotros, que estamos en el secreto, sonreímos. De donde brota la ironía incurable que Schlegel cree sentir en el fondo mismo del Universo. La ironía es madre de la sonrisa.

Las anteriores notas, sacadas de un viejo cuaderno de trabajo, y a las que he querido conservar su concisión y hasta cierto aire escolar, bastan para definir nuestra posición ante este problema: ¿Cuál es la actitud inmediata del hombre ante el mundo? Ellas nos responden: la ironía. No son una demostración, sino un índice de postulados.

Pero nos arrojan en una nueva confusión, al asegurarnos que la situación del que anhela la libertad es la misma situación del enfermo. ¿Qué hacer entonces? ¿Cómo salir ileso de entre los cuernos de este doble argumento? Por

una parte, en nuestra legítima calidad de hombres, el mundo excita nuestra ironía; por otra, en nuestra calidad de seres naturales, caemos en la red de las leyes y tenemos que acatar el mundo; puesto que —hemos dicho— "conservar, lo ya incorporado, el impulso de libertad, es conservar el anhelo de un retorno a la no existencia".

Siempre hemos tenido la sospecha de que las fuerzas de la existencia no son más que la parte objetiva y menos importante del hombre. Acaso las fuerzas de la no existencia sean su razón de ser. En otras palabras: lo que hay en el hombre de actual, de presente y aun de pasado, nada vale junto a lo que hay en él de promesa, de porvenir. "Lo que aún no existe" ha tenido un hijo: se llama el hombre. El hombre existe para que pueda existir lo que aún no existe. Pero ¿no pudieran disputarnos este privilegio los demás animales, los vegetales, y qué sé yo si los minerales mismos? Posible es; ni quiero decir que ésta sea función privativa del hombre; pero, en todo caso, al hombre también le corresponde; y eso es todo lo que necesitamos aquí. No había de faltar filósofo que nos apoyase si asegurásemos que el mundo sólo se renueva por el hombre; que la "evolución creadora" parte de las invenciones de nuestra mente. Pero renunciamos al monopolio, que nos parece algo peligroso, y nos conformamos con ser una posibilidad de invención, junto a otras posibilidades probables.

Y aun cuando no nos correspondiese por esencia la función de innovar, al menos nos corresponde de hecho. Y me explicaré por parábolas:

A Bernard Shaw, que se quejaba de verlo todo de un modo singular, le dijeron los oculistas:

—Consuélese usted, amigo mío. Usted todo lo ve de un modo singular, porque tiene usted los ojos normales.

—¿Y cómo así?

—Muy sencillo: los ojos normales son tan raros de encontrar como todas las cosas normales.

La normalidad es una abstracción como cualquiera otra. ¿Dónde está el "hombre económico" de los economistas clásicos? Más aún: ¿dónde está el hombre? Larra se pregunta dónde está el público, dónde se lo encuentra. Y nada extraño es que no descubra el paradero de esta abstracción

excepcional. Lo curioso es que tampoco se descubre el escondite de esta abstracción cotidiana: el hombre, un hombre. Diógenes encendiera en vano su linterna. Dondequiera se hallarán fragmentos de hombre: tal tiene de hombre el andar, pero no el obrar; tal tiene de hombre el toser, pero no el masticar. *El hombre que parecía un caballo* y *El trovador colombiano,* estas preciosas novelas del guatemalteco Arévalo Martínez, contienen una observación genial.* Aretal el caballo y Franco el perro son los tipos humanos que más abundan. Difícil hallar la camisa de un hombre feliz, porque a lo mejor resulta que el único hombre feliz no tiene camisa. Tan difícil, casi, es hallar, entre los semihombres, a Andrenio el hombre, a Andrenio el hombre normal. Asomémonos, con Monsieur de Phocas, al palco del mundo: veamos, señor de Phocas, ¿qué nos cuenta usted? Que tiene la obsesión de las máscaras, y lo primero que le impresiona, en sus encuentros humanos, es la semejanza de los hombres con los animales. No le falta razón: la marquesa de Sarlèze parece cigüeña; pero es que no es mujer, sino cigüeña-mujer. Aquella pianista medio desnuda que alarga el cuello parece una cordera balando, porque lo es a medias. De Tramsel tiene del zorro algo más que el hocico astuto. El novelista Mirau, algo más de hiena que las fauces. Y todas esas damas, verdaderas flores de la sociedad, son otras tantas vacas rumiantes, mezcladas con algunas aves carniceras. Y si no temiésemos que el señor de Phocas siguiera abusando de la valeriana para calmar sus nervios, aún le haríamos ver lo que los hombres tienen de árboles y de minerales, de diamantes y de ladrillos de turba, de feldespatos y de crisoberilos; y como en cierta revista de variedades, le enseñaríamos la *Enredadera,* el *Huele-de-noche,* el *No-me-olvides,* la *Espuela-de-caballero* y la *Sensitiva.* Porque nada hay más extraño que el Andrenio puro. Y así, también, nada es más extraordinario que los ojos normales de Mr. Bernard Shaw. Y lo que se dijo de los ojos normales dígase de los hombres normales. El estado normal puede ser el de pasividad; pero el estado frecuente, constante, el que da su sello a la humanidad, y que, por lo mismo, merece llamarse —siquiera práctica-

* Ver *Obras Completas,* tomo IV, Apéndice bibliográfico, nº 8 c.

mente— el estado humano, es el de protesta. Si el hombre no hubiera protestado, no habría historia —historia en el sentido común de la palabra—. El albor de la historia es un desequilibrio entre el medio y la voluntad humana, así como el albor de la conciencia fue un desequilibrio entre el espectáculo del mundo y el espectador humano. El hombre sonríe: brota la conciencia. Y el hombre se nutre de los elementos que le da el medio. ¿Sonríe por segunda vez? Protesta, no le basta ya la naturaleza. ¿Emigra, o siembra, o conquista, o forma las carretas en círculo como una trinchera de la tribu contra los ataques de las fieras? Pues entonces funda la civilización y empieza con ella la historia. Mientras no se duda del amo no sucede nada. Cuando el esclavo ha sonreído comienza el duelo de la historia.

De hecho, pues, la no conformidad es lo que mueve la vida. Saciar un deseo es matarlo; satisfacer una demanda es cerrar el proceso. Para que el proceso siga abierto, para que el mundo marche, es fuerza que alguien quede sin cesar disgustado. El impulso de libertad —sano o insano— salva a la naturaleza de un agotamiento seguro. El hombre, anhelando liberarse, se está sin cesar emancipando; y, para volver a la frase de que partimos, está tendiendo incesantemente a la no existencia; sí, mas para extraer de allí existencias nuevas. Está desapareciendo sin cesar, mas para realizar su vida cada vez de otro modo.

Nueva excursión nos solicita. Vamos a seguir al desaparecido por sus misteriosos caminos, e iremos urdiendo nuestro libro como un razonamiento oriental, en cuyo hilo se ensartan las cuentas de sus diversas fábulas.

LOS DESAPARECIDOS *

UNA ESTADÍSTICA reciente nos hace saber que, del primero de enero al primero de octubre, la policía de Nueva York fue requerida para buscar, en total, a mil quinientos ochenta y cinco hombres y a setecientas sesenta y seis mujeres desaparecidos de sus casas. No se trata de desapariciones violentas ni de persecución de criminales, sino de desapariciones voluntarias y de pesquisas privadas en cierto modo, hechas a solicitud de la familia y los allegados.

Ignoro si la poesía futurista habrá pensado ya en aprovechar las emociones de la estadística. Marinetti debiera considerarlo con detenimiento. Junto al amor a las máquinas —que tanto alarmaría a Platón y tanto alarmaría a *ese deplorable Ruskin,* como Marinetti le llama—, junto al amor a la guerra, junto al elogio de la velocidad, de la bicicleta, del automóvil, de todo ese mundo agitado cuyo amuleto es Billiken, el futurista pudiera muy bien añadir, en el estilo imperatorio de sus proclamas:

—¡Queremos cantar las emociones de la estadística; de la estadística que destuerce y analiza —terriblemente— las fibras del tejido social: ley de reiteración por quien la sonrisa se transforma en mueca, la gota de agua logra taladrar las rocas, y la humanidad toda aparece como una grey que tira atropelladamente del carro, cuesta arriba o cuesta abajo!

La estadística de los neoyorkinos desaparecidos es una manifestación elocuente de esas fuerzas oscuras e inanimadas que trabajan la entraña de la sociedad; es un caso precioso de la anomalía frecuente; ejemplo palmario de la evolución descendente —o ascendente, nadie lo sabe; por lo menos, de la evolución contraria, del progreso hacia lo anormal, hacia el milagro. Es el instante crítico en que San Antonio oye decir al tentador: ¡supón que el absurdo sea la verdad! Estamos, en plena sociedad sedentaria, bajo

* Se aprovecha y refunde un artículo de igual título publicado en la *Revista de Revistas,* México, 15 de diciembre de 1912. Ver *Obras Completas,* tomo I, apéndice bibliográfico, nº 14.

la impresión de que una caravana invisible desfila por nuestras calles sin que lo sepamos; de que todo un pueblo, un pueblo de nómadas, nos está abandonando constantemente, está huyendo nadie sabe adónde, no se sabe adónde. Es el mito del Judío Errante realizado al impulso de una ansiedad genuina y humana, la del poeta que se decía siempre dispuesto a saltar a un estribo.

Y la naturaleza favorece la fuga. El dinamismo universal —la filosofía en que vivimos— es una manera de la fuga; su símbolo pudiera consistir en una serpiente de fuego cuya cola está huyendo siempre de la amenazante cabeza. Para el que quiere huir, como en el *Metzengerstein* de Edgar Allan Poe, los caballos de los tapices se animan y se hacen de carne. La fuga no es precisamente una escapatoria del peligro: es un desahogo necesario de la actividad: es el miedo a lo inmóvil. La ninfa Siringa, en Jules Laforgue, no puede oír la palabra "caza" sin echarse a correr, gritando, como una Walkiria, por los campos:

¡Hoyotoho!

¡Heiaha!

¡Hahei! ¡Heiaho! ¡Hoyohei!

Imaginad, en efecto, que os arrancáis súbitamente a vuestra ciudad, a vuestra vida ordinaria, a vuestros amigos y a vuestra casa. Si conserváis aún vivas las energías del ser, las capacidades plásticas de vivir, no podréis menos de experimentar una saludable ansiedad, un inquieto regocijo: la alegría mística del guerrero que siempre está pronto a partir. No lo entendió el fabulista cuando hizo decir a la ardilla: "subo y bajo, no me estoy quieta jamás", y al caballo objetarle groseramente que si tantas idas y venidas, vueltas y revueltas, eran de alguna utilidad.

Desaparecer de Nueva York puede ser, indudablemente, de alguna utilidad: para el delincuente que elude la ley, o para la enamorada romántica que sigue al sujeto de sus cuidados, o para el plagiario que se lleva la presa a cuestas. Pero tales casos particulares quedan ahogados en la masa de los que se van a buscar otra vida, a probar fortuna como cualquier personaje de novela vieja española, o en pos de constelaciones nuevas como los Conquistadores en Valbuena y en Heredia.

Yo no sé si los estadistas se creerán obligados a desazonarse ante tan desenfrenado apetito romántico: impulso de echar la suerte, de quemar las naves, de pasar el Rubicón. Lo cierto es que aquí se descubre algo de la fuerza misma de la humanidad. Mientras haya hombres que emigren, habrá aventureros y conquistadores; es decir, reyes de la tierra. ¡Hora funesta aquella en que nadie salga de su casa, ni menos se escape por la ventana, y en que el *último hombre* de Nietzsche se asome todos los días al balcón para conversar con el vecino! De los que se van nos vienen las mayores virtudes. La ingratitud, el desamor a lo que nos abriga y guarece, o en otra forma, la inadaptación, son cosas necesarias para que la vida se mueva. Los inadaptados son los motores de la sociedad.

Rasselas, el príncipe de Abisinia —héroe de la novela de Johnson—, vivía en un espacioso valle del reino de Amhara, circundado de montañas, fértil y hermoso, morada de todos los placeres. Pero los hijos de aquel pueblo eran verdaderos prisioneros del Valle Feliz, y el más noble de ellos, Rasselas, acabó por sentirse torturado de felicidad y padecer las necesidades del que nada necesita. Imlac, un poeta venido de lejanísimas tierras, le cuenta historias del mundo, le pinta el cuadro de sus errores y desgracias. Rasselas, de oírlo, decide fugarse y, ayudado por el poeta y por su hermana Nekayah, taladra la montaña y consigue escapar. Ésta es, más o menos, la historia de todos los desaparecidos.

En Stevenson, el perfecto y delicado cuentista, hay, por el contrario, un mártir de la inmovilidad que, para colmo de dolor, vive junto a un camino y mira diariamente correr la vida ante sus ojos, sin decidirse nunca a abandonar el molino paterno. Se llama Will *(Will O'The Mill)*. Frente a la puerta de su molino, que estaba sobre las laderas de la montaña, una carretera serpea y desaparece; cuesta abajo pasan todos los días coches y caballos; cuesta abajo corre, junto a la carretera, un río; cuesta abajo sopla siempre el viento. Es una conjuración de la naturaleza. Su padre le cuenta que el río pasa bajo los puentes de una ciudad, de diez ciudades, y al fin, desemboca en el mar. "El mar —le dice—, hijo, es la cosa más grande que ha hecho Dios."

Los hombres de ciencia, observa el cuentista, afirman que las aventuras de los navegantes y las emigraciones de las tribus, borradas al polvo de los tiempos, no obedecen más que a la ley de la oferta y la demanda, y a cierto amor instintivo por los precios baratos. Y no es así: las tribus que llegan hormigueando del Norte y del Oriente, si es cierto que venían arrojadas por otras, vinieron también atraídas por la influencia del Sur y del Oeste.

Así los desaparecidos de Nueva York. Yo no quiero entender razones de materialismo, ni de aventura amorosa, ni de derecho penal. Yo creo que salieron, uno a uno, a juntarse con la caravana que se encamina hacia la Ciudad Eterna, hacia la Roma Espiritual de las Emigraciones... ¡Todos mis anhelos se van tras de los dos mil trescientos cincuenta y un desaparecidos de Nueva York!

Y ¿puede considerarse esta desaparición como un suicidio relativo? No, porque ella admite la posibilidad de corregir el mundo. Pero al que se quiera suicidar sin tener suficientes ánimos, puede aconsejársele, como ensayo, una desaparición, una fuga. Que se vaya sin despedirse. Que se escape una noche por la ventana, descolgándose por una cuerda y con un revólver en la mano. Procure llevar deshecho el lazo de la corbata y el sombrero abollado; algún desgarrón en el traje no estará de más, y tanto mejor si se cala un antifaz de terciopelo negro. Trate, en fin, de tener el aire de un malhechor, de uno que va contra la vida, y escápese así. Si su ansia de suicidio no fuere más que un mal pasajero —producto de una mala digestión, como el pesimismo de Carlyle juzgado por Nietzsche; producto de una orgía excesiva, como el que puede representar el Eclesiastés tras de los espasmos de Sulamita; o producto, tal vez, de una reciente lectura de *Los trabajos del joven Werther*— entonces pudiera curarse con un cambio de actividad. Los casos de doble personalidad no son ya un misterio para nadie; proceden —dice la ciencia— de una fatiga. Son una escapatoria, una fuga; una pequeña juerga psicológica, como las que, en su doble yo, se permitía cierto piadoso pastor protestante de que nos habla James. El impecable Dr. Jekyll —para volver a Stevenson— se escapa periódicamente de sí mismo; busca a medianoche el escondite de Mr. Hyde, y

sale de él transfigurado. Este cuento de Stevenson es lo más profundo que se ha escrito: hondo y teológicamente absoluto, en redor de él podrían construirse mil filosofías; pero el maestro ha tenido la bravura, la "garra" de contarlo como un simple hecho, sin divagaciones ni cosquilleos simbólicos, con la desnudez leal de la materia y sin la brumosa atmósfera de la metafísica. En cierto modo, pudiera decirse que ese cuento es una representación de la hipocresía, y aun de la hipocresía inglesa: el señor se entrega en su alcoba a todos los horrores de la cocaína y de la danza ante el espejo, pero eso apenas su camarero lo sospecha; porque el señor cumple todos los días sus obligaciones, y se presenta a sus compromisos con el traje de exquisito planchado, pulcro el afeite y apenas una ligera sombra en la ojera, que hasta le da mayor distinción: el guante, como en un retrato de Velázquez, cuelga de su mano, impecable.

Este modo de entender la vida, más que hipócrita, me resulta intenso y viril. Lo ideal es no tener abismos en el alma; pero, quien los tenga, conviene que sepa salir, todas las mañanas —buzo de sí propio—, desde el fondo del mar, sin siquiera una alga marina enredada en los confusos cabellos.

Y, en todo caso, ¿quién no es interiormente múltiple? A algunos es dable realizar una, dos personalidades. Pero el resto lo dejan como las estatuas de Rodin, que están ya quebradas antes de haber sido acabadas; cuál sin cabeza, y cuál sin extremidades. Entonces no queda más refugio que el arte inventivo: el teatro y la novela, en que el autor realiza todas las posibilidades de ser que en la vida no le ha sido dable desarrollar. Donde Bergson funda su explicación psicológica del arte. Y en cada hombre hay varios: uno que afirma, otro que niega, otro que a ambos los admira, el que de todos juntos se ríe, y otro —¿el último?— que a todos los justifica y se echa a dormir después tranquilamente. De modo que la mejor representación del hombre es la de un Eneas que huyera del incendio con un padre, una esposa y un hijo a cuestas, doblegado al peso del fardo. Y Eneas hay que se sacude parte del fardo, y deja morir entre las llamas a la esposa y al padre, para consagrarse a su hijo, por ejemplo. Y este Eneas, no suficiente-

mente robusto, es el que se fuga, es el que renuncia a su integridad psicológica, para consagrarse al hijo; a la parte aún no conocida de sí mismo: a la novedad, a la invención.

Siento que mis fábulas se entrecruzan, y el hilo de Ariadna, que ha de conducirnos por el laberinto, tiembla entre mis dedos. Resumamos, pues, nuestras principales conclusiones: El hombre no quiere aceptar; lo que quiere el hombre es innovar, desde innovarse a sí mismo hasta innovar el ambiente. En medio de nuestras ciudades estables, cruza una invisible caravana de los que están yendo a otra ciudad; de los que se marchan por marcharse. Si el hombre quiere la renovación, es porque no le satisface lo actual; es porque, en el fondo, protesta, sonríe. Su arma de renovación es la libertad. Y la libertad es lo que no existe, es el otro mundo, de donde el hombre quisiera atraer virtudes a la tierra.

Y he aquí, ciertamente, una palabra terrible: libertad. Porque si ella es ilusoria, toda la inquietud de los hombres es tan inútil como la de la ardilla en la fábula; y entonces, casi vale más dormirla bajo los toneles de Margarita. Casi vale más, como en Rimbaud, "un sueño de ebrio sobre una playa desierta".

Grave cosa es plantearse, bajo el criterio provisional del sentido común, los problemas del especialista. Pero mientras el especialista recalienta sus alquitaras y destila, gota a gota, el licor precioso, tenemos necesidad de pertrecharnos contra los ataques de la confusión mental; y si no hay granadas de mano, las haremos con latas de conservas alimenticias. En la guerra, como en la guerra. Ánimo, pues.

LA CONQUISTA DE LA LIBERTAD *

"Sólo *es digno de la libertad y de la vida . . .*" 1.—La filosofía plantea así el problema de la libertad:

a) Obro porque quiero.

b) ¿Quiero porque quiero?

¿O hay algo superior, anterior? ¿Ya sea el determinismo general, ya el fatalismo individual?

Pero la moral se limita a la primera etapa:

a) Obro porque quiero,

y estudia su desarrollo lateral sobre el mundo externo:

a') Al obrar, ¿realizo lo que quiero?

—¿Sí? Soy libre. —¿No? Soy esclavo.

(Sólo de la libertad moral trataremos.)

2.—Es evidente que, si todos gozáramos de libertad, el mundo, anulado a contradicciones, no podría subsistir,

—a menos que todas nuestras voluntades fueran paralelas.

Ahora bien, el mundo externo es un producto positivo. Con sólo existir demuestra:

o que tiene en sí algo irreducible a nuestras voluntades, fórmula de nuestra esclavitud;

o que resulta él mismo de una combinación de las voluntades individuales. Y si es combinación, no es suma (a menos que, como he dicho, todas las voluntades fueran coadyuvantes, paralelas). Y si no es suma, sacrifica necesariamente parte de las voluntades individuales, en provecho de la otra parte; fórmula, también, de esclavitud —para algunas voluntades al menos: las sacrificadas.

3.—Esto niega la libertad moral como fenómeno general y constante;

no niega que ella sea posible de una manera individual y esporádica: *a veces,* mi voluntad particular podrá coincidir con el curso de las cosas —y entonces disfrutaré el sentimiento de la libertad. Y diré entonces, con el silogismo de la libertad moral:

* Página escrita en París, 1913.

Dios pone la mayor
Yo pongo la menor
—Y concluyo mi libertad.

4.—Este fenómeno se resuelve en una adaptación. Adaptación cómoda (o libertad) y adaptación incómoda (o esclavitud).

En efecto: puesto que vivir es como encauzarse, el hombre podrá encontrar que el cauce actual de su vida le es fácil (se le parece) o difícil (no se le parece).

A Si el cauce es difícil y el hombre se resigna, crea una libertad artificial, por medio de una *adaptación* voluntaria. El término *libertad artificial* podrá resultar paradójico. Dígase, si se prefiere, que en este caso se ha anulado, se ha inutilizado el problema de la libertad.

B Si, siendo todavía difícil el cauce, el hombre proyecta una acción modificadora en vez de resignarse, podrá suceder:

1º Que el río de los sucesos la contraríe, y entonces el hombre habrá *engendrado* su esclavitud (esclavitud que, en el estado de resignación, *no existía*). Visto exteriormente el fenómeno, es también la ley de adaptación la que ha obrado, rechazando la acción modificadora del hombre.

2º O podrá suceder que, por coincidir dicha acción con el curso mismo de las cosas, éstas parezcan ceder al hombre: —y entonces cree el hombre en su libertad. Fundamentalmente, ha sido libre. Ha sido eternamente libre en ese instante, aunque antes y después no lo sea. La jaula estaba abierta, no es él quien la abre: no ha sido por eso menos libre. Aquí también, visto exteriormente el fenómeno, ha obrado la ley de adaptación, atrayendo al hombre.

5.—Pero en el caso de la adaptación voluntaria, servidumbre voluntaria o resignación práctica —estado que, como dijimos, anula el problema moral de la libertad— puede haber

—un caso de obediencia, de alegría en ceder,

—o un caso de estoicismo, despecho de la rebeldía.

En el primer caso, se pliega el hombre a lo que ya puede llamarse la sabiduría jesuítica:

—el anhelo de libertad, dice, es un morbo, una dolencia. El obedecer hará que la senda sea de terciopelo. (*Le Chemin de Velours.* R. de Gourmont.)

Cuerpo y alma desfallecen a la voluptuosidad de entregarse. Descansan en Dios como la esposa reciente en el esposo, diciendo a solas:

—¡Gran comodidad! No tengo que responder de mí.

> Mi voluntad es una con la divina ley.
>
> NERVO

En cambio, en el caso del estoicismo, sólo el cuerpo se da: el cuerpo es el símbolo de lo que no está en nuestro poder. Mas el alma, brava, se conserva. El estoicismo no es más que libertad de imaginación:

—Soy esclavo, arrastro cadenas. ¡Mi espíritu vuela más allá de las nubes!

—Puedes cortarme una mano. ¿Cómo impedirás que te desdeñe? —Puedes quemarme las plantas: me tienes a mí, pero no a *mi tesoro*.

—Soy tu huésped, me sujetas por la cortesía. Del alba a la noche me has leído tus versos. Me has hecho oírlos. ¿Cómo harás para que me agraden?

Hasta aquí las dos fases de la resignación: la del voluptuoso o jesuita y la del estoico o imaginativo.

6.—Cuando el hombre proyecta una acción modificadora sobre el mundo, decíamos que o fracasa, engendrando su esclavitud, o coincide con un vuelco del mundo y entonces comparte un ritmo de eternidad, y entra y sale por la jaula abierta.

Y ocurre una digresión sentimental:

¿Se puede prever el fracaso, se puede prever la coincidencia feliz? ¿Hay un tacto metafísico por medio del cual el hombre escoja, para obrar, el instante en que se ha abierto la jaula?

Pues queda por averiguar —y es lo que interesa más a la acción— si hay, junto al jesuitismo y al estoicismo, una tercera solución que consista,

además de entregarse en cuerpo y alma,

además de entregar el cuerpo y salvar el alma

= en oponerse con cuerpo y alma y en emanciparse con ambos:

en romper los hierros de la cadena, a la vez que soñarse más allá de las nubes: en desdeñar al verdugo, a Cortés

o al mal poeta; pero evitando a la vez que nos troce la mano aquél, el otro nos abrase las plantas y éste nos arañe las orejas.

Si, como dijimos, la libertad puede, *a veces*, producirse, siempre que los actos individuales coincidan con el curso de los destinos, ¿qué signo espiaremos para lanzarnos a la conquista de la libertad?

7.—Reflexionemos: la mayor parte de nuestra energía, la energía oscura, el hecho animal de nuestra vida, *tiene éxito*, realiza su libertad (o así nos lo parece); cumple su tendencia. No se trata ya de resignación: el animal no se adapta *voluntariamente*, no se pliega al curso de las cosas: *él es el curso de las cosas;* es, a un tiempo mismo, cauce y río. Y así, anula el problema de la libertad, por una tercera manera. ¿Quién lo guía? El instinto.

Admitamos por un instante que el objeto de la razón es crear, acumular instinto. Que el hombre no es el último cernedor natural, de donde el universo salga en espíritu, sino la primera y tosca máquina, la que desbasta espíritu bruto para irlo incorporando en materia, en hábito, en vibración refleja, en instinto. (Dentro del campo sociológico, diríamos: en institución.) La hipótesis no es chocante. La vida quiere éxito y, en el sentido del éxito, ¿de quién ha de ser la primacía? ¡Duda todavía la razón, cuando ya el instinto ha acertado!

La libertad será de aquel para quien el raciocinio sea un peldaño ligeramente tocado, rozado apenas, y que guarda en su tesoro interior fondos inagotables de instinto, sana animalidad; la libertad, del que se hace señas con las cosas.

No es la sumisión, la aceptación pasiva, sino la colaboración con el mundo —secreto de la victoria—. Se logra (si cabe en esto la educación personal) por una voluntad de astucia perennemente renovada, por una actitud ágil y eléctrica, que acecha la idea y, en cuanto brota, la trasmuta en nervio y en chispazo. Es un paralelismo profundo del yo con la historia. Es la estrella, la fortuna positiva del *Héroe* de Gracián. El varón de libertad que ella crea se llama el fuerte.

8.—Proceden, pues, de la sumisión el voluptuoso y el imaginativo. Del acierto procede el fuerte. Mas ¿si falta

el instinto? ¿Si el oído es sordo al campanillazo de la fortuna? ¿Si no se es voluptuoso, ni imaginativo, ni fuerte, y, sin embargo, se es rebelde? ¿Si la estrella es contraria y, en vez de la fortuna positiva de Gracián, se tiene la fortuna negativa con que lucha el *Príncipe* de Maquiavelo?

Entonces se es naturalmente ridículo; pero, humanamente, sublime. Se es raro, en suma.

No le queda al raro más que ensayar incesantemente la emancipación, hasta que, en la rotación de los destinos, pueda escapar por la tangente. Cometa caído en una zona imantada, recorrerá por siglos la órbita ajena antes de que pueda liberarse. Quizá sin el lastre de su energía personal (su fuerza de rareza), seguiría girando siempre en la curva esclava.

Al raro no le queda más que ensayar el asalto al muro todas las noches, y discurrir cada aurora nueva traza o nueva emboscada. Posible es morir en la brega, mas no queda otro medio.

Un pequeño hábito absurdo, cultivado diariamente con asiduidad, puede emanciparnos hasta de las leyes naturales.

El vicio. —Un pequeño hábito absurdo—. Noé prueba una sola vez el jugo de la vid. No es vicioso. La historia humana, según la tradición israelita, se hubiera alterado de haber insistido Noé en el acto absurdo hasta llegar al hábito absurdo. El raro no es más que el vicioso: falsa solución al problema práctico de la libertad, en su origen; y, en su reiteración ulterior, rutina morbosa. Noé descubre una nueva modificación del mundo. Si hubiera sido un raro, es decir, un rebelde débil, hubiera insistido en su capricho. Pero Noé había hecho pacto con Jehová, y tenía el sentido de la vida. Despertó de su vino, y maldijo al que lo había difamado. Ahora bien, difamar es dar un carácter estable, trasladar a la categoría de "reputación" lo que constituye un acto fugitivo, una excepción que apenas deja huella en la vida. Difamar es gritar sobre las plazas lo que se hizo, una sola noche, en la cámara secreta. Desacreditar consiste en escoger los flaqueos ocasionales de un hombre para hacerlos pasar por su estado consuetudinario y habitual; desacreditar es decir que un rey es alcohólico,

porque un día de juventud militar mezcló con poca agua su vino; es decir de un rey que es tirano, porque un día de ira sagrada se exaltó contra alguno de sus aduladores. Y la maldición de Canaán cae sobre los agitadores de las plazas públicas: porque son los siervos de los siervos de sus hermanos.

Curioso es notar que no es otro el procedimiento mental que ha dado su nombre a los pecados capitales. La tabla de la doctrina contiene dos clases de preceptos: unos prohiben hábitos perniciosos, y los otros, actos perniciosos. Hábitos como la pereza o la gula; actos como el homicidio, el adulterio y el robo. Éstos, como casos agudos del mal, la ley los erige en delitos; mientras que deja los otros al castigo de la sanción social. Y, sin embargo, el jurado popular, representante más o menos justo del sentido común, absuelve a los delincuentes muchas veces; y no por ignorancia de su delito, mas por justificación de su delito. Si se examina de cerca en qué consiste la justificación, se verá que consiste en las "circunstancias" que acompañan al acto juzgado; en los matices del acto, en lo que le da realidad concreta y única, distinguiéndolo por sólo eso de todos los demás actos que reciben el mismo nombre. El acto juzgado ha sido tan individual, tan único, que no merece ser castigado, ser "desacreditado". Es como si el defensor dijera: "Sí, hemos matado a un hombre; pero no somos asesinos. Asesino es nombre genérico, y quiere decir *hombre que mata a otro*. Pero ése no es nuestro caso; nuestro caso no es genérico, es único: *Fulano que mata a Mengano en determinadas circunstancias especialísimas*. Hasta el verbo matar, por demasiado genérico, nos está estorbando. Porque lo que aquí sucede es tan único, que debiera llamarse de otro modo. El uso del verbo matar —a que la pobreza del lenguaje me obliga— nos está desacreditando, y parece erigir en hábito constante lo que ha sido para nosotros una cosa excepcionalísima, única, que no pudo suceder antes ni podrá suceder después, ni haber sido ejecutada por otro, ni en otro."

Tocamos el límite de las posibilidades del lenguaje, y corremos el riesgo de que se nos oponga que todo homicidio es un acto individualísimo, único, y lo demás. Sí, así

es teóricamente. Pero, en la práctica, nos atenemos al jurado popular, al sentir común, que unas veces sabe absolver y condenar otras, según que el caso especial se parezca más o menos al acto genérico de matar; según que el caso represente más o menos un estado de maldad, una reiteración psicológica en el acusado, o una ofuscación instantánea: instantánea, por la calidad y la cantidad; según que se deba o no se deba establecer para el acusado una reputación de asesino.

Por otra parte, tampoco es otro el procedimiento de la caricatura. Si un ministro ha asistido en una semana fatal a tres banquetes, el caricaturista lo pintará en adelante siempre entre banquetes y brindis: lo hará banquetear en los salones del Palacio, en las oficinas del Ministerio, en su casa y las de sus amigos, y hasta en los aguaduchos de la calle y con horchata de chufas a falta de otra cosa. Así le creará una reputación de goloso. Si un hombre tiene una nariz desmedida, el caricaturista lo hará emplear su nariz para todo y a todas horas: beber cerveza, decir discursos, usar de ella como de bocina de auto, todo con la nariz. Y al fin, con Quevedo, acabará por convertir aquella nariz en la persona, y a la persona misma en apéndice de la nariz:

Érase un hombre a una nariz pegado...

¡A cuántos políticos no se ha hecho así una falsa reputación de imbéciles! Y el 'Pacheco', de Eça de Queiroz, que logra una falsa reputación de talento, no es más que una caricatura inversa.

En suma, que tanto la ley como la caricatura, tanto las energías severas como las energías cómicas de la sociedad, castigan, en el vicio, la reiteración. (Al menos, éste es un aspecto de la verdad: el único que aquí me interesa y el que considero como más importante.) Y, negativamente, el castigo nos permite definir la falta: vicio es una reiteración ilícita.

Veamos, en efecto, lo que hace la naturaleza, y no la estudiemos en los libros de sus enemigos.

No encuentro mejor imagen de la naturaleza que la de una vieja consentidora, una *vieja de amor* como la Trotaconventos o la Celestina. Es enredadora como ellas y, como

ellas, anda zurciendo voluntades por toda la tierra. A veces, desde su sonrisa, deja caer alguna cabalística orden como las de Celestina a Pármeno; alguna de esas *leyes de la naturaleza* de las que ya nadie hace caso bajo el sol. Y aun parece que las dictara para darse el gusto de ser desobedecida, o aun para —a sabiendas— tentarnos a contrariarlas, proponiéndonos una orden simulada y permitiéndonos jugar al libre albedrío. No es amiga de la conducta severa, y en esto se parece a los griegos, que identificaban al bárbaro por sus inhumanos esfuerzos de severidad. Porque el griego grita si algo le duele: tiene legítimo derecho; y Mahaffy —grande autoridad— nos asegura que lloraban siempre antes de entrar en combate; por lo que, entre los pueblos bárbaros, tenían fama de cobardes. "Siempre estaban prontos —añade— a reírse de un chasco, a llorar sobre un infortunio, a indignarse de una injusticia, a deleitarse con una travesura, a atemorizarse ante lo solemne, a mofarse de todo lo absurdo." ¿Hay cosa más contraria a la bárbara gravedad de los castellanos? Pues así es la naturaleza. Y lo que castiga en el vicio es la repetición. A los viciosos los castiga su falta de estilo natural, su estúpida reiteración. Marco Aurelio, filósofo adusto, deja entender que el vicio no es perjudicial al alma ni al cuerpo, como a tiempo se le abandone. ¿Persistir en el vicio, ser severo dentro del vicio, hay mayor absurdo? A la naturaleza convienen la ondulación y la variedad apacible, aun cuando ello suponga ligeras desviaciones de la línea normal. La naturaleza no es madre avara, ni nos exige toda la miel de nuestros panales. Ella sólo en parte se aprovecha de la actividad de sus criaturas: donde se alimentan la conservación de la especie, las industrias y la moral. Y el resto lo regala a sus hijos para que hagan con él lo que mejor les plazca: de donde han nacido el juego, el arte y el vicio.

Veamos el caso del amor: los sexos mismos no están deslindados como debieran. En sus múltiples encuentros, los hombres y los animales se equivocan más de una vez. Y de los mil encuentros posibles, sólo uno aprovecha la naturaleza. De todas las flores de un rosal, sólo dos o tres producen simiente. Las otras son como los niños o como los poetas, sin que el rosal padezca por eso. ¡Oh, si la na-

turaleza fuera avara! Si ella aprovechara las mil combinaciones posibles de la vida, ¿qué sería la tierra, qué sería nuestra "diosa de verdes cabellos"? Imagino que viviríamos entonces como en un paquete o masa compacta y triturada de seres y cosas; pienso que los bosques no tendrían claros, o mejor, que toda la tierra sería un bosque macizo, por entre cuyas hendeduras sutiles se asfixiarían, descoyuntados, los hombres y los animales. Seres y cosas se disputarían los palmos de espacio, y entonces sí que habría que hacerse campo en la vida.

Pero la naturaleza consiente los actos desviados y, vieja niñera tolerante, deja que los chicos le echen tierra a los ojos. El mal es el hábito perverso. Más aún, todo hábito exagerado es malo. ¿Del hábito al vicio hay siete leguas? No os calcéis jamás con las botas de siete leguas.

En fin, y puesto que el pequeño hábito absurdo no nos lleva a la verdadera libertad, ¿se puede, científicamente, esperar que la educación nos enseñe a magnetizar el éxito? Nadie duda ya de que hay hombres que pueden hipnotizar. ¿Podríamos aprehenderlo todos? He dicho: la libertad, del que se hace señas con las cosas. ¿Pudiéramos aprender este maravilloso alfabeto? No es del todo extraño a las mujeres; pero en ellas es connatural. ¿Cómo se aprende?

La filosofía de Gracián. ¡Cuánta fe tuvieron en la educación nuestros abuelos!

Enseñaban a ser poeta —y de aquí la Poética; enseñaban la cortesía—: testigo el libro de Castiglioni y los muchos *Galateos* españoles; la ética práctica, la educación moral, de ellos la heredamos legítimamente: ¿no enseñamos todavía a ser bueno? Enseñaban a ser santo, como en los *Ejercicios* de Loyola; o a ser héroe, como en Gracián. Un concienzudo crítico francés asegura que las excelencias o "primores" del héroe de Gracián son innatas; nos es imposible adquirirlas. Y, en efecto, éste es el problema de Gracián: las cualidades de su *Héroe,* de su *Discreto,* de su *Político* y, en general, de su "sujeto de educación" ¿son adquiribles para quien no las posee innatas? Al menos, así lo afirmaba Gracián: "Emprendo formar con un libro enano un varón gigante. Aquí tendrá una arte de ser ínclito

con pocas reglas de discreción", dice en el *El héroe.* Y en *El político:* "Propongo un rey a todos los venideros." Su héroe es, pues, un modelo propuesto a la imitación: sus virtudes —frutos del azar y la buena estrella— resultan, en efecto, inadquiribles para toda interpretación intelectualista de la conducta. Mas ¿cómo lo juzgaría Gracián? ¿Cómo lo juzgará esa filosofía moderna para quien la mente humana puede "aprender a pensar de otro modo"?

Gracián —y en esto no reparan sus intérpretes generalmente— era jesuita. Había practicado los *Ejercicios espirituales* de Loyola, que constituyen un sistema pedagógico y disciplinario profundamente intuitivo.

Quería Luis Vives que el cuadro sinóptico de las figuras gramaticales se colgase al muro del estudio, para que el estudiante, al pasar por el salón, lo tuviese siempre ante los ojos, y así las figuras le fuesen entrando y grabándosele por los ojos. De igual suerte Loyola propone al discípulo la "composición de lugar" —cuadro imaginario de los sucesos y meditaciones que el "paciente" psicológico ha de tener a la vista durante cierto tiempo— para que sus enseñanzas, "fruto de la meditación", broten del alma y sean asimiladas por ella mediante una especie de proceso mecánico o una plástica trascendental. Así propone Gracián al lector su *Héroe,* su *Discreto,* su *Político,* llenos de virtudes intuitivas y naturales, como otros tantos temas de ejercicio espiritual. La existencia de su Héroe se debe a condiciones no racionales; pero podemos adueñarnos de ellas por procedimientos tan racionales como empíricos. El éxito es un arte y se aprende como todas las artes, como la carpintería, por ejemplo: viendo y ensayando; echando a perder al principio, para acertar al fin. Un curso práctico de éxito completaría el cuadro ideal de la escuela: admirándola y ejerciéndola, es como se aprende la virtud. La contemplación y la acción son los dos resortes de la libertad práctica.

Y así propone Gracián el paradigma del héroe, y después alienta a ensayarlo. "Que el héroe practique incomprehensibilidades de caudal", aconseja:

> Sea ésta la primera destreza en el arte de entendidos, medir el lugar con su artificio. Gran treta es ostentarse al conocimiento, pero no a la comprensión; cebar la expectación,

pero nunca desengañarla del todo. Prometa más lo mucho, y la mejor acción deje siempre esperanzas de mayores. ¡Oh, varón cándido de la fama! Tú, que aspiras a la grandeza, alerta al primor: todos te conozcan, ninguno te abarque. Que, con esta treta, lo moderado parecerá mucho. Y lo mucho, infinito, y lo infinito, más.

Y de este manual práctico a un manual de carpintería ¿hay alguna diferencia esencial? ¡Como no sea lo escurridizo de las cosas del alma, siempre menos leales que la materia, menos fáciles de captar!

Para fijar mejor mi actitud ante este problema práctico, expondré un ejemplo que hasta por lo excepcional conviene mejor a mis explicaciones.

*La evocación de la lluvia.** A sus dioses labradores pedían los antiguos la lluvia y el sol, como a San Isidro los cristianos, y les pedían amparo contra las fuerzas del rayo, como a Santa Bárbara los cristianos. Y, seguros siempre de influir con sus plegarias en todos los fenómenos de la siembra, orientaban su voluntad para el logro de las semillas, y la sentían transformarse en brotes y estallar en las mazorcas pesadas. Porque ¿cuál fruto no provenía de su intercesión ante las divinidades? Pues su sortilegio había traído —como junta una lente los haces paralelos de luz— a convergencia las fuerzas naturales, para el provecho de sus campos labrantíos y sus sementeras.

Así, las románticas concepciones, la mística interpretación del retoño y del fruto que se aprendía en Eleusis, se complicaban sin duda con una idea de voluntad individual, de deseo mantenido e intenso, el cual se demostraba en los himnos de ritual y en los gritos sagrados anunciadores de la Primavera. Es decir: que hacían bajar a través de su pensamiento, y desde la divinidad, las cosas de la tierra, realizando el prodigio de encarnar sus propias ideas y utilizarlas diariamente aun para la alimentación y el vestido; que también hacían prosperar las greyes, ricas en lana, como los pámpanos de azules racimos, como las abejas melíferas.

El pastor que, apartado hacia las laderas del Ménalo,

* Se aprovecha y refunde un artículo de igual título que data de México, julio de 1909, y publicado en la revista *Nosotros* (de los alumnos de la Escuela Normal para Maestros, nº 1, México, diciembre de 1912). Ver *Obras Completas*, tomo I, apéndice bibliográfico, nº 15.

pedía a los dioses una noche apacible para dormir a su sabor y limpiaba su ánimo de terrores nocturnos por la plegaria, sentía su deseo, sentía su pensamiento transformarse en paz de los campos, en tibieza del aire y luz tranquila de las estrellas; y confusamente se adueñaba, si los elementos de la noche y del paisaje correspondían a su súplica, de todas las cosas del redor, como si las tuviese por hijas —aunque indirectas— de su voluntad.

El pueblo guarda la fe en las evocaciones (hasta involuntarias), y teme provocar las catástrofes pensando en ellas. Todos sabemos de estas supersticiones, y al tropezar con alguno de quien hacíamos interiores recuerdos, queremos pensar que nuestra evocación lo trajo a nuestro camino, lo *creó allí* para nosotros, o lo trasladó allí para obediencia de nuestra voluntad invisible. Y ¿quién no ha vivido escenas como si las estuviera inventando? De esta manera, parece que practicásemos el idealismo de los filósofos: el pensamiento engendra el mundo.

Yo tengo una experiencia reciente, pero indirecta y elaborada por el hábito de asociación y el sentido literario de la analogía:

—He permanecido escribiendo durante un tiempo que no podría yo apreciar; pero lo imagino largo, a juzgar por la ausencia de mi sentido individual —denunciadora de una prolongada y ya inerte atención sobre las ideas como cosa aparte del pensamiento mismo. No dejé, pues, de asombrarme al cobrar de pronto —cual por una caída súbita de algo que interiormente se elevaba o un despertar de sonambulismo— la conciencia de mi vida real, de mi vida limitada, finita, que una momentánea abstracción (libre del espacio y del tiempo) me había hecho concebir infinita.

Mientras buscaba mis vocablos y oía, interiormente, las frases que se iban ordenando y cambiando hasta salir por la pluma luego que sonaban a cosa viva, por sobre mi *mentalidad* en ejercicio, al modo de la preocupación musical que sirve de guía al músico, a la manera del sentimiento lírico o plástico, que sirve de musa al poeta, como la tinta maestra a que se amparan los pinceles para no romper una sinfonía de colores —a mí me invadía la impresión de una lluvia fina. Todos los poetas saben que se piensa en

dos cosas simultáneamente: una, estática, que es como el fondo decorativo en los bailes; otra, en perpetuo desarrollo, que es como el festón de mujeres, ondulante. Mi escrito escurría de la pluma, afinado en el sentimiento de una lluvia tenue de cristal.

Cuando levanté los ojos cansados, pude notar que, tras los vidrios de la ventana, monótona y callada, obediente a mi pensamiento, ya había bañado las calles y temblaba en el aire una lluvia fina de cristal.

Pues bien, aplicando otra vez el lenguaje de que he usado al principio de este capítulo, diré que ese día de lluvia la jaula se había abierto un instante, y yo pude entrar y salir por ella. Una vez al menos, yo he podido evocar la lluvia. ¿Cómo hacer para adquirir definitivamente ese don? Ya no descansaré más mientras no aprenda a evocar la lluvia. Ya vislumbré los caminos de la emancipación. O me apodero de ellos, o quiero morir en el asalto. Y lo que arriesgo en este caso de conquista sobrenatural ¿no había de arriesgarlo en la multitud de experiencias naturales de todos los días?

NUEVAS DILUCIDACIONES CASUÍSTICAS

HE HABLADO de las teorías de la aceptación, y, tratando de definir mi preferencia por las teorías de rebeldía, he descrito, de paso, muchos de sus aspectos, como se describen siempre aspectos de uno y otro campo cuando se practica un deslinde. Que el hombre debe venir a la tierra con el ánimo de innovar me parece un decreto superior, registrado en los archivos del cielo. No puedo alargarme a demostrarlo. Como tampoco necesito ser sistemático, me permito acudir a las razones sentimentales y hasta temperamentales, cuando no encuentro otras a la mano.

Pero, decíamos, se puede ser rebelde ya por la materia, o ya por el espíritu; se puede desear corregir las normas materiales o las normas espirituales de la vida: todo por amor a la vida; porque de propósito descarto los casos de odio a la existencia. Claro es que el que odia la existencia debe matarse: en esto no caben argucias. Ahora bien, tanto las teorías conformistas como las reformadoras "se subdividen según los impulsos principales que las informan". La aceptación materialista contiene tantas especies cuantas formas de placer ofrece la materia: comer, beber, dormir, amar, rascarse, enriquecerse, montar en motocicleta y cien más. El *Bartolo* de las "pastorelas" rústicas que todavía se representan por Navidad en los pueblos de América ¿por qué está conforme con la vida? Porque la vida le da ocasión de dormir, lo cual es distinto de morir, digan lo que quieran los poetas. No es creíble que los muertos duerman. La verdadera voluptuosidad del que duerme consiste en saber que está durmiendo. En medio de una pesadilla fantástica, si el alma se le anega en pavores, hay una vaga luz de conciencia —"la brújula del sueño vigilante", que diría Góngora—, a cuyo fulgor se orienta el dormido sobre su verdadera posición psicológica, y, en sueños, se dice a sí mismo: "Nada me puede pasar; bien me percato de que estoy soñando. Adelante, pues; nada se pierde con probar esta pequeña aventura. ¿Qué importa que mi aparador ho-

landés se haya convertido en monstruo y esté empeñado en devorarme? Abra en buena hora sus fauces, que yo me arrojaré en ellas lleno de gozo. Siempre podré abrir los ojos cuando me convenga." ¡Y que a este dormido vengan a decirle, como en Horacio, que la Fortuna está llamando a su puerta, y veréis si consiente en mover una sola pestaña! Al *Bartolo* de mis "pastorelas" lo tiran de los brazos, tratando de arrancarlo al jergón en que duerme y asegurándole que la Gloria ha preguntado por él. Pero él apenas se digna contestar:

Si quiere la Gloria verme,
que venga la Gloria acá.

Y sigue tendido "a la Bartola". Bartolo acepta la vida, porque ella le proporciona el sueño.

Antes de la guerra, había un Club del Silencio en Londres, donde se veneraba esta divinidad de que se olvidaron los griegos. ¿No pudiera haber un Club del Sueño, donde se renovara, con nuevo espíritu, la antigua leyenda de los Siete Durmientes?

¿Queréis ahora un conformista del beber y el dormir? Pues voy a pedírselo a "Azorín". Mucho lamentaría calumniar a los hijos de su espíritu en este aprovechamiento simbólico que suelo hacer de ellos. Pero nadie es dueño de sus hijos: ni Cervantes lo es de su Quijote, que a tantas interpretaciones y "trazas" ha podido prestarse. Mi conformista del beber y el dormir se llama Sarrió. En varios libros de "Azorín" aparece; pero, particularmente, lo interpretaremos según las páginas de *Antonio Azorín,* donde se le ve de cuerpo entero. Ya sé, señor "Azorín"; ya sé que su Sarrió tiene demasiada salud para merecer que se le escoja como "tipo representativo" de esto ni de lo otro. Pero es innegable que, en una de las fases de su personalidad, Sarrió es un conformista del comer y el beber. Me conviene hasta por honesto y sencillo, para que se entienda mejor que el conformista del comer y el beber no es un complicado, un vicioso, ni un perverso. He aquí, de mano maestra, su retrato:

Sarrió es gordo y bajo; tiene los ojos chiquitos y bailadores, llena la cara, tintadas las mejillas de vivos rojos. Y su boca se contrae en un gesto picaresco y tímido, apocado

> y audaz, un gesto como el de los niños cuando persiguen una mariposa y van a echarle la mano encima. Sarrió lleva, a veces, un sombrero hongo un poco en punta; otras, una antigua gorra con dos cintitas detrás colgando. Su chaleco aparece siempre con los cuatro botones superiores desabrochados; la cadena es de plata, gorda y con muletilla.
>
> Sarrió es un epicúreo; pero un epicúreo en rama y sin distingos. Ama las buenas yántigas; es bebedor fino, y cuando alza la copa entorna los ojos y luego contrae los labios y chasca la lengua. Sarrió no se apasiona por nada, no discute, no grita; todo le es indiferente. Todo menos esos gordos capones que traen del campo y a los cuales él les pasa con amor y veneración la mano por el buche; todo menos esos sólidos jamones que chorrean bermejo adobo, o penden colgados del humero; todo menos esos largos salchichones aforrados en plata que él sospesa en la mano y vuelve a sospesar como diciendo: "Sí, éste tiene tres libras"; todo menos esas opulentas empanadas de repulgos preciosos, atiborradas de mil cosas pintorescas; todo menos esos morteruelos gustosos; todo menos esas deleznables mantecadas, menos esos retazados alfajores, menos esos sequillos, esos turrones, esos mazapanes, esos pestiños, esas hojuelas, esos almendrados, esos piñonates, esas sopaipas, esos diacitrones, esos arropes, esos mostillos, esas compotas...

¿Y un conformista del amor? Abrid por el capítulo X, *Los Dioses tienen sed*, de Anatole France. Felipe Desmahis es artista grabador y buen jacobino. Anda siempre a caza de mujeres, en lo que le ayuda su robusta belleza. Sus amigos le llaman familiarmente "Barbarroja". Barbarroja va con sus amigos a una partida de campo, y se ha bajado del coche a comprar fruta cerca de Villajudía. El autor espera que acabe sus compras y, al salir de la frutería, lo sorprende:

¡Bello mocetón! Lleva el chaleco desabrochado, la chorrera flotando sobre el pecho de atleta; en el hombro, la cesta colmada de cerezas. Y la chaqueta se campanea en la punta de su bordón. Sobre la pradera, se juega por la noche al corro y otros juegos de prendas. Y conforme pasa danzando por entre los grupos de mujeres, el ciudadano Desmahis deja caer un galanteo al oído de cada una y se permite, tal vez, alguna licencia fugitiva. La noche, la fiesta y los ojos de las tres muchachas lo han puesto preocupado, y a estas horas está enamorado de las tres: de la

Thévenin, por su gracia y su agilidad, su arte lleno de sabiduría, sus miradas, su encantadora voz; de Elodia, por su naturaleza abundante, rica y hasta dadivosa; de Juliana, a pesar de sus desteñidos cabellos, de sus pestañas blanquecinas, de su cutis desigualmente sonrosado y de su busto algo raquítico, porque, como aquel Dunois de que habla Voltaire en *La doncella,* siempre está dispuesto, en su generosidad, a dar a la menos hermosa alguna prueba de amor; tanto más cuanto que, a la sazón, ésta es la menos comprometida y, por lo mismo, la más accesible de todas. Exento de vanidosos cuidados, nunca se creía seguro de triunfar: tampoco de ser rechazado.

Y por eso se arriesgaba siempre. Aprovechándose de las ocasiones del juego, dice algunas ternuras a la Thévenin, que no las oye con desagrado, aunque no se atreve a contestarlas bajo la celosa mirada del ciudadano Blaise. Algunas cosas más picantes desliza al oído de la ciudadana Elodia porque, aunque no ignora sus amores con Gamelin, tampoco es tan exigente que desee para sí solo todo un corazón de mujer. Claro está que Elodia no puede oírlo: no por eso le parece menos hermoso, y no acierta bien a disimularlo. Finalmente, sus proposiciones más audaces son para la ciudadana Juliana, quien responde a ellas con ese airecillo de estupor que tanto parece indicar una sumisión inconsciente como una melancólica indiferencia. ¿Y el fin de la historia? El fin lo padece un cuarto personaje femenino (que todo da igual): una cervantesca maritornes, monstruosa criatura que, al decir del sabio del lugar, no era una sino dos criaturas fundidas; una especie de mujer doble que —científicamente hablando— haría las delicias de Saint-Hilaire... ¡Oh, cuántos, cuántos hay como el ciudadano Desmahis!

El conformismo de la motocicleta es más delicado todavía. La aceptación de la vida por el deporte, por el gusto de los ejercicios materiales: nada más sano en apariencia. La medicina moderna hasta tiende a curarlo todo con deportes: nada más temible en el fondo. El deporte conduce a las más extrañas obsesiones; parece que fuera materializando la mente, tiñéndola de monotonía, fijándola. El sportsman suele ser un maniático. En la novela de Verne,

Alcides Pierredos, matemático (su nombre lo indica) y gran jugador de billar, cree ver carambolas por todas partes: las cabezas de sus amigos, con relación a la acera de la calle, le aparecen en carambola por baranda; y no puede menos de "fintar" en el aire la jugada, con su bastón. Si en la calle ha habido un hundimiento, el pozo le parecerá una tronera para echar las bolas. Que en este mundo hay que saber de algunos deportes es innegable: el deporte de escribir a máquina es ya un oficio, una utilidad, cada día se incorpora más en la vida, y nuestros biznietos podrán ignorar la escritura manuscrita, como ignoramos nosotros los jeroglifos de Champollion. Además, la misma actividad social tiene algo de deporte; y frecuentar los salones, discutir en las academias, administrar repúblicas o dormirse en el Senado son ejercicios que suponen un temperamento gimnástico educable por el hábito. Gracián, pues, no se equivoca al poner como en grados distintos de una misma escala a Montgolfier y al Papa, pasando por el Gran Capitán, el Tostado, el Alcalde de Zalamea, el Mariscal Ney y don Fernando el Católico. "Y si el regir un globo de viento con eminencia triunfa de la admiración —escribe—, ¿qué será regir con ella un acero, una pluma, una vara, un bastón, un cetro, una tiara?" El ajedrez de Abul el moro se le antoja "propio ensaye del juego de la fortuna", y la agudeza le parece "malilla de las prendas". Del vocabulario de naipes están llenas sus obras, lo mismo que la Comedia Española, cuyos problemas eran todos de acción.

Si es acción la vida social, conviene ser técnico de la acción, pues lo que da fuerza a la acción es gustar técnicamente de ella: "deportizarla". Así, por ejemplo, el político profesional —siempre que tenga algo de honesto— pudiera ser más conveniente que el político místico, que el aficionado teorizante: compárese la política internacional de Sir Edward Grey con la política americana de Mr. Woodrow Wilson. El gran deporte de la vida es de aprendizaje urgentísimo. Pero los deportes —en el estricto sentido—, los deportes al aire libre y los juegos de naipes de que abominaba Schopenhauer, son más bien entristecedores para todo hombre de medianas necesidades espirituales; son melancólicos, obsesionantes. Acaso se apoderan de la

mentalidad de un hombre y le hacen confundir los procedimientos de dos actividades distintas. "Torero de la virtud", llama Nietzsche al español Séneca. Y ¿no hay aquí por ventura algunos toreros de la política? Por lo menos, el aficionado sacerdote don Pedro Hillo (personaje de Pérez Galdós) no dejaba de tener razón al comparar a algunos políticos con los peores novilleros. Decía de Mendizábal:

> ... con sus buenas cualidades, incurrirá en el defecto de todos los ilustres señores que nos vienen gobernando de mucho tiempo acá: talento no les falta; buena voluntad, tampoco. Y fracasan, no obstante, y continuarán fracasando unos tras otros. Es cuestión de fatalidad en esta maldita raza. Se anulan, se estrellan, no por lo que hacen, sino por lo que dejan de hacer. En fin, amiguito, nuestros mandarines se parecen a los toreros medianos: ¿sabe usted en qué? Pues en que no *rematan*... —¿Qué significa eso? —No se ría usted del toreo, arte que me precio de conocer, aunque no prácticamente. Y sepa usted, niño ilustrado, que hay reglas comunes a todas las artes... De mi conocimiento saco la afirmación de que nuestros ministriles *no rematan la suerte.*

Y ¿cabe negar que hay tiranos de quienes pudiera decirse que son los más grandes "matadores"?

Un solo deporte conozco que no obsesione, fuente verdadera de alegría espiritual: la conversación. Porque aun las lecturas y meditaciones no comunicadas sólo pueden alegrar a los locos. Celestina dice a Pármeno:

> De ninguna cosa es alegre posesión sin compañía. No te retraigas ni amargues, que la natura huye lo triste y apetece lo delectable. El deleite es con los amigos en las cosas sensuales, y especial en recontar las cosas de amores y comunicarlas: esto hice, esto otro me dijo, tal donaire pasamos, de tal manera la tomé, así la besé, así me mordió, así la abracé, así se allegó. ¡Oh qué fabla, oh qué gracia, oh qué juegos, oh qué besos! Vamos allá, volvamos acá, ande la música, pintemos los motes, canten canciones, invenciones, justemos. ¿Qué cimera sacaremos, o qué letra? Ya va a la misa. Mañana saldrá; rondemos su calle, mira su carta, vamos de noche, tenme el escala, aguarda a la puerta. ¿Cómo te fue? Cata el cornudo, sola la deja, tornemos allá. E para esto, Pármeno, ¿hay deleite sin compañía?

No, ni para esto ni para nada, madre Celestina: que en la conversación amigable está todo el sabor del mundo. Si la

fuerza de los ascetas se funda en no usar de la farmacia, su debilidad proviene de la falta de conversación. San Antonio acompañado no tuviera visiones. "Si estás solo serás todo tuyo." Conformes, oh Vinci, oh Ibsen: pero esa virtud de poseerse íntegro a sí mismo tiene un nombre de abominación en la Biblia. Entre poseerse íntegro y darse íntegro, vale más este último extremo. Aunque tenga también su nombre ridículo —cuyo elogio puede leerse en la *Tragicomedia de Calisto y Melibea,* y cuyas cuatro letras todos los pilletes de España, movidos por un oscuro instinto étnico, pintan con carbón en todas las paredes.

Sólo que el deporte de la conversación apenas comienza a ser un deporte al aire libre —como lo había sido en los tiempos clásicos, cuando Sócrates dialogaba con Fedro a las márgenes del Iliso. Es creíble que más tarde se dialogara de uno a otro corcel. ¿No acontece esto en el Poema del Cid? No lo recuerdo. Pero en el momento de la humanidad que inmediatamente nos precede, los hombres se instalan en amplios y cómodos sillones para hablar, con arte y lentitud, de los libros y de los sucesos. Véase lo que llegó a ser para una mujer culta la conversación de París, en el libro de Mme. de Staël sobre sus *Diez años de destierro:* Napoleón, dice, conociendo su debilidad, la hería en lo más vivo al privarla de su salón y sociedad habituales. Hermosas lamentaciones le arranca su nostalgia, y repite fruiciosamente la frase de Montaigne: "Soy francés por París." Para ella, el mundo se redujo siempre a su tertulia. Dice bien Lanson: se declara revolucionaria, y sólo admite a los beneficios del nuevo régimen a los señores discretos, capaces de charlar con ella en su salón. Las academias literarias se fundaron como último reducto del arte de la conversación parsimoniosa, en los días en que las tertulias de los cafés van inventando la charla nerviosa y animada, improvisa y hasta maldiciente. Y hoy que los cafés han fracasado y pronto pondremos el célebre letrero de Cromwell sobre la puerta cerrada de la calle de Felipe IV, los buenos conversadores comienzan a escasear o se cansan, caen en lo que los retóricos llaman "batología", y como Díaz Mirón y Valle-Inclán, repiten con cierta frecuencia sus asuntos. ¿Qué va a ser de la conversación?

Los ejemplos del conformismo materialista (y ya se ve que la conversación es ambigua) pudieran llevarnos demasiado lejos. Y lo propio acontece con el conformismo espiritualista: unos lo comparten por resignación; otros, por contentamiento infantil, porque este mundo les divierte. Otros, por motivos racionales o estéticos; las leyes del mundo les parecen justas y hermosas, como a Bastiat sus *armonías económicas;* otros son conformistas por la esperanza de ver algún día algún milagro. Y en esta categoría coloco a los niños educados con cuentos de hadas, y —el primero de estos niños— a Chesterton. Éstos suelen resultar más justificados de lo que pudiera esperarse. *El príncipe que todo lo aprendió en los libros* no tuvo de qué arrepentirse.

El conformismo espiritual pudiera definirse por esta fórmula: la creencia en el Dios Único. Mientras que la rebeldía espiritual nace de la creencia en una Dualidad Enemiga. Me explicaré.

*Los dioses enemigos.** En el prefacio de sus *Dramas filosóficos,* declara Renan que el diálogo es la forma más adecuada para las exposiciones trascendentales, supuesto el estado actual de nuestra mente, y extrema sus razonamientos hasta concluir que la filosofía moderna ha de tener su última expresión en un drama o acaso en una ópera. Fantasea con deleite sobre su imaginado teatro filosófico (concepción semejante a la que, por otros caminos, alcanzó más tarde Mallarmé), y cuenta después que su maestro y amigo el barón de Eckstein había escrito un drama cuyo asunto nunca se averiguó, el cual empezaba antes del principio del mundo, por una charla en el seno de la Trinidad. Porque el mundo —dice— es el resultado de un diálogo eterno entre el Padre y el Hijo. En el principio, era el Verbo —tema de la filosofía idealista.

En las viejas cosmogonías se encuentra frecuentemente esta fórmula: la reacción entre dos entidades originarias.

* Se refunde y aprovecha aquí un viejo artículo (*"De vera creatione et essentia mundi"*) escrito en México, marzo de 1910, y publicado en la revista *Argos,* México, 3 de febrero de 1913. Ver *Obras Completas,* tomo I, apéndice bibliográfico, nº 10.

El persa las supone enemigas, concibiendo el mundo en un combate. El hebreo atenúa el combate hasta hacerlo diálogo, y subordina una entidad a la otra por medio de la liga de una tercera, que es el diálogo mismo. Aquí el Logos, allá la Voluntad.

Tras de mucho pensar y tras de mucho vivir, volvemos a creer que el universo está dividido en dos mitades. Así nos lo enseñan los reveses de la vida y las limitaciones del pensamiento. De otro modo, nuestra actividad sería absoluta.

¿Qué hay más evidente? El dios bueno hizo el día, el canto del gallo, los jardines, los frutos y la alegría de las mañanas; el dios malo hizo la noche, la muerte, los dientes de los jabalíes, el sobresalto de los caminos, el aburrimiento y la sed.

El dios bueno hizo la salud, la armonía, la danza, los pensamientos de Platón; hizo a Goethe, hizo las teorías de Bastiat, el número perfecto de los pitagóricos, la simetría, la línea recta, la circunferencia y la esfera; el dios malo hizo la maledicencia, la enfermedad, la línea quebrada, la cabriola, el color negro, a Poe, a Oscar Wilde, a Baudelaire.

Hay dos dioses contrarios, puesto que todos dividimos los seres y las cosas en buenos y malos, amigos y enemigos; puesto que concebimos la oposición, siendo la síntesis mero estado transitorio, que estalla en oposiciones nuevas. Puesto que el deseo supera a la realidad, hay dos dioses contrarios. Las mónadas son irreducibles entre sí: dioses contrarios; el universo es decoroso, los seres no abdican de su esencia: dioses contrarios.

Cuando Taine quiere resolver el universo en un solo párrafo ciceroniano, donde se unifican todas las tesis contrapuestas, expone la filosofía femenina, la del dios de conciliación. La filosofía masculina enseña, en cambio, que hay dos dioses enemigos: Sí y No. Dios es la ilusión voluntaria, creador apolíneo de existencias. El Diablo es la psicología, destructor vertiginoso de apariencias. Aquél es uno, y éste múltiple. La ignorancia es eminentemente divina, y la inteligencia diabólica.

El sentido de la evolución en Spencer (de lo homogéneo a lo heterogéneo) indicaría el triunfo del Diablo. El sen-

tido de la evolución en Tarde (de lo heterogéneo a lo homogéneo), el triunfo de Dios.

¿Y el amor? El amor es el combate mismo, o el diálogo: el Logos y la Voluntad. Diótima —la maestra de Sócrates— lo define como una naturaleza intermedia a los dioses y a los hombres, hombre y dios a la vez; hijo del dinero y de la pobreza, ni pobre ni rico, o las dos cosas confusamente; ni bueno ni malo, o bueno y malo; ni sabio ni necio, o sabio y necio. Hijo absurdo de Dios y el Diablo, él analiza y sintetiza; él unifica y multiplica, y es símbolo del conflicto original, que otros llaman pecado.

Dios Único: he aquí la divisa de los conformistas; *Dioses Enemigos:* he aquí la divisa de los rebeldes. Lo primero invita a instalarse cómodamente en la vida y a dormir la siesta filosófica en la hamaca de la naturaleza: es el misticismo pasivo, y conduce a todos los olvidos, hasta el de los deberes con Dios. Lo segundo incita a arrojarse a la calle por el balcón, a unirse a la gran caravana de los desaparecidos, y es un caso inverso de misticismo.

EL MISTICISMO ACTIVO

I

La crítica de mañana tendrá mucho que trabajar sobre el concepto contemporáneo del misticismo.

En las segundas significaciones radica el valor de las palabras, como en las segundas intenciones el de la conducta. Del propio modo que la moneda es un signo provisional entre dos objetos de comercio, el sentido bruto de las palabras es también provisional, neutro. En el halo de resonancias con que cada época las viste se descubre el alma de la época; en las pequeñas ideas que rodean los centros de gravitación, en las connotaciones oscuras y hasta no explicadas. Toda cosa individual es, en efecto, resultado de una combinación de matices. Todos los sabores proceden de dos o tres fundamentales, y todas las ideas provienen del Sí y del No, degradados y combinados diversamente. La individualidad es la mezcla de los tornasoles, y el sentido bruto es vehículo de las significaciones veladas. Con el mudarse de ellas vive la palabra: lo que de ella tiende a perdurar está muerto.

Estudiando el tratamiento del amor en la novela contemporánea, pone Brandes ejemplo de una de estas evoluciones: para Voltaire, el amor es dios de placer; es dios de pasión para Rousseau; para Goethe, espíritu maléfico (en cierta parte de su obra, se entiende), y parece que lo comentara Schopenhauer, al decir que el amor abre su camino indiferente a las miserias particulares. En el *Adolfo* de Constant, el amor es cosa compleja: síntesis de elementos buenos y malos, de polos contrastados —como, en la fábula de Diótima, el hijo de Penía y Poros. De poético que era, se hace psicológico; de simple, compuesto. De la física de Voltaire, a la metafísica de Rousseau y de Goethe, y, en fin, a la química de Constant.

Para completar la historia de la idea, distíngase aún la

figura clásica de Anacreonte —el amor armado del hacha— y la de los falsos decadentes —el amor armado de un leve dardo; e interprétese todo ello, como sobre un plano de fondo, con los versos intachables de Eurípides: hay dos amores —dice—: el galante, de que mana el placer, y el erótico, germen de dolores.

En redor de estas ideas eficaces como la del amor cuaja el pensamiento colectivo. Quisiera Carlyle referir la historia, como a sus focos genéticos, a los Héroes. Ella pudiera referirse tan justamente a las ideas heroicas: con la vida de ellas vivimos, y, en esta semántica de la historia, somos las criaturas del verbo.

II

No es tiempo de definirlo aún, por lo mismo que todos los días se están ensayando nuevas definiciones de él. Parece que, suspenso aún de su tradicional sentido religioso, se orienta a significar todo esfuerzo desinteresado: todo impulso que ignora su fin o que lo ha olvidado o no lo tiene y que se agota, por eso, en un holocausto incesante. Toda energía que, en su desborde, ahoga la conciencia, toda fuerza que se vuelve loca. El misticismo así tratado no es ya consecuencia de la divinidad, antes la precede y la causa. Es un éxtasis que produce al dios: la vida se escapa de sus propósitos, se hincha de anhelo hacia un sacrificio solicitado por su exuberancia y, entonces, como justificación externa, aparece el dios: así, en medio del coro de sátiros, evocado por el frenesí de la danza, surge, en la embrionaria tragedia griega, el Rey del Drama.

Un dinamismo sin finalidad, un ansia en la criatura de superar la concepción del creador; un vuelo, un arranque, un grito, una exhalación hacia arriba. Hoy proyecta un dios y mañana un diablo: no importa. Cual la onda de la linterna mágica —preñada de la visión a que alumbra— esta adoración contiene, en potencia, al ídolo. Y no es más que una de las posibilidades de este misticismo el caso del solitario que, anegado en una oscura marea de fuerza —cuyo sentido, por lo general, desconoce, salvo en afortunados y

terribles instantes de intuición—, siente que su silencio se puebla de pronto con una presencia inexplicable.

Es un misticismo heterodoxo. Como el otro surge de la revelación, éste la engendra. El dios que dibuja sobre el plano de la conciencia puede o no coincidir con el verdadero. Es puro en el procedimiento, aunque fuera impuro en el efecto. Y es, en fin, una manera de misticismo laico que puede, en vez de sujetarse al ídolo, desbordarlo en una inundación de anhelo. No implica dogma alguno; aunque el dogma, desviándolo, pudiera atraerlo. Ni siquiera es reacción religiosa definida. Es una inquietud de aparición, es un poder nuevo de la vida.

III

Comienza a ser clásico el libro de William James en que, renovando el estudio del fenómeno religioso y abandonando la parte ritual por la psicológica, describe una serie de experiencias y esboza la idea que ha de explicarlas. En aquella galería de cuadros exaltados, uno me seduce sobre todo: el caso del misticismo militar. En el centro de la vida —teórica al menos— del soldado hay un misticismo: el soldado como tipo ideal debe estar dispuesto a dejar ciudad, casa y comodidades, familia y aun la vida misma al toque del clarín. Y esta presteza o ligereza esencial —el desprendimiento de todo lo que pesa y se adhiere sobre su alma— es ejemplo de santidad: es símbolo de consagración a los deberes del alma, cuyos enemigos dice el Texto que son los bienes de la tierra. Así, por la perfecta disponibilidad a la acción, se acerca el guerrero al ente divino o perfección mística definida por Santo Tomás y que consiste en ser acto puro. Y es cierto: cada brizna que la hormiga acumula es un signo de energía guardada, potencial —imperfecta.

Por oposición a este misticismo al aire libre, el misticismo de la celda es insano. Mientras el guerrero ha abdicado de todo lo que no es activo en su ser, el santo, en la inacción, se concentra —que es la fórmula más reacia del egoísmo. El santo cierra los ojos para que el mundo no le robe la virtud de sus miradas, y en tanto el guerrero las dilata por

los campos donde galopa su caballo —campos que no tiene tiempo de amar ni desear: apenas, sí, de contemplarlos. El guerrero todo se da.

Cargada de tradición folklórica, hija remota de la India que había de prolongar sus motivos hasta florecer en el teatro de Tirso, hay en don Juan Manuel una fábula que ilustra la humillación del anacoreta, todo rezos, ante la trabajosa existencia del guerrero:

Quiso un ermitaño saber quién sería su compañero en el paraíso, y aunque varias veces Dios le envió a decir con un ángel que hacía mal en interrogar al destino, al fin le hizo entender que sería su compañero el rey Ricardo de Inglaterra. Ahora bien: el ermitaño sabía que el rey era guerrero y "había muerto y robado y desheredado a muchas gentes", y siempre le vio llevar vida muy contraria a la suya, vida que le parecía muy distante de la salvación. Túvose, pues, por perdido; pero Dios entonces le envió a decir que no se quejase ni maravillase: que más merecía el rey Ricardo con un asalto que diera, que el ermitaño con todas sus obras de devoción.

Pero donde más se descubre el ideal de la vida activa es en la caballería andante. Piérdense allí los pretextos morales o ajenos al solo gusto de la aventura. No queda más que el ánimo de empresa, aunque a veces disimulado con razones extrañas. Y a través de aquellos siglos prospera el ímpetu caballeresco como un filón de anarquía; más directo, sin embargo, en su acción purificadora que los recursos de la ley.

IV

Y el misticismo de la celda, con todas sus consecuencias de relajamiento y torpor, nos acecha bajo cien disfraces. El amor al *home* es su desarrollo lejano. El amor al cuarto del convento y la voluptuosidad del conforte están en el mismo plano de enfermiza delectación. El apego a lo doméstico, a las costumbres adquiridas, es un misticismo de la celda. Y ese femenil apego es una manera del Mal.

—Lo peor —dice Walter Pater con inspiración—, lo peor es adquirir costumbres.

Y ¿qué somos todos sino hijos mimados de la costumbre? Sobre esto los antiguos dejaron una moralidad que se repite en los adagios de Erasmo: habiéndose acostumbrado Milón a traer en brazos un becerrillo, acabó por cargarlo cuando ya era toro.

Bernard Shaw ha criticado nuestro modo de vivir ordinario: en familias separadas, en cuartos separados de casas también separadas, y cada uno silenciosamente ocupado con un libro, un papel o un juego de *halma*, privándose, a un tiempo mismo, de las bendiciones de la sociedad y la soledad.

—La condición de los hombres —escribe— es bastante mala, a despecho de su diaria escapatoria hacia la ciudad, porque al amplio mundo de los negocios llevan siempre ese fardo de hábitos antisociales adquiridos en el hogar. De suerte que, aunque sean discretos y amables, tanto los pervierte esa educación de encierro, que hasta en los ocasionales clientes de su comercio, lejos de ver al comprador, creen ver al intruso, que no les ha sido presentado. Esta gente hogareña no puede entender ni en los lugares públicos que está ejercitando un derecho común. Lo mismo en la iglesia que en el tranvía, recibe a todo el que entra como recibe el chino al extranjero que ha forzado sus puertas.

Parece, pues que, al contrario de lo que creyeron nuestros padres, echarse a la calle es más santo que encerrarse en casa. Sólo con ese hábito se consigue ser trasladable; sólo así se llega a ser útil y activo; es decir, social; es decir, fuerte. El que ha abdicado de sus bienes, o que los transporta todos en su ligera mochila, ése es el hombre superior. Los bienes encadenan el alma, y, sobre todo, el bien de los bienes, el inmóvil, el territorial. Los Padres de la Iglesia, anticipándose al socialismo, predicaron ya que el que posea la tierra es un enemigo de Cristo.

El misticismo de la celda, la agorafobia o miedo a la plaza del mundo minan sin cesar nuestras costumbres. En la perspectiva ilimitada, al libre horizonte de las calles, parece que nuestro ser se derrama y se nos escapa. Nos sentimos mejor protegidos entre cuatro paredes sordas. Los días de niebla tienen cierto misterioso encanto, porque el aire

mismo que nos envuelve parece limitarnos, "individuarnos" más, cobijar nuestra actividad y reducirla a nuestro centro geométrico.

Pero la vida está más allá del muro o del velo de niebla, requiriéndonos y llamándonos: ella quisiera rendir toda su energía, y nosotros nos enclaustramos. Huyamos, pues, de esa sala de tapices, de esa biblioteca bien surtida, de esa bata y esas "bibliográficas pantuflas". Adiós veladas de ayer, mientras al fuego ardían las castañas y la rueca sedentaria devanaba un cuento inacabable. El hombre municipal aspira de nuevo a la vida nómada, y Marchbanks, el poeta de *Cándida*, dice que la noche está impaciente.

De hoy más dialogaremos en marcha, bajo el frío de las estrellas. El dios nos ha llamado. Allá dejamos las trojes henchidas por el desvelo de nuestros mayores (¡así los pájaros dispersen sus granos!). De hoy más somos místicos de la acción.

Así, pues, el propio arrebato que nos lleva a la vida activa nos hace abandonar los bienes. El hombre, para poseer toda la energía, renuncia a la materia. Se opera la síntesis entre la acción y el sentido espectacular del mundo, entre la voluntad y la inteligencia, y ya no se busca en las cosas sino al dios mismo.

V

De la moral antigua y clásica (saciarse con el momento presente), a través de la moral media, que aconsejaba conducir la vida hacia el logro de un futuro éxito —ya para alcanzar el cielo cristiano, o ya para alcanzar la realización ética de los fines—, se llega así a la moral del simple desahogo vital.

¡Ay! a la hora del regocijo suenan las palabras de Montaigne, hijo amado de la prudencia:

—No somos, quizá, más que juguetes de aquella mentida fantasía, más celosa siempre de nuestra acción que de nuestra ciencia.

VI

Mas si nuestra ciencia puede engañarnos, no así nuestra acción. Si no está hecha para nosotros la verdad, al menos el éxito práctico. Y en esta tragedia de la vida, tenemos derecho a la *kátharsis*.

La depuración de las pasiones por medio de la piedad y el terror —misión ética de la tragedia según la definía la antigüedad clásica; la transformación de los estados pasivos del alma que, al convertirse en activos, se perfeccionan: esto es la catarsis. Ibsen ha llegado a crear tragedias sin catarsis, símbolo de una edad decadente. Los personajes de *Rosmersholm* —personajes balbucientes y casi mudos— se ahogan de vida interior, se sofocan en el vaho de su rumia psicológica; viven en un ambiente pesado, prisioneros de una ociosa meditación sobre la propia conducta, esclavos de su bata y de sus pantuflas, de sus pequeñas costumbres caseras. Todo ese morbo flotante acaba por producir un remolino en torno a los héroes, y en ese remolino se hunden ellos sin purificarse. La acusación de la tragedia ibseniana, más que contra la sociedad misma, parece ir contra la vida de interior, entendida como sistema de conducta. Entre las cuatro paredes sordas, vamos consumiendo nuestra ración de oxígeno, sin renovar nunca los estímulos higiénicos de la vida. Durante varios años, hemos oído en el piso de arriba los pasos siniestros de Juan Gabriel Borkman, que, al paralizar nuestra atención, nos van enloqueciendo. ¿Qué hacer para producir la catarsis, la onda de viento saludable? Echarnos a la calle cuanto antes, arrojarnos a un río, desbocar el auto, atropellar gentes, domar potros, ir de un hombre a otro, chocar con las cosas del mundo, desahogar, en fin, todo ese vaho y esa bruma en que naufraga la dignidad humana. No hay morbo psicológico que resista a una cabalgata bajo el cielo, a media hora de natación, a una persecución o a una fuga por esos vericuetos del monte. No hay morbo psicológico que resista a una conflagración continental, a una guerra europea: los gases asfixiantes de las trincheras son menos dañinos que los de la chimenea doméstica. En este sentido, vale más tentar todos los deportes y pasar por las alucinaciones musculares de Alcides

Pierredos, antes que ser el convidado de piedra en los festines de la vida.

Pero el examen cuidadoso de las teorías no conformistas también nos convencerá de que no llevan necesariamente al buen término. En todas las encrucijadas nos acecha el fracaso; y la humanidad, como la juventud romana del poeta, se educa entre cosas alarmantes.

EL CRITICÓN

La rebeldía espiritual no es más que la crítica. Y el conocimiento crítico del mundo —sin que sepamos si es el cardo o es la flor de la vida— es como las yerbas de Mitrídates, que vuelven inmunes a los fuertes y envenenan a los mezquinos. Veamos:

El griego decadente

> Te escurres, no sé como, por entre los dedos, como las anguilas o las culebras.
>
> Luciano, *Timón o el Misántropo.*

Todo hombre de medianos poderes —y particularmente si es de los que saben interpretar en su favor los hechos de la vida, y justificarlos dentro de un propósito general, por fortuitos e incongruentes que sean— ha sospechado ya la relativa presteza con que se reducen entre sí las ideas; se ha felicitado alguna vez de haber convertido en alegato lo que parecía serle un ataque; y quizá también, a la hora solitaria, ha puesto en duda la eficacia de su razón. Cuando haya buscado un punto inmóvil desde donde apreciar los valores definitivos o decidir para siempre de la conducta, habrá retrocedido, desalentado, ante aquella inteligencia tan maleable y aduladora, a la que vio siempre esforzarse por halagarlo, como a un emperador perverso un filósofo pervertido.

A ese juego ocioso de la inteligencia, capaz de todo el bien y el mal, me ocurre llamarlo "el griego decadente"; el griego decadente que halla siempre excusas a los vicios del bárbaro de la voluntad, su señor. La crítica, contaminada en las sucesivas rotaciones del pensamiento por el lenguaje del arte, descubre una fórmula menos alegórica para designar el fenómeno, en el léxico musical: ese juego ocioso de la inteligencia es un virtuosismo. El sofisma es una *virtuosità*, un alarde. Corresponde a la pirueta del juglar,

a la gallardía del equilibrista. ¡Y figuraos lo que sería el talento decaído en virtuosismo perenne! Tal como las acciones diarias alambicadas en suertes de volatinero. No sin acierto, el cuentista Bret Harte ha dicho de su imaginado *Wan Lee* —el niño chino que se había pasado los siete primeros años en una atmósfera de artificio, sirviendo a un prestidigitador, saliendo de cestas, cayéndose de sombreros, subiendo por escalas y descoyuntándose en absurdas posturas—: "a sus años, pudo haber sido un cínico; en mayor edad, un escéptico; y viejo, un filósofo". Entretanto, no era más que un diablejo en huelga, "dispuesto a adoptar la virtud como una diversión, sin más guía que su inteligencia".

El hombre de todos los pensamientos

> No hay cosa más perdida, hija, que el mur que no sabe sino un horado; si aquél le tapan, no habrá donde se esconda del gato.
>
> *(Comedia de Calisto y Melibea.)*

En efecto, del virtuoso de la inteligencia nacen el filósofo y el escéptico. El filósofo, que reduce el mundo a una sola idea, a un sistema; el escéptico, que destruye unas ideas con otras. El filósofo, que es unidad; el escéptico, que es totalidad de unidades. El filósofo, que es una faceta del escéptico; el escéptico, que es un compendio de filosofías.

Así, cuando las filosofías encontradas han agotado sus discusiones, la humanidad, al totalizar, saca un saldo de escepticismo. Hubo un tiempo en que se agruparon en redor de la Biblia los defensores de todas las doctrinas. Unos mantenían el sentido alegórico y otros el literal; aquéllos la irracionalidad necesaria del dogma, mientras éstos procuraban establecerlo por medio de la ciencia y la historia. Todos pensaban hacer obra constructiva de religión. Mas, al día siguiente, la humanidad extrajo de sus disputas un saldo negativo. De la discusión se hizo la sombra. "Y durmieron su sueño los varones de las riquezas; pero nada les amaneció entre las manos."

Del virtuoso nace un sistemático o un escéptico, según que el ansia de pensar sea limitada o ilimitada. Porque

el sistemático es como un hijo abortado, y el escéptico un hijo perfecto, de la virtuosidad. El escepticismo se plasma al choque de todos los sistemas. El sistemático tiene mucho de necio, en que no se dejará persuadir. El escéptico no; que puede amanecer con Demócrito y anochecer con Heráclito, mas sin entregárseles por completo. Y, atendiendo sólo a la cantidad del pensamiento, como la suma abarca los sumandos, así supera el escepticismo a todos los sistemas. La comprensión plena del universo, hasta donde Kant quiera tolerarla, exige un estado escéptico de la mente. En cambio, la decisión presupone siempre un sistema, un fin. Lo sistemático pertenece aún al mundo de la voluntad. El escepticismo es el grado heroico de la inteligencia.

La crisis de Descartes

> Llegó el último el primero, digo el hombre, y, examinado de su gusto y de su centro, dijo que él no se contentaba con menos que con todo el universo, y aun le parecía poco.
>
> Gracián, *El criticón.*

Por eso el espíritu crítico se funda sobre un escepticismo esencial. Cuando se está en el secreto de todos los sistemas, se vive en una perpetua crisis, se es crítico, se es huésped de todas las ciudades sin ser ciudadano de ninguna, grave ofensa para el sentido político de la vida. Se ha revisado ya la historia humana y se sabe que las cosas se transforman en sus contrarios. En rigor, e intensa si no extensamente, se han leído ya todos los libros. Se sabe todo; es decir, se sabe que nada se sabe.

Entonces el joven Descartes abandona su biblioteca y busca nuevas fuentes de conocimiento y de creencia en el trato humano, en los viajes, en los negocios del mundo. Pero la experiencia es raquítica y no satura la capacidad de aprender. El hombre, como fenómeno externo, es monótono, y la sabiduría china aconseja no salir nunca de la tierra en que se ha nacido. "... Después de que gasté algunos años en estudiar así el libro del mundo, tratando de adquirir alguna experiencia, un día tomé la resolución de ahon-

dar también en mí mismo, y de emplear todas las fuerzas de mi espíritu en escoger mis caminos. Lo cual me fue de más provecho, según parece, que si nunca me hubiese alejado de mi país ni de mis libros." *(Discurso del método.)*

La escala de Diótima

En el torbellino de la duda, queda, como último reducto, la conciencia del yo. El crítico es un egoísta intelectual. Thomas de Quincey distingue la literatura del poder y la literatura del conocimiento. Refiérese la segunda a los hechos, mientras que en la primera nos da el escritor su sentimiento peculiar de los hechos. Y bien: en el crítico, el poder invade el campo mismo del conocimiento. Su yo, hipertrofiado, intercepta el hecho; lo metamorfosea, al instante, en sentimiento del hecho. Cuando lee, sus ojos no ven la lectura, sino que siguen las reacciones que su alma va sufriendo con ella. Y hasta el mundo de la sensación y de la emoción le es mero pretexto intelectual, grado de la escala platónica hacia las ideas. El crítico, así concebido, es ya el sujeto puro de percepción, de intelección. El mundo no tiene sentido sino tamizado por su mente. Si las piedras hablan, es por él. La invención artística, como una parte de la naturaleza creadora, viene a él para recibir el toque ideal. Si el mundo tiende a convertirse en espíritu, es a través de la intelección y de la invención. Y la tierra se redime por sus benéficos dióscuros: el poeta, el crítico.

La metempsícosis

Pero un proteísmo voluntario es indispensable a la función crítica. En tanto que el conocimiento procede de la comparación, se tiene un conocimiento externo, histórico. Cuando la intuición, cabalmente educada, puede lanzarse sobre el objeto que se quiera, como la flecha de un arco familiar; cuando el conocer no es comparar, sino un sumergirse de buzo, una compenetración, una metempsícosis espiritual, entonces se ha alcanzado el pleno conocimiento. Este modo místico de conocer se define por la fórmula de Porfirio: "Sólo lo semejante conoce a lo semejante, y es

condición de todo conocimiento que el sujeto se haga semejante al objeto." En esta doble función de egoísmo y de proteísmo está el resorte de la crítica. De la voluptuosidad tiene el entregarse; de la traición, el recuperarse a voluntad. Lo primero ha de ser como un esfuerzo de subconsciencia; lo segundo, un desperezo violentísimo de conciencia.

Al juego de la desintegración y la reintegración, ¡cuántos ánimos no sucumben! Es el peor veneno de la ética. No cualquiera arcilla humana sabe resistirlo sin quebrarse.

Prometeo o la guerra de los Titanes

Pero el espíritu crítico, supone, además, un estado de padecimiento. Todo lo reduce a conciencia, y la conciencia, en su definición mínima, no es más que dolor. El crítico es, por necesidad, un decadente. Nada queda en él de aquel adorable infantilismo, de aquellos olvidos deliciosos que caracterizan a las épocas bárbaras de la humanidad. Lo ensordecen las resonancias de su conciencia. A veces, su sinceridad sucumbe en los anticipos del análisis mental. Y lo más terrible (las Danaides agotan en vano el agua de las fuentes): el mundo no tiene ya fondo:

Est-il moyen, ô Moi qui connais l'amertume,
D'enfoncer le cristal par le monstre insulté
Et de m'enfuir, avec mes deux ailes sans plume
—Au risque de tomber pendant l'éternité?

Entonces el escepticismo, reluchando desde el fondo de su derrota, como una orgullosa torre babilónica, proyecta su brazo contra el dios. Es la guerra entre la inconsciencia creadora y la conciencia destructora. Mientras la oscura deidad amasa sus engendros de lodo, el fuego robado niega la obra de la materia, consume y purifica.

—¡Oh, dioses, conozco vuestro secreto! —ésta es la fórmula teológica del pesimismo. En el pesimismo se repliega todo escéptico fatigado, antes de morir.

La pereza es el secreto de muchas acciones humanas.

(Deducido de La Rochefoucauld.)

Hay un instante en que el virtuoso columbra los senderos negativos del escepticismo; presiente, con el poeta, el riesgo de derrumbarse por la eternidad, y, entre destruirlo todo con todo y reducir el todo al uno, esta fórmula sistemática le aparece como la única salvadora. El sistema es cómodo; la perenne plasticidad, sustancia de la vida, asusta a aquella parte mortal que hay en nosotros. Además de que es un deleite el ejercicio mismo de sujetar a un sistema todas las cosas, ver todas las formas como alotropías de una sola, y abrir con una sola llave dialéctica todas las puertas del misterio. Adoptar, de una vez para siempre, una actitud mental, ¡qué ahorro de esfuerzo! Estamos inmóviles, y el mundo se desarrolla ante nuestros ojos como solicitando nuestra buena contemplación. Y sucede entonces lo increíble: toda la biblioteca de Spencer cabe por la ventana de su teoría, como por el ojo de una aguja el cordobán de la parábola. Mas, en cambio, si Homero no es útil para establecer la ley de evolución, Homero no hallará gracia ante los interesados ojos de Spencer. Goethe, que fue a su modo un sistemático, por cuanto era un utilitarista del sentimiento y de la cultura, se pregunta: ¿a qué leer tales poetas, para qué tratar a tales hombres . . . ? ¿Simplemente porque son agradables? Alguien, en nombre de la libertad, le ha contestado ya: "sí, simplemente porque son agradables".

El prejuicio olímpico

Y puesto que hemos tocado las curiosas limitaciones de Goethe, elijámosle como símbolo para definir aquel prejuicio sentimental que consiste en rehuir el dolor. Tal prejuicio —el prejuicio olímpico— era otra de sus cualidades o, por lo menos, así nos lo asegura él. El espectáculo de la angustia humana no pudo nunca arrebatarlo. Le faltó lo que él mismo llama, analizando los dramas de su amigo Schiller, la fuerza de crueldad. Si por algo dejará de ser un guía en el pensamiento contemporáneo, es por eso. Sin

embargo, tenemos derecho a pensar, aunque él no lo declare, que el prejuicio olímpico no lo dominó en su juventud: difícilmente lo avendríamos con *Werther*. Quizá —junto con otras condiciones que acabaron por hacer de él, a ratos, un mero continuador del siglo XVIII— trajo ese prejuicio de cierto inolvidable viaje a Italia, menos provechoso que deseado.

Imaginemos que el virtuoso, aplicando al mundo de la acción su sinuosa técnica intelectual, cede, por un instante, al connatural prejuicio olímpico que todos nutrimos en silencio; imaginemos que, combinando su aspiración a un mundo feliz con sus dones de sistemático, se entrega a soñar y a construir mentalmente una humanidad más perfecta, o siquiera más cómoda —y tendremos la Utopía, la república sin tacha, la ciudad pura. Jules de Gaultier, aplicando su fecundo módulo, nos diría que ella es fruto de un "bovarismo" literario. Es, en todo caso, una confesión de anhelos del escritor, un sistema de humanidad perfecta. Perfecta a sus ojos —que pueden también ser los ojos de sus contemporáneos.

Resumen

Así, pues, la misma pericia que servirá de día para tejer la tela, sirvió para destejerla de noche. La fuerza corrosiva del escepticismo, por un cambio de dirección, se vuelve, no sólo constructiva, sino puerilmente constructiva: sistemática. Esta explicación genética de la Utopía, sin aspirar a ninguna realidad fenomenal —aunque en este o en aquel escritor pudiera adquirirla— posee, por lo menos, una estricta secuencia lógica. Posee, además, aquel tinte trágico que acredita siempre de verdades las conjeturas de la psicología: Del cansancio, del terror crítico, surge la Utopía. Aparte de que mil y mil manifestaciones se engendran, sin que lo sepamos quizá, por reacción contra ciertas etapas oscuras o no ostensibles que las han precedido. Dónde comienza nuestro ser, nadie lo sabrá: el primer aliento vital es ya, digamos, una *derivación innata*. Sé de un ensayista que sólo se produce en páginas breves: nunca publicó volúmenes largos, ni los suyos se clasificarán nunca en la odiosa serie de los libros mazorrales. Él, sin embar-

go, a la luz de la introspección, se tiene por un ensayista que ha evolucionado de la manera abundante a la concisa, y cada vez que escribe reacciona contra un estado anterior, siempre latente y siempre ahogado, de verbosidad. Podrá, así, el utopista haberlo sido siempre para el papel, para el lector, en lo externo de su obra, en las conclusiones. En el indomable primer movimiento de su inteligencia, y hasta en su ejercicio ideológico, quizá no sea más que un escéptico.

En suma, la rebeldía espiritual, la crítica, es la misma mano de Penélope y posee los dones opuestos: ya aniquila un mundo; ya crea un mundo artificial y gracioso. La rebeldía espiritual, único remedio que nos queda, es, pues, un remedio desesperado.

•

*** En "El supuesto olimpismo de Goethe" (*Asomante*, Puerto Rico, 1949, nº 4) y en mi *Trayectoria de Goethe* (Fondo de Cultura Económica, 1954, "Italia", pág. 54) son rectificadas las ligerezas sobre Goethe que se me escaparon en este capítulo.—1955.**

EL FRAUDE

Nos ACERCAMOS al término. Rápidamente hemos revisado el drama del hombre. Hemos visto desfilar las máscaras alegres y atónitas; y, alternándose en la representación, "los ojos bermejos del vino y los dientes blancos de la leche", de que nos hablaba la Escritura. Falta ver pasar al último rebelde: al que se subleva por la materia como se sublevan otros por el alma. Éste quisiera inventar el "nuevo escalofrío", el *frisson nouveau,* pero en el más abyecto sentido. Vive de imaginaciones, y sustituye, en una como patología simbólica, unas emociones con otras. Así, por ejemplo, cree poseer a la mujer con mirarla, e incurre en hartazgos de contemplación (sólo tolerados en España), como los que Ortega y Gasset ha descrito magistralmente en *El Espectador,* bien que trasladándolos al cielo más puro del espíritu. El piropo viene a ser una consecuencia lejana de semejante actitud ante la vida. Lo que es en sí bronco y valiente no debiera nunca decaer en tan lamentables desfallecimientos. Con brutalidad consoladora, ha dicho el futurista Marinetti, asqueado de las simbolizaciones del tango: *"Posséder une femme ce n'est pas se frotter avec, mais la pénétrer! — Barbare! — Un genou entre les cuisses? Allons donc! Il en faut deux! — Barbare! — Mais oui, soyons barbares!"* * Bárbaros, antes que imaginativos sensuales.

A éstos la vida les entra por la epidermis hasta el cerebelo, y del cerebelo vuelve a la epidermis. Consecuencia de este proceso es el equívoco verbal: la palabra *suena,* pero nada *dice;* no llega hasta el cerebro. Entre éste y el cerebelo hay una membrana que se ha ido osificando día a día, y en ella la palabra redobla como la pelota en el frontón.

> Pueblo de medulares nuestra España —dice Diego Ruiz—. La vida psíquica de los españoles acaba al nivel del bulbo raquídeo. La médula ha rezado, entre españoles; ella ha sido

* *A bas le Tango et Parsifal,* Milán, 11 de enero de 1914.

elocuente; ella ha escrito el Teatro; ella fue lírica; ella pintora —en ausencia del encéfalo. Lo cerebral no es lo español. Este pueblo de medulares no ha tenido nunca necesidad del pensamiento. O rarísimas veces y por excepción.

Al hombre de este tipo (huelga decir que no sólo se da en España) podéis arrancarle el cerebro; no se opondrá: su tesoro está en el gran simpático y en la base del espinazo: es como la rana de Galvani, y debemos creer que, aunque se contraiga al choque eléctrico, no lo mueve la energía inteligente de la vida, sino el tropel ciego de los átomos amotinados. Es como el novelista ante su rana despellejada: no le basta la sensación normal, y no sueña más que en aguzarla. De sólo considerarlo, acude a la boca del lógico una palabra: confusión de especies y sustitución del objetivo principal de la vida por una de sus operaciones secundarias; trasposición de los medios a los fines —origen de tanto error humano. A la boca de los hombres justos acude una palabra: fraude. Fraude: barro por oro; y, en lugar del hombre animado, la estatua de tierra. ¡Sí, pero antes de que las narices del dios le hayan insuflado inteligencia! Si Euforión, el hijo del Espíritu, que es la ansiedad misma de volar, se escapa por el aire y estalla en una cauda de cohete, este hijo puro de la materia no vuela, no anda, no se mueve: sino que se contrae con los temblores reflejos de la parálisis. Agotado por su sed y abuso de sensaciones, es metafísicamente necesario que pare en atáxico. Para él los sentidos no son palpos del conocimiento, sino órganos de placer. Si fuera toro, no le servirían los cuernos para herir al enemigo, sino a la hembra. Su mejor representación es el Unicornio, animal grotesco de la fábula cuya única arma no está hecha para amedrentar a los guerreros, sino a las vírgenes. Menos que él se equivocaba Epicuro radicando en el vientre la operación fundamental de la vida, aunque esto puedan no entenderlo los adolescentes.

Fraude: monstruosa imaginación del poeta en que el hombre-máquina corre tras de su ingeniero gritándole entre fogonazos de vapor: "¡Dame un alma! ¡Dame un alma!" Y ¿qué otra cosa, sino este fraude, representa el burlador eterno de la Comedia Española? Cuando el 'Golem', el

hombre mecánico de la leyenda de Praga, se enfurece —cuenta Detlev von Liliencron—, se encabrita como un enorme caballo de palo, y vuelve el alcázar sobre su cabeza. Es la nueva *Disputación del alma y del cuerpo*, en que éste aspira a los privilegios de aquélla.

Fraude: traslación de un estado agudo a la categoría de crónico. Ansiedad del sexo perpetuo. La máquina tiene que estallar, y la orgía de la vida acaba en un asco irremediable.

¿Por qué la idea de la vida, de la juventud, no suscitan siempre estremecimientos helados, ensueños de cumbres, emociones de cazador?

Sea la vida casta y feroz: Hipólito y Diana. ¡Oh juventud! Viento de montaña, la aljaba terciada por la espalda, las rodillas desnudas.

MONÓLOGO DEL AUTOR

La lámpara solitaria

Han pasado algunos meses; pasó el otoño, pasó el invierno, y ya las promesas de la primavera tiemblan en el aire. Y otra vez, como en aquellos días dorados, alzamos la frente con las mismas interrogaciones; otra vez. Tanto divagar ¿ha sido inútil? Y abrimos, temblando, las valvas de la concha, seguros de encontrarla vacía.

¡Oh pluma, oh papel, oh libros, oh arte difícil! Choca el alma prisionera contra unos muros invisibles, y sólo sabemos que nos sorprende la noche consumiendo sacrificios de palabras ante una divinidad desconocida.

¡Qué bien se quejaba Francisco de Cascales, docto maestro del siglo xvii!

> ¡Oh letras! —escribía—; oh infierno, oh carnicería, oh muerte de los sentidos humanos —o seais rojas, o seais negras, que desta manera sois todas! Por lo rojo, sois sangrientas, sois homicidas; por lo negro, sois símbolo de la tristeza, del luto, del trabajo, de la desdicha. ¿Quién me metió a mí con vosotras? Cincuenta años ha que os sigo, que os sirvo como un esclavo. ¿Qué provecho tengo? ¿Qué bien espero? En la tahona de la Gramática estoy dando vueltas, peor que rocín cansado. En las flores de la Retórica me entretenéis sin esperanza de fruto. En las fábulas y figmentos de la Poesía me embelesáis, donde la modorra desta arte me hace soñar millares de disparates y devaneos. En la Enciclopedia o círculo de todas las artes y ciencias, de las religiones, de los ritos y costumbres, de las ceremonias, de los trajes, de las cosas, en fin, exquisitas, nuevas y peregrinas, me angelicáis y trasportáis mis pensamientos. Y por todo este caos de vigilias y desvelos, ¿qué premio me aguarda? —Mas vuelvo a mi dicho, oh letras carísimas, por lo mucho que me costáis: malditos sean vuestros inventores, o bien fuesen los egipcios, o los pelasgos, o los etruscos, o Cadmo, o Palamedes, o Trismegisto, o todos juntos, que muchos seríades los conjurados en mi daño... La elección de las letras desvanece los espíritus, ofusca la vista de los ojos, encorva la espalda, enflaquece el estómago, compele a sufrir el frío, el calor, la sed, la ham-

bre... Impide muchas veces los piadosos oficios de la virtud, roba y nos quita las horas de recreo. Y a los estudiosos los veréis cabizbajos, los ojos encarnizados, la frente rugosa, el cabello intonso, los carrillos chupados, las cejas encapotadas, la barba salvajina. No diréis, no, que son gente política y urbana, sino Cíclopes, Paniscos, Sátiros, Egipanes y Silvanos. ¿Qué cosa más contraria a la naturaleza? La cual nos dio la lengua para el uso de hablar, y nosotros la metemos en la vaina del silencio, y damos sus oficios a las manos, al papel, a la pluma.

Basta ya, maestro pedante, aunque docto; verdadera imagen del Hombre-Pluma de Flaubert. Mientras oímos sonar tus quejas, una beatitud empieza a envolvernos. Es, oh dioses, la hora del espíritu. Los primeros moscos fatigan sobre la vidriera su punta de alfiler; acaso salta por entre los libros el "demonio Elzevir". Y la idea de la jornada rendida se objetiva, se derrama por la penumbrosa estancia como un prestigio. Se apaga el sol: se enciende la lámpara. Vivo testimonio, claridad innegable, tú arderás por toda la noche a manera de silenciosa fe.

¿Qué importa si vuelven, desde el fondo del arca, las manos vacías? Cantemos el himno de los días y las noches: se apaga el sol, se enciende la lámpara. ¡Lámpara solitaria! ¡Con razón te llama el poeta madrina de sus versos!

La primera golondrina

La que todavía no hace verano, ésa lo anuncia. No es la obrera de la estación, es su poeta: canta lo que no existe. ¿Estamos seguros de que ha sido una golondrina? Supongamos que sí. Dejemos la alondra para los amaneceres de amor. Las auroras de los estudiosos las anuncian las golondrinas. El niño Juan Jacobo se pasa las noches oyendo leer a su padre.

> Mi madre —dice— había dejado algunas novelas. Mi padre y yo nos pusimos a leer después de cenar... Nunca podíamos cerrar un libro sin haberlo acabado. A veces, mi padre, oyendo las golondrinas de la mañana, me decía todo confuso: "—Ea, a dormir; parece mentira, soy más niño que tú."

Y hago bien en citar la autoridad de Rousseau. Porque

¿no se ha dicho con razón que, en la literatura moderna, Rousseau es la primera golondrina?

Mientras vuelve la golondrina de la nueva mañana, recojamos pues estas cuartillas, limpiemos la mesa. Se ha formado un libro, casi de por sí: amorfo, balbuciente como un monólogo de sonámbulo.

Hijo extraño de mis noches, hay que bautizarlo y bendecirlo.

Bautismo del libro

Bautizar un libro es un rito lleno de terrores supersticiosos. Témese al hacerlo echar sobre el libro la sombra de un hado funesto. Como en la religión y el derecho formulario de los romanos, el éxito parece pender de una palabra: de la palabra insustituíble. Los hombres fuertes sonríen y dan gracias a la naturaleza que, escasa, los hizo insensibles para las correspondencias íntimas de las cosas. Mas no así los enfermos de perfección. Ellos saben que en la economía de la obra el nombre es un centro de equilibrio, un norte ideológico, una manera de destino espiritual. Si la dedicatoria, en que ponían toda su esperanza los escritores de ayer, sirve para propiciar al magnate, el título propicia al dios. O por lo menos —y esto es ya de capital importancia— indica el concepto que el creador tiene de su criatura, la intención con que ella fue concebida. No porque el autor, enamorado de su esfuerzo, deba buscar una designación sonora o brillante para el hijo de su espíritu, con un prurito de preciosismo. ¡Oh no! Nadie diga orgullo en lo suyo. Sino que la vida está ahí, esperando, para condenarlos al olvido, a los libros mal bautizados; o pronta a alterar los títulos que no correspondan a su ritmo, ya torciéndolos, ya abreviándolos. Libros hay, escritos en serio, a los que el negligente escritor ha crucificado con un título, sin quererlo, cómico; y otros que sobreviven con la injuria de un título alterado, cual con una cicatriz en el rostro. ¿Quién ha de citar por su nombre, ni quién recordará con todas sus letras la *Biblioteca Hispano Americana Septentrional o Catálogo y Noticia de los Literatos que o nacidos o educados o florecientes en la América Septentrional Española, han dado a la luz algún escrito o lo han dejado*

preparado para la prensa, de nuestro canónigo Beristáin? Recuérdese, en fin, aquel tratado sobre *Diferencias de libros que hay en el universo,* que el buen Maestro Alejo Venegas dio a la luz, con la mayor ingenuidad, allá por 1540.

Una manera de bautizar los libros consiste en nombrarlos por su asunto. Otra pretende sugerir, no el asunto, sino el proceso con que lo ha seguido el pensamiento; el dinamismo del espíritu, más que el pretexto que lo provoca; el ritmo, más que el color de la melodía. Según este procedimiento —que supone una complicada elaboración de la facultad crítica—, los libros todos nos aparecerían bajo una luz inesperada. Sin atender a su contenido, y considerando sólo la disposición espiritual que las ha engendrado, ciertas obras de Quevedo y de Gracián pudieran llamarse *La cosquilla de la cabriola,* y el libro de Eclesiastés, *Sobre la comodidad de no comenzar ningún movimiento.*

Justo ha sido llamar *Motivos de Proteo* al libro "abierto sobre una perspectiva indefinida", al libro entendido como trasunto fiel de los múltiples estados de ánimo, expresión sucesiva del movimiento de la conciencia; es decir: el libro sin más arquitectura que la arquitectura misma de nuestras almas —musicalidad infinita que hubiera deleitado a Wagner. Un Proteo es el ánimo, nadie lo sujeta, y vuela a todas partes, sin finalidad aparente, por el gusto de su ejercicio: motivos de ese Proteo serán, pues, los libros hechos como por mero desahogo; motivos de ese Proteo, pues encierran el vario y mudable revolar del pensamiento en todos los rumbos de su espacio sin dimensiones. Pero no sólo se trata aquí de una manera de bautizar los libros, sino de una cuestión estética, de una completa teoría del libro, que, emanada de Rodó, está produciendo en la viña de América una floración de obras, buenas y malas. Esta nueva teoría del libro merece capítulo aparte.

El libro amorfo

El libro como trasunto fiel e inmediato de los múltiples estados del ánimo es cosa absolutamente distinta del libro entendido a la manera clásica. Es algo completamente psicológico, pero ya no artístico. Según el concepto retórico

de los antiguos, las obras deben satisfacer ciertas condiciones exteriores, deben ajustarse a preceptos. El mundo para los antiguos, a pesar de Heráclito, era esencialmente *forma.* Ya se sabe que la infinidad les parecía más bien como una imperfección y que, en su amor a la belleza precisa y plástica, preferían lo acabado y determinado, cuyos límites mide la mente y cuyos contornos abarca la imaginación. Si para nosotros la idea de lo absoluto borra toda noción de forma o dimensiones, para los antiguos parecía trabada en una sugestión geométrica: la forma esférica les era una exacta representación de lo absoluto. Las figuras simétricas, los números capaces de combinaciones simétricas, tenían algo de divino, de incorruptible. Mucho de ese pitagorismo pudo trascender a la teoría del arte. El artista, como el creador del mundo, debe ante todo crear *formas:* así se engendra la retórica. Los libros escritos conforme a sus leyes tenían, propiamente, *pies y cabeza.* La retórica se divide en géneros: el deliberativo, el judicial, el demostrativo. La literatura, en fuerza de clasificaciones, viene a ser una especie de historia natural. Los antiguos establecieron las partes necesarias de una tragedia y de un discurso; ellos clasificaron las imágenes, nos legaron la costumbre de apreciar la rotundez (la redondez) de los períodos, e hicieron, en suma, del aprendizaje literario, algo como una serie de cuadros sinópticos con divisiones en clases y en subclases. No los moteje de estrechos la apresurada ignorancia: lo que así enseñaban era lo único que del arte puede trasmitirse por la enseñanza. Lo que al genio natural se reserva nunca trataron de enseñarlo, sino de desarrollarlo por el ejercicio, por el descubrimiento paulatino de las propias virtudes, por la Mayéutica o parteo del alma.

Pero nuevas corrientes cruzan la lente alterable del espíritu, y los artistas combinan diversamente, en el tiempo, los elementos de la herencia común. En fin, se juzga que la manifestación literaria es, como la materia misma, cosa dinámica. La conciencia estática de la antigua psicología se pone a correr como una montaña de hielo que se funde en un río, y la literatura, que es su expresión, trata de imitarla. La manifestación literaria (sin que afirmemos nada respecto a su origen natural ni respecto a su valor moral,

sin que sepamos siquiera si es una flor o si es un fruto) nada tiene de común con las formas, con los sólidos. La retórica, pues, la preceptiva, pierden toda su autoridad; la poesía se olvida de la estrofa y de las leyes métricas, y nadie respeta ya las tradicionales *partes del discurso*. Los libros dejan de tener principio y fin: son una perspectiva indefinida donde el espíritu cansa su versatilidad esencial. Si se quiere un ejemplo aproximado del contraste entre el libro clásico o artístico y el moderno o psicológico, compárese el desarrollo del *primer Fausto* con el desarrollo del *segundo Fausto*.

Quiero recordar, en fin —también como ejemplo del libro amorfo y psicológico, pero trasladado a los géneros inventivos—, aquel sueño, aquella deliciosa locura o raro delirio, la obra más extravagante del romanticismo español: *El Doctor Lañuela*, de Ros de Olano. Para caracterizar a Ros de Olano se evoca, a la vez, a Quevedo, a Edgar Poe, a Hoffman y a Richter. Es como el último conceptista; pero más *sensibilizado*, mucho más soñador y misterioso, menos dialéctico. Escritores raros han existido siempre en España, dice un claro español: "En el siglo XVIII, Torres Villarroel era uno de ellos; una centuria antes, Francisco Santos . . ."

> Nuestros abuelos —escribe Ros de Olano—, poetas-cantores, filósofos y teólogos, escribieron en reposo.
>
> Nuestros padres, enciclopedistas, viajeros y poetas dramáticos, escribían a jornadas.
>
> Nosotros, pensadores inquietos, psicólogos impacientes, escribimos *volando*. ¿Será menos profundo el libro de los nietos? No. La gravedad de las ideas se condensa; el libro es cauce por donde corre el espíritu, y nosotros precipitamos su raudal . . .

He aquí ya la concepción del libro dinámico.

Ros de Olano es un ejemplo vivo del *transformismo espiritual;* mas del transformismo sarcástico: no puede mantener el propósito de seriedad más allá de cuatro líneas, sin que brote, como florecimiento espontáneo en mitad del párrafo adusto, la cara risueña, quizá diabólica, del chiste. Horacio hubiera dicho de él que es como un pintor que pusiera cabeza humana al cuello de un caballo, y revistiera de

plumas miembros tomados de distintas partes, haciendo, por ejemplo, que un torso femenino se alargue en una cola de pez.

Al final del *Doctor Lañuela,*

> —¿Esto es una novela? —recapitula el autor.
>
> —No.
>
> —¿Es acaso un poema? —Tampoco.
>
> —¿Pues qué clase de libro es éste tan sin género conocido?
>
> —Yo lo diré.

Y se arroja Ros de Olano en una tirada romántica lacrimosa, que acaba con una seguidilla.

La tragedia de los padres

Bien está; queda el libro amorfo bautizado y justificado. Había que escribirlo en todo caso, puesto que los límites de la conversación no nos satisfacen y quisiéramos hablar con todos a un tiempo. ¿No es esto sentirse escritor?

Pero, se pregunta el humorista francés: *Faut-il devenir Mage?* ¿A qué fin hacerse escritor? Las quejas contra la profesión de las letras ni empiezan ni acaban con Cascales, y un adverso sino persigue al poeta desde que abre hasta que cierra los ojos. ¿Qué mal se adivinaba, se leía en los ojos de Fradique Mendes? En los ojos de Fradique Mendes se adivinaban veinte siglos de literatura.

En su poema sarcástico *Bénédiction,* ha descrito Baudelaire la vida mal aventurada del poeta: todos ensayan en él su ferocidad; róbalo la amante, y su propia madre abomina de él desde la cuna. Pero en el fausto de su alejandrino romántico, Baudelaire suele ocultar exageraciones frías y grotescas.

Gautier, comentándolo, sólo uno —escribe—, sólo uno recordamos que fuera poeta por la voluntad paterna. Es, ¡oh ironía!, Chapelain, cantor de la *Pucelle.*

Pero la historia de los errores paternos es inacabable, y hoy pudiéramos añadir a la lista el nombre de Maurice Rostand, a quien enseñaron a hablar todas las poetisas de Francia.

Sin embargo, el caso frecuente es el contrario. En dos o tres ocasiones el padre ha temblado ante el hijo: hay una

edad en que los muchachos caen con fiebre y salen crecidos de la cama; hay otra —suele ser la misma— en que del cuaderno de deberes se escapan unos versos llenos de erotismo impersonal. Como fenómeno de emoción, el caso no es alarmante: trátase de *ese amor de amor* que define San Agustín, del amor abstracto.

El caso es alarmante en otro sentido: como fenómeno de técnica psicológica, como anuncio de que esa vida busca ya su equilibrio en la mecánica de los desahogos poéticos. Ante tanta prisa por penetrar en el mundo de la sensibilidad irritada, frunce el entrecejo el padre, y tiene razón: las canciones han de ser un triunfo y es fuerza que broten de la rebeldía. Si se es poeta, hay que serlo contra la voluntad familiar.

Recorred las biografías; recordad a Ovidio estudiando la Jurisprudencia y ofreciendo al indignado tutor que ya no escribirá más versos; a Goethe, abogado por respeto filial; a Heine, desheredado por su amor a las Musas:

—¿No tendré derecho a la gloria —se pregunta— cuando me ha costado tantas riquezas?

Parece, pues, que las letras se han de conquistar a mansalva, y que el poeta nunca ha sido la alegría de sus padres.

La lucha comienza por la casa: lucha suave, mansa, distraída en las alternativas del halago familiar. Después, la lucha se hace turbulenta y el ataque va dirigido contra todo estado regular:

—¿Mi vida? —se pregunta Lutero—. Un fraile escapado del monasterio, que dio al Papa con las bulas en la cabeza, raptó a una monja y tuvo hijos de ella.

El rebelde busca un parapeto contra el enemigo social: se aísla detrás de una amante, de un vicio o de un traje estrafalario, antes de arriesgarse a la reforma. A veces, como Mecenas, escoge para su finca de recreo un barrio maldito de la ciudad.

Por esos caminos se llega a la torre de marfil. Entonces se inventan otra lengua y otras modas, se ahonda una zanja para separarse de la vulgar tragedia, se fuma haxix, se recuerda en voz alta por los cafés el día y hora en que el poeta asesinó a su padre. Pero un día sube hasta las ven-

tanas la cara del pueblo: estáis perdidos, si habéis olvidado su lengua.

Dura es la tragedia de los padres. —Aquellas madonas italianas que ha interpretado Walter Pater contemplan con azoramiento al hijo inexplicable de sus entrañas: éste, en vez de ceder a las caricias, recorre indiferente los libros, señalando las mayúsculas con el índice:

—¿Qué hay de común entre tú y yo?

Un silencio se hace en torno suyo: es sabio, no se le puede amar.

Más tarde, como se lee en el primer capítulo de las vidas de santos, ha de seducirlo un viejo embaucador:

—Sígueme y te daré la gloria; pero antes, olvida los nombres y los caminos de tu pueblo.

Ya adondequiera que vaya le castigará una imagen terrible: se ha salido del hogar saltando sobre la nodriza: dos brazos se tienden hacia la carretera por donde trotaba su camello.

¿Ni qué amor inspirará, más tarde, el que exhala de su vida esa llama helada en que Juan Jacobo devoró a sus adoradoras?

El escriba

(A los industriales y mineros de mi país)

A menudo habréis oído decir que existe una profesión de las letras, y os asombraría saber que sus adeptos pretenden mantener el mundo sin vuestra ayuda. El hábito de tocar la tierra os habrá comunicado una manera de equidad que impide escalonar los oficios por categorías, como en aquellos cuadros de Alsloot que representan las procesiones de gremios en Bruselas, y donde se ve a los trastejadores desfilar antes de los carpinteros y después de los pellejeros.

Tenéis razón: cualquier oficio —cualquiera— sirve para entender el mundo, y el de las letras es tan humilde o altivo como los demás. Según dice el mejor proverbio, todo lo sabemos entre todos.

Pero el orgullo del escriba es tan antiguo como la historia. Ya en algún texto prehelénico el escriba dice a su hijo:

—Sigue la carrera de las letras, no hay honor más grande. Mira al labrador doblado sobre el surco desde la mañana hasta la noche; ¿quieres vivir como él, con el espinazo quebrado? En aquella rueda trabajan unos esclavos del rey, hurtando su oficio a los animales, y el mundo les está reducido a los palmos que recorren sus pies. Considera, ahora, al albañil, de quien se apartan los elegantes porque trae las ropas empolvadas. Por enharinado huyen del panadero; y del embalsamador —que en vano prodiga los auxilios más preciosos de la inmortalidad— no hay quien se deje acercar, porque hunde los dedos en los muertos. Sólo a nosotros incumbe llevar las cuentas del señor y decidir en su consejo. Somos amos de sus graneros y reinamos, asimismo, en su voluntad.

Así estos siervos ensoberbecidos disponían la educación de la secta para los oficios del egoísmo. Mayordomos, descargaban sobre las espaldas del servidor los tallos de palmeras; sacerdotes, engañaban al pueblo operando fáciles prodigios; se recluían en los templos llenos de juguetes astronómicos, cerraban los ojos para no derramar su luz. Y en su pecho se balanceaba una efigie de oro sin pupilas.

Vosotros no: habéis aprendido a medir las fuerzas humanas por el peligro en que se emplean. A diario saltáis sobre el Infierno, y aún quisiera veros más aguerridos, más ciegos de imitar al topo, o nictálopes como las lechuzas; más carcomidos del azogue, más asmáticos del carbono, más cojos y mancos de perder el andamio y más sordos del zumbido de los volantes, más sobrehumanos del contacto con vuestras divinidades iracundas. (¿Qué importa que caigas, Halvard Solness, si has plantado la bandera en la torre?) Pienso que sois los verdaderos poetas cuando oigo el estridor de las grúas en el espacio, o sueño que truena el grisú.

Porque ¿no os da rubor, escribas? Os debatís, desde vuestros perezosos tapices, en lo que llamáis profundo mareo de pensar, mientras ellos sienten que sus picas rebotan

en los socavones al fulgor de la luciola insegura, o sorprenden, con el pulso de la barreta, la palpitación del agua interior. ¡Ay! Que sólo os parecéis a la vida cuando, el portafolio bajo el brazo, corréis las calles queriendo deshaceros de aquel monstruo de vuestras noches, y dais aldabadas en las puertas, y sonreís o disputáis con los hombres, en los afanes varoniles del cambio.

Pero ni entonces comparo vuestra pobre especia con la más modesta mercancía que el Asia embarca para los apetitos de Europa.

DEDICATORIA

Sea como fuere, no es hora ésta de maldecir del oficio ni de renegar de la obra. Hay que dedicarla, pensando en los amigos y pensando en los días pasados.

Y otra vez, golondrinas de los recuerdos, vuelves como siempre.

Imposible dedicar estas caprichosas divagaciones a los amigos nuevos. Reservemos para ellos las obras objetivas, y volvamos los ojos a la patria, y demos —es irremediable— sobre los infortunados amigos viejos:

Aquella generación de jóvenes se educaba —como en Plutarco— entre diálogos filosóficos que el trueno de las revoluciones había de sofocar. Lo que aconteció en México, el año del Centenario, fue como un disparo en el engañoso silencio de un paisaje polar: todo el circo de glaciales montañas se desplomó, y todas fueron cayendo una tras otra. Cada cual, asido a su tabla, se ha salvado como ha podido; y ahora los amigos dispersos, en Cuba o Nueva York, Madrid o París, Lima o Buenos Aires —y otros desde la misma México— renuevan las aventuras de Eneas, salvando en el seno los dioses de la patria.

¡Adiós a las noches dedicadas al genio, por las calles de quietud admirable o en la biblioteca de Antonio Caso, que era el propio templo de las musas! Preside las conversaciones un enorme busto de Goethe, del que solíamos colgar sombrero y gabán, convirtiéndolo en un convidado grotesco. Y un reloj, en el fondo, va dando las horas que quiere; y cuando importuna demasiado, se le hace callar: que en la casa de los filósofos, como en la del *Pato salvaje,* no corre el tiempo. Caso lo oye y lo comenta todo con intenso fervor mental; y cuando —a las tres de la mañana— Vasconcelos acaba de leernos las meditaciones del Buda, Pedro Henríquez Ureña se opone a que la tertulia se disuelva, porque —alega entre el general escándalo— "apenas comienza a ponerse interesante".

A esa hora de la vida dedicamos hoy copiosos recuer-

dos, seguros de que fue la mejor. Cómplice de nuestros cuidados, el alma se nos disculpa ahora con antiguos proverbios:

Soles me pusieron negra,
que yo blanca me era.

Pero yo no puedo dedicar a nadie este libro de divagaciones. A este libro yo lo condeno a la vida ruda de los libros: a aburrirse en los escaparates, a empolvarse en los rincones oscuros, a que lo estrujen las manos de las gentes, a que lo maldigan los muchos. Yo no puedo dedicar a nadie mis pesadillas líricas: corran por el aire de la noche como una onda de inquietud o un grito de sed.

VI

AQUELLOS DÍAS

NOTICIA

A) EDICIÓN ANTERIOR

Alfonso Reyes // Aquellos días // (1917-1920) // Prólogo de Alberto Gerchunoff // *(Sello de la Editorial Ercilla)* // [Santiago de Chile] 1938.—8º, 178 págs. e índice.

B) OBSERVACIONES

El material de este libro queda explicado en el "Prefacio". Se conserva la indicación de los seudónimos y, siempre que es posible, la fecha y procedencia de la primera publicación: *El Sol*, de Madrid; *Las Novedades*, de Nueva York; *El Heraldo de México; El Universal*, de México.

PRÓLOGO

En la época en que Alfonso Reyes vivía en Madrid —se dedicaba casi exclusivamente a la literatura desinteresada y al periodismo activo—, el mundo ofrecía aún al espectador la ilusión de que se esforzaba en realizar sus esperanzas antiguas. Y esas esperanzas eran recientes. Sembradas y concretadas en algunas fórmulas en las postrimerías del siglo xix y en los comienzos de este siglo, parecían destinadas a cuajarse en una realidad posible. Ciertamente, ese mundo efímero se traslucía a través de hechos incongruentes, de problemas contradictorios, de fenómenos agudos. Pero se percibía en su conjunto indeciso algo que permitía mantener la fe en una próxima unidad moral del hombre, inclinado teóricamente hacia un perfeccionamiento general.

Alfonso Reyes nos da en sus ensayos sobre esos problemas aislados o esos acontecimientos una visión panorámica. Su examen de hechos o de ideas nos facilita la labor de clasificación histórica y ordena con sus juicios lo que sabíamos en forma disgregada o estaba en nuestro espíritu más como una sensación que como un conocimiento. Desde este punto de vista, así como desde un punto de vista más trascendental, este libro suyo, compuesto de retazos, según lo exige la diversidad y el carácter de los asuntos que expone o analiza, no está sujeto a condiciones rigurosas de tiempo. Sus páginas no representan el reflejo de una actualidad fenecida y sumergida en una especie de arqueología literaria o periodística. Se desprende de esos trabajos, que conservan el calor de las jornadas en que se forjaron y encierran la temperatura apremiante de su momento, una lección que sobrevive todavía y nos ayuda a medir y a valorar los sucesos ulteriores.

Y es porque Alfonso Reyes, escritor o periodista, observa la vida con un criterio perdurable de historia y no con un sentido simplemente objetivo de crónica.

Siendo un cronista fidedigno, es siempre un intérprete

con poderosa facultad de generalización, para quien los conflictos políticos o los choques ideológicos revisten, por encima de la refriega eventual o del escenario local, una dimensión humana. Se explica; Alfonso Reyes, radicado en Madrid o en París, en aquellos días, no era un hombre enquistado ancestralmente en una sociedad de tradición inmutable. Su cultura de humanista, sus aficiones intelectuales y su gusto elaborado de poeta de los cenáculos europeos no desalojaron del fondo de su mentalidad de americano las preocupaciones, y más que las preocupaciones, el instinto definido de miembro de una comunidad que encarna en el Continente un movimiento de inflexiones precisas. Cuando Alfonso Reyes escribía los comentarios que contiene su libro, México se desgarraba y se rehacía en su largo proceso de renovación, y ese esfuerzo extraordinario, de tan vasto desbordamiento continental, le comunicaba una efusión, una amplitud cordial que en vano buscaríamos en los comentaristas no americanos de esa misma hora. Lo que en éstos se reduce a una expresión circunscrita de lugar y de instante, adquiere en Alfonso Reyes ecos de universalidad. El europeo comprende únicamente el interés inmediato, la conveniencia inminente. Alfonso Reyes, en cambio, al opinar sobre las graves cuestiones que se agitaban, extendía su intuición más allá de la raya fronteriza y las penetraba, así sea en los detalles marginales, con una profundidad que no nos proporciona habitualmente el documento cotidiano del periódico o la síntesis elemental del ensayista.

Este libro, además de situar los problemas de acuerdo con su raíz efectiva y en su espacio físico, además de radicarlos históricamente, los diseña en su importancia para la humanidad. Por ser un habitante de América, los interpreta con un sentimiento de justicia extra-nacional, extra-terráneo. Un ejemplo de lo que digo se halla en su notable estudio sobre la formación y el desarrollo del sionismo. Desde que el doctor Teodoro Herzl esbozó el programa del judaísmo irredentista, se ocuparon muchos escritores y políticos cristianos de ese propósito, fundado en el restablecimiento de la nacionalidad histórica de los judíos. Ninguno de ellos ha visto este problema con más claridad mental y más generosidad de espíritu. Para los políticos y tratadis-

tas de Europa la vuelta de los hebreos a Palestina es una complicación o es un absceso en la urdimbre europea.

Se eriza para ellos con dificultades de orden hereditario o prejuicios religiosos y raciales que un pensador o un poeta de América puede comprender con su raciocinio pero que nò admite en su ética. Y es porque su ética histórica no está determinada por la pesantez occidental de lo pretérito, sino por la abolición práctica de esa pesantez. De ahí que su análisis del sionismo, en sus etapas distintas, tenga una proyección que no revela el examen de semejante advenimiento hecho por grandes estudiosos de la política, sojuzgados o reducidos en su filosofía por razones de herencia, o restringidos por resortes que les colocan en una posición de hostilidad instintiva. Creo que los judíos deben considerar este capítulo de Alfonso Reyes como el esquema mejor del sionismo en su relación con la realidad permanente, tanto por la honradez de la exposición como por su acento enternecido, que nunca confina en excesos de retórica sentimental.

Sus artículos sobre vida española nos interesan, acaso más, por causas análogas, que los de los escritores peninsulares publicados en aquellos días. *Esa superioridad de Alfonso Reyes se debe también a la definición típica de su inteligencia americana. Reyes sabe vincular las circunstancias del acontecimiento ibérico o la reacción psicológica del individuo ibérico con la atmósfera mundial, y su conclusión nos conduce a reflexiones que se salen del dibujo que lo sugiere.*

En una palabra, el libro de Alfonso Reyes, que por su título evocador y humilde se refiere a un período delimitado, tiene una supervivencia no común en esa índole de producción literaria. No es difícil descubrir el motivo de esa duración. El lector americano conoce a Alfonso Reyes. Esas cualidades excepcionales que convierten a un libro de crónicas en un libro de cronicidad, en un testimonio de historia, se deben a que Alfonso Reyes es, ante todo, un artista viviente, un poeta que lleva en sí el impulso de perpetuidad de la poesía. Nosotros los argentinos lo sabemos. Estábamos acostumbrados a leer sus versos y su prosa y veíamos en su obra el flúido de un espíritu armonioso y completo,

cuya manifestación libre no cohibía la ciencia artística, la sabiduría técnica del idioma o la inclinación estética en boga. Su sensibilidad cambiante nos contagiaba; su ingenio delicado nos seducía. Mas, al convivir con nosotros, con tan abierto corazón, comprendimos el secreto de su influencia. El arte de Alfonso Reyes, su complejidad espiritual, su sabia sutileza, su profuso dominio del clasicismo y su absoluta modernidad jamás ocultan o sustraen la intimidad del poeta, su inquietud individual, su ingenua perplejidad ante el universo. Este artista refinado es inalterablemente humano, angustiadamente humano, consubstanciado con la confesión americana y, en un grado más ardiente, con la confesión que hace su tierra natal al Continente sorprendido. A través de la acción personal de Alfonso Reyes, hemos penetrado en Buenos Aires la recóndita substancia de que se nutre el movimiento mexicano y lo hemos alojado en el espíritu, no como una variedad del trastorno universal, sino como un aspecto de la existencia americana y como una refracción de los designios cardinales de América.

La singular personalidad de Alfonso Reyes en la literatura hispanoamericana alcanza ya contornos decisivos. Tal vez no se den cuenta sus propios compatriotas de lo que significa esa personalidad para la gente de la Argentina, del Brasil, de Chile, del Perú, del Uruguay, del Paraguay. Su talento cautivador nos denuncia, vuelta a vuelta, al filósofo reflexivo en quien el rigor de lógica y el hábito claro de la objetividad no extenuaron "los pechos de que fluye la tibia leche de la bondad humana".

Este gran poeta realizó, pues, una función de diplomático insigne; nos familiarizó esencial y minuciosamente con la modalidad, con la orientación, con el maravilloso coraje en la transformación creadora del pueblo mexicano. Y para la América toda, Alfonso Reyes, poeta continental de nuestra lengua, es un representante de México.

ALBERTO GERCHUNOFF

PREFACIO

Se reúnen en este volumen algunas viejas crónicas publicadas en periódicos de América y España, conforme se indica en las notas respectivas, donde no siempre ha sido ya posible apurar las fechas exactas.

El curioso advertirá fácilmente que algunas crónicas firmadas en Madrid y en París parecen fundar la sospecha de que el cronista poseyera el don de la ubicuidad. La verdad es más humilde: el diario para el cual se escribieron esas páginas no podía pagarse el lujo de un corresponsal en cada una de aquellas capitales, y había encargado las dos jurisdicciones a un periodista que, aunque vivía en Madrid, se mantenía al tanto de las cosas de Francia desde los tiempos de su anterior residencia en París.

Como todo trabajo periodístico, estas crónicas han envejecido. A la luz de acontecimientos posteriores, tal o cual pasaje resulta ahora rectificable. Pero ¿para qué falsear con retoques los documentos de una época? En estos perfiles que el tiempo redibuja está precisamente el sentido histórico. Alguna enseñanza resulta de recordar cómo se veían los sucesos a la hora de su acontecer. Precisamente el objeto de este opúsculo es provocar en la mente de los lectores una experiencia de confrontación. Por aquellos días —cualesquiera fueran los males de la época— aún quedaba algo de aquella atmósfera moral que permitía examinar y reconocer con espíritu ecuánime hasta las cualidades del adversario, y aprovechar todo lo que había de constructivo o positivo en las ideas de unos y otros bandos. Hoy por hoy, el cronista se vería en aprietos para tratar de ciertas cosas con igual objetividad. Y ello no sería precisamente imputable a una degradación ética del cronista, sino a una degradación ética del instante humano que ahora vivimos.

Si los hombres, las fuerzas sociales, los hechos de que aquí se habla han manifestado más tarde una capacidad

dañina de que carecían entonces —al punto de que tal rasgo de mera discolería graciosa ha revelado después su virus de crimen social—, ¿cómo íbamos a considerarlos ahora con los mismos ojos?

Las notas dedicadas al sionismo no preveían el conflicto que años después había de producirse entre los hebreos y los musulmanes de Jerusalén y, en consecuencia, nada prejuzgan a este respecto. La idea sionista se originó en la mente del Dr. Herzl cuando, por 1894, trabajaba como repórter en el proceso Dreyfus. Durante unos treinta años, el movimiento sionista logró transportar a Palestina grandes masas de hebreos. Los árabes sólo se inquietaron cuando los aliados comenzaron a apadrinar el sionismo.

Gran Bretaña, interesada desde antes en el movimiento, ya había ofrecido a Uganda como sede del nuevo hogar judío, pero el Dr. Weizmann insistió en reclamar la Palestina. Durante la guerra, Weizmann se hace indispensable a los aliados por sus extracciones de alcohol de madera, elemento precioso para los explosivos que la campaña submarina y demás circunstancias del momento habían enrarecido. Weizmann no quiso más compensación que el poder servir al pueblo hebreo. De aquí la declaración de Balfour, 2 de noviembre de 1917. Gran Bretaña soñó con reconciliar en Palestina a los árabes, sus aliados, y a los judíos, sus protegidos. Y ambos, tras de desconfiar unos de otros, desconfiaron del tercero en discordia.

Sir Herbert Samuel fue a Palestina en 1920. Por ser judío, los sionistas lo consideraron suyo y los árabes desconocieron su mandato. Tras los motines de Jerusalén y Jafa, los musulmanes hicieron fracasar la elección general de Sir Herbert en 1923.

El nuevo Alto Comisario, Lord Plumer, fue mejor acogido por los árabes. La bancarrota judía que sucedió al pasajero auge de 1925 hizo creer a los árabes, por un instante, que el sionismo se liquidaría solo y de modo automático. En julio de 1929, tras la renuncia de Lord Plumer, sobrevinieron nuevos motines y choques entre árabes y judíos de Jerusalén. Gran Bretaña se manifestó dispuesta a escuchar las reclamaciones de los árabes y a restringir

prudentemente la inmigración hebrea. Los sionistas protestaron, y la política indecisa de la madrina se desconceptuó un poco a sus ojos, a pesar de las explicaciones de Mac Donald. Los nuevos conflictos, de 1933 en adelante, han sido ya una seria advertencia para el mundo.

Los sionistas han dado enorme impulso a la agricultura en Palestina; han hecho fuertes inversiones de capitales con que han levantado la riqueza general del país, explotan la potasa del Mar Muerto y electrifican el Jordán, y fundan nuevas ciudades como Tel Aviv (Colina de la Esperanza), que tiene una población de 50,000 almas. Pero todavía los árabes representan la mayoría, en proporción de seis a uno, y alegan que son los dueños tradicionales de la tierra y que el nuevo desarrollo del país no hace más que gravitar sobre ellos; que si antes pagaban a los turcos 1,800 libras, ahora pagan a la Gran Bretaña no menos de dos millones y medio. Los británicos, por su parte, han empleado un millón en la reconstrucción del puerto de Jafa.

En suma, el nuevo sistema internacional del "mandato" ha revelado ya sus peligros, inherentes a su carácter de operación interesada. Las comunicaciones entre el Mediterráneo y el Golfo Pérsico hacen que estas zonas intermedias y sometidas al mandato sean de vital importancia para los grandes imperios mandatarios y no puedan ser tuteladas con absoluto desinterés. Entre la abrumadora mayoría árabe, la minoría hebrea de Palestina, lo mismo que la minoría cristiana de Siria, son víctimas de esta situación.

Como vivimos en tiempos en que hay que explicarlo todo, no está por demás añadir lo que muy bien pudiera darse por sabido: que el sionismo no agota en manera alguna el problema judío y, a veces, hasta corre por otros cauces. Igualmente absurdo sería suponer que el problema judío se reduce al problema de aquellas colonias en otro tiempo transportadas a Argentina.

Finalmente, no se sospechaba, cuando se redactaron estas crónicas, la resurrección de la campaña antisemita en algunos países, campaña que parecía cosa definitivamente abandonada y propia de edades más oscuras.

En estos, como en todos los demás temas, hay que recomendar al lector que tenga en cuenta la fecha de cada

artículo. Esto dará su sentido a las apreciaciones; esto explicará la actitud de los hombres a que se alude; esto, además, justifica la libertad de expresión del cronista que, en los años anteriores a 1920, no se encontraba ligado a los compromisos de la representación oficial.

1937

I
EN TORNO AL SIONISMO

1. LA TOMA DE JERUSALÉN

(Entrevista con el doctor Yahuda)

EL DR. ABRAHAM S. YAHUDA es bastante conocido del público por sus conferencias en la Academia de Jurisprudencia y por su designación para la novísima cátedra de Lengua y Literatura Hispanohebraicas en la Universidad Central. La creación de esta cátedra —por la que habían abogado, entre otros, Azcárate, Pulido, Fidel Fita y Altamira— fue saludada como una "agradable sorpresa" por los periódicos extranjeros, y por toda la prensa hispanoamericana corrió un artículo que con ese motivo publicó Max Nordau en *La Nación,* de Buenos Aires. Súbdito británico, el Dr. Yahuda es, como lo declara sencillamente Max Nordau, "un judío orgulloso de su raza". Según ya lo ha dicho la prensa madrileña, es un descendiente de los sefardíes o judíos españoles, y cuenta entre sus antecesores alguno de tan buena memoria como aquel Josef Ben Schuschan, consejero de hacienda de Alfonso VIII en Toledo, que tomó parte en la provisión y preparación de la batalla de las Navas de Tolosa.

Los lectores de *El Sol* han podido ver, por el telegrama de "Corpus Barga" publicado el día 11 de este mes, la declaración del ministro inglés, Mr. Balfour: "El gobierno británico es favorable al restablecimiento del pueblo judío en Palestina", dentro de ciertas condiciones que aseguren la libertad civil y religiosa de todos. El Dr. Yahuda era la persona más caracterizada para informarnos sobre la actitud del pueblo judío ante la toma de Jerusalén, y a él hemos acudido.

—Soy poco afecto a estas entrevistas —nos dice—. Pero he transigido con la prensa española, generalmente más respetuosa que las demás en esta materia. Para *El Sol* tengo, por otra parte, una simpatía especial. Vuelto hace pocos días de Francia, he advertido con agrado que *El Sol* se preocupa de las cuestiones internacionales. Así debe ser.

Si algunas veces no toman en cuenta la opinión de España por allá afuera, ello se debe a que los asuntos internacionales no siempre fueron considerados aquí con el interés que merecen. No preocuparse de los demás es querer que los demás nos olviden.

Origen y significación del sionismo

La toma de Jerusalén ha producido una efervescencia de tópicos internacionales. Se habla del sionismo. ¿Qué es el sionismo?

El movimiento sionista (derivado de la palabra "Sión", de "Jerusalén") persigue como fin principal la repatriación de los hebreos a la tierra de Palestina. Entiéndase bien: no se trata de que los trece millones de hebreos esparcidos por todo el mundo vuelvan y se concentren en la diminuta patria antigua, ni menos de formar un Estado. Los hebreos quieren simplemente establecer en la tierra de sus mayores un hogar nacional, independiente, bajo la garantía de las grandes potencias; algo parecido al caso del Líbano, o al de Creta antes de su incorporación a Grecia. Los hebreos no han renunciado nunca, desde la destrucción del templo de Jerusalén por Tito hasta nuestros días, a sus derechos sobre la antigua patria. Siempre, y aun en los más negros días de la intolerancia, han mantenido comunidades israelitas en todas las poblaciones de la Palestina. Pero en los últimos treinta años, comprendiendo que todo empeño de colonización judaica en Palestina sin la garantía de las potencias resultaría vano, el movimiento se organizó con un sentido político; esto es el sionismo. Sus principales campeones: Teodoro Herzl y Max Nordau, quienes hace veinticinco años convocaron el primer congreso sionista en Basilea. La prensa mundial y los gabinetes lo consideraron como un acontecimiento extraordinario.

El sionismo y la guerra

Los elementos más importantes del movimiento sionista son los judíos de Rusia y Polonia, de Estados Unidos, de Inglaterra y también de Francia e Italia. Hay entre

los súbditos aliados un total de once millones de judíos. En los imperios centrales habrá unos dos millones. Así, los adeptos del sionismo son, en su mayoría, los judíos aliados. Dada la situación del Imperio Otomano en la política europea, las aspiraciones sionistas no han podido desarrollarse antes de la guerra. Al comenzar ésta, uno y otro bando comprenden la importancia del elemento hebreo en sus respectivas poblaciones, y ambos partidos tratan de captar las simpatías de los hebreos neutrales, sobre todo de los que hay en Estados Unidos. Los hebreos de los imperios centrales habrán dado de dos a trescientos mil hombres a la guerra; los hebreos aliados, no menos de ochocientos mil.

El sionismo es grato a los aliados

La lealtad de los sionistas para las naciones de que son súbditos ha aumentado la confianza de los gobiernos aliados en la causa sionista. En Estados Unidos y en Inglaterra, los hebreos ocupan los más elevados puestos en todos los órdenes de la vida. Tres judíos había en el Gabinete Asquith; dos hay en el actual. No es ya un secreto para nadie el enorme interés personal del Presidente Wilson por la solución del problema hebraico en el sentido sionista. Tampoco lo fue el que los mayores estadistas ingleses le hayan consagrado particular atención. Habiendo contribuído poderosamente a divulgar en el Oriente la lengua y la civilización francesas, los sionistas han contado con muchas simpatías en el seno del gobierno francés. Cuando, en las conferencias interaliadas, se han considerado los fines de esta guerra, las aspiraciones del pueblo judío, mártir de diecinueve siglos, no pudieron ser desatendidas. Y, en efecto, la publicación de los tratados secretos hecha por los maximalistas confirma lo que antes era una sospecha. Inglaterra y Francia están de acuerdo: Francia tiene libertad de acción en Siria; Inglaterra, en Palestina, donde su interés es mayor, como limítrofe del Canal de Suez. Inglaterra llega a la convicción de que en los Santos Lugares todas las religiones y sectas deben convivir en mutuo respeto. Y así resuelta la cuestión religiosa, el gobierno inglés formula la declaración que conocemos, favorable al restablecimien-

to de Israel en la patria de sus mayores. Esta declaración se hizo a raíz de las primeras victorias en Palestina (2 de noviembre); ella resonó hondamente entre millones de judíos.

Las colonias de Palestina

No profeticemos sobre lo que se ha de resolver después de la guerra. Los hebreos se proponen, en todo caso, colonizar el país; cultivar las tierras, baldías desde hace tantos siglos. La colonización hebrea en Palestina comenzó hace treinta y cinco años, gracias a la munificencia del barón Edmundo de Rothschild, de París. Hoy habrá unas treinta y cinco colonias, verdaderos oasis en el desierto, únicos refugios de la civilización, donde hay escuelas y florecen nuevas industrias, plantaciones de todas clases, bosques magníficos, casas del pueblo, recreos. Lo que más sorprende es la resurrección del espíritu nacional. Sólo se habla allí la lengua de los Profetas, la del Antiguo Testamento. Hay millares de niños que, espontáneamente, no aprenden otra lengua. En ella se imparten las enseñanzas escolares. Unos cuantos lustros de libertad han bastado para tender un puente entre los tiempos actuales y los lejanísimos tiempos en que no se oían en aquellas tierras más palabras que las de la Sagrada Escritura.

Para juzgar del éxito económico, la empresa es muy nueva todavía. La poca experiencia se paga con sacrificios enormes. Algunas colonias han podido emanciparse de los auxilios de Rothschild y de otras sociedades sionistas. Se han fundado nuevos mercados para sus frutas y, sobre todo, sus vinos, cuya exportación alcanzó cifras considerables el año anterior a la guerra. El ensayo es, en conjunto, satisfactorio; puede servir de base para la gran colonización.

No hay que improvisar esta gran colonización. No se trata de que los hebreos caigan como una inundación sobre Palestina. La emigración ha de ser metódica, lenta, sujeta a reglas económicas. Se formarían al efecto sociedades agrícolas, bancarias, industriales, en todo el mundo, para subvenir a las empresas colonizadoras, todo bajo la garantía de las grandes potencias.

Respecto al grado de autonomía que pudiera darse a

estas colonias, nada concreto puede decirse aún. Todo depende de los acuerdos entre las potencias interesadas y de lo que parezca más propio para satisfacer las necesidades del pueblo repatriado.

El sionismo y la cuestión religiosa

¿Cómo ven los hebreos la cuestión religiosa de los Santos Lugares? Según el Dr. Yahuda, los sionistas son y seguirán siendo del todo indiferentes a esta cuestión. No los mueve un interés religioso. No quieren edificar nuevos templos en Palestina, sino labrar las tierras abandonadas, fundar centros de vida y cultura, crear mercados, desarrollar en libertad sus necesidades intelectuales. Quieren mostrar al mundo el verdadero carácter del pueblo hebreo, por su conducta ejemplar, su espíritu de tolerancia, su amor a la paz y su afición al trabajo. Los siglos de persecuciones, matanzas y autos de fe sólo han servido para enseñar a los sionistas el inmenso valor de la tolerancia y la incontrastable fuerza de las convicciones honradas. La tolerancia les es, pues, connatural. Todas las confesiones y todas las razas hallarían entre los nuevos pobladores de Palestina unos vecinos respetuosos de sus creencias y mantenedores de la justicia.

El sionismo y Roma

¿Cuál puede ser la actitud de los católicos ante el sionismo? Mejor preguntarlo a ellos mismos, dice el Dr. Yahuda. Algo se sabe ya, sin embargo, por haberlo publicado la prensa inglesa y norteamericana, aunque no ha llegado aún hasta la española. Uno de los jefes del sionismo en Inglaterra, Sokolov, ha sostenido con el Papa, hace algunos meses, una larga conversación al respecto. El Papa, con las reservas oportunas, ha manifestado sus simpatías para el proyecto sionista, comprendiendo seguramente que los hebreos en Palestina serán la mejor garantía de tolerancia para el pueblo católico. Muchos prelados de la Iglesia católica y altas personalidades eclesiásticas del protestantismo favorecen francamente los planes sionistas.

—¿No chocará, pues, el proyecto británico con algunos obstáculos de carácter religioso?

—Nada puedo precisar sobre esto. No leo los periódicos del clericalismo exaltado; sus injustos ataques irritan al hombre más imparcial y lo invitan a abandonar esa serenidad de que estamos tan enamorados. Por los extractos que de estos periódicos suele publicar la prensa más generosa, me entero con sorpresa de que algunos hablan de la nueva conquista de Jerusalén como de una nueva y definitiva cruzada. Pero este acontecimiento carece de carácter religioso. Los soldados del ejército inglés y los batallones franceses e italianos que los acompañaban al entrar en la Ciudad Santa no llevaban sobre los hábitos las cruces de antaño, símbolos de la lucha por la fe perseguida o contra la resistencia de los infieles arrogantes. Las cruces que ellos ostentaban eran muy diferentes, como que son símbolo de la lucha por los derechos de los pueblos, las razas y las confesiones en general. Entre los millares de combatientes que entraron el martes pasado en la Ciudad de la Paz (que eso significa la palabra hebrea "Jerusalén"), los había católicos, protestantes, judíos, mahometanos. Juntos combatieron por igual causa. Es inoportuno querer sembrar en esta alianza de voluntades los gérmenes de la discordia. A los judíos no nos afecta semejante actitud, pues somos ajenos en el caso a la cuestión religiosa. Pero, para mi gusto, se ha insistido demasiado en la alegría de reconquistar los Santos Lugares de manos mahometanas. ¿No se teme, acaso, ofender a los millares de adeptos de Mahoma, súbditos leales de los aliados cristianos, por quienes están dando su sangre?

El Sol del 13 de diciembre publica una declaración oficiosa del Vaticano, según la cual se cree que el Papa "mantendrá la reserva que viene observando desde el principio de la guerra", también a propósito de la toma de Jerusalén. Esto no da lugar a figurarse que pueda prosperar una propaganda de carácter religioso sobre esta materia. Si tal sucediera, ¿cuál había de ser su resultado, sino el provocar a esos millones de mahometanos que hasta hoy no han dado

señales de fanatismo? Entre estos doscientos millones se reclutarían entonces los ejércitos del descontento.

Y concluye el Dr. Yahuda:

—Pero no hay que temer que esto acontezca, porque las guerras de religión han pasado ya para siempre. Si ahora combaten los pueblos, es por alcanzar la propia libertad. En nombre de ella, acaban de entrar los ejércitos aliados en Jerusalén, Ciudad de la Paz. Yo comprendo y aplaudo el regocijo de los católicos y la decisión del Papa de celebrar en alguna forma el suceso, grato a las tres grandes religiones. Los germanizados turcos, olvidando sus antiguos principios de tolerancia, han sido crueles. El haber libertado de su yugo a Jerusalén bien merece que los pueblos de las tres religiones eleven sus preces al Altísimo, en un solo grito de júbilo.

El Sol, *Madrid, 17 de diciembre de 1917.*

2. EL PUEBLO DE ISRAEL EN PALESTINA

HEMOS procurado exponer algunos aspectos y problemas de la reconquista de Jerusalén, que ha venido a consagrar, con una promesa definitiva, las luchas y las esperanzas de los sionistas.

El 23 de mayo, *Israel*, periódico israelita que se publica a la vez en Florencia y en Roma, daba cuenta de la probable adhesión católica a la fundación del Estado hebraico en Palestina, reproduciendo las noticias y comentarios de la *Gazzetta* de Turín y la *Liguria* de Génova, ambos diarios católicos.

El programa sionista ha parecido siempre plausible a los jefes del socialismo. Las naciones aliadas, Inglaterra la primera, y también Francia que no vio en ello ninguna amenaza para sus intereses en Siria, lo han aprobado. Berlín y Viena se habían manifestado dispuestas a aceptarlo, antes de los compromisos con Turquía. Benedicto XV, según noticias de la Agenzia Nazionale della Stampa, acogió con simpatía las manifestaciones de los sionistas, y comunicó a Sokolov, el jefe sionista, que veía con complacencia el proyecto de la fundación de una entidad sionista en Palestina, supuesto que en nada padecieran con ello los intereses católicos.

Esto no debe sorprendernos: la oposición entre el judío y el católico no tiene, hoy en día, más que una realidad retórica de frase hecha. La historia está viva, transformándose; todo cambia y obedece a nuevos estímulos, y hasta las últimas partículas de nuestro cuerpo —que nos parece cosa tan estable y tan inmutable propiedad— se renuevan por completo a los tantos años. La adhesión católica al plan sionista significa, según esto, la reintegración a la comunidad espiritual fundada en la Biblia.

No creemos que la opinión católica de España sea contraria a este sentimiento. Se conocen las palabras de algunos prelados españoles (*El Sol*, 15 de diciembre de 1917): El arzobispo de Tarragona, el obispo de Gerona, el de

Vich, el de Tortosa, el de Solsona, manifestaron su agrado de que Jerusalén pasara a manos británicas, por lo pronto. Sólo el obispo de Lérida, doctor Miralles, cree tan malo para los católicos que Jerusalén se halle en poder de los turcos como de los ingleses. Estas opiniones se refieren a la conquista de Jerusalén, pero no a la posible realización del ideal sionista. Respecto a este punto, es el Vaticano quien ha de hablar por todos los prelados católicos.

En todo caso, la opinión del mundo cristiano se ha manifestado ya en varias ocasiones, y ha sido favorable al programa sionista. Entre los políticos y escritores, los testimonios abundan. George Bernard Shaw ve en la idea de establecer en Palestina un hogar para el pueblo hebreo la promesa de que se hará lo mismo para Irlanda en Emerald Isle, para Escocia en Caledonia, y aun para el pueblo británico en la Inglaterra del Sur. Cierto ecuánime historiador recuerda que el pueblo judío ha sabido conservar su genio nacional aun en los días más negros de la dispersión, y espera verlo florecer en su propia tierra, a tal punto que produzca verdaderos provechos para la civilización humana. Y, entre los sacerdotes cristianos, pueden citarse las opiniones del obispo de Chelmsford, quien considera la decisión del Gobierno británico al respecto como el extremo más importante de la guerra actual (¿no exagera un poco?) y desea que, como en la Escritura, la tierra de Palestina sea para sus dueños naturales "un país en que abunden la leche y la miel". El obispo de Durham confesaba que seguía los progresos del general Allenby con la más profunda emoción, y que acogía con verdadero regocijo la decisión del gobierno británico. El obispo de Lincoln pide a Dios que guíe a los hebreos en su nuevo retorno a la patria de sus mayores. El obispo de Llandaff, el de Norwich, muchos otros más, no han sido menos entusiastas. Y, entre los estrictamente católicos, el arzobispo de Birmingham y los obispos de Cambysopolis, Clifton, Clonfert, Kilmore, Middlesborough, Salford, Sebastopolis, etc.

El Sol, *Madrid, 1º de agosto de 1918.*

3. LA UNIVERSIDAD HEBREA EN JERUSALÉN

HACE pocos meses, el Dr. Weizmann, presidente de la comisión sionista de Jerusalén, recibía el mensaje siguiente de Mr. Balfour:

> Mis votos más cordiales para la nueva Universidad Hebrea de Monte Scopus. ¡Prospere en su noble propósito con éxito creciente! Mis felicitaciones más vivas para cuantos hayan contribuído a fundar esa escuela, que ha de ser un nuevo y poderoso auxiliar en el progreso del mundo.

Un mensaje del Gobierno francés decía así:

> El Gobierno de la República Francesa se complace en expresar la simpatía con que considera la fundación de la Universidad Hebrea, de la que sin duda han de irradiar esos grandes principios de fraternidad e idealismo a que siempre fue tan adicto el pueblo judío, a despecho de las persecuciones seculares; y confía en que, en el mundo ya libertado, los judíos, en armonía con las demás comunidades, sabrán construirse un hogar social e intelectual en Palestina.

Muchas otras felicitaciones llegaron a los fundadores de la Universidad Hebrea, que es para los judíos el primer paso en la senda de la Tierra Prometida, del hogar nacional que los gobiernos aliados han ofrecido devolver a la familia dispersa de Israel. Entre otras, se recibió una del senador por las tres Universidades de Portugal.

En este concierto de voces internacionales, España, por graves obligaciones históricas, no debía faltar. Un grupo de profesores universitarios españoles dirigió al Dr. Weizmann la siguiente comunicación:

> Los suscritos, profesores de las Universidades de España —patria de Gabirol, Haleví, Maimónides y Zacuto—, saludamos fraternalmente la fundación de la Universidad Hebrea en la histórica ciudad de los profetas, poetas y héroes. Esperamos ver renacer en ella el espíritu de reconciliación, fraternidad y justicia, y el florecimiento de las ciencias y las artes, como en tiempos de los grandes maestros y filósofos de Sefarad, orgullo de España y gloria de Israel.

Firmaban este mensaje profesores de Madrid, Barcelona, Granada, Salamanca, Sevilla, Oviedo, Valencia y Zaragoza. Entre otros, R. Menéndez Pidal, R. Altamira, A. Castro, G. Pittaluga, E. Mazorriaga, L. Simarro, M. de Unamuno, A. Sela, Melquíades Álvarez, José de Caso, C. Sanz Arizmendi, M. Serrano y Sanz, F. de los Ríos Urruti, A. Gil y Morte, H. Giner de los Ríos, etc. Los profesores españoles daban así al mundo el espectáculo de una España capaz de rectificar añejos errores y verdaderamente digna de la vida internacional. No sólo hay epidemias del cuerpo: hay otras del alma; y los pueblos suelen padecerlas durante siglos. El mensaje de los profesores de España tiene el carácter de una verdadera "desinfección mental".

Entre los ecos que el saludo de los universitarios españoles ha despertado, nos complacemos en reproducir las siguientes palabras del periódico sionista de Roma, *Israel*, que tan cuidadosamente ha seguido las manifestaciones de la opinión española en esta materia:

> En el mensaje de los académicos españoles hay algo tan sincero, tan profundo, tan fraternal, que levanta verdaderamente el ánimo de los muertos y de los vivos. "Los grandes maestros y filósofos de Sefarad, orgullo de España y gloria de Israel", saludan, ciertamente —mientras en la tierra de sus nostalgias surge la casa y sede de sus creaciones—, a los doctos profesores de Madrid, Barcelona, Granada, Salamanca, Sevilla, Oviedo, Valencia y Zaragoza que, tras tantos siglos y tantos progresos y vicisitudes, han querido evocar sus grandiosas imágenes. Nosotros, descendientes de los que vinieron primero de Palestina y más tarde de España; nosotros, que aunamos al estudio del pensamiento bíblico el de la poesía y la filosofía de los genios de Sefarad, de donde sacamos nuestras plegarias, nuestros himnos y toda nuestra sabiduría, agradecemos el saludo de los profesores con la misma cordialidad fraternal. Pueda la Universidad de Jerusalén llegar a ser un día el centro de las labores y los amores de todas las razas y todas las ideas, rehaciendo así la unidad de los hombres por sobre las diferencias particulares y aun sobre los pasados odios.

El sitio que ocupa la Universidad Hebrea en Jerusalén, sobre el Monte Scopus, es uno de los más hermosos e históricos de la tierra. Su antiguo propietario, el eminente jurista sir John Gray Hill, de Liverpool, cuenta que iba a pasar allí sus vacaciones, y se deleitaba en mirar desde su

casa, a 2,700 metros sobre el mar, la Ciudad Santa, el lugar donde estuvo el Templo, la mezquita de Omar, el Sepulcro, el valle del Jordán y el Mar Muerto, como un enorme zafiro bajo el sol. Allá, las montañas de Moab, con sus sombrías gargantas moradas. Al norte, las ciudades del Antiguo Testamento: Ramah, Nizpah, Michmash. Sir John murió cuando ya habían comenzado las negociaciones para adquirir el terreno de la nueva universidad: "Construíd un bello edificio —había dicho a los sionistas—. Tenéis el deber de hacer a Jerusalén muy hermosa."

El primer paso está dado. El pueblo judío comienza la repoblación de su suelo, dedicando un templo a la ciencia. A presencia de numeroso pueblo, del general Allenby y su estado mayor, oficiales italianos, franceses y delegados judíos de Egipto, se colocaron las doce piedras simbólicas de las doce tribus de Israel. Los rabíes alzaron sus oraciones, y así se cumplían las palabras del Deuteronomio:

> Cuando hayas pasado el Jordán y llegado a la tierra que corre leche y miel, levantarás unas grandes piedras y las encalarás con cal, y de piedras enteras edificarás el Altar.

El Sol, *Madrid.*

II

DESDE ESPAÑA

1. GRANDES ANALES DE NUEVE MESES

I. Entre la guerra y la revolución

(Agosto de 1914)

Afirma Unamuno que la guerra europea ha puesto otra vez frente a frente a las dos Españas. Quiere decir que, en todos los órdenes, ha exacerbado los motivos de lucha; pero no quiere decir que la guerra haya dividido al país en dos opiniones francas, definidas y opuestas. De ser así, la siempre esperada revolución hubiera estallado. Y España, a partir de agosto de 1914, ha vivido, según las palabras de Araquistáin, entre la guerra y la revolución.

II. La revolución mansa

(Del 1º de junio al 19 de julio de 1917)

Componen la revolución mansa dos hechos principales, entre muchos otros secundarios: 1º la insubordinación de los oficiales de infantería, seguida después por las otras armas; 2º la asamblea parlamentaria de Barcelona.

1º Los oficiales de infantería crearon una Junta de Defensa con residencia en Barcelona, presidida por el coronel Benito Márquez, con el fin de poner coto a ciertos abusos y errores de que se quejaban en su servicio. Como era ilegal, se trató de suprimirla; fue en vano. Rozamientos con el Gobierno; arrestos en Monjuich, generales desobedecidos: de todo hubo. Y hubo, finalmente, un apremio de las Juntas —secundadas ya por todo el ejército—, por el que se daba al Gobierno un respetuoso plazo de doce horas para que deshiciera lo hecho. Mientras vacilaba aún el Gobierno, llegó a los centros militares, por trasmano, la real promesa de que las Juntas serían reconocidas y quedarían satisfechas, lo cual fue comentado con amargas alusiones históricas y recuerdos de Fernando VII y sus maniobras.

Las Juntas triunfaron. La opinión quiso ver en la ac-

titud del ejército un símbolo del fenómeno nacional. Salvo excepciones como la de un grupo de socialistas, la opinión creyó por un momento que el ejército trabajaba para todo el país, y así, se le perdonó la sedición. Pero los oficiales aseguraban en todos los tonos que sólo se proponían algunas reformas internas; rechazaban toda asociación con los generales, y más tarde abandonarían a los sargentos a su propia debilidad, cuando éstos intentaron también su pequeño complot. Era, pues, algo muy limitado, muy preciso, lo que la oficialidad reclamaba.

Se estaba bajo el gobierno de la infantería, "bajo el gobierno de los hoplitas" —decía Ortega y Gasset—, y era de temer que prendiera en algún jefe la tentación de una dictadura militar. Pero la prensa aseguraba que se abría una nueva era para España: la de los remedios positivos, tras la era de los desengaños que había sido el 98. Desde entonces, los sucesos se precipitan con celeridad manifiesta. Los civiles han aprendido el camino, y crean también unas Juntas que, al pronto —como los civiles no llevan armas—, parecieron ridículas.

2º Entretanto, el maltrecho Gobierno no se apresuraba a abrir las Cortes. Y sabido es que el catalanismo corre como fermento general por la vida pública. El 19 de julio, se reunió en Barcelona un grupo de parlamentarios, los cuales fueron disueltos, simbólicamente hablando, por la fuerza. El gobernador iba poniendo la mano en el hombro de cada diputado, gesto que pasaba por un arresto teórico. Una pareja de guardias iba conduciendo a los diputados hasta la puerta, tras de permitirles que formularan su protesta en un discurso más o menos largo y elocuente. Ya en la puerta, se les dejaba en libertad; y el pueblo —inquieto por las calles— los ovacionaba. Era una preparación, un aprendizaje. Mansa estaba la revolución: podía embravecerse en un momento.

III. La huelga general

(18 de agosto de 1917)

Duró varios días la huelga general. Había sobrevenido de un modo muy súbito: parte de la opinión creyó que la

había precipitado Sánchez Guerra, Ministro de la Gobernación, para que abortara y ahogarla en sangre. Otros hablaban de "oro aliado", uno de los "ídolos del teatro". Más tarde, las revelaciones del anarquista Miguel Pascual (*El Sol,* 4 de marzo de 1918) afirman que el personal de la Embajada Alemana había estado en tratos con anarquistas; que éstos, con el fin de alterar el orden a todo trance, pesaban sobre los gremios obreros de Madrid, y al fin obligaron al comité a lanzarse a la huelga. Los regionalistas no sabían nada, declaró Cambó. Los encarcelados del comité (Besteiro, Anguiano, Largo Caballero y Saborit) fueron unas completas víctimas. Fue ultrajado Marcelino Domingo. Las ametralladoras barrieron las calles y hubo muertos. Cuando se le iba viendo el fin al desorden, unos mentecatos se ofrecieron como "policías honorarias". Sánchez Guerra fue condecorado. Se dijo que todo había terminado bien. ¿Era posible? *

IV. La convulsión

(17 de octubre. 1º de noviembre de 1917.— 31 de enero de 1918).

No era posible. Cayó el gobierno el día 27 de septiembre y la crisis duró una semana. En plena crisis, el día 30, se celebraba una asamblea parlamentaria en el Ateneo de Madrid, hija en cierto modo de la asamblea de Barcelona. El grupo catalán, regido por Cambó, alcanzó una autoridad considerable. El rey quiso consultar a Cambó, y éste fue a palacio, tras de obtener de los asambleístas un compromiso de lealtad.

Y así se formó el nuevo gobierno, que llevaba en su seno, junto a dos ministros catalanes regionalistas, representantes de las bases de la asamblea, a Juan de la Cierva en la cartera de Guerra. Llevaba en su seno la tempestad.

Por lo pronto, parecía que el viejo régimen de los "partidos turnantes" había caducado. Era fuerza comenzar por disolver a las Cámaras y nombrar otras nuevas, genuinas. Se las disolvió el día 31 de enero de 1918.

* Ver, en el tomo II de estas *Obras Completas,* págs. 247-264, "Huelga, ensayo de miniatura" *(Las vísperas de España).*

Entretanto, el problema de las subsistencias sigue amargando, por instantes, el ánimo popular.

La Cierva comienza su complicada política con las Juntas, hace suyas las reivindicaciones de la oficialidad y sacrifica a Benito Márquez. Poco políticos, los oficiales casan fortunas y adversidades con La Cierva.

V. La experiencia electoral

(24 de febrero de 1918)

Mientras Cambó recorría varias partes de España haciendo campaña regionalista, los socialistas se organizaban para las nuevas elecciones. Se dijo que había dos peligros, y así fue, en efecto: uno, que aún quedaban ministros educados en el "encasillado" o fraude electoral; otro, que no se podría evitar la venta de votos. A última hora, se dijo también que los socialistas, separados de los republicanos, habían dado entrada a algunos elementos de la derecha.

Por las calles, contra la venta de votos, decían los carteles: "Vendes el voto: mañana venderás a tu hija." Herido por la grosería del concepto, Ortega y Gasset aseguraba que la venta de votos era, en todo caso, un camino de la democracia, y que no convenía ponerse solemnes. Censurado por *El Sol*, Gabriel Maura —quien, durante su campaña, había ofrecido dar tanto dinero como su contrincante— se defendía diciendo que, puestos ante un mal inevitable, lo mejor era neutralizarlo. Pueblo hubo, como Aguarón, que dejó sus 494 papeletas en blanco. Sarampión de la democracia.

Ello es que las elecciones revelaron el ocaso de los partidos turnantes. Éstos están formados por grupos personalistas, ya se llamen conservadores, ya liberales, que de tiempo en tiempo se sucedían en el poder sin programa político definido, en un tira y afloja o convenio de sucesión por completo ocioso. Ahora circulaba por el Parlamento una nueva savia. Lo que era una octava parte en la Cámara de 1914 pasaba a ser la tercera parte: mauristas, regionalistas, republicanos, reformistas, socialistas, independientes, jaimistas, católicos e indefinidos.

Araquistáin sacó así la moraleja: es el triunfo de la

organización. La organización obrera es la que ha permitido esta victoria parcial, no los ideales regionalistas, porque éstos han existido siempre, y aun el separatismo, y de poco habían servido.

Y nótese que los encarcelados del comité de huelga, ya antes elegidos para puestos municipales, ganaron ahora votos de diputados, en un plebiscito espontáneo, manifestación de la voluntad nacional. La amnistía era, pues, voz pública.

VI. La dictadura

(28 de febrero a 8 de marzo de 1918)

Las Cámaras aún no se abrían. La Cierva procuraba imponer en el Consejo las reformas militares solicitadas por las Juntas, y quería que se las aprobara por Real Decreto. Provocó entonces una crisis parcial, de que resultó la salida de Rodés y Ventosa, los representantes de la asamblea parlamentaria en el gabinete. La Cierva, ya solo, impuso las reformas militares por Real Decreto del 6 de marzo. Rechinidos de la máquina gubernamental, agitación en los centros políticos, temores de sedición, gran sobresalto público. Las nuevas Cortes habían sido ahogadas en su cuna. Hasta se habló de que se iban a quemar las casas de los periódicos contrarios a La Cierva.

Al día siguiente, en pleno arrebato —como Sánchez de Toca, ex-presidente del Senado, hubiera protestado contra aquella imposición—, el Ministro de la Guerra, La Cierva, le amenaza en nombre del ejército. Era demasiado: el presidente del Consejo ya no puede tolerar más y plantea la crisis total; crisis patética, sin solución a la vista, mientras que las Juntas civiles se agitaban, amenazadoras.

VII. Por la fuerza del pueblo

(21 de marzo)

Algunos servicios públicos en que se notaba la naciente inquietud habían pasado a manos del Ministro de la Guerra. El cuerpo de correos y telégrafos se declara en huel-

ga; primero en una especie de semi-huelga, luego en una huelga franca aunque respetuosa. El Ministro de la Guerra disuelve el cuerpo de correos y telégrafos, llama a las reservas; pretende, sin éxito, poner los servicios en manos militares. Se suspende la vida. Se cortan las comunicaciones. Hacienda y otros departamentos siguen el ejemplo de los correos y telégrafos. Huelga severa, iniciada por Madrid, que volvió a ser, con este acto de civilidad ejemplar, la capital de España. Huelga sin sangre ni bombas, a la castellana, hecha toda de voluntad. Los empleados civiles también merecen, y la reclaman, alza de sueldos, como todos los militares. Pero parecía que todo iba a hundirse; y cundía, aunque sin extremos, cierto sentimiento de pavor.

Los viejos políticos, en tanto, desfilaban ante el monarca, y la crisis no se resolvía. Un último esfuerzo lo salvó todo. Los viejos políticos, depuestas sus antiguas querellas, y aceptando la colaboración con elementos novísimos como Cambó, se unen y forman, bajo el viejo Maura, un gabinete de primera talla constituído por los mismos jefes de los partidos. El pueblo, que aislados los habían condenado ya, juntos los aplaude. Comprende su sacrificio: él lo ha provocado, con intensa voluntad cordial.

La ola de alegría se vio rodar por las calles. El rey salió a confundirse con el pueblo, y los paisanos y los militares se abrazaban. Del pueblo proceden todas las cosas buenas de España.

El nuevo gobierno se presenta, en plenitud de prestigio, a las nuevas Cortes, con un programa de reconstrucción, de amnistía, de administración y reformas militares. ¿Es escaso aún su programa, como quieren algunos? ¿Se ha jugado la última carta, como dicen otros, temblando ante lo que pueda venir, si el nuevo Gabinete fracasa? ¿O será verdad, como anuncian los maliciosos, que la verdadera última carta es La Cierva, reservado para la ocasión desesperada? La Cierva, retirado en Murcia, oye y espera.*

Madrid, 1º de abril de 1918.
Las Novedades, *Nueva York, 1918.*

* Pueden considerarse como continuación de esta crónica mis páginas *Momentos de España,* recogidas en la serie del "Archivo de A. R." (E. 3, México, 1947) y que abarcan de 1920 a 1923.—1950.

2. LA ANDALUCÍA EFICAZ

La España pintoresca es el primer paso en el conocimiento de España. Pero lo pintoresco, aquí como en todas partes, sin ser falso, es limitadísimo, es instantáneo: no bien se lo mira, desaparece. Hay, con todo, regiones donde lo pintoresco español parece remansarse, para deleite de los viajeros curiosos. Tal es Andalucía. No se puede hablar de Andalucía sin que acudan a nuestra mente todos los lugares comunes del amarillo y del rojo, mantones, rejas y claveles, guitarras, ferias y bailes. Está toda Andalucía en aquella mula que sacude las colleras en mitad de la plaza; toda Andalucía en aquel gesto de apurar la copa, encorvando después la espalda y encogiendo los hombros; toda Andalucía en los mismos nombres de "Charito" y "Consolación".

Hubo un tiempo en que la Andalucía pintoresca era para Europa la única representación posible de España. Los poetas franceses hablaban de las noches "andaluzas", ¡de Barcelona! Carmen corrió por esos teatros arrebatando voluntades. Nietzsche descubrió que existían tierras solares, y huyó de la Europa atlántica y brumosa. Poco a poco se decolora el color: el antiguo salteador de caminos se anunciaba a su amante disparando dos o tres arcabuzazos en mitad de la noche, con sobresalto de la gente; pero ya este "Pernales" de nuestro tiempo entra de incógnito a visitar a su esposa (que no amante), a su "Concha del alma", como dicen los pliegos sueltos de las aleluyas, y a lamentarse con ella de tener que hacer esa vida de forajido. Más que un salteador, el pobre Pernales es un sablista: de tiempo en tiempo se presenta en algún cortijo y pide unos veinte duros; el administrador se los da, porque tiene orden del amo; y el Pernales se marcha sin haber derramado una gota de sangre, para reaparecer a los seis meses.

Además, la Andalucía pintoresca no sólo va decolorándose por los estragos del tiempo, sino que, al irla conociendo de cerca, se nos va yendo de los ojos y se nos entra en el corazón. Entonces descubrimos que los abigarrados mu-

ñecos de la feria no son muñecos, sino hombres. La contemplación apolínea se ha desvanecido; y entramos, dionisíacamente, en el conocimiento de la Andalucía trágica. En *Los pueblos*, de "Azorín", hay un capítulo sobre la Andalucía trágica que ha sido una revelación para muchos. ¡Andalucía sufre y llora, y no lo sabíamos! Hay hambre, miseria, enfermedad; hay angustia, angustia. Esto lo describe "Azorín" por los años de 1905. De entonces acá, la ráfaga seca de la guerra acaba de calcinarlo todo. Andalucía se queda en cenizas; los claveles se han vuelto cardos. Los cantos de los mozos del pueblo ya son gritos de rabia. Charito y Consolación lloran todas las noches.

Y del fondo de aquel dolor surge, rebelde y bíblica, con su roja sabiduría de supersticiones y adivinanzas, con el brillo de sus navajas y la fina cólera de sus hijos, una nueva Andalucía: la Andalucía eficaz, la que ya sabe exigir su bien al mundo.

Cuando yo vine a España (entré por el norte, como lo hacen los invasores), me dijeron: "Sí, el norte es fuerte y es rico. Por lo mismo, sus inquietudes sociales no están todavía en el corazón de España. Cuando las inquietudes cundan al sur, cuando sepa usted que Andalucía reclama, échese a temblar."

Ya había yo advertido en Madrid que los andaluces son hombres de una eficacia incalculable: no hay uno de cuantos conozco que no sea el primero en su mundo. Con razón ha dicho Góngora que

A ellos les dan siempre los jueces,
en la sortija, el premio de la gala;
en el torneo, de la valentía.

Y esta condición de eficacia, que parecía privilegio de los andaluces de excepción, se ha despertado ahora en todo el pueblo. Antes Andalucía era tierra de sueño. A Córdoba solían ir los insomnes para recobrar el sueño en la profundidad de aquellas casas bajas y frescas, en el ambiente perfumado y arrullador. Un día José Ortega y Gasset se fue a Córdoba a descansar. Iba en busca del sueño que el tráfago de Madrid le había robado. Con gran sorpresa suya, toda la noche oyó resonar los cascos de las caballerías. La guardia civil patrullaba las calles. Había huelgas

generales, había desórdenes; había juntas, discursos y se redactaban bases y memorias.

¿Qué piden los trabajadores? Piden tierras a una sola voz; piden la transformación del régimen de los latifundios; el remedio de ese largo error secular que destruyó las propiedades comunales. Verdad es que un propietario les contestó que tenía a su disposición unas doscientas hectáreas; pero ellos le retrucaron: "Y nosotros tenemos un buen azadón a la disposición del señor terrateniente, para que viva también de su trabajo."

Y a esto ¿qué contestan los propietarios? Algunos son conservadores extremistas. Estos dicen que "tranquilidad" viene de "tranca". En Sevilla llegaron a ofrecer diez céntimos diarios al bracero (desprendimiento notable, que sin duda pasará a la historia) a condición de que no hubiera huelgas ni sindicaciones. Éstos fían en la tercerola del guardia, y en esa cosa mitológica que llaman la fuerza del Estado. Otros son técnicos o científicos: éstos quisieran expulsar al obrero, mandarlo a Francia, mandarlo a América, y sustituirlo por máquinas que no se agremian ni hacen huelgas. La sembradora, la trilladora y la aventadora, según éstos, lo resuelven todo. Finalmente, hay, entre los propietarios, algunos reformadores tímidos. Éstos están por ceder en algo, y aconsejan al Estado la reconstrucción de la propiedad comunal, el bien del pobre; y ofrecen, por su parte, dar ciertas participaciones al trabajo.

La extrema opinión de izquierda (que es la que aquí importa recoger, por ser índice de la situación), cuando es relativamente mesurada, se conforma con pedir al Estado una reforma semejante a la de Rumania e Irlanda. El Estado, dicen, puede desprenderse de sus bienes procedentes de embargos, de esos eriales que se han convertido en guarida de malhechores . . . Pero hay otra opinión: según ella, los malhechores no son los que andan emboscados por los eriales sin valla, sino los otros, los que están, con asentimiento del mundo, detrás de las vallas, en los terrenos acotados, disfrutando en ocio y en paz de sus sementeras, o dejando que se enmohezca el suelo, bárbaramente, falto del alivio de las rejas.

Madrid, 15 de abril de 1919.
El Heraldo de México, *31 de mayo de 1919.*

3. LA REFORMA MORAL

UN ARDOR de renovación consume casi la vida de los jóvenes españoles. Algunos, extremando la nota, quisieran saltar fuera de sí mismos, fuera de su tradición, fuera de la arquitectura de su raza; y se les oye, de tarde en tarde, lanzar aquel gemido de Ío cuando quiere huir de su propio cuerpo. El joven filósofo Diego Ruiz se atreve a definir el problema de su raza como una "contradicción entre la necesidad de pensamiento y la improbabilidad de tenerlo", y acaba por desterrarse de España. El joven filósofo Ortega y Gasset abomina, en un momento de desesperación, hasta de los ademanes airosos del hombre de su pueblo, que tanto admiran los extraños. Pero éstas son, por fortuna, crisis y fatigas pasajeras. Desde el año 98 el alma española se sacude; está, si vale decirlo, aleteando para que le crezcan nuevas alas. Y, por momentos, los nervios profundos de la juventud desfallecen. Y el sufrimiento —ya se sabe— no es necesariamente el mejor consejero para todas las cosas. Sólo el espíritu, la filosofía, la religión misma, enseñan a reaccionar a los hombres y a sacar de sus experiencias dolorosas una lección saludable. El sufrimiento a secas no hace más que abatir, cegando las fuentes del contentamiento esencial a toda empresa.

Por fortuna no deja de lucir este sol de España como una caricia difusa, bien del pobre y hasta bienestar inmaterial. Por fortuna no se agotan del todo las fuentes del entusiasmo. Y de aquí que el desfallecimiento no cunda, y sólo vaya quedando, de la onda de protesta, del intento de rectificación nacional —aunque sea a la larga y por entre errores y tropiezos como tenía que ser—, lo positivo, lo útil.

Con todo, el empeño de renovación significa, en el primer movimiento, una negación contra el pasado inmediato; más aún, contra el presente en que se divierten los ojos. Y no todos tienen el valor de esta negación. Y así, frente a esta tendencia de los jóvenes, aparece pronto otra que re-

cluta sus partidarios sobre todo entre los burgueses contentos; y no se diga ya entre los ancianos que, en rigor, tienen derecho al reposo. Salaverría quisiera inundar de optimismo el pensamiento de España, quisiera convencer a los suyos de que todo está bien así. En el fondo, él no cree que todo esté bien, no es tan ingenuo; pero padece las preocupaciones del político. No le falta razón del todo: sabe que la acción quiere alegría; sabe que, sin cierta esperanza, es por demás lanzarse a la lucha; advierte que la protesta contra los males pasados o presentes dura ya demasiado; que la agriedad se va apoderando de los ánimos jóvenes; que ya casi hay quien se complazca más en destruir una nueva equivocación nacional que en descubrir algún nuevo acierto. Las hablillas de los cafés —dice— están destrozando a España. Reconstruyámosla en buenhora; para ello hace falta comenzar por reconocer las partes de solidez que le quedan. Pero, extremando a su vez la nota, quiere convencer a los suyos de que todo está bien así.*

Y, desde Salamanca, grita Unamuno místicamente:

—No, no está todo bien. ¿Cómo va a estarlo? Lo importante es estar bien por dentro uno mismo. ¡Y hay, en nuestras almas, una como guerra civil entre mil almas!

Considerando el espectáculo de esta guerra moral —tan saludable, tan ejemplar, tan prometedor en todos sus momentos, aunque el simple turista pueda encontrarlo incómodo por lo mismo que nada tiene de común con las ruinas pintorescas o las fierecillas vestidas de colores chillones que las guías le han prometido—, acuden a mi memoria las palabras de Chesterton:

—Si queréis que la humanidad se salve, insistid en el antiguo dogma del pecado. El pecado original es estímulo: obliga a vigilar continuamente la conducta; porque, si la abandonamos un punto, degenera y vuelve al mal de origen.

La tesis revolucionaria que brota del seno del catolicismo ¿no ha de convenir a la católica España? ¿No será mejor advertirla contra el mal que acecha continuamente, que no pararse a celebrar los bienes que se van conquistando? En todo caso, para el escritor es cuestión de temperamentos.

* Más tarde, sin aparecer precisamente como optimista, Maeztu también ha roto lanzas por lo que considera como "ideales constructivos de España".

Yo contemplo esta disensión entre los pastores con un respetuoso silencio, no sin inquietarme por la suerte de las ovejas. Tarde o temprano, todos los pueblos se entregan a una discusión semejante. Y un día la hemos de ver en México: cuando —como decía uno de los nuestros— "algunos se decidan a emprender la reforma moral". ¿La reforma moral? Sin duda: cada medio siglo, o quizá menos, la conciencia de los pueblos la ensaya por instinto; y sólo la ataca de veras muy de tarde en tarde.

Madrid, mayo de 1919.
El Heraldo de México, *1919.*

4. EL ARCOIRIS DEL SILENCIO

ANTE todo, no acusemos a España. Lo que aquí sucede es una aplicación peninsular de un fenómeno continental. En estas puntas de Europa todo se agudiza y acaba en punta. La guerra, a la vez que ha desatado las más extremadas reivindicaciones sociales, ha desenterrado provisionalmente los métodos más anticuados de represión —triste necesidad del momento—, convirtiendo la cosa pública en cosa secreta.

En España, de uno en otro conflicto, el Gobierno ha llegado a establecer un estricto régimen de censura para la prensa, que afecta a las cuestiones internacionales, a las de política interna y a la guerra social. Tal es lo que se acostumbra llamar la "censura negra".

A esta actitud del Gobierno, los sindicatos de tipógrafos contestaron negándose por su parte a componer, para los periódicos, toda noticia, comentario, frase o palabra —aun cuando proceda del Gobierno— que directa o indirectamente tienda a desalentar o a perjudicar en cualquier forma el movimiento de los sindicatos obreros. A esto, los periódicos le han llamado la "censura roja". En lugar de "Declaraciones del ministro Fulano", es frecuente leer: "Lo que la censura roja permite decir al ministro Fulano."

Cayó Romanones, subió Maura, y entonces, aunque confundido con el negro, aparece de hecho otro matiz de la censura. He aquí cómo la define Luis de Zulueta en *El Liberal* (Zulueta es un teólogo liberal, un cura laico, un eclesiástico por educación o contextura, pasado a tribuno del pueblo):

> La previa censura abarcaba hasta ahora cuatro puntos. Este Gobierno añade uno nuevo, sin duda indispensable a su juicio para salvar el orden público y la vida normal de un Estado en el siglo XX. La censura oficial impide que se publiquen conceptos que puedan dañar a la pureza de la fe, entibiar la estricta ortodoxia católica, envolver una crítica de la conducta de nuestra Santa Madre la Iglesia, o disminuir

la reverencia debida a sus prelados, doctores y ministros... No se ha dado cuenta el Gobierno de sus obligaciones en este punto. Tiene que admitir las consecuencias lógicas del principio que acaba de establecer. Mientras la censura custodiaba sólo el orden público, podía estar ejercida por funcionarios de Gobernación. Pero desde el momento en que se la utiliza para preservar de todo ataque la fe religiosa, ha de pasar a manos de las personas competentes en teología. No basta la censura civil o la censura militar. Desde la hora en que el Gobierno, en su piadoso fervor, hace del Credo una ley del reino y obliga a acatar los artículos de la fe como artículos del Código, nosotros exigimos que se valga de censores eclesiásticos, únicos autorizados para juzgar en asuntos tan delicados y sublimes. No toleramos a los laicos: pedimos la censura "morada", revestida de sus hábitos talares y ejercida por los consejeros de esta nueva, suprema y general Inquisición. Pedimos la intervención de personas que hayan encanecido en el estudio de la teología y de la hermenéutica, de los Santos Padres y del Derecho Canónico.

Y ya tenemos, como ideal irónico al menos, la censura "morada".

Negro, rojo, morado: en este arcoiris del silencio, los periódicos aparecen llenos de blancos como de calvicies. Pérez de Ayala dedica un largo y espeso artículo a la censura, con el fin —dice él— de llenar los huecos que la censura produce en las hojas diarias. Ya se ha acudido al sistema de los pliegos clandestinos, en que se reproducen, poniendo en negrillas las frases suprimidas por el lápiz del censor, los editoriales de los periódicos. Así se hizo con cierto artículo en que *El Imparcial* declaraba, bajo catorce formas distintas (todas sorprendidas por el censor), que el Gobierno sólo contaba con una treintena de votos en la Cámara. En cuanto a Bagaría, en vez de sus intencionadas caricaturas, dibuja unos pajaritos con flores: "Modelo de bordado para almohadón, por Madame Bagaría." Y como la gente se ríe, el censor, preguntándose sin duda si habrá en estos inocentes dibujos alguna traza secreta, acaba también por suprimirlos.

He dicho que éstos son males del tiempo y no de España. En efecto, en *L'Oeuvre*, de París, acabo de ver una caricatura reveladora: un oficial inglés lee un periódico; un francés, sombrero en mano, le dice cortésmente: —"Señor

militar: usted que lee el *Daily Mail*, ¿tendría la bondad de decirme lo que ocurre en Francia?"

Además, hay que tener muy presente que España, por mucho que los españoles protesten (y ellos hacen bien: todo buen ciudadano debe protestar continuamente: los gobiernos tienden automáticamente a hacerlo mal), hay que tener presente que España es, en verdad —cualesquiera sean los preceptos teóricos que rijan su vida política—, el país más libre del mundo, el único acaso en que todos los hombres son iguales, hasta donde cabe en lo humano. El trato mismo entre hombres de distinta categoría tiene rapideces y llanezas que desconciertan a los hispanoamericanos, siempre de suyo más solemnes. En plena censura, la tribuna pública del Ateneo conserva, por tradición, por costumbre, toda su libertad: es un sagrado como antes lo eran las casas de Dios. Cuando, hace unos días, algunos derechistas se quejaban del carácter marcadamente izquierdista del Ateneo, y pedían que interviniera en aquella casa la censura, un conservador conocido, socio del Ateneo, les contestó desde *La Época*, el órgano de Dato:

> El Ateneo debe tener el carácter de la mayoría de sus socios. Soy conservador. No veo más manera de luchar contra las tendencias del Ateneo que inscribir en la lista de socios a personas de mis ideas. El día en que se intente coartar en algo las libertades tradicionales de nuestra casa, yo, y conmigo todos los conservadores del Ateneo, seremos los primeros en oponernos.

Romanones, político monarquista, lealmente monarquista, y presidente del Ateneo, notó días pasados que las conferencias del Ateneo iban tomando un sesgo marcadamente antimonárquico. Se creyó en el deber de dimitir, asegurando que sólo lo hacía por razones de conducta política personal, y no porque censurara en manera alguna las libertades del Ateneo. Se le rechazó la dimisión en términos igualmente respetuosos, y no hubo más. Romanones, el monárquico, sigue ocupando la presidencia del Ateneo, en que se dan a diario conferencias antimonárquicas. Esto pasa aquí en pleno régimen de censura, en "régimen de absoluto silencio", como dice, entre alaridos, la prensa. Y los extranjeros sonreímos: España es mejor de lo que ella cree.

Lector: hace un par de años, he oído hablar en el Ateneo a un cura de pueblo que vino solamente a la Corte para pronunciar una conferencia. ¿Sabéis lo que dijo? Asombraos: pidió públicamente la cabeza del obispo que lo perseguía. Y ni le dijeron que no, ni le dieron la cabeza; pero él —arrojando en una expresión lírica la carga de su pasión— se volvió a su pueblo tan contento. El obispo tampoco lo tomó por lo trágico. A estas horas, se han reconciliado. Moraleja: hay naciones fuertes, hay naciones ricas, hay naciones cultas por excelencia; ninguna posee una sabiduría más honda, más hija de la tierra, más consoladora que la de España.*

Madrid, mayo de 1919.
El Heraldo de México, *1919.*

* ¡Ay!—1955.

5. EXAMEN POLÍTICO

EL GRAN historiador de los orígenes franceses, más popularmente conocido fuera de Francia por su libro sobre la *Ciudad antigua*, Fustel de Coulanges, dejó en notas póstumas esta terrible requisitoria contra los métodos de gobierno que, al cabo, han acabado por imponerse, aunque sea a título de ideal:

> Si nos representamos a todo un pueblo ocupándose de política y, desde el primero hasta el último, desde el más ilustrado hasta el más ignorante, desde el más interesado en el mantenimiento del actual estado de cosas hasta el más interesado en su trastorno completo, poseídos todos de la manía de discutir los negocios públicos y de meter mano en el gobierno; si observamos los efectos que semejante enfermedad produce en la existencia de millares de seres humanos; si calculamos las turbulencias que ocasiona en la vida de cada uno, las ideas falsas que provoca en multitud de espíritus, los perversos sentimientos y las pasiones odiosas que suscita en incontables ánimos; si calculamos el tiempo que esto roba al trabajo, las discusiones, las pérdidas de energía, la ruina de las amistades o la creación de unas amistades ficticias y unos afectos que más bien se inspiran en el odio, las delaciones y deslealtades, la inseguridad y hasta el olvido de la cortesía misma, la introducción del mal gusto en el lenguaje, en el estilo y en el arte; la irremediable división de la sociedad, la desconfianza, la indisciplina, el enervamiento y la debilidad del pueblo, los desastres y derrotas que son consecuencia inevitable de todo esto, la desaparición del verdadero patriotismo y aun del valor verdadero; las faltas que los partidos se ven obligados a cometer, por turnos, al alternar en el mando, siempre bajo condiciones iguales; las desgracias y el precio con que hay que rescatar después estas faltas; si consideramos este espectáculo, no podremos menos de decir que esta suerte de enfermedad es la más nociva y funesta epidemia que pueda caer sobre un pueblo, que no hay otra que cause más crueles perjuicios a la vida privada y pública, a la existencia moral y a la material, a la conciencia como a la inteligencia, y que, en una palabra, jamás hubo en el mundo un despotismo que pudiera ocasionar tantos males.

Este cuadro, que en gran parte describe males inherentes a la flaqueza humana y no a determinado régimen político, no logra por cierto impresionarnos: no es más que una negativa fotográfica; la positiva demostraría exactamente lo contrario. Quiero decir que sobre los males de las aristocracias o los despotismos pudiera trazarse, conforme a la estricta razón, otro cuadro no menos elocuente que el arriba transcrito. Dejemos el ejercicio retórico a quien tenga tiempo y voluntad.

Ello es que las necesidades no pueden discutirse siempre conforme a razón teórica. El humorístico personaje de Galdós puede escribir, si le place, en vez de la verdadera historia de España, la "Historia lógico-natural de España", la historia como debiera haber sido y no la historia como fue; pero no por eso altera el pasado, sobre el cual ni los dioses tienen poder. No se trata de eso, no, sino de un hecho, de una real necesidad que se ha abierto paso en las sociedades humanas: la necesidad de hacer del gobierno una función general y pública. Y el problema está todo en encauzar este hecho por modo de evitar en lo posible sus males —todo lo humano es defectuoso— y de aprovechar, en cambio, lo más plenamente posible los muchos bienes que acarrea.

Y el hecho, al cuajar en procedimientos, se ha resuelto en el sistema de partidos que, hoy por hoy, gobierna la política de Europa y de media América. La guerra, que amenazaba reformar por completo los valores, a la postre ha venido a ser una como causa ocasional para que brote, del fondo, el verdadero problema. Y el verdadero problema, el social, resulta ser un prolongamiento de las direcciones democráticas anteriores; sólo que un prolongamiento extremado que, por lo mismo, supone ya una transformación.

Como en Inglaterra, como en Francia, en España es hora de afinar la obra de los partidos. Y ved aquí de qué extraordinaria manera están sucediendo las cosas en esta España de los contrastes:

España tenía dos grandes partidos en tiempos de Cánovas y Sagasta. ¿Dos grandes partidos? Uno más bien, dividido en dos grandes secciones que, amablemente, se iban turnando en el poder.

Este manso vaivén no podía durar mucho tiempo. En aquella era los jefes de la política tenían el talento de atraer, de "hacer diputado", a todo joven que despuntaba. Después se olvidó esta técnica, y la nueva intelectualidad comenzó a formar intensos depósitos de pólvora seca, fondos de descontento y de crítica: el Gobierno tuvo espectadores y jueces. Además, acasos políticos de otro orden más minucioso y exquisito, que no puedo pararme a contar aquí, determinaron, desde aquel Miércoles de Ceniza en que Moret cayó del gobierno, una descomposición en el mecanismo antiguo de los partidos.

Y poco a poco, las dos grandes alas se diferenciaron en grupos parlamentarios. Éstos adoptaron pronto, y la conservaron cuidadosamente, la estrategia de turnarse en el poder a tiempo oportuno, sin dejar entrar nuevos elementos a su circo. A veces, en estos últimos tiempos que tantas novedades han visto, pareció que el sistema de los partidos turnantes se iba a romper, y la entrada de algunos independientes y socialistas se interpretó como un franco paso adelante.

Las Cortes que acaban de ser disueltas proceden, en efecto, de unas elecciones que acaso fueron las más libres de España; pero la experiencia demostró que, a causa de haberse dividido en veinte grupos políticos distintos, carecían de fondo para crear mayorías capaces de sostener un Gobierno. Se había llegado, pues, a la crisis del sistema en los "grupos parlamentarios", por proceso de atomización.

Pensando que el camino estaba cerrado, los jefes de la política procuraron concentraciones; y amagan entonces con un retorno al antiguo equilibrio o sube y baja de los dos partidos, como en días de Cánovas y Sagasta. Cosa plausible para algunos, que sólo parecen preocuparse del espectáculo mismo de las Cámaras, y no se dan cuenta de que el mejor orden, la mayor comodidad reglamentaria en las Cámaras no implica, necesariamente, el que las Cámaras representen de un modo más fiel la voz de la nación. Cosa lamentable para los que piensan que esta falsa armonía de los dos partidos no haría más que robustecer a una pequeña casta de gobernantes, pero no podría en manera alguna re-

presentar el hormiguero, el hervor tremendo de la conciencia del país a estas horas.

Nótese, por otra parte, que las nuevas elecciones del primero de junio se harán bajo un Gobierno de la derecha; se harán bajo el régimen de suspensión de garantías. Claro está que las izquierdas no contemplan con confianza esta perspectiva.

The Times, de Londres, comentando esta situación, decía hace poco:

> Se admite ahora en todo el mundo que el momento presente es el momento crítico para implantar reformas liberales de amplio espíritu, con generosas concesiones para el proletariado. ¡Y el rey de España ha confiado esta empresa a los representantes de la extrema derecha! El caso es, quizá, único en Europa. Es, pues, natural, en las presentes circunstancias, que todos los partidos de la izquierda se preparen para la lucha, y declaren que consideran un programa de reformas liberales procedentes del señor Maura con la misma confianza con que mirarían un programa conservador elaborado por Lenin.

Porque, en efecto, los de la izquierda se han comprometido, bajo palabra, "a considerar con implacable hostilidad" a las futuras Cortes. Las futuras Cortes serán para ellos unas Cortes facciosas. El gobierno de Maura (pronto, tal vez, de La Cierva) recibe con cierta sonrisa esta declaración, mirando sin duda que ya algunos elementos antiguos del liberalismo, asustados ante el compromiso que les pide su jefe, comienzan a pasarse a la derecha. Pero el caso no es para tomarlo con sorna, porque de aquí puede resultar que, en vez de los antiguos liberales, mesurados y monárquicos ("oposiciones de Su Majestad", se llaman ellos) y acostumbrados a turnarse el mando con los otros, aparezcan esta vez por la izquierda unas falanges más audaces, más bravas.

A la atmósfera general y candente, suma España el calor de sus problemas regionales, gremiales, agrarios, económicos.

Madrid, mayo de 1919.
El Heraldo de México, *1919.*

6. LA CRISIS DE LA UNIVERSIDAD ESPAÑOLA

Las Universidades oficiales de España constituyen un cuerpo de muchos miembros cuyo cerebro es la Universidad Central de Madrid, "heredera de los timbres de la Complutense", como decía Menéndez y Pelayo. Hace tiempo que, en todo el mundo, la Universidad ha perdido su eficacia y prestigio antiguos. Ayer la verdadera vida intelectual giraba en torno al centro superior de enseñanza. En torno a la vetusta Universidad de París se formaban, en otros siglos, las naciones. Hoy por hoy, a los poetas, a los escritores, a los investigadores científicos hay que buscarlos, por regla, lejos de las casas pedagógicas. Sea dicho sin alegría y sin pena y hasta sin explicación o comentarios: trátase de un hecho de diaria observación.

La decadencia de la universidad española ¿comienza acaso desde el mismo siglo XVI como sus historiadores pretenden? ¡Oh, cuánto, cuánto se ha escrito para fijar el momento de arranque de la tan traída y llevada "decadencia española"! Vea el lector las páginas que al tema dedica Ramón y Cajal, las que le dedica "Azorín"... No; sin remontarnos a otros siglos, sin inventar teorías sociológicas al caso, aceptemos el hecho: la Universidad española viene viviendo lejos de la ciencia española. Ha tenido, a veces, grandes maestros. He nombrado ya a Menéndez y Pelayo, a Ramón y Cajal, y puedo añadir nombres sin esfuerzo: Hinojosa, Dorado Montero, Ignacio Bolívar, Altamira, Menéndez Pidal, Ortega y Gasset y algunos otros. Ninguno de ellos, os lo aseguro, ha hecho nunca del recinto universitario el verdadero refugio de sus enseñanzas. ¿Por qué? La Universidad se había convertido en una máquina burocrática de conferir títulos profesionales, a través de un ergotismo reglamentario que apenas dejaba espacio para un minúsculo esfuerzo de cultura; los alumnos acudían a la Universidad de mala gana, bostezando, buscando los medios de aprobar cuanto antes la asignatura, y muchas veces obligados a adquirir a precio fabuloso tal pésimo libro de

texto impuesto por tal mequetrefe de profesor. Los que realmente se proponían estudiar, buscaban al maestro en su casa o en su laboratorio, asociándose, prácticamente, a su trabajo. Las quejas de los buenos maestros eran infinitas. Un sincero catedrático de filología declaró cierta vez, en plena cátedra, que había que dinamitar la Universidad.

En tanto, el renacimiento de la cultura española se abría paso por otros cauces, y en ocasiones casi por mitad de la calle. A este respecto, las instituciones creadas por Giner de los Ríos o de él emanadas marcan una época en la historia de la escuela española.

¿Qué hacer, pues, con la Universidad?

Súbitamente, sin consultar al claustro, sin pasar por el Parlamento (puesto que a estas horas no hay Cámaras, disuelta la anterior y no electa aún la que habrá de sucederle), sin oír la opinión de persona alguna entre las más indicadas para dar un consejo, el ministro Silió —del Gobierno más conservador de España— lanza un decreto atrozmente revolucionario: ¡la autonomía universitaria absoluta!

La autonomía universitaria que resulta del Real Decreto del 21 de mayo de 1919 es triple: pedagógica, científica y administrativa. La Universidad queda capacitada para organizar sus planes, nombrar su profesorado nacional o extranjero, crear centros de investigación, adquirir fondos —según reglas que el Estado establece— y manejarlos a su albedrío. El Decreto trae, además, dos novedades democráticas: el reconocimiento de las agrupaciones de estudiantes como órganos de la Universidad, y el establecimiento de becas de estudios por cuenta del Estado.

En cierto sentido, la reforma puede compararse a la de Francia en 1896 y a la de Italia durante estos últimos treinta años: la Universidad española, que hasta hoy había sido exclusivamente una escuela profesional, se acerca al tipo de la Universidad alemana, al ensanchar sus funciones para constituir un instituto de alta cultura e investigación científica. ¿Por qué no haberla ensanchado también hacia la mayor educación individual y social, aunque sea al grado de las Universidades angloamericanas?

El Decreto, como pieza utópica, es excelente; pero, al parecer, no ha tenido en cuenta las condiciones de la reali-

dad. El Ministro se cura en salud, y dice en el cuerpo mismo del Decreto: "Si ahora la Universidad no se salva, cúlpese a sí misma." Es injusto, porque también cabría culpar al legislador que le dio, con una merced inoportuna, el golpe de gracia. La Universidad ha llegado, pues, a la crisis suprema: o ha de morir o ha de salvarse. Y no hay duda que, desde el punto de vista patético definitivamente vital, más vale así. Pero ¡vierais ahora a los mismos que querían dinamitarla cómo acuden a remediar los efectos de la explosión, con una solicitud, con un sentimiento de sus responsabilidades de catedráticos que realmente los honran!

El claustro se ha reunido y unánimemente, tirios y troyanos de acuerdo ante el peligro común, ha reconocido lo prematuro del Decreto. Verdadero pulpo burocrático, el Estado ha exprimido a la triste Universidad durante largos años, y ahora se da el lujo de soltarla al aire de la vida, cuando ella difícilmente podría sacar fuerzas de su ya endémica flaqueza. El claustro ha pedido tiempo, tiempo para meditar. Mejor hubiera querido merecer esta autonomía como resultado de empeños y perfeccionamientos, que no recibirla así, a título de limosna casi ofensiva, cuando no sabe qué hacer con ella. Además, el claustro pide tiempo para que se reúnan las nuevas Cortes: no es posible que las nuevas Cortes pasen por alto un problema de tamaña trascendencia; sin duda traerán ciertas modificaciones al Decreto, sin duda desearán oír la opinión del claustro, sin duda le ajustarán al rayo el freno y las riendas. El claustro, pues, ha decidido dar las gracias por la merced, y después decirle al Ministro, como el del cuento: "No me defiendas, compadre."

El Decreto —dice un profesor—, so capa de libertar a la Universidad, la somete a fuerzas extrauniversitarias peligrosas: en efecto, divide al cuerpo docente del cuerpo examinador, y deja la Universidad oficial en la misma categoría de las Universidades libres (las eclesiásticas así se llaman) del Deusto y del Escorial.

Y otro dice: la verdadera Universidad es la biblioteca universitaria. Mientras la actual biblioteca sólo exista nominalmente —puesto que han fracasado cuantos esfuerzos se han hecho hasta ahora por mejorarla—, no mejorará la

Universidad. Hoy, que se agita el problema de conjunto, es tiempo de volver sobre este aspecto fundamental.

Y así, cada uno según sus inclinaciones, preocupaciones o hasta manías —todos tenemos derecho a una manía según el refrán oriental—, apunta una rectificación, señala un peligro, pide un complemento.

Las opiniones de Ramón y Cajal tienen particular importancia: el Decreto —dice— es aún impreciso. Mucho dependerá de la interpretación que de él hagan los estatutos encomendados a la misma Universidad. Muchas veces los profesores han pedido cierta autonomía. Ahora el Decreto los aplasta, dándoles de pronto mucha más de la que soñaban. Nuestras Universidades no están preparadas para ello. El equipararlas a las llamadas libres (léase: eclesiásticas) es someter la cultura a una competencia industrial funesta para la ciencia. En las provincias, las Universidades no podrán ya defenderse de las imposiciones de los caciques. Cierta Universidad que ya gozaba de alguna autonomía ha dado, en este sentido, ejemplos funestos. Donde no ha habido oposiciones, las cátedras y auxiliarías se han provisto de la peor manera. Ciertos premios al profesorado, concedidos por las Facultades, pronto se convirtieron en inmerecida limosna. En nombre de la libertad de la cátedra y del programa, se ha visto que los profesores se limiten a la parte de la asignatura que más les agrada, sin perjuicio de imponer como texto obras ciclópeas en varios volúmenes. Por su filiación política y confesional, han sido propuestos, fuera de oposición, muchos catedráticos que no lo merecían. Y si esto sucede hoy —continúa Ramón y Cajal— ¿qué será mañana con el nuevo régimen? El esperar que, para crear el fondo universitario, lluevan donativos de los capitalistas de España es completamente quimérico. Dicho fondo, reducido así a la consignación oficial de material y a la mitad del importe de las matrículas, cuando mucho permitirá seguir arrastrando la vida precaria que ha puesto las cosas como están. La creación de un cuerpo mixto de examinadores parece una contradicción con el espíritu del Decreto, pues más bien acusa desconfianza en el cuerpo de profesores, al cual, por otro lado, se juzga capaz de autonomía. Además, en la práctica y para ciertas dis-

ciplinas teórico-experimentales, fuera de los profesores de la cátedra y los jóvenes que se preparan a serlo, difícilmente se encontrará quien sea capaz de examinar ni tenga sobre el caso el menor conocimiento. (Y Cajal, por vía de ejemplo, cita la anatomía, la disección, anatomía topográfica, histología, fisiología y anatomía patológica, materias en que su opinión es de todo punto indiscutible en España y fuera de España.) La implantación de la autonomía radical amenaza con peligros mayores: hay Universidades en ciertas provincias donde pululan y dominan los adversarios de la unidad nacional (piensa en Barcelona y, para no lejano día, en Bilbao), y se corre el riesgo de romper el único nexo espiritual que las vincula a la nación, haciendo de ellas intensos focos de separatismo. Finalmente, el sabio histólogo propone que se haga la prueba del Decreto en una Universidad provinciana por dos o tres años, para que mejor se aprecien sus peligros, y estima preferible un procedimiento gradual y escalonado, y todavía mejor, "el ensayo leal (ya pedido por la Facultad de Letras de Madrid) en un centro docente de personal depurado, ajeno por completo a la expedición de títulos profesionales". Estas últimas palabras parecen aludir a las dependencias de la Junta de Ampliación de Estudios, organismo lozano y fuerte cuya mayor desgracia sería el quedar conectado, en cualquiera forma, con la caduca Universidad. Harto lo sabe su presidente, que es el propio D. Santiago Ramón y Cajal.

Lo más original del Decreto es que, teóricamente, esta disposición de un gobierno conservador no hace más que continuar los esfuerzos de la República y la Revolución. (Pero, en el fondo, no hace más que favorecer a las escuelas de las órdenes religiosas que, en lo material, están mucho mejor dotadas que los centros oficiales. Así se explica la desconfianza con que los liberales lo reciben.) De 1868 a 1874, la vida universitaria española presenta un comienzo de desarrollo que la Restauración mató en flor. Ahora quieren arreglar las cosas con un Decreto que equivale a darle una res entera al que lleva muchos años de hambre. Un veterano de la crónica lo comenta, entre chuscadas, diciendo: "A falta de solomillo, merengues. Lo de la frase de Castelar: Señor ¿para qué querrán algunos la libertad de

pensar? ¿Para qué querrán la autonomía ciertas Universidades?" Pase como chiste oportuno. Ello es que el Decreto, acertado o desacertado— que yo no juzgo, sino expongo—, ha tenido cuando menos una virtud: despertar el interés de todos por el problema universitario y acaso, acaso reconciliar con la pobre Universidad a muchos de los que pueden y deben hacerle bien. Ya he dicho que los renovadores de España son algo impacientes: no quieren corregir las cosas, preferirían hacerlas de nuevo; pero para esto no se sienten todavía decididos. Día llegará. Entretanto, habría que ir sometiendo al estado plástico la arcilla que nos da el propio suelo. Tal es el arte de la necesidad, excelente entre todos.

Madrid, junio de 1919.
El Heraldo de México, *1919.*

7. EL SENTIDO DE LA POLÍTICA

En la obra de D. Ángel Ossorio y Gallardo sobre *Los hombres de toga en el proceso de Don Rodrigo Calderón*, leemos que el pueblo

> en todo tiempo ha pedido a sus rectores los títulos que ostentan para regir. Cuando el título estaba en el valor, desdeñaba a los cobardes; cuando radicaba en la nobleza de sangre, pedía la ejecutoria; hoy que se asienta en la inteligencia, desprecia a los necios. No se tome esto como contradictorio del nervio democrático de nuestra raza; al revés, en esa distribución de puestos y cualidades va la esencia misma de la democracia.

¿Quiere el lector examinar conmigo las anteriores palabras? Pues bien, aunque es evidente que la necedad merece el desprecio, no creemos que la política se guíe precisamente por el culto de la inteligencia, ni tienda precisamente a hacer de los gobiernos democráticos un privilegio para la clase intelectual. Hay, entre los dos extremos, una zona intermedia, y es la zona de la política. Dichosos los pueblos donde ese nivel medio es muy alto. Y nada ganamos con soñar en una humanidad ideal gobernada por los filósofos. Porque, en rigor, una humanidad ideal ¿necesitaría gobierno, gobierno como hoy lo entendemos?

Mucho se ha dicho que el gobierno ideal sería la dictadura, siendo el dictador un hombre perfecto. Esta pequeña condición anula toda posibilidad práctica en el caso. Pero todavía habría mucho que añadir sobre esto, porque al paso que el hombre se acerca a la perfección tiene menos ansia de dictadura. Y en suma, por aquí no iríamos a la democracia. El gobierno mexicano de Porfirio Díaz, con sus puntas y ribetes de "despotismo ilustrado", habría transcurrido sin obstáculo, a haberse dado en plena era monárquica de la humanidad. Por haberse dado en una era democrática, paró en un fracaso y admitirá siempre en la historia un grave reparo: el no haber contado con la integración fundamental y la movilidad y dinamismo que caracterizan

a la democracia; el haber creído que podían ponerse —de una vez para siempre— de este lado los gobernantes y del otro los gobernados; el no haber dejado que el pueblo se educara gradualmente para gobernarse a sí mismo, puesto que el porvenir había de desarrollarse dentro de una atmósfera democrática. Y aquí gobernarse a sí mismo quiere decir algo muy preciso; quiere decir educarse para un cambio continuo y fácil de los hombres en los puestos públicos (no en los técnicos), entregando al resultado de los sufragios y a la mecánica constitucional el decidir periódicamente estos cambios, de modo que la función del gobierno interese a todos de un modo, a la vez, normal y no exclusivo.

La naturaleza, a fuerza de complejidad, o de abismal sencillez, procede a veces toscamente. Y el secreto de la política está en no tener excesiva fe en los primores y exquisiteces. Lo muy difícil —reservado siempre al técnico— no es lo más político. Cierta buena fe general y el contrastar a unos con otros es mejor que crear políticos profesionales, ora aleguen como suprema virtud la inteligencia, ora la inmoralidad más elegante y sutil, las buenas o las malas costumbres, ora los parentescos ilustres o infames, ora la capacidad de hablar sin comprometer una sola idea, o aun la de enfilar números y estadísticas inacabables. Todas las capacidades especiales —y aquí la inteligencia— son auxiliares de la política, no son la política. Y cuantos ejercen estas capacidades especiales tienen derecho a la acción política, no exclusivamente en nombre de esa capacidad especial, sino en su condición general de hombres.

El vizconde de Bryce, examinando las características de la gran república norteamericana, dedica un capítulo de inconsciente humorismo a estudiar "por qué no pueden ser electos Presidentes los grandes hombres". Se le ha objetado, más tarde, el caso de Wilson, que en rigor nada dice en contra, porque siempre hay que contar con lo imprevisto. Aparte de que no es precisamente un hombre de suma intelectualidad, su manera de intervenir en los negocios del mundo no es del tipo democrático puro. Los conocedores de la Constitución de los Estados Unidos, de tipo presidencialista, saben hasta dónde puede llegar la personal influencia de un Presidente.

Bryce advierte que, en aquel país, generoso por excelencia para la "carrera del talento" —y descontados los héroes de la Revolución, Jefferson, Adams, Madison—, ningún Presidente, a excepción del general Grant, habría dejado en la historia un nombre famoso a no haber sido Presidente; y ninguno demostró cualidades personales extraordinarias, fuera de Abraham Lincoln. Lo único que asombra, por ejemplo, en James K. Polk o en Franklin Pierce, es que hayan subido tan alto. (En rigor, el argumento es algo especioso, pues igual cosa puede decirse, siempre con honrosas excepciones, de muchas instituciones humanas.) Y al examinar las múltiples y complejas causas del fenómeno que de hecho sólo quedan explicadas en el conjunto del libro, deja entender claramente que tal fenómeno es una consecuencia de la modestia esencial de la política.

Entre un hombre que puede ser un buen Presidente, pero que es un mal candidato, y otro que es un buen candidato aun cuando no podrá ser tan buen Presidente como el primero, el partido nunca vacila: opta por este último. ¿Y qué es un buen candidato? Ante todo, un hijo de las circunstancias, y además, un hombre vigoroso y magnético, aunque no sea muy original ni profundo, ni posea muy vasta cultura. Cierto buen sentido común y aun su tanto y buena sazón de astucia no están de más. Entre Don Quijote y Sancho Panza, nadie vacila en admitir la superioridad de Don Quijote. Y compárese ahora la pobre justicia que hacía Don Quijote por los caminos, con los salomónicos juicios de Sancho Panza —honrado engendro de la tierra— en su famosa ínsula. Más aún: el candidato de la región más poblada —acaso la más ingenua y campestre— es políticamente preferible al candidato de la zona refinada, donde ya los hombres se cuidan de no tener muchos hijos. Y paremos de investigar, porque la abundancia de razones nos abrumaría. Y concedamos también que, en resumidas cuentas, sólo estos procedimientos permiten que, de tarde en tarde, llegue uno que otro Don Quijote al poder. Si la democracia no requiere el régimen exclusivo de la inteligencia, es el único sistema que la consiente sin imponerle condiciones denigrantes. La democracia es más bien una concepción del mundo, fundada en la creencia de que to-

dos los ejemplares de la especie humana poseen igual dignidad, y considera la función de gobierno como el comer y el dormir, como el lavarse las manos y asearse la boca que, aunque muchos no lo hagan, todos y cada uno debemos hacerlo por nosotros mismos.

Por lo demás, tampoco el verdadero sentido de la inteligencia está en la ambición del poder. La función de la inteligencia está en pensar bien. La inteligencia sirve mejor para consejero que para gobernante: mejor que para llevar la rienda, para ejercer una bien intencionada censura, asomarse de cuando en cuando a la portezuela del coche y gritarle al cochero de la nación:

—¡No es por ahí!

El Sol, *Madrid, ¿enero de 1919?*

8. EL CONGRESO POSTAL DE MADRID

I. Por el ojo de la llave

No puedo decir todo lo que sé. No puedo contar todo lo que oigo. Un pacto de secreto internacional me obliga al mutismo. Soy el hombre de los misterios, y me doy importancia. Paso, lector, junto a tu curiosidad, desviando la mirada de un modo significativo; y mucho es que consienta en dejarte ver algo de lo que acontece allá adentro, como a hurto de todos, como por el ojo de la llave.

Estamos en la Casa de Correos: "Nuestra Señora de las Comunicaciones", dicen los madrileños. Hay por todas partes tapices y tapetes riquísimos, cortinas de damasco rojo que se encargan de recoger, a nuestro paso, unos muñecones de librea al gusto del siglo xviii; muebles de talla antiguos; porcelanas de Talavera y Alcora; mesas y sillones fraileros de madera oscura, tinteros y trastos de arenilla, plumas de ave rojas y azules... Todo un museo de sellos y matasellos de España y sus colonias. Hay un jardín de invierno donde nos sirven, gratis, licores, pasteles, te y café: es un lugar de conspiraciones, en que se fraguan los planes que unos instantes después, en plena sesión, han de estallar. Hay un servicio de la Cruz Roja por si alguien considera oportuno desfallecer o ponerse enfermo. Hay un servicio *ad hoc* de teléfonos, correos y telégrafos, y ciclistas para la ciudad. Por las galerías, cargados con enormes carteras, vienen y van hombres de todos colores, que hablan un francés matizado con todos los acentos del mundo. Aquél es Delmati, jefe de la delegación italiana y decano de este Congreso, que no ha perdido el buen humor con los años, y representa el buen sentido latino. Aquél es el monarca: acaba de inaugurar el Congreso, invocando el nombre de su antecesor Carlos III, el rey moderno, fundador de las academias y los museos.

II. Una decepción

El Conde de Colombí, director de correos del reino, Presidente del Congreso y organizador de esta gran máquina, se acerca y me dice casi al oído, con su característica sonrisa:

—¿Ha visto usted qué decepción? La civilización lo marchita todo. Yo me esperaba una sorpresa como la del niño que va por primera vez al jardín zoológico, y se encuentra con que hay animales con trompa y animales con giba; animales con cuernos en la nariz y otros que llevan una cornamenta a manera de árbol. Pero ¡ay! ya ve usted: sólo el delegado por Etiopía conserva su traje nacional; y todavía lleva calzado y sombrero a la europea. Todos los demás visten lo mismo, hablan lo mismo, hacen iguales ademanes, emplean iguales fórmulas de cortesía o de razonamiento. En vano he esperado que alguno, en vez de alargarme la mano, pretendiera frotar sus narices con mis narices en señal de saludo... ¡Ay, amigo Reyes, ya no hay poesía! Todos tienen la misma apariencia, y —lo que es peor— el mismo fondo: todos tienen una fe inquebrantable en los mismos principios de interés económico. Ni siquiera hay uno que sea loco o que lo parezca.

III. Los Quijotes

Y, sin embargo, los americanos... ¿A qué ocultarlo? Contra el crudo realismo europeo, los americanos estamos por el ideal; somos los Quijotes del Correo. Contra los que pretenden hacer del correo una oficina de rentas para el Estado, entendemos y predicamos que el correo es, ante todo, un servicio público, y así, debe tender al abaratamiento progresivo y, en cuanto sea posible, a la gratuidad. Armados de irrealidad, solemos tomar la palabra sin pedirla, casi alborotamos a veces, en cuanto la discusión cae en nuestro radio. Y las otras delegaciones nos consideran con una impaciencia, o paciencia, de diversas temperaturas: desde los 0 grados centígrados del Honorable Mr. Williamson, un brigadier británico que preside los trabajos de la primera comisión, hasta los 100° del delegado por Persia, un hombre rojo e inquieto, de frente amplia y ojos de fuego; pasando

por los 37° exactos de la delegación francesa: la temperatura humana por excelencia.

Nuestro Julio Poulat, que ha asistido también al Congreso Postal de Roma, nos asegura que nunca se ha manifestado más la división entre la financiera Europa y América la autopista.

IV. Un "congresillo" dentro del congreso

Y América, sin excluir a los Estados Unidos —en cuya delegación figura por cierto una señorita yanqui nacida en Monterrey, que vive en Tampico—, América se ha unido para la lucha. Y España, por natural atracción, por "la fuerza de la sangre", ha venido al encuentro de América. Y al cabo, en el seno del Congreso, surgió un nuevo núcleo: un congresillo entre las delegaciones de España y América.

Puesto que estamos juntos y —casi por vez primera— nos entendemos, hay que aprovechar la ocasión para resolver algunas dificultades de nuestro servicio hispanoamericano. Hagamos, al lado de la Unión Postal, un convenio para entre nosotros, nos dijimos. Y —¡asómbrate, lector!— dicho y hecho. ¡¡Asómbrate, lector!! Casi no hemos pronunciado discursos, casi no nos hemos "lucido". Ciegos instrumentos de una oportunidad feliz, en menos de ocho sesiones logramos ponernos de acuerdo.

En adelante, si nuestros gobiernos aprueban, como es de esperar, nuestras gestiones, España y América formarán un solo territorio postal. Quiere decir, por una parte, que todo objeto postal podrá ir de uno a otro de los países signatarios del convenio con el mismo franqueo que se requiere para enviarlo de uno a otro punto del propio territorio: una carta irá de Monterrey a Tucumán con igual franqueo que de Monterrey al Saltillo, y lo mismo a España. Quiere decir, por otra parte, que quedan abolidos entre los países del convenio los llamados "derechos de tránsito": México no tendrá ya que pagar a los Estados Unidos por la correspondencia que remite a Europa a través de la "vía Nueva York".

Y bien: los efectos de este convenio son incalculables.

"No insistamos en ello —me decía el señor Ortega Munilla—, porque se ponen celosos los demás países y nos estropean nuestro convenio." Estos cuantos centavos de ahorro representan, para la obra de acercamiento hispanoamericano, QUE ES NUESTRA ÚNICA SALVACIÓN, muchísimo más (¡oh, muchísimo más!) que los millones de palabras gastadas en la celebración anual de la Fiesta de la Raza. No sé bien si nosotros mismos nos damos cuenta del tesoro que hemos conquistado. No sé si se da cuenta el mundo de esta señal inequívoca de que ha aparecido, al fin, una política hispanoamericana consciente.*

V. El cartero honorario

Mientras pienso en esto y recorro lentamente las galerías sordas de tapices, tengo la impresión de que alguien me sigue. De día y de noche, pasea por los salones del Congreso Postal una sombra inefable. Don José Ortega Munilla, Cronista de Correos, que estaba escribiendo unas cuartillas en aquella mesa del rincón, se ha interrumpido de repente, porque siente que alguien le da un golpecito en el hombro. Vuelve la cabeza, y abre los ojos, asombrado: ¡no es nadie!... Sí: es la sombra. ¿La sombra de quién? Yo os lo diré.

He pasado una hora recorriendo las colecciones de sellos postales de España. Una colección filatélica, ordenada cronológicamente, es un documento histórico en que pueden leerse todas las vicisitudes de un pueblo moderno: he aquí las monarquías que se suceden; las regencias transitorias, las regencias empobrecidas por el error hereditario, que tienen que gravar con sobreprecios las tarifas posta-

* Aunque los principios entonces establecidos en las reuniones privadas de los delegados postales americanos y españoles quedaron por el momento en mero proyecto, tales principios sirvieron después de base a la convención de la *Unión Postal de las Américas y España*. El año de 1936 la administración argentina tuvo la veleidad de abandonar esta convención, pero pronto volvió a ella ante las protestas de la opinión. Desgraciadamente, de nuevo acaba de abandonarla por cuanto afecta al franqueo postal de impresos, lo que perjudica los intereses de su difusión espiritual, por lo cual es de creer que vuelva sobre su acuerdo, cediendo a las instancias de todos sus centros de cultura, que han alzado la voz a un tiempo.—1937.
Hoy por hoy...—1955.

les; las juntas revolucionarias que emiten sus improvisadas "estampillas"; el busto del caudillo que sucede al busto coronado, o los emblemas abstractos de la idea republicana: la espada, la balanza, el gorro, el sol... He aquí la restauración con su cortejo de imágenes, y la efigie del último monarca en varias edades.

Y, entre todas estas huellas del tiempo, descubro un matasellos privado: el matasellos de un cartero honorario, de un filósofo y filántropo del correo, a quien España concedió el franqueo gratuito de sus cartas. ¿Quién puede ser?

Es la sombra que ronda incansablemente los salones y galerías del congreso. La sombra de un hombre apenas desaparecido, pero que más bien pertenece a la vida de hace treinta años. Es —lector— un "raro"; uno de esos tipos caprichosos que desfilan por la literatura española, en que ha reparado ya el sutil "Azorín": vasta familia que empieza, desde la Edad Media, con don Enrique de Villena, representada en el siglo XVIII por Torres Villarroel y, más tarde, por Ros de Olano, Silverio Lanza y hasta Ramón Gómez de la Serna. Un hombre de la España audaz, a quien la tertulia del café enseñó a tomar con amable sorna muchas cosas, comenzando por su propia persona. Un erudito cuyas disertaciones amenas deleitaron a nuestros padres, allá en los buenos tiempos de *La Ilustración Española y Americana* (revista que aún se atreve a vivir). La gran sombra, de chistera y levita, discurre, sonríe y, a veces, nos da un golpecito en el hombro. Ya la has conocido, lector: es la sombra de aquel gran "cartero honorario", don Mariano Pardo Figueroa, el célebre "Doctor Thebussem": hombre florido de anécdotas e intenciones, entre detective y académico, medio chiflado, algo profeta, un poco sabio y, a toda hora, precursor del hombre con alas.

VI. Elogio del correo

Y pienso, entre la quietud de la tarde que se me ha empezado ya a poblar de fantasmas:

—Desde la paloma del Arca, el correo fue siempre la esperanza en lo desconocido, la ventana abierta al otro mundo. Todos los días repetimos, sin saberlo, el ademán sim-

bólico del Padre Noé, y alargamos los anhelantes brazos a la brizna de olivo. El sello del correo es el signo de la confianza que el hombre deposita en el hombre: el signo de lo más alto que pueden crear las relaciones humanas. En torno a la modesta "estampilla" giran todas las energías de la civilización. La misma capacidad humana parece ensancharse por el correo. Esperanza, confianza: también continuidad heroica. Durante la guerra carlista ¡cuántas veces se vio llegar al campo enemigo —respetado por todos— a un guerrillero del otro bando que, habiendo encontrado, en mitad de la carretera, la bolsa del correo junto a un hombre muerto, la recogió y emprendió el camino de la próxima aldea, para cumplir la misión que todos los hombres heredan de todos los hombres: la de continuar, continuar!

VII. Moraleja

He aquí que, en la Torre de Babel del Congreso, todos hablamos la misma lengua. Ya no olvidaré este ejemplo tónico, edificante. ¡Luego sesenta o cien hombres pueden trabajar todos los días en una obra común, examinando entre todos el mismo problema, hablando todos sin estorbarse entre sí, y llegando todos los días a acuerdos y soluciones eficaces! Luego existe la humanidad, donde reina la disciplina.

Madrid, noviembre de 1920.
El Universal, *México, 13 de diciembre de 1920.*

III
DESDE FRANCIA

1. EL TRONO Y LA IGLESIA DE MAURRAS

El método pragmático —define William James— permite resolver aquellas controversias que, en el puro terreno de la metafísica, serían interminables. Para esto, el pragmático juzga del árbol por sus frutos, e interpreta y aprecia cada concepción o doctrina según las consecuencias prácticas (pragmáticas) que ella produce. Si las consecuencias de dos principios teóricos diferentes y aun contradictorios se confunden en la realidad, entonces la diferencia o contradicción entre los principios no tiene "seriedad" ninguna: es aparente. He aquí, pues, una filosofía práctica que corre el riesgo de ganar en práctica lo que pierde en filosofía; he aquí una semifilosofía o filosofía provisional que hace buena la paradoja nietzscheana de que los absurdos, a fuerza de creer en ellos, suelen convertirse en verdades. He aquí una metafísica que pretende resolverse en física. Rebajada la temperatura filosófica del problema, las contradicciones teóricas parecen desvanecerse, como dicen que se altera, al enfriarse, la sustancia química del pan.

Y, en todo caso, ¿cómo poner en duda que, para la conducta personal, los casos de soluciones pragmáticas son infinitos? Aquél, sin ser religioso, hace como si lo fuera, porque acepta y desea las consecuencias sociales de la religión. Y el otro, ciudadano de una república, sea o no monárquico, pide un rey como las consabidas ranas, porque así conviene a las actividades políticas de censor que se ha propuesto desarrollar. Que ya él para sí y debajo de su manto, al rey mata.

Pues bien, sin afirmar ni negar nada respecto a la sinceridad íntima de las convicciones, he aquí, para los aficionados, este ejemplo de filosofía pragmática, realista. Charles Maurras es el jefe del monarquismo en Francia. Busquemos un rápido retrato de Charles Maurras sin salirnos de nuestra América. Francisco García Calderón dice, en sus *Ideologías:*

Director político, ideológico y pontífice, reúne todos los atributos. Por la más extraña de las contradicciones, engendra un misticismo el más sereno de los intelectuales, racionalista enemigo de excesos en el sentimiento, de rudezas en el instinto. Fue en su brillante mocedad crítico notable que predicaba —contra la poesía romántica— el noble señorío de la razón, y defendía el ideal romano clásico, orden, disciplina poética, frente a las delicuescencias de las pequeñas capillas. Recordamos algunos de sus juicios armoniosos en la *Revista Enciclopédica,* páginas definitivas sobre Afrodita, apasionadas "ejecuciones" de Brunetière. De pronto, el analista de prosa cristalina afirma rudamente. El *affaire,* la agitación francesa en torno a la cuestión Dreyfus le ha revelado su misión política. Es su camino de Damasco. Desciende a la inflamada palestra en nombre de la gran tradición francesa. Monarquía, catolicismo: he aquí sus principios directivos. Pero él no cree en la religión ancestral. Es pagano, y se inclinó, con Renan, ante las ruinas clásicas para comprender el orden de una civilización racional y bella. Aceptará la Iglesia, obedeciendo al imperio de la razón, porque ella disciplina, congrega, unifica; porque en las grandes etapas francesas se unieron la vitalidad católica y la fuerza nacional, desde Juana de Arco hasta Richelieu.

Claramente definida la paradoja de la religión sin fe, en Maurras. Si el discípulo de Bergson puede ir a la iglesia por una necesidad inconsciente y mística, el discípulo de Maurras (quien lo es, a su turno, de Comte) debe hacerlo fríamente y por mero cálculo racional. Por eso tampoco acepta Charles Maurras la filosofía "meteca" de Bergson: en principio, desconfía del éxtasis, y quiere que los misterios del dogma se funden en la operación histórica desatada por la creencia. Y tocamos aquí uno de los aspectos de esa pugna delicada, imperceptible para los más, entre el misticismo y la religión, entre el Santo y la Iglesia, que ni siempre aparecen juntos ni siempre es fuerza que así suceda. Póngase, por ejemplo, que el Papa sea un hombre que acude con puntualidad y diligencia a los negocios de su oficina: aparte de los riesgos de su salvación personal, ¿qué más da si es ateo? Al contrario, un Papa excesivamente poseído y penetrado del espíritu divino, que huyera los faustos del Vaticano y les prefiriera la Tebaida desierta, o que se empeñara, hoy por hoy, en hacer milagros, ése seguramente echaría a rodar todo el sistema.

En cuanto a su monarquismo, Charles Maurras se esfuerza estos días por hacer entender, desde las páginas de su periódico, que a él le importa poco el nombre que se aplique a la causa, con tal de que se conceda el efecto. "En siendo de Zaragoza —dice la jota—, que me llamen lo que quieran." *Mon-arquía* es el mando único militar, que hoy lleva a la victoria; y dictadores son Wilson y Lloyd George. Esa monarquía, esas dictaduras, ¿aprovechan al mundo? Pues si concedéis que le aprovechan, ya lo habéis concedido todo: él no quiere más, no se paga de palabras sino de hechos. ¡Lo que habría que preguntarse es si tal régimen puede aprovechar como cosa permanente, o si sólo es un remedio desesperado en las grandes crisis! Pero él no se detiene en este reparo, y prosigue:

> Que los actos sean benéficos y los servicios verdaderos, útiles, desinteresados: eso es lo esencial. Obstinarse, como lo pretendía Sembat en unificar a todo precio las razones de obrar de los franceses sería, ante todo, una quimera; y además, redundaría en perjuicio del total de valores morales que militan por la patria. (*L'Action Française*, 27 de agosto.)

Así, no vacila en reproducir la respuesta de Clemenceau a las felicitaciones de los Consejos Generales: tal respuesta es un acto de afirmación nacional, sean cuales fueren sus razones.

> Tus ideas no son las mías —le dice—, pero tenemos la misma patria. Lo que importa es que, tanto el soldado republicano como el monarquista, encuentren en los motivos de su amor patrio fuerzas, entusiasmo e ímpetu suficientes.

Y cuando le aprietan demasiado, cuando los lectores que lo siguen con más fidelidad le preguntan, según suele él mismo confesarlo: "¿Por qué eres monarquista? ¿Lo eres realmente? ¡Lástima! A no ser por eso, ¡cuánto bien podrías hacer a tu patria!", entonces Maurras contesta llanamente:

> La verdad es que, si algún bien pudimos hacer, ello se debe a esta independencia feroz que nos ha colocado lejos de las camaraderías de los partidos y bandos del régimen actual: se debe a las luces de una doctrina superior a todas las nieblas del actual régimen. Ni el temor ni la superstición nos han detenido. Sólo nos cuidábamos de no causar un

daño a la patria, y de aquí la libertad perfecta de nuestros movimientos. De aquí también una sumisión estrecha a las más severas obligaciones del patriotismo, pues mientras más nos emancipamos de los prejuicios y los partidos en boga, más nos hemos visto sometidos a la disciplina francesa fundamental, por las ideas del nacionalismo y las instrucciones expresas del heredero de cuarenta reyes que, en mil años, han erigido el edificio de Francia. No: más recapacito, y más claramente creo ver que, aun derrotada y ausente, aun reducida al estado puro de idea, de opinión, de teoría, la monarquía no ha sido inútil a la patria durante la presente guerra. (28 de agosto.)

Basta: no es decir que Maurras mate al rey de Francia debajo de su antojadísimo manto, pero ya podía bien hacerlo sin que padeciera el efecto pragmático de su actitud ante la República. Quien puede lo más puede lo menos. Y ¿qué es lo que ha hecho con la Iglesia? ¿Y si el Trono fuera para él un mero pretexto de servir a una idea conservadora y tradicional, y de mantenerse fuera de los partidos, colgado como de una nube, en actitud de "feroz independencia"? Trataríase simplemente de lograr, a todo trance, la libertad de criterio. Y si el régimen reinante fuera la monarquía, entonces Maurras podría obtener otro tanto declarándose, por ejemplo, republicano radical, siempre que los republicanos del supuesto no resultaran ser también monárquicos, porque de todo hay en el mundo.

Y en esta paradoja práctica, donde algunos sólo verán una curiosidad de las muchas que ofrece el complejo espectáculo de las acciones humanas, o sólo un ejemplo de buen sentido, otros adivinarán una ley de la conducta política —siempre objetiva, siempre por encima del yo y siempre dada a los resultados externos de conjunto—; y otros, finalmente, no verán nada.

El Sol, *Madrid, 1918.*

2. DESPUÉS DE LA GUERRA

AUN los enemigos de la república reconocen que ésta tiene, entre sus ventajas —tal vez la primera—, la de practicar el ostracismo: un ostracismo prudente, humano, que no arroja al héroe de ayer fuera de los confines de la patria, sino simplemente de la política. Por regla general, un Presidente de República en Francia es hombre que ha acabado definitivamente su carrera. ¿Quién ha vuelto a oír hablar de Fallières? Y ha de pasar tiempo, antes que se oiga hablar otra vez de Poincaré.

Aun Clemenceau y su gabinete van a pasar ya al segundo término, y pronto desaparecerán, cumplida su misión de guerra. Tal sistema permite llamar a cada hombre en su momento oportuno, y separarlo cuando ese momento ha pasado. Es una forma de esa especialización del trabajo que rige, hoy por hoy, la conducta de la humanidad en todas sus fases. Es el "zapatero, a tus zapatos", aplicado, para bien y para menos bien, a las funciones públicas. Porque hay hombres para todo, pero muy pocos son "el hombre de todas las horas" que soñaban los griegos, y de que se acuerdan tanto Gracián y Rodó. El Gabinete de la Victoria ¿puede ser el Gabinete de la Paz? Parte limitada de la opinión francesa parece inclinarse a creerlo así: los monarquistas, por ejemplo, a quienes agradan los métodos valientes del Tigre, aseguraban que el hombre del atentado contra Clemenceau trataba de matar, en éste, al organizador de la Victoria. Pero es que debajo de la guerra, en planos muy hondos y muy activos, hervían elementos que la guerra sólo ha venido a anunciar o desatar. El arduo problema social necesita de gente nueva que lo afronte. ¿Volverá Briand? ¿Qué papel tocará a Jouhaux, hombre nuevo de los elementos sindicalistas, que cada día se acerca más al poder? Acaso cuando estas líneas se publiquen lo sabrá el mundo.

El Consejo de los Cuatro debe considerarse como un ensayo científico de gran trascendencia para la humanidad. Se

trata de saber si podemos escalar el cielo y entendernos, sin embargo, en el lenguaje de los hombres. Se trata de ver si el cuadro de las fuerzas internacionales puede equilibrarse de acuerdo con los preceptos de la pura justicia, o si la política —la eterna comadre enredadora— ha de seguir presidiendo al consejo de los pueblos. Los clásicos (Clemenceau es un clásico) están por la política, y por la política guerrera, la que francamente procura el enflaquecimiento del enemigo. Otros, como Wilson, quisieran emprender una experiencia de justicia absoluta —al menos, en el asunto de la guerra europea; al menos, hasta donde logramos entender la maraña que se va haciendo entre sus proposiciones iniciales y la interpretación que de ellas viene haciendo alguno de sus portavoces. Por donde se llega a embrollos infinitos. Un día, Orlando abandona la sala. ¿Qué ha sucedido? Sucede que el Consejo se ha propuesto resolver los casos de irredentismo, y hay dos irredentismos ya frente a frente. Los representantes servios, croatas y eslovenos han sido introducidos. Orlando no quiere tratar con los que ahora le presentan en calidad de "nuestros amigos los enemigos". Los servios y esloveno-croatas declaran formar una sola nación, y alegan sus sacrificios en la guerra para que se les considere como aliados. Pero mientras que los servios combatieron contra Austria, los croatas y eslovenos combatieron contra Italia bajo los colores austríacos. Y los partidarios de la teoría clásica exclaman: "La justicia pura no resuelve este enredo. Echemos mano de la política. Y puesto que el mal ha de ser, del mal sea el menos: sea la política previsora, sea la política francamente aliada." Concepciones místicas y concepciones prácticas del Derecho de Gentes se juntan, así, en contraste filosófico que acaso no es más que el eterno diálogo de la historia.

PEDRO CUENCA

París, 15 de abril de 1919.
El Heraldo de México, *6 de junio de 1919.*

3. EL ETERNO DIÁLOGO

I. SOBRE LAS IDEAS DE LA GUERRA

YA PREVEÍAMOS en la crónica anterior el conflicto que, sobre la cuestión del Adriático, había de provocarse en el seno de la conferencia de París. El conflicto ha sobrevenido y, como tenía que ser, ha revelado con toda claridad cuáles son los dos principios fundamentales que a estas horas luchan por el predominio. La guerra de las armas deja tras sí una guerra de las ideas, la cual a su vez puede reventar en nuevas discordias. Después de la paz de la guerra, las guerras de la paz. En los días mismos de la lucha armada, hubo que improvisar o desterrar, aderezándola un poco, cierta ideología algo anticuada, pero que tenía virtudes actuales. A la hora de la paz se descubre que el problema es más hondo. Aquí, como en Nietzsche, la noche resulta más profunda de lo que pensaba el día.

Todos sabemos lo que está pasando en la tierra. Lo que mientras tanto está sucediendo entre cielo y tierra, en la región de las ideas, no siempre llega a la noticia de todos. Los hechos de la guerra iban acompañados de una resonancia ideal que era, por entonces, la última manifestación de las inquietudes filosóficas o literarias. Naturalmente, las ideas que iba produciendo la guerra andaban mezcladas de pasión y había que sorprenderlas aquí y allá, en los instantes de olvido, en los momentáneos bostezos de los escritores puestos al servicio de una causa. A fuer de ideas, pudiera creerse que representan el producto más desinteresado de la guerra; pero esto no es más que una ilusión o, mejor dicho, un equívoco de palabras. Porque ¿quién duda que es más desinteresado morir en la trinchera que inventar una falsa doctrina histórica, aun cuando sea con el loable fin de alentar a los defensores de la trinchera? En aquellos días (y en éstos, que aún no pasamos la era de la guerra) el cuerpo y el alma se cambian servicios con inusitada actividad. Cada uno sacrifica algo en bien del otro. Las ideas de la guerra no son ideas

puras, y muchas tendrán que sanearse tarde o temprano, el día de la verdadera paz. Entretanto, y aunque su imparcialidad sea discutible, ¿de qué vamos a alimentarnos sino de ellas? Todas, al menos, nos darán un trazo del futuro mapa intelectual.

Pareciera que, al ir recogiendo en lo posible estas ideas de la guerra, un cronista filosófico podría, al menos, cernerlas, detener las malas y recomendar las buenas a sus lectores. Pero esta tarea de dictaminar sobre el bien y el mal conviene reservarla a los más sabios y a los más locos. Por ahora, basta reflejar, como en el espejo del novelista, todo lo que pasa por el camino. Hay dos maneras de hacerlo: prefiero la segunda. Unos gustan de discutir, chocar contra todas las cosas y buscar así, como a golpes y como a ciegas, su línea de convicción: tal es el método de la bola de billar, que no pasa de ser una resultante mecánica. Otros a la discusión prefieren la definición, el conocimiento, y esperan así que, lentamente, las necesidades mismas de un planteo los conduzcan a la convicción. Este último método tiene la ventaja de ser el más respetuoso para las opiniones de los lectores; es el más propio del que sólo se propone servir al público.

II. Pequeña historia de un gran conflicto

Cuando esta crónica llegue a mis lectores, los hechos habrán adelantado camino. Mis noticias alcanzan su término poco más o menos con un mes de retraso. Me habrán precedido, con mucho, los telegramas de las agencias periodísticas. Pero mi experiencia de lector de periódicos me ha demostrado que nada hay más incomprensible que los telegramas de las agencias, y que los llamados diarios de gran información informan, a veces, mucho menos que esos otros diarios modestos, que se limitan a coordinar y digerir las noticias publicadas por los demás. ¿Qué son los hechos, sin espíritu que los anime? Me dirijo, pues, no a los que buscan el efecto acre de las noticias frescas, sino a los que saben retroceder un poco y volver sobre lo que ya conocen a bulto, para mascullarlo mejor.

He aquí cómo sobrevino la ruptura entre Orlando y Wilson. Cuando, con insigne indiscreción que parece dividir

en dos la historia política de Europa, Lenin publicó en su *Izvestia* los tratados convenidos por la "Entente", y así supo el mundo lo que Italia exigía para la hora del triunfo, en pago de su cambio de frente internacional, se levantó en los Estados Unidos una voz unánime de reprobación. La censura de París tuvo que hacer enormes esfuerzos para que la prensa francesa no se contaminara con el espíritu de protesta de la prensa yanqui. Las publicaciones de Lenin llevan por fecha el 28 de noviembre de 1917. Cuanto a Italia afecta está contenido en el Pacto de Londres. El Pacto de Londres se firmó el 20 de abril de 1915, entre Italia, Inglaterra, Francia y Rusia. Transformada Rusia, quedaban para garantizarlo Inglaterra y Francia. El Pacto de Londres contiene las condiciones bajo las cuales entra Italia en guerra contra los Imperios centrales. En quince bases, Italia pide a Rusia un mínimum de auxilio militar por tierra, y por mar, a Inglaterra y Francia; pide para sí el Trentino, el Tirol meridional hasta su frontera natural en el Brenner, la ciudad de Trieste y su distrito, las provincias de Gorizia y Gradisca, toda la Istria hasta el Quarnero, comprendiendo Volasca y las islas istrianas de Cherso y Lussin, así como las pequeñas islas de Plavnik, Unia, Canidoli, Pallazzuoli, San Pietro-Nerevis, Asinello y Gruica e islotes contiguos. También pide Italia la provincia de Dalmacia con su actual demarcación, incluyendo al norte Lisserica y Trebanje, y al sur hasta una línea que, partiendo del cabo Planka, siga al este la separación de las aguas, de modo que las posesiones italianas abarquen todos los valles y riberas del lado del mar hacia Sabenico. Pide asimismo las islas de la costa dálmata y la neutralización de ciertas zonas; pide toda la Vallona, la isla de Saseno y el terreno suficiente para poner estas posesiones al abrigo de los ataques de Austria-Hungría. Se reserva el derecho de dirigir las relaciones exteriores de Albania; reclama la posesión plena del Dodecaneso, una porción en el reparto de la Turquía asiática, la herencia de los derechos que concedió al sultán de Libia el Tratado de Lausana; ciertas compensaciones en caso de repartición del África alemana, y otras estipulaciones sobre empréstitos de guerra y no admisión de las gestiones políticas de la Santa Sede. La explicación de los derechos históricos que Italia alega para cada una de estas pre-

tensiones nos alargaría demasiado. Por lo demás, algo saben todos del irredentismo italiano. Por ahora baste notar que, en las bases del pacto secreto de Londres, Italia no parece limitarse a su estricta zona irredenta, sino que alarga sus ambiciones por circunstancias de orden estratégico y, sobre todo, en atención a los futuros peligros de su vecindad con Austria-Hungría.

Pero he aquí que Austria-Hungría desaparece y que algunos de sus pueblos componentes entran, bajo la protección de la "Entente", en nuevas combinaciones nacionales. Si efectivamente era el peligro de Austria-Hungría lo que extremaba las pretensiones de Italia —dice Wilson—, el peligro ha desaparecido y las pretensiones deben limitarse. Pero Italia está lanzada en el camino de su política nacional y no quiere ver al mundo bajo el dulce prisma del ensueño. D'Annunzio, en su Carta a los Dálmatas y otras manifestaciones posteriores, habla en nombre de la Roma Imperial. Adivinando un enemigo natural en Wilson, lo llama Ídolo Falso. Y, en efecto, Wilson parece el enemigo natural (en Europa, bien entendido) de este imperialismo de la posguerra. Y un día, cansado de argumentar en el gabinete secreto, abre el balcón y grita al pueblo.

—Ha violado las convenciones; ha hecho público lo que era secreto —exclama Orlando—. Ha acudido a la opinión de la calle cuando aún no decían su última palabra los Gobiernos interesados.

Y con estas protestas de protocolo, Orlando se despide. El Consejo de los Cuatro ha llegado a su primera crisis. Muchas más le esperan. Orlando es recibido en Italia con ovaciones. Su actitud ha sido grata a su pueblo. D'Annunzio lo saluda. El "no" de Orlando es un "sí" de la nueva Italia. Su negativa a toda transacción con el Pacto de Londres abre una nueva era italiana, europea.

¿Qué ha hecho, pues, Wilson? Acudir al hombre de la calle, desesperado de la madeja que se teje entre cuatro. El punto de vista de Wilson, expresado en la nota que ha publicado la prensa, puede resumirse así:

1º Italia entró en la guerra sobre la base del Pacto de Londres, que las circunstancias posteriores han modificado de hecho.

2º Austria-Hungría, a expensas de la cual debía realizarse el Pacto, no existe ya, y las diferentes partes de este antiguo imperio deben erigirse en Estados independientes, asociados a la Liga de las Naciones, de que la misma Italia forma parte.

3º Fiume, reclamada por Italia, debe servir de desembocadura, no al comercio de Italia, sino al de Hungría, Bohemia, Rumania y Yugoslavia.

4º Puesto que las fortificaciones del Adriático han de ser arrasadas, puesto que los nuevos Estados han de aceptar una limitación de armamentos que haga inefectiva toda amenaza, Italia no necesita garantía ninguna contra una nueva agresión.

5º La antigua unidad de Italia está restaurada hasta las grandes murallas que constituyen su natural defensa.

6º Los Estados Unidos son amigos de Italia, pero importa que la regulación de los intereses del mundo nuevo asegure plenamente la paz. Italia debe preferir sentirse rodeada de amigos y no de enemigos.

Como se ve, el punto de vista de Wilson sólo flaquea hasta donde se funda en supuestos y esperanzas. Italia considera con recelo la idea de abandonar sus defensas antes de que los demás depongan sus amenazas. No está Italia segura de que todos los pueblos vayan a obrar siempre de acuerdo con los ideales de Wilson y, a todo evento, se niega a abandonar las precauciones que ganó con sacrificio. Es, como se ve, el problema de la prioridad de la gallina o el huevo. Y conviene acostumbrarse a considerar estos conflictos viendo partes de razón en uno y otro bando. En esto está la verdadera tragedia de la conducta y de la historia, en que todos se equivocan en parte y todos aciertan también en parte.

III. El nombre de los principios en pugna

En la crónica pasada decíamos que Wilson representaba, ante Europa, una política no tradicional. Hoy podemos decir: una política romántica, y no en un sentido metafórico. Tomemos un político romántico bien caracterizado, de la época precisamente romántica: sea Lamartine. ¿Qué representaba, por ejemplo, frente a Guizot? El que abre la ventana del

gabinete secreto y pide al pueblo que participe en la discusión. Era el que confía en la gran justicia de las masas. Era, pues, un optimista de la política.

—En el fin, en el fin final —parece decir—, todo tiene que resultar bien. Entreguemos la nación al pueblo.

En cambio, Guizot funda toda su política en la desconfianza ante la imprudencia humana: es pesimista. Hoy, como entonces, la fe en el bien fundamental de la existencia y la desconfianza ante el mal que circula por las arterias del mundo se libran batalla. Una vez más, ahora como siempre, el optimismo y el pesimismo.

"As"

París, abril de 1919.
El Heraldo de México, *1919.*

4. EL PRIMERO DE MAYO

—VEAMOS, Madame Dupont-Durand —dijo el buen señor a la hora del desayuno—. Me parece que hoy me has dejado dormir más que de costumbre. Las nueve han dado, y a estas horas suelo estar, por lo menos, camino del despacho.

—En efecto, Monsieur Dupont-Durand —dijo la buena burguesa de París—. Yo también me he dormido. Estoy acostumbrada a que me despierten los ruidos de los tranvías y los autos. Y hoy no sé qué pasa, que se oiría el vuelo de una mosca, si moscas hubiera con este frío. Por cierto que acabo de sacarte el gabán, que ya tenía yo relegado, entre bolitas de alcanfor, al fondo del armario. No parece que estuviéramos en primavera. Además, de un momento a otro volverá a llover. Ya ves qué nublado está el día.

—Como que yo no podía verme para peinarme. Quise encender la luz, pero por lo visto han cortado la corriente.

—Tampoco han traído los diarios de la mañana, de lo cual casi me alegro —dijo la señora—, porque al menos te ocupas de mí a la hora del desayuno. ¡Qué cosa es verte metido en los papeles, sin hacer caso de tu mujer!

—¡Ah, mujer mía! ¡Tú no sabes el sabor que tiene la prensa de la mañana! Día sin periódico es día de aburrimiento. Estoy enfrascado en dos procesos interesantísimos, y los lunes, como el tribunal no actúa en domingo, me aburro infinitamente.

—¿Qué procesos?

—El proceso Humbert y el proceso Landru. Humbert es un periodista antipático. Lo acusan de haber recibido fondos del enemigo, pero comienzo a creer que se salvará y que todo viene de su absoluta falta de simpatía personal.

—Pero ¿es posible que los hombres se dejen arrastrar por sus pequeñas pasiones hasta ese grado?

—Naturalmente que sí. Sólo las mujeres sois entes de razón. Por eso Rémy de Gourmont sostiene que las mujeres no sabéis escribir; porque, en escribiendo, fingís delicadezas sentimentales de que realmente carecéis. Sois frías y duras:

os gusta el hombre, animal desagradable y peludo. ¿Hay mejor demostración? A nosotros, en cambio, nos gusta la mujer, animal suave y bello. Los femeninos, bien mirados, somos nosotros... Pero volvamos al tema. La acusación llega a su fin. Los acusados son cuatro: Pierre Lenoir, hombre extraño, moreno, de frente estrecha, que habla en voz baja y tiene dos amantes; Guillaume Desouches, personaje pequeño de vivacidad ratonil; Charles Humbert, sujeto infladísimo, como si le hubieran soplado la cara con una bomba neumática; y el capitán Ledoux, individuo con gafas y bigotes oblicuos, y fisonomía casi borrada junto a las otras tres. En el curso del proceso aparecen revelaciones íntimas, y se descubre todo un rincón de la sociedad como en una cruda novela de costumbres...

—De malas costumbres, querrás decir.

—La historia es ésta: la empresa de *Le Journal*, a cuya cabeza figuraba Letellier, vendió sus acciones, en el verano de 1915, a Lenoir, quien repartió su propiedad con Desouches y Humbert. Humbert, vicepresidente del Senado, carecía de fortuna. A Lenoir, que gastó sus diez millones en el asunto, tampoco se le conocían bienes. De aquí la sospecha. Léon Daudet, gran detective de la patria, llamaba la atención sobre el caso desde su periódico monárquico *L'Action Française*. Las sospechas de Daudet, en este género de historias turbias, habían salido casi siempre acertadas. Pero, como todo especialista, Daudet exagera un poco. Resultó que Lenoir, hombre de poco equilibrio, se entrevistaba con Schoeller, financiero residente en Suiza que, aunque se decía suizo, era alemán. Lenoir pactó con Schoeller. Se aseguraba que Humbert estaba al tanto de todo. Desouches intervino, y fue nombrado administrador. A Ledoux, encargado antes de la Oficina Central de Contraespionaje, se le acusa, entre otras cosas, de haber escamoteado ciertos documentos... Pero ya te contaré lo demás, porque van a dar las nueve y media.

—Espera —exclamó la señora—. ¿Sabes que me conviene la falta de periódicos? Cuando a ti te faltan, yo tengo en ti el mejor periódico. No te dejaré ir sin que me cuentes el otro proceso.

—¿El de Barba-Azul?

—¡No, hombre, el de ese Landru! ¿No has dicho Landru?

—Por eso, el de Landru-Barba-Azul, el matador de mujeres.

—¿Matador de mujeres? ¡Cuenta, cuenta! ¡Que ése es más interesante que el otro!

—Pues verás. Un ingeniero llamado Landru o Cruchet, o Frémiet, o Nattier, o Dupont, o Guillet, que por todos estos nombres se le conoce, y que se decía constructor de autos y ya, hará unos cuatro años, había hecho desaparecer a su mujer legítima; un hombre que cuenta ya seis o siete sentencias por fraude (forma modesta de la finanza), se dedicó, durante la guerra y en pleno enrarecimiento del artículo "hombre", al feo negocio de acaparador. Escogía mujeres algo maduras, de preferencia viudas con algún dinerillo, aunque fuera poco; les proponía matrimonio (rara ave por los días en que las más hermosas y jóvenes tenían al novio en el frente de combate), las invitaba al campo, y las hacía desaparecer. ¿Era para robarlas? Sí, en parte. Pero yo creo que se trata de un desequilibrio nervioso, que Thomas de Quincey, grave autor inglés, pudo haber estudiado en su libro sobre *El asesinato considerado como una de las Bellas Artes*. Es, como te digo, la eterna historia de Barba-Azul. Una mujer que logró escapar de sus garras asegura que Landru es un hipnotizador; ¡de algún modo ha de disculparse, la pobre! A todas las preguntas, el acusado contesta: "Mi abogado responderá por mí"; o bien: "Investiguen ustedes. Yo no sé nada". En la casa de Landru (Gambais), había toda clase de recuerdos delicados, de esos que revelan un tierno corazón: rizos, trenzas de todos colores, cintas, telas, ligas, dijes. También había todo un archivo secreto: once grandes sobres, cada uno con un nombre de mujer. Se ha podido comprobar que, de estas once mujeres, unas nueve han desaparecido, y pronto se averiguará la suerte de las restantes, que sin duda es la misma. Las desaparecidas fueron invariablemente sometidas al mismo tratamiento artístico: 1º Presentación y cortejo; 2º oferta de matrimonio; y 3º vacaciones campestres, con el consabido desenlace tan misterioso. El nuevo Barba-Azul es, pues, un hombre metódico. No paraba en pelillos: si la víctima tenía un hijo, ¡qué se le iba a hacer!, el hijo también desaparecía. Una de las víctimas tenía tres perros: se han descubierto los cadáveres

de los tres perros estrangulados. Luego se trata de un estrangulador por afición, de un "trabajador en pescuezos". ¿Qué ocasión, qué momento aprovechaba Landru para operar? Lo has adivinado ya, pecadora. Cuando Landru vendió el mueblaje de una de sus víctimas, se negó a incluir el colchón: "Está manchado —dijo con naturalidad—. Hay que mandarlo limpiar antes." Los criminales acostumbran disimular la memoria de sus crímenes. Landru, al contrario, lleva un registro minucioso, donde saca inventario hasta de los objetos que "hereda", y que le sirven para hacer presentes a sus nuevas novias. Es un hombre de ciencia y es un poeta. El comisario Dautel se siente tentado de felicitarlo a la identificación de cada nueva víctima. "Esto es demasiado —piensa seguramente—. Esto, como quiera, merece admiración." Mme Guillin, en 1914; Mme Cuchet, en 1915; Mme Collomb, en 1916; Mme Lacoste-Buisson, en 1917; Mme Pascal, en 1918; Mme Marchandier, en 1919; Mesdames Héon, Jaume, etc. Landru no era perezoso.

Y dichas estas palabras, el buen M. Dupont-Durand se despide, y sale a la calle decidido a tomar un taxi: ¡no hay autos! Y el caso es que, en el despacho, los clientes deben de estar desesperados. Se dirige al "Metro": la cancela está cerrada. No hay tranvías ni coches. La emprende a pie, incomodado por la lluvia. Llueve sobre la ciudad como en el corazón de Verlaine. A M. Dupont-Durand le extraña el aspecto solitario de las calles. Las aceras, como los comercios están cerrados, fingen una uniforme e inacabable cortina metálica. Llega a su despacho: ¡no hay nadie! Desde la pared, el calendario le grita con sus signos rojos: "¡1º de Mayo!"

—¡Es verdad! ¡Qué memoria la mía! Es el Día del Trabajo, el día de no trabajar.

M. Dupont-Durand hubiera querido llevar a su mujer por la tarde a la feria, para ver a Mlle Silvia, la mujer gigante hija de un selvático americano, que mide dos metros y cuyas formas recuerdan un mapamundi en tamaño natural. Pero seguramente no hay feria.

Y vuelve a su casa a pie. No sabe la que le espera en casa.

—Querido mío —le dice Mme Dupont-Durand, desola-

da—, he salido al mercado y he vuelto con la cesta vacía: no hay nada, ya no hay víveres en París. Cierto que ayer la libra de carne, que antes costaba 80 céntimos, valía ya 4 francos; las costillas de carnero, que antes estaban a 1.20, ayer ya a 5.50; el pollo había subido de 1.60 a 7.50; los pichones, de 1 a 5 francos; la libra de conejo, de 0.90 a 4.50; el jamón, de 2 a 10 francos; el kilo de patatas, de 15 a 65 céntimos; las zanahorias, de 20 a 85 céntimos, y así todos los demás precios. Pero, por lo menos, aún había qué comer. Y hoy no hay nada, nada.

M. Dupont-Durand la consuela, le explica el profundo sentido de aquel raro fenómeno, y le propone salir a almorzar a cualquier "Duval": la caminata a pie lo ha puesto de muy buen humor. Pero ¡ay! los restaurantes también han cerrado. Por fortuna unos vecinos más previsores los convidan a compartir su mesa; y el resto del día se pasa comentando ciertas noticias que corren de boca en boca, sobre choques entre la policía y las manifestaciones obreras.

—Yo —dijo al fin M. Dupont-Durand, buen burgués sin mancha de socialismo— no puedo menos de creer, a pesar de todo lo que me digan, que para evitar los choques entre los manifestantes y la policía no hay más que evitar la presencia de unos o de otros. De los manifestantes no puede ser, porque se reúnen por grupos espontáneos, reclutados entre los obreros que el aniversario aleja del trabajo, y porque no están sometidos a la disciplina del Gobierno tan directamente como los guardias: no se puede responder de que obedezcan una orden general emanada de los cuarteles. En cambio, es lo más fácil del mundo evitar la presencia de la policía, dictando desde por la mañana las instrucciones necesarias para que no salga en todo el día un solo agente de a pie o de a caballo.

—Pero ¿es usted quien dice eso? ¡Un hombre de orden, un honrado vecino que. . .!

—Sí, amigos míos: yo, honrado vecino, burgués sin mácula de socialismo, declaro que en un 80 % de los casos la provocación proviene de la policía. Y no porque me figure que la policía se pone de pronto a atacar a la gente sin ton ni son (aunque, en un 50 % de los casos, así sucede, por nerviosidad natural del que va armado), sino porque la sola

presencia de los uniformes despierta un deseo invencible, automático y tan natural como legítimo: el de "hacer blanco".

Y así pasó el Día del Trabajo este buen burgués de París.

"As"

París, 2 de mayo de 1919.
El Heraldo de México, *27 de julio de 1919.*

5. EN TORNO AL TRATADO DE PAZ

NATURALMENTE, no a todos pueden contentar las condiciones del Tratado de Paz propuesto, o impuesto, a Alemania por los aliados. A algunos, y a los alemanes en primer término, les parece una franca manifestación de canibalismo. Y es que el mundo esperaba que los vencidos no fueran tratados como vencidos. ¿Por qué? Ya hemos dicho que la ideología de la guerra ha sido bastante pueril. En Alemania, sin embargo, se deja oír la voz de Max Harden, el testigo de los errores del régimen kaiserista:

—¿Por qué reclamáis?, ¿qué reclamáis? —dice más o menos—. Agradezcamos que nos dejen vivir. Hemos sido derrotados. Se ve claramente la voluntad de enflaquecernos, de arruinarnos todavía más. Con todo, harto sabemos nosotros que, a haber salido vencedores, nuestras condiciones hubieran sido mucho más duras.

Y hay que convenir que, en este caso, el mundo no se hubiera asombrado gran cosa. ¿Por qué? Porque de aquella parte del Rin hubo guerra sin literatura, y a veces algo más que guerra.

Pero estamos obligados a considerar las cosas fríamente, hasta donde cuadra con la honra general del género humano, que por estos días no vale mucho. Dividirse y crear partidos internos con motivo de disensiones extranjeras es cosa abominable y vitanda: por aquí han comenzado todas las decadencias nacionales. Hablemos, pues, serenamente.

Cuanto puede decirse en contra de las condiciones del Tratado de Paz resulta de una posición de humanidad, de humanitarismo. Bastante se ha dicho ya, y todos lo saben.

Lo que no todos saben seguramente es que hay algunos que atacan el Tratado de Paz por parecerles suave y complaciente en extremo. Son los "jusquauboutistas" (*jusqu'au bout* = "hasta el fin"). Éstos comienzan por lamentarse de que los aliados hayan mantenido y hasta asegurado la unidad alemana. Piensan que, así como una hábil diplomacia (cuyo honor recae sobre Stephen Pichon) logró que los alemanes

de Austria se negaran a formar cuerpo único con Alemania, así una maniobra oportuna —cuya ocasión casi se ha perdido ya— pudo obtener la separación de las repúblicas del sur de Alemania. Consideran éstos que la unidad alemana será siempre un peligro para Francia. Y es posible que sea verdad, porque la naturaleza no obra según los ideales de conciliación humana: va acumulando fuerzas, y está como hecha de conflictos y llamaradas. He aquí, en breve resumen, lo que dicen estos extremistas de la victoria:

Los alemanes no son tan ingenuos; saben que han perdido la guerra y que se les habían de imponer condiciones duras a la hora de las cuentas. Pero no está todo perdido para Alemania; por eso regatean, primero, sobre el plan general de la paz y, ya introducida la instancia, regatearán después sobre los detalles. La actitud de Brockdorff-Rantzau es impecable: ¿qué hubiera dicho el mundo, qué los mismos aliados, ante un embajador que aceptara, sin discusión, la paz que le imponen? Pongámonos un instante en la situación del ciudadano de Berlín o Francfort.

Hace seis meses, Alemania podía temerlo todo. Pero he aquí que Alemania ha logrado el armisticio antes de ser invadida. Aparece una revolución, una revolución ante la cual Alemania ha vacilado hasta el último instante, y de la cual podía temer la anarquía y el separatismo. Y he aquí que la revolución se lleva a término felizmente. Y ahora se encuentra Alemania ante un Tratado de Paz que, si bien le arranca algunas plumas de ambas alas (ambas fronteras), deja ileso lo que Alemania más cuidaba y lo que, en efecto, es más precioso: su unidad política.

Verdad es que queda condenada a pagar miles de millones, pero aún le asisten tres consuelos. En primer lugar, como los acreedores son muchos, Francia, la mayor enemiga, y también la más gastada de todas, no podrá resarcirse de sus pérdidas tan pronto que ello suponga un verdadero peligro. En segundo lugar, los pagos estarán espaciados en largos plazos; y "el tiempo y yo para otros dos", como dice el proverbio. En tercer lugar, por todo el dinero de la deuda Alemania no queda obligada a hipoteca especial ninguna. Porque otra cosa hubiera sido, a haber aplicado el sistema de asir o captar sus rentas en las fuentes, como se hizo con los

deudores otomanos y balcánicos. El tratado sólo habla de pagos en bloques, y deja como colector al mismo estado alemán; conserva éste, pues, una libertad apreciable.

Otro punto: Alemania tiene todavía, por el este, perspectivas no desdeñables. El caos, la inestabilidad de la Europa oriental le dejan muchas puertas abiertas. La "barrera" o "cintura" de Estados nuevos, con que se pretende rodearla, aún no asume aire amenazante. Claro que el interés de Francia pide la pronta solidificación de Polonia, de Bohemia. Y menos mal —para Francia— que por el momento duerme Rusia, porque la intervención de Rusia tendrá que alterar la situación considerablemente. No sería remoto que Rusia declinara hacia un arreglo con Alemania, para estorbar la formación de estos nuevos Estados. Así, la segunda parte de la paz, la paz en el este, es todavía cosa vaga; y para que por esta parte Alemania esté encadenada, sería preciso que se tratara ya de una realidad, no sólo un proyecto escrito en un papel.

Por eso *The Times* decía, uno de estos días pasados: entendido que Francia queda garantizada por Inglaterra y los Estados Unidos en caso de una agresión "no provocada" por parte de Alemania. Pero ¿quién garantiza a Polonia, a Checoslovaquia? Sobre estos Estados débiles, mal armados, en formación, es precisamente más de temer la venganza alemana que sobre la misma Francia. Estos Estados ¿no recibirán más amparo que el nominal de la Sociedad de las Naciones? Sin una seguridad especial, su existencia peligra. ¿Y quién se atreve a asegurarlos? Y si hay que asegurar a todos contra todos ¿qué valor tiene la Europa reconstruída?

He procurado resumir fielmente una parte de la opinión, la que creo menos conocida. Y lo he procurado sin sentimentalismos inútiles: estamos ante el espectáculo de las fieras.

"As"

París, mayo de 1919.
El Heraldo de México, *26 de junio de 1919.*

6. *BY-PRODUCTS* DE LA PAZ

ESTÁN de pláceme los amigos de la literatura francesa. El día primero de junio reanuda su vida *La Nouvelle Revue Française,* índice de la nueva mentalidad de Francia, si se exceptúan algunas manifestaciones exacerbadas y aberrantes que, más que entre franceses, tienen éxito entre los extranjeros que viven en París.

El silencio impuesto a *La Nouvelle Revue Française* por la guerra, aunque no haya sido, por parte de sus redactores, una actitud voluntaria, no es lamentable. Entre otras ventajas, habrá tenido la de permitir a estos escritores un examen consciente y profundo, una comprensión más neta y precisa de los fines que se había propuesto.

La Nouvelle Revue Française fue fundada a principios de 1909 por un grupo de siete escritores: André Gide, Michel Arnauld, Jacques Copeau, Henri Ghéon, André Ruyters y Jean Schlumberger, a quienes unían una estrecha amistad y preocupaciones estéticas comunes. En rigor, no se agruparon para anunciar ningún evangelio literario, ni para proclamar el advenimiento de ninguna nueva escuela; no era ése el fin de su revista.

Todos habían pasado ya la edad de los entusiasmos absolutos; además, su temperamento no les inclinaba a creer que la belleza pudiera encerrarse en una fórmula exclusiva, ni fluir automáticamente de ella. *La Nouvelle Revue Française* había de ser, ante todo, un terreno propicio para la creación, abonado sin cesar por una crítica inteligente. Más que prescribir reglas o principios, aquellos escritores quisieron apartar las malezas de toda clase —preocupaciones de orden utilitario, teórico o moral— que pueden estorbar o deformar la vegetación del talento. Trataban, pues, de crear, para la literatura y las artes, un clima rigurosamente puro, que permitiese el desarrollo de obras genuinas, puras.

En sus páginas apareció lo más importante de la nueva literatura francesa: las grandes novelas de Gide, los poemas de Paul Claudel, páginas inéditas de Stendhal y Gobineau, en-

sayos de André Suarès, obras de Charles-Louis Philippe, Jules Renard, Paul Valéry, Valery-Larbaud, amén de traducciones de autores extranjeros, como George Meredith, etc. Los sumarios de la revista puede decirse que son el sumario de la nueva literatura de Francia. Es esta revista la que favoreció los comienzos y protegió el desarrollo de jóvenes escritores que pronto serían jóvenes maestros: Jean-Richard Bloch, Georges Duhamel, Léon-Paul Fargue, Henri Franck, Pierre Hamp, Roger Martin du Gard, Porché, Vildrac, Thibaudet, etc.

Al renacer después de la guerra, según lo anuncia el director Jacques Rivière, la revista se propone aprovechar las enseñanzas de esta gran sacudida humana. Desde luego, no huirá de la política ni quiere torres de marfil; pero en esta materia no puede ofrecer programa alguno, puesto que cada uno de los hombres del grupo queda en libertad de mantener los puntos de vista que su actual experiencia le haya descubierto; puesto que, como ninguno de ellos es político ni tiene dogmas prácticos que defender en esta materia, todos han de mantenerse en un terreno crítico, el más generoso de los terrenos.

Por otra parte, los jóvenes maestros ven como ineludible la llegada de un nuevo clasicismo, no formal e histórico, como el que han podido mantener los redactores de la *Revue Critique,* sino más interno y esencial.

Los acontecimientos de la guerra obligan a hacer armas de todo. En la paz, hay que restaurar la normalidad del pensamiento. *La Nouvelle Revue Française* recobra el derecho de no decir nada que no sea absolutamente puro, no sólo en el sentido moral, sino en el intelectual. No se trata de olvidar la guerra, sino de salir de ella, de sacar también su moraleja. Se abren las esclusas de la invención y la espontaneidad francesas.

No por eso será la revista un amasijo confuso, bajo pretexto de eclecticismo: siempre será una opinión, un índice, un guía.

Conservando su antiguo liberalismo, la revista lo transporta ahora al mundo activo, para ayudar a Francia a dar de sí la gran novedad que encierran sus entrañas. Y así, sin orden estricto, al azar de su misma vida, ofrece considerar

estas grandes cuestiones: la influencia de la literatura en la guerra; el valor de ciertas nuevas formas —líricas sobre todo— que durante la guerra han aparecido entre la juventud; el renacimiento del intelectualismo en el arte, y la gran reacción, ya desatada, contra la estética de la simple emoción; las probabilidades de resurrección de la literatura de análisis, a la manera de Marcel Proust; la controversia del cubismo en pintura; la sucesión de Debussy en música; en filosofía, el conflicto entre los antiguos bergsonianos y los partidarios del nuevo intelectualismo, las tesis de Julien Benda. El pensamiento alemán, el ruso, las literaturas inglesa y yanqui, las nuevas tendencias italianas, serán objeto de estudios y exposiciones especiales.

Pero España, y la América hispana que tanto debe a las letras de Francia, no han merecido todavía una mención en el programa de los directores de la primera revista literaria de Francia.

"As"

París, mayo de 1919.
El Heraldo de México, *1919.*

7. EL MILAGRO, SEGÚN DUHAMEL

"El milagro", así llama Duhamel a la operación en virtud de la cual los heridos de la guerra, los heridos en la cara, salen de manos del operador con una nueva cara. Los hospitales conservan las máscaras de yeso de las nuevas caras. Su contemplación infunde pavor. Allí, en la sala de las máscaras, allí es donde los mandatarios de la nueva Europa debieron reunirse para establecer las condiciones de la paz justa.

En la sala de los heridos casi se ha borrado toda noción de belleza y fealdad humanas. Casi ninguno tiene fisonomía propiamente dicha. Miran desde unas cuencas informes. Algunos, también, fuman, acercando la pipa a una hendedura que se abre entre arrugas de llagas. Pero todos conservan —como otro verdadero milagro, como una belleza fundamental— la luz de la sonrisa.

Todos esperan el milagro. El milagro ya no se hace por una simple evocación de la fe. No basta que el hacedor de milagros diga: "Ve, y que tu cara te sea devuelta." Hoy somos más descreídos y más sabios. El milagro, así, se convierte en una verdadera lucha cuerpo a cuerpo entre el operador y la naturaleza.

Hoy le toca a uno, mañana a otro. Y todos esperan su turno ansiosos. Saben que sufrirán, saben que pueden morir: no importa. Tratan de salvar su rostro, la expresión de su alma, su semejanza de Dios. El herido de una mano, de un pie, acaba por resignarse: "¡Basta! —dice al operador—. No sufra yo más, prefiero quedarme mutilado!" No así el hombre sin cara. Éste le dice siempre al médico: "Usted no me haga caso si lloro, si grito; usted no cuente conmigo, siga adelante. Haga cuanto sea posible. Tampoco tenga usted miedo de matarme."

Y así, aquel Pedrizet que sólo tenía media cara, porque de la nariz abajo sólo había unos remolinos de piel con un orificio baboso, tiene ahora una mandíbula, tiene barba. De lejos parece como los demás. Y así ese Louba cuyo rostro

era una flor horrible, en cuyo fondo se veía, como animal vivo, la lengua, y esas cosas rojas siempre ocultas a la mirada del hombre, puede ahora salir a la calle sin asustar a nadie. Tiene una carita sonrosada, uniforme, y unos excelentes aparatos de metal en lugar de la dentadura.

A veces hay que trabajar en la nariz, en la boca; entonces no es posible adormecer al enfermo, y el operador comienza por atarlo a la mesa por las muñecas, y le esculpe después la cara, procurando no hacer caso de sus aullidos. A veces es enteramente necesario que el operador se quede, a solas, sin intervención de la alma del enfermo, con la sangrienta arcilla humana. Para hacer que el paciente se le rinda sin condiciones, le mete por el cuello un tubito curvo como un puñal. Por allí entra el sueño. El paciente jadea, y se rinde al fin, se retira a la profundidad de sí mismo.

Y entretanto, trabaja el hacedor de milagros; trabaja con sobresalto, a veces con esperanza. Colaboran tantas fuerzas con él que, en el fondo, no sabe nada. Frente a él, el cuerpo del paciente se entrega, se ofrece todo. Todo el pueblo del cuerpo humano, como congregado, está dispuesto a salvar la cara. El operador, en efecto, acudirá a todo el cuerpo, a todo él pedirá algo prestado. Las piernas pueden dar un trozo de hueso, el pecho puede (¡otra vez!) dar un fragmento de costilla, el brazo o el seno pueden proporcionar piel suave y blanca. La grasa forma unas preciosas bolsitas; de los muslos se la puede extraer caliente, para aplicarla en las cavidades que hay que rellenar. En la cabeza hay materias que sólo allí pueden encontrarse y, desde luego, tejidos preciosos y sangre rica: es fuerza que también contribuya. Al pobre hombre le faltan cejas: es un obrero, un hombre destinado a sudar. En la naturaleza —como en la perfecta creación artística— todo lo que adorna es útil. Hay que poner allí unas cejas que impidan que el sudor escurra hasta los ojos. El hacedor de milagros pide un fragmento de cuero cabelludo a la cabeza o a la barba; y otro, tal vez, para formar sobre el labio superior un bigote que disimule en algo la deformidad de la cara.

A los dos días, cuando el operador descubre las vendas, tiembla como reo de profanación. Pero no: la naturaleza ha adoptado su obra. Las junturas artificiales se han son-

rosado. La sangre corre libremente por el nuevo terreno. A las tres semanas, el paciente puede ya atusarse el bigote. Vuelve a su vida. Y sólo alguna vez regresa al hospital, en parte por gratitud, y también por si hay que retocar algún punto del exquisito bordado.

"As"

París, junio de 1919.
El Heraldo de México, *1919.*

8. LOS MONÁRQUICOS DE FRANCIA

UNA DE las más bellas manifestaciones de la democracia francesa está en la posibilidad, para los monárquicos, para los enemigos de la República, de colaborar en la obra de la patria a la hora del peligro común. La guerra ha dado ocasión a los monárquicos franceses de demostrar que, en primer término, son buenos franceses, antes todavía que monárquicos. Su situación es una paradoja política. La República tiene que saludar con aplauso la obra de los monárquicos durante la guerra. Se les concede toda la estimación que merece su conducta patriótica y firme, pero no se aceptan sus teorías.

Los monárquicos tienen un periódico diario, una revista, una librería, una escuela y cursos de conferencias, y una complicada organización disciplinaria entre la juventud. La *Revue Critique des Idées et des Livres,* que tantos héroes jóvenes dio a la guerra —y sobre todo ese malogrado Pierre Gilbert—, era también como una emanación del mismo centro. Su diario, *L'Action Française,* es acaso, literariamente, el diario mejor escrito del mundo. Los lectores maduros, avezados a admirar las ideas de que no participan, podrán leerlo siempre con agrado y provecho.

A la cabeza del movimiento, como definidor teologal, está el admirable Charles Maurras, uno de los hombres que mejor han escrito la lengua de Racine; penetrante crítico literario y autor de sugestivas síntesis y estudios sociales donde, por desgracia, se nota siempre la desviación causada por la idea fija. Tras un acucioso examen de dos o tres males de la mentalidad moderna francesa, propone un remedio; ¿qué remedio? ¡La monarquía! Justo es decir que Maurras parece, por momentos, entender por monarquía un sistema de orden, de gobierno metódico, de *mon-arquía.** Justo es decir que, a veces, más parece que se haya aliado a la monarquía como quien se da a un ideal imposible, a un principio que está en las nubes, para conservar el derecho

* Ver, *supra,* "El trono y la Iglesia de Maurras", pp. 369-72.

de criticar imparcialmente a todos los partidos de la República. Así, es un testigo severo. En materia religiosa, mantiene como una necesidad de la razón y de la política el catolicismo tradicional; pero él, en el fondo, es un pagano que fue hasta el Acrópolis a buscar el toque de la belleza antigua, como Renan. Mente clara, dialéctica precisa, exposición siempre hermosa y noble, con una manera muy suya de saltar siempre del hecho cotidiano a la honda preocupación filosófica, tal es Maurras; a quien hay que considerar por mucho como custodio de algunas cualidades esenciales del alma francesa. Lo poco que necesita del duque de Orléans, su candidato platónico, acaba de probarlo la guerra, que dejó por mucho tiempo incomunicado a Monseñor de sus partidarios. Entretanto, Maurras dictó la política que le pareció conveniente: la de prescindir de toda rencilla interior ante la guerra nacional. El duque de Orléans aprobó después.

A su lado, colabora en la dirección de *L'Action Française* el célebre Léon Daudet, hijo de Alphonse Daudet, escritor polémico cuyas sátiras son una mezcla de denuesto y de canción popular; ojo experto para descubrir al enemigo; pluma viva para inventar el neologismo periodístico que hará fortuna; verdadero camorrista de la política; cazador de espías casi profesional; hombre gordo y temperamento bonachón y risueño, como el de muchos polemistas brutales.

Louis Dimier, cuyos libros sobre arte tienen algún interés en lo histórico —que escribe también sobre Descartes, sobre Buffon, libros utilísimos—, se encarga de la política eclesiástica, y de justificar el dogma a pesar de todo, y —también a pesar de todo— la infalibilidad del Papa.

Y el clarísimo, el diáfano Jacques Bainville, que está empeñado en rehacer la historia de Francia moderna "arrimando el ascua a la sardina monárquica", sigue día a día las peripecias de la política internacional con un raro acierto y con una facilidad desconcertante.

El éxito del grupo consiste en haber visto desde el primer instante dos o tres verdades fundamentales. Sin duda era el mejor armado para la guerra. Desde luego, era militarista. Además, estaba por la monarquía o mando único, que acabó por imponerse entre los ejércitos aliados. Por otra parte,

como enemigo jurado del socialismo, este grupo procuró disipar toda nebulosa de internacionalismo que pudiera disfrazar alguna maniobra de espionaje. Denunció la existencia de un fuerte enemigo interior, dio caza a los espías y acertó en todas sus acusaciones. Dio también muchas víctimas y muchos héroes a la guerra. Por un instante, casi se presentaron estos hombres como los aliados de Juana de Arco, con la cruz y la espada.

Además, la previsión —la previsión indispensable a todo acto, según la doctrina de Comte, que Maurras adopta y transfigura—, la previsión de los monárquicos fue grande. Maurras había visto el peligro desde 1905, en su obra *Kiel y Tánger*. Daudet había adivinado todas las maniobras de la penetración solapada y del espionaje enemigo desde 1910, en su obra *L'Avant-Guerre*. Cuando la ley militar de tres años, vísperas de la guerra, los hombres de *L'Action Française* insistieron aún en el riesgo internacional; pero todos se reían de ellos y les daban pintorescos apodos: a Daudet solían llamarle "el espionita", y a Maurras lo caricaturizaban como saltimbanqui, haciendo juegos malabares con "Kiel" y "Tánger".

Pero vino la guerra, y el grupo se dedicó a robustecer las promesas de la victoria, a denunciar toda maniobra de "derrotismo", a reorganizar la esperanza francesa, y mereció bien de la patria. Clemenceau, en 1914, aún no era el "Padre-la-Victoria". En su periódico *L'Homme Libre*, hacía una campaña de obstrucción, que luego continuó en *L'Homme Enchaîné*, campaña para la cual se valía de sus secretos profesionales. Clemenceau parecía complacerse en descubrir los puntos débiles que, como antiguo ministro y hombre del Gobierno, conocía cual ninguno. Entonces Maurras tronó contra él proponiendo que le dieran a escoger entre el Consejo de Guerra o el Consejo de Ministros. Este hombre —dijo— debe responder en el Gobierno de sus palabras. Sólo así puede justificarse. Y también aquí acertó Maurras.

Ahora parece que ha pasado el instante del partido de la guerra. Nuevas inquietudes preocupan al pueblo. Los monárquicos sólo eran parcialmente aprovechables, y tienen que ser sacrificados. De todos modos, su colaboración en la obra nacional es un ejemplo elocuente, una demostración

admirable de lo que ellos menos pretendieron demostrar: las ventajas del régimen democrático y republicano. También demuestra su obra las ventajas de conservar celosamente aquellas fuerzas elementales del alma nacional; las ventajas de la organización, las ventajas del desinterés.*

"As"

París, junio de 1919.
El Heraldo de México, *1919.*

* ¿A qué recordar lo que había de suceder más tarde? El vicio inicial produjo a la postre sus daños y sobrevino la funesta claudicación.—1956.

V

RETRATOS REALES E IMAGINARIOS

Noticia

A) edición anterior:

Retratos // reales // e imaginarios // por Alfonso Reyes // *(Monograma de la Editorial: "LS")* // México // Lectura Selecta // 1920.—8º, 212 págs. e índice.

B) observaciones:

1.—Se suprime el artículo sobre "Américo Vespucio", aparecido en la primera edición, por haberse aprovechado íntegramente en "El presagio de América", distribuido entre varias páginas. *(Última Tule*, México, 1942.)

2.—Las páginas sobre "Las tres empresas de la Gramática", que constan en el artículo "Antonio de Nebrija", se conservan aquí, aunque se han transcrito después en el "Discurso por la lengua" *(Tentativas y orientaciones,* México, 1944, págs. 206-208).

PROEMIO

Al azar de los sucesos y de los libros, he publicado en la Prensa de Madrid unas notas, unos esbozos, reseñas, extractos de lecturas y comentarios, que yo quisiera haber escrito con sencillez. Escojo del montón estos quince artículos, * *y los envío —fiel— a los amigos de mi tierra, con este mensaje y saludo:*

Conservaos unidos. Sacad razones de amistad de vuestras diferencias como de vuestras semejanzas. Mañana caeremos en los brazos del tiempo. Opongamos, a la fuerza obscura, la muralla igual de voluntades.

A. R.

* Catorce, por haberse suprimido el "Américo Vespucio", según queda explicado.—1956.

1. MADAMA LUCRECIA, ÚLTIMO AMOR DE DON ALFONSO EL MAGNÁNIMO*

I. La nueva Lucrecia

Era el año de 1909. Las demoliciones en torno al monumento de Víctor Manuel, en Roma, descubrieron un día el antiguo callejón de Madama Lucrecia. Ahora bien; un busto colosal de mujer, con la cara completamente borrada —Palacio de Venecia, extremo de la fachada de San Marcos—, recibe también popularmente el nombre de "Madama Lucrecia". El pueblo, asociando el nombre al recuerdo de la antigua Lucrecia, causa de la ruina de la monarquía romana, había hecho del busto un objeto de superstición nacional. Se juraba por madama Lucrecia, y algunas veces el busto aparecía tocado con un gorro ridículo, el cuello ceñido con una banda o teñido de rojo el rostro.

Pero los eruditos opinan que el busto no representa a la esposa de Colatino. Según aquél, es la efigie de alguna diosa del Lacio; según el otro, es la diosa Isis de Egipto, cuyo culto vino a Roma en tiempos de Sila. También pudiera ser —reflexionan los más prudentes— cualquiera emperatriz o dama romana disfrazada, por lujo o por voto, con los arreos de Isis. ¿Quién es, pues, esa madama Lucrecia que ha dado su nombre a la callecita y quizás, por vecindad, al antiguo busto?

En 1826, Prosper Mérimée, que tenía veintitrés años y estaba en Roma, fue a visitar la casa de madama Lucrecia, que era, en el callejón, la número 13. La vieja que la guardaba le contó una absurda historia de amores y crímenes, en que los Tarquinos, los emperadores de Roma y los Borgias se confundían. Tal amalgama había hecho el calor de la imaginación popular con los metales tradicionales.

Pero, palmo a palmo, las exploraciones de los sabios

* B. Croce, "Lucrezia d'Alagno", *Nuova Antologia*, 1915, tomo L, páginas 30-46. Pasolini, *Rendiconti della R. Acad. dei Lincei*, 1917, serie V, volumen XXVI, fasc. 7° a 10°.

—Benedetto Croce el primero— remueven el terreno, descubren los mutilados despojos y reconstruyen la historia de otra Lucrecia, la que ha dado nombre a la calle donde vino a morir. Es una Lucrecia d'Alagno, del tiempo del Renacimiento, que supo arrullar los últimos sueños de don Alfonso I de Aragón. Pasolini, que cuenta su vida con auxilio de manuscritos inéditos, la resume así: "Triunfos de belleza y de honores, sueños y ambiciones en la corte napolitana, desilusiones, peligros, peregrinaciones afanosas, modesto retiro en Roma, que le dio sepultura."

En cuanto a su tratamiento de "Madama", puede considerársele como un vestigio del paso de Anjou por Italia.

II. La "Donna angelicata"

Era Lucrecia la más hermosa de las cuatro hijas del senador Nicola d'Alagno (1428), que de Amalfi se había trasladado a Nápoles con su familia. Lucrecia tendría a la sazón quince o dieciocho años.

Era el magnánimo don Alfonso I, rey de Aragón, rey de Nápoles, rey de Sicilia, gran guerrero y generoso señor, protector de los fugitivos de Constantinopla, hombre enamorado y sensible. Alfonso tendría ya cerca de cincuenta, y su esposa, doña María de Castilla, continuaba en España, enferma.

Advierte Croce que, leyendo las crónicas napolitanas de la época, se nota, en los últimos años del conquistador de Nápoles, la influencia de algún elemento nuevo, "algo radioso y fascinador, dulce y voluptuoso, que se manifiesta en todos sus actos, y transformando sus costumbres, lo aficiona cada vez más al reposo y a la soledad de la vida campestre".

El trato con aquella niña proporcionaba al soberano un raro solaz entre los graves cuidados del gobierno. La amistad, íntima y honesta, se alarga así por más de quince años, hasta la muerte de don Alfonso. Y Lucrecia viene a ser, sin escándalo, la verdadera reina de Nápoles.

¿Cómo comenzó esta amistad? La víspera del San Juan de 1448, cuando el rey pasaba a caballo frente a la casa de Lucrecia, por Torre Annunziata, seguido de numeroso cortejo, la niña —según la costumbre tradicional de las muchachas napolitanas, y con el arrojo de la inocencia— le presentó

el vaso de cebada y le pidió el donativo para sus bodas. El rey, turbado, hace que su paje le entregue una bolsa llena de oro.

—Me basta una sola moneda del rey —dice la niña.

Y el desfile continúa, volviendo el rey la cabeza de cuando en cuando. Poco después, para estar cerca de Lucrecia, se hacía construir, junto a la casa del senador, la Torre del Greco —residencia, en efecto, humilde.

Allí pasaba las noches; y los días, en el jardín de Lucrecia. Entonces los cronistas dan en llamarla "Castísima Venus", y los poetas de la corte la celebran con aquel estilo retórico a la moda. Entre los españoles, la cantan Pedro Torroella, Caravajales, Tapia; Suero de Ribera le dice:

Doncella de gran valía,
en extremo singular,
por quien dicen el cantar:
"Para mí me la querría."

Cuando Ausias March, desde Valencia, escribe al rey Alfonso, pidiéndole que le obsequie un halcón, espera obtenerlo mediante la intercesión de Lucrecia.

Y Lucrecia, en una delicada pugna, corrige los ardores del rey, y, defendiéndose, lo sujeta. Por eso podía decirle Tapia:

Vos fuistes la combatida
que venció al vencedor,
vos fuistes quien por amor
jamás nunca fue vencida.

Un día, ya decadente Doña María de Castilla, Lucrecia pudo aspirar a ser reina legítima. ¿No es ella la que, en el Arco de Triunfo del rey Alfonso, marcha delante de la cuadrilla, con doble collar, desnudos los pies y ataviada a modo de Parténope? ¿No es ella la mujer que guía a la Victoria, la *donna angelicata* que viene desde el fondo de la poesía dantesca a amansar las cóleras del guerrero y a encantar, con prestigios de hada, la vida opulenta del Renacimiento italiano?

El secreto de su fortuna es la castidad. La dama del rey —reverenciada por el heredero Fernando y tolerada por Isabel, la esposa de éste— recibe los honores del pueblo y

del clero, de los embajadores y hasta del Emperador Federico III, huésped de Nápoles en 1452. Nada hay que ocultar donde no hay vicio. Lucrecia podía sentarse a presidir el *Banquete de las Vírgenes* de San Metodio.

III. El demonio de la ambición

Un cronista de buena fe, aunque cortesano, Loise de Rosa, nos ha conservado este diálogo entre Alfonso y Lucrecia:

—Entiendo y conozco, señor, que me quiere bien Vuestra Majestad. Y me complazco en ser amada por el mejor de los príncipes. Pero pienso que ni los príncipes están a salvo de las traiciones del amor.

—Pero, dime, por mi amor, ¿qué traiciones había yo de usar contigo?

—Preferir a mi vergüenza vuestro apetito. ¿Qué dirían entonces de Lucrecia? "Lucrecia —dirían— es una perdida."

—Dime, pues, Lucrecia mía, lo que debo hacer.

—Prometerme que me tomaréis por esposa a la muerte de Su Majestad la reina.

—No valdría: ya sabes que las leyes no lo permiten.

—Vuestra Majestad no repare en leyes. Yo hablaré con el Papa Calixto, que me quiere bien, y todo se arreglará.

Y, al fin, un buen día, el rey soltó la promesa; ya no hubo paz en el corazón de Lucrecia. La mujer del heredero Fernando había comenzado a cansarse y a sentirse humillada. Ella no consentiría nunca que Lucrecia llegase a reina. Doña María, siempre enferma y estéril, no acababa de morirse. . . La rivalidad y la ambiciosa fiebre habían alterado para siempre la serenidad angélica de Lucrecia. El Papa, pensaba, puede, si quiere, separar a don Alfonso de doña María; el Papa es también español, y Luisa —hermana de Lucrecia— está casada con un sobrino del Papa. ¡A Roma, pues! Lucrecia tiene veintisiete años, ya conoce el mundo. Y decide emprender una peregrinación, con todo el lujo necesario para impresionar de una vez al pueblo romano y a la corte papal. Y parte en el otoño de 1457, provista de una suma equivalente a medio millón de liras para fausto y boato.

El drama, nota aquí Pasolini, comienza a transformarse en sainete. Alfonso llama inmediatamente al poeta Caravajal o Carvajales para que componga unos versos sobre la melancolía de la ausencia.

En tanto, Lucrecia cabalga hacia Roma, acompañada de gentiles hombres, damas y doncellas, todos vestidos de negro, por un duelo reciente; en el camino recibe aclamaciones. En Roma ofrece un festín a sus quinientos y a otros cien caballeros romanos, acompañados de sus mujeres. Después, el Papa la recibe paternalmente, y tantos honores se le rinden, que el cardenal Piccolomini comienza a juzgarlos excesivos. Pietro Barbo, futuro Papa, la colmó de joyas y dones; en el inventario de sus bienes del Palacio de Venecia, algunas partidas llevan el *donatum domine Lucretie*. Y el Papa se empeña tanto más en festejarla sobradamente cuanto que la está reservando la más dura de las decepciones.

IV. El papa Calixto y los demonios

Hablaron a solas dos horas largas el bello demonio de veintisiete años y el Pontífice octogenario. A cada nueva súplica, a cada nuevo argumento —donde las sutilezas jurídico-teológicas se confundirían con reclamos sentimentales—, mientras Lucrecia desfallecía suplicando, el Papa, impasible, le contestaba que él no quería irse al infierno. Harto fue que la despidiera con su bendición, y que la ayudara a salvar las apariencias con mentirijillas, en cuanto al objeto de la entrevista.

Poco después, el Papa redactaba una serena epístola a la infortunada doña María; y Lucrecia, por su parte, rasguñaba nerviosamente un mensaje para don Alfonso, poniendo en el sobre las palabras de apremio: *Volantissime, cito, cito, cito.*

Más allá de Capua acudió el rey a recibir a su dama. Dejaron los caballos, se dieron la mano y se saludaron con un beso. Estuvieron algún tiempo hablando secretamente. Después continuaron el viaje, y con él las fiestas del camino hasta Nápoles. El rey cabalgaba a la izquierda, llevando de la mano a su dama; a la derecha iba don Juan de Aragón, hermano del rey y príncipe de Navarra. En adelante, los

esfuerzos de Alfonso para consolar a su Lucrecia no conocen límite prudente. El rey se iba poniendo senil.

Al fin, cayó enfermo. La penosa enfermedad no dio tiempo a la despedida. Otros aseguran que alguien, a la puerta de la cámara mortuoria, abrió los brazos e impidió la entrada a Lucrecia. El rey, sin acordarse de la pálida doña María, encargó a su hijo Fernando que cuidara de Lucrecia, a quien juraba al morir haber respetado invariablemente.

V. La penitencia

La muerte es remedio de vanidades, y la castidad del recuerdo es la más pura. Lucrecia vive de la memoria de Alfonso.

Bajo la influencia de Isabel, Fernando comenzará a tratar a Lucrecia con dobleces y astucias; hoy le concede facultades extraordinarias, como firmar paces con enemigos, y al otro día la persigue. En todo caso, Lucrecia está demás en la corte. En los veintiocho años de su belleza, enlutada siempre como viuda, piensa en abandonar el siglo. Incapaces de su virtud e incapaces de su ambición, los murmuradores la señalan ya con el dedo. Dos meses después de muerto el rey, llega, con sarcasmo, la noticia de la muerte de doña María.

Lucrecia, cada vez más sola, empieza a creer que Fernando intenta matarla. Acaso manifestó a alguien sus temores, porque hay una conseja según la cual Fernando la dejó morir en una prisión. Ella, entretanto, vive con el oído alerta, y aun se desespera de no verse atacada.

La rebelión de los barones empieza a rugir contra Fernando. Entonces Lucrecia comprende que, al fin y al cabo, Fernando es el único apoyo que le queda. Y lo ayuda con su dinero y sus joyas, con sus consejos. Fernando, derrotado en Sarno, muy necesitado seguramente, cae sobre algunas posesiones feudales de Lucrecia, y entonces ella se retira, lastimada, a su castillo de Somma (1461), de donde en vano pretende Fernando volverla a Nápoles.

Una vez se presenta él mismo en el castillo, y Lucrecia se refugia en otro castillo alto, desde donde le envía a decir que no lo recibirá. El 2 de abril, por medio del duque de Milán, presenta Lucrecia un verdadero ultimátum, pidiendo

a Fernando la devolución de sus bienes, y amenazándole con pasarse al enemigo. Poco después abandona Somma y reaparece en Bari: prefiere vagar por el mundo a ceder ante la rival Isabel un punto de su dignidad.

Entonces los que la habían cantado comienzan a calumniarla; afirman que se entrega a todos por los caminos; discuten crudamente los medios de que se valió para alcanzar el poder.

Desde Manfredonia, Lucrecia intenta negociar con Fernando: acepta cualquier retiro en Nápoles, siempre que no sea donde está Isabel. Después se refugia en Venecia. Hacia 1464, el duque de Venecia recomienda al Podestá de Ravena que procure a madama Lucrecia la más franca hospitalidad. De allí, Lucrecia, amenazada de pobreza, vuelve a tratar con Fernando, como de monarca a monarca, y siempre a través del duque de Milán. De Fernando espera la reposición de sus honores y la restauración de su fama, "que le importa más que mil vidas". Pero Fernando le hace unas proposiciones tan míseras, que el de Milán a duras penas se resigna a comunicarlas y que ella rechaza con indignación.

Muere a poco el duque de Milán, y Lucrecia escribe a la duquesa implorando casi su caridad. Pero ¿qué podía hacer aquella pobre duquesa, incapaz de defenderse de su hijo Galeazo, que unos cuantos meses más tarde la hizo morir?

En abril de 1469, Lucrecia vende a tres nobles familias, que parecen haberse juntado para hacerle una caridad, en 225 ducados de oro, un traje de terciopelo carmesí, forrado de armiño y bordado de oro: restos de su grandeza.

Años más tarde, cuando ya Lucrecia, derrotada, pensaba en volver a Nápoles de cualquiera forma, murió en Roma su hermana Margarita, dejando una huérfana, Camila del Giudice. Y Lucrecia se encaminó a Roma, para encargarse de la niña.

VI. La salvación

Esta vez no la seguían cortejos, no la festejaban cardenales. Nadie la sintió entrar en Roma; casi nadie la oía vivir en la calle que ha heredado su nombre. Con todo, ella daba gracias a Dios por haberle dado una misión que cumplir,

donde podía tal vez olvidar sus propios dolores. Los días de miseria de Ravena habían pasado. Tampoco le faltaban en Roma algunos amigos del buen tiempo; y a proteger una mujer bella, que ha sido tan grande, ¿quién había de negarse? Es de creer que en Nápoles le devolvieron algunos de sus bienes.

Ahora se trata de casar a Camila, que está en edad, y de dotarla con dos mil florines. No los tenía madama Lucrecia; pero allá en el arca de sus reliquias queda, entre los dones de su príncipe inolvidable, cierto collar de oro y plata y piedras, codicia un día de todas las señoras de Nápoles. Y Lucrecia lo sacrifica. Y Camila pudo así celebrar sus bodas con un joven que, según los papeles, era "circunspecto y respetable".

Lucrecia es el hada buena del nuevo hogar. Castigada por el destino, cree haber descubierto, entre sus nostalgias, que la verdadera felicidad es siempre algo humilde, y que más consiste en darse a los otros que en preocuparse gran cosa de uno mismo.

Pero a los pocos meses de matrimonio, murió la sobrina.

Madama Lucrecia no pudo resistirlo. Había vivido, en cuarenta y nueve años raudos, unos dolores y unas esperanzas que no parecen caber en siglos.

2. DOS CENTENARIOS

DE TIEMPO en tiempo, volvemos los ojos al pasado con un sentimiento casi religioso. De ese sentimiento se dejaba llevar Auguste Comte al concebir su *Calendario positivista*, conforme al cual cada mes y cada día del año se han de consagrar a la memoria de un hombre que haya influído singularmente en el desarrollo de la Humanidad. Auguste Comte quería algo más: quería que se celebrasen festividades periódicas para honrar la memoria de los bienhechores del hombre. Nada se parece más a este sueño —muy ridiculizado después por los que sólo vieron en él lo que tiene de pedantería pueril— que la actual costumbre, cada vez más establecida, de conmemorar los "centenarios".

El centenario de la muerte de Cisneros y el centenario del Protestantismo se acaban de cumplir hace pocos días. He aquí el eco de los dos centenarios, tan significativos los dos y tan relacionados entre sí dentro de la historia de aquel aspecto especial de la religión cuyo reinado está en este mundo.

I. EL CARDENAL CISNEROS

Cisneros es, en todo el rigor, un hombre representativo de la España de hace cuatro siglos. Representativo de todo aquello en que pensaba Menéndez y Pelayo al decir que España era una "nación de teólogos armados". Se le ve pasar esgrimiendo una enorme cruz a guisa de hacha de combate. Es representativo en su valerosa terquedad: cuando tiene derecho a un arciprestazgo, inútil que lo encarcelen tratando de hacerle desistir; es representativo en la verdad de su fe, en el espíritu de sacrificio: de pronto abandona los bienes del mundo por el hábito franciscano. Su amor a la penitencia, cuando ocupe los más altos puestos, escandalizará un poco a los Papas, porque Roma prefiere un asomo de mundanidad a las austeridades demasiado notorias. Tiene algo de rusticidad: cuando ponen en sus manos, sin esperarlo él, la bula que le dio el Arzobispado, huye de

la corte, en un rapto de salvaje humildad, y hay que darle alcance a caballo. Es representativo por su buen sentido de labriego: una leyenda asegura que quiso fundar los célebres Estudios en Alcalá, y no en Torrelaguna, su patria, porque advirtió que, de establecerlos aquí, los estudiantes "se le comerían las uvas"; y la verdad es que, si no lo dijo, pudo decirlo. Es representativo en aquel modo de poner una actividad casera al servicio de una idea abstracta y simple. Su misticismo, como el de la Santa de Ávila, comienza en el altar de la iglesia, pero llega hasta la cocina de la casa. Su correspondencia relativa a la campaña de África es, a veces, la correspondencia de una ama de llaves que sabe cuidar, solícitamente, la despensa; y, a veces, la de un frío general para quien las masas humanas no son más que la materia prima con bocas y que consume una cantidad enorme de harina. Cisneros es representativo también porque supo resistir la idea de su fuerza; y aquella suprema jactancia, aquella invocación a sus cañones como a un último derecho (ademán en que la imaginación popular se complace en resucitarlo) es una preciosa síntesis histórica. Místico, nunca pone en duda la voz de Dios; práctico, ejecuta con todas sus fuerzas la orden celeste: y ya se sabe que la idea del respeto hacia los demás comienza por ser una idea de duda. Cuando se queda provisionalmente con la herencia de un gran imperio, se empeña en un equilibrio arriesgadísimo, reclamando para sí mismo todas las responsabilidades. Funda él solo una Universidad que asombra a Francisco I, acostumbrado a considerar su Universidad de París como la obra acumulada de varias generaciones. Y todavía, en un fino alarde, como si quisiera hacer con su fuerza un movimiento gracioso, se une a la historia de la Filología con la Poliglota de Alcalá. Todo lo quería hacer ese hombre, y el humo de la pólvora dice él que le olía tan bien como el del incienso.

España estaba por aquellos años consumando su misión histórica: la expulsión del moro y la unificación nacional. Centinela perdida de la familia europea, por todos medios se procuraba limpiarla de contagios con el enemigo. Y Cisneros persiguió y quemó. Así andaba por aquellos años

—éstas son las paradojas de la historia— la tesis de "europeizar" a España.

El centenario de Cisneros no podía menos de provocar un movimiento de polémica en la prensa española: Cisneros representa una posición absoluta. No se puede menos de optar por él o de rechazarlo. Y el hombre de nuestra época se pregunta, recordando a Cisneros: "¿Sería yo, o no sería yo capaz de quemar a los enemigos de mi fe?"

Escojo a continuación dos manifestaciones extremas, a fin de que el lector aprecie por sí la amplitud de la disyuntiva.

En el *A B C* del 12 de noviembre, escribe el señor Salaverría:

> Ahora bien; supongamos que, por fortuna, apareciera Cisneros... ¿No encontraría hoy nobles rebeldes, forajidos y relapsos? Sí. Ahora también se ampararía en sus cañones, como en su tiempo; ahora también fundaría la Santa Hermandad y expulsaría a los réprobos. Porque los catalanistas y los vizcaitarras de hoy ¿no es cierto que representan a los nobles soberbios, levantiscos, exigentes y anárquicos de otrora? Los revolucionarios y motinescos de hoy ¿no están pidiendo, como los forajidos medioevales, la Santa Hermandad? Y los intervencionistas, los que desdeñan a España, los que lo darían todo a las naciones extranjeras, ¿no deberían ser, como antes los judíos, expulsados?

Y en "Los Lunes de *El Imparcial*", del 19 de noviembre, escribe el señor Alomar:

> A Cisneros se debió la privación de uno de los elementos más valiosos que hubiesen podido integrar nuestra psicología nacional: el gran yacimiento de la cultura musulmana... Cisneros es todavía un hijo de la Edad Media: compáresele con los cardenales italianos de aquella gran época... Cisneros es uno de los más enérgicos fautores de esa unidad bárbaramente impuesta al espíritu nacional... Sería muy halagüeño para los panegiristas de Cisneros poder apartar del recuerdo de su vida esos episodios: la coacción violenta y maquiavélica sobre la conciencia de los mahometanos, forzándolos al bautismo; la quema de los manuscritos árabes en la plaza de Bivarrambla, y, sobre todo, la memoria de las 3,564 víctimas que hizo morir en la hoguera como Inquisidor General.—Amigo Miguel S. Oliver, ya ve usted cómo el "sentimentalismo" tradicionalista sabe resolver y disimular en Cisneros

lo que abomina en Robespierre...—Cisneros arrancó al alma española el sedimento oriental, que hubiese podido producir entre nosotros una metrópoli idealmente compleja, llena de insospechadas fecundidades.

II. El monje Lutero

El cuarto centenario del Protestantismo —no olvidado por el señor Alomar en su artículo sobre Cisneros— puede decirse que no ha tenido eco en España, como, por lo demás, era de esperar. La verdad es que en la Europa entera, como tampoco podía menos de suceder en las condiciones actuales, ha hecho poco ruido este centenario. Sobre todo si se le compara con el centenario anterior: en 1817, la juventud universitaria se reunió en Wartburg, viejo castillo del gran duque de Weimar, para conmemorar el tricentenario del Protestantismo. El espíritu ilberal que Francia había difundido por Europa alentaba con particular viveza en aquella región de la todavía no unificada Alemania. Al acabar el festín, se encendió una hoguera y, en recordación de la quema de la Bula, los jóvenes liberales arrojaron al fuego un Código de Policía de Prusia, amén de algunos atributos simbólicos del uniforme de ulanos. Era una broma juvenil, pero bastó para inquietar al poder de Prusia e inclinarlo todavía más en el sentido de la reacción. Ese mismo día, la policía de Metternich ganó algunos grados en el corazón de Federico Guillermo, y hubo un peso más en su platillo.

En comparación con esto, puede decirse que no cuenta la media docena de artículos literarios a que en este siglo ha dado ocasión el recuerdo de Lutero. Tales artículos, naturalmente, tienen también un tono polémico: primero, porque a estas horas no puede acontecer nada en Europa —mucho menos el recuerdo de un hecho tan trascendental— sin que se lo aplique a la contienda; y en segundo lugar, porque Lutero, al igual que Cisneros, representa un caso heroico de resolución.

Pero Lutero no era confesor de monarcas ni cardenal. Era un simple monje. No tiene mando: toda su energía es espiritual, sin que tampoco de ésta se pueda decir que sea muy exquisita. Nació muy al norte, lejos de la deslumbrante silla de San Pedro, y no se siente muy íntimamente ligado

a la tradición de la grande Iglesia Católica. Su patria había sido sólo relativamente catequizada. Además, en su provincia (y aun fuera) hay ciertos abusos que conviene reprimir cuanto antes, para bien de la misma Iglesia. Lutero no pretende separarse del Papa; se embarca en una aventura que no sabe, al pronto, hasta dónde le llevará. Pero la gente se entusiasma y se agita. La idea crece sola, y se vuelve reivindicación metafísica, y entonces transporta en sus garras de águila al mismo Lutero.

En cuanto a Lutero, el hombre, decía Michelet que si asistimos, con San Agustín, al renacimiento de un alma en que toda la parte humana queda inmolada ante la gracia divina; y si con Rousseau asistimos, al contrario, al espectáculo de una naturaleza humana que se ensancha sin ningún límite y llega hasta lo repugnante, en Lutero podemos fácilmente apreciar, no el equilibrio de la gracia divina y la naturaleza humana, sino su combate más doloroso.

Y véase ahora cómo lo recuerdan un protestante y un católico, haciéndole servir uno y otro como arma contra el enemigo común.

El editor del suplemento literario de *The Times*, de Londres, escribe así:

> Lutero aparece en un mundo en que un inmenso temor de Dios pesa sobre el ánimo de los hombres. Parecía que lo último que le esperaba al hombre eran el Infierno y el Purgatorio, tales como los había visto Dante. Horrendos castigos se prometían a los que, como Paolo y Francesca, se habían entregado, casi sin intervención de su albedrío, a las pasiones humanas. Los que se iban de este mundo con el peso de sus delitos tenían que pasar por terribles padecimientos, a menos que por algún medio pudieran quedar justificados o absueltos. Y lo único que mitigaba estos temores era la seguridad de que había en este mundo una suprema autoridad que podía dispensar de la carga de los pecados y sus consecuencias: tal eran la Iglesia y sus ministros, a cuya cabeza estaba el Papa de Roma... Y Lutero, con intensa convicción personal y con gran vehemencia, resucitó la antigua doctrina de la Iglesia, fundada en las palabras de Cristo a sus apóstoles, de que los hombres pueden evitar los castigos de la justicia divina acudiendo directamente a Cristo, con su fe personal y su confianza en las promesas de Él... Nunca, ni en tiempos de Lutero, ha faltado quien diga que esta doctrina acaba

con toda autoridad humana... Y es cierto que toda nueva verdad tiene sus peligros, y más cuando significa la embriaguez del vino nuevo tras una larga sed de goces.

Pero los abusos del antiguo régimen eran intolerables, y llevaron a la creación de iglesias independientes. De aquí las iglesias puritanas de Inglaterra; de aquí la fundación de los Estados puritanos de América y la creación de los Estados Unidos. Y ahora los Estados Unidos vuelven a Europa, para domeñar el espíritu de ilegalidad y de violencia incorporado en otro príncipe de la casa de Brandenburgo. Pocos pasajes de la Historia son tan dramáticos como el de un principio que, invocado por oposición a la codicia de un Brandenburgo, se vindica cuatrocientos años más tarde sobre la violencia de otro.

Y ahora véase lo que escribe Charles Maurras en *L'Action Française:*

Hoy hace cuatro siglos que Martín Lutero fijó sus famosas proposiciones a la puerta de la iglesia de Wittenberg. Ese día se desató sobre el mundo una intensa revolución que, como pasa siempre, primero se dejó sentir en el reinado del espíritu... Ese día el cielo quedó separado de la tierra; y los muertos, del corazón de los vivos. Toda la Edad Media católica había creído que los supervivientes podían ofrecer lo más sublime de su existencia, y su sacrificio superior, como rescate para los que les habían precedido, a quienes el peso de sus faltas tenía en expiación. Y el monje alemán se levantó contra esta magnífica fe, y en vista de algunos abusos particulares, acabó de plano con la costumbre de las indulgencias. Como consecuencia lógica de esto, quedó suprimida hasta la noción del Purgatorio, que, de Platón a Dante, había podido satisfacer y ennoblecer a tantas grandes almas. Y el hombre se quedó solo, frente a frente de una altiva Justicia que ignoraba las dulzuras de la Caridad. El culto de la Virgen Madre, la idea de Nuestra Señora, honor, gloria y alegría de la Edad Media, desaparecieron en todos los puntos de Europa adonde llegaba el contagio luterano. Y así la mediación entre Dios y el hombre quedó despojada del divino encanto que la había humanizado... Y todo esto acontecía muy por cima de los pueblos y los monarcas, entre tierra y cielo.

Pero pronto —continúa Maurras— las influencias bajan a la tierra y operan en la política. Y aquí aplica el recuerdo del luteranismo a las cosas actuales: pereció la República

cristiana, y este mal —asegura— se manifiesta hasta nuestros días.

> Y si un gran país del centro de Europa une a los perfeccionamientos de la ciencia material una anarquía espiritual y moral sin precedente, para poderlo comprender hay que remontarse más allá de Fichte, Kant, y aun de Rousseau, hasta su abogado príncipe, que es Lutero.

Es fuerza —concluye— que el espíritu humano se rehaga de arriba hacia abajo.

Escoja el lector su punto de vista.

3. ANTONIO DE NEBRIJA

I. La vida

Antonio de Nebrija nació en Sevilla en 1441. Estudió cinco años en la célebre Salamanca; pero pronto —según él mismo explica tratando de sus maestros Apolonio, Pascual de Aranda y Pedro de Osma—,

> sospeché que aquellos varones, aunque no en el saber, en decir sabían poco. Así que, en edad de diecinueve años, yo fui a Italia, no por la causa que otros van: o para ganar rentas de iglesia, o para traer fórmulas del Derecho Civil y Canónico, o para trocar mercaderías; mas para que, por la ley de la tornada, después de luengo tiempo, restituyese en la posesión de su tierra perdida los autores del latín, que estaban, ya muchos siglos había, desterrados de España.

Diez años estudió en Italia, y al cabo de ellos, el arzobispo de Sevilla, don Alfonso de Fonseca, lo hizo venir a su lado, le procuró una renta de ciento cincuenta florines y la ración aparte, y le prometió "muchas cosas humanas". Nebrija, aunque se ejercitaba en la enseñanza de la lengua latina, gastaba mucho tiempo en atender a Fonseca que, enfermo y caduco, se esforzaba todavía en sus ratos de salud por despachar los negocios del siglo y los oficios divinos. Murió Fonseca a los tres años, y Nebrija, a quien una situación se le vino abajo, pensó en buscarse otra donde tuviera libertad para proseguir en sus empeños.

La barbarie —dice él mismo— se derramaba a la sazón por España "ancha y largamente". San Pedro y San Pablo, para desarraigar la gentilidad, no dieron combate entre los pueblos oscuros, como hacen los falsos profetas, sino desde las capitales del mundo: Atenas, Antioquía, Roma. Así, Nebrija pensó en asaltar el estudio de Salamanca, "el cual, como una fortaleza, tomado por combate, no dudaba yo que todos los otros pueblos de España vendrían luego a se me rendir". En este tono de general victorioso, nos sigue contando Nebrija cómo alcanzó lo que antes ninguno alcanzara:

dos cátedras en Salamanca; cómo por aquel tiempo "escribió arrebatadamente", o más bien, "se le cayeron de las manos dos Gramáticas"; cómo toda España las recibió con aplauso, y cómo ya no le quedaba más que consagrarse a la enseñanza, porque, casado y con hijos, había perdido la renta de la Iglesia.

También enseñó Nebrija en Sevilla; y en Alcalá, llamado por Cisneros, ayudó a revisar el texto de la Biblia Complutense. A los setenta y dos años de edad, la fortaleza de Salamanca, cuartel general de la "barbarie", le cerró sus puertas, considerándolo inepto. El viejo maestro había dado a la obra de civilización "todo lo que le quedaba de espíritu y de vida, todo lo que le sobraba de ingenio y doctrina". El gran Cisneros lo acogió bajo su protección. Juan Huarte, en su *Examen de ingenios*, dice que "el maestro Antonio de Nebrija había venido a tanta falta de memoria por la vejez, que leía por un papel la lección de retórica a sus discípulos". Murió en Alcalá, año 1522. Nunca dudó de su victoria:

> Ya casi del todo punto —escribía— desarraigué de toda España los *Dotrinales*, los *Pedros Elías* y otros nombres aún más duros, los *Galteros*, los *Ebrardos, Pastranas*, y otros no sé qué postizos y contrahechos gramáticos, no merecedores de ser nombrados. Si cerca de los hombres de nuestra nación alguna cosa se halla de latín, todo aquello se ha de referir a mí.

Así, en el siglo XVI, se explica el abuelo de los europeizadores de España.

II. La repartición de la vida

Gramáticas latinas y castellanas, diccionarios, traducciones, libros de cosmografía, crónicas sobre el reinado de los Reyes Católicos, y hasta el fin de sus días, las mil actividades diarias de la enseñanza: amplia es la labor de Nebrija, como de buen hijo del Renacimiento. No les bastaba a aquellos hombres universales el trecho tasado de una vida, ni todas las horas del día y la noche para su sed de conocimiento y de acción. "Este hombre —dice Browning, en los *Funerales del gramático*—, más que vivir, quiso conocer"; pero como lo uno y lo otro se confunden en la misma onda de fecundidad, habría que rectificar así la palabra del poeta

inglés: "Este hombre quiso vivir más que la vida." El espléndido Gracián, en su ensayo sobre la "Culta repartición de la vida de un discreto", propone el ideal, propiamente renacentista, de dividir la existencia humana, como el camino del sol, en varias estaciones:

> Comienza la primavera en la niñez, tiernas flores en esperanzas frágiles. Síguese el estío caloroso y destemplado de la mocedad, de todas maneras peligroso, por lo ardiente de la sangre y tempestuoso de las pasiones. Entra después el deseado otoño de la varonil edad, coronado de sazonados frutos en dictámenes, en sentencias y en aciertos. Acaba con todo el invierno helado de la vejez: cáense las hojas de los bríos, blanquea la nieve de las canas, hiélanse los arroyos de las venas, todo se desnuda de dientes y de cabellos, y tiembla la vida de su cercana muerte. De esta suerte alternó la naturaleza las edades y los tiempos.

Y como a cada edad toca su verdad, Gracián propone la repartición de la vida de modo que a una época corresponda hablar con los muertos: los libros y el estudio, los años de aprendizaje; a otra toque hablar con los vivos: la experiencia de las cosas del mundo, el trato, los años de viaje; a otra, finalmente, el hablar a solas consigo mismo: los años de meditación y recuerdo, la época de escribir de los griegos.

Todo hubo en la vida de Nebrija; pero en la rotación de los trabajos y los días su obra vino a fijarse en las labores lingüísticas, y así ha quedado consagrado como el fundador de nuestra gramática. Pero hablar hoy de la gramática es hablar de una parte adjetiva de la vida; y el gramático que hoy cantara sus éxitos en tono de general victorioso resultaría ridículo, así le debiéramos mercedes como la de ahuyentar de toda España y las tierras hispanas los manuales y textos de la Academia, que son los *Dotrinales*, *Pedros Elías*, *Galteros*, *Ebrardos* y *Pastranas* de nuestro tiempo. ¿Qué sentido hemos de dar a las arrogancias de Nebrija? ¿El de meras pedanterías pueriles o sarampiones de la cultura? Sería ligereza.

No; hubo un tiempo en que el mundo parecía pender del Pontífice de Roma, y la lengua oficial de Europa era el latín. La constitución paulatina de las nacionalidades modernas se va reflejando también en los progresos de las nuevas lenguas románicas; cada grado de dignidad que

conquista de la lengua española es un nuevo grado de incorporación que logra la nueva vida española: cuando una nación busca su alma, la defensa e ilustración de su lengua (para usar la frase de Joachim du Bellay), la campaña para purificar y reivindicar su habla, es como una clave simbólica —pero también es una parte consustancial del proceso— hacia la fijación del carácter propio y nativo. Una celosa provincia hispana, en nuestros días, ¿no nos está dando señales de cómo los impulsos de autonomía se refugian o se compendian hasta en las reglas de afinación ortográfica, hasta en ese punto interlineal que divide la doble "ele" catalana y la distingue de la "elle" española? Así —pero mucho más hondamente—, en días de Nebrija. Y buscar la ley al nuevo fenómeno, demostrar que esta lengua popular de España también era susceptible de reglas, era devolverle su dignidad latina, era restaurar a la hija española en el trono de la familia romana. Alterando apenas las palabras de nuestro gramático, y para reducir a especies modernas sus ideas, pudiéramos entonces decir que a él tiene que referirse, en parte, lo que hay de "latino" en la mentalidad española revelada en la literatura.

III. Las tres empresas de la gramática

Para acercarnos más al problema, recordamos los tres aspectos de la campaña lingüística de Nebrija, según los explica un artículo reciente.* El examen de los prólogos de Nebrija, donde expone éste sus intenciones, permite discernir en esta campaña tres aspectos.

> Escribir un tratado de gramática de una lengua moderna constituía una empresa de absoluta novedad. Hasta entonces —dice Américo Castro— se habían estudiado las lenguas sabias: latín, hebreo, griego, con el propósito de aprenderlas. De aquí había nacido el definir la gramática como "arte de hablar y escribir una lengua", definición que —no se sabe por qué— conserva aún la Academia. Lanzarse, pues, al estudio de la propia lengua, que se habla correctamente sin necesidad de gramática, suponía en Nebrija una notable originalidad.

* Américo Castro, "Antonio de Nebrija", *Revista General*, 1º de agosto de 1918. (Después recogido en su libro *Lengua, enseñanza y literatura*, Madrid, Suárez, 1924, págs. 140-155. *Adición de 1925.*)

¿Cuál era su objeto?

1º *El propósito docente.* Estudiar la gramática de una lengua extraña es cosa abstracta; otros hombres pudieron conformarse con ello, no un realista del Renacimiento. Es como querer dibujar el contorno de una montaña que no se ha visto. Podemos aprender, claro está, a trazarlo de memoria, copiándolo de otros; pero si nunca hemos reparado previamente en los contornos de las montañas próximas, de las que están al alcance de nuestros ojos, ¿qué provecho habrá en ese aprendizaje mecánico? En cambio, si previamente se nos hace apreciar y dibujar el perfil de nuestras montañas, percibiremos la relación entre el esquema y el objeto, y cuando después se nos enseñe el dibujo de una montaña que aún no hemos visto, nos formaremos clara idea de ella. Dice Nebrija:

> Los hombres de nuestra lengua que querrán estudiar la gramática del latín, después que sintieren bien el arte castellano, no les será muy difícil; porque es sobre la lengua que ya ellos sienten; cuando pasaren al latín, no habrá cosa tan oscura.

De suerte que la gramática castellana venía a ser una introducción del latín. En cuanto a la utilidad del latín —valga hoy lo que valiere—, era entonces tan indispensable como hoy lo es aprender la escritura a mano, que resultará acaso inútil para los hijos de nuestros biznietos. Además,

> los vizcaínos, navarros, franceses, italianos y todos los otros que tienen algún trato en conversación en España y necesidad de nuestra lengua, si no vienen desde niños a aprenderla por uso, podránla más aína saber por esta mi obra.

2º *El propósito científico.* Lo hemos esbozado ya. El latín había sido hasta entonces la lengua por excelencia, y el español se consideraba como una corrupción del latín. A Malón de Chaide le preguntaban sus amigos que cómo escribía en lengua vulgar (español) cosas religiosas y de sustancia, cuando el "vulgar" sólo era propio para cuentos de "hilanderuelas y mujercitas". El propósito de reivindicar la lengua vulgar, como nota Castro, es una de las formas de ese interés por las cosas populares, folklóricas, que

tiene sus raíces en el Renacimiento. No es más que el interés por la propia fisonomía nacional.

> Esencialmente al mismo espíritu —añade Castro— responde el emplear las lenguas nacionales para el culto protestante. La Biblia de Lutero es, además, el primer monumento del moderno alemán. La Iglesia católica, al mantener el latín para el culto, volvía la espalda al Renacimiento y continuaba la tradición medieval.

La dignificación de la lengua vulgar produjo, entre otros efectos, tres principales: primero, unos ensayos y tanteos pueriles de escribir discursos bilingües latino-castellanos, para demostrar que la hija no estaba tan corrompida cuando fácilmente se confundía con la madre. El Brocense, Pérez de Oliva, Ambrosio de Morales y algunos más escribieron ejercicios latino-castellanos, tendientes a mostrar las posibilidades gramaticales del "vulgar". Una última crisis de esta tendencia puede verse en las latinizaciones de Góngora y sus discípulos, siglo XVII.

En segundo lugar, la tendencia produce efectos artísticos y procura orden y concierto en las palabras, escogiéndolas hasta contar sus letras, midiéndolas y pesándolas, como declaraba hacerlo Fray Luis en un célebre pasaje de *Los nombres de Cristo:*

> Y si acaso dijeren que es novedad, yo confieso que es nuevo, y camino no usado por los que escriben en esta lengua, poner en ella número, levantándola del decaimiento ordinario.

En tercer lugar, y finalmente, esta tendencia se manifiesta en investigaciones científicas sobre la estructura de la lengua y sus leyes propias. Y aquí es donde mejor se aprecia el valor de la obra de Nebrija, el primero que volvió los ojos a la ciencia de los antiguos para restituirla a su nación, mezclando —como dice la elegía de Arias Barbosa— las sagradas aguas del Parmeso con las del Tormes.

3º *El propósito imperial.* En la introducción a la *Antología de poetas hispanoamericanos,* escribía Menéndez y Pelayo:

> Fue privilegio de las lenguas que llamamos clásicas el extender su imperio por regiones muy distantes de aquellas donde tuvieron su cuna, y el sobrevivirse en cierto modo a sí

mismas, persistiendo a través de los siglos en los labios de gentes y de razas traídas a la civilización por el pueblo que primeramente articuló aquellas palabras y dio a la lengua su nombre.

Y parece que al escribir así, refiriéndose al griego, al latín, al inglés y a la lengua española —exaltada ya a la categoría de clásica en la historia—, Menéndez y Pelayo describiera el hecho presentido, en los días de su iniciación, por Nebrija. En efecto, decía Nebrija a la reina Isabel:

> Cuando bien conmigo pienso, muy esclarecida reina, y pongo delante los ojos el antigüedad de todas las cosas que para nuestra recordación y memoria quedaron escritas, una cosa hallo y saco por conclusión muy cierta: que siempre la lengua fue compañera del imperio, y de tal manera lo siguió, que juntamente comenzaron, crecieron y florecieron, y después junta fue la caída de entrambos.

Antes nación dispersa, antes lengua bárbara; hoy, "los miembros y pedazos de España, que estaban por muchas partes derramados, se redujeron y ayuntaron en un cuerpo y unidad de reino"; hoy, pues, deben erigirse en cuerpo de doctrina los *disjecta membra* de la lengua. Además,

> cuando en Salamanca di la muestra de aquesta obra a vuestra Real Majestad, y me preguntó que para qué podía aprovechar, el muy reverendo padre obispo de Ávila me arrebató la respuesta, y, respondiendo por mí, dijo que después de que Vuestra Alteza metiese debajo de su yugo pueblos bárbaros y naciones de peregrinas lenguas, y con el vencimiento aquéllos tuviesen necesidad de recibir las leyes que el vencedor pone al vencido, y con ellas nuestra lengua, entonces por esta mi arte podrían venir en el conocimiento de ella, como ahora nosotros aprendemos el arte de la gramática latina para aprender el latín.

4. CHATEAUBRIAND EN AMÉRICA

I

EN SAINT MALO, el rugido de las olas y el trueno de la tempestad. En el solitario castillo de Combourg —fondo de sus recuerdos de niño—, el ceño paterno y los terrores nocturnos. Sus juegos infantiles con la hermana Lucila eran —como los de Santa Teresa y su hermano— juegos de aventuras extraordinarias y de viajes a regiones desconocidas. Hacía mucho tiempo que Chateaubriand viajaba, en la imaginación, por América, cuando, el año de 1791, desembarcó en Baltimore.

II

A partir del Descubrimiento, la idea americana ha sido para la mentalidad de Europa una positiva idea-fuerza. Sus manifestaciones se descubren tanto en la poesía como en la vida social.

Dentro de España, ya se sabe, por una parte, todo lo que significa la Conquista; por otra, y aun desentendiéndose de toda curiosidad secundaria, no se "sabe", pero se adivina, todo lo que influye la idea americana en la concepción de la vida picaresca.

En el centro, la severa Castilla. A la derecha, Valencia, puerta del Mediterráneo, por donde llegaban las voluptuosas seducciones y los lujos de Italia. A la izquierda, Sevilla, puerta de las Indias, por donde llegaban las tentaciones aventureras del oro americano. Sevilla, capital de la Picaresca. Y el picarismo, como el flamenquismo de nuestro tiempo, era una plaga social, no sólo una raíz estética de la Novela española.

Fuera de España, la corriente del americanismo se ha manifestado en literatura exótica, pero también en literatura de sueños políticos o utopías. Cuando la utopía se sale del libro y se vuelca en la realidad, el *Mayflower* hiende las

aguas, llevando consigo a los peregrinos ingleses que van a buscar un mundo mejor.

La idea americana parece haber agotado ya todos sus secretos. Entonces Chateaubriand la solicita nuevamente y la halla fecunda. Y la América de Chateaubriand es todo un criterio; un prisma bajo el cual contemplan y entienden a América los europeos de la primera mitad del XIX.

Más tarde, la civilización de los Estados Unidos del Norte, sus puentes, sus rascacielos, su vida cinematográfica, van interesando más que la supuesta o real selva virgen. Y entonces la América de Chateaubriand va cediendo el puesto a ese otro concepto nuevo de América, representado por un libro célebre de Bourget y condensado en aquella fórmula de Gourmont: *la civilisation hâtive*.

III

> El viaje de Chateaubriand a América —escribe Bédier— es ya para siempre memorable, puesto que *Atala* fue escrita en las chozas de los salvajes; puesto que la musa inspiradora de *Los Natchez* ha guiado los pasos del viajero, a través de las regiones desconocidas del Nuevo Mundo, para descubrirle los arrobadores secretos del desierto; puesto que René gustaba de sentarse, al sol poniente, sobre las rocas ribereñas del Meschacebé; puesto que Chateaubriand ha vuelto de la Luisiana y las Floridas estremecido aún por las armonías de la Soledad, y que, al orquestarlas en *El genio del Cristianismo*, en el *Viaje a América* y en el admirable libro VI de las *Memorias de ultratumba*, ha renovado para un siglo la imaginación francesa, según la noble y justa palabra de Faguet.

Tal viaje era, a la vez que un viaje sentimental, un viaje de propósitos científicos. Último historiador del llamado "hombre de la naturaleza", Chateaubriand observa las hordas americanas al margen de sus lagos, notando sus varias formas de gobierno; arqueólogo, explora las salvajes ruinas del Scioto; filósofo, conversa, bajo los árboles del Erie, con los sofistas de la cabaña; naturalista, recoge para el señor de Malesherbes descripciones de la fauna y la flora del Canadá; viajero, aspira al descubrimiento del mundo polar.

Los recuerdos de su viaje parecen haber penetrado toda su obra, dejando rastros por mil partes. Sus visiones de

América han ido flotando por sus páginas, de uno en otro libro, con aquel procedimiento de perpetuas refundiciones que le es tan característico.

Pero el paraíso de colores que pinta Chateaubriand —tierra prometida de la fantasía— ¿ha existido en alguna parte? Con legítima curiosidad, los críticos, desde el primer momento, quisieron distinguir lo que había de cierto y lo que había de imaginario en los viajes de Chateaubriand.

De donde resulta una averiguación que da luz sobre los procedimientos literarios del gran viajero, sobre su psicología de escritor, sobre los problemas de la creación estética.

IV

En esta averiguación, como en todas, el primer período es el de la sospecha y la duda; el segundo, el de la certeza y la prueba.

A la aparición de *Atala*, la crítica se manifiesta recelosa ante aquellos osos embriagados con uvas, que se balancean de las ramas de los olmos. Chateaubriand se defiende alegando algunas autoridades, y añade:

> Las dos traducciones de *Atala* han llegado a América. Si yo hubiera falseado en algo la verdad, mi libro habría fracasado en aquel país. Ésos no son nuestros ríos, ni nuestras montañas, ni nuestras selvas —me hubieran dicho a cada página—. Y, lejos de esto, *Atala* ha regresado al desierto, y tal parece que su patria la ha reconocido como verdadera hija de las soledades.

Con todo, la crítica americana había comenzado a oponer dudas sobre la autenticidad del viaje de Chateaubriand y sobre la originalidad de sus descripciones. Algunos viajeros franceses recorren la región con el libro de Chateaubriand en la mano, y le niegan toda veracidad.

Sainte-Beuve, que todo lo leía, resume, finalmente, este primer período de la investigación, con estas palabras, que son una perfecta valoración de sospechas:

> La crítica que se ha hecho de las primeras páginas de la *Atala*, en cuanto a la poca fidelidad del dibujo y los colores del cuadro, nos confirma en la idea de que Chateaubriand no se propuso hacer una pintura real, sino que, tras una rápida

visión de conjunto, refundió sus recuerdos con ayuda de algunos textos ajenos, y dispuso aquellas ricas imágenes a su capricho —imágenes que eran más bien hijas de su fantasía que no de su memoria.

V

El período de las comprobaciones se inicia con Bédier (*Chateaubriand en Amérique: verité et fiction*, publicado en una revista y recogido después en el tomo *Études critiques*, París, 1903.) De entonces acá, los críticos —y particularmente Chinard— no han hecho más que llenar los cuadros fijados por Bédier. Las revistas especiales han dado, en estos últimos días, nueva actualidad a la cuestión.

La investigación de Bédier comienza por ser una crítica del itinerario de Chateaubriand, de la que resulta la imposibilidad cronológica del viaje. Si Chateaubriand no viajó en persona por todos los sitios que describe, se valió sin duda de ajenos ojos, de ajenos libros: hizo el viaje, por decirlo así, en torno a su biblioteca. Y aquí el estudio de las fuentes, que Bédier emprende con singular fortuna. Al cabo, conocedor de la complicada urdimbre con que Chateaubriand tejió su viaje (en que los recuerdos reales, las fantasías y los documentos ajenos se mezclan sutilmente), Bédier puede decirnos, retrucándole irónicamente sus palabras: "Mil ríos tributarios fertilizan con sus aguas al gran Meschacebé."

VI

Chateaubriand encierra su viaje entre dos fechas más o menos vagamente indicadas. Los datos y documentos contemporáneos permiten fijarlas: el 10 de julio de 1791, desembarco en Baltimore; el 10 de diciembre del mismo año, reembarque en Philadelphia. Después de esto, merced a las indicaciones dispersas del mismo Chateaubriand y a las de otros viajeros de la época, es posible establecer la cronología del viaje. Para mayor lealtad de la prueba, conviene dotar al viajero de un índice máximo de velocidad, suponer que toma siempre por el atajo más corto, que viaja de día y de noche sin resuello (salvo declaración expresa en contrario), y ponerlo a andar.

Y entonces resulta que el viaje de Baltimore al Niágara pudo ser posible (y, en efecto, Chinard proporciona una prueba de la presencia de Chateaubriand en las cataratas); pero en cuanto el viajero pretende internarse hacia el Erie, llegar a Pittsburgh, descender el Missisipí y entregarse a caprichosos rodeos en los Natchez, Luisiana, Florida, Nashville, ya no podemos seguirlo con paciencia. Y esto por la sencilla razón de que, hecho el cómputo mínimo, Chateaubriand no hubiera podido entonces llegar a Philadelphia antes del 23 de diciembre, es decir, cuando el navío en que se embarcó realmente llevaba ya trece días de dichosa navegación y se encontraba más cerca de acá que de allá.

En suma: que Chateaubriand tuvo que volverse a Philadelphia del Niágara; que nunca penetró precisamente en el "reino de la soledad" que sirve de escenario a sus novelas; que nunca le fue dable ver más "hombres de la naturaleza" que aquellos señores y madamas salvajes a quienes el amigo Violet, antiguo pinche del general Rochambeau, vestido de color manzana y luciendo chupa de lanilla, hacía bailar en Albany al son de su violín, allá por el 12 de agosto de 1791.

VII

Al principio de su carrera literaria, Chateaubriand parece referir todos sus recuerdos a un modesto y posible viaje de Baltimore al Niágara *(Ensayo sobre las revoluciones)*. Más tarde, en el *Genio,* el *Itinerario* y otras partes, habla ya de las lagunas de Florida, el país de los Natchez y los seminolas. Es que, en el intervalo, ha publicado la *Atala* y le ha venido el capricho de declarar que sus cuadros naturales estaban pintados con la más escrupulosa exactitud. En cien partes de su obra, y en artículos de periódico, ha novelado sobre sus viajes al Nuevo Mundo, sin prever que un día, al escribir sus memorias, se hallaría comprometido por sus anteriores declaraciones y obligado a alargar su viaje desmesuradamente.

¿Qué conclusiones sacar de esta investigación? ¿Declarar plagiario a Chateaubriand, como lo hace Dick, con poco sentido de humanista? No; Bédier, al apreciar el valor de su trabajo, da un ejemplo de probidad. Desde luego, hemos

adquirido una enseñanza, aunque secundaria: el *Viaje a América* de Chateaubriand no puede ni debe ser empleado a su vez como fuente histórica. Por hacer lo contrario en algunos capítulos de su monumental *Historia de América,* se ha equivocado Bancroft.

Segunda conclusión: Chateaubriand se inspira en pasajes ajenos, los refunde y los aprovecha por una serie de procedimientos de estilo curiosísimos de notar. Hecho esto, hace servir su propio producto, así obtenido, como nuevo modelo, que a su turno refunde y aprovecha en un nuevo libro. Parece, pues, que para crear necesita de la sugestión de una página escrita, y que, al contrario de Rousseau, no puede componer (aun cuando él afirme otra cosa) sino rodeado de sus libros, en su mesa de trabajo y con la pluma en la mano. Entre los modernos escritores franceses, solamente en André Chénier podría hallarse una disposición análoga; este poeta (el menos "libresco" si se quiere), por rara condición psicológica, sólo crea trasponiendo fragmentos ajenos. Pero mientras Chénier nunca traduce más de diez líneas seguidas de sus clásicos, Chateaubriand puede seguir sus modelos desde la primera hasta la última página.

En tercer lugar, hay derecho —después de la investigación anterior— a suponer que Chateaubriand trabajó con procedimientos análogos algunas otras de sus obras, y a preguntarse sobre las innumerables fuentes que habrá aprovechado en la formación de todos sus libros. Así, el *Itinerario* a Tierra Santa no es más que "un viaje hecho con ajenos viajes", según la autorizada opinión de Titus Tobler; y podemos considerar este sistema de refundición y de transcripción como un verdadero método de invención poética en Chateaubriand.

VIII

Pero ¿hemos acabado ya?

> Cuando se ha demostrado —escribe Chinard— que Chateaubriand ha sorprendido en Lafitau o en Charlevoix una concepción romántica e idealizada de los salvajes americanos, no se ha resuelto más que una pequeña parte del problema. Lejos de ser escritores originales, la mayor parte de aquellos viajeros del siglo XVIII que Chateaubriand ha copiado (en

ocasiones no sin escrúpulo) no eran, a su vez, sino compiladores, y no han hecho más que aprovechar una tradición sobre los indios, establecida desde hacía mucho tiempo.

Además, falta buscar en la literatura anterior la lenta formación de los mismos tipos novelescos, añadir al estudio de la fuente histórica el de la fuente literaria, preguntándose, por ejemplo, si *Les Deux Amis* no anuncian la *Atala.* Por aquí nos internaríamos en la selva del exotismo americano, que Chinard ha estudiado en tres siglos de la literatura francesa.

Finalmente, cuando hayamos descubierto la cantera, ¿estamos dispensados de estudiar las líneas del edificio? No hemos acabado con la América de Chateaubriand; hemos agotado apenas un capítulo intermedio entre la biografía y la verdadera crítica literaria: ya sabemos cuáles son los libros de donde sacó sus enseñanzas. Nos falta conocer el criterio con que las elegía; nos falta definir claramente su concepción de América. En rigor, poco nos importa saber hasta dónde alcanzó en sus viajes. Hemos cerrado ya el estudio de la mentira en la América de Chateaubriand; de la mentira biográfica, práctica. Nos falta el estudio de la verdad: la verdad trascendental del viaje, su verdad poética. La verdad de las cosas —ha dicho Aristóteles— no está en sus apariencias actuales, sino en el sentido de sus tendencias.*

* Ver mi artículo "América vista desde Europa", en *Marginalia,* primera serie, México, 1952, págs. 101-105.

5. FRAY SERVANDO TERESA DE MIER *

I. Su vida

Las Memorias de Fray Servando Teresa de Mier, del convento de Santo Domingo de México, y diputado al primer Congreso Constituyente de la República, son una mezcla de episodios trágicos y cómicos narrados en un estilo pintoresco y vivísimo. La Editorial-América las ha publicado recientemente en Madrid. Para trazar aquí, a grandes rasgos, el retrato de Fray Servando me valdré alguna vez de las palabras que puse en el prólogo.

Fray Servando nació en Monterrey, capital del Estado mexicano de Nuevo León, en los últimos años de la dominación española; su vida puede dividirse en tres períodos, determinados por una larga ausencia de su patria.

Durante el período primero, que llega hasta el año 1795, Fray Servando es un precursor de la independencia. Representa el momento en que la idea revolucionaria ha cundido ya por todas las clases sociales, y el clero de México la prohija.

Pero un día Fray Servando salió desterrado de su patria y, perseguido por la autoridad eclesiástica, rodó por la península española, por Francia, por Inglaterra. ¿Su delito? Un sermón audaz, un disparate teológico, debajo del cual se adivinaba claramente la intención separatista.

Durante el segundo período de su vida, Fray Servando vive, pues, como desterrado en Europa: primero en España, donde le hacen recorrer varias prisiones eclesiásticas; después, en Francia, donde se relaciona íntimamente con Simón Rodríguez, el maestro de Bolívar; dice misa en una capilla y enseña el español a los niños sobre una traducción que dice haber hecho especialmente de la *Atala*, de Chateaubriand. Pasa después a Roma, donde el Papa le concede la secularización; vuelve a España y es reaprehendido; huye a Portugal,

* Ver *Obras Completas*, tomo IV: "Dos obras reaparecidas de Fray Servando" *(Reloj de sol)* y, en las páginas adicionales, B, I y II.

donde vive tres años al lado del cónsul de España. Cuando la guerra de la Independencia en España, Mier aparece como cura castrense de los voluntarios de Valencia; los franceses lo hacen prisionero en Belchite; se fuga, como de costumbre; recibe honores de la Junta de Sevilla. Va a Londres a propagar la idea de la independencia mexicana. Es la época de Blanco White. Mier vive entre los desterrados españoles, y como, a pesar de su agilidad algo inquietadora, era hombre de peso y de persuasión, fue él quien convenció a Mina el Mozo para que armara la célebre expedición en defensa de la independencia mexicana.

En la tercera época de su vida, Fray Servando vuelve a su patria, al lado de Javier Mina; sufre todavía algunos contratiempos y, otra vez preso, escapa a los carceleros que lo conducían de nuevo a España; se esconde en La Habana; huye a los Estados Unidos. Cuando vuelve a México, el nuevo régimen estaba todavía vacilante, y aún se le persigue y encarcela. A poco lo nombran diputado. Iturbide se hace emperador, y Mier —que se le había opuesto francamente— va a dar otra vez a la prisión, de donde por fin lo liberta la revolución republicana. Entonces Fray Servando es hospedado en el Palacio Nacional, al lado del primer presidente, Guadalupe Victoria. Allí murió, después de haber invitado personalmente a sus amigos, la víspera de su muerte, para que asistieran a su última comunión.

II. Su carácter

En la historia política de México se le recuerda por cierto discurso llamado "de las profecías", en que predijo muchos males que después han ido sobreviniendo. Representaba Mier un liberalismo moderado y fue partidario del gobierno republicano central.

Pero Fray Servando perdura sobre todo en el recuerdo de sus compatriotas por esa ráfaga de fantasía que anima toda su existencia. Vivió más de sesenta años, y la mitad de su vida la pasó perseguido. Bien es cierto que parece haber sufrido las persecuciones casi con alegría. Algo como una alegría profética lo acompaña en sus infortunios, y aprovecha todas las ocasiones que encuentra para combatir por sus

ideales. Es ligero y frágil como un pájaro, y posee esa fuerza de "levitación" que creen encontrar en los santos los historiadores de los milagros. Usa de la evasión, de la desaparición, con una maestría de fantasma: cien veces es aprisionado y otras tantas logra escapar. Son sus aventuras tan extraordinarias, que a veces parecen imaginadas. El P. Mier hubiera sido un extravagante, a no haberlo engrandecido los sufrimientos y la fe en los destinos de su nación.

Fácilmente se le imagina, ya caduco, enjuto, apergaminado, animándose todavía en las discusiones, con aquella su voz de plata de que nos hablan sus contemporáneos; rodeado de la gratitud nacional, servido —en Palacio— por la tolerancia y el amor de todos, padrino de la libertad y amigo del pueblo. Acaso entre sus devaneos seniles se le ocurriría sentirse cautivo en la residencia presidencial y, llevado por su instinto de pájaro, se asomaría por las ventanas, midiendo la distancia que le separaba del suelo, por si se volvía a dar el caso de tener que fugarse. Acaso amenizaría las fatigas del amable General Victoria con sus locuras teológicas y con sus recuerdos amenísimos.

III. El espíritu de la leyenda

La herejía, o lo que fuere, en que Fray Servando incurrió es como una combinación caprichosa de dos leyendas mexicanas. Para explicarlo tenemos que retroceder algunos siglos.

El conquistador español se alistaba para la conquista de América como un soldado de Cristo. La razón teórica de la conquista —cualquiera que fuese la razón práctica— era para él la misma razón de las Cruzadas. El más alto título espiritual de España a la posesión de sus colonias había sido la predicación del Evangelio.

Ahora bien: durante el primer siglo de la dominación española, corrió por la Nueva España la voz de que se había realizado un milagro; un milagro que Nuestra Señora de Guadalupe había querido hacer sólo para México, y no para ninguna otra nación. La Virgen de Guadalupe se había aparecido al indio Juan Diego, y su imagen había quedado estampada en la manta del indio. La Virgen, morena

como los indios, iba a ser en adelante la patrona de México. Más tarde, en 1810, los ejércitos insurgentes alzaban por bandera una imagen de la Virgen de Guadalupe.

Hay derecho a creer que esta tradición, donde se confunden muchas creencias y esperanzas, no era más que una manera de catequismo, y tendía a dar sentido nacional a las creencias importadas del Viejo Mundo. En todo caso, la tradición reposa sobre el suelo más vivo de la sensibilidad mexicana, y ha crecido en él vigorosamente. Es una de aquellas hermosas leyendas del catolicismo florido, en que la Virgen cultiva un jardín para un hombre humilde, y se le aparece como una señora morena y luminosa. En *La arquilla de marfil*, de Mariano Silva y Aceves, esta leyenda de la Guadalupana y Juan Diego adquiere una inefable sutileza poética: Juan Diego, en su dulzura animal, viene a ser el símbolo de una raza.

Pero desde el fondo de las cosmogonías indígenas, mucho antes de la llegada de los hombres blancos, se sabía que un sacerdote blanco y barbado, de nombre Quetzalcóatl, había aparecido un día entre los indios y les había enseñado las costumbres de la labranza y dos o tres reglas de virtud. Es uno de esos mitos solares más o menos claramente explicados, en que la mentalidad primitiva gusta de representar el primer esfuerzo civilizador: es un Oanes, un Cadmo de América. Entrar en todas las significaciones y consecuencias —no sólo espirituales, sino también externas y prácticas— que tuvo esta creencia en la historia de las civilizaciones precortesianas, sería aquí imposible. Baste decir que en todo tiempo la figura de Quetzalcóatl ha ejercido una misteriosa seducción.

IV. La herejía de Fray Servando

Y he aquí que un buen día Fray Servando, joven profesor de filosofía entonces, con fama de gran predicador, hizo una sonada. Debía predicar en una fiesta dedicada a Nuestra Señora de Guadalupe. Y ¿qué hace? Su ansia de independencia, por una de esas traslaciones de conceptos que son tan frecuentes en la génesis de las ideas nacionales, cuajó en una extraña manifestación, que hoy puede parecernos ri-

sible, pero que fue entonces de una trascendencia incalculable. La verdad es que tiene el caso toda la traza de una ocurrencia aceptada a última hora, y bajo la sugestión de un amigo, para improvisar un discurso original. Y sin embargo, de aquí arrancan todas las desgracias de Fray Servando.

La Virgen de Guadalupe —mantiene Fray Servando— había tenido culto en México desde antes de la Conquista. Santo Tomás el Apóstol, que era el propio Quetzalcóatl, ya había predicado en México el Evangelio antes que los conquistadores españoles. La imagen de la Virgen no estaba pintada en la manta del indio Juan Diego, sino en la de Santo Tomás.

El arzobispo Núñez de Haro, comprendiendo lo que se ocultaba bajo estas declaraciones, hizo predicar nominalmente contra el joven teólogo. Después se le encarceló. Él se fugó; se le volvió a encarcelar; se volvió a fugar. Y así hasta su muerte.

A sus persecuciones debemos sus viajes por Europa, cuyas memorias forman uno de los capítulos más inteligentes y curiosos de la literatura americana. Lo seguiremos por los lugares adonde lo iba arrastrando su destino. Acaso encontraremos una visión caprichosa de aquella Europa de principios de siglo; acaso, una sátira de aquella España que, como está ya tan lejana, no lastimará los sentimientos de nadie y sí servirá para distraernos un rato de estas irritantes cosas de ahora.

V. Un desterrado

Año de 1795, Fray Servando Teresa de Mier, ya con más de treinta, llega a Cádiz, desterrado de la Nueva España por un delito sin delito, por una herejía sin herejía.

Era Fray Servando un criollo mexicano de descendencia noble. Como el otro criollo noble de México (D. Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza, en el siglo XVII), éste reclamará en España su tratamiento de "don" y sus preeminencias sociales, advirtiendo que los religiosos no por serlo renuncian a sus fueros ni a su nobleza nativa, y que el apóstol San Pablo alegaba a cada paso la suya, contra las prisiones y atropellamientos de que era víctima.

En España, donde se había de desarrollar su proceso, tuvo que pasarse el Padre Mier seis años, entre prisiones y fugas, de pueblo en pueblo, cuándo en las salas de la justicia, cuándo en los Reales Sitios, intrigando con poca suerte, huyendo por los caminos, en una vida provisional que hubiera bastado a disolver una psicología menos alegre o menos guerrera que la suya. Y los diez años de la condena hubieran transcurrido así, a no ser porque nuestro fraile puso un gran remedio a sus males, que fue pasarse a Francia con ayuda de un clérigo contrabandista francés que vivía en Astorga.

Naturalmente, sus memorias están escritas con apasionamiento, y más se parecen a una caricatura que a un retrato. Por eso mismo nos permiten percibir de una vez dos o tres vicios fundamentales de la sociedad en que vivió.

VI. Entre "caldeos" y comendadores

Se dispuso que Fray Servando quedara recluído en el convento de las Caldas, orillas del Mosaya, entre Cartes y Buelma y al pie de un monte. Había tantas ratas en su celda que le comieron el sombrero, y tenía que dormir armado de un palo para que no se lo comieran a él mismo. Pero lo peor es que vivía comido de necios. Aquellos frailes de misa y olla, aquellos caldeos de las Caldas, le inspiran el más profundo desdén. Lo menos que les llama es idiotas y mulas de atar.

Conviene recordar que Fray Servando esperaba su salvación de ciertas influencias que tenía en la Corte, aunque también tenía un enemigo terrible en cierto jefe del negociado de la Nueva España, que se llama León y se porta como serpiente. Cuando Fray Servando descubre que los caldeos le interceptan sus cartas, rompe la reja de su celda y se sale al campo.

Reaprehendido a poco, lo trasladan a San Pablo de Burgos, adonde llega con fama de hombre facineroso que tiene pacto con el diablo, y todos se asombran de verlo tan fino, tan menudo y de tan corregida cultura. Burgos le fue más hospitalaria que al Cid, porque dos primas suyas habían sido abadesas en el noble monasterio de las Huelgas, donde

profesaban los caballeros de Calatrava. Con esto los comendadores comenzaron a visitarlo, y se encontró en buena sociedad.

Sin embargo, el verano de Burgos sólo dura de Santiago a Santa Ana, y el rigor del frío empezó a dañar a Fray Servando. Pide entonces que se le traslade a clima mejor, en un memorial redactado con alguna vehemencia, y el funesto León le contesta desde la Corte que, por lo pronto, conviene que coma menos pimienta.

VII. Entre covachuelos y "corbatas"

—No sabía yo —exclama el perseguido con un disculpable arrebato—, no sabía yo que los verdaderos reyes de España son los covachuelos.

Fray Servando, que ignoraba la aguja de marear, había escogido, para su negocio, el peor de los dos procedimientos. Los negocios americanos podían resolverse por la vía del Consejo de Indias o por la llamada vía "reservada" (la Covachuela), que debiera ser una apelación directa ante el rey, y no era más que un entregarse a la voluntad omnímoda de los covachuelos. A ellos iban a dar todos los memoriales, ellos dictaminaban lo que se había de resolver en el caso, con cuatro rengloncitos puestos al margen (o seis, cuando querían excederse), y el ministro no hacía más que dar cuenta al rey de lo que decían esos rengloncitos... A los cinco minutos, Carlos IV empieza a fatigarse, y al fin dice: "Basta", que quiere decir: despáchese todo según la opinión de los covachuelos. ¡Así salían a veces las órdenes! Como cuando se envió a La Habana una orden para que partiera la Caballería a desalojar a los ingleses que había en Campeche, o cuando llegó mandato a la isla de Santo Domingo, para poner preso al "comején" (un insecto), por haber destruído los autos que pedía S. M.

Pero ¿no habrá medio de llegar al rey directamente? Sí que lo hay: al monarca se le puede sorprender en el momento de tomar el coche. El monarca escucha, benévolo. Después, con voz campanuda, dice: "Bien está." Y turna el negocio, ¿a quién?, a los covachuelos.

Cuando un covachuelo comienza a ponerse inservible, se

le sepulta en el Consejo de Indias y se le llama en adelante "corbata". Al corbata, que ya tiene hijos y cojijos, el sueldo le viene más corto que al covachuelo. Deduzca el lector.

Finalmente, hay unos agentes de Indias que embaucan a más y mejor al americano recién venido.

Rompiendo por todos estos escollos, logra Fray Servando arrancar los autos a León y hacerlos pasar al Consejo.

VIII. Entre académicos y arrieros

Fray Servando decía misa en San Isidro el Real para ayudarse en sus gastos. Entretanto, el Consejo pide a la Academia de la Historia un informe sobre el caso de Fray Servando. Y éste quiere hacernos creer que la Academia se ocupó de su negocio durante ocho meses seguidos, sin tratarse casi de otra cosa en cada sesión.

Como el informe de la Academia ha sido favorable a su causa, Fray Servando espera que le dejen marcharse en paz. Pero interviene el funesto León; Fray Servando acude a la fuga; la justicia cae de nuevo sobre él, y lo encierran ahora en San Francisco de Burgos, con escándalo de la ciudad. León manda que lo recluyan por cuatro años más... (¡oh cielos!) entre los caldeos. Cuatro horas le dura al pobre fraile el desmayo; vuelto en sí, escapa, se encamina hacia Madrid, se cae de fatiga por el camino, lo recoge un arriero; sus amigos de Madrid lo disfrazan, porque León ha hecho correr por el Reino una requisitoria en que lo describe como afable y risueño. Fray Servando procura ponerse feo y taciturno, se pinta unos lunares y, en divisando guardias, tuerce los labios, hace el bizco, y, en fin, ejecuta a la letra el último grito del ejercicio portugués: *Poner las caras feroces a los enemigos.*

Con todas estas precauciones, y un cura contrabandista y un arriero y un pasaporte falso, pasa la raya de Francia y entra por Bayona en 1801. ¡Oh, qué bien se queja de la maldad de los jueces!:

> ¡Entrad cerdos!, gritó desesperado un pastor de marranos, que largo tiempo se habían resistido a enfilar para la zahurda. ¡Entrad como entran los jueces en el infierno! Y se precipitaron todos de tropel a la puerta, entrando hasta unos sobre otros.

IX. Entre rabinos y huríes

Ayer llegó nuestro hombre a Bayona; hoy entra casualmente en la sinagoga de los judíos y oye predicar a un rabino. Fray Servando pide discutir sus tesis en pública disputa y, como tiene al obispo Huet en las uñas —claro está—, aplasta a su adversario. Los rabinos quedan entusiasmados; le llaman *Jajá* (el sabio); le mandan hacer un vestido nuevo, y le ofrecen a una joven rica y hermosa en matrimonio. No acepta.

Y de allí, a Burdeos, en compañía de dos zapateros que, en llegando, ejercen su oficio y se ganan el pan, mientras el triste Doctor en Teología se muere de hambre. Además, considere el lector piadoso sus trabajos:

> Como yo estaba todavía de buen aspecto, tampoco me faltaban pretendientes entre las jóvenes cristianas, que no tienen dificultad para explicarse; y cuando yo respondía que era sacerdote, me decían que eso no obstaba si yo quería abandonar el oficio. La turba de sacerdotes que, por el terror de la Revolución, que los obligaba a casarse, contrajeron matrimonio, les había quitado el escrúpulo. En Bayona y todo el Departamento de los Bajos Pirineos hasta Dax, las mujeres son blancas y bonitas, especialmente las vascas.

X. La Iglesia y el siglo

En París, Fray Servando, ayudado de su amigo Simón Rodríguez, abre escuela para dar clases de español. En sus ocios escribe disertaciones contra la incredulidad introducida por Volney. Le dan la parroquia de Santo Tomás, pero le resulta un mal negocio. Había que pagar muchos lujos: un suizo alabardero, dos cantores de capa pluvial y el músico que les daba los tonos con un contrabajo en figura de serpentón. De modo que nada le sobraba, y el oficio por todas partes le ceñía; "porque en Francia sería un escándalo ver un clérigo en un teatro, en el paseo público, especialmente en los días festivos, y aun en un café".

Con todo, Fray Servando halla manera de comunicarnos noticias mundanas sobre los cafés de París, las espléndidas bibliotecas, los paseos, el Palais Royal, los almanaques de cortesanas, los cabarets y las modas, que entonces —según

él— consistían en que cada mujer llevara el vestido y el peinado que más convenían a su tipo y a su carácter. Por cierto que, de paso, censura la ciega imitación de los españoles; cuando el sansculotismo y la pobretería —dice—, se inventaron en Francia esas levitas, verdaderos *deshabillés*, que los italianos llaman cubre-miserias, ¡y en España hicieron de la levita un traje solemne y general!

Pero la verdad es que a Fray Servando le cansaba el oficio, y decide ahorcar los hábitos. Y con el fin de obtener su secularización, se dirige a Roma, pasando por Marsella, donde las muchachas usaban mantilla, como las españolas. Hace el camino casi de balde, porque la hospitalidad francesa era mucha, y él era tan agradable de presencia y de trato, que los que comían con él y le oían hablar ya eran sus amigos. El venir de tierras tan distantes le daba un prestigio casi mitológico. Y todo eso lo sabía él aprovechar admirablemente. Y todavía dice de cuando en cuando el muy socarrón:

—No está en mi mano tener malicia. En vano me aconsejaban mis amigos una poca de picardía cristiana.

XI. Las últimas páginas

Cómo obtuvo Fray Servando la secularización, lo que pensaba de Roma, de Nápoles, de Florencia y de Génova; los trabajos que pasó todavía antes de volver a España por Barcelona; la sátira descriptiva de las regiones de España, en su viaje a pie desde Barcelona hasta Madrid; el pueblo vestido con los colores de Goya; el desaseo de la corte, ocupan las últimas páginas de estas memorias. Ya no se las puede resumir: habría que copiarlas. Un novelista episódico a lo Baroja, un crítico de la sensibilidad española a lo "Azorín", pueden sacar mucho partido de estas memorias.

6. FORTUNAS DE APOLONIO DE TIRO *

I

ESTE poema se conserva en un defectuoso manuscrito de El Escorial; se ignora la fecha de su composición; la crítica acepta, casi unánime, que el poema es del siglo XIII; su texto ofrece formas de cuatro diferentes dialectos españoles. Todo ello complica considerablemente el estudio y edición del poema. El profesor Marden, en vez de reconstruir con hipótesis aventuradas el probable texto original, reproduce el manuscrito antiguo, y sólo se aparta de él en los casos en que la rectificación parece evidente.

Marden ha logrado familiarizarse con la escritura del viejo manuscrito, y hasta con los hábitos y vicios gráficos del copista, lo cual constituye un estudio que empieza por ser paleográfico y acaba por ser psicológico. (Los que pretenden adivinar el carácter del escritor por los rasgos de su letra no son más que unos paleógrafos instintivos, en rama, en estado natural.) Marden sorprende, en lo posible, todos los errores inconscientes del escriba, y, a veces, las leyes del error. Esta tarea, técnica si las hay, de perseguir y catalogar los deslices de un copista para restablecer la pureza de la copia, no carece de encantos. También la crítica de los textos tiene su poesía. Según cierta tradición medieval inglesa, hay un diablo, Titivil, que se encarga de llevarse al infierno y atormentar eternamente a los copistas descuidados: el del *Apolonio* ha de estar ahora en manos de Titivil. Edgar Allan Poe, en uno de sus cuentos, hace que el diablo transforme una tesis fundamental de Platón, dando un papirotazo sobre la *l* griega para convertirla en una *g* griega; y toda la obra de la crítica de los textos consiste en enderezar la letra invertida por el diablo. Así, en el poema que nos ocupa, dice el manuscrito original: "Que Apolonio Ceteo

* *Libro de Apolonio*, an old Spanish poem, edited by C. Carrol Marden. I. Text and introduction. Baltimore, París. The Johns Hopkins Press. Librairie E. Champion, 1917, 4º, LVII más 76 páginas. (Elliot Monographs in the Romance Languages and Literatures, edit. by E. C. Armstrong, 6.)

mejor non violaba." ¿Quién será Apolonio Ceteo?, se preguntan los eruditos. Acude Marden, que ha dedicado varios años al estudio y crítica del poema, y el verso incomprensible sale convertido así de sus manos: "Que Apolo nin Orfeo mejor non violaban."

El autor del poema fue, sin duda, un clérigo, no sólo porque su poema está escrito en aquel famoso "mester de clerecía" propio de los clérigos o poetas cultos, sino por cierto acento monástico y aquel modo de cristianizar las leyendas y los héroes del paganismo.

La leyenda de Apolonio de Tiro aparece en documentos literarios del siglo VI. En el siglo X hallamos una extensa versión latina, y el tema se encuentra después en varios lugares, épocas y versiones. Tal es la "emigración de las fábulas", que decía Max Müller: de una antigua redacción en bajo latín —glosa de cualquier poema pagano— pasan tal vez a un centón de cuentos en lengua vulgar, a un proverbio en labios populares, a un cantar, a una adivinanza, a una frase hecha y, en muchos casos, a una nueva elaboración literaria que está a su turno condenada a ulteriores transformaciones, como un fruto que se deshiciera en semillas de nuevos frutos.

Como en Francia, como en Inglaterra, la leyenda es conocida en España desde el siglo XII por lo menos. El viejo maestro español pone en ella nuevo aliento moral, y esa gracia ruda que no siempre saben apreciar los extraños.

II

Cómo salió de su tierra el rey Apolonio, olvidando todas sus riquezas; cómo perdió a su mujer y a su hija; cómo —al cabo de infinitos males— las recobró; cómo pudo volver a la tierra de sus mayores, donde murió en paz.

Tenía el rey Antíoco, viudo, una hija, que era su consuelo. Era hermosa. "Non sabían en su cuerpo señal reprendedera." En vano la pretendían los hijos de los reyes. Pero el pecado nunca está ocioso: un mal pensamiento, una funesta ocasión, y el rey Antíoco acabó por entregarse a un torpe deseo. Su hija, inconsolable, hubiera querido dejarse morir de hambre. Una ama vieja la confortaba: "Tú no

has tenido la culpa —le decía—; además, y en todo caso, callar, porque peor sería difamar al rey."

El rey quiere casar a su hija, y la dará al que adivine este enigma, y al que no acierte a adivinarlo hará que le corten la cabeza:

> La verdura del ramo es como la raíz:
> de carne de mi madre engrueso mi cerviz.

Muchos enamorados habían sucumbido a la bárbara sentencia, cuando se presentó el rey Apolonio de Tiro, tan joven y apuesto que daba lástima ver el riesgo en que se ponía. Comprendió que el enigma significaba el pecado del rey Antíoco. Antíoco, fuera de sí, se empeña en negar, pero tampoco se atreve a condenar a Apolonio, y le da treinta días de plazo para que busque una nueva solución al enigma.

Apolonio vuelve a Tiro, y se encierra a revolver sus historias, toda la sabiduría caldea y la latina. Pero en vano: ninguna nueva solución se ofrece a su espíritu. Desesperado, manda cargar un navío, y prefiere, a la vergüenza y a la muerte, los riesgos y aventuras del mundo.

Mientras Apolonio navega con rumbo a Tarso, Antíoco llama a su confidente Taliarco: "Apolonio me ha descubierto. Vé a Tiro; yo te daré riquezas: mátale con puñal o veneno, por *gladio o por hierbas.*" Pero Taliarco encuentra al pueblo de Tiro llorando la fuga de su rey, y vuelve con estas nuevas a Antíoco. Antíoco pone precio a la cabeza de Apolonio: "No lo defenderán de mi cólera yermo ni poblado." (De cuando en cuando, el viejo maestro interrumpe la narración, e inserta una prédica moral que los lectores modernos, si son discretos, le perdonan.)

Como la codicia rompe el saco, aun entre los amigos de Apolonio se reclutan los voluntarios de su muerte. Las naves de Antíoco se hicieron a la mar, en busca de la anhelada presa.

En Tarso, tierra pobre, habían venido a acampar los de Apolonio. Cierto viejo le contó a Apolonio que Antíoco había puesto precio a su cabeza. Apolonio hubiera querido pagar al viejo su servicio, pero éste:

> Merced, buen rey, y gracias por la promesa vuestra;
> mas vender la amistad no es la costumbre nuestra.

Apolonio se dirige a Estrangilo, vecino de calidad. "Dadme hospitalidad, ocultadme. Antíoco me persigue por causa injusta. Si sois pobres, yo tengo trigo en abundancia, y os lo venderé al precio de costo en Tiro." Conformes: el pueblo de Tarso acoge a Apolonio, y éste enriquece al pueblo. Ya todos le aclaman, ya alzan en su honor una estatua. El prudente Estrangilo lo invita, después de algún tiempo, a que pase el invierno en Pentapolín, lejos de Tarso: "Cuando Antíoco sepa que te has ido, no te buscará más entre nosotros, y podrás regresar a Tarso, pasado el invierno, con más seguridad que antes."

Y partieron otra vez las naves de Apolonio. A poco, la tempestad las deshizo todas. Sólo Apolonio pudo salvarse, asido a una tabla. Dos días estuvo como muerto en la playa de Pentapolín, y al volver en sí lloraba y decía: "En mala hora fui nacido, en mala hora salí de mi tierra." Pide amparo a un pobre pescador, le cuenta su historia. El pescador le cede la mitad de su manto, lo alberga de noche en su cabaña, y por la mañana le enseña el camino de la ciudad.

A cuyas puertas salían ya los mancebos a jugar la pelota, como Nausícaa y sus doncellas en el sexto canto de *La Odisea.* Pero aquí Apolonio, a diferencia de Ulises, se mete en el juego sin reparar en su mal vestido. Arquitartres, el rey, que salía a pasear, repara en la habilidad de aquel mendigo, y tiene el antojo de jugar con él, de que queda prendado. Y aunque lo convidaba con insistencia a comer a su mesa, Apolonio se detenía llorando a las puertas del palacio, avergonzado de sus harapos. Los mayordomos lo vistieron honradamente. "No te conocemos —le dijo el rey—; escoge tú mismo el lugar que te corresponda." Apolonio hizo poner un escaño a la diestra de Arquitartres, y allí se sentó. Pero donde todos pensaban en comer, él no hacía más que llorar. El rey Arquitartres hizo llamar a su hija Luciana, y Luciana advirtió la presencia del forastero. "No sé quién será, hija mía; sólo sé que es un náufrago. A ver si tú te das maña para que te cuente su historia." A ruegos de Luciana, Apolonio consiente en hablar. "¿Mi nombre? —dice—. El nombre que tenía lo he perdido en el mar." Y cuenta su historia.

Luciana, para divertirlo, pide la vihuela, derriba el manto y da comienzo a una canción. Con la vihuela y la voz hacía maravillas. Los cortesanos la elogiaban; pero Apolonio asegura que él lo sabe hacer mejor todavía. A petición de la dama, templa la vihuela, pero se detiene, diciendo que él no sabe cantar sin corona. Arquitartres le hace traer la mejor corona, con la cual se anima el semblante de Apolonio, y empieza a cantar unos dulces sones. De cuando en cuando levanta los ojos a la dama, que sentía un extraño rubor.

Previo el permiso de su padre, Luciana toma a Apolonio por maestro de canto, y le paga espléndidamente. Luciana estaba enamorada. Su salud se fue resintiendo, hasta que cayó en cama "muy desflaquida". Los médicos no podían curarla.

Hubo sabor un día el rey de cabalgar,
de andar por el mercado, ribera de la mar.

Y llevó consigo a Apolonio. Al paso les salieron tres príncipes, tres pretendientes de Luciana que esperaban hacía tiempo el consentimiento del rey. "Mi hija está ahora enferma —les dijo éste—; pero, pues sabéis escribir, escribid vuestras pretensiones, ofreced arras, y que ella misma escoja al que ella prefiera." El encargado de llevar las cartas fue Apolonio. "Maestro —dijo ella, viéndole llegar tan apresurado—, ¿es ya la hora de la lección?" Él presentó las cartas; ella las leyó detenidamente, pero en ninguna encontró el nombre que quería. "Qué me aconseja, pues, mi buen rey de Tiro?" Y como él contestara con fórmulas evasivas, Luciana escribió a su padre, diciéndole:

Que con el peregrino quiere ella casar
que con el cuerpo solo escapó de la mar.

Las bodas de Apolonio y Luciana fueron fastuosas. Llegaron nuevas de que Antíoco y su hija habían muerto, fulminados por "un rayo del diablo". Apolonio decide volver a Tiro y adueñarse también del trono de Antioquía. Se aprestan las naves. Luciana lleva consigo a su ama Licórides, criadas y parteras.

Alegre iba Apolonio, alegre iba Luciana:
¡no saben que del gozo la cuita es hermana!

A bordo, Luciana dio a luz una hermosa niña. Pero, mal atendida, sufrió un largo síncope que la hizo pasar por muerta. El mar comenzaba a alterarse, y a los gemidos de la gente bajó de su torre el marinero. "Cadáver a bordo —dijo—, trae tempestad. Sea quien fuere, hay que echarlo al mar." Y su voluntad se impuso. Embalsamaron y vistieron el cuerpo, lo guardaron en una caja de "liviana madera", pusieron una inscripción en plomo, y cuarenta monedas de oro para misas y gastos de sepultura, por si encontraba la caja un hombre piadoso. Así se deshicieron de la reina, que juzgaban muerta.

La caja fue a dar al puerto de Éfeso, donde la recogió un sabio físico. Ya se disponía a dar a Luciana sepultura, cuando su discípulo predilecto creyó notar que aún palpitaba el corazón. La reina recobró el sentido. Le hicieron construir un monasterio para que esperara, recluída, a su señor.

> Dejemos a la dueña: guarde su monasterio,
> sirva bien a su iglesia y rece su salterio.

Apolonio arribó a la tierra de Tarso, dejó a su hija y a Licórides confiadas a la bondad de Estrangilo, y declaró que no se cortaría las uñas ni los cabellos mientras no casara bien a su hija. En vez de volver a Tiro, como era su primitivo plan, navegó hacia Egipto.

Estrangilo y su mujer Dionisia educaron cuidadosamente a la hija de Apolonio, Tarsiana, que alcanzó la edad de trece años, "aguzada cual hierro que aguzan a la muela." Licórides, a punto de morir, reveló a Tarsiana el secreto de su nacimiento.

Pero el diablo no vive ocioso. Dionisia, que tenía también una hija, deseaba para ella la hacienda de su falsa hija Tarsiana, y estaba celosa del amor que todos mostraban a ésta. Teófilo, un mal hombre, carne de horca, comprado por Dionisia, pretende matar a Tarsiana a la hora en que solía rezar sus oraciones sobre el sepulcro de Licórides; le concede un breve plazo para elevar sus preces a Dios; pero en tanto asoman ladrones, y Teófilo huye, para asegurar a Dionisia que ha cumplido ya su mandato.

Los ladrones se apoderaron de Tarsiana y la llevaron al mercado de Mitilene, donde la compró, para comerciar

con ella, un mal hombre. El príncipe Antinágoras, que ya había tratado de comprarla, se presentó el primero; pero, conmovido por los ruegos y la historia de la cautiva, y en memoria de una hija casadera que él tiene, deja en manos de Tarsiana el dinero que había de pagar por ella, y le dice: "Al que venga después de mí, ruégale como a mí me has rogado; y al que no ceda con tus ruegos, hazlo ceder con el oro que te dejo."

Y a todos sucedía lo mismo, porque todos la respetaban y todos le dejaban su oro. El mal hombre la vino a ver por la tarde. "Señor —dijo ella—, yo conozco mejor oficio y que te enriquecerá fácilmente." Obtuvo permiso de su amo, y se hizo juglaresa; salía a cantar con la viola por los mercados. El pueblo la amaba. Antinágoras la protegía de lejos.

Apolonio volvió, al fin, a Tarso, para recoger a su hija; vestía descuidado, llevaba la barba trenzada. Dionisia le contó que Tarsiana había muerto, y mandó construir un falso sepulcro. Pero como los ojos de Apolonio se negaron a llorar ante aquel sepulcro, él sospechó la mentira. "¿Qué habrá sido de mi hija", se dijo. Y llevando sus reliquias consigo, se hizo a la mar con rumbo a Tiro, donde ya sólo deseaba morir. La tempestad torció su camino y lo hizo arribar a Mitilene.

En las playas de Mitilene, Apolonio, siempre aislado de los hombres de su séquito, yacía en su lecho sin querer hablar ni apenas comer. Antinágoras, paseando por la playa, habló con los hombres de Apolonio, y recordando la historia que le había contado Tarsiana, se prometió consolar al afligido anciano. "Yo ganaré a Jericó, si Dios me ayuda", dijo a los de Apolonio. E hizo traer de la ciudad a Tarsiana, so pretexto de que divirtiera al viejo con sus canciones. Tarsiana se presentó ante Apolonio: "No soy juglaresa vulgar —le dijo—, sino una doncella honrada; nací entre las ondas, do nacen los pescados." A veces cantaba, a veces reía, y otras pretendía distraer a Apolonio con adivinanzas. Apolonio, que sabía tan bien sus caldeos y sus latinos, todas las resolvía fácilmente: el río, la cañavera, las naves, el ancla, la esponja, la pelota... (¿La pelota? A la memoria del triste Apolonio vuelven los recuerdos: su

llegada a Pentapolín, su primera comida con el rey, la aparición de Luciana.) Apolonio empieza a cansarse de la juglaresa; harta paciencia ha tenido ya. Como ella pretende echarle los brazos al cuello, la rechaza tan bruscamente, que le hace sangrar las narices. "¡Ay de mí! —llora Tarsiana—. ¡Ay madre Luciana, ay padre Apolonio, si me vieras en este estado!" A estas palabras, Apolonio salta del lecho: "¿Y tu ama? ¿Cómo se llamaba tu ama?" "Licórides."

Comenzó a llamar: "¡Venid los mis vasallos.
Sano es Apolonio; herid palmas y cantos!"

Antinágoras era todo alegría. Apolonio le concede la mano de Tarsiana, que aún guardaba en el corazón los primeros requiebros del generoso príncipe, aquel día en que la conoció. Apolonio consintió en cortarse las uñas y afeitarse. El mal hombre, amo de Tarsiana, murió lapidado por los mismos señores del Consejo de Mitilene. Un ángel reveló a Apolonio el paradero de su esposa Luciana, y todos se reunieron. Estrangilo y Dionisia murieron luego castigados. Apolonio viajó todavía mucho tiempo; pero en esta segunda era el mar le es siempre leal y seguro. Los de Antioquía lo hicieron su rey. En Pentapolín acompañó los últimos días de su suegro Arquitartres, y enriqueció al pescador que lo había albergado. Su segundo hijo fue varón, y quedó en el trono de Pentapolín. Después, Apolonio y Luciana alcanzaron la suspirada tierra de Tiro, y en ella una muerte venturosa. Antinágoras tuvo en Tarsiana el mejor premio de su virtud. Era hombre bueno este Antinágoras, y es lástima que no haya sido cristiano para que pidiéramos por su alma.

7. DON RODRIGO CALDERÓN

I. El rey ha muerto: viva el rey

Pésimo es el cuadro de las costumbres públicas en la época que va del tercer Felipe a Felipe IV, y todo él está como condensado en los *Grandes anales de quince días*, de Quevedo. Muere un rey y le sucede otro rey; unos poderosos se humillan y otros se levantan. Quevedo sorprende así el instante en que giró la rueda fatídica y —exacerbados los temores y también las temeridades— los cortesanos de presa iban y venían, enloquecidos, las pasiones al descubierto.

Todo, hasta los actos justos, tomaba entonces cierto aire de corrupción. Y en cambio, las prevaricaciones y el cohecho pasaban por lícitos, si eran a ciencia y paciencia del monarca. Los defensores de D. Rodrigo Calderón no tratarán de salvar —ni era posible— la moralidad de su reo, sino de arrojar francamente, y con un valor que aun en esta época de reivindicaciones nos desconcierta, todos los delitos de D. Rodrigo a la cara del rey, que los había consentido y autorizado todos.

Lívido, trabajado por el estudio y las desgracias políticas, preso en su Torre de Juan Abad, Quevedo, discípulo de los estoicos, gran letrado y gran diplomático, depositario de secretos del reino, conocedor de la miserable avaricia de los señores, agente él mismo para contratar, en nombre de Osuna, el favor de este conde, aquel duque y el otro confesor de Su Majestad, contempla el cuadro detrás de sus fríos espejuelos, y escribe, con aquel estilo cabalístico y para pocos, en términos que parece elogiar lo que en el fondo está censurando:

> Yo escribo, en el fin de una vida y en el principio de otra, de un monarca que acabó de ser rey antes de empezar a reinar, y de otro que empezó a reinar antes de ser rey.

II. El proceso

Felipe III —tras de haberlo favorecido y aun hecho absolver de varios cargos, de modo que los defensores pudieron más tarde alegar la excepción de cosa juzgada unas veces, y siempre la orden o el consentimiento expresos del rey— mandó procesar a D. Rodrigo Calderón, que había caído de su gracia. Le prendieron en Valladolid, noche del 20 de febrero de 1619, y al fin le trajeron a Madrid y encerraron con gran rigor y estrecha vigilancia en un cuarto de su propia casa —calle Ancha de San Bernardo—, ya despojada de todos sus bienes y comodidades, que habían sido famosos.

El 7 de enero de 1620 se le dio tormento. Uno de sus jueces, Corral, se apiadó de él, y con su mismo pañuelo le enjugó la sangre que los cordeles le habían hecho brotar.

La leyenda ha hecho de Corral el juez bueno: él se oponía a la sentencia de muerte, considerando que la prisión y tormento eran ya bastante castigo. En cambio, el juez Contreras, que propuso la degollación, pasa por el juez malo, aunque abundan en abono suyo las razones. Y el tercer juez, Salcedo, "que con su voto resolvió el empate a favor de la muerte de Calderón, ha merecido de la posteridad el cómodo homenaje de la indiferencia".*

Los defensores —Mena, Molina, Cueva, Tripiana— aparecen a la defensa cuando ya la desgracia de Calderón era evidente y acaso no tenía ya ni con qué pagarles.

Entre los innumerables cargos —extralimitación de facultades; ocultación de papeles y expedientes, como los del secretario de Felipe II, Antonio Pérez, que se rumora que Calderón había recogido en Francia; procesos llevados irregularmente por su intervención; muertes ilegales—, sobresalen las acusaciones de hechicería, la imputación de haber

* A. Ossorio, *Los hombres de toga en el proceso de D. Rodrigo Calderón.* Madrid, "Biblioteca Nueva", 1918.—Conviene comenzar la lectura por el apéndice número 1. El libro contiene aclaraciones sobre la personalidad de los abogados defensores de Calderón. Es interesante el apéndice número 5, que da una bibliografía de la materia. Ignora, entre los documentos literarios, las poesías de Góngora que hacen al caso. De Corral hay, en el Prado, un hermoso retrato, hecho por Velázquez. Ossorio cita el de Ezpeleta. En el monasterio de Portacoeli hay una estatua orante de D. Rodrigo, acompañado de su mujer, mandada labrar por su hijo el Conde de Oliva. (Vicente Poleró, *Estatuas tumulares*, Madrid, 1902, pág. 37.)

mandado dar muerte al brujo Francisco de Juara (único cargo que confesó, disculpándolo por razones de honra), y la complicidad en la muerte de la reina Margarita de Austria, en connivencia delictuosa con algún doctor o persona de palacio.

Sobre esto dice Quevedo:

> Sobrevino a la santa reina el parto con achaques a propósito, pues en tres días de mudarle los pegadillos de los pechos murió con lástima y sospechas. Enfurecióse el sentimiento, que fue grande con la falta de reina tan grande; y decían todos que la vida de Su Majestad había muerto de abreviada y no de enferma, y que de su fin tenían más culpa los malos que los males.

Pero lo que había de cierto es que a D. Rodrigo no le pesó mucho aquella muerte, que allanaba obstáculos a su valimiento. Y, pues era algo brujo, hemos de creer que, en viendo enferma a la reina Margarita, se ha de haber conformado con pasarle un alfiler por el pecho a alguna de sus muñecas mágicas.

Felipe III pudo, en sus últimos días, inclinarse al perdón; pero cuando éste murió, también D. Rodrigo se dio por muerto. La animadversión contra D. Rodrigo había llegado a tal extremo, que "se ha tenido por delito en la lealtad —escribe Quevedo— nombrarle sin maldición ni oprobio". El pueblo odiaba en D. Rodrigo la representación de un régimen de injusticias; pero acabó por arrepentirse ante la grandeza con que la víctima propiciatoria resistía su desgracia, que de todos modos fue abrumadora.

El 21 de octubre de 1621, D. Rodrigo fue ejecutado ante una multitud en lágrimas. Ya lo dice Quevedo, gran poeta del epitafio:

> La muerte de D. Rodrigo Calderón fue la que vivió, y su vida no fue más que su muerte.

III. Don Rodrigo

¿Quién era, pues, este D. Rodrigo Calderón, marqués de Siete Iglesias, conde de la Oliva, comendador de Ocaña, capitán de la guardia tudesca, regidor de tres villas, registrador, alguacil mayor de Cancillería, alcaide de cárcel, co-

rreo mayor, mayordomo de obras y archivero mayor en Valladolid —para no citar otros cargos que tuvo en Plasencia—, secretario de la cámara de Felipe III y brazo derecho del duque de Lerma? ¿Quién era éste cuyo proceso parece el proceso de dos monarcas, ministro sin serlo, y poderoso entre poderosos, a pesar de que todos parecían odiarle?

Hijo de un capitán de Flandes y de una flamenca, pretendió pasar por bastardo del duque de Alba, "queriendo más —escribe Quevedo— ser mocedad y travesura del duque que bendición de la Iglesia". De tal modo se introdujo en la voluntad del duque de Lerma, que algunos

> daban a entender que le quería bien porque le temía; pues las más veces a los príncipes es amable el que, cuando quisiere, les puede acusar; y medra más el partícipe que el benemérito. Ésta, sin duda, fue malicia mal fundada, pero bien creída.

Al fin, se adueñó de todo el despacho del monarca, y para obtener los cargos sólo le bastaba acordarse de ellos. El ver lo que alcanzaban sus medros casi es un placer para la imaginación. Ejemplos: tenía el privilegio para tratar en las piedras de tahona y de barberos que venían de fuera del reino con rumbo a las Indias Orientales; percibía un maravedí sobre las bulas de la Cruzada impresas en Valladolid; cobraba el derecho del palo del Brasil, que venía a Lisboa, y la mitad del "Bulio", o sean 30 quintales de caracoles, que era la moneda corriente entre los negros.

Don Rodrigo Calderón, sin ser nada, lo era todo en el reino: era el favorito. Si era amable, no lo sabemos. Acaso, como dice Quevedo que se sospechaba, era más bien cómplice, y como tal, poderoso mientras indispensable. Sus contemporáneos están de acuerdo en negarle el don exquisito de la sonrisa. Tenía singular habilidad para despachar con cajas destempladas a los inoportunos, y le daban con frecuencia esta comisión.

Se ha dicho que en Francia la correspondencia es el verdadero sistema de gobierno. Pues aquí, donde la política la hace la conversación, la hace el trato, el don de gentes, la palmadita en el hombro, el guiño, el "¡Vaya usted con Dios!", el "¡Dichosos ojos!" y el ser muy campechano y barbián, ¿cómo explicarse el encumbramiento de un hom-

bre de tan malos modos? No hay duda, don Rodrigo era un cómplice o, como dice Quevedo, un "partícipe": a veces los gobiernos mandan cortar los nudos gordianos con la espada, y hay hombres para todo.

Don Rodrigo sabía muy bien que no era amado, y aun padecía unos terrores proféticos. Pocos meses antes de que lo arrestaran, hallándose en plena fiesta de toros y cañas a que asistían los reyes, triunfante de lujo y de poder, a vista de las damas, príncipes, señores y consejeros y millares de hombres, en su hermoso caballo, reverenciado de todos, empuñando el bastón de capitán de los tudescos, de pronto el corazón le dio un salto y dijo para sí, según después lo contaba a su confesor:

> —¡Válgame Dios! ¡Que me vea en tanta fortuna sin merecerlo! ¿Qué sería de mí si los que ahora me ven triunfando, y otros tantos más, me vieran algún día en esta plaza quitarme la vida afrentosamente, como tanto temo?

Y no pudo conciliar el sueño en toda la noche.

Desconfiado siempre, acude a las fuerzas sobrenaturales para que le valgan en aquella vida de sobresaltos. Los jueces, más tarde, supieron descubrir ciertos talismanes que guardaba escondidos. Sus amigos pretendían que eran, aparte de algunos muñecos inofensivos, cajas de hilo de Portugal, de las que los elegantes compraban para sus mujeres; pero la verdad es que eran "cosas de conjuros y materias de hechizos", y entre ellas una invocación a la verbena en que se la pedía el triunfo sobre todos los poderes temporales y espirituales de la tierra, y se acababa nombrando la cabeza de San Juan Bautista. ¡Tétrica invocación en el que había de morir descabezado! La sentencia mandaba: que sea "degollado por la garganta, hasta que muera *naturalmente*".

IV. Validos y favoritas

En ninguna parte mejor que en los procesos jurídicos puede estudiarse la realidad social cruda y cínica, donde se llama por su nombre a lo que apenas podemos traslucir entre los renglones de la Sátira. Y, tocando la paradoja, digamos con el discreto Ossorio: "En la vida política, hasta

la verdad es mentira; en la forense, hasta la mentira es verdad."

Y cuando una sociedad depende de un rey, como en tiempos de los Felipes, ¿qué proceso más revelador que el de un favorito? El favorito, debilidad de un monarca omnipotente, viene a ser entonces el símbolo de todas las cosas censurables. La favorita, la cortesana del rey, nunca tuvo tanta influencia en España como allende los Pirineos, limitación proporcionada a la que ha tenido en la vida la mujer española.

En Francia, la favorita puede ejercer una acción inmensa. Levantemos el telón de nuestro diminuto teatro histórico: salga un muñequillo real de poca consistencia, y sea, por ejemplo, el rey Luis XV, que tenía cierto buen sentido y cierto ingenio, pero que era débil y aun despreciable. No bien le hemos hecho salir, ya tenemos a su lado una muñequilla que lo ampare y sostenga: *Cherchons la femme,* lector amigo; sepamos quién es esa mujer. Voltaire la ha calificado un día de "griseta", porque estaba de mal humor. No hay tal: la damita es una burguesa —"flor de las finanzas" se la ha llamado—, y por añadidura, la mujer más linda de París. Las artes del tocador y de la perfumería conservan como una reliquia su nombre. Fue, por afición, impresora y grabadora, imponiendo en todas partes su estilo. Dio a las porcelanas de Sèvres un impulso en que se nota su genio. Fue, finalmente, maestra de las costumbres del rey. Tal era Madame de Pompadour.

Cuando, al correr los años, comprendió que ya no podía ser la amante de Luis XV, se dedicó a ser su ministro. Gobernó conjuntamente con M. de Bernis y M. de Choiseul. Y así anduvo la política francesa dando traspiés, perdida de sus caminos tradicionales.

Todo esto pudo ser posible porque Madame de Pompadour, buena hija de su pueblo, era mucho más que la debilidad de un monarca. Era, por la belleza y talentos, una princesa natural. En el pastel de La Tour se la representa entre cuadernos de música, esferas y libros filosóficos, como a una verdadera musa francesa.

Cambiemos ahora el escenario: otra sensibilidad, otro ambiente. ¿Qué nos dicen nuestros Cabanès, especialistas

de la historia secreta? Veamos, señor marqués de Villaurrutia, gran conocedor de los interiores de Fernando VII; veamos, amigo Ricardo Fuente:

> La Historia de España —dice éste— está llena de enseñanzas a este propósito. La Guzmán y la Padilla fueron dos favoritas que por derecho propio entraron en la *grande* historia y llenaron sus páginas con el resultado de sus amores.*

Y después habla de Leonor, amiga de D. Alfonso XI. Luego en todas partes cuecen habas. Pero distingamos: estas favoritas de España no impusieron sello a la vida nacional, ni al arte ni al genio de su tiempo. Limitábanse a hacer cumplir sus caprichos en materia de mercedes, cargos, castigos y perdones; casi siempre eran la almohada de su señor; pocas veces fueron el brazo, y nunca la mente. Aquí el verdadero peligro son los validos, los suplantadores.

* R. Fuente: *Reyes, favoritas y validos.* Madrid, Biblioteca Nueva, 1918.

8. GRACIÁN Y LA GUERRA

El crítico de *The Times*, de Londres, asegura que la literatura de la actual guerra ha dado, hasta hoy, sus mejores frutos, para Francia, en la prosa, y para Inglaterra, en la poesía. Y trata después de explicarlo con una pequeña teoría sobre las características espirituales de una y otra nación. (Por de contado que no hacía falta inventar una teoría para un simple hecho.) En todo caso, no quiere esto decir que haya salido de las filas inglesas una obra suprema, sino que el nivel medio de aquella producción poética es alto, y a veces alcanza hermosa elocuencia como en los *Days of Destiny* de Lord Gorell.

En cuanto a Francia, bastante conocido es ya el libro de Barbusse *(El fuego)*, que, pasado el primer entusiasmo, comienza a provocar una reacción, de carácter no precisamente literario, en una parte de la opinión francesa. Según algunos, el libro de Barbusse no es el mejor aliciente para el patriotismo. Otros lo contraponen al libro del capitán Bernard Adams, *Nothing of Importance*, donde aseguran que el humorismo nunca llega a excesos grotescos.

La era de la literatura bélica en que todavía nos encontramos comienza con Stendhal. La guerra misma puede haber cambiado de entonces acá, pero el procedimiento de representarla literariamente ha cambiado mucho menos.* Antes de Stendhal (y prescindiendo de antecedentes arcaicos como los combates individuales de la *Ilíada*, destinados a una sociedad educada en el manejo de las armas), antes de Stendhal, el escritor, como en esos cuadros de Snayers que vemos en las galerías del Prado, quiere abarcar panorámicamente el plano del combate, y darnos un relato tan impersonal como intelectual, semejante a lo que puede ser un informe del Estado Mayor ante una carta de campaña. Stendhal, aquí como en muchos otros terrenos, rompe el convencionalismo, y nos traza un cuadro personal, incongruente y fragmentario: el combate visto, ya no desde los ojos del

* Excepción: la extrema izquierda del cubismo.

general en jefe, sino desde los ojos de un combatiente, que no sabe casi nunca dónde está ni adónde le llevan. Tolstoi decía que ni Napoleón podía predeterminar de un modo absoluto el proceso de una batalla, ni aun darse cuenta de todas sus fases: la noche misma que pone término a una batalla, comienza a formarse una historia artificiosa de ella; la batalla va siendo conocida a medida que se desarrolla, y el tumulto mismo de los sucesos acaba por borrar el tumulto del conocimiento que ellos engendran; sólo van quedando las nuevas situaciones, los nuevos estados de ánimo que se producen. Finalmente, cuando se percibe la trascendencia política del choque armado, todos los recuerdos se organizan, con algo que llamaríamos "parcialidad lógica" en vista de la importancia social que el combate pudo tener. El héroe de Stendhal en *La cartuja de Parma* asiste, sin saber lo que hace, a la famosa batalla de Waterloo.

Hay, entre otros, un antecedente curioso en la literatura española, donde la representación panorámica y la individual parecen mezclarse, como, en el caso, se mezclaron los hechos. Trátase de un episodio vivo y no fingido, y lo que nos interesa en el relato es, precisamente, lo que tiene de impresionismo; no lo que hay en él de explicación general.

Por el año de 1646 predicaba Baltasar Gracián en Valencia. Un día, llevado de su desmedida afición por las agudezas, se permitió la graciosa travesurilla de anunciar a sus feligreses que iba a abrir y leer en plena cátedra una carta que le había llegado de los Infiernos. No contaba con la falta de humorismo del dogma; la autoridad eclesiástica le obligó a retractarse públicamente. Nunca más perdonó Gracián a Valencia aquel amargo recuerdo. "Valencia —escribe todavía diez años después—, Valencia: llena de todo lo que no es sustancia."

Por el mismo año en que Gracián predicaba en Valencia, el marqués de Leganés organizaba un ejército para acudir en defensa de Lérida, la cual se mantenía a la sazón difícilmente bajo el mando del heroico Brito, contra las tropas francesas que la tenían cercada. Pidieron al patriarca de Valencia algunos capellanes para el ejército, y entre ellos fue designado el peligroso predicador Gracián: ¡que

se fuera cuanto antes a cartearse con el Infierno a otra parte!

Y Gracián, que siempre había creído en el contagio de las cualidades heroicas y aun había escrito libros jactándose de saber formar héroes (libros no muy diferentes, en cuanto a la última tendencia, a algunos de esos vulgarísimos libros de Samuel Smiles), tuvo ocasión de asistir a la victoria de Lérida y —a creer su propio testimonio— de comunicar a los combatientes algo de valor sobrenatural.

El relato, sólo impreso hasta hoy en publicaciones eruditas, se conserva en una carta —Biblioteca de la Academia de la Historia—. Está redactado en ese estilo sencillo de que usa Gracián cuando quiere escribir al gusto de los demás y no a su manera. Como Gracián se enteraba un poco de lo que pasaba en el Cuartel General, no es extraño que supiera la llegada de los mil jinetes del duque del Infantado, los tercios de Pablo de Parada —su grande amigo—; no es extraño que conociera la orden de juntarse frente a Lérida, más abajo de Castel de Alís. Y ésta es, justamente, aquella parte de su relato que menos nos interesa, y que hemos llamado "panorámica".

Entre el 20 y 21 de noviembre se dio el ataque, después de un día lluvioso, que la gente había pasado "sin algún abrigo de fuego". Fingieron que iban hacia Flix, y de pronto cayeron sobre el enemigo descuidado.

> Cuando yo supe que íbamos a embestir, habiendo hecho alto todos los escuadrones en frente de banderas, me fui de uno en uno y les hice breve exhortación, arrodillándose todos y llorando los Maeses de Campo, títulos y señores. Luego los absolvía y aplicaba el jubileo de las misiones que había publicado. Fue esto de tanta importancia que se levantaron gritando: "Peleemos. ¡Viva el rey nuestro Señor, y la santa fe católica!"; que arrojaban en alto los sombreros. Venían a porfía por mí los Maeses de Campo para que les diese ánimo a su gente, y absolverlos. Y hubo cabo que dijo que importó tanto esto, como si se les hubieran añadido cuatro mil hombres más.

A todo esto, Gracián era la única fuerza espiritual de las tropas, pues sus compañeros religiosos estaban unos enfermos, y prisioneros los otros.

Encendieron fogatas en el campamento para engañar al

enemigo, haciéndole creer que descansaban, y se hizo el ataque por la noche:

> Corría un viento furioso y frío que nos derribaba de los caballos. Temíase mucho que nos impediría, ya porque arrebataría la pólvora en desatapando los fogones, y no se podría disparar, ya porque daba a unos en los ojos y a otros de lado.

Con todo, por intervención providencial, dice Gracián, el cielo se serenó de súbito.

El duque de Harcourt se había retirado a descansar. Para después de media noche los franceses esperaban refuerzo. El ejército español, que primero se mandó que atacara a la madrugada, atacó a las once de la noche, adelantándose casualmente a los refuerzos del enemigo: "Otra providencia y favor del cielo."

Entre las tropas españolas, unos llevaban "escalas, fajinas, muchos instrumentos de garfios para asir las trincheras", y otros "unas granadas como nueces que, en asiendo, pegan fuego y revientan arrojando cuadrados y balas".

El héroe de la acción fue el capitán Pablo de Parada, el primero que trepó por la escala, y el que estuvo en todo. Nueve veces fue rechazado el duque de Harcourt. A poco, llegó el barón de Butier con la caballería de Borgoña, trayendo los esperados refuerzos. "Llegó a la línea. Dijéronle: *Qui va là?* Entonces dio su carga, y como eran pocos los que guarnecían, luego huyeron." Pero el auxilio llegaba tarde, y mientras esto sucedía por aquí, el duque de Harcourt huía por allá, quemando el puente a sus espaldas. Llegó a Blaguer con treinta caballos. El combate había durado cuatro horas. Quedaron sobre el campo hasta cuatrocientos muertos. "Eran blancos como la nieve, y más, las melenas rubias; mezclados con los caballos, que en mi vida vi espectáculo tan horrendo." Todavía pudo confesar a algunos Gracián.

Después, pasaron las manos sacrílegas sobre el campo, y todos quedaron desnudos. "Hasta D. Carlos de Mendoza estaba en cueros con dos heridas: una que le atravesaba del cuello al costado, y otra en la cabeza."

Y concluye Gracián:

> Débese la victoria principalmente al valiente Pablo de Parada, y confieso... que yo tuve alguna parte; de modo que ahora todos los soldados y aun señores, cuando me ven,

me llaman *El Padre de la Victoria.* Diome el Señor su espíritu aquel día para exhortarles y disponerles, y una voz de clarín. ¡Sea el Señor glorificado por todo!

Aunque el anterior relato lleva el sello de la verdad, Gracián era demasiado erudito en lances valerosos (de que había formado libros enteros) para no confundirlos a veces con sus recuerdos. Así, hay un pasaje en que nos cuenta cómo el duque de Harcourt vino al suelo con el caballo herido, y "dos caballeros suyos le retiraron, diciendo que el lugar del general no era donde le matasen, sino donde matase él". Este episodio, muy posible en sí, tiene algo de tema obligado, de retórico, y recuerda las estampas viejas de las *Vidas* de Napoleón.

Otra vez, contando cómo subió por la escala Pablo de Parada, escribe:

> Un soldado arrimó otra escala y fue luego a subir por ella. Llegó el Maese de Campo Pablo de Parada a subir por ella, y el soldado le arrojó, que no le quería dejar subir primero. Díjole: "Oh, traidor, ¿a tu Maese de Campo no dejas subir?" Dijo él: "Perdone vuestra merced, que no le había conocido." Y, queriendo subir otro caballero, camarada del Maese de Campo, lo rechazó el soldado y dijo: "Eso no; suba vuestra merced después de mí."

Ahora bien, tampoco este suceso es inverosímil, pero también tiene toda la traza de un tema retórico: es el consabido "incidente de trinchera", destinado a poner de relieve el arrojo del capitán que lucha por afrontar el primero al enemigo. Si el lector tiene a la mano las *Obras poéticas* de Garcilaso y Boscán que acaba de publicar Díez-Canedo, abra el prólogo por las páginas 20 a 21, y leerá un suceso análogo relativo a la muerte de Garcilaso —también Maese de Campo—, que cuenta cierto García Cerezeda —también testigo presencial—, en su *Tratado de las campañas de Carlos V.* La situación, la disputa sobre subir el primero, son las mismas.

El género literario parece, pues, haber tenido sus lugares comunes. Y acaso conviene reflexionar en ello para no tomar al pie de la letra la descripción que se nos da de la muerte de Garcilaso; no es la situación imposible, pero tam-

bién pudiera tratarse de una manera pintoresca y sintética de contar la muerte de un capitán en un asalto.*

Todo este cuadro de trincheras y granadas de mano parecía, hasta antes de la guerra, cosa pasada para siempre; todo ello parecía definitivamente substituído por la romántica batalla campal de la era napoleónica. En efecto, ya se sabe que al iniciarse la guerra, el ejército francés carecía de proyectiles de trinchera, y tuvieron que improvisarse las granadas de mano con latas de conservas alimenticias. Después se vio que habíamos vuelto a la guerra de fortificación y trinchera.

Así, unos perfiles de la guerra antigua reaparecen y otros, hasta hoy desusados, van resultando bellos a fuerza de la costumbre. El futurista encuentra más grandeza en el cálculo matemático que determina la puntería del cañón, que en una carga de caballería a la antigua usanza. La pesada nube asfixiante substituye al ataque a la bayoneta de las claras tradiciones francesas. A principios de siglo, Robert de la Sizeranne hablaba de la decadencia estética de la guerra, y comparaba un cuadro de Vernet, en que se ve a Napoleón a caballo, rodeado de sus mariscales empenachados, con una fotografía en que se ven tres generales yanquis estudiando sobre las rodillas un plano de campaña, allá en los inolvidables campos de Cuba.

1918.

* Ver, *infra*, "En la casa de Garcilaso", especialmente pág. 491.

9. FELIPE IV Y LOS DEPORTES *

LA DIGNIDAD de los oficios y los ejercicios humanos varía con los años y las costumbres. Cuando los hombres vestían —su cara y su cuerpo— de relumbrón, el oficio de bordador pudo ser estimado en más que el de pintor. El de filósofo, hubo época en que se apreció más que ninguno: los filósofos eran emperadores. Más tarde, los escritores fueron consejeros del Trono. Ha habido tiempos en que los abogados gobiernan a los pueblos; tiempos en que los gobiernan los soldados o los sacerdotes; después, los capitalistas; mañana, los obreros. A cada época corresponde una nueva moral, una adecuada subordinación de valores. Y a nueva vida, nuevos esparcimientos: el juego —lírica representación de la vida— refleja, como un acto puro y sin propósito, los ademanes de los oficios. Cuando los monarcas eran guerreros, su juego vino a ser la caza: caza de volatería, caza venatoria . . . ¡Halcones, lebreles, monteros, cuernas y trompas, fuga de ancas tordillas y plumeros estremecidos! Los monarcas de España siempre han sido grandes venadores. A veces, hasta pudo creerse que la caza era el principal de sus oficios. Así decía Nicolás Fernández de Moratín "que no es la caza imagen de la guerra, sino la guerra imagen de la caza". En la época de los Felipes, Velázquez retrataba en traje de caza a los varones de la familia real.

Felipe IV fue uno de los primeros venadores que hubo en su siglo. Juan Mateos, en su *Origen y dignidad de la caza* (1634), dice de él:

> De tierna edad alanceaba los jabalíes con tanta destreza, que era admiración de los que le veían; y de tal suerte lo ha adelantado S. M., que ha mandado que, cuando los corre, no suelten perros que los apiernen, sino buscas que los sigan. Por esto, como sus antecesores gloriosos le hicieron monarca

* Este artículo se relaciona con el artículo: "Ruiz de Alarcón y las fiestas de Baltasar Carlos" (*Capítulos de literatura española*, 1ª serie, México, 1939, págs. 217-228).

de tantos imperios, su destreza con la lanza y con la pólvora le hace monarca de las poblaciones del viento y del pueblo de los bosques.

En verdad, esta afición a la caza era en algo un arte de gobierno. Porque el tener divertidos a los poderosos ha sido, a veces, mejor regla para reinar y más fácil que el peligrosísimo empeño de "dividirlos" según el estilo maquiavélico. Suárez de Peralta, en sus *Noticias históricas de la Nueva España* (1550), dice, refiriéndose al virrey D. Luis de Velasco y sus deportes:

> Era muy lindo hombre de a caballo; jugaba a las cañas, con que honraba a la ciudad; que yo conocí caballeros andar, cuando sabían que el virrey había de jugar las cañas, echando mil terceros para que los metiesen en el regocijo... Con esto los tenía a todos muy contentos, y no pensaban en más de sus caballos y halcones, y en cómo dar gusto al virrey, y ellos en honrar su ciudad con estas fiestas y regocijos.
>
> Cierto que el virrey que hubiere de gobernar aquella tierra ha de tener grandísimo gusto desto, y animar los caballeros a que se ejerciten en estos tan virtuosos ejercicios, para que no den en lo que dieron después de muerto este caballero que todo lo tenía llano. Y no había quien se acordase de rebelión ni por pienso, sino todos trataban de caballos, justas, sortijas, juegos de cañas, carrera pública; y estaban con esto tan contentos, que yo oí decir a un hombre muy desenvuelto, tratando cuán padre de todos era el virrey D. Luis: —Yo juro a Dios que si el Rey enviase a quitar a todos los pueblos y las haciendas, que los consolaba el virrey y hacía olvidar este daño, con hacer sonar un pretal de cascabeles por las calles, según están todos metidos en regocijos—. Y tenía razón, porque la tierra estaba muy quieta y buena.

Y lo que del virrey decía el "hombre desenvuelto" de Suárez de Peralta, ¿quién duda que puede aplicarse, por mucho, al rey Felipe? Alonso Martínez de Espinar, en su *Arte de ballestería y montería* (1644), admira la destreza de Felipe IV para alancear jabalíes a caballo; admira "la igualdad de sus parejas, la disposición y velocidad de sus escaramuzas", su gracia para dar aires a la lanza como ninguno; sus ejecuciones seguras en la sortija y en la visera.

> A veces —dice—, corriendo por monte desigual, ha dado muerte en un día a tres jabalíes, reventando caballos. Con el

arcabuz, nadie le iguala. Con bala ha muerto más de seiscientos venados y mayor cantidad de gamos, y más de ciento y cincuenta jabalíes; lobos, más de cuatrocientos.

Tan consumado es también en el tiro al vuelo:

> Años que el monte del Pardo tiene mucha bellota, acuden a ella grandes cantidades de palomas torcaces y zuranas; pónenles señuelos en las encinas, con que las llaman, y asimismo en el río, en los bebederos que ellas toman... En un bebedero, desde las dos de la tarde hasta las cuatro, mató ciento y treinta cobradas, sin otras muchas que no parecieron... Es tan grande su agilidad y presteza, que teniendo en el puesto cuatro arcabuceros, y cargándolos yo y Juan de Cepeda, que me ayudaba en este oficio, no tenemos manos para dárselos a tiempo.

Y sigue con la cuenta de los conejos y perdices, que es inacabable.

Felipe IV, para no abandonar el servicio del reino, llevaba consigo a sus cacerías dos secretarios, y nunca salía en días de fiesta religiosa, ni en viernes, que era día que consagraba a hacer justicias.

En la caza de jabalíes, superaba a todos sus ballesteros, por su conocimiento del instante en que hay que levantar a la res, dónde se la debe concertar y por dónde arrancará a la huída. Tenía unas telas de cáñamo torcido, muy fuertes y altas, con que encerraba a los animales dentro del bosque, en un contorno de una legua. Las había traído de Alemania Carlos V. Treinta y seis monteros, a las órdenes del marqués del Carpio, apenas bastaban a sujetarlas de los árboles y estacas. Llevaban consigo también unas redes para coger lobos, zorras y jabalíes. Con telas y contratelas, se logra encerrar al jabalí y conducirlo, como por calles, hasta una especie de plaza, donde las damas de la Corte en carrozas, y el Rey y sus caballeros a caballo, en traje de montería y a la jineta, atacan al jabalí con horquillas de asta de pino y hierros dorados. El Rey quiebra muchas horquillas resistiendo el golpe del jabalí. Cuando el jabalí está muy cansado, le sueltan los perros.

Felipe IV gustaba de seguir a los jabalíes y ciervos a todo correr y matarlos sin que los acosaran los perros. En noviembre de 1621 escribía Góngora en una carta:

Su Majestad (Dios lo guarde) corrió muy grande peligro de precipitarse en Balsaín, habiendo herido un ciervo y queriéndolo seguir; mas, llegando a una barranca de tres o cuatro lanzas de altura, hubo de pasar, y, pendiente sobre ella, ver el cobro que ponían los sabuesos al ciervo. Al mismo punto, dos lebreles que tenía un lacayuelo de laja, arrastrando al que los tenía, pasaron por Su Majestad cada uno por su lado, cogiendo la laja que los prendía al caballo por las piernas y haciéndole asentar las caderas, quebrándose a este tiempo la cuerda.

Donde ocurrieron dos milagros: no caer el caballo hacia delante, y quebrarse la cuerda, que era de cerdas y más gruesa que el pulgar. Quedaron muertos los circunstantes, y el Rey tan poco escandalizado, que preguntó qué había sido aquello. Votó fiesta al día, que fue el de las Vírgenes; y observóse que fue en el que se hizo la justicia de D. Rodrigo *(Calderón, marqués de Siete Iglesias)*, para que se note que Dios lo guardó a la misma hora casi que él estaba haciendo este servicio a su Divina Majestad...

Gutiérrez de la Vega ha recogido curiosas noticias sobre las destrezas de Felipe IV, y consagra un capítulo aparte, bajo un título seductor *(Felipe IV honrando a las hembras de los bosques)*, al cuidado que el Rey ponía en no matar nunca a las hembras. El estudio de Gutiérrez de la Vega precede a una reimpresión moderna del *Anfiteatro de Felipe el Grande,* que publicó en 1631 D. José Pellicer de Salas y Tovar. El *Anfiteatro* es una recopilación de versos que compuso la musa cortesana para celebrar una hazaña de Felipe IV. La ocasión es pintoresca. En su estudio sobre *Don Juan Ruiz de Alarcón,* Fernández-Guerra la describe prolijamente.

He aquí cómo fue:

El 13 de octubre de 1631, para celebrar los años del príncipe Baltasar Carlos, ordenó el conde-duque de Olivares un combate de fieras en la plaza del Parque (jardines del Campo del Moro). Toda el arca de Noé y las fábulas de Esopo —como decía Quevedo— dieron su contingente a la fiesta. Viose entonces a un toro del Jarama triunfar de un león, de un tigre y de un oso, y morir después al tiro de arcabuz que le asestó el rey Don Felipe IV.

Pellicer, en el prólogo de su *Anfiteatro,* dice:

> El Rey pidió el arcabuz... Y sin perder la mesura real ni alterar la majestad del semblante con los ademanes, le tomó con garbo, componiendo la capa con brío; y, requiriendo el sombrero con despejo, hizo la puntería con tanta destreza y el golpe con acierto tanto, que si la atención más viva estuviera acechando sus movimientos, no supiera discernir el amago de la ejecución, y de la ejecución el efecto; pues encarar a la frente el cañón, disparar la bala y morir el toro, habiendo menester forzosamente tres tiempos, dejó de sobra los dos, gastando sólo un instante en tan heroico golpe. La sangre... se vio primero enrojecer la plaza que oyese el viento el estallido de la pólvora. Despertó el aplauso popular tan hermoso golpe.

Y después añade Pellicer este comentario técnico, que doy por lo que valga:

> Deliran, cierto, los que presumen mayor acierto matar un pájaro al vuelo que un toro parado; que esto es tener poco de cazadores y mucho de temerarios. Porque, extendiéndose la munición en el aire, forma una ala que hace facilísima la muerte de cualquier ave; y un toro ha menester, para morir de un golpe, que se le apunte al remolino de la frente, que es un breve blanco.

1916.

10. NAPOLEÓN I, ORADOR Y PERIODISTA

NAPOLEÓN —hombre representativo de Emerson, huésped de honor en la espléndida galería de Carlyle— ha tenido el privilegio de provocar un verdadero frenesí exegético. Se ha estudiado su capacidad, o su incapacidad, para todas y cada una de las actividades humanas, y hasta se ha llegado —con el neo-evhemerismo que estuvo a la moda hace algunos años y de que tanto se burlara Andrew Lang— a declarar que Napoleón nunca ha existido, que no es más que un mito solar, representación simbólica del culto primitivo del sol. Y esto, sin embargo, en un pueblo tan amigo de cargar las ventanas con visillos, transparentes (opacos) y cortinas y cortinones, que Chesterton no encontraría mejor campo para estudiar —entre sus "tremendas bagatelas"— los vestigios de un "culto" fundado en la "ocultación" del sol.

Gracián, en su valiente pedagogía, espera que el ejemplo del héroe suscite nuevos héroes. Emerson, al hablar de la utilidad de los grandes hombres, cree que, dentro de ciertos límites, el héroe está llamado a suscitar, con su ejemplo, héroes cada vez mayores. Así se adelanta —aunque sin exageración— a ciertas filosofías que han llegado a ser populares, y propone claramente la esperanza del superhombre: idea juvenil por excelencia. Frente a ésta, la idea adulta —que también es la idea burguesa, porque los veinte años son poetas, y los cuarenta "filisteos"— está representada en aquellas palabras del "viajero sentimental" de Sterne:

> —Yo creo, señor conde, que el hombre, como los instrumentos de música, tiene un registro limitado y que hay en él distintas escalas para responder a las necesidades sociales, como a las demás. Si se empieza con una nota demasiado alta o demasiado baja, se trastorna todo el sistema, y faltarán notas arriba o abajo de la escala... Creo que hay en el hombre cierto grado de perfección, más allá del cual le sería imposible avanzar. Si pretende superarlo, más bien que adquirir cualidades nuevas, simplemente cambia unas cualidades por otras.

Y los psicólogos nos dirán que, al menos en cuanto a la memoria —hilo del ser—, la observación del amable Sterne parece cumplirse exactamente.

En todo caso, una de las utilidades de los grandes hombres está en el consejo de modestia que nos dan con su vida. Porque el grande hombre que ha servido para una o varias cosas generalmente no sirvió para otras. Y hablar de "hombres universales" es una manera de hablar; y hablar —con los griegos, con Baltasar Gracián o con José Enrique Rodó— del "hombre de todas las horas", o es soñar un hermoso sueño, o es dar un nombre poético a ese discreto tipo de hombres sociales y solícitos que tienen cierta oportunidad en la conversación o que se dan maña para hacer mil cosas mediocres e insignificantes de verdadera *bonne-à-tout-faire:* sacar punta a un lápiz, divertir al nene, cambiar el fusible de la instalación eléctrica, hacer un guiso, contar un chiste, clavar un clavo, pagar el tranvía antes que nadie, conseguir un billete gratis para algún espectáculo. Amables criaturas domésticas, cuyo sitio está entre el hombre y el perro.

Por eso el precursor Gracián —"Nietzsche español", como le llamaba "Azorín" hace años—, disertando sobre la conveniencia de que el hombre de grandes empeños tantee sus aptitudes antes de arriesgarse, y escoja para la obra de su vida su mejor prenda, la "del quilate rey", lanza estas verdades como a puñados:

> Dudo si llame inteligencia o suerte al topar un héroe con la prenda relevante en sí, con el atributo rey de su caudal.
>
> En unos reina el corazón, en otros la cabeza; y es punto de necedad querer uno estudiar con el valor y pelear otro con la agudeza.
>
> Conténtese el pavón con su rueda, préciese el águila de su vuelo; que sería gran monstruosidad aspirar el avestruz a remontarse, expuesto a ejemplar despeño: consuélese con la bizarría de sus plumas.
>
> No hay hombre que en algún empleo no hubiera conseguido la eminencia . . .

Pero —añade— lo difícil es acertar. Por eso los eminentes son raros. No hay quien se crea incapaz para las mayores empresas.

> Excusa es no ser eminente en el mediano, por ser mediano en el eminente; pero no la hay en ser mediano en el ínfimo, pudiendo ser primero en el sublime.

Atención, pues, a tantear bien cada uno sus propias capacidades.

Y entre los varios ejemplos que propone, éste sobresale:

> Nunca hubiera llegado a ser Alejandro español y César indiano el prodigioso marqués del Valle, D. Fernando Cortés, si no hubiera barajado los empleos; cuando más, por las letras, hubiera llegado a una vulgarísima medianía, y por las armas se empinó a la cumbre de la eminencia, pues hizo trinca con Alejandro y César, repartiéndose entre los tres la conquista del mundo por sus partes.

Es más que severa, injusta, la opinión de Gracián sobre la literatura de Cortés. El epistolario de Cortés —quien, desde luego, era menos "escritor" que César— tiene un valor humano innegable, cuando careciera de valor técnico —punto que para el "estilista" Gracián, vicioso de primores, era de la mayor importancia—. Pero todavía pudiera alegarse que, en este barajar empleos, dejando Cortés la pluma de Salamanca por la espada de Anáhuac, la pluma recibió beneficios de la misma espada, y lo que hubo de descubridor y conquistador en Cortés fue lo que dio encanto y belleza a sus imperecederas relaciones.

Pero volvamos al caso de Napoleón, entre cuyas múltiples aptitudes, la aptitud literaria —de que hasta los niños tienen noticia, por tal o cual célebre frase histórica— merece, sin duda, lugar aparte.

¿Qué hemos de esperar de la pluma de Napoleón? ¿Qué hemos de exigirle? ¿Le pediremos los primores técnicos que Gracián parece pedirle a Cortés? Sin duda que no.

Por lo demás, la literatura de Napoleón no es ya paradoja para nadie: el gran soldado merece, por derecho propio de gran orador, un puesto importante aun en los manuales universitarios. Gustave Lanson, que si de algo puede pecar es de filológica prudencia, dedica, en su *Historia de la literatura francesa,* tres páginas a la oratoria de Napoleón.

El 18 Brumario —dice— hizo callar a los oradores; durante quince años, sólo una voz se dejó oír: Napoleón gobernaba casi por la palabra, y fue el último de los grandes

oradores revolucionarios. Tenía, sobre los diputados de la Montaña, la ventaja de ser más preciso y menos verboso, e inventó una fórmula nerviosa, que parecía una aplicación literaria de la "voz de mando" militar. Se le ve buscarla en la vaguedad de sus primeros escritos, y desarrollarla después en sus cartas (nunca familiares) y aun en los papeles de Santa Elena. Lo mejor de su obra, en este sentido, va desde la primer campaña de Italia hasta más allá de Waterloo. Su elocuencia fue para él lo que era para los jefes de las democracias atenienses.

Esta elocuencia —añade Lanson— tenía su retórica y sus procedimientos. Bajo su rudeza aparente, es muy ordenada, muy clásica. La carta de pésame del general Bonaparte a la viuda del almirante Brueys es una verdadera disertación con un plan cuidadosamente trazado; las cartas del Emperador a las viudas de los mariscales Bessières y Lannes, más breves y donde se deja oír el tono del amo, son reducciones del mismo plan. Sus proclamas se pueden dividir por artículos y párrafos. Al principio, los orígenes revolucionarios de su elocuencia están muy manifiestos: las "falanges" republicanas, los "vencedores de Tarquino", los "descendientes de Bruto y Escipión", las "legiones romanas", "Alejandro", todos estos recuerdos de la antigüedad unen a Napoleón con los demás oradores de las asambleas francesas. Más tarde, en las arengas del Cónsul, en las del Emperador, ya son raros tales ornamentos enfáticos. También, en la época de la primera campaña, entre las "falanges" y los "Tarquinos", noto unos "hombres perversos" que proceden directamente de la prédica de Robespierre. Y noto también tal cual reminiscencia de autor latino. Por ejemplo, de Lucano: "Nada habéis hecho, puesto que aún os falta hacer algo." El futuro César estudia a César y a Tito Livio: "¿Se dirá de nosotros que supimos vencer y no aprovecharnos de la victoria?" A veces usa formas teatrales que recuerdan las declamaciones de la tribuna: "Pero he aquí que os veo ya correr a las armas . . . ¡Sea, pues: partamos!" Y ahora, algunos clisés: "Y cuando volváis a vuestros hogares, vuestros conciudadanos os señalarán diciendo: Ése es del ejército de Italia. Os bastará decir: He estado en Austerlitz, para que os respondan: He aquí un valiente.—Y podréis

decir con orgullo: También yo formaba parte de aquel grande ejército . . ."

Lanson da algunos ejemplos del laconismo napoleónico, haciendo ver que en el ataque rápido de la frase, cada palabra parece una detonación más intensa que la anterior. El pensamiento es claro, hecho para circular fácilmente por el alma de la multitud. Otras veces la frase, imperiosa, tiene un tono más personal, y la imagen se acerca más a Hugo que a la Montaña: la victoria marcha a paso de carga; el águila vuela de campanario en campanario hasta las torres de Notre-Dame. Al correr los años, Napoleón se fue emancipando de la retórica clásica de los revolucionarios, y como todos los buenos artistas cuando llegan a la hora terrible en que ya no les entiende la gente, se descubrió a sí mismo. Entonces deja salir, en sus alocuciones, frases como ésta: "La ropa sucia se limpia en casa."

En cuanto a Napoleón periodista . . . no: no lo busquéis en la *Antología del periodismo* de Paul Ginisty, donde sólo le vemos aparecer, entre nota y nota, en aquel aspecto del periodista que es el menos agradable de todos: el de enemigo de los demás periodistas. Hay que buscarlo en un libro reciente del antiguo director del *Figaro:* A. Périvier, *Napoléon journaliste.*

> Antes de abordar el tema —dice Périvier— hay que establecer que Napoleón fue un gran escritor, un maestro en el arte de expresar sus pensamientos, sin lo cual nunca hubiera sido un verdadero periodista.

—¡Alto! —le grita André Beaunier—. Querrá usted decir un "gran periodista", porque como periodistas "verdaderos", los hay que están lejos de ser grandes escritores. Y así sucede en general, como que hay muchos más periodistas verdaderos en sólo un año que grandes escritores en todo un siglo. Concedido que Napoleón haya sido un gran escritor. Chateaubriand es el único que se opone. (Lector: el mismo reparo de Gracián a Cortés.)

Pero el señor Périvier no para en pelillos: declara que, en la obra de Napoleón, sus victorias pasan al segundo término y se eclipsan en el girar de los siglos, sin duda para que su labor periodística pase a primer plano. ¡Peregrina reivindicación! Pero perdonemos todo, con tal de encontrar

en el libro del señor Périvier algunos datos que nos ahorren el trabajo de una investigación directa.

En 1796, estando en Lodi, Bonaparte dejó de sentirse simple general: un hijo le había nacido en el alma. Quería influir en el pueblo, en los pueblos. El 26 de agosto escribe al Directorio, desde Milán, sobre la conveniencia de que algún periódico oficial rectifique los absurdos de la prensa parisiense a propósito del rey de Cerdeña. El Directorio sólo contaba con una pobre hojilla, *Le Redacteur*, incapaz de hacer frente a la oposición. El Directorio no sabía defender a su general, y los periódicos en que se le atacaba llegaban a Italia. Napoleón enviaba sus respuestas al Directorio para que las hiciera publicar; pero, por las dudas, también las imprimía él en Italia, en hojas volantes que distribuía profusamente entre sus tropas. Napoleón pide al Directorio que haga cerrar los clubes políticos, que funde cinco o seis buenos periódicos constitucionales, que haga romper las prensas del *Thé*, del *Memorial* y de la *Quotidienne*. Napoleón cree en la gran influencia del periódico; desprecia personalmente al periodista. Hay que confiar a otras manos esa gran fuerza pública. Ya que el Directorio no quiere o no puede, él mismo funda un periódico en Milán, en 1797: *Le Courrier de l'armée d'Italie, ou le Patriote Français à Milan, par une Societé de Républicains*. El periódico duró hasta el 2 de diciembre del año 1799; pero se ha perdido. Poco después, Napoleón funda otro: *La France vue de l'Armée d'Italie, Journal de Politique, d'Administration et de Littérature Française et Étrangère*. En uno de los "fondos", invita discretamente a la nación francesa a no despreciar la opinión del ejército de Italia y de su jefe. La verdadera importancia de esta labor periodística —claro está— reside en que deja ver las intenciones de la persona no periodística que la inspira. No es, pues, periodismo puro.

En Egipto, Bonaparte funda el *Courrier d'Égypte* y la *Décade Égyptienne*.

Después de Brumario, el cónsul Napoleón opina que, si deja libertad a la prensa, no durará en el poder tres meses. Un decreto de 17 de enero de 1800 suprime todos los periódicos, con excepción de trece, por considerar que todo el

resto está al servicio del enemigo. Ni en el espíritu ni en las leyes de la época el acto resultaba muy injurioso. Napoleón quería reconciliar a la República con Europa, y los periódicos se oponían. Los hombres del Consulado no lamentaron, en general, la muerte de la prensa de la Revolución. Thiers da testimonio. Nadie se ha quejado hoy en Francia del régimen de censura patriótica.

Pero la censura es como un cuchillo: en manos de unos sirve para labrar un santo de palo, y en las de otros, para destripar al prójimo. He aquí algunos ejemplos:

La *Gazette de France* publica el 2 de octubre de 1801 la noticia del suicidio de un portero, que tuvo cuidado de descalzarse antes para ahorrarles esta pena a sus hijos: la censura lo castiga. *La Vedette de Rouen*, el 13 de febrero de 1802, se burla de que el Presidente del Instituto haya plagiado el libro XXI del *Telémaco*, para dirigir un elogio oficial al Primer Cónsul: suprimida. *La République Démocrate d'Auch*, suprimida por advertir que aumenta el precio de los cereales. El *Journal des Débats*, suspendido por insertar el Breve del Papa a los obispos emigrados. Y otros periódicos eran condenados a presentar una planta de redactores de patriotismo y moralidad reconocidos.

En su periódico, el *Moniteur*, Bonaparte mismo escribía, y sostuvo una agria y larga polémica contra el Gobierno y la Prensa de Inglaterra. Thiers declara que sus artículos son obra maestra de elocuencia y de estilo. El redactor jefe, Sauvo, cuando el Primer Cónsul no le manda cuartillas, sale del paso con un inacabable "elogio de la vacuna", por el ciudadano Goerz, y cosas así. He aquí un mentís elocuente que aparece en uno de los números y que fue sin duda redactado por Napoleón: "*L'Ami des Lois* dice que el Primer Cónsul Bonaparte está preparando una fiesta que costará doscientos mil francos. Es mentira: el Primer Cónsul Bonaparte sabe de sobra que doscientos mil francos representan el sueldo de una brigada durante seis meses." Otra vez: "Es falso que madame Bonaparte haya encargado un coche a Londres"; o bien: "No es cierto que la ciudadana Bonaparte vaya a distribuir el domingo próximo el pan bendito; pero eso sólo probaría la piedad de esta ciudadana, tan libre como cualquiera de hacer lo que en esta materia le

convenga, sin que a nadie le importe." Más tarde, en los días del Imperio, estando en España Napoleón, a Josefina se le enredó la lengua y dijo a Fontanes, presidente del Cuerpo Legislativo, que agradecía mucho ciertas manifestaciones de parte de un Cuerpo "que representaba a la nación." Aunque el *Moniteur* publicó estas indiscretas palabras, tuvo que rectificarlas poco después: "Su Majestad la Emperatriz no ha dicho eso: conoce bien la Constitución; sabe bien que el primer representante de la nación es el Emperador... Después del Emperador viene el Senado; después, el Consejo de Estado; y después, el Cuerpo Legislativo; después todavía, los Tribunales y funcionarios públicos, según el orden de sus atribuciones." Pedantescas rectificaciones domésticas.

Ya en esta época, Napoleón escribía poco en el *Moniteur*, pero corregía las pruebas, y ponía en aprietos al redactor jefe, suprimiéndole montones de noticias anodinas y cambiando el giro de las frases inconvenientes. Donde decía: "En vista del embarazo de la Emperatriz", rectificaba: "En vista del estado de la Emperatriz."

Con todo, si queréis ver al gran periodista, recordad que, cuando la campaña de Francia, en febrero de 1814, inventaba todo un sistema moderno de investigación, al aconsejar a Savary que, en vez de las habituales necedades de los periódicos, enviaran agentes a recorrer toda la zona reconquistada, para averiguar los crímenes del enemigo. Para eso —añadía— no hace falta ni poseer siquiera literatura. Napoleón, en suma, suprimió una Prensa mala, y, cuando quiso suscitar otra buena, no encontró buenos servidores. ¿Era orgullo? ¿Era impaciencia? Prefería suprimir al mal servidor, antes que educarlo. Siempre consideró el periodismo con interés; nunca dio con los periodistas que había soñado. Sus consejos eran preciosos: no encontraba quien sacara el fruto de ellos. Tuvo que ensayar directamente el periodismo; pero él tenía muchas graves cosas que hacer. ¡Oh, qué periodista perdió el mundo! *

* Ver "Hora de prever", en *Los trabajos y los días*, México, 1945, pág. 102, sobre el periodismo juvenil de Napoleón.

11. UN ABATE FRANCÉS DEL SIGLO XVIII

HAY DOS Anacarsis célebres en la historia de las letras. El primero es aquel filósofo escita cuyas aventuras de paleto intelectual en la antigua Atenas nos cuenta Diógenes Laercio y que se sorprendía mucho de ver cómo los griegos, teniendo leyes contra los injuriadores, honraban a los atletas que se hieren y matan; al aceite llamaba "medicamento de frenesí, pues, ungidos con él, los atletas se enfurecen más unos con otros"; y cuando veía a los griegos hacer carbón, se admiraba de que aquel pueblo se dejara el fuego en el monte y trajera el residuo a casa. Pero de este Anacarsis podemos prescindir por ahora. El segundo —acaso más célebre, y seguramente inspirado en el primero— es aquel cuyos viajes alimentaron la infancia del desventurado "Char-Bovari" de Flaubert. El *Voyage du Jeune Anacharsis* —que ya Flaubert consideraba con sorna— es hoy libro poco leído: pero allá en sus tiempos (1788), como respondía con notable oportunidad a las inclinaciones del gusto público, pudo ser lectura muy apreciada. Acaso Joubert tiene razón: el *Anacarsis* no es un libro bello, pero da la idea de un libro bello. Enciclopedia amena de la civilización antigua, el *Anacarsis* es la obra de un sabio que no estaba reñido con las Gracias ligeras, y que consideraba todavía el escribir de una manera amable y discreta, cuando menos, como un deber mínimo de urbanidad por parte del escritor. Este sabio, ambicioso de gloria científica, todo lo sacrificó en el servicio de la casa de Choiseul; pero tuvo tiempo para escribir sobre el alfabeto fenicio y sobre cuestiones de numismática, en que era mucha su autoridad. El gabinete de medallas del Rey le debía unas 20,000 piezas, y alguna vez se vio en el caso de rechazar la oferta de uno de los dineros de Judas que cierto sujeto se empeñaba en venderle. Era la época en que la gente de letras formaba parte integrante de la buena sociedad, y nuestro hombre era muy buscado por su deliciosa conversación: tal era el abate Barthélemy.

Cuando Luis XV desterró al duque de Choiseul, Barthé-

lemy le siguió a Chanteloup, y vino a ser como un cronista del destierro del duque. Madame du Deffand, parienta de éste, había rogado al abate que la tuviera al tanto de los sucesos de Chanteloup y le informara por carta respecto a la preciosa salud de la duquesa. Pero en Chanteloup la vida discurría monótonamente, y el abate Barthélemy tenía más erudición que maledicencia: a veces no hallaba cómo divertir a su curiosa amiga. (A su golosa amiga, podemos decir: Madame du Deffand disfruta de la mejor literatura epistolar de la época: desde Chanteloup, le escribe el abate Barthélemy: y desde su exquisito museo en el castillo gótico de Strawberry Hill, le escribe el admirable Horace Walpole, el mejor escritor epistolar para el gusto de Walter Scott.)

En esta correspondencia, la figura del abate se destaca con hermosos rasgos: propio *bon garçon* —dice Sainte-Beuve—, amigo que se da para siempre, verdadero tesoro de sociedad, aunque a sus horas lamente sordamente el no disfrutar la independencia del gabinete y las libres alegrías del estudio. Como escribe para una sociedad limitada, para una tertulia, no siempre logra interesarnos. La misma Mme du Deffand se inquieta a veces, y le pide precisiones de un carácter algo indiscreto sobre el estado de sus relaciones con el duque *(Grand Papa)* y con la duquesa *(Grand' Maman)*. Y el buen abate se limita a contestar:

—No, no es nada. Soy feliz. Es que, en el fondo, yo he nacido para el estudio, y no para la sociedad. La amistad de los duques me ha alejado irremisiblemente de mi camino. Cuando lo pienso, sufro de un modo cruel. Pero, por Dios, que nadie lo sepa; que no se entere la duquesa . . .

¡Pobre duende de la biblioteca, hoy prisionero de los salones! Considérese lo que sería privar de estudios a un hombre cuyas disipaciones juveniles habían consistido en suspender el árabe y el hebreo, para entregarse a los placeres de la astronomía y las matemáticas!

Entretanto, en Chanteloup se organizan frecuentemente partidas de caza, y el buen abate aprovecha la ocasión para informar de ellas a Mme du Deffand y no tener que ocuparse exclusivamente del carácter de las personas que le rodean: de los encantos de la duquesa de Choiseul, y de si el duque seguía prefiriendo a ellos los muy equívocos de su propia

hermana, la duquesa de Grammont, una especie de amazona sin atractivos. Estos asuntos eran, sin duda, dolorosos para el buen abate que tenía por la duquesa de Choiseul una pura y tierna devoción.*

Así, pues, el abate —que asiste a casi todas las partidas de caza— dedica buena parte de su correspondencia a registrar sus hazañas. Hace años, en la *Revue Hebdomadaire,* un aficionado tuvo la curiosidad de entresacar los pasajes que a ello se refieren. El buen abate —observa— no guardaba mala voluntad a nadie por sus propias torpezas, ni siquiera a sí mismo.

El duque contaba con una jauría de hasta sesenta zarceros para correr el corzo y el gamo. Los perros se llamaman: Rougeau, Blondeau, Faribo, Thimbo, Simbo, Rimbo, Quimbo... Un ciervo que casualmente se había metido en el cantón, y no hallaba dónde esconderse, daba a los cazadores mucho que hacer. La duquesa aseguraba que tenía para seis años.

Alguna vez, mientras el duque y sus amigos se van de caza, el abate se queda acompañando a la duquesa. Con todo, en su carta a Mme du Deffand no trata de este acompañamiento, sino de aquella cacería. Ciervos, jabalíes, liebres, gatos monteses, él no ha visto sino los que matan los demás. En cambio, durante el verano de 1772, ha tenido el gusto de ver por la noche el *cerf-volant,* la cometa: espectáculo desconocido para el duque, y que le ha entusiasmado. El día de la Trinidad, entre once y doce de la noche, se vieron aparecer, a una gran altura, tres luces iguales, en línea, equidistantes; eran tres linternillas prendidas a la cola de la cometa.

El abate se esfuerza. ¿Lograba divertir realmente a Mme du Deffand? Véanse algunas muestras de las agilidades mentales que el abate se permitía:

> Hoy he tirado; pero sólo he matado la pierna de una liebre, que corrió más de prisa que antes, y el ala de un faisán, que cayó y huyó a todo correr.

* Nunca faltan deslenguados. Sainte-Beuve cuenta que Choiseul-Gouffier dijo un día en casa de la princesa de Beaufremont: *Concevez-vous l'abbé Barthélemy? Pendant plus de vingt ans, il a vu s'habiller et se déshabiller la duchesse de Choiseul, et il n'a jamais osé s'avouer á lui-meme qu'il était amoureux d'elle.*

Más allá van siguiendo la pista a un corzo herido, y al fin dan con él: y resulta que no había tal corzo, sino una liebre. El campanero de Amboise acaba de ver pasar un jabalí. "Pero yo creo que era un saltón" —añade con inocente picardía el abate—. Y casi no hay en la correspondencia cosa que se quede en el recuerdo, fuera de aquel M. Perceval, vestido de color de rosa, antiguo guarda de corps del rey, cuyo caballo se detiene de cuando en cuando y da cuatro o cinco vueltas sobre sí mismo.

Por fin, un día, un famoso lunes, Barthélemy mató una liebre. Véase la poca importancia que concede a su éxito, y las reflexiones que le sugiere el caso:

> Hemos ido de cacería a la Bourdaisière. Maté una liebre. Vi que llevaba un papelito tras de la oreja: era una carta que le había escrito otra liebre, su amiga. Llevaba fecha del 18 de agosto. Hela aquí:
>
> "*Cortacola,* capitán de las liebres del Río Mayor, a *Orejilargo,* capitán de las liebres del Río Menor (sin duda, se trata del Loira y el Cher): Los salvajes de Chanteloup han alzado el hacha contra nuestra nación, contra la de los conejos, nuestros hermanos, y la de las perdices, nuestras hermanas. Ayer se presentaron en nuestro cantón. El sol apenas llegaba a la mitad de su carrera. Estuvieron dando suelta a su vandalismo hasta que se puso el sol tras los montes. Seis de nuestros guerreros han caído bajo sus golpes; otros tres quedaron mortalmente heridos. Yo, desde mi madriguera, enderecé las orejas al oír el estrépito de su trueno y sus perros; cuando vi a mi hijo único, que precipitándose entre mis patas, exclamó: "¡Padre mío, muerto soy!", y expiró al instante... Si los hombres pudieran verse desde los ojos de las liebres, etc."

No puede darse cosa más anémica y triste. Mme du Deffand, que acaso acababa de leer una carta de Walpole, del brillantísimo Walpole, arrojaría con disgusto las pobres burletas rudimentales del abate. Pero el abate no se engaña.

> Me da vergüenza —le dice— escribirle a usted estas sandeces. Es que vivo triste, y trato de hacerme reír. No enseñe usted esta carta a nadie...

¡Pobre duende de la biblioteca, prisionero de los salones! Cuando, a la edad de setenta años, se decide, tras de mucho pensarlo, a publicar la obra de su vida, el *Anacarsis,* Francia estaba en vísperas de los Estados Generales. Barthé-

lemy espera que la atención pública, distraída por grandes preocupaciones, no repare en el libro. "Quisiera —dice— que se deslizara silenciosamente." Más o menos, como él hubiera querido deslizarse por la vida, escondido en el gabinete de las Musas. Pero no lo consentía su sino. El público cayó sobre el *Anacarsis* ruidosamente. La linda embajadora Mme de Krüdner se puso a copiar y a aprender de memoria pasajes enteros. Mme de Staël, en una cena, le lanzó unas estrofas en que el nombre del abate figuraba entre los de Safo y Homero.*

* Sainte-Beuve, *Causeries du Lundi.* 13 de diciembre, 1852.

12. EL OBISPO DE ORENSE

I. La época

Remodelando la idea nacional, la guerra de la Independencia corría sobre España como corría el fuego sobre aquel incendio de Corinto, para hacer un solo metal de todos los metales fundidos. A veces se habla del sentido oscuro de los pueblos, del instinto difuso, recóndito, de la patria. A veces esas abstracciones parecen bajar a la tierra, desde el cielo platónico donde flotan.

Pero todo vive diferenciándose, y en aquella bullidora masa nacional pronto se notan las corrientes contrarias. Bajo los estrépitos de la guerra, en las conciencias, cundía ya —hasta para dar eficacia al hecho militar bruto e incorporarlo constitucionalmente en la vida española—, cundía la discordia de la razón: el equivalente moral de la guerra, que había de hacer de ella un estado crónico para un siglo.

En la guerra de Independencia se debe buscar algo más que la guerra.

La guerra de Independencia no sólo es un acto contra el invasor, sino una ebullición interna. No se logra fundir en uno todos los metales del incendio, que al cabo se reparten en dos, en tres y hasta en cuatro masas principales. Porque no se trata, como los "simplistas" pretenden, de un choque entre buenos y malos, entre blancos y negros, entre patriotas por una parte y afrancesados por la otra. La historia no es cuento para niños, ni tampoco es necesario que se erija en tribunal, como en la frase retórica de nuestros abuelos.

> Vemos —escribe López-Aydillo —tres grandes núcleos de la opinión española: uno, el constituído por los que sin obstáculo aceptaron la soberanía de José Napoleón, y que antes habían aceptado las ideas de la Revolución Francesa, y a quienes el pueblo apostrofó con el bochornoso mote de afrancesados, que valía tanto como renegados, antipatriotas, vendidos; otro grupo —nueva casta de afrancesados—, fieles a la soberanía nominal de Fernando VII, y adictos a las ideas

de la Revolución; y un tercer grupo de hombres, con los cuales estaba potencialmente la masa general del pueblo, que abominaba de los hombres y de las ideas de Francia, leales a su rey absoluto y devotos de los principios tradicionales. Pudiéramos añadir aún una muchedumbre escéptica, propicia a obedecer al vencedor, dentro de la cual no faltaban aquellos que no tenían reparos en especular arteramente merced a las circunstancias.*

¿Por qué, como en una alucinación, la historia resucita y se reincorpora cada vez que se la recuerda? Cambian los nombres; las masas de opinión permanecen. La raza es dura en sus direcciones fundamentales —cualidad o error—, y sólo anda a golpes de disidencia, a empellones de los menos contra los más. Y si ortodoxia se llama la perseverancia en el módulo hereditario, no cabe duda que Menéndez y Pelayo —aunque él vio la perspectiva por el revés— había descubierto la verdadera perspectiva de la vida española cuando hablaba de los heterodoxos de España. Son ellos, los heterodoxos, los que imponen a las sociedades ese hábito de inconformidad, que es el fundamento de la civilización europea, y en donde, con paradoja aparente, descubren también los comentaristas el sello genuino del catolicismo, que fue siempre una inconformidad militante.

Cada uno de aquellos grupos de opinión concebía su España a su modo. Pero a ese segundo grupo, a esos afrancesados que no dejaban de ser patriotas y acaso lo eran más que todos, tocaba predicar el nuevo evangelio social frente a un pueblo demasiado receloso, demasiado realista para dar oído a las teorías mientras le saqueaban la casa. Si en el siglo XVI infiltración imperfecta del Renacimiento, ahora infiltración imperfecta de la Revolución. Con todo, medítese en

lo que debió de importar en tales momentos, dentro del campo de los leales, a Fernando VII, el planteamiento de tan hondos problemas como la supresión de señoríos y mayorazgos, la doctrina constitucional y las reivindicaciones laicales, que removían esencialmente los principios económicos, políticos y religiosos de España.

* E. López-Aydillo, *El obispo de Orense en la Regencia del año 1810.* Junta para Ampliación de Estudios, Madrid, 1918, 4º, 341 págs.

El historiador busca una encarnación de los principios tradicionales, para mejor explicarse cómo se desenvolvieron éstos frente a la amenaza de las nuevas ideas. ¿La encuentra en el Rey? El desdichado monarca se le esfuma en una agonía de aguafuerte goyesco. ¿En algún general?

> Tampoco. Los grandes generales españoles de la Independencia desaparecen ante el saber estratégico de lord Wellington y la ruda audacia de los guerrilleros analfabetos.

Tampoco la encuentra entre los intelectuales del tiempo, porque, o eran completos afrancesados o estaban con los nuevos principios. Sólo queda el clero, y en el clero, un obispo de recia fibra española, verdadero representativo en esta "nación de teólogos armados".

II. El hombre

Don Pedro de Quevedo y Quintano, obispo de Orense, sale al paso de las Cortes de Cádiz, en nombre de los antiguos respetos —la Cruz, la Espada y la Corona contra el Código y la Balanza—, provocando aquel paréntesis de la reacción fernandina que parecía prolongarse infinitamente y que abarca de 1814 hasta 1820. "Todo lo que luego se produjo, el estampido de los "persas", el terremoto de la reacción, no fue obra de los bufos personajes de la camarilla real, ni producto abominable de la inconstancia y de la ingratitud de un desdichado rey sin corazón, sino que tuvo un largo proceso anterior", y es la obra cálida de una voluntad y una inteligencia personales.

¿Quién era el obispo de Orense? Hombre que pudo ser un lucido caballero en el siglo y era ahora orgullosamente sencillo, como todo el que padece un hondo ideal. Sobre aquel fondo de sacerdotes enriquecidos, mientras el abad de Villavieja sale a recibirlo en una litera magnífica, escoltado de dieciocho clérigos a caballo, se le ve llegar a lomo de mula, sólo un paje por escudero, andando por malos caminos, hospedándose en casas pobres. Su fama de santidad voló por los pueblos. Su ejemplo trae a nuestra mente la justa palabra de Manuel Díaz Rodríguez: "La vanidad vive de afuera: el orgullo, de adentro."

A la luz de la llamarada del 93, en las postrimerías del XVIII, Francia era para los españoles "algo demoníaco y perverso, muy cosa de condenación y pecado". Aun los sacerdotes refugiados eran acogidos aquí con desconfianza. "¡No queremos franceses! ¡Que se vayan a Francia!", gritaba el capitán general de Valencia, violando, iracundo, la clausura de las pobres monjas Ursulinas, hospedadas por el arzobispo Fabián y Fuero. Y hasta un eclesiástico —el obispo de Santander, Menéndez de Luarca— exhortaba al pueblo a guerrear contra los franceses libres, enemigos del Señor, entre los cuales incluía a los religiosos refugiados. Sólo D. Pedro de Quevedo y Quintano escribía:

> Cuantos lleguen a esta diócesis serán por mí bien recibidos y tratados. Su causa es de tal calidad, que ninguna limosna será más justa. Y cuantos no tengan por sí con qué subsistir, subsistirán por mi cuenta.

Y no sólo a los eclesiásticos: a los militares, a las familias de emigrados franceses se extendía su protección. El obispado de Orense era isla de caridad.

Ya los mismos curas de la diócesis se quejan de la competencia de los franceses. Ya los recursos de la diócesis parece que van a agotarse, y el obispo persiste en hospedar a los que todos persiguen. Ya el agradecimiento francés —de que queda rastro hasta 1812— no encuentra manera de manifestarse.

¿Era amor a Francia? El obispo denostaba incesantemente a la Francia pecadora y revolucionaria. ¿Era acaso el frío sentimiento del deber? La terrible 'Hilda Wangel', de Ibsen, hubiera podido interrogar: "Pues si es tan bueno como dicen, ¿por qué lo hace todo por deber?" Entonces, ¿qué impulso le movía? ¿El amor, al menos, a la Francia del antiguo régimen? Charles Maurras puede hoy considerar la Revolución como un estallido de la anarquía *meteca* que vino a turbar la Francia fundamental del tiempo viejo. Pero, a los ojos de un contemporáneo, la realidad era demasiado elocuente e inmediata para consentir estas lejanías de interpretación política; ni el obispo era hombre para saltar sobre las cosas presentes. No: sin muchas teorías —el amor y el odio, hermanos gemelos—, el obispo se vengaba de Francia en su caridad para los refugiados de Francia.

En ello había un sentimiento del deber; pero no frío: apasionado.

Los contemporáneos tratan de representarnos al obispo como un cortesano rendido al Rey, y la verdad es que siempre le llamó "piadosísimo y cariñosísimo monarca, el más bueno y más cariñoso de los reyes". Pero su amor al monarca cede ante la prerrogativa eclesiástica. Y cuando el arzobispo de Toledo, en nombre de ese derecho público que venía (¡horror!) de Francia, solicita de sus prelados la cesión de ciertas preeminencias en auxilio de la Corona, sólo un obispo se opone: el de Orense. Sin apearle nunca la cortesía, discute con vivacidad las razones de su monarca, como en aquellos deliciosos romances viejos:

mentides, buen rey, mentides:
que no decides verdad.

¿Que falta dinero para la guerra? Pues que haga economías en su casa el muy justo y piadoso Rey, pero que deje en paz a la Iglesia, que está por encima de las naciones. (Sin embargo, el Rey se salió con la suya.)

López-Aydillo cuenta algunas anécdotas que pueden dar idea de lo que era, como predicador, el obispo de Orense. La felicitación de cumpleaños le parece tan absurda al obispo, como si al poseedor de veinte varas de paño le fuéramos diciendo: "Enhorabuena, mi señor, que se ha quedado con sólo catorce varas; muy felices las tenga vuesa merced, que sólo posee diez varas; mis parabienes, porque sólo le quedan dos . . ." El mejor predicador de Ceniza —decía otra vez— es el avaro: "hace algún préstamo, y acto continuo, la escritura, porque somos mortales. ¿Se le casa la hija? A asegurar su viudedad, porque somos mortales. ¿Hereda a algún pariente? Háganse luego las partijas, porque somos mortales . . ." Aprendan los que se olvidan de la muerte.

Feijóo, caballero andante de la cultura española, distingue el verdadero patriotismo de la pasión nacional que se le parece. (Lo de siempre: hay que volver a Feijóo.) El obispo de Orense, sin dejar de ser apasionado, tenía la sagacidad suficiente para presentir, primero, la invasión militar, y luego, la invasión espiritual de Francia. Ya ante el espectáculo de la República, ya ante el del Imperio, el

obispo parece señalar al monarca la amenaza del Norte, los avances de Napoleón, "cometa terrestre". El obispo, en la desorientación general, era, cuando menos, un eje firme. El primero en atreverse a señalar el peligro mediante una célebre carta, pasa de obispo piadoso y hombre recto a capitán de los sentimientos populares.

Electo para el Consejo de Regencia, lleva a la política de intriguillas su rectitud episcopal, su ánimo de expulsar al francés y de restablecer el trono de España, ¡y se encuentra con que a los hombres de Cádiz les preocupaba muy otra cosa! No hay que pedir imposibles: el obispo tenía ya más de setenta años, no entendía de novedades. Por lo demás, no se trataba de una discusión académica: el invasor estaba encima, y hasta los más puros liberales pudieran aquí aplaudir el sentido conservador del pueblo. Si para algo se hizo el nacionalismo, con todas sus equivocaciones, es para los momentos de guerra: aquí la razón no me deja ser absoluto; hay ideas, hay doctrinas de que debemos usar como del revólver, y ni para más ni para menos.

III. La acción

Es el 24 de septiembre de 1810. El obispo, encorvado, viejo, algo descuidado ya en la persona, preside aquel resto de poder ejecutivo, en Cádiz la romántica. El francés ocupa ya casi todo el cuerpo de España; pero de su alma sólo ocupa aquel último reducto de Cádiz que no han pisado sus soldados. El obispo —libre de Francia en cuerpo y alma— se había opuesto a la reunión de las Cortes: no era hora de parlamentos, sino de combates. Pero, derrotado el obispo y electos los diputados, le tocó a él mismo inaugurar las Cortes de que abominara.

Las exterioridades del acto han sido descritas extensamente; no así lo escondido, lo profundo. El *Diario de Sesiones* pone en boca del obispo un discursito inaugural sin importancia, después de lo cual la Regencia se retiró de la sala, entregando a su propia inexperiencia a las Cortes.

Desde las cinco de la tarde, los regentes, el obispo a su cabeza, esperaban ansiosamente el resultado de la primera Asamblea. Anochecía. En las Cortes, los políticos impro-

visados explayaban sus entusiasmos ingenuos, y los políticos profesionales preparaban sus máquinas.

El obispo estaba pesimista, el general Castaños trataba de tranquilizarlo; Lardizábal, inquieto, consultaba angustiosamente su conciencia. El ayudante general de la Regencia, Sanz de Tejada, traía noticias a cada rato: "Ahora dicen esto, ahora votan aquello. El pueblo delira de entusiasmo. Muñoz Torrero ha leído sus decretos." Más tarde, había de escribir Lardizábal: "Vimos claramente que en aquella noche no podíamos contar ni con el pueblo ni con las armas. . ."

Entre ocho y nueve, una Comisión de las Cortes pide a los regentes que permanezcan en su puesto, porque se les ha de pedir un juramento. ¿No estaba decretado que la Regencia renunciaría a su mando, entregándolo al Gobierno designado por las Cortes? ¿A qué, pues, el juramento? ¿Pretendían las Cortes alzarse en Gobierno? En el corazón del obispo iba a desatarse la tempestad.

A los tres cuartos para la once las Cortes continúan discutiendo y los regentes esperando. Saliendo de un semisueño, en que acaso se estuvo templando su voluntad, el obispo se declaró fatigado. "Tengo que rezar. Mañana me informarán de lo que suceda", y se marchó. Cuando el hombre no resiste la lucha, la fuga puede ser un positivo acto de combate. Los cuatro regentes restantes prestaron a poco el juramento que se les pedía, reconociendo la soberanía de las Cortes. El espíritu de Francia había triunfado.

Lo demás es una consecuencia directa, o es un corolario de aquella fuga. El obispo renunció a su puesto, cuidando de que no se perdieran las razones de su acto, cuya trascendencia preveía. En vano pretenden las Cortes obligarle a prestar un acatamiento que no le dicta su conciencia. Se le abrió causa, tal vez una causa irregular, que sólo servía, prolongándose, para que las opiniones del obispo se fueran difundiendo entre el pueblo. Y así —también a la negativa, como cuando libró, huyendo, su primer combate contra las Cortes— el obispo hizo su propaganda.

En febrero de 1811, la prisión, la incomunicación, la vejez acaban con el ánimo del obispo, que se allana a prestar el juramento exigido. Pero ¿no vale más, a veces, el proceso de una rebeldía que la sumisión en que pára? Dio

razones, propagó su causa, robusteció una tendencia de la opinión, mientras tuvo fuerzas. En su juramento, que acaso no fue tan "liso y llano" como pretendieron los interesados en él, no se vio razón, convicción ni fuerza, sino pura debilidad. Puestos a seguirle, ¿cuál de sus dos actitudes había de parecernos la sincera, la verdadera? Y puestos a recoger su herencia política, si tuviéramos tan mala idea, ¿adónde la habíamos de buscar?

El obispo volvió a su diócesis; pero como explica Rico y Amat, su palabra y sus escritos habían suscitado ya, dentro de las Cortes, un partido antirreformista. Y de aquí, en el año 14, la reacción de los "persas", cuyo manifiesto es una exhumación de las protestas del obispo de Orense. El Rey, que volvía de su cautiverio, ventea el aire y lo aprovecha. "No era ya un partido —concluye López-Aydillo—, era todo un sistema que volvía, girando sobre el eje de la rebeldía del antiguo presidente de la Regencia." Casi toda España había venido a ser obispo de Orense.

Una hora engendra la otra. En la sucesión de los hechos, un hombre solo, si descubre la *junctura rerum* y aplica sobre ella oportunamente el disparo de su decisión, parece que hiciera vacilar los destinos.

13. EN LA CASA DE GARCILASO

A LOS documentos sobre Garcilaso publicados por el marqués de Laurencín en el *Boletín de la Real Academia de la Historia* (marzo de 1915), hay que añadir los que ahora da a la prensa don Francisco de B. San Román (*Boletín*, diciembre de 1918), que nos descubren algunos rinconcillos de los interiores del poeta, como si los alcanzáramos a ver, algo trabajosamente, por el agujero de la llave.

Conviene imaginar teatralmente los antiguos documentos jurídicos. De otra suerte es imposible entenderlos. La escena es en Toledo, a 3 de enero de 1537, en el estudio de Payo Rodríguez, "secretario público". Él está sentado a la mesa cuando aparece doña Elena de Zúñiga, la viuda de Garcilaso, en hábitos de duelo y con toca; la acompaña Pedro de Alcocer, su criado y procurador. Detrás vienen unos caballeros toledanos que van a servir de testigos. Doña Elena comienza a dictar el inventario de los bienes de su difunto esposo. Cae el telón.

Y cuando se vuelve a levantar, ya andamos por el barrio de Santa Leocadia. Al fondo, y algo a la derecha, hay un callejón: la casa de aquella esquina es de un Francisco Rodríguez de Canales; pero todo el grupo de la izquierda lo forman unas que fueron de Garcilaso y que lindan con otras de la propiedad de doña Elena. Don Sixto Ramón Parro, gran doctor toledano, hizo poner el nombre de Garcilaso en alguna casa, pero no vemos la lápida por ninguna parte. Es que la lápida está puesta sobre la casa en que nació Garcilaso, en la calle que hoy lleva su nombre y antes se llamó callejón de Santo Domingo el Antiguo, barrio de San Román; pero no en la casa donde habitó desde su matrimonio, que no sabemos a punto fijo cuál era de todas esas que aparecen en la decoración del fondo.

Otro cuadro: doce días han pasado. La casa de Garcilaso. La estancia está arreglada con lujo. Por el suelo hay una alfombra verde y roja. En el muro, un gran espejo de acero. Las puertas tienen colgaduras de terciopelo verde

bordado de oro. A un lado, una mesa de nogal con tres sillones. A otro, una escribanía de asiento con funda de cuero morado, donde está, escribiendo, el secretario. Los caballeros discurren por la escena. Doña Elena, sentada en uno de los sillones, da órdenes a los esclavos Román y Hamete, que ahora acaban de traer, desmontada, una cama de campo, con sus lienzos blancos, y en el cielo, cinco medallas de guadalmecí, y muchas perillas doradas. A otra parte, las esclavas Fátima y Mariquita traen precipitadamente —y los van depositando sobre las mesas, las sillas y el suelo— mantas, cotas, sayos, candeleros y otros objetos pequeños. Después, toda la compañía se pone en movimiento para ir tomando nota de cada cosa en su sitio.

La lectura del inventario habría estusiasmado al parnasiano Heredia. Alternan allí las telas vistosas con los metales relucientes: junto al calderico de sacar agua de aljibe, la bola de latón labrado de ataujía —con su perfumador dentro— para calentar. Los moscadores de plumas de Indias y los almohadones y colchas representan la parte más femenina de la vida doméstica, mientras que en los arcaces de cerradura creemos ver el cuidado de la hacienda, y oímos resonar las llaves en las manos del ama. Hay cuadros y papeles con dibujos de Flandes, cuchillos de plata, vidrios venecianos de colores, porcelanas de Venecia, bernegales de barro colorado, jarros y aguamaniles, varias camas de campo, colchones de Ruán, esteras, sillas de mula con aparejo; y muchos menudos objetos, que revelan el muy toledano amor a las golosinas y confites. De la biblioteca no averiguamos gran cosa, fuera de que había un libro grande de pergamino iluminado con letras de oro, cubiertas negras y manezuelas de plata, y además, treinta y siete libros pequeños con coberturas negras, doradas, coloradas, de pergamino o de cuero, y con cintas prietas de seda.

Además del inventario, publica el señor San Román una información sobre la muerte de Garcilaso, anterior a las conocidas, y que coincide con ellas (vese al héroe, como en una estampa de la época, despeñarse desde una escala, en el asalto de las torres de Frejus, herido de una pedrada en la cabeza), y una tasación de un hábito de Alcántara —valiosa joya— perteneciente al sobrino del poeta.

Voy a terminar, cuando oigo unas risas en el patio: son Fátima y Mariquita empeñadas en tirar de un macho enjaezado, que hay que hacer pasar frente a la ventana para que lo vea el señor secretario público.*

* Ver *supra* "Gracián y la guerra", págs. 462-3.

14. FRANCISCO CODERA Y ZAIDÍN

(23 de junio de 1836.—6 de noviembre de 1917.)

La vida del arabista Codera es un ejemplo edificante de vocación. Por entre el latín del Seminario y la teología de la Universidad, sin desatender tampoco los estudios de Derecho y de Ciencias, su vocación se fue abriendo paso. Lo que le enseñaban sus maestros no era más que un conocimiento transitorio, donde él se apoyaba para arriesgar por su cuenta ensayos e investigaciones personales.

Ligereza, en el mejor concepto de la palabra; agilidad para asimilar y elaborar pronto la ciencia recibida; nada de "espíritu de pesadez", y una industriosidad de Robinsón: esto fue su vida.

Descubierta la línea esencial de sus actividades, ya no se perdona sacrificio alguno para desarrollarlas, y hasta se reviste de aquella dureza de santidad que, hoy como siempre, es indispensable al obrero de la inteligencia.

Como era hijo de labradores y no podía menos de reobrar sobre todo lo que veía, transforma en su juventud los utensilios de labranza, modifica los sistemas de tracción y de riego, emprende plantaciones nuevas, introduce los abonos minerales, descubre fuentes.

De niño, mientras estudia en las Escuelas Pías de Barbastro, vive en casa de un carpintero. Y, ya lo supondréis: aprende, como por juego, el arte de la carpintería. Pero en esta naturaleza feliz nada pasa en vano, y unas a otras las curiosidades se responden y se van descubriendo: el uso del compás, la escuadra y la regla métrica le lleva a estudiar, sin maestro, las ciencias exactas. A poco, construye aparatos de física para él y sus compañeros.

En Zaragoza, pronto es catedrático de lo que le acaban de enseñar. Pero Codera necesita aprender, sea lo que fuere: está descubriendo por su cuenta las maravillas del mundo, de acuerdo con un plan inconsciente de gimnasia mental. ¿Que suprimen la sección de Ciencias? Qué más da: Codera se inscribe en Letras.

Pero está mandado que no haya hombre perfecto. El ansia de estudio supera la resistencia de su salud. Convaleciente en Barcelona, Codera —"para no estudiar"— aprende las lenguas vivas.

Cuando, estando en Madrid, se le ocurre volver a Lérida, averigua que en Lérida hay plaza vacante de lenguas clásicas, y, como quien aprovecha la oportunidad para hacer un viaje barato, gana las oposiciones: ¡a él qué trabajo le costaba! Y ya está dedicado a las lenguas sabias; ya el polo magnético ha logrado fijar para siempre a esa agujilla vibradora y nerviosa. Un esfuerzo más, y lo tenemos profesor de griego, hebreo y árabe, en Granada, en Zaragoza; y, finalmente, profesor de árabe en Madrid, hasta su jubilación, de hace quince años.

Toda su actividad gira desde entonces en torno a sus tareas de arabista. Si estudia la numismática, es para el mejor establecimiento de la cronología hispano-arábica. Un día, con riesgo de su salud, se encierra en los depósitos de calderilla vieja que hay en la Casa de la Moneda, y de esta aventura resultan descubrimientos históricos: documentos sobre reyes, hasta entonces desconocidos, y otras cosas más.

Para sus discípulos, compone un epítome de unas cien páginas; porque es hombre capaz de síntesis, que es la condición varonil de la inteligencia. Pero cuando quiere imprimir sus libros en España, faltan hasta los elementos tipográficos. Para algo ha sido Codera inventor y obrero manual: él mismo litografió su epítome, hizo adquirir una fundición árabe, compuso las leyendas de sus monedas y se construyó una prensa especial.

Como era bibliófilo, una vez se puso "con maña de artesano y paciencia de benedictino", según dice Saavedra, a reconstruir los desvencijados códices de El Escorial, que, arrojados por las ventanas para salvarlos del incendio, estaban hechos unos líos informes de hojas amontonadas, casi al azar. Codera "ordenó las hojas por tamaños, contó el número de líneas de cada plana, midió la longitud y latitud de lo escrito, y, con estos datos, formó una tabla metódica, con ayuda de la cual pudo atribuir a muchos códices las hojas que les pertenecían".

Supo e hizo mucho; pero practicaba y enseñaba a prac-

ticar la duda científica, huyendo de todo procedimiento adivinatorio. Con ser el mejor preparado, sabía que no lo estaba para emprender una historia general de la dominación musulmana en España, y prefirió, recogiendo las enseñanzas de Gayangos, inaugurar el método de los estudios arábigos mediante monografías y contribuciones aisladas, ordenamiento y publicación de materiales. Nunca declaró saber lo que no sabía, ni permitió a sus discípulos que lo hicieran. Así pudo formar una verdadera escuela de arabistas, que heredan la religiosidad científica de su maestro. Al frente de ella quedaba D. Julián Ribera; junto a él, D. Miguel Asín Palacios y los numerosos discípulos de éstos. Codera ha podido morir tranquilo.

Su generosidad era proverbial: "Codera da toda su erudición a quienquiera que se la pide —escribe Menéndez Pidal—. Él no se estima a sí mismo en nada; la ciencia a que sirve lo es todo." Así, por desinterés y sacrificio, pudo vencer los escrúpulos del musulmán sobre el franquear los tesoros de sus bibliotecas, y pudo traer de África noticias que ningún otro sabio europeo había alcanzado.

Son pocos los hombres de su temple. Si la obra científica de Codera no fuera de por sí digna de todo respeto y encomio, su carácter personal bastaría para proponerlo como ejemplo. Hombre organizado, supo ser especialista, sin renunciar a ninguna de sus aficiones, antes valiéndose de ellas, por minúsculas que pudieran ser. Y aun creemos que es Codera un caso ejemplar, por lo mismo que no es exótico: en las posibilidades del temperamento español está el superar con el esfuerzo propio las deficiencias del ambiente. No es voluptuoso el español: con muy poca cosa le basta. Un viejo microscopio permite a Cajal realizar investigaciones histológicas que asombran. Todo está en pensar poco en sí mismo y mucho en el ideal.

Y Codera se dio todo a la obra, sin compromisos ni complacencias. Y como en aquel su enciclopedismo práctico no faltan, por ventura, las artes manuales, que exigía Rousseau a su discípulo por prenda de educación cabal, Codera pudo consagrar a la labor los entusiasmos más altos del espíritu, las privaciones y la paciencia, y hasta las humildes habilidades de las manos.

Hombre modesto, Codera fue siempre en la vida como ese "siervo grato a Dios" que hay en todas las comunidades religiosas, de quien, a primera vista, nadie hace caso. Uno de los mayores elogios que pueden hacerse del político Cánovas, uno de los mayores honores que pueden rendirse a su inteligencia, es recordar que supo distinguir a Codera, "siervo grato a Dios", entre el tumulto ruidoso de los hombres.

Imaginad al anciano, seco y sobrio, fabricando sobre su mesa sus juguetes científicos, el alma y el cuerpo electrizados por una idea. Como sucedió a Fray Juan de Segovia, la muerte le sorprende un día

puliendo un cáliz y rezando un Credo.

ÍNDICE DE NOMBRES

NOTA *a la página 476:* Consúltese también: Napoleón Bonaparte, *Souper de Beaucaire*, presentado por J. Bainville, París, Plon, 1913: un folleto escrito por Napoleón el 29 de julio de 1793.

Correcciones al tomo II

Pág.	*Línea*	*Dice*	*Diga*
42	7	una tarde	un día
65	4	1914	enero de 1915
65	11	1915	noviembre de 1915
74	2	*entrendra*	*entendra*
93	nota	"Notas bibliográficas"	"Notas", nº 2, págs. 266-7.
96	nota	tomo V	tomo IV
96	25	estofadas	en escabeche
97	nota	tomo V	tomo IV
187	Añadir a la nota		Publicado primeramente en la *Revista de Revistas*, México, 28-X-1923. Fotos A. Reyes.
242	4-5	de tiempo en tiempo	de cuando en cuando
268	penúltima	3	8
325	Añadir a la nota		pág. 205
341	nota	*Obras Completas* V)	*Obras Completas* IV)

ÍNDICE GENERAL

I

EL PLANO OBLICUO

II

EL CAZADOR

I. DIVAGACIONES

II. COMENTARIOS

III. ENSAYOS

IV. UNOS MANUSCRITOS OLVIDADOS

III

EL SUICIDA

IV

AQUELLOS DÍAS

I. EN TORNO AL SIONISMO

II. DESDE ESPAÑA

III. DESDE FRANCIA

V

RETRATOS REALES E IMAGINARIOS

Este libro se terminó de imprimir y encuadernar en el mes de octubre de 1995 en Impresora y Encuadernadora Progreso, S. A. de C. V. (IEPSA), Calz. de San Lorenzo, 244; 09830 México, D. F. Se tiraron 1 000 ejemplares.

Este tercer tomo de las *Obras completas* de Alfonso Reyes comprende prosa escrita de 1909 a 1921. Algunas de esas páginas provienen de México, antes que el ilustre escritor saliera a Europa en 1913, y otras fueron escritas en París y Madrid. El volumen se integra con crónicas, ensayos y narraciones, y recoge cinco títulos: *El plano oblicuo, El cazador, El suicida, Aquellos días* y *Retratos reales e imaginarios.* Los tres primeros, aunque publicados en Madrid de 1917 a 1921, reúnen textos de épocas muy anteriores. Fueron escritos en México y durante la primera estancia del ilustre escritor en París. En cambio, *Aquellos días* y *Retratos reales e imaginarios,* el primero aparecido en Santiago de Chile y el último en México, son de elaboración madrileña.

Desde el punto de vista del asunto o del carácter de cada uno de estos libros, hay que distinguir el libro de narraciones, *El plano oblicuo,* de todos los demás. *El cazador, Aquellos días* y *Retratos reales e imaginarios* contienen ensayos breves, casi poemas o meros artículos y crónicas, en tanto que *El suicida* se singulariza principalmente por el ensayo extenso en forma de libres divagaciones. Por su carácter, pues, no es posible reducir a una apreciación de conjunto estas obras, escritas bajo el estímulo de las emociones y lecturas cotidianas, y tan variadas como la misma vida.

Las narraciones de *El plano oblicuo* son, en cierta forma, los primeros textos que en el género de "ficción" escribió Reyes. Aquí se hallan "La cena", "En las repúblicas del Soconusco" y "Los restos del incendio", que figuran entre las mejores páginas que la literatura mexicana produjo en esa época. A su aparición, *El plano oblicuo* fue considerado por la crítica como una exploración hacia modos y maneras estéticas que apenas comenzaban a despuntar en la literatura en español y que luego han cobrado carta de ciudadanía.

De *El cazador,* el segundo de los títulos, se ha dicho que está formado con crónicas anoveladas en que el autor revive el mundo político, literario y social que entonces le tocó vivir. Las páginas "Del diario de un joven desconocido" son ejemplo sobresaliente de experiencias personales en que lo vital se aúna a lo cultural.

Uno de los libros más notables de Reyes es *El suicida,* muestra del ensayo de tipo inglés aún no conocido ni aclimatado en las letras hispanas de entonces. Finalmente, *Aquellos días* y *Retratos reales e imaginarios* son libros disímiles, el primero con comentarios acerca de temas contemporáneos, y el segundo con evocaciones de personajes históricos de diferentes épocas y países.



00295

9 789681 604905